

Volumen 18

Teatro –Novela – La Edad de Oro

	Pág.
TEATRO	
ABDALA	11
ADÚLTERA (Primera Versión)	25
“Adúltera” (Segunda versión incompleta)	77
Nota de Martí sobre “Adúltera”	103
AMOR CON AMOR SE PAGA	107
PATRIA Y LIBERTAD (“Drama Indio”)	129
Nota de Martí sobre el “Drama Indio”	155
Fragmento del “Drama Indio”	155
Fragmentos	177
NOVELA	
Nota preliminar	187
A Adelaida Baralt	191
Nota de Martí	191
AMISTAD FUNESTA	193
Fragmentos	273
Libros	279
LA EDAD DE ORO	
Nota preliminar	295
Sumario No. 1	300
A los niños que lean “La Edad de Oro”	301
Tres héroes	304
Dos milagros	309
Meñique	310
Cada uno a su oficio	325
La Ilíada, de Homero	326
Un juego nuevo y otros viejos	337
Bebé y el señor Don Pomposo	344
La última página	349
Sumario No. 2	352
La historia del hombre contada por sus casas	354
Los dos príncipes	372
Nené traviesa	374

La perla de la mora	379
Las ruinas indias	380
Músicos, poetas y pintores	390
La última página	401
Sumario No. 3	404
La Exposición de París	406
El camarón encantado	432
El Padre Las Casas	440
Los zapaticos de rosa	449
La última página	455
Sumario No. 4	458
Un paseo por la tierra de los anamitas	459
Historia de la cuchara y el tenedor	471
La muñeca negra	378
Cuentos de elefantes	485
Los dos ruseñores	491
La Galería de las Máquinas	500
La última página	502

JOSE MARTI

Obras Completas

18

Teatro/Novela/La Edad de Oro



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1991

Tomado de la segunda edición publicada por la Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

Primera reimpresión

© Soñe la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 1992

ISBN 959-06-0028-X
959-06-0073-5
959-06-0046-8

Editorial de Ciencias Sociales, calle 14, No. 4104, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.

H. - Pero no me entiendo.
Tr. - Atención ahora a los muros: Si amara
sus capos de honorato intentos, sed cubana a
se infeliz: Manténgale, si ya yo que no está
muerto. ~~Hay en la grandeza de los años con~~
capo de la grandeza o sea amor.
H. - ¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?
Tr. - También me encantaría -
Tr. - No! ¡idéntico, a' hablar a'
Gan: Argentina y Perú. -
Tr. - H. -

Luis y H.

Tr. - ¡Qué es eso, qué es eso, qué es eso,
que cada a' de decir! Luis lo sabe
todo... ¿cómo es eso con nombre de verdad?
Pero ¿pregun, ¿pregun de saber el fe.
que de una vez.)
H. - Miedo y amor: seríanme
yo locamente; da no sé nada; ya
no me ama; ya no tengo nada
me quepa decir mi amor.
Tr. - Habla de ser.

TEATRO

ABDALA

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA "LA PATRIA"¹

¹ Publicado en el único número del pequeño periódico de Martí, *La Patria Libre*, del 23 de octubre de 1869, impreso en la imprenta y librería "El Iris", Obispo 20 y 22, La Habana.

P E R S O N A J E S

ESPIRTA, madre de Abdala.

ELMIRA, hermana de Abdala.

ABDALA.

UN SENADOR.

Consejeros, soldados, etc.

La escena pasa en Nubia.

E S C E N A I

ABDALA, UN SENADOR Y CONSEJEROS

- SEN. Noble caudillo: a nuestro pueblo llega
Feroz conquistador: necio amenaza.
Si a su fuerza y poder le resistimos,
En polvo convertir nuestras murallas:
Fiero pinta a su ejército, que monta
Nobles corceles de la raza arábiga;
Inmensa gente al opresor auxilia
Y tan alto es el número de lanzas
Que el enemigo cuenta, que a su vista
La fuerza tiembla y el valor se espanta
¡Tantas sus tiendas son, noble caudillo,
Que a la llanura llegan inmediata,
Y del rudo opresor ¡oh Abdala ilustre!
Es tanta la fiereza y arrogancia,
Que envió un emisario reclamando
¡Rindiese fuego y aire, tierra y agua!
- ABD. Pues decid al tirano que en la Nubia
Hay un héroe por veinte de sus lanzas:
Que del aire se atreva a hacerse dueño:
Que el fuego a los hogares hace falta:
Que la tierra la compre con su sangre:
Que el agua ha de mezclarse con sus lágrimas.
- SEN. Guerrero ilustre: ¡calma tu entusiasmo!
Del extraño a la impúdica arrogancia
Diole el pueblo el laurel que merecían
Tan necia presunción y audacia tanta;
Mas hoy no son sus bárbaras ofensas
Muestras de orgullo y simples amenazas:

¡Ya detiene a los nubios en el campo!
 ¡Ya en nuestras puertas nos coloca guardias!

ABD. ¿Qué dices, Senador?

SEN. —¡Te digo ¡oh jefe

Del ejército nubio! que las lanzas
 Deben brillar, al aire desenvuelta
 La sagrada bandera de la patria
 Te digo que es preciso que la Nubia
 Del opresor la lengua arranque osada,
 Y la llanura con su sangre bañe,
 Y luche Nubia cual luchaba Esparta!
 ¡Vengo en tus manos a dejar la empresa
 De vengar las cobardes amenazas
 Del bárbaro tirano que así llega
 A despojar de vida nuestras almas!
 Vengo a rogar al esforzado nubio
 Que a la batalla con el pueblo parta.

ABD. Acepto, Senador. Alma de bronce
 Tuviera si tu ruego no aceptara.
 Que me sigan espero los valientes
 Nobles caudillos que el valor realza,
 ¡Y si insulta a los libres un tirano
 Veremos en el campo de batalla!
 En la Nubia nacidos, por la Nubia
 Morir sabremos: hijos de la patria,
 Por ella moriremos, y el suspiro
 Que de mis labios postrimeros salga,
 Para Nubia será, que para Nubia
 Nuestra fuerza y valor fueron creados.
 Decid al pueblo que con él al campo
 Cuando se ordene emprenderé la marcha;
 Y decid al tirano que se apreste,—
 Que prepare su gente,—y que a sus lanzas
 Brillo dé y esplendor. ¡Más fuertes brillan
 Robustas y valientes nuestras almas!

SEN. ¡Feliz mil veces ¡oh valiente joven!
 El pueblo que es tu patria!

TODOS

—¡Viva Abdala!—

(Se van el Senador y consejeros.)

ESCENA II

ABDALA

ABD. ¡Por fin potente mi robusto brazo
 Puede blandir la dura cimitarra,
 Y mi noble corcel volar ya puede
 Ligero entre el fragor de la batalla!
 ¡Por fin mi frente se orlará de gloria;
 Seré quien libre a mi angustiada patria,
 Y quien le arranque al opresor el pueblo
 Que empieza a destrozarse entre sus garras!
 ¡Y el vil tirano que amenaza a Nubia
 Perdón y vida implorará a mis plantas!
 ¡Y la gente cobarde que lo ayuda
 A nuestro esfuerzo gemirá espantada!
 ¡Y en el cieno hundirá la altiva frente,
 Y en cieno vil enfangará su alma!
 ¡Y la llanura en que su campo extiende
 Será testigo mudo de su infamia!
 ¡Y el opresor se humillará ante el libre!
 ¡Y el oprimido vengará su mancha!
 Conquistador infame: ya la hora
 De tu muerte sonó: ni la amenaza,
 Ni el esfuerzo y valor de tus guerreros
 Será muro bastante a nuestra audacia.
 Siempre el esclavo sacudió su yugo,—
 Y en el pecho del dueño hundió su clava
 El siervo libre; siente la postrera
 Hora de destrucción que audaz te aguarda.
 ¡Y teme que en tu pecho no se hunda
 Del libre nubio la tajante lanza!—
 Ya me parece que rugir los veo
 Cual fiero tigre que a su presa asalta.
 Ya los miro correr: a nuestras filas
 Dirigen ya su presurosa marcha.
 Ya luchan con furor: la sangre corre
 Por el llano a torrentes: con el ansia

Voraz del opresor, hambrientos vuelven
 A hundir en sus costados nuestras lanzas,
 Y a doblegar el arrogante cuello
 Al tajo de las rudas cimitarras:
 Cansados ya, vencidos,—cual furiosas
 Panteras del desierto que se lanzan
 A la presa que vencen, y se fatigan,
 Y rugen y se esfuerzan y derraman
 La enrojecida sangre, y combatiendo
 Terribles ayes de dolor exhalan,—
 Así los enemigos furibundos
 A nuestras filas bárbaros se lanzan,
 Y luchan,—corren,—retroceden,—vuelan,—
 Inertes caen,—gimiendo se levantan,—
 A otro encuentro se aprestan,—¡y perecen!
 Ya sus cobardes huestes destrozadas
 Huyen por la llanura: —¡oh! ¡cuánto el gozo
 Da fuerza y robustez y vida a mi alma!—
 ¡Cuál crece mi valor! ¡Cómo en mis venas
 Arde la sangre! ¡Cómo me arrebatata
 Este invencible ardor! —¡Cuánto deseo
 A la lucha partir!—

ESCENA III

Entran guerreros.

GUERREROS Y ABDALA

UN G. ¡Salud, Abdala! —
 ABD. ¡Salud, nobles guerreros!
 UN G. Ya la hora
 De la lucha sonó: la gente aguarda
 Por su noble caudillo: los corceles
 Ligeros corren por la extensa plaza:
 Arde en los pechos el valor, y bulle
 En el alma del pueblo la esperanza:
 Si vences, noble jefe, el pueblo nubio
 Coronas y laureles te prepara,

¡Y si mueres luchando, te concede
 La corona del mártir de la patria!—
 Revelan los semblantes la alegría:
 Brillan al sol las fulgurantes armas,—
 ¡Y el deseo de luchar, en las facciones
 La grandeza, el valor, sublimes graban!—

ABD. Ni laurel ni coronas necesita
 Quien respira valor. Pues amenazan
 A Nubia libre, y un tirano quiere
 Rendirla a su dominio vil esclava.
 ¡Corramos a la lucha, y nuestra sangre
 Pruebe al conquistador que la derraman
 Pechos que son altares de la Nubia.
 Brazos que son sus fuertes y murallas!
 ¡A la guerra, valientes! Del tirano
 ¡La sangre corra, y a su empresa osada
 De muros sirvan los robustos pechos,
 Y sea su sangre fuego a nuestra audacia!—
 ¡A la guerra! ¡A la guerra! ¡Sea el aplauso
 Del vil conquistador que nos ataca,
 El son tremendo que al batirlo suenan
 Nuestras rudas y audaces cimitarras!
 ¡Nunca desmienta su grandeza Nubia!
 ¡A la guerra corred! ¡A la batalla,
 Y de escudo te sirva ¡oh patria mía!
 El bélico valor de nuestras almas!—

(Hacen ademán de partir.)

ESCENA IV

Entra Espirita.

ESPIRITA y dichos

ESP. ¿Adónde vas? ¡Espera!
 ABD. ¡Oh madre mía!
 Nada puedo esperar.
 ESP. ¡Detente, Abdala!

ABD. ¿Yo detenerme, madre? ¿No contemplas
El ejército ansioso que me aguarda?
¿No ves que de mi brazo espera Nubia
La libertad que un bárbaro amenaza?
¿No ves cómo se aprestan los guerreros?
¿No miras cómo brillan nuestras lanzas?
Detenerme no puedo, ¡oh madre mía!
¡Al campo voy a defender mi patria!

ESP. ¡Tu madre soy!

ABD. ¡Soy nubio! El pueblo entero
Por defender su libertad me aguarda:
Un pueblo extraño nuestras tierras huella:
Con vil esclavitud nos amenaza;
Audaz nos muestra sus potentes picas,
Y nos manda el honor, y Dios nos manda
Por la patria morir, ¡antes que verla
Del bárbaro opresor cobarde esclava!

ESP. ¡Pues si exige el honor que al campo vuelles,
Tu madre hoy que te detengas manda!

ABD. ¡Un rayo sólo detener pudiera
El esfuerzo y valor del noble Abdala!
¡A la guerra corred, nobles guerreros,
Que con vosotros el caudillo marcha!

(Se van los guerreros.)

ESCENA V

ESPIRTA y ABDALA

ABD. Perdona ¡oh madre! que de ti me aleje
Para partir al campo. ¡Oh! Estas lágrimas
Testigos son de mi ansiedad terrible,
Y el huracán que ruga en mis entrañas.

(Espirta llora.)

¡No llores tú, que a mi dolor ¡oh madre!
Estas ardientes lágrimas le bastan!

El ¡ay! del moribundo, ni el crujido,
Ni el choque rudo de las fuertes armas,
¡No el llanto asoman a mis tristes ojos,
Ni a mi valiente corazón espantan!
Tal vez sin vida a mis hogares vuelva,
U oculto entre el fragor de la batalla
De la sangre y furor victima sea.
Nada me importa. ¡Si supiera Abdala
Que con su sangre se salvaba Nubia
De las terribles extranjeras garras,
Esa veste que llevas, madre mía,
Con gotas de mi sangre la manchara!
Sólo tiemblo por ti; y aunque mi llanto
No muestro a los guerreros de mi patria,
¡Ve cómo corre por mi faz, ¡oh madre!
Ve cuál por mis mejillas se derrama!

ESP. ¿Y tanto amor a este rincón de tierra?
¿Acaso él te protegió en tu infancia?
¿Acaso amante te llevó en su seno?
¿Acaso él fue quien engendró tu audacia
Y tu fuerza? ¡Responde! ¿O fue tu madre?
¿Fue la Nubia?

ABD. El amor, madre, a la patria
No es el amor ridículo a la tierra,
Ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
Es el odio invencible a quien la oprime,
Es el rencor eterno a quien la ataca;—
Y tal amor despierta en nuestro pecho
El mundo de recuerdos que nos llama
A la vida otra vez, cuando la sangre,
Herida brota con angustia el alma;—
¡La imagen del amor que nos consuela
Y las memorias plácidas que guarda!

ESP. ¿Y es más grande ese amor que el que despierta
En tu pecho tu madre?

ABD. ¿Acaso crees
Que hay algo más sublime que la patria?

ESP. ¿Y aunque sublime fuera, acaso debes
Por ella abandonarme? ¿A la batalla
Así correr veloz? ¿Así olvidarte
De la que el ser te dio? ¿Y eso lo manda
la patria? ¡Di! ¿Tampoco te conmueven
La sangre ni la muerte que te aguardan?

ABD. Quien a su patria defender ansía
Ni en sangre ni en obstáculos repara;
Del tirano desprecia la soberbia;
En su pecho se estrella la amenaza;
¡Y si el cielo bastara a su deseo,
Al mismo cielo con valor llegara!

ESP. ¿No te quedas por fin y me abandonas?

ABD. ¡No, madre, no! ¡Yo parto a la batalla!

ESP. ¿Al fin te vas?... ¿Te vas? ¡Oh hijo querido!

(Se arrodilla.)

¡A tu madre infeliz mira a tus plantas!
¡Mi llanto mira que angustioso corre
De amargura y dolor! ¡Tus pies empapa!
¡Deténte, oh hijo mío!

ABD. Levanta ¡oh madre!

ESP. ¡Por mi amor... por tu vida... no... no partas!

ABD. ¿Que no parta decís, cuando me espera
La Nubia toda? ¡Oh, no! ¿Cuando me aguarda
Con terrible inquietud a nuestras puertas
Un pueblo ansioso de lavar su mancha?
¡Un rayo sólo detener pudiera
El esfuerzo y valor del noble Abdala!

ESP. Y una madre infeliz que te suplica (*con altivez*),
Que moja con sus lágrimas tus plantas,
¿No es un rayo de amor que te detiene?
¿No es un rayo de amor que te anonada?

ABD. ¡Cuántos tormentos!... ¡Cuán terrible angustia!
Mi madre llora... Nubia me reclama...
Hijo soy... Nací nubio... Ya no dudo:
¡Adiós! Yo marchó a defender mi patria. (*Se va.*)

ESCENA VI

ESPIRITA

ESP. Partió... partió... Tal vez ensangrentado.
Lleno de heridas, a mis pies lo traigan;
Con angustia y dolor mi nombre invoque;
Y mezele con las mías sus tristes lágrimas,
¡Y mi mejilla con la suya roce
Sin vida, sin color, inerte, helada!
¡Y detener no puedo el raudo llanto
Que de mis ojos brota; a mi garganta
Se agolpan los sollozos, y mi vista
Nublan de espanto y de terror mis lágrimas!
Mas ¿por qué he de llorar? ¿Tan poco esfuerzo
Nos dio Nubia al nacer? ¿Así acobardan
A sus hijos las madres? ¿Así lloran
Cuando a Nubia un infame nos arranca?
¿Así lamentan su fortuna y gloria?
¿Así desprecian el laurel? ¿Tiranías,
Quieren ahogar en el amor de madre
El amor a la patria? ¡Oh, no! ¡Derraman
Sus lágrimas ardientes, y se quejan
Porque sus hijos a morir se marchan!
¡Porque si nubias son, también son madres!
¡Porque al rudo clamor de la batalla
Oyen mezclarse el ¡ay! que lanza el hijo
Al sentir desgarradas sus entrañas!
¡Porque comprenden que en la lucha nunca
Sus hogares recuerdan, y se lanzan
Audaces en los brazos de la muerte
Que a una madre infeliz los arrebató!

ESCENA VII

ESPIRITA y ELMIRA

ELM. ¡Madre! ¿Llorando vos?
ESP. ¿De qué te asombras?

A la lucha partió mi noble Abdala,
Y al partir a la lucha un hijo amado,
¿Qué heroína, qué madre no llorara?

ELM. ¡La madre del valor, la patriota!
¡Oh! ¡Mojan vuestra faz recientes lágrimas,
Y rebosa el dolor en vuestros ojos,
Cobarde llanto vuestro seno baña!
¡Madre nubia no es la que así llora
Si vuela su hijo a socorrer la patria!
¡A Abdala adoro: mi cariño ciego
Es límite al amor de las hermanas,
Y en sus robustas manos, madre mía,
Le coloqué al partir la cimitarra,
Le dije adiós, y le besé en la frente!
Y ¡vos lloráis, cuando luchando Abdala
De noble gloria y de esplendor se cubre,
Y el bélico laurel le orna de fama!
¡Oh madre! ¿No escucháis ya cómo suenan
Al rudo choque las templadas armas?
¿Las voces no escucháis? ¿El son sublime
De la trompa no oís en la batalla?
¿Y no oís el fragor? ¡Con cuánto gozo
Esta humillante veste no trocara
Por el lustroso arnés de los guerreros,
Por un noble corcel, por una lanza!

ESP. ¿Y también, como Abdala, por la guerra
A tu hogar y tu madre abandonaras,
Y a morir en el campo audaz partieras?

ELM. También, madre, también; ¡que las desgracias
De la patria infeliz lloran y sienten
Las piedras que deshacen nuestras plantas!
¿Y vos lloráis aún? ¿Pues de la trompa
El grato son no oís que mueve el alma?
¿No lo escucháis? ¡Oh madre! ¿A vos no llega
El sublime fragor de la batalla?

(Se oye tocar a la puerta.)

Pero... ¿qué ruido es éste repentino,
Madre, que escucho a nuestra puerta?

ESP. *(Lanzándose hacia la puerta:)* ¡Abdala!

ELM. *(Deteniéndola:)*

Callad, ¡oh madre! Acaso algún herido
A nuestro hogar desesperado llama.
A su socorro vamos, madre mía.

(Se dirigen a la puerta.)

¿Quién toca a nuestra puerta?

UNA VOZ

¡Abrid!

ESCENA VIII

Entran guerreros trayendo en brazos a Abdala, herido.

Dichos y ABDALA

ELM. y ESP. *(Espantadas:)*

¡Abdala!

(Los guerreros conducen a Abdala al medio del escenario.)

ABD. Abdala, sí, que moribundo vuelve

A arrojarse rendido a vuestras plantas,
Para partir después donde no puede
Blandir el hierro ni empuñar la lanza.—
¡Vengo a exhalar en vuestros brazos, madre,
Mis últimos suspiros, y mi alma!—
¡Morir! Morir cuando la Nubia lucha;
Cuando la noble sangre se derrama

De mis hermanos, madre; ¡cuando espera
De nuestras fuerzas libertad la patria!
¡Oh madre, no lloréis! Volad cual vuelan
Nobles matronas del valor en alas
A gritar en el campo a los guerreros:
“¡Luchad! ¡Luchad, oh nubios! ¡Esperanza!”

ESP. ¿Que no llore, me dices? ¿Y tu vida
Alguna vez me pagará la patria?

ABD. La vida de los nobles, madre mía.

Es luchar y morir por acatarla,
Y si es preciso, con su propio acero
Rasgarse, por salvarla, las entrañas!
Mas... me siento morir: en mi agonía

(*A todos:*) no vengáis a turbar mi triste calma.
 ¡Silencio!... Quiero oír... ¡Oh! Me parece
 Que la enemiga hueste, derrotada,
 Huye por la llanura... ¡Oíd!... ¡Silencio!
 Ya los miro correr... A los cobardes
 Los valientes guerreros se abalanzan...
 ¡Nubia venció! Muero feliz: la muerte
 Poco me importa, pues logré salvarla...
 ¡Oh, qué dulce es morir cuando se muere
 Luchando audaz por defender la patria!
 (*Cae en brazos de los guerreros.*)

ADÚLTERA

PRIMERA VERSIÓN²

² La primera versión de este drama se encuentra en un libro rojo con el siguiente lema de la obra, de puño y letra de Martí: "Yo no pinto los hombres que son: pinto los hombres que debieran ser.—J. M."

Y al dorso, de su propia letra, las palabras: "Geist, Freund, Fleisch" que, traducidas del alemán, son: Espíritu, Amigo, Carne.

En la página siguiente, y también de puño y letra de Martí, se lee: "Adúltera. En tres actos. José Martínez. Madrid-1872-Zaragoza, Febrero de 1874."

Para más detalles, véase la introducción y notas de Gonzalo de Quesada y Miranda a la primera edición del drama *Adúltera*, de José Martí, Editorial Trópico, La Habana, 1936.

ACTO 1º

Decoración cerrada, cuatro puertas laterales y una al foro, a la izquierda en primer término mesa, sillón y taburetes; alfombra.

PERSONAJES

GROSSERMANN	(hombre alto)	el marido
GUTTERMANN	(hombre bueno)	el amigo
POSSERMANN	(hombre vil)	el amante
FLEISCH	(fleisch: carne)	la mujer

Epoca—Siglo XVII

Marido	40 años —	Amante	25 años
Amigo	30 años —	Mujer	25 años

Trajes, severos y lujosos

ESCENA 1ª

GROSSERMANN (solo)

GROS. ¡Paz de un momento, grata felicidad de ser amado, bien venidas seáis a mí!—Es el hombre en la tierra dueño de sí mismo, y es—sin embargo—su mayor trabajo serlo, que el hombre es el mayor obstáculo del hombre.—Y desde que lo fui, desde que empecé esta lucha que dura en esta tierra toda la vida y ¡quién sabe cuantas vidas en otras!—nunca creí en la paz, ni en el contento, ni en más felicidad que este íntimo regocijo que produce ver felices a los otros.

Sufrir para mí no era sufrir: era ensancharme, ser, crecer. Y desde que la amo, creo ya en la felicidad de una hora, porque a su lado me olvido de todas las miserias, y—en la tierra—la única felicidad posible es el olvido de la Tierra.

Cuerpo y alma son ciertamente encarnizados contrarios. No es amor estúpido de cuerpo lo que brota de mí para María:—es que el ser humano no está completo en el hombre: es que la mujer lo completa: es que esta indomable vida de mi espíritu necesitaba para no caer vencida—resignación y ternura, abnegación y luz porque—si la luz se perdiera, hallaríasela de nuevo encendida en el alma de una mujer. *(Corriendo al encuentro de*

Guttermann, que entra por la puerta del fondo.) ¡Oh, amigo, en hora buena llegas!—Complaciame ahora de venturas mías: no estaban todas juntas si no te tenía cerca de mí.

ESCENA 2ª

GROSSERMANN y GUTTERMANN

- GUT. Fuérame dado venir contento como tú.—
 GROS. Ley parece que no nazca una alegría sin que nazca al mismo tiempo un pesar—mas ¿qué tienes? ¿Te han llegado malas nuevas de tu hermana?
 GUT. (¡Mi hermana!) No, Grossermann, no: pero tiene afligida a la ciudad la desgracia de Frank.—
 GROS. Pues ¿qué le ha pasado a Frank?
 GUT. ¿Recuerdas tú que amaba con pasión a su mujer?
 GROS. Y ¿lo ha engañado?
 GUT. Engañado, amigo, a él—hombre noble y generoso—con el amor del joven Alfred, vano y necio.
 GROS. Y ¿ha podido hallar esa malvada hombre superior a Frank?
 GUT. Ciegas son del alma las mujeres que engañan a sus maridos: no podía ella ver alma tan alta como aquélla.—
 GROS. Y ¿lo supo Frank?
 GUT. Vive ya en otro mundo el que le robó el cariño de su mujer.—
 GROS. ¿Lo ha matado?
 GUT. Hallólos al volver a su casa en plática de amor.
 GROS. ¿La mató a ella?
 GUT. No:—¿qué hombre mata a una mujer? Pero no fueron más rápidos sus ojos en mirar que sus manos en herir. Lo vio, vio sus labios en las manos de su mujer, vio los labios de la mujer sobre su frente, y los del hombre no volvieron a abrirse más:—Allí quedaron fríos: ¡allí oprimió la cabeza del cadáver contra la mano que besaba, y la sacudió sin levantarla con furia que debió darle el infierno! ¡Horrible fue, en verdad, aquel beso tremendo de despedida!
 GROS. (Ya preocupado.) No de otra manera deben quedar siempre ahogados los besos criminales.—Duéleme mucho, duéleme como

- mi mismo dolor esta desgracia de Frank.—No tienes tú mujer. No sabes tú con qué cariño tan receloso se la ama, qué avaro se llega a ser de todos sus momentos, cómo este afecto—que entró en nuestro corazón a la par que otros afectos.—crece y se desarrolla de manera que es al cabo más grande que todos, más grande que nuestro mismo corazón.—Mide tú esta inmensa felicidad:—figúrate qué horrible no debe ser el dolor de perderla.
 GUT. A bien que nace con las amarguras el olvido: sólo en él podrá hallar un día consuelo Frank.—
 GROS. (Volviéndose a Gut.)—Hállanlo en él sólo los necios o los pobres de espíritu.—¿Cómo piensas así tú? Cuando más el pesar duerme, pero no muere: ¡ay de las almas secas en que nunca despiertan los pesares!—El recuerdo vive, late, obra lenta y silenciosamente.—Y hay en la memoria de esta clase de tristezas cúmulo de terribles accidentes que no se olvidan jamás. Hay un hombre que nos ha manchado...
 Y ¿cómo te extrañas tú de que yo sienta el pesar de los demás? Pues dime:—tú, que no consuelas a nadie, ¿tendrás derecho a que nadie te consuele en tu dolor?—A más, que si a mí me preguntaran qué es vivir, yo diría—el dolor, el dolor es la vida.—
 (Pasea.)
 Me has dado en qué pensar con la desgracia de mi amigo.—
 GUT. A otros dará en cambio que reír.
 GROS. (Deteniéndose enfrente de Gut.) ¡Reír!—Y ¿se puede reír de la la desventura ajena, y de una desventura tan grande?
 GUT. Lado flaco es ese de los humanos.—
 GROS. (Irguiéndose.) ¡Lado estúpido!—¿No es eso tomar a broma el honor, que debe ser siempre una religión en nuestra alma? No, amigo, no: eso es de almas roídas y enfangadas.—
 Y a fe tienes razón;—que hay quien se ríe de estas cosas.—Autoruelos hay que llevan al teatro como asunto de gorja a un marido engañado; y óyelo en paz la regocijada concurrencia, y a mí me dan mis tentaciones de poner al autorcillo ramplón de modo que jamás riera de la ajena desgracia ¡crueldad mayor!
 GUT. No es de extrañar en boca de autor esa buena voluntad hacia sus compañeros. ¡Calle, calle el envidioso!—
 GROS. ¿Envidia yo?—Tú no lo dices de veras. Si el ingenio que tengo no me lo debo a mí mismo, y sé que soy noble y honrado ¿qué tengo yo que envidiar?—Envidia el necio, que cree que tiene

algo suyo:—no yo—que sé que debo a merced desconocida esta palabra con que te hablo, y esta inteligencia con que la formo y la animo: *(dejándole la mano que le ha tomado a! comenzar.)*—De estúpidos la envidia y la ambición.

GUT. ¡Alma altísima!

GROS. Y ahora que dices autor,—tiempo ha que ando a vueltas con la manera de llevar al teatro la solución que cumple dar al marido en el adulterio de la esposa.

GUT. Y ¿hallaste ya la solución?

GROS. Lección terrible, pero no para aconsejada, me da con su suceso mi pobre amigo Frank.—Mato a veces a los adúlteros,—a veces los perdono; pero siempre me dejan confuso y cabizbajo: no doy con ello.—Cosas son estas que, antes de sufridas, no se adivinan;—y luego de sufridas, ni aun debe tenerse valor para recordarlas:—¡ay! luego de sufridas se debe morir;—*(como apuntando ideas en su frente:)* ¡Qué horror, qué horror, amigo!—¡Si pensar en esto amarga tanto, un instante de sentirlo debe ser tormento inconcebible!

Pero, fuera de mí estas tristes ideas que no han de verse nunca realizadas.—¡Vaya con la cara que pones! Tal parece que he hablado para ti.—¿Es que de nuevo te enoja verme violento y exaltado?

GUT. Y es la verdad. Parece que no hay para ti un instante de placer ni de paz.—

GROS. Y no te engañas quizá.—Para un hombre digno de serlo, no hay en la vida espacio a la alegría ni al olvido.—Mas yo te prometo corregirme en lo posible.—

Comedia he de hacer en que pinte la cara que pone un amigo leal cuando su amigo se da a pensar en irremediables tristezas.—Quédate a Dios;—espérame en mi habitación trabajo preparado. *(Yéndose.)*

GUT. Y, ¿el mío?

GROS. En la tuya te espera. *(Volviendo atrás.)* Pero ¿no me perdonas? *(Echándole un brazo al cuello.)*—

GUT. No a fe si no escribes la comedia.—

GROS. *(Separándose de Gut.)* Cierto que he de escribirla; no te vea yo luego incómodo con mis exaltaciones como ahora.—Queda, queda en paz. *(Yéndose.)* (Dulce alegría es tener tan leal amigo como éste.)

ESCENA 3ª

GUTTERMANN (solo y sentado)

GUT. El piensa que son sólo las turbulencias de su espíritu las que me inquietan:—¡las del mío son las que me agitan ahora!—El que tiene una sola felicidad no sospecha nunca que otro pueda ser infeliz.—Harto sé que no es verdad que los pesares se olvidan, que tengo yo uno muy hondo, y es mi inseparable compañero: tanto me acompaña, que ya—hasta amo mi dolor.—

Yo quería a mi hermana con la vehemencia de todos los cariños. Ella, débil o frívola, ni ha entendido mi amor, ni lo ha respetado siquiera, y ha dado a un miserable su honra y su paz.—Ahora él la abandona: ahora vuelve ella a mí; ahora que ya no puedo tener para ella más que el amor del perdón, viene a pedirme aquel cariño en que ni siquiera pensó para olvidarlo, ¡por qué se razona para arrepentir y no se razona para obrar!

Róbales la seducción la voluntad; no ven las tristes que la seducción es una infamia que viene a ellas vestida de apetito y de lisonja. *(Se queda sentado y pensativo.)*

ESCENA 4ª

GUT., POS. y FLEISCH

(No de la calle; de adentro)

Gut no se apercibe de la escena que pasa en la puerta del fondo.—Aparecen por ella Fl. seguida de Pos.—como si viniera a la escena. Al ver a Gut., Fl. se detiene y dice a Pos., con terror:—

FL. ¡Guttermann! ¡Huye, por Dios! Abierta está la puerta del jardín: no estés aquí un instante.

POS. Día es éste azaroso para mí; quehacer importuno me alejará tal vez de la ciudad: tal vez no podré verte mañana ¿cómo huir, Fleisch mía?—

- FL. ¡Oh; sí; alguien te verá!—
 Pos. Aquella puerta me conoce.—Mas, ¿por qué no esperar allí?
 FL. Bien ,espera... mas oye: vase por esa habitación a parte no con-
 currida del jardín; baja es la tapia; ¡si algún peligro te amenaza,
 huye, por piedad!
 Pos. ¡Adiós, Fleisch mía! (*Fl. se va por la puerta del fondo; Pos.
 cautelosamente por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA 5ª

GUTTERMANN (solo)

- GUT. Y yo diría a Grossermann mi pesar. El no me consolaría porque de los dolores verdaderamente grandes no puede nadie consolarnos. Pero él me enseñaría a querer como antes a mi hermana, porque ahora... ya no puedo quererla como antes. No la estimo: por eso no la quiero.—El me ayudaría a encontrar a ese hombre que le ha robado a ella la inocencia,—que es la felicidad,—y a mí el honor, que cuando todas las felicidades acaban, es una felicidad todavía.—(*Levantándose.*) ¡Pero, no, no, ni a Grossermann siquiera! Las manchas de honra son tales que hasta con pensar en ellas las aumentamos, cuanto más diciéndolas a otro.—¡Ay! Hasta el aire es enemigo de la honra perdida, que una vez dada al aire la mancha del honor, no hay poder ya que la redima ni la recoja—¡ay de mí!

ESCENA 6ª

GROSSERMANN y GUTTERMANN

- GROS. (*Que sale del cuarto apresurado a tiempo para oír el “¡ay de mí!”*)—¿Qué, sufres?
 GUT. No, no, Grossermann; pensaba en ti.
 GROS. (*Receloso.*) Parecióme que sufrías.
 GUT. Pues de veras que sólo pensaba en ti.

- GROS. ¿De veras?... mal haces,—mal.—¿Sufres, y no lo dices a tu amigo? He aquí una deslealtad.—
 GUT. No, no: tú sabes que no hay para mi alegría ni pesar que no sean tuyos.—
 GROS. Me engañas esta vez.—¡Egoísta!—Engañame, tú que puedes: harto castigo tienes con experimentar que hay un tormento mayor que sufrir, y es sufrir solo.

Dime (*llevando a Gut. al centro de la escena*): ¿dónde hallas tú más alegría que en la confianza? ¿Dónde—después del amor de una mujer—hallas tú nada más hermoso que la amistad? Siente un alma honda pena que la martiriza y la devora; viértela en un pecho amigo;—con él abrázase,—en él llora, y parece como que el pecho queda por instantes vacío de dolor.—La amistad es la ternura del amor sin la volubilidad de la mujer.—No hay dolor más terrible que el que a todos callamos;—no hay más hirvientes lágrimas que las que al brotar de nuestros ojos van gimiendo hasta el suelo sin que una mano amiga las recoja para sí.—Ves tú en mí hermano cariñoso, y ¿callas, hoy que sufres?—mal haces, mal. Ven a mí.—Si un pesar te agobia, hazlo mío, y será más leve para ti.—Si una traición te inquieta, castígala y olvídala,—que hace daño acordarse de un traidor.—Si una amante te engaña, perdónala sin olvidarla,—que el recuerdo de un amor perdido educa el alma en la hermosa enseñanza del dolor. Si alguien te ofende—sin rencor, sin odio, sin ira, de tal manera vuelve por tu dignidad que nadie más te ofenda. Y si amoríos estériles te agitan, déjalos morir sin pena,—que pierde el hombre para la vida verdadera todo el tiempo que en ellos malgasta.—Pero ofensa o amor, traición o maldad, recuerdo o mal presente,—ven a mí,—conmigo pártelo,—divídelo conmigo:—que suelen abrumar las penas el cuerpo humano impotente, y es ley hermosa de almas que el amigo ayude al amigo y comparta con él su pesadumbre.—¿Qué tienes, Guttermann?

- GUT. Vergüenza de mí,—placer de hallarte cada día mejor.—Perdóname, perdóname tú; ¡pero no quiera nunca tu desventura saber cómo turba el espíritu, cómo teme del aire, cómo no hay acabar para la mancha del honor!—
 GROS. Pero ¿quien te hiere así? ¿quién te ofende?
 GUT. Oféndeme la que yo había criado para mi cariño, la que yo quería más que a ti—

- GROS. ¿Mujer?
- GUT. Tenía yo una hermana...
- GROS. ¿Que tu hermana ha muerto?
- GUT. Tenía yo una hermana... *(en el mismo tono)*—¿Vive la mujer extraviada? ¿Vive la criatura manchada? ¿Vive el deshonor?
- GROS. ¡Un infame ha labrado tu desventura! ¡Un infame ha envilecido su pureza!
- GUT. ¡La ha hecho torpe y vil!—Ahí tienes, ahí tienes tú como mi hermana ha muerto ya.— *(Estas últimas frases agitado.)*
- GROS. (¡Otra mujer que hace sufrir a otro hombre honrado!—¡malvada mujer!) Descansa, amigo. ¿Cómo fue?
- GUT. Era ella honesta criatura.—Niña aún cuando era yo hombre, niña sin madre, guíela yo con besos de mis labios y flores de mi amor.—La vi nacer: la vi crecer; míos fueron su beso primero y su primera caricia, hícela a semejanza mía, y nada hay que regocije tanto como ver a un alma que nace con nuestros besos y a nuestro calor.—Y así fue niña, y la amé.—Y así fue mujer,—y busqué para su bienestar mayor trabajo,—y ocupaba laborioso todas las horas del día, y hubiera querido que el día tuviese más horas, porque me produjesen para ella más.—Y cuando yo buscaba en el trabajo riqueza para ella;—cuando hasta verla dichosa sacrificaba yo contento las vehemencias de mi alma; ¡otro hombre ocupaba en robármela las horas que en trabajar ocupaba yo; otro hombre saciaba en ella—no amor, que esto fuera noble,—infamias de su voluntad que me ha robado el honor!
- GROS. (Amigo infeliz.)
- GUT. *(Con dolor creciente.)* ¡Y aquella obra de toda mi vida, aquella flor de mis anhelos, se me fue en un día, se me fue en brazos de un villano y miserable amor!
- GROS. Y ¿has callado tanto tiempo?
- GUT. *(En la misma entonación.)* Y no hubo para mí descanso. Cuando volví de un día afanoso, cuando le llevaba como cada día un regalo que halagaba su deseo, cuando a ella iba en busca de mi única paz,—y hallé sin mi ángel mi hogar, sin sus brazos mis brazos, sin su voz mis oídos, sin aquel amor tan hondamente atesorado en mi corazón, ¡sentí que la cabeza se me abría, que el corazón se me rompía, que la razón se iba de mí!
- GROS. ¿Mas no supiste adónde fueron?

- GUT. Y pasó tiempo, y los busqué sin descanso, como un cuerpo huérfano de alma buscaría su alma por toda una eternidad.—Y en vano los busqué.
- GROS. ¿Ni conocías al hombre?
- GUT. ¡Ni lo conocía!— ¡Tan loca fue aquella mujer sin ventura, que no vio que amor que huye de los vigilantes ojos del hogar es criminal e impuro amor!
- Días ha supe que ella venía;—y ella, que había desdeñado toda mi alma, me pidió el lugar miserable de la compasión,—díjome que la abandonó el malvado, díjome que aquí venía—*(con viveza creciente)*. Y no sé desde entonces descansar; figúrome que cuantos miro, son:—cuerpo toman mis ansiosas miradas:—imaginase cada una de ellas verlo ante mí:—¡implacables rugen en mi alma ira y dolor!—
- GROS. ¡Perdónala!
- GUT. ¿Qué es perdón?
- GROS. ¡Llámala!—
- GUT. ¡No!
- GROS. ¡Quiérela!
- GUT. ¡No! *(Todas estas frases dichas rápidamente.)*
- GROS. *(Con lentitud a Gut., que lo oye como abrumado por sus palabras.)* Pues, dime,— hombre débil y falible: si alguna vez tu alma cae, ¿cómo has de querer tú que nadie ampare tu alma? Si alguna vez la tentación te abrasa, y dóblase a la tentación tu condición humana miserable—¿qué es perdón? ¿qué es levantar? ¿qué es salvarte?—Eternamente recorrería tu maldecido espíritu los implacables espacios:—eternamente vagarías condenado sin luz.—
- Quiérela.—Si no tuvo madre; si son las flores de la castidad legado el más hermoso que hacen las madres a las hijas;—si es para la mujer tan incitante el enamorado convite de los hombres;—si con no tenerla estuvo privada del pudor del ejemplo que acrecienta y realza el pudor natural; si son tan elocuentes los hombres para seducir, y las mujeres tan nobles para creer, —¿qué le pides a la debilidad de la mujer—contra la avaricia elocuente y maldita del que le robó la paz?—Resisten a la seducción las almas fuertes; edúcanse las almas con los repetidos sucesos en la fortaleza. Si nada había despertado aquella alma, si era virgen de dolores, si nunca luchó, ¿cómo has de pedirle

tú fortaleza para luchar y resistir?—¡Impía crueldad!—Tú has caído. Yo he caído. Todo hombre en la Tierra ha caído una vez. No hay espíritu puro, no hay en este mundo todavía criatura inerrable.—Y si todos los hombres caen y se levantan ¿por qué esa ira odiosa del fuerte? ¿por qué no ha de levantarse la mujer que una vez cayó?—Si por maldad cayó del hombre, del hombre es el baldón y el vilipendio. Si por debilidad cayó, ¡culpa es del ser más alto que la dio flaca y manejable naturaleza!—

Cae el hombre, que es fuerte, y se redime.—Cae la mujer, que es débil, y el caído la insulta y la envilece:—¡redímase también!—

Y si no la amas, yo la amo.—Si no la llamas, yo la llamaré.—Y aquí vendrá, y no se apartará de mi lado, y a mi lado vivirá...

GUT. *(Queriéndole interrumpir.)* Deja, deja por Dios.

GROS. Y aquí hallará en mis brazos apoyo a su desgracia solícito...

GUT. Mira que me atormentas.—

GROS. Aquí tendrá la paz y la ventura.

GUT. ¡Mira que me ahogo!—

GROS. Aquí hallará en mí y en mi mujer la compasión que tú le niegas...

GUT. *(Tendiendo los brazos a Gros.)* ¡Oh!—¡calla! ¡calla! ¡Si la amo como antes, si no se la niego ya!—

GROS. *(Estrechándole contra su pecho y como satisfecho de haber logrado su deseo.)* ¡Así! así, amigo mío.—Llora. Sufre. Sufre sin temor; pero ama y perdona.—¡Esto es Dios!

(Pausa breve)

GUT. ¡Amigo de mi alma!—

GROS. *(Estrechando sus dos manos.)* Hermano tuyo. Hermano que de hoy más hace suya tu pena. Aquí vendrá tu hermana. ¡Pobre y desventurada criatura!—Juntos buscaremos sin descanso a este hombre infame dos veces:—porque sedujo, infame:—porque abandonó a una mujer, más infame todavía... ¡Ah! a volverse las manchas de las mujeres sobre los hombres que las manchan, no habría frente de hombre que no estuviese turbada por la culpa.—Y hallaremos a ese hombre.

GUT. Ilumina mi espíritu abrumado.—

GROS. La calma lo iluminará mejor:—Ve y reposa, amigo mío *(indicándole la puerta de la derecha.)* No te diré yo que olvides tu pesar, no. Olvidar es de ruines. En él piensa, piensa en tu hermana, piensa en que entre tus hombros y los míos más fácil es

la pesadumbre, y más veloces acudiremos al remedio.—Piensa sin cesar en esta ofensa, porque el hombre ofendido que duerme es más vil.

Hay una cosa más preciada que la vida: la vida honrada.

GUT. Muera la mía si no ha de serlo.

GROS. Nadie muera... Hasta que no haya al menos menester morir.

GUT. Y ¿si lo ha menester?

GROS. *(Con energía.)* Primero ¡se mata! Luego, se morirá probablemente.—Ve, ve y reposa. Aquí queda conmigo tu dolor. *(Acompañándole hasta la habitación.)*

ESCENA 7ª

GROSSERMANN (solo)

GROS. *(Volviendo rápidamente al centro de la escena, y con vigor.)* ¡Se mata! Porque cuando todas las creencias se mancillan, y todos los sacrificios se olvidan, y la mujer amada nos engaña, y persíguenos y atérrannos fantasmas de vilipendio y deshonor,—es poco la cabeza miserable para contener nuestro cerebro roto, es poco el pecho necio para comprimir el corazón despedazado:—no hay paz, no hay calma, no hay razón y saltanse del hombre las complacencias del humano ser, y en él rugen precipitados y malditos,—¡rugen incallables, indomables rugen sus instintos bárbaros de fiera!—*(contrastando con la viveza de este periodo:)*—Y de estos extravíos de la razón, no el hombre:—responda el que nos la dio débil y extraviado.—

Mido yo el dolor de Guttermann por esta ira que me agita, por este afán de hallar al malvado, por esta compasión vehemente a esa triste criatura. Un hombre te manchó *(señalando a la habitación de Gut.):* descuida, amigo; yo lo hallaré.—

No se aparta de mí la memoria de Frank.—No entiendo yo como ha podido esa mujer engañarlo.—No concibo yo como este inmenso amor, esta alma esclava, esta ofrenda que hace el hombre de su vida no merezcan de una honrada mujer, si no amor, estimación siquiera y respeto.—¡Ah! ¡Si hubiera de ser que sufriera

yo dolor tan bárbaro algún día!—¡no!—¡no!, locura indigna de esta noble Fleisch que me ama.

De imaginarme sólo que pudiera yo sufrir así, siento ya pena tan honda que me pone fuera de mí.—¿Muerte? ¡es poco! ¡Es mentira que la memoria acabe con la muerte, porque ese debe ser dolor tan grande que no puede caber en una vida!

Me ama mi mujer. Vigoriza mi alma, alienta mi energía, crece mi espíritu con esa vida que es mía, que se funde en mí, que en la mía vive, que es absoluta, plena, completamente para mí. Mía es su alma pura. Si alguna dicha es verdad, esta posesión de un alma es la única dicha verdadera.—

ESCENA 8ª

GROSSERMANN y FLEISCH

FL. *(Sale por la primera puerta de la izquierda, en dirección a la segunda.—Al ver a su marido, dice:—)* ¡Ah! ¡El aquí!... *(y se vuelve hacia él, a tiempo que él se vuelve, la ve y se dirige a ella.)—*

GROS. ¡Mi Fleisch!

FL. Buscándote venía: aún no te he visto hoy: ¿Te vas ya?—

GROS. ¿Sin verte, Fleisch de mi alma, hermosa vida mía, mi ser y mi luz?—No iré yo nunca a saludar el día sin verte: parecióme oscuro si no fuera conmigo el brillo de tus ojos. ¿Me quieres?

FL. ¿Que no ves tú cómo corre nuestra vida apacible y feliz, cómo para ti vivo, cómo se complacen en ti mis pensamientos?

GROS. Así, mi Fleisch, seas siempre para mí. Así te necesita—ternura que refresque mis soberbias,—mi espíritu combatido y agitado. Conmuéveme ahora la memoria de una desgracia inevitable, una historia fatal, y, más que ella, un dolor vivo y profundo de mi amigo mejor.—

FL. ¿De Guttermann?

GROS. De Guttermann, criatura generosa. No habrá en mí calma hasta que no haya hallado alivio a su pesar.

FL. Siempre robando a tu reposo las horas para pensar en los demás...

GROS. No me quieras cuando no los robe, cuando me olvide tanto de mí mismo que sólo piense en mí, cuando vea pasar a mi lado una desgracia sin darle amparo ni remedio.

FL. Disculparía yo tu noble afán. mas te arrebatara luego a mí ese trabajo rudo e incesante...

GROS. Pues, dime ¿vive el que no trabaja? ¿Merece el que no trabaja amar, que es vivir?—Inmensa dicha es tu afecto que me hace olvidar de todas las miserias y me regocija:—para gozar dicha tan alta, el hombre debe haberla merecido con altos trabajos: para seguirla gozando, el hombre debe seguir mereciéndola constantemente. Olvidame, despréciame el día que deje sin empleo mi energía y mi vigor.—Si no, luz mía, el amor es estéril y fútil, e indigno de mi soberbia y de tu amor.

FL. *(Que ha mirado disimulada, pero inquietamente a su izquierda mientras habla su marido;—con cariño exagerado:)* Pero ¿te acuerdas de mí siempre?

GROS. ¿Que si me acuerdo de ti?—Bárbaro tormento es para el hombre la memoria: y, yo acaricio, bendigo, amo esta memoria fatal porque me sirve para acordarme de ti. *(Con pasión:)* ¿Me olvidarás?—Para mí, para mí sólo tu alma entera, tu vida de antes, tu vida de ahora, el menor de tus pensamientos, todas tus vidas.—¿Verdad, luz mía, que todo es para mí?

FL. ¡Ambicioso!

GROS. ¡Ah! ¡no! *(Sentándose en un sillón y un escaño que debe haber muy cerca del centro de la escena. El la toma de las dos manos y la sienta, y se sienta él, sin interrumpir sus frases.)* No me digas más, que me parece que tu voz me roba algo de tus miradas.—*(Alzándole la frente e inclinándose hacia ella:—)* ¡Mírame, mírame así! *(Irguiéndose y lentamente:)* En ti estoy yo: yo—hombre, era la energía y la fortaleza:—tú—mujer—eras la ternura y la castidad.—Yo me uní a ti, y los dos juntos hicimos el ser.—Si no me amaras—mi energía sería salvaje y sería impotente tu ternura:—¡ámame!

Yo no viviría sin ti: tú sin mí no vivirías: vidas juntas—alma sola:—esto es amor:—¡ámame!

Yedra frondosa que da brillo y lozanía al tronco a que se enlaza: esto para mí eres tú.—Tronco erguido y robusto que ha encarnado en su savia la savia de la yedra: esto soy yo para ti.—Alma que vierte eternamente dulzura en otra alma que no

se ha de extinguir,—fuego yo de tu ser,—fuego tú del ser mío,—ternura y fortaleza envueltas, proximidad de Dios:—¡ámame!—
(*La inquietud de Fleisch, no exagerada pero sí perceptible, no habrá cesado—sobre todo al final de estas frases.*)

FL. No pasa mi espíritu cerca del tuyo sin abrasarse en él, no entibian en ti los años el ardor.

GROS. (*Echándose atrás en el escaño, como si se sintiera herido:*)—¡Mis años!...(*Más cerca de Fleisch y muy lentamente:*) Y, cuando te hablo yo de mí ¿piensas tú en mis años?

FL. (*Confusa pero con viveza.*) ¡Ah! ¡No, no! Ellos me sirven para amarte más.

GROS. (*Lentamente.*) Te hallo inquieta. No estás tú para mí como estabas ayer. Me hablas poco; te turbas; torpe estás para hablarme: (*Mirándola fijamente:*) ¿qué tienes, mujer?

FL. (*Afectando serenidad y cariño.*) No, no es nada: no temas por mí: nada más que tu pensamiento me ocupa en este instante.

GROS. (*Dejándola de la mano, levantándose del escaño y apartándose dos o tres pasos:*) Seca... fría... ¿Será que turbe mi razón la memoria de Frank? ¿Será que esta mujer no me ama? (*Desechando con ira la idea:*) No, no: esto es indigno de mí: esto no puede suceder: no puede ser verdad que sea yo más infeliz que nunca esta vez primera de mi vida que me he creído feliz! (*Volviéndose rápidamente hacia Fleisch, que se ha levantado del sillón como yendo hacia él, y tomándole de nuevo las manos:*) ¿Me amas?

FL. ¿Cómo puedes dudarlo?

GROS. (*En el mismo tono vehemente:*) ¿Me amas mucho?

FL. Más cada día que te veo, más cada vez que pienso en ti.

GROS. ¿Me quieres como a nadie has querido, como a nadie puedes querer?

FL. Así te quiero, así.

GROS. Y, ¿puedes mentir?—Amame siempre, porque yo te amo:—dame tu vida porque yo te doy la mía:—sé mía porque yo soy tuyo:—guarda mi honra, porque yo la he fiado de ti:—Ingrata, infame, loca: todo esto es la mujer que engaña a su marido.—No me mientas, no me engañes tú y, si no me amas...

FL. ¿Y lo dudas aún?

GROS. Si no me amas, no me lo digas nunca, no te lo digas a ti misma, porque de pensar sólo que no habías de amarme, ¡siento que mi

corazón se nubla con las iras, que la tiniebla entra en mi alma!—Quiéreme como hasta aquí me quisiste: de tal manera quiéreme que no haya en ti pensamiento, ni en tu corazón latido, ni en tu memoria recuerdo que no sean para mi memoria y para mi amor.—Vida tuya es la mía.—Mía sea tu vida.—Adiós.—(*Separándose de Fleisch.*)

FL. No vas con él si dudas de mí.—

GROS. (*Sin oírla.*)—¡Fría, fría a la avaricia de mi alma!—Estallan en mi dudas que me espantan a mí mismo: ¡Ay de mí, si no me ama esta mujer!—(*Sale por la primera puerta de la derecha.*)—

ESCENA 9ª

FLEISCH (sola)

FL. Duda ya, sospecha de mí.—¿Qué ha podido haber que lo haya hecho sospechar? Nadie conoce aquí a Possermann: nadie lo sabe: nadie lo ha visto: secreta y rápidamente nos hemos siempre hablado:—¡Ay de mí si Grossermann descubre nuestro amor!—Y él está aquí: pueden venir (*acercándose a la segunda puerta de la izquierda.*) ¡Possermann!

ESCENA 10ª

FLEISCH y POSSERMANN

Pos. (*Saliendo.*) ¡Fleisch mía!

FL. Calla, calla ahora: aún no ha salido Grossermann; acaba de hablarme, y no sé qué sombría sospecha lo ha alejado de mí.—
¡Huye, huye de aquí!—

Pos. ¿Huir después de haberte visto?—¿huir cuando te veo?

FL. Esta tarde... esta tarde, pero huye ahora, por Dios.—

Pos. (*Yendo ya hacia la puerta.*) ¿Sin decirme que me amas?—

FL. ¡Oh! ¡sí: te amo, te amo! (*Mirando a la habitación de Gut.*)
—¡Viene Guttermann! por allí... por allí... (*Señalándole la primera puerta de la izquierda.*)—Possermann al salir le toma una

mano y se la besa.—Un instante antes ha salido por la segunda puerta de la derecha Gut., diciendo:—

ESCENA 11ª

GUTTERMANN y FLEISCH

- GUT. Aliento, vivo desde que confié a mi amigo mi pesar. *(Reparando en Possermann que junto a la puerta besa la mano de Fleisch y desaparece:—)* ¡Un hombre, un hombre que besa a Fleisch! *(Yendo rápidamente hacia la puerta)—*
- FL. *(Que al volverse repara en él:)* ¡Ah! ¡lo ha visto!) *(Dando un paso más hacia Gut. que llega:)* Dios os guarde, Guttermann.—
- GUT. Cuida Dios siempre de las honradas criaturas.
- FL. Me extraña vuestra rudeza...
- GUT. ¿Quién era ese hombre que hablaba con vos?
- FL. ¡Un hombre!... no... no... no era nadie... *(Con altivez:)* aquí no había ningún hombre. ¡Mal andáis con el respeto, señor Guttermann!—
- GUT. ¿Quién era ese hombre que besaba vuestra mano?—
- FL. Os digo que no era nadie.
- GUT. Os digo que lo he visto: os digo que ha besado vuestra mano. *(Movimiento de Fleisch: Gut. extendiendo la suya:)* No la mováis, señora: muerta está ya para mi respeto y vuestro honor.—
- FL. ¡Guttermann!—
- GUT. ¿Quién era aquel hombre?—
- FL. Andáis importuno. Sombra ha sido de vuestra fantasía.—
- GUT. *(Exaltado.)* ¡Mentís, señora!—
- FL. ¡Oh! *(Como asombrada.)*
- GUT. Escuchadme bien. Sombra pudo ser lo que yo vi; ¡pero en casa de la esposa honrada hasta la sombra de un hombre mancha e infama!—
- FL. ¡Callad por Dios!—
- GUT. ¡Infama, señora.—
- FL. *(Con angustia y rapidez.)* Sí, sí, es verdad: aquí estuvo: amóme en la infancia: yo os lo contaré todo: ¡pero callad por Dios!— *(Segue como suplicando para dar tiempo a la frase de Gros.)*

ESCENA 12ª

GROS., GUT., y FLEISCH

- GROS. *(Saliendo por la puerta primera de la derecha.)* No merecía su sencillez mi rigor: ¿por qué ha de entender ella mi alma?—
- FL. *(A GUT:)* ¡Oh!, ¡sí! ¡callad! ¡callad!—¡No digáis nunca nada a mi marido!
- GROS. *(Que la oye, y al hacer un movimiento de asombro:—)* ¡Qué! *(Ellos lo oyen y quedan como confusos: él se adelanta, se coloca entre ellos y tomando a Fleisch de la mano:—)* Mujer, ¿qué es lo que hay en ti que no sea mío?, ¿qué puede haber para una esposa que su marido no sepa? ¿qué ocultas de mí?
- FL. *(Débilmente y sin levantar la cabeza.)* Nada... nada...
- GROS. *(Oprimiendo con ira su brazo.)* ¿Qué ocultas de mí?... Callas... callas... Y tú... *(tomando el brazo de Gut. sin dejar el de Fleisch)* tú lo sabes. Que callaras te decía. ¿Qué sabes tú? *(Gut., ni aun levanta la cabeza: a Gut.)* ¡Tú tampoco hablas!— *(A Fleisch:)* ¡tú callas todavía!—*(Dejando a un tiempo bruscamente los brazos de Gut. y Fleisch.)*—Duda terrible ha nacido ahora en mi corazón, —duda que me extravía,—duda que se avergüenza de ti:—*(A Fleisch:)*—¡Ay del amigo débil! ¡ay de la mujer villana que mancillen mi honor!—

CAE EL TELÓN

ACTO 2º

ESCENA 1ª

GUTTERMANN y FLEISCH

GUT. ¿Habéis vuelto a verlo?

FL. No: no quería verlo sin acudir antes a vos. Llegar a él sin que procurarais disuadirlo de su sospecha, hubiera sido en mí imprudente locura.—¡Habladle, sed bondadoso, tened piedad de su desesperación y mi peligro!—

GUT. ¿Qué teméis?—Nace con los delitos el temor: (*movimiento de Fleisch como para hablar*)—nada me digáis. Yo os respetaba y os quería porque amabais a Grossermann, porque él hallaba en vos olvido de esas exaltaciones que lo engrandecen tanto para la tierra, pero que debilitan y devoran su existencia.—Decidme, Fleisch—¿Dónde pudisteis hallar más noble criatura, más alto y enamorado hombre que él? Llegase a concebir que una débil mujer trueque por otro amor el amor de un marido que la abandona y la desprecia:—horrible es esto siempre, pero concebible al fin.—Entiéndese que la estúpida ira de los celos robe a un marido una honra de que cuida poco:—todo esto, que es odioso, se llega a entender:—mas que una mujer tan vivamente querida, una mujer que sabe que de ella ha hecho un hombre encanto y felicidad, trueque por un capricho momentáneo del deseo,—que ha de traerle vergüenza y oprobio—un amor constante, noble, profundo, un amor que la realza y que la honra,—¡olvidarlo es dar el alma al apetito!—

FL. ¡Guttermann!

GUT. Cierto, Fleisch:—¿por qué ha de avergonzarse la maldad porque se la llame por su nombre?—No es error, no es debilidad, no es caída que merezca compasión:—¡liviandades torpes alientan en la mujer que engaña a su marido!

FL. ¿Y si algún día dejase de amarlo?

GUT. ¡Se le dice! ¡No se mancha con una corrupción el tálamo nupcial!

FL. ¡Callad, callad por favor!—Vos no creéis que yo haya dejado de amar a Grossermann. Decidme: ¿es posible dejar de amar sin que quede en el corazón odio o desprecio? Pues yo admiro

a Grossermann: contenta lo escucho: triste me siento cuando no me habla como me habla siempre: lo amo, sí, lo amo.—Pero no sé qué alucinación extraña, qué miel en las palabras me cautivó un instante de ese hombre.—

GUT. (*Con ira.*) ¿Conque lo amasteis?

FL. No lo amé.—Fascinóme aquei hombre; dejaba en mis oídos frases ardorosas; pasaba ante mis ojos pálido y triste: decíame muchas veces que era su muerte mi rigor.—

GUT. Y vos ¿por qué lo visteis una vez siquiera? De cera son los oídos de la esposa para las palabras del marido: ¡de hierro para las impuras palabras del amante!—

FL. ¡Ah! ¡no sé qué fue! Andaba Grossermann aquellos días distraído; veíalo yo a él desde el jardín—mirábame constante y profundamente: un día llegó...

GUT. ¡Calladlo, señora!

FL. Nada quiero ya ocultaros.—

GUT. ¡Calladlo os digo! Harta ignominia tenéis con haberla cometido: ¡no la hagáis mayor diciéndomela a mí!

FL. ¡Guttermann!

GUT. ¡Lo manchasteis! ¡lo vendisteis!—

FL. ¡No! no lo manché. Yo no sé adonde me hubiera conducido aquella ceguedad: vos me detenéis a tiempo, vos me hacéis horro- rizar de mi conducta de hoy.

GUT. (*Lenta y reflexivamente.*) ¡Ay, Fleisch! Harto ha vivido ya en vos; harta culpa es el principio de una culpa tan grande. Decidme ¿sabéis vos si el placer de esos hombres, máquinas viles de quebrar mujeres, es—más que triunfar de ellas,—triunfar para publicar luego que lograron algo de ellas?—Miserable es quien roba a dos almas la paz: decid ¡quién puede contener la lengua de un miserable! (*Exaltándose.*) Cuando vea a Grossermann, rodará por sus labios sonrisa de burla, lo señalará a sus amigos, diránlo éstos, sabráse quizá, y estas burlas infames caerán sobre él con insoportable pesadumbre. ¡Maldito sea el que así ha de burlarse de mi amigo!—decidme quién es:—¡yo iré a buscarlo, yo provocaré su ira, yo haré que de grado me jure callar eterna- mente, o vaya por la fuerza adonde el vivir es eterno callar!—

FL. Me dais terror...

GUT. ¡Decidme quién es!...

FL. Y ¿vos queréis a Grossermann? Oculta está mi desventura. Si

- conocéis a ese hombre, lo buscaréis, lo mataréis quizá, y nadie ignorará entonces lo que hoy nadie sabe todavía.—
- GUT. Verdad, verdad es.—Por temor a una injusticia del mundo, queda sin castigo una maldad.—
- FL. Buscad remedio mejor, buscad pretexto a mi frase fatal.—¡Llegue él a creer en mí como antes creía!—
- GUT. Yo le hablaré, yo haré por llevar a su ánimo mentira que alivie su pesar.
- FL. ¡Dios haga que vuestros esfuerzos sean útiles!
- GUT. Sin Dios, sin más Dios que vos misma, mis esfuerzos no hubieran sido necesarios.—No en Dios, que es confianza ciega, en vos misma confiad para que vivan siempre aquí la calma y el honor.—Dios ha dado a cada criatura un alma que la dirige y que la anima:—mientras viven en la tierra, Dios no cuida de sus criaturas; dueñas de un alma, de ella usan, y de ella responden, y a ella únicamente han de acudir en la vida. (*Fleisch quiere hablarle.*) Yo hablaré a Grossermann—nada más me digáis: —id, id en paz.—(*Se va Fleisch por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA 2ª

GUTTERMANN (solo)

- GUT. Y no dice la verdad. No se arrepiente esta mujer. ¿Cómo pudo cautivar a mi amigo tan baja criatura como ésta? ¡Sus ojos, avarientos de cariño, fijáronse locamente en ella, y cegaron!—¡Pusiera Dios en los ojos el pensamiento, y no fuera el hombre infeliz!
- ¿Cómo convencer a Grossermann?—“No digáis nada a mi marido”—dijo Fleisch, y en su cabeza atormentada por la historia de Frank y el suceso de mi desventura narrado en mal hora, exaltada hasta el temor por la frialdad de su mujer, estallaron ardientes las dudas con el culpable misterio de la esposa.—Vilo luego, y no me oyó:—he vuelto a verlo, he querido razonar con su dolor, y me ha contestado: “mi mujer no es de nadie más que mía: los dolores que de ella me vengan míos nada más han de ser”.—¡Diciánme que volviesen con mis palabras a Grossermann

la confianza y la paz!—Mentira serán esta vez las razones con que lo convenza, mas no hallarán esa mujer ni ese malvado espacio a turbar nuevamente su ventura.—Amigo es como ser de nuestro ser, como continuación de sí mismo.

ESCENA 3ª

GROSSERMANN y GUTTERMANN

- GUT. (*Al verlo entrar.*) Honda huella va dejando en su rostro el dolor.—
- GROS. (*Entra lentamente, como decaído y abismado en su pesar.*) Yo había entrevisto un cielo.—Cielo era nuestro santo cariño: cielo mi confianza en su ternura:—de él caigo rudamente a la impía realidad—torpe que confié,—necio que creí.—
- GUT. (*Retirado un poco al fondo.*) Ni un instante lo abandona el pesar.—
- GROS. Parecía imposible que unos ojos tan puros me mintieran; no, no es verdad. Las mujeres no tienen el alma en los ojos.—
- GUT. (*Adelantando hacia él.*) ¡Grossermann!
- GROS. (*Como sobresaltado.*) ¡Ah, tu!—Llega, llega amigo: parecióme una nueva desgracia que me llamaba.—Pero no, Guttermann, no me alejo de ti. Almas somos que nos entendemos bien, almas que si se van de la tierra separadas, tanto se quieren en esta vida que no podrían vivir sin hallarse en otra.—(*Como asaltado de una idea.*) Dime: yo ofrecí ayudarte sin descanso en el remedio de tu desventura; yo ofrecí buscar contigo al que robó a tu hermana paz y honor... ¿me ayudarías tú a mí? ¿me ayudarías tú a mí si yo tuviese que buscar a algún villano?—
- GUT. ¿Estás en ti, desventurado?
- GROS. (*A sí mismo.*) ¿Que si...? ¡Ah! ¡Es verdad, es verdad! ¡Suerte nueva de tormento es éste del ultrajado esposo que duda y no puede decir que duda a nadie!—Si es verdad, debo morir sin decirlo... Si no es verdad, la mancho infamemente... ¡A nadie, a nadie, ni a mí mismo quisiera yo decirme que me engaña!—(*Volviéndose a Guttermann.*) No, Guttermann, no: ha sido pensamiento extraviado, locura mía.—Tú sabes que a mí me dicen loco.—A nadie, a nadie tengo yo que buscar.—

- GUT. En vano ocultas tu mal, ¿qué te aqueja así?—
- GROS. ¿Que qué me aqueja? No; no creas tú que yo dude de Fleisch, no: aquello que tú viste fue momento de loca exaltación. Pensaba en Frank; pensaba en ti; parecióme oír frase culpable... no, no creas tú que dude yo de mi mujer. *(Con interés exagerado en que lo crea Guttermann.)*
- GUT. *(Con tono de reproche.)* Te quejabas de mí hace unas horas porque te ocultaba mi pena: ingrato me llamaste, y yo te abrí mi corazón,—sufres tú ahora, y te alejas de mí:—ingrato y desconfiado eres en verdad.
- GROS. ¿Desconfiado de ti?—¿para ti ingrato?—Pudiera ser que me olvidase de mí mismo:—nunca de tu solicitud y tu cariño.—Mas hay días de tristeza para el alma, días sombríos, días negros.—No me hagas caso hoy: ando yo en ellos.—
- GUT. ¿Luego tienes un pesar; y no es mío?—¿Qué te hace sufrir?
- GROS. *(Levantándose del sillón donde había estado sentado.)* ¿Amaste tú alguna vez? ¿Hubo en ti nunca este hondo afecto que en un día de sentido cobra en el alma tanta fuerza como si allí hubiera vivido toda una vida?—De afecto es mi pena; de enamorado y suspicaz cariño.—
- GUT. ¿Que amas tú a nadie más que a Fleisch?
- GROS. ¡Amar a otra mujer!—
- GUT. Y ¿dudas tú de ella?
- GROS. No, no, Guttermann. ¿Quién te dice que yo dude? ¿En qué conoces tú que dude yo?—¡Horror fuera dudar! Es que inmensamente la quiero:—es que teme sin cesar quien quiere como yo.—
- GUT. ¿Tanto hace sufrir el amor?
- GROS. El amor cierto, el amor honrado, el amor único de la vida, sí.—*(En el centro de la escena.)* No es amor ese zumbido estúpido con que revolotean tantos necios alrededor de las mujeres—. No es amor ese deseo de los ojos que quema con su ardor la pureza del alma que incautamente los mira. No es amor la necedad de los presuntuosos, ni las vanidades de la mujer, ni los apetitos de la voluntad:—amor es sentimiento tal que no se puede sentir más que una sola vez en la existencia, y hay criaturas que se van de la existencia sin sentirlo,—porque vivieron ciegas, o porque fueron pequeñas para él.—¡Amor es que dos espíritus se conozcan, se acaricien, se confundan, se ayuden a levantarse de la tierra, se eleven de ella en un solo y único ser;—nace en dos con el rego-

- cijo de mirarse;—alienta con la necesidad de verse.—Concluye con la imposibilidad de desunirse!—No es torrente: es arroyo; no es hoguera, es llama; no es ímpetu, es paz.—Dime tú, pues amo a Fleisch, si puedo amar a otra mujer;—dime si es posible amar dos veces;—¿puede arrancarse nuestra alma sin hacerla pedazos de aquella otra alma en que vivió y se confundió!—Mas oye, Guttermann, ¿no sufrías tú?—¿No tenías tú afán por hallar al que te robó tu hermana?
- GUT. *(¡Pudiera yo con mis propias penas distraerle de las suyas!)* *(A Grossermann.)*—Si sufro, Grossermann: con afán incansable busco a ese hombre; con ira creciente miro pasar las horas sin hallarlo,—estas horas de vergüenza que dejan a mi hermana sin ventura, y a mí sin honor.
- GROS. ¿Tú sin honor? *(Apoyando las dos manos en la silla, levantándose lentamente y yendo hacia Guttermann.)*—Pues, ¿qué es honor? ¿Tan miserable cosa es que lo destruyen la voluntad de un malvado y la impureza de una mujer?—no, amigo, no: la deshonor es de la mujer y del malvado: tu honor está íntegro y puro.—La deshonor es del villano que pone muchas de deseo donde hay vida de felicidad:—de la mujer maldita—no de la débil—que cede a los halagos de una mezquina voluntad.
- GUT. Fuera tan noble como el tuyo el juicio del mundo: no tendría tantos ejecutores la venganza.
- GROS. ¿El mundo? Pues, ¿qué es el mundo?—Conjunto de creaciones impenetrables y divinas—no masa uniforme de almas que a tiempo juzgue, y ame y odie a un tiempo,—¿cuando a veces un alma sola *(como respondiendo a su propia situación)* batalla consigo misma entre odiar o amar!—Si el mundo fuera verdad, la verdad no lo sería.
- ¿Es anarquía de mentes, confusión de juicios encontrados, conjunto informe, masa sin conciencia, tan temible, sin embargo, para publicar el daño ajeno *(con dolor, como respondiendo a su propio temor)* que, a marchar unido y a la vez, haría su obra espanto y vergüenza al mismo Dios!—Luz hay, y no la vemos: ¿quién es, pues, el hombre? ¡Cárcel odiosa, condenación y tortura de sí mismo!—
- GUT. *(¡Pudieran estas reflexiones hacerle olvidar de sus sospechas!)*
- GROS. El único mundo temible es nuestra propia conciencia, que de cerca nos mira, y de la que nada podemos esquivar.—Obra bien,

cumple bien, cumple tu deber, conténtate a ti mismo. ¡Necio el que se somete a aprobación o censura de los necios!

GUT. Luz divina se enciende en tu alma.—

GROS. Igual luz que la mía está encendida en cada alma.—Sólo que los hombres mismos se la apagan con sus errores y placeres.—Rayo es de Dios:—claridad hermosa:—adivinación de lo futuro.—¡Por ella, el dolor es costumbre benéfica,—el sacrificio vida,—el deber, necesidad,—el amor gozado presunción del cielo,—el amor perdido... ¡ay!... *(cayendo de nuevo en su anterior dolor)* el amor perdido es un presagio de los infernales sufrimientos!—

GUT. De nuevo vuelves a tu idea fatal.—

GROS. *(Cuya exaltación va creciendo por momentos.)* Pues, ¿cuándo se fue de mí? ¿Cuándo la olvidé yo? ¿Cómo pude yo olvidarme de esta bárbara idea?—¡No me ama Fleisch:—vanas son para ella mi gloria y mi bondad;—tinieblas esta luz que todos—menos ella—ven aquí encendida! ¿Qué memoria pudiera olvidar esto jamás?—*(Como si no hablara ya con Guttermann.)*

GUT. Sea mi certeza de tu engaño consuelo para ti.—

GROS. *(Volviéndose bruscamente y con ira a Guttermann.)* Pero ¿que todavía me oyes? ¿Qué haces aquí? ¡Te he dicho que no quiero que me oigas!—

GUT. Pero, ¿si Fleisch es honrada y fiel esposa tuya, a qué ese dolor?

GROS. *(Exaltado a lo sumo.)* ¡Honrada y fiel!—Pues ¿quién te dice que no lo sea? ¿por qué dudas tú de que lo sea?

GUT. Antes quiero convencerte de tu engaño.—

GROS. ¡Si yo no necesito convencerme! ¡Si yo sé que ella es honrada! ¡Si nada quiero saber! *(Guttermann va a hablarle.)*—¡Déjame, ya!—*(Y entra por la puerta primera de la derecha.)*—

ESCENA 4ª

GUTTERMANN (solo)

GUT. Nada en estos instantes lograría calmarlo. Lucha él mismo entre lo que oyeron sus oídos y lo que desea su enamorado corazón ¡ay de él si llegaran a ver algo sus ojos!—¡mas llega Fleisch!—*(Yendo hacia la primera puerta de la derecha.)*—

ESCENA 5ª

GUTTERMANN y FLEISCH

FL. *(A tiempo que sale.)* ¿Lo visteis ya?

GUT. Ya lo vi:—habéis abierto honda herida en su confianza y tal parece que cada instante aumenta su dolor...

FL. ¿Qué va a ser entonces de él y de mí?

GUT. Cada razón mía moría en mis labios al nacer ahogada por su vehemencia. Preguntábame unas veces si lo queríais, si sabía yo que lo honrabais, y de pronto, como arrepentido de que nadie más que él dudase de vos, erguíase iracundo, se retiraba confundido, ¡apartóse al fin de mí!

FL. Y crece con sus dudas mi peligro: decidme una manera de arrancárselas.

GUT. ¿Que no adivináis que él, que huye de vos, os busca con afán?—¿que él—que cree en su desventura—está ansiando no creer? ¿que ahora, que aún no os ha visto, no anhela más que veros? Id, id a él: que entienda que le buscáis, que os oiga decir que le amáis, que os vea enamorada y cariñosa:—¡Sin trabajo os creará el infeliz!—El confiaba en vos infinitamente: no ha podido acostumbrarse todavía a creer que engaños su confianza.

FL. Haré lo que me decís: dejaré que temple un instante con la soledad la exaltación que le ha producido vuestro empeño: iré a él: ¡quiera mi buena fortuna que sea como decís!

GUT. Será: tiene el misero necesidad de creerlos.—Y, miradlo, Fleisch—mirad de frente a vuestro esposo:—Preguntaos cómo habéis podido engañarlo un instante.—Avergonzaos de vos misma, ¡que el arrepentimiento no empieza sino en el horror y vergüenza de la culpa!—*(Se va.)*

ESCENA 6ª

FLEISCH (sola)

FL. Hiélanme las palabras de este hombre:—de tal manera me reprende que no hallo en mí osadía que oponer a su serenidad.—Yo querría no hacer sufrir a mi marido; yo querría hacerlo feliz:—mas dícame tan dulces palabras el gallardo Possermann—quíereme con tal ardor, que no sé cómo tendré yo fuerza para separarlo de este empeño:—aquí le dije que lo esperaba esta tarde:—*(Yendo un poco hacia la primera puerta de la derecha)*—Grossermann se ha encerrado en su alcoba.—Guttermann fue a ver su habitación:—él vendrá ahora quizás—¡ojalá pueda yo alejarlo de aquí!—

ESCENA 7ª

FLEISCH y POSSERMANN

Pos. *(Saliendo cautelosamente por la puerta del fondo.)* ¡Fleisch mía! *(Yendo a ella con los brazos abiertos.)*

FL. *(Con alegría y tendiéndole los brazos.)* Helo aquí ya: en tí pensaba, aquí te esperaba... *(tristemente)* mas... Possermann, vete al punto, no retardes el irte.—Yo te amo, pero es imposible que nos amemos. Las sospechas devoran en este instante a mi marido:—El es para mí bueno y generoso:—él me quiere también... ¡vete! ¡por mi salvación y por la tuya!—

Pos. ¿Que él te quiere?—Quiere él como padre: no con este ardiente y poderoso cariño.—

FL. Mas Guttermann te ha visto...

Pos. *(Como sorprendido y contrariado.)* ¡Guttermann!

FL. *(Con terror.)* ¡Sí! ¿le conoces?—¡ay de mí, si te conoce él! Es el amigo mejor de mi marido.

Pos. *(Como si mintiera.)* No, no le conozco.

FL. Pero él te ha visto ya, él te vio cuando besaste mi mano,—¡él quiso correr esta mañana en pos de tí!

Pos. *(Apasionado en toda la escena.)*—Descuida, Fleisch.—¿Dices que quiere como hermano a Guttermann?—En él está seguro nuestro amor.—El callará porque quiere a Grossermann, porque sabe que la confianza en tí es su vida...

FL. ¡Ah! ¡y lo engaño!

Pos. ¡No, amor mío, no lo engañas!—me amas a mí, que te brindo juventud y vida en cambio de aquel cariño seco que te brinda su helada cabeza:—no lo engañas:—ámalo a él como a padre:—a mí que en tí bebo amores, a mí que ciego con el esplendor de tu hermosura, a mí que tiemblo a tu lado de delirio y de pasión, ¡ámame con suavísimo cariño, con dulce e infinito amor!—*(Tiene tomadas las manos de Fleisch.)*

FL. *(Desasiéndose de él, y mirando con terror a la segunda puerta de la derecha.)* ¡Oh! ¡calla! ¡calla! alguien sale de la habitación de Guttermann.—

Pos. *(Con brusquedad.)* Nunca he de verte un instante en calma.—

FL. ¡Vete, vete sin tardar!—

Pos. *(Sacando una carta que da a Fleisch y ésta toma apresuradamente.)* Presintiendo que no podría hablarte, aquí te he escrito y señalo lugar donde podremos vernos sin temor:—*(dispuesto ya a salir por la primera puerta de la izquierda.)* léelo hoy, dime hoy mismo si allí podemos vernos...

FL. Hoy, hoy lo leeré: ¡mas huye, huye, por Dios!—*(Van hacia la puerta de la izquierda.—Guttermann ha salido por la segunda puerta de la derecha.)*

Pos. ¡Lleguen pronto para nuestro amor días felices!—*(Ya en la puerta.)*

ESCENA 8ª

FLEISCH y GUTTERMANN

GUT. *(Al dar unos pasos en la escena repara en Fleisch y Possermann.)*
¡Con él esta malvada,—aquí con él!

FL. *(Que se ha vuelto al oírle e intenta detenerlo junto a la puerta.)*
¡Teneos, teneos aquí!—*(Todas sus frases con angustia.)*

GUT. ¡Dejadme salir!—*(Queriendo desasirse de ella.)*

- FL. *(Sin dejarlo.)* ¡Yo os lo diré todo, todo lo sabréis!
- GUT. *(Con ira y sin poder desasirse todavía.)*—¡Dejadme ya!
- FL. ¡Esperad! ¡esperad, por Dios! ¡ved que me perdéis! ¡ved que todo se pierde!
- GUT. *(Desasiéndose violentamente de ella, y como apartándola de sí.)*
¡Dejadme, mujer infame!—Piérdase aquí la honra de mi amigo: voy a traérsela limpia y pura—*(Dando un paso que lo separa de la puerta, como yéndose.)*
- FL. *(De rodillas tendiendo los brazos.)* ¡Teneos por Dios!—
- GUT. *(En el umbral de la puerta.)* Dios no oye a los viles:—¡El me ayudará! *(Y sale.)*

ESCENA 9ª

FLEISCH *(sola)* ⁺₊

- FL. *(Levantándose espantada.)*
¡Dios mío!... ¡Va a buscarlo!... ¡Va a matarlo!... *(Mirando hacia la puerta primera de la izquierda.)* ¡Corre ya tras él!... *(Con gran angustia y desaliento.)* ¡Ay de Possermann si no ha saltado la tapia!—*(Como recogiendo en sí misma.)* ¡Por mi culpa,—por mi locura,—por mi amor funesto!—Grossermann habrá oído... *(Yendo hacia la primera puerta de la derecha.)* Vendrá aquí: *(Deteniéndose y mirando pero sin cesar de hablar.)* ¡Allí viene!—¡Dios mío! *(Como si huyera de sí misma.)* ¡Piedad! ¡piedad para mí! *(Desaparece por la segunda puerta de la derecha.)*

ESCENA 10ª

GROSSERMANN *(solo)*

- GRos. *(Sale por la primera puerta de la derecha como si viniera precipitadamente desde adentro, creyendo que Fleisch estaba allí, se para de pronto; mira por toda la habitación, y dice como dudando.)* ¡Me pareció que era ella!—Su voz en todas partes:

¡imborrable ante mis ojos su adorada memoria!—Nunca me han parecido los suyos como ahora que no miran para mí:—¡nunca vi tanta luz en su frente como ahora que de mí la esquivaba!

(En tono reflexivo.) Dable es que no me ame.—Fragil sería ella, y la fragilidad no es culpa de los hombres... Mas que abandone mi amor inmenso, leal, potente:—que trueque esta vida que le doy, alma que he dejado en su alma, regocijo inmenso del espíritu—por liviano deseo o grosero apetito... ¡eh! ¡idea vil!—Si no cabe en mí esta idea ¿cómo ha de caber villanía semejante en su corazón?

Ponen las almas fuertes a los humanos pies calzado de espinas:—púsemelo yo, y anduve sin errores por las tinieblas de la vida.—Luz se llama al extremo del camino,—dolor la senda que a él conduce,—amigo del dolor, que es fiel amigo, miré al Sol, sentíme fuerte, anduve,—y la luz fue mi compañera, y el sol altivo brilló en mí.—

Engendro raquítico es en lo común el hombre. Yo me alcé de mí por mi propio poder.—Ni ambición—que es miseria:—ni soberbia—que es pequeñez:—ni gloria—que es mentira,—tuve yo.—Tuve que, al abrir los ojos, vi error; tuve escasez, ruda y amorosísima maestra:—tuve que me oprimían, y como el fuego comprimido estalla más violento, creció el fuego,—abrasó mi corazón,—encendió mis ojos:—¡vil!

Vi la debilidad, lo deleznable, la tiniebla.—Miré a la tierra; miré con afanes.—Bien la llaman en verdad: no había en ella más que tierra.—

Y todo lo veía mi exaltable razón.

Yo amé a mi madre inmensamente—que era mi madre,—y la amé falible y mujer.

Yo amé a mi padre—que era hombre—y lo amé errable y débil.

Nunca tuve desengaños, porque nunca tuve engaños. ¡Nunca tuve desilusiones porque no tuve ilusiones jamás!—Mas hubo un día en que unos ojos se fijaron en los míos,—ojos puros y serenos,—ojos claros que dieron celos al día. Sentí que mi cerebro se iba a mi corazón; sentí que latía más la sangre en el pecho que en la frente—¡sentí que amé!—

Y cuando en brazos de esta ilusión encantadora me alzaba de la vida,—cuando creía una vez, la ilusión se rompe; el amor

me engaña, los brazos se abren,—y caigo manchado de error, a esta tierra que olvidé.—

¡Bien, bien a fe!—Hombre fui creyente y necio:—¡sufrayó—ser mezquino—los mezquinos dolores del hombre!—

Tú, alma, llega.—¿Quién era que te dejaste vencer?—Si carne,—¿por qué la amaste? Si impura,—¿por qué no viste?—Ciega eres, o carne también.

Tú, ser, oye!—“Tú eres Dios—me decías;—Dios encadenado, Dios preso. Dios caído: ¡rompe el hierro, escala el cielo, sube, sube!—tú bajaste de él.”—Y subía, subía con ardor, herido y ensangrentado subía;—y porque creí, porque amé, porque gocé,—tú, ser; ¡vuélveme al hierro maldito, a la prisión odiosa, al humano dolor!

Si Dios ¿por qué no veo?—Si hombre¿ por qué concibo a Dios?— ¡Ea, cráneo!—¡rómpete! ¡cárcel de la razón,—montón estúpido de huesos:—polvo y cal! (*Y da precipitados pasos y se sienta en el sillón, mientras aparecen por la segunda puerta de la izquierda Guttermann y Fleisch, como si trajeran de dentro diálogo vehemente.*)

ESCENA 11ª

GUTTERMANN, GROS. y FLEISCH

Sin ser notados por Grossermann, que sigue como abismado en su sillón. El diálogo tendrá lugar cerca de la segunda puerta de la izquierda, viva y rápidamente.

FL. ¡Oh! ¡Callad, callad! (*Sin reparar en Grossermann.*)

GUT. (*Señalándole a Grossermann.*) ¡Callad vos ahora! Grossermann está allí—vedlo; atormentado. extraviado, loco,—vedlo; ¡sin esperanza, sir: honor! (*Movimiento de Fleisch para hablar. Guttermann repite con energía aunque siempre en voz baja.*) ¡Sin honor! Saltó ese hombre la tapia a tiempo tal que ya no lo hallé:—con él se iba vuestra vergüenza, la de Grossermann, la mía:—¡encomendadlo a Dios, si os oye!—Aquí vendrán por mi mano limpias y puras las honras que vuestra liviandad mancilla;—

mas si aún sois capaz de honrado intento,— dad calma a ese infeliz.—Mentidle, si ya no cabe en vos amor, mas distraedle de su bárbaro penar.—

FL. ¡Ah! ¡pueda yo lograrlo!—¡Oídmeme luego! Vos también me escucharéis.—

GUT. (*Rechazando con repugnancia la idea.*) ¡Yo...! ¡hablad, hablad a Grossermann!—Buscadme después.—(*Se va por la puerta del fondo.*)

ESCENA 12ª

GROS. y FLEISCH

FL. (*Nada al menos dirá a Grossermann.—Yo le avisaré del peligro; yo le pediré que se aleje de aquí. No lo conoce este hombre, mas el peligro de hoy renacería cada vez que nos viéramos.*) (*Oye a Grossermann que habla y adelanta unos pasos hacia donde está, y se para.*)

GROS. (*Sentado sin reparar en ella y con desaliento.*) Mía es su alma, decíame yo locamente, y el regocijo vivía en mí. ¡Ya no es mía, ya no me ama, ya no tengo donde me quepa mi dolor! Mas..., si sólo me ocultaba sencillez que hago yo grave con mi necio temor,—¡si me quisiera todavía! ¡Ah!, ¡no! ¡no! (*Desechando su esperanza.*) ¡No me quiere ya!—preguntárame que sufro; no huyera de mí: ¡aquí viniera a calmar mi dolor! ¿quién huye del que ama? anda, y se detiene: “La culpa huye.”—Si me amara vendría.—¡Pero me deja solo!

FL. (*Que se ha ido acercando por un lado al sillón, de modo que al decir la última frase Grossermann, le dice ella muy cariñosamente, y poniendo una mano en su hombro con amor; no exagerado.*) ¡Solo! ¿En qué piensas?

GROS. (*Saltando del sillón rudamente sorprendido y haciéndose atrás.*) ¡Eh!... ¡Eh!... (*Yendo hacia ella y con gran vehemencia.*) ¿Me amas? ¿Me amas? (*Fleisch queda como confundida por este exabrupto; él dice naturalmente, mas con dolor.*) En ti, en ti pensaba; en ti que me amaste; en ti que fuiste luz de mi alma, mujer mía.—

FL. ¿Y ya no?

GROS. ¡Ya no! Ya eres mujer. Mujer pura es ángel..., mujer caída por seducción es ángel todavía. Mujer envilecida por su voluntad, mujer manchada por el deseo, ¡es carne, es polvo, es fango, es vil!

FL. Y, ¿piensas tú eso de mí? ¡Ay! Yo creí que algún día no me amarías: pero nunca creí que me ultrajaras.

GROS. ¿Que te ultrajé? Perdón: yo no quise ultrajarte. Pero la criatura engañada, el ánimo devorado por una bárbara sospecha, no ultraja aunque ultraje, no ofende con ofender. Es que el almaalzada al cielo de la venturosa confianza y súbito caída por engaño traidor a las realidades de la tierra...

FL. ¿Que yo te engaño?

GROS. ¿Que lloras?—Oye: a mí me han dicho que las mujeres lloran cuando quieren. ¿Es esto verdad? No, no lo es. Mujer era mi madre y lloró: ¡no crea yo nunca que mi madre envileciese al llanto! En ojos de mujer, ¿qué cosa viste tú más bella que las lágrimas de amores, que lágrimas honradas y sinceras?—¡Llora: llora!—Así, aunque me engañes, creeré que no me has querido engañar. Así, aunque no me ames, creeré que te arrepientes de no haberme amado.—(*Sentándola.*)

(*Con tono de débil esperanza.*) Yo hacía de ti mi vida; de ti hice yo necesidad y adoración:—confiado en tu afecto, dábame por ti con alegría a los más rudos y afanosos trabajos. “Espéranme—decíame yo con regocijo—los brazos de mi amada esposa: cuando ella sepa que he hecho este bien, que he alcanzado esta gloria recibiráme en ellos con entusiastas alegrías, dará a mi frente con sus besos suave y enamorado calor.”—Fui por ti más laborioso;—por ti mejor, por ti más afectuoso y caritativo:—para que tú me amaras, parecíame poco lograr los intentos de todos los hombres, todos los triunfos de este mundo:—por ti creí menos en Dios, por ti amé yo la gloria, que es la más necia de las creaciones de la tierra, porque con el amor de todos los hombres te quería a ti yo.

FL. (¡Ay de mí!)

GROS. Y cuando a ti venía en busca de caridad y de ternura, cuando abrumaba mi espíritu historia fatal,—¡historia de fuego que me está abrasando la frente!—cuando hubiera deseado hallarte más cariñosa...

FL. (¡Necia de mí!)

GROS. Te hallé fría a mi ardor, inmóviles tus brazos, inquieta y sin sosiego como si ansiaras desasirme de mí.

FL. ¡Si es que tus celos exaltados ven cuerpos en la sombra!

GROS. Y me dijiste que no entibiaban en mí los años el ardor...

FL. Díjelo sólo...

GROS. Tú lo dijiste... Tú, que decías que me amabas tuviste tiempo para pensar en que yo tenía años.—Tengo yo canas.—Cuarenta veces en mi vida he visto como los árboles—compadecidos en el invierno de la tierra,—le envían para protegerla del hielo sus hojas secas y marchitas:—cuarenta veces he visto tornarse a la primavera las hojas caídas en flores hermosísimas, porque eran hijas del agradecimiento y de la luz:—cuarenta veces ha abrumado mi frente el peso sombrío de la melancólica atmósfera de otoño: ¿pero entiendes tú un espíritu tan potente que anime con su fuego las entrañas heladas del invierno, que rompa por encima de toda pesadumbre, que doble con su peso el cuerpo que lo aprisiona y que lo encierra?:—¡ése es mi espíritu!— ¡El cuerpo cada día se me hunde: el alma, más libre cada día, es por instantes más enérgica y alta!—La nieve de mis canas no es la ceniza que deja el fuego al morir; es la capa blanca que rodea al hierro ardiente y encendido.—Eres bella; yo no te amaría si la belleza no fuese lo menos hermoso de ti, si las flores perdurables de tu alma—porque, aunque no me ames, ¿tú serás pura?—¿verdad, luz mía, que tú serás siempre pura?—no valiesen más, mil veces más que esas flores perecederas de tus mejillas.—¿No estás pálida, verdad, tú no estás pálida? ¡Desventurada tú, desventurada la mujer en quien la belleza de las formas es la prenda mejor!— ¡Barro innoble,—carne muerta,—carne imbécil! carne serías tú si no entendieras estas sombrías exaltaciones de mi alma. (*Alzándose bruscamente del escaño.*)

FL. (*Afectando amargura.*) ¡Ah! ¡Grossermann! ¡Sólo lo grande de tu dolor disculpará tanta injusticia para mí! (*Levantándose.*) Tú consolaste mi soledad...

GROS. (*Creciendo en ansiedad a cada pregunta.*) ¿Verdad que la consolé?

FL. Tú fuiste padre, hermano, esposo enamorado...

GROS. ¿Verdad que lo fui?...

FL. (*Creyendo que él la cree.*) Débote la paz de mi vida, el bienestar de que gozo, la calma que disfruto...

- GROS.** ¿Verdad que sí?...
FL. Débote amor tan grande que nunca lo vi igual...
GROS. Sí, verdad, verdad... (*Irguiéndose.*) Pues si todo eso es verdad, ¿por qué no me amas?—(*Con desesperación.*)
FL. (*Afectando energía.*) ¡Injusta idea que ya ni quiero rechazar! ¿qué gozas en atormentarte? ¿que pierdes la razón?
GROS. (*Con dolor al principio y un vehemente acento de pasión en el resto de estas frases.*) ¡Ah! ¡no! ¡no!—Es que te pierdo, y lucho desesperadamente por retenerte,—porque tú—mujer amada, adorada criatura, ser que se hizo mi deseo fantástico y divino, ¡tú eres lo único de la vida que yo no quisiera perder! Dime, dime que me quieres, dime que el fuego de mis ojos enciende en tu alma ardiente y vehementísimo cariño,—dime que me amas... ¡aunque no sea verdad!—(*Con acento de súplica apasionada:*) mas que lo sea... que no me engañes... que no olvides tú con qué pasión inmensa en ti se fijan mis ojos, con qué enamorado regocijo te miro, te estrecho, te hablo, y me parece que lentamente, gota a gota, instante a instante se me va llenando de cielo el corazón! (*Con viveza:*)—verías tú como no hay mayor felicidad que esta honrosa ventura, esta dulce confianza, esta inefable delicia del santo y lícito amor. Verías tú con qué dulcísimo contento...
(En el entusiasmo de estas frases, Grossermann se ha acercado completamente a Fleisch, y al llegar a esta frase, mira su pecho, ve un papel, y súbitamente herido por duda más ruda que nunca se echa para atrás estupefacto, como no queriendo creer...)
FL. (*Con acento de ternura.*) ¿Qué tienes? ¿Por qué no me hablas? ¡Si vieras cuánto me gusta oírte hablar!...
GROS. (Un papel...) (*Como absorto.*) Fleisch, Fleisch.—
FL. (*Con solicitud extrema.*) ¿Qué, qué es?
GROS. Tú tienes... un papel.—
FL. (*Aterrada y llevando como sin poder evitarlo la mano al pecho.*) Yo... yo... yo no tengo papel alguno.—
GROS. (*Con ira y como yendo a tomárselo.*) ¿No? ¿no?— (*Afectando calma.*) Me pareció que tenías un papel.—Dime: ¿sabes tú la historia de Frank?
FL. No.—¿Por qué hablarme ahora de ella? ¡Háblame de tí!—
GROS. ¿No la sabes?—es una historia de que se burla mucha gente, que hacen sin sentir muchas miserables mujeres.—(*Con ira mal*

- disimulada.*) ¿Me engañarías tú a mí? (*Fleisch baja la cabeza confundida.*) Pues su mujer engañó a mi amigo:—mira tú, mira tú si es torpe y vil.—(*Pausa: Fleisch no habla.*)—Frank la amaba. Frank la amaba como yo te amo, y cuando se ama, así, las sospechas caen en el alma como fuego voraz, los pensamientos se aglomeran en tumulto, la razón se olvida, el amor se acaba, la ira empieza... ¡Mujer, dame ese papel!—
FL. Si yo no tengo papel alguno, si es sueño de tus celos.
GROS. ¡Mientes!—Hermana infame es la mentira de la culpa.—Dime ¿no sientes que la vergüenza te ahoga, no te desprecias, no te mueres delante de mí?—Mírame, mírame bien—yo fui quien consoló tu soledad, (*Tomando la mano de Fleisch, que a cada frase vuelve la cara como para alejarse de él*)—yo fui tu padre, tu hermano, tu esposo enamorado;—tú me debes el bienestar que gozas, la calma que disfrutas;—tú me debes amor tan grande que no tuvo jamás amor igual:—yo te hice mi compañera. (*Fleisch vuelve el rostro como si quisiera no oírlo.*) ¡Mírame! —yo te di bienestar, consuelo, calma, paz;—yo te di mi alma, yo te di mi honra:—¡mírame!—
FL. (*Como intentando, pero sin violencia, desasirse de él.*) ¡Oh! ¡me martirizas!
GROS. (*Sin dejarla*) ¡Mírame! (*Dejándola bruscamente y alejándose unos pasos de ella.*) Mas no; no me puedes mirar: ¡el fango no tiene ojos, el fango no se levanta de la tierra! (*Volviendo precipitadamente a ella.*) Tú, un papel que me ocultas. (*Con calma forzada.*) Dámelo.—
FL. (*Siempre confusa.*) ¡Si es locura de tus dudas!...
GROS. (*Creciendo a cada frase en ira.*) Mira que la sangre se me agolpa a los ojos.
FL. Si sueñas...
GROS. Mira que la razón se va de mí. (*Yendo a ella e intentando quitárselo.*)
FL. (*Resistiendo no demasiado.*) No, no lo tengo.—
GROS. ¡Dámelo! ¡Dámelo!
FL. (*Que defiende con sus manos el pecho.*) ¡Oh!— me haces daño...
GROS. Dámelo.—
(Cae el papel al suelo.)

FL. ¡Ah! (*Y se echa de rodillas sobre él.—Grossermann va a lanzarse sobre ella.—Entra Guttermann precipitadamente por la puerta del fondo.*)

ESCENA 13ª

GROS., GUT. y FLEISCH

GROS. (*Volviéndose bruscamente a él.*) ¡Eh!... ¡Eh!... ¿qué quieres? (*Volviéndose al público y afectando calma.*) No... no... no es nada... ésta que se ha conmovido, (*Volviéndose a Fleisch con ira*) ¿verdad que te has conmovido?—Si, Guttermann, con la historia de Frank.—(*Guttermann alza a Fleisch.*) ¡Historia cruel, historia tremenda y fatal!—(*Volviéndose a Guttermann.*) Dime, ¿qué hizo Frank al amante de su mujer?

GUT. (*Con asombro y reconvención.*) ¡Grossermann!

GROS. (*Con ira e insistencia.*) ¿Qué hizo Frank al amante de su mujer?

GUT. (*A él de la mano, y mirándola a ella, como si no hubiera querido responder.*) ¡Lo mató! (*Movimiento de terror y súplica al cielo, de Fleisch. Grossermann se adelanta a un lado de la escena, como recogido en una idea, y se dice a él mismo con voz sombría.*) ¿Conque... lo mató?...

CAE EL TELÓN

ACTO 3º

ESCENA 1ª

GUTTERMANN (solo)

GUT. ¡Aquí, aquí el villano!—¡Día terrible éste en que parece que todas las desgracias se reúnen!—¡Brazo mío, ni miedo ni parar!—Un miserable esquivó tu furor y me ultrajó: a él iremos a buscar mi honra: pediréle primero la ventura de mi hermana, que vale más la ventura de la manchada que la ruda venganza de la

mancha.—Si una vez me la niega, yo se la pediré otra vez, y si dos veces la negara, ¡caeré sobre él con ira tanta que allí quede ejemplo de villanos y castigo de mi baldón!—Aquí estuvo, concenlo en la ciudad, aquí lo han visto.—Dícenme a más que ha días ronda las cercanías del jardín:—nueva seducción proyecta quizá: otra desventurada mujer le dará a estrujar su alma:—¡Boa infame, chupará y arrojará luego sin vida otro incauto corazón!—¡Ser, ser creador, si ves estoy no lo estorbas, si miras esto y lo consientes, si miras tranquilamente cómo goza la maldad, maldito y execrado sea tu ser!—(*rápidamente.*) Mas no, no lo consientes:—haces la tentación y haces el cielo: los enseñas al hombre y el hombre elige: el que elige la tentación es el maldito.—

Den mis iras espacio a aliviar la desgracia de mi amigo.—Pues aquí está, aquí lo hallaré.—

Consuele yo hoy a Grossermann, a este hermano de mi alma: luego buscaré al que me infama, y, sombra o rayo, si aquí vuelve, ¡aquí hallará castigo el que lo infama a él!

Cegué de ira esta tarde cuando vi a ese hombre al lado de esta infame mujer. ¡Cegara yo antes de verlo!—Mas con rapidez tal huyó,—que ni a saber quien era alcanzaron mis esfuerzos: ¡no huirá, si vuelve!—¡Si fuera...! no, no puede ser; él sabría ya que aquí vivo, y huiría desatentado de mí: no puede ser él.—

ESCENA 2ª

FLEISCH y GUTTERMANN

GUT. (*Que al volverse encuentra a Fleisch que ha entrado por la puerta primera de la izquierda, con asombro y disgusto.*)—¡Fleisch!

FL. ¡Ah! ¡Guttermann! ¡No os imagináis con qué ansiedad angustiosa espero que le habléis!

GUT. Y ¿a qué venís a mí?

FL. ¿Qué, vos también, el único que puede ampararme, me rechaza?

GUT. Pues ¿no os rechazáis vos misma? ¿Qué extrañáis que os rechace yo?—

FL. ¡Nunca juzgué tanta mi desventura! (*Llorando.*)

GUT. ¿Lloráis ahora de terror, después que os mancillasteis con la falta? ¡Valiera más que hubierais llorado de vergüenza antes de haberla cometido!—

Concertado está el engaño;—mas no engaño yo por vos a Grossermann; engáñolo por él, por cariño de hermano hacia esa alma tan noble que os ha cegado con su resplandor.—Hallado el medio ¿qué me queréis ya? Por él velo, por él velaré siempre; ante él—nada más que ante él—seré siempre lo que fui para vos.—Ahora, recogeos en vos misma: llorad, si os place, que toda una existencia de lágrimas no basta a redimir un alma de tan liviana caída como la vuestra.—Y oídme:—sombra dijisteis esta mañana que era el que os hablaba:—sombra pudo ser el que escapó hoy a mi ira.—

Si la sombra de un hombre hiere una vez más aquí mis ojos,—sé yo terrible manera de matar a las sombras.—Con la vida del que se lo ofenda, sabré yo sellar el respeto infinito que debéis a Grossermann.—Quedad en paz.—

FL. *(Con terror al oírlo.)* ¡Oh! mas aguardad...

GUT. Nada aguardo ya.—Preparada una vez esta comedia que ha de dar a Grossermann mentida felicidad, ni os conozco, ni os amo.—Siento frío ante vos. Siento dolor, zozobra, ira.—¡Siento que me abrasa el rostro esa vergüenza irritada que enloquece a mi amigo, y salta de sus mejillas a las mías! *(Movimiento de Fleisch para hablar.)*—Quedad en paz, si la hay todavía para vos,—y en ella, no olvidéis de cuán terrible manera sé yo desvanecer las sombras.—*(Se va por la segunda puerta de la derecha.)*

ESCENA 3ª

FLEISCH *(sola)*

FL. Sin misterio me amenaza:—sin compasión me hiere: ¿qué no merezco yo? Por instantes crece, más cada vez me espanta la angustia de mi situación. Mi turbación, aquella carta funesta, me vendieron; mas si ve a mi esposo Guttermann, si hay en su alma todavía una senda abierta a la esperanza, si no duda de él también, aún puede volver a mí la calma que tan rápidamente me dejó.—

¡Ocultos están largo tiempo la traición y el engaño, mas una vez sospechados, tienen para ser descubiertos rapidez asombrosa, alas malditas!—

Yo no sé qué es de mí,—no sé qué extraño dominio me sujeta al lado de Grossermann:—“Esposa, me dice, mías sean las venturas de tu alma.”—“Mujer, me dice Possermann, mujer divina y encantadora,—mía sea la flor de tus amores, mía siempre la hermosura de tu ser.” Paréceme el uno tarde severa y nebulosa: día el otro de espléndida luz.—No sé qué misterioso poder me encadena a mi marido. No sé qué loca voluntad me aleja de él.—Quiero a veces apartarme de Possermann, huirle; a ello me decido, para ello lo busco; mas viene, me mira, lo miro, y ¡ya no puede ser!

Días ha leíame Grossermann un libro en que sostenía una mujer lucha igual, en que así combatida—en ella se devoraban los afectos sin poderse vencer.—“Mira—me dijo—¿ves tú esta mujer? Yo la llamaría tiniebla.”

“¿Por qué?”—le pregunté.—“Porque el ansia de la carne la arrastra y la luz de su esposo la ciega.”—“Vive en mí, Fleisch”,—me dijo entonces:—“sé tú mi claridad, mi luz, mi fe!”

Y me abrazó a su pecho, me miró luego con suprema delicia, puse yo mis labios en los suyos, y él los alzó a mi frente y me dejó en ella beso prolongado, ardiente, grave. ¿Por qué me besó en la frente y no en la boca? ¿Seré yo la tiniebla que él decía?

Mi marido me rechaza, su amigo me avergüenza, ese hombre a quien amo me abandonará tal vez... *(Voz de adentro:—¡Guttermann! Volviéndose como si hubiera oído ruido hacia la primera puerta de la derecha.)* ¡Dios mío! ¡Grossermann! ¡Hacia aquí, hacia aquí viene! *(Con desaliento.)* ¡Mis pies no me oyen: aquí me clava mi culpa: mas Guttermann no le ha hablado, el dolor lo exalta, fiero estallará al verme... No... no es posible que me quede! *(Yendo hacia la segunda puerta de la derecha.)* ¿Dónde encontraré valor?

ESCENA 4ª

GUTTERMANN y FLEISCH

GUT. (*Saliendo rápidamente por la misma puerta como si viniera a buscarla.*) ¡En el arrepentimiento, en vuestra culpa propia, en esa alma inmensa que estáis arrebatando a la vida!

El llega, ¡d y llorad:—llorad eternamente, que toda una vida de vuestro llanto no vale una hora de su dolor:—llega: ¡venid!
(*Salen por la segunda puerta.*)

ESCENA 5ª

GROSSERMANN

GROS. (*Sale por la primera puerta de la derecha.*) ¡Tampoco está aquí Guttermann! ¡Solo, todo solo, y muerto y frío todo desde que ella ha muerto para mí!—Consúmase mi llanto al fuego de mis ojos:—ahora ¡estos ojos estúpidos no saben más que llorar! ¡Que no me amara!... ¡bueno! Yo me amaría.—Pero, que otro la acaricie, que otro la ame, que ponga otro sus labios donde yo puse los míos... ¡oh, no! ¡no puede ser! ¡estarían negros!—

Yo viví, alenté, trabajé por la felicidad de aquella vida ingrata;—yo le di mis alegrías, yo le oculté mis penas; yo hice de su existencia bienaventuranza y claridad;—¿y ella acaricia, abraza, besa a otro hombre, mientras yo le daba vida, sueño, aliento, amor?—Fuera que la tierra toda era desgracia,—¡que la tierra entera se hubiera desplomado sobre mí!—si fuera así, si es ciega la ventura y alza en brazos al infame y hunde en bárbaro dolor a los justos, ¿quién es Dios?—Injusto, no:—no puede ser: ¡vale más pensar que sería loco!—

Y en este rudo penar, en este devorar de pensamientos, en este acariciar y desechar las ideas—¡huyen de mí la calma fría, la razón pequeña, la miserable esperanza, y yo que no vi antes más que tierra en la Tierra, mírola ahora toda negra y sombría, llena de tinieblas y de sangre!

Sangre—que es vida, vida en la Tierra—vida de uno. Mis ojos avarientes, abarcaban de una mirada el mundo, y otros mundos, y más;—y la vi, y los puse enamorado y loco en ella... ¡donde yo puse los ojos, no caben ya más ojos que los míos!—

Esperanza risueña, engaños claros, traiciones temidas, confianza, desconfianza, horror, amor: esto, en mezcla horrenda, en caótico revolver, en encontrarse y luchar y devorarse,—¡esto es dudar!

Y querer, y querer a mujer,—y guardar toda una vida para amar y amar con todo el vigor de una existencia,—y vivir en el cielo un día de ventura y caer del cielo rudamente,—mirar a la tierra en la caída, luchar con el aire, combatir cayendo, volver desesperado las manos a la perdida luz, ¡esto es dudar, ésta es mi duda horrible, éste mi espantable combatir! ¡Combato, lucho, me agito, lloro, muero! ¡No! ¡vivo! Vivo como nunca viví, vivo de lucha y de dolor; porque muero, vivo, que nunca está el hombre más cerca de la vida, que cuando está cercano su morir.—

Recuerdo que me amaba; finjomela como en días risueños complaciente y afable, finjomela casta, mía me la finjo,—y, cuando a la dulzura de esta imagen tiéndense a ella mis brazos amorosos,—dudas, preguntas, temor de mancha, iras indomables alzanse rugiendo en mí, y ahogan mi deseo y endurecen mis brazos—este ir y venir y caer y levantarse de bárbaras ideas.—

¡Lucha eterna entre la razón y las pasiones! ¡En vano es que una razón severa se prepare para combatirlas, en vano que las espere con vigor, locura luchar contra ellas! Vienen, y encienden, y devoran: llegan, y alientan, y matau; y apenas laten en el pecho, álzase con ellas este hombre-fiera que duerme escondido en el fondo del hombre; y crece en una hora más que en una vida el hombre, y salta del humano ser, ¡y lo destroza y lo desgarrar a su terrible despertar!

Así despierta en mí; así me devora, así se alza; ¡ruja, vuele, arrase, mate—si mata! ¡Ni yo lo hice, ni yo lo despierto, ni yo he de responder de lo que él haga!... ¡Reflexión, calma, paz, todas estas fortalezas que amontoné yo para mi vida, todo este dominio en mí, todas las fuerzas de mi razón, caen hechas a manos del agostado amor de una mujer! ¡una debilidad pierde una vida! yo, hombre,—¡muero a manos del hombre!—¡Ser flaco, ser flojo! ¡cae siquiera como Luzbel, ya que subiste como Dios!

Guttermann calla, calla esa triste, todo calla: ¡ay de todos cuando me olvide enteramente de mí mismo! ¡ay de mí! ¡ay de...!

ESCENA 6ª

GUTTERMANN y GROSSERMANN

- GUT. *(Que entra por la puerta más cercana a tiempo de cortar la frase de Gros.)*—¡Sin tregua exaltado!—
- GROS. ¡Eh! ¿qué quieres?... Pensaba en mí, pensaba en que todo favorece a la traición, en que todo me engaña, ¡en que me engañas tú!—
- GUT. ¿Yo?...
- GROS. ¡Tú!... Dime: figúrate que yo sé donde está el hombre que sedujo a tu hermana...
- GUT. ¡Grossermann!
- GROS. Figúrate que lo conozco, que lo he visto...
- GUT. ¿Que lo has visto?
- GROS. Figúrate que sé de él casa, lugar, nombre, todo lo que a tu honra falta, todo lo que necesitas saber...
- GUT. ¡Dilo, dilo!
- GROS. ¡Figúrate que nada te quiero decir!—
- GUT. Pues di, desventurado, ¿si todo lo sabías, por qué callaste?
- GROS. Pues di, desventurado, si me miras morir, ¿cómo es que callas?... Porque tú lo ves, tú ves a Fleisch, tú lo sabes todo: infame es el amigo que permite a su amigo la deshonra: ¿qué sabes tú?
- GUT. *(En tono de reconvencción.)* Sé que te vas volviendo necio; sé que raya en extravío tu loca exaltación... (¡Pobre ardid de la sospecha! ¡nada sabía el infeliz!)—
- GROS. ¡Ah! ¡Sí!—Es verdad: ¡más que loca, más que tinieblas, más que horror! *(Sentándose en el sillón.)*
- GUT. (Tal parece que puso la fortuna empeño en serle favorable esta vez: ni él leyó la carta, ni nada de ella me dijo: ni ha visto a Fleisch después; séale, pues, consolador, este engaño mentiroso; sea tregua a su pesar, mientras esa mezquina criatura lo despierte con nueva traición.) *(Dirigiéndose a él.)*—

- GROS. Y todos lo sabrán, y todos lo contarán, y yo, yo solo no lo sé,— *(levantándose y yendo hacia Gut.)* Tú has ido a la ciudad: tú has visto a mis amigos: alguien te habrá hablado: ¿qué te han dicho de mí?
- GUT. *(Haciéndose extraño al suceso.)* ¿Que qué me han dicho?
- GROS. *(Con vehemencia creciente.)* Sí... ¿qué te han dicho? porque ahora dirán cosas diferentes a antes; tiene la murmuración lengua de rayo: ¡todo el mundo lo debe saber!—¡Habla! ¿Qué te han dicho?—
- GUT. Pero, ¿qué es lo que todos deben saber? ¿qué te agita así?
- GROS. Pues, ¿no la viste a mis pies? Pues, ¿no lo sabes tú? ¡Ah! sí: era desgracia mía. ¿cómo era posible que no la vieses los demás? Y ¡con qué infame placer ven caer al fuerte los caídos! ¡Con qué villano regocijo gozan las almas miserables en la desesperación de aquel cuya calma envidiaban!—¡Cómo gozarían ahora en mi tormento los viles de la ciudad! ¡Gocen, ríen!— Si ante mí ríen, ya no reirán jamás; y si me escarnecen, si se mofan... ¿qué, alma? ¿que te vuelves mezquina con las ajenas mezquindades?—Si ríen, ¡ríanse!—La deshonra es del que deshonra a los demás.—En este supremo dolor, en este agudísimo penar que compendia los infiernos, el deshonrado no es el que lo sufre,—¡el que lo provoca!—El deshonrado no es el que escogió a una mujer para su mujer, y le dio el lustre del nombre y el calor de su hogar, y el producto de su trabajo y todas las solicitudes de su vida al que todo esto arranca por el apetito estúpido de carne, la envilecida criatura que deja que en sí sacien el repugnante deseo; ¡esos, esos viles, nada más que esos son los deshonrados!—el marido noble, confiado, engañado, ¡no! ¡éste tiene la honra íntegra y pura!
- GUT. ¿Que el tuyo te falta? ¿Que de nuevo dudas? ¡Nada quiero saber, nada sé de lo que estás diciendo!
- GROS. *(Con ira.)* ¿Nada?... ¿nada? Pues yo voy a decírtelo: ¡ójeme bien! Era una casa venturosa; las almas se parecían al cielo: los cuerpos estaban enamorados de las almas. Eran un honrado marido y una honradísima mujer.—Y una vez, cuando oscureciase el cielo de su brevísima ventura, cuando nublaba fatal sospecha la paz que un día logró—¡y era el día primero de paz de su vida!... el marido hablaba con la mujer, la mujer temblaba ante el marido, contábale una historia de esposa criminal, quiso ella desasirse

de él, quiso él sujetarla a su furor, cayó carta culpable del seno de la esposa, lanzóse a ella el marido, cayó la mujer sobre la carta como sobre la vida que se le escapase cayera,—¡por qué estas infames necesitan aún la vida!—sobre el papel arrodillóse, cubriólo con su cuerpo, lanzóse él a ella... y, a no entrar importuno personaje, ¡allí hubiera la razón extraviada del esposo cometido espantable violencia!

GUT. *(Tomándole de la mano y adelantándose con él al centro de la escena.)* ¿Era yo el personaje importuno?

GROS. *(Como arrepentido de haberlo dicho.)* ¿Tú?

GUT. Sí: ¿era yo?

GROS. *(Como vencido.)* ¡Tú eras, tú!...

GUT. ¿La mujer, tu mujer?

GROS. ¡Ella era... ella!

GUT. ¿Tú, el marido? ¿Suya la carta que alcé del suelo donde tu indomable carácter la arrojó?

GROS. ¡Aquélla, aquélla era la carta!...

GUT. *(Dejándole la mano.)* Pues, necio, ¿y si dudas de tu esposa sin razón? ¿Si es Fleisch inocente?

GROS. *(Con alegría y duda y temor y sorpresa mezclada.)* ¡Inocente!

GUT. Y ¿si era esa carta patentísima prueba de cariño para ti?

GROS. ¿Que me ama? ¿Que la carta no era de un hombre? A ver... a ver... dímelo otra vez.—

GUT. Fiel es y honrada como siempre fue—si te ama...

GROS. *(Con explosión de alegría.)* ¡Si me ama! *(Como reflexionando.)* Puede ser verdad... *(Exclamando.)* ¡Ah!, ¡sí! ¡debe ser verdad! ¡Sólo una alegría tan grande podría venir tras tan grandes dolores! Si la noche es tan negra para que el día sea más claro: ¡la duda es tan terrible porque sea más venturoso el amor! Pero ¿estás tú seguro? ¿tal que desaparezca mi dudar, tal que ni la sombra de un recuerdo de traición me exalte otro día, tal que todo sea para mis ojos ansiosos espacio clarísimo, ventura y claridad? Que esa carta no era de un hombre... que es inocente... Tú me engañas... tú me consuelas... ¡Torpe! mi razón puede morir en esta lucha: ¡mi alma no!—

GUT. ¡No se consuela de un dolor imaginario! Yo sé por qué tu esposa ocultaba aquella carta; yo he visto lo que te digo.

GROS. Sí, ¿dónde, cómo, dónde lo has visto?

GUT. Donde sin tus locas iras lo hubieras podido tú ver: en las leales manos de tu esposa.

GROS. ¡Leales!... ¿Mentirías tú? Tú sabías de quien era, qué decía, por qué me la ocultaba... a ver, tráemela, dámela... ¿qué esperas? ¿por qué no me la has dado ya?—

GUT. Esa carta era un peligro para ti.—Tus palabras iluminan al pueblo, y tú sabes como no descansan en perseguirte los señores...

GROS. Pero esa carta...

GUT. Esa carta debe ser suya.—Tu popularidad y el amor que en la ciudad te tienen los estorba.

GROS. Pero ¿qué decía?

GUT. En esa carta se excitaba tu honra y te llamaban a lugar arriesgado de modo tal que, leída por ti, no hubiera tu valor imprudente oído la razón.

GROS. Y ¿Fleisch?...

GUT. Fleisch arrojó tus iras y tu sospecha sin que pretendiera un instante sincerarse, porque su sinceridad era tu riesgo.

GROS. Pero ¿es eso verdad?

GUT. ¿Cuándo mentí?

GROS. ¿Que era amor lo que yo juzgué un engaño?

GUT. Ya ves como ha arrostrado tus iras por salvarte...

GROS. Qué ¿no me engañas?

GUT. Como es fiel...

GROS. ¿Verdad que es fiel?

GUT. Como es honrada...

GROS. ¿Verdad que lo es?

GUT. Como es pura, como es inocente, como siempre te amó.

GROS. *(Hablando al mismo tiempo que GUT. y con acento de convicción.)* Sí, sí, si me ama, si es inocente, si yo lo creo, si es mentira que yo haya podido dudar...

Pero esa carta, esa carta, por Dios: ¡mira que muero de impaciencia, de ansiedad!

GUT. *(Sacando una carta.)* Ella hará que te arrepientas de tu error. Héla aquí.

GROS. *(Tendiendo la mano.)* ¡Aquí! Esa... ésa es; *(Retirando la mano.)* ¡No, no me la des, si yo no creo que me engañes! *(GUT. va a guardarla: Gros. tiende la mano.)* ¡A ver... a ver... *(tomando la carta)* que esta carta... que ella es inocente... que voy a verlo... que me ama! *(Exclamando.)* Yo por esta carta la infamaba:

de aquí va a salir noble y pura como antes: ¡bendita, bendita seas que me enseñaste a perderla para gozar luego este inmenso placer de recobrarla!—(*Abre la carta trémulo y ansioso.*)

GUT. (¡Infeliz!)

GROS. Aquí me lo dice... aquí me llaman... aquí me citan, ¿qué más prueba quiero ya?—Noble es y pura; pura y me ama... ¡abrázame, hermano!—¡qué inmensa alegría! ¡abrázame otra vez! ¡no hubiera aquí más gente a quien pudiera yo abrazar!—¡Inocente, y pura, mía! ¡Si ya lo sabía yo! Si no podía ser que me engañase... Yo he dado mi vida a esta mujer—decíame yo:—he hecho de ella adoración, consuelo, paz;—dila riquezas, ternura, hogar, calor,—dila mi alma entera ¿cómo había yo de creer que ella me engañara?—Mía, mía es su alma todavía como antes. (*Yendo de una puerta a otra para llamarla.*) Fleisch... Fleisch mía... (*Deteniéndose en el centro de la escena.*) ¡Qué hermoso está todo! ¡Parece que el cielo se me abre! ¡Parece que el cielo mismo se me entra en el corazón! (*A un movimiento de Gut.*) ¡Vamos, vamos a buscarla! Estará en el jardín... en la casa cercana... por aquí... por aquí más pronto... (*se detiene un instante*) ¡mía y pura! (*A un movimiento de Gut.*) Sí, sí, vamos... vamos... (*Salen.*)

ESCENA 7ª

GUTTERMANN (solo)

GUT. (*En el umbral de la puerta por la que ha salido Gros.*) Corre ya el triste en pos de su engañosa felicidad, y alienta todavía el que me ultrajó. Cuerpo era sin alma Grossermann que va desatentado en pos del alma perdida: ¡cuerpo soy yo sin honra que no la merezco hasta que no la recobre! El es feliz: ¡hónreme ahora yo! (*Sale a tiempo que entra precipitadamente por la primera puerta de la izquierda Fleisch seguida de Possermann.*)

ESCENA 8ª

FLEISCH y POS.

FL. ¡Desventurado! ¡Huye de aquí! mi marido habla quizá en este instante con Guttermann, convéncelo con carta fingida: ¡huye de aquí!

POS. ¡No sin verte un momento! ¡no sin hablarte ahora que suerte infausta me obliga a alejarme de aquí!

FL. ¿Qué?, ¿que te vas?—¡aguarda, aguarda entonces!— ¡oh, día terrible que aún me guardabas este fiero dolor!—¿Por qué te vas? ¿Qué te arranca de aquí? ¿El amor quizá de una mujer? ¡Yo te amo más que nadie te amaría! ¿Las iras de mi marido? ¡Yo las arrostraré todas para mí, y te libraré a ti de ellas! Pero no te vayas... piensa a cuántos peligros me expuso tu cariño, que por ti desafío ahora mismo la cólera de Grossermann,—¡piensa que te amo!

POS. ¡Imposible, Fleisch! Enemigo implacable me persigue y no podrías tú librarme de él... Para verte última vez subía.

FL. ¡Última vez!

POS. ¡Última, Fleisch mía! Quede en ti siempre fija la memoria de esta ardiente pasión: tú me amaste...

FL. ¡Te amo!

POS. ¡Mías fueron tus horas de delirio, mía la hermosura de tu ser! ¡piensa que nunca olvidaré yo tu belleza! ¡piensa que con la memoria de los tuyos, morirá en mí siempre el recuerdo de todo otro amor! ¡piensa, bien mío, con cuánta delicia ahogué yo en tus labios, al nacer de los tuyos, estos besos febriles y ardientes que al partir todavía de tu lado me están quemando el corazón!—(*El grupo debe estar de manera que dé Fleisch la espalda a la primera puerta de la derecha por la que saldrá precipitadamente Gros.*)

ESCENA 9ª

GROS., POS. y FLEISCH

- GROS. *(Yendo a ella con los brazos abiertos.)* ¡Fleisch, Fleisch de mi alma! *(A su exclamación se vuelve Fleisch, Gros. ve a Pos.)* ¡Qué! *(Haciendo un paso atrás.)* ¿Es verdad?... ¿Es verdad?... *(Yendo a Pos. que protege con su cuerpo a Fleisch.)* ¡Infierno, infierno! *(Y se arroja sobre Pos. que ha buscado un arma sin hallarla en su cinto, al caer Gros. sobre Pos.)*
- FL. ¡jesús! *(Y cae arrodillada cubriendo el rostro con las manos.)*
- POS. *(Luchando inútilmente por desasirse de Gros. que le lleva hacia la primera puerta de la izquierda.)*—¡Perdón; perdón para ella!
- GROS. ¡Maldita sea!
- POS. ¡Perdón si muero! *(Ya junto al umbral.)*
- GROS. *(Ya entrando.)* ¡Muere! ¡muere! ¡Y ella después! *(Desaparecen por la puerta.)*
- FL. ¡Dios de mi vida, misericordia para mí! *(Se oye la caída de un cuerpo.)*
- GROS. *(Se le y exclama.)* ¡Loco, loco, loco era, Dios! ¡Muerto ese hombre! muerto a mis pies ¿qué pienso? ¿Qué dudo? ¡Bien muerto está!—El me mató mi alma: yo le he matado el cuerpo—él me queda a deber todavía: ¡bien muerto está! *(Fleisch que ha debido alzarse espantada al verlo volver, quiere huir, y apoyarse desfallecida en la mesa,—Gros. reparando, al volverse, en Fleisch; yendo con furor a ella.)* ¡Y tú vives, tú alientas, tú lo amaste! —Tú como él me manchas: ¡a ti como a él! *(Alza sobre ella la mano armada de un puñal.)*
- FL. *(Cae arrodillada.)* ¡Perdón!
- GROS. ¡Muere! ¡ah! ¡no! *(Dejándole el brazo y apartándose.)* ¡Qué infamia!—¡Es mujer! *(Yendo a ella y alzándola del suelo.)* Vil, vil criatura, yo te amaba... ¡vete!—
- FL. ¡Perdón por la memoria de tu madre!
- GROS. No, no, que me la manchas: ¡vete!
- FL. Fue locura, fue vértigo, fue delirio...
- GROS. ¡Calla!
- FL. ¡Fue que mi cuerpo venció a mi alma: fue que la influencia de sus ojos me arrancó en un instante la memoria de tu amor!

- GROS. ¡Fue que la sensualidad, que es el infierno, venció a la castidad, que es Dios! Pero tú vives, yo vivo, tú me miras. ¿cómo puedes vivir?—En ti puso sus labios, besó tu boca, acarició tu cuello: ¡muere tú también!—*(Levanta el puñal, Fleisch cae sentada, Gut. entra precipitadamente por la puerta del fondo.)*

ESCENA 10ª

GROS., GUT. y FLEISCH

- FL. *(Al sentarse y apartando a Gros.)* ¡Oh!
- GROS. ¡Tú lo amaste!...
- GUT. ¡Grossermann!...
- GROS. *(Dejando caer el puñal, deteniéndose súbitamente)* ¿Qué quieres? Nada. *(Apartándose, Gut. sin adelantar.)* *(Gros. irritado.)* ¡Digo que nada!—¡Esta, ésta que llora, llora porque ha muerto uno a quien ella quería, y otro, otro *(como abatiéndose)* que la quería a ella más, mucho más...!
- GUT. *(Yendo rápidamente al sillón.)* ¿Qué pasa aquí? *(Gros. se queda como aterrado.)*
- FL. *(Levantándose.)* ¡Ah! ¡Id, id, quizás aliente, quizás viva, quizás pueda salvarse, todavía!
- GUT. ¡Qué! ¡Grossermann!... *(Fleisch hace un movimiento de ansiedad, Gut. corre a la primera puerta de la izquierda.)*
- FL. *(Con ansiedad.)* Sí, id... id.
- GROS. *(Como continuación a su anterior pensamiento.)* ¡Oh! ¡más, más, más que a la esperanza! ¡más que a la luz!
- GUT. *(De adentro.)* ¡Muerto!
- GROS. *(Irguiéndose de repente.)* ¡Eh! ¿quién lo ha dicho? *(Un movimiento de espanto.)* ¡Muerto!—*(Como hablando con alguien.)* ¡No he sido yo! ¡No está muerto! ¿Quién dice que está muerto? *(A estas frases dichas con acento desesperado sucede la postración anterior.)*
- GUT. *(Saliendo del cuarto y yendo a Gros.)* ¡El infame, el que me robó la hermana de mi alma! *(Tomando el brazo a Gros. que no alza la cabeza.)* ¡Ah, mano necia que no dejaste a mi mano la satisfacción de su castigo!

- GROS. (*Inclinándose y como disculpándose torpemente con Gut.*) Yo no... yo no...
- FL. ¡Ni me amaba!
- GUT. (*Yendo a Fleisch que baja la cabeza como anodadada por las palabras de Gut.*) ¡No, no te amaba! ¿Merecías acaso, mujer torpe y liviana, que alguien animase su corazón para ti?—¡Carne es la adúltera: ámesela y engáñesela como a carne! (*Apartándose de ella.*)
- FL. (*Tendiendo a Gut. las manos.*) ¡Perdón!
- GUT. ¡Loco el amigo de mi alma, muerto un hombre! ¡Adúltera, no hay perdón en la tierra para ti!
- GROS. (*Saliendo bruscamente de su postración.*) ¿Que por qué lo maté? ¡Porque él me mató! ¡No había yo de matarlo! (*Llorando.*) Ese, ése era el muerto a quien ella quería, y yo... yo... yo soy el otro muerto que la quería a ella, que en ella adoraba, que muere por ella... ¡ay! que se me revienta el corazón. (*Tendiendo los brazos a Gut.*)
- FL. (*Cayendo de rodillas.*) ¡Perdón!... perdón por mi alma.—
- GUT. (*Extendiendo las manos con un movimiento de horror.*) ¡Loco mi amigo, muerto un hombre: adúltera, no hay perdón en la tierra para ti!—

Gut, queda solo a un lado, casi al centro de la escena.—Fleisch hunde la cabeza en sus manos.—Gros. se vuelve, y tiende lentamente y sollozando los brazos a Fleisch.

CAE EL TELÓN

ADÚLTERA

SEGUNDA VERSIÓN (INCOMPLETA)

ACTO 1º

GROSMAN, PESEN, FREUND, FLEISCH

ESCENA 1ª

GROSMAN

G. ¡Grata felicidad de ser amado, bien venida seas a mí!

Es el hombre en la tierra dueño de sí mismo, y es, sin embargo, su mayor trabajo serlo,—que el hombre es el mayor obstáculo del hombre.—

Sufrir para mí no era sufrir: era ensancharme, ser, crecer. Y desde que la amo, creo ya en la felicidad de una hora, porque a su lado me olvido de todas las miserias; y en la tierra, la única felicidad posible es el olvido de la tierra. *(Entra Freund.)*

ESCENA 2ª

GROSMAN y FREUND

G. Amigo, en hora buena llegas: complacíame ahora de venturas mías: no estaban todas juntas si no te tenía cerca de mí.

F. Fuérame dado venir contento como tú.

G. Ley parece que no nazca una alegría sin que nazca al mismo tiempo un dolor. ¿Te han llegado malas nuevas de tu hermana?

F. ¡Mi hermana! No: de ella no: mas tiene afligida la ciudad la desgracia de Frank.

- G. Pues ¿qué ha pasado a Frank?
- F. ¿Recuerdas tú que amaba con pasión a su mujer?
- G. Y ¿lo ha engañado?
- F. Engañado, amigo, a él, hombre noble y generoso, por el amor del joven Alfred, vano y necio.
- G. ¿Y lo supo Frank?...
- F. En otro mundo vive el que le robó la paz...
- G. ¿Lo ha matado?
- F. Hallólos al volver a su casa en plática de amor.
- G. ¿En su casa misma! Y ¿no la mató a ella?
- F. ¡No! ¿Qué hombre mata a una mujer? Pero no fueron más rápidos sus ojos en mirar que sus manos en herir. Vio los labios del amante en la mano de la infiel; vio los labios de ella sobre su frente, y los del hombre no volvieron a abrirse más: allí quedaron fríos: ¡allí oprimió la cabeza del cadáver contra la mano que besaba y la sacudió sin levantarla, con furia que debió darle el infierno! —¡Horrible fue en verdad aquel beso tremendo de despedida!
- G. (*Ya preocupado.*) No de otra manera deben quedar siempre ahogados los besos criminales.
- No tienes tú mujer: ¡no sabes tú con qué cariño se la ama, qué avaro se llega a ser de todos sus momentos, cómo este amor que entró en nuestro corazón a la par que otros afectos, crece y se desarrolla de manera que es al cabo más grande que todos, más grande que nuestro mismo corazón!—
- F. Sólo en el olvido podía hallar un día consuelo Frank.
- G. Muerto está el vivo que olvida sus pesares. ¿Cómo olvidará Frank desventura semejante? Cosas son éstas que antes de sufridas no se adivinan: y luego de sufridas... ¡ay! ¡luego de sufridas se debe morir! ¡qué horror, qué horror, amigo!
- ¡Si pensar en esto amarga tanto, un instante de sentirlo debe ser tormento inconcebible! (*Brusco.*) Me has dado en qué pensar con la desgracia de mi amigo. (*Paseando pensativo.*)
- F. A otros dará en cambio que reír.
- G. (*Deteniéndose.*) ¡Reír! Y ¿se puede reír de una desdicha tan grande?
- F. Lado flaco es ése de los humanos.
- G. ¡Lado estúpido! ¿No es esto tomar a broma el honor que debe ser siempre una religión en nuestra alma?
- Y a fe que tienes razón, que hay quien se ríe de estas cosas.

Autorzuelos hay que llevan al teatro como asunto de gorja a un marido engañado, y óyelo en paz la regocijada concurrencia, y a mí me dan mis tentaciones de poner al autorcillo ramplón de modo que jamás riera de la ajena desgracia: ¡crueldad mayor!

Hiciera yo para el teatro obra tal, que conmoviese de espanto y de amor: llamaría *Carne* a la mujer, *Vileza* al amante, *Respeto* al engañado esposo. No cuidaría yo de entradas y salidas, ni de preparar dramáticas situaciones: entren y salgan los personajes por donde puedan, con tal que diga yo lo que en tales instantes se sufre.

No trabaría una acción: pintaría un hombre. Lo destrozaría, lo desgarraría, lo presentaría con el cerebro enloquecido y el desnudo corazón brotando sangre: haría un mar con sus lágrimas: lo arrojaría en él, descarnado, desgarrado, sangriento; pálido ante el público.—Y cuando todos temblaran, y se estremecieran todos, y no hubiera ojos sin llanto, ni alma sin compasión, yo diría al teatro aterrado con mi héroe: ¡Ahí tienes esa sombra! ¡ahí tienes ese cadáver! ¡Míralo, mujer adúltera; míralo, amante villano, atrévete a hacer otro!

- F. Y fatigaría al público tu héroe solitario.
- G. ¡No lo fatigaría! ¿Necesítanse muchas nubes para que se desate la tormenta? Un dolor puede ser una tragedia: desdén yo trabazon y argumento: ¡cambiantes hay de sobra en un espíritu agitado por los dobles celos del amor propio y del amor!
- F. (*Como si fuese su propia situación.*) ¡Cambiantes rudos y terribles!
- G. Ora la esperanza...
- F. Ora la vergüenza...
- G. Ya la cobardía...
- F. Ya el valor...
- G. Alguna vez llorando como un niño...
- F. Otra vez rugiendo como un león...
- G. Tan pronto amando como un loco...
- F. Tan pronto odiando como una fiera...
- G. ¡Oh! ¡debe ser como sentirse devorado por llamas del infierno!
- F. ¡Sí! ¡debe ser como sentirse mordido por mil serpientes el corazón! (*Ligera pausa.*)
- G. ¡Pobre de nuestro Frank!
- F. ¡Pobre de él!
- G. (*Andando.*) Déjame pensativo tu noticia: voy yo a buscar esparcimiento en mi trabajo, ya que no vamos hoy a la ciudad.

- F. A mí también me angustia y me preocupa. Quédome aquí un instante.
- G. Amigo, ¿me engañaría algún día mi Fleisch?
- F. ¡Locura mayor! ¿Ella, gala y orgullo del cariño?
- G. ¡Oh! todo engaña. (*Se va.*)

ESCENA 3ª

FREUND

- F. ¡Sí! ¡todo engaña! ¡Mi hermana, la que yo creía pura, me ha engañado también! Era ella la flor blanca de mi vida: ¡no hay ahora en mi hogar más que pétalos ajados de aquella blanca flor!
- Quisela con todos los amores: olvida ella por los apetitos de un villano las ternuras de la castidad. ¿Por qué tienen ojos tan bellos las mujeres, si no han de ver con ellos la avaricia de la carne y la lisonja? (*Se sienta como abrumado en el sillal.*)

ESCENA 4ª

Freund sentado y sin notar lo que pasa en el fondo: aparecen por el fondo Fleisch precediendo a Pesen.

FLEISCH y PESEN

- FL. (*Aterrada al ver a Freund.*)—¡Oh! Hele ahí como lo temía. Pasó la hora del quehacer, y no han ido a la ciudad. ¡Huye, huye por Dios!
- P. ¿Y me miras con tus ojos, y quieres que huya yo?
- FL. Han de verte por fuerza. ¡Huye, por nuestro amor!
- P. Por él me quedo. Aquella puerta me conoce. ¿Por qué no esperar allí?
- FL. Bien: espera: mas oye: vase por esa habitación a parte no concurrida del jardín; baja es la tapia: ¡si algún peligro te amenaza, huye por piedad!
- P. ¡Adiós, Fleisch mía! (*Se va Fl, él entra.*)

ESCENA 5ª

FREUND

- F. (*Saliendo de su posición meditabunda.*) ¿Por qué, por qué, Dios justo, al dotarnos con el don funesto de la vida, no pusiste en la mujer la estimación de sí misma? ¡Así, por soberbia al menos, no cedería al convite de los hombres!—Yo diría a Grosman mi mal: mas no: hasta uno mismo es enemigo de su propia pena, porque el dolor la acrecienta; ¡hasta el aire es enemigo de la honra perdida, que parece que corre más rápido cuando lleva en sus entrañas voladoras el mal de los demás! (*Queda pensativo.*)

ESCENA 6ª

GROSMAN y FREUND

- G. De fijo no vamos hoy a la ciudad: avisan que el trabajo se suspende.
- F. (*Sin reparar en Grosman.*) ¡A nadie! ¡ni a mí mismo, ni a él, ni al aire...! ¡ay de mí!
- G. (*Adelantándose rápidamente.*) ¿Ay de ti? pues ¿acaso sufres? di al punto qué te pasa.
- F. (*Confuso.*) Nada... nada a fe. Pensamientos sobre ajenos males: dime hoy, como tú, a padecer por los demás.
- G. No harías mal: gana uno indulgencia cierta para los cielos venideros con sufrir en sí las penas de los hombres. Mas, parecióme que eras tú el que sufría.
- F. No, no: de veras: eran daños ajenos.
- G. ¿De veras? Mal haces, mal: ¿sufres, y no lo dices a tu amigo? He aquí una deslealtad.
- F. No, no: ¿qué pena hubiera de esquivar yo de ti?
- G. La esquivas, sin embargo. Engáñame, tú que puedes; harto castigo tienes con saber que hay un tormento mayor que sufrir, ¡y es sufrir solo!... (*Pausa.*) Pues dime: ¿dónde hallas tú más alegría que en la confianza? ¿Dónde, después del amor de una mujer, hallas tú nada más hermoso que la amistad? Siente un alma honda

pena que la martiriza y la devora; viértela en un pecho amigo; con él abrázase, en él llora, y parece como que el pecho queda como por instantes vacío de dolor. Si algún pesar te agobia, ven a mí, conmigo pártelo, divídelo conmigo, que es ley hermosa de almas que el amigo ayude al amigo y comparta con él su pesadumbre.— ¿Qué tienes, Freund?—

- F. ¡Vergüenza de mí, placer de hallarte cada día mejor! Perdóname, perdóname, pero no quieras saber como no hay reposo, como no hay acabar para las manchas del honor.
- G. ¿Quién te ofende el tuyo?
- F. ¡Oféndeme la que yo crié con la savia de mi alma, y con el calor de mis besos!
- G. ¿Mujer ingrata acaso?
- F. Hermana ingrata, amigo, que hermana es todavía más que mujer. Porque se apaga el pasajero fuego del amante; si olvida una mujer, ¡múdase de altar la imagen y ámase en otra el mismo amor! mas ¿quién perdona en un momento la traición que arrastra y avienta todos los cuidados de una vida? Porque era blanca y rubia y tenía sueños en los ojos, y besos que le vagaban en los labios.
- G. ¿Pero tu hermana ha muerto?
- F. ¿Pero no oyes que vive deshonrada? ¿qué es la vergüenza más que una manera de morir? Ella era blanca y rubia; el Sol copió sus rayos de sus cabellos y los ceiajes de la tarde envidiaban las nubes de sus ojos;—se vestía de blanco, y parecía una pálida visita de tierras ignoradas; dejaba el lecho con el alba, y era para el hogar paloma anunciadora de ventura.—Andaba lentamente y semejava nube detenida un instante sobre la superficie de la Tierra.—
- Y la que era paloma, nube, sueño, la que era regocijo, gala y gloria mía, quemóse en el ara de un amor impuro, deja el ángel sus alas en ardiente hoguera, váseme en villanos brazos la que con estos míos honrados sostuve y alenté.
- G. ¿Y eso me ocultabas?
- F. Cuando volví diez días hace a llevarla memorias tuyas y amores míos; cuando espantado recorrí el hogar triste y desierto; cuando busqué en vano a la mujer que la acompañaba y la servía. dudé de mis ojos, y sentí el aire poblado de sueños, parecióme que el mismo hogar lloraba: vi que nadie había allí: ¡lo vi y no cegué!
- G. ¿Y no supiste adónde fueron?

- F. Recordé entonces melancolías inexplicables e inquietudes vagas: adi-viné allí un hombre, ¡ojos viles los míos! ¿Para qué los tengo en el alma, si los de mi rostro no me ayudan a decirme quién es?
- G. ¿Ni conocías al hombre?
- F. Ni lo conocía. Tan loca fue aquella niña sin ventura, que no vio que amor que huye de la vigilancia del hogar es criminal y torpe amor. Y cuando pienso, me espanta: en cuantos veo, imagino verle. Distingo a uno, y apresuro el paso como si fuera aquél: ¡en vano busco! Tuvo mano para robar, y no tiene cuerpo en donde herir.
- G. ¿Y ella?
- F. ¡La abandonó el villano!
- G. ¿La abandonó y no está aquí? ¿Pues cómo te he querido, si no tienes la grandeza del perdón? ¿La abandonó, y no vuelas a hallarla? El rencor es el infierno: no apresures en la tierra los tormentos infernales.
- F. ¿Y el alma que me ha herido para siempre?
- G. ¿Y la suya que se alberga espantada en su cuerpo frágil y débil?
- F. ¡Débil para sufrir, y para herir tan fuerte!
- G. Ciegan a la mujer los ojos del amante.
- F. Alúmbrala en la senda respeto y gratitud.
- G. Puede obligarla la miseria a vilezas terribles.
- F. No quieren verla mis ojos.
- G. No quieren verte los míos sin ella. ¡Búscala y perdónala!
- F. ¿Me buscó ella para huir?
- G. ¡Llámala!
- F. ¡No!
- G. ¡Quiérela!
- F. ¡No!
- G. Pues dime, hombre débil y falible, si alguna vez tu alma cae ¿cómo has de querer tú que nadie ampare tu alma? Si alguna vez la tentación te abrasa, y dóblase a la tentación tu condición humana miserable ¿qué es perdón? ¿qué es levantar? ¿qué es salvarte? Eternamente recorrería tu maldecido espíritu los implacables espacios: ¡eternamente vagarías condenado sin luz!
- ¡Quiérela! Si no tuvo madre; si con no tenerla estuvo privada del pudor del ejemplo que acrecienta y realza el pudor natural; si hablan tan bien los hombres cuando seducen, y son tan nobles las mujeres para confiar y creer ¿qué pides a la debilidad de la mujer contra la avaricia elocuente y maldita del que les roba la paz?

¡Impía crueldad! Tú has caído: yo he caído: todo hombre en la Tierra ha caído una vez: no hay espíritu puro: no hay en este mundo todavía criatura inerrable. Y si todos los hombres caen y se levantan ¿por qué no ha de levantarse la mujer que una vez cayó? Si por maldad cayó del hombre, del hombre es el baldón y el vilipendio; si fragilidades la movieron, culpa es del ser más alto que le dio flaca y manejable naturaleza.

Y si no la amas, yo la amo: si no la llamas, yo la llamaré: aquí vendrá, no se apartará de mi lado, a mi lado vivirá.

- F. ¡Deja, deja por piedad!
- G. ¿Piedad para ti, qué para ella?
- F. ¡Oh horror! ¡Oh amor!
- G. Aquí hallará respeto y ventura
- F. ¡Horror terrible!
- G. ¡Aquí hallará en mí y en mi mujer la compasión que tú le niegas!
- F. ¡Horror, la dureza del alma!—¡Horror, desamparar al desvalido!
- F. ¡Oh! ¡calla! ¡calla! ¡si la amo como antes: si la amo más que antes, si no se la niego ya!
- G. Así, así amigo mío: ¡llora, sufre, sufre sin temor, pero ama y perdona! ¡Esto es Dios!
- F. ¡Amigo de mi alma!
- G. Hermano tuyo: hermano que hace suya tu pena: aquí vendrá tu hermana: juntos buscaremos a ese hombre: infame dos veces, porque sedujo infame; porque abandonó a una mujer, más infame todavía.
- F. ¡Ilumina mi espíritu abrumado!
- G. La calma lo iluminará mejor. Ve y reposa, amigo mío: no te diré yo que olvides tu pesar: no: olvidar es de ruines: mas piensa que entre tus hombros y los míos, más leve es la pesadumbre, y más veloces acudiremos al remedio. Piensa sin cesar en esta ofensa, que el hombre ofendido que duerme es más que vil. Hay una cosa más preciada que la vida: la vida honrada.
- F. Muera la mía si no ha de serlo.
- G. Nadie muera... hasta que no haya al menos menester morir.
- F. ¿Y si lo ha menester?
- G. ¡Primero, se mata! Luego, se morirá probablemente.—¡Ve, ve y reposa, aquí queda conmigo tu dolor!

ESCENA 7ª

GROSMAN

- G. ¡Se mata! Porque cuando todas las creencias se mancillan, y todos los sacrificios se olvidan y la mujer amada nos engaña y dos hombres besan una misma boca de mujer, es poco la cabeza miserable para contener nuestro cerebro roto: es poco el pecho necio para comprimir el corazón despedazado: no hay paz, no hay calma, no hay razón y saltan del hombre las complacencias del humano ser, y ¡en él rugen precipitados y malditos, rugen incallables, indomables rugen sus instintos bárbaros de fiera!—Y de estos extravíos de la razón, no el hombre: responda el que nos la dio débil y extraviado.

¿Por qué ha venido esa historia a unirse a la de Frank? ¿Por qué es tan bello el Sol, si cabe bajo él tanta maldad? De pensar sólo que pudiera yo sufrir así veo sombras e imagino espantos: ¡locura indigna de esta noble Fleisch que me ama! ¿Muerte? Es poco: es mentira que la memoria acabe con la muerte: porque ese debe ser dolor tan grande que no puede caber en una vida.

ESCENA 8ª

GROSMAN y FLEISCH

- FL. ¡Ah! El aquí.
- G. Mi Fleisch ¿qué? ¿huyes de mí?
- FL. ¿Huir? Yo no: buscándote venía: extrañaba no verte: pensaba que te habías ido a la ciudad.
- G. ¿Sin verte, Fleisch de mi alma? No irra yo nunca a saludar el día sin verte: no me parecería día sin ti.
- FL. Mas ¿qué te retiene hoy a mi lado?
- G. Lo extrañas con razón: mas no saldremos hoy hasta la tarde. Afligeme y contúrbame ahora una historia fatal, y más que ella la desgracia de un noble amigo mío.

- FL. ¿De Freund acaso?
- G. ¡De mi noble Freund!
- FL. Siempre robando a tu reposo las horas para pensar en los demás.
- G. Las robo a mi reposo; pero nunca las robo a mi amor. Que en toda aflicción, en todo trabajo, en todo instante, hay en mi alma misterioso dualismo, y al par que ocupo la mente en cosas extrañas a ti, vas tú en mí al lado de ellas como blanca imagen, acompañando, iluminando y presidiendo todos los actos de mi vida.
- FL. En vano lo aseguras. Por atender a los demás róbasme el tiempo.
- G. No me quieras cuando no lo robe; cuando me olvide tanto de mí mismo que sólo piense en ti.
- FL. Disculparía yo esas horas de abnegación: nunca las que tú ocupas en trabajo rudo e incesante.
- G. Pues ¿vive el que no trabaja? ¿Merece el que no trabaja, amar, que es vivir?—Dicha inmensa es tu afecto: para gozar dicha tan alta débese haberla merecido con altos trabajos: para seguir gozándola, debe el hombre seguir mereciéndola constantemente. Mas ¿no es verdad, mi Fleisch, que tienes tú por mi conducta satisfacción y orgullo? Amo a los hombres, para que a mi muerte me asciendan de la tierra nubes creadas con los perfumes de mi mismo amor. Anhele grandezas y las logro, para que nadie sea a tus ojos más grande que yo. Créeme: es locura; pero si miras, enciéndome en amantes celos de aquello que has mirado. Dudo un instante. y créceme la duda como si fuera la desconfianza monstruo dormido en el corazón, presto siempre a despertar y abrumar el lecho en que se tiende. ¿Deberé dudar de ti alguna vez?
- FL. ¿De mí? No, no ¿no ves cómo te busco solícita, cómo me duelo de tu ausencia, cómo ahora mismo, ahora mismo venía aquí buscándote?
- G. Todo eso quiero, todo eso y más: el amor es Sol, y no puede haber dos soles en el cielo: olvida todo lo que conociste antes de mí, piensa en que nada más has de querer y conocer. Para mí lo que fuiste; para mí todo lo que eres ¿verdad que todo es para mí?
- FL. ¡Loco y ambicioso!
- G. ¡Loco no, hombre! Ambicioso de ti. No me digas más, que parece que tu voz me roba algo de tus miradas. ¡Mírame! ¡mírame así! En ti estoy yo: hombre, era la energía y la fortaleza: tú, mujer, eras la ternura y la castidad: yo me uní a ti, y los dos juntos hicimos

el ser. Si no me amaras, mi energía sería salvaje, y sería estéril tu ternura: ámame.

Yo no viviría sin ti, tú sin mí no vivirías; vidas juntas, alma sola: esto es amor: ámame.

Yedra frondosa que da brillo y lozanía al tronco a que se enlaza: eso para mí eres tú:—tronco erguido y robusto que ha encarnado en su savia la savia de la yedra: esto soy yo para ti. Tú embelleces mi vida solitaria como corona al enhiesto palmero verde cima de hojas fragantes y opulentas: yo el tronco árido: tú la cima animada y bienhechora.

- FL. No entibian en ti los años el fuego del amor.
- G. ¡Años! ¿años que es hielo? Y cuando te hablo yo de amor ¿piensas tú en mis años?
- FL. No, no: por ellos me amas tú mejor, y te amo yo más.
- G. Te hallo inquieta: no estás tú para mí como estabas ayer. Me hablas poco: te turbas, torpe estás para hablarme. ¿Qué tienes, mujer?
- FL. Pero ¿qué puede hacerte creer que me ocupan otros pensamientos que los tuyos?
- G. ¡Otros pensamientos!... *(Adelantándose solo.)* Seca... fría... ¿será que turbe mi razón la memoria de Frank? ¿Será que esta mujer no me ame? No: no: esto es indigno de mí: ¡no puede ser verdad que sea yo más infeliz que nunca, esta vez primera de mi vida que me he creído feliz!... ¿Me amas?
- FL. ¿Cómo puedes dudarlo?
- G. ¿Me amas mucho?
- FL. Sí, más, mucho más cada día.
- G. ¿Me quieres como a nadie has querido, como a nadie puedes querer?
- FL. Así te quiero, así.
- G. Y ¿puedes tú mentir? Amame siempre, porque yo te amo. Sé mía, porque yo soy tuyo. Guarda mi honra, porque yo la he fiado a ti. Ingrata, infame, loca: todo esto es la mujer que engaña a su marido. No me engañes tú... y si no me amas...
- FL. ¿Y lo dudas aún?
- G. Si no me amas, no me lo digas nunca, no te lo digas a ti misma. El día era luz cuando comencé a hablarte, y ahora se está trocando todo en sombra y en tiniebla. Quiéreme como hasta aquí me quisiste: de tal manera quiéreme que no haya en tu cerebro idea, ni en tu corazón latido, ni en tu memoria recuerdo que no sea para

mi memoria y para mi amor. Vida tuya es la mía: *mía sea tu vida*: ¡adiós!—

FL. No vas con él si dudas de mí.

G. Fría, fría a la avaricia de mi alma: ¡desventurado de mí, desventurados de todos si no me ama esta mujer!—

ACTO 2º

ESCENA 1ª

FREUND y FLEISCH

F. ¿Habéis vuelto a verlo?

FL. No he querido verlo sin acudir antes a vos: habladle: sed bondadoso: tened piedad de mi desesperación y mi peligro.

F. ¿Teméis? Nace con los delitos el temor.

FL. ¡Freund!

F. Cierto, señora, ¿por qué ha de avergonzarse la maldad porque se la llame por su nombre? No error, no debilidad, no caída que merezca compasión: liviandades torpes alientan en la mujer que engaña a su marido.

FL. ¿Y si no se le ama?

F. ¡Se le dice! No es delito perder el amor: ¡sí es delito manchar con donaciór doble de cuerpo el tálamo honrado del esposo!—La naturaleza misma ha hecho imposible el adulterio. ¿Quién concibe amor sin abrazos? Y, ¿cabén acaso dos hombres en los brazos de una misma mujer?

FL. Callad, callad por favor: vos no creéis que yo haya dejado de amar a Grosman: ¿es posible dejar de amar sin que quede en el corazón odio o desprecio? Pero no sé qué alucinación extraña me llevó un instante hacia ese hombre. Dejaba en mis oídos frases ardorosas: pasaba ante mis ojos pálido y triste: decíame muchas veces que era su muerte mi rigor.

F. Y vos ¿por qué lo oísteis una vez siquiera? De cera son los oídos de la esposa para las palabras del marido: ¡de hierro para las impuras palabras del amante!

FL. Pasa Grosman todo el día ocupado en la ciudad: paseaba él sin cesar por las cercanías de la quinta: un día llega.

F. Calladlo, señora.

FL. Nada quiero ya ocultaros.

F. Calladlo, os digo. Harta ignominia tenéis con haberla cometido: no la hagáis mayor diciéndomela a mí.

FL. No volveré a daros razón para tanta rudeza. Vos me hacéis horrorizar de mi conducta de hoy,

F. ¡Ay Fleisch! Harta culpa es el principio de una culpa tan grande. Decidme ¿sabéis vos si el placer de esos hombres, máquinas viles de quebrar mujeres, es más que triunfar de ellas, triunfar para publicar luego su triunfo?

FL. ¿Y lo dirá y se sabrá?

F. Miserable es el que escala la mansión ajena, espía la salida del dueño, y róbale a hurtadillas lo que le es más caro: decid quién puede contener la lengua de un miserable.

FL. ¿Se sabrá?

F. ¡Qué menor castigo para tan grave falta! ¡Cuando vea a Grosman, rodará por sus labios sonrisa de burla, lo señalará a sus amigos, diránlo éstos, batirá sus alas negras sobre esa noble cabeza el angel caído de la murmuración! ¡Oh! decidme, decidme quién es: yo provocaré su ira: ¡yo haré que de grado me jure callar eternamente, o vaya por la fuerza adonde el vivir es eterno callar!

FL. Me dais terror.

F. ¡Decidme quién es!

FL. ¿Y vos queréis a Grosman? Oculta está aún mi desventura: si conocéis a ese hombre, lo buscaréis, lo mataréis quizá, y nadie ignorará entonces lo que hasta hoy nadie sabe todavía.

F. ¡Verdad, verdad es! Por temor a una injusticia del mundo, queda sin castigo una maldad.

FL. Buscad remedio mejor: hallad pretexto a mi paso fatal.

F. Bien está: yo le hablaré: ¡yo haré por llevar a su ánimo una ficción que alivie su pesar!

FL. Dios haga que vuestros esfuerzos sean útiles.

F. Sin Dios, sin más poder que el de vos misma, mis esfuerzos no hubieran sido necesarios. No en Dios, que es confianza ciega, en vos misma confiad para que vivan siempre aquí la calma y el honor. Dios ha dado a cada criatura un alma que la dirige y la encamina: mientras viven en la Tierra, Dios no cuida de sus criaturas: ¡dueñas

de un alma, de ella usan, y de ella responden, y a ella únicamente han de acudir en la vida! Yo hablaré a Grosman: nada más me digáis: ¡id, id en paz!—

ESCENA 2ª

FREUND

- F. Y no es verdad que se arrepiente esta mujer. ¿Cómo pudo cautivar a mi amigo tan baja criatura como ésta? Sus ojos avarientos de cariño, pusieron locamente en ella, y cegaron. ¡Pusiera Dios en los ojos el pensamiento, y no fuera el hombre infeliz! Luchan en mí ahora encontrados afectos. Arráncame de aquí mi corazón y mi corazón mismo me retiene. Quiero aliviar el mal de Grosman: quiero buscar a esa infeliz y a ese malvado: háblame ahora de ella: dicen que tiene apagados los ojos y quebrantado el color: dicenme que semeja rubia espiga, inclinada a la tierra, macilenta, en demanda del fruto arrebatado. Grosman llega: cumpla ahora su obra la amistad: la venganza y la justicia terminarán luego, y fiera, y terriblemente la suya. Ya viene.

ESCENA 3ª

GROSMAN y FREUND

- F. (Honda huella va dejando en su rostro el dolor.)
 G. (Cielo era nuestro santo cariño: cielo mi confianza en su ternura: de él caigo rudamente a la impía realidad, torpe que confié, necio que creí.)
 F. (Sombra y luto pone el pesar en sus facciones.)
 G. (Parecía imposible que unos ojos tan puros me mintiesen; no: no es verdad: las mujeres no tienen el alma en los ojos.)
 F. ¡Grosman!
 G. ¡Ah! ¡tú! llega, llega, amigo: parecióme una nueva desgracia que me llamaba. ¡Se quieren entre sí tanto las desgracias! Mas no

- vienes en vano: yo ofrecí ayudarte sin descanso en el remedio de tu desventura: yo ofrecí buscar contigo al seductor de tu hermana... ¿me ayudarías tú a mí? ¿me ayudarías tú a mí si yo tuviese que buscar a algún villano?
- F. ¿Estás en ti, desventurado?
- G. ¿Que sí? ¡Ah! ¡Es verdad! ¡Suerte nueva de tormento es éste del ultrajado esposo que duda y no puede decir que duda a nadie!
- F. En vano ocultas tu mal ¿qué te aqueja así?
- G. ¿Que qué me aqueja? No, no creas tú que dude yo de Fleisch: aquello que tú viste fue momento de loca exaltación: parecióme oír frase culpable: no: no creas tú que dude yo de mi mujer.
- F. Te quejabas de mí hace unas horas porque te ocultaba mi pena: ingrato me llamaste y yo te abrí mi corazón: padeces tú ahora y te alejas de mí: ingrato y desconfiado eres en verdad.
- G. ¡Desconfiado de mí mismo! Mas hay días de sombra y de sospecha: duda uno hasta de las propias excelencias de su ser.
- F. ¿No me decías que suelen abrumar las penas al cuerpo humano impotente?
- G. ¡Hiérenlo y abrumánlo!
- F. ¿No me decías que compartidas con la amistad las pesadumbres son más leves?
- G. ¿Amaste tú alguna vez, hubo en ti nunca este honrado afecto que tiene como de relámpago, albores de tuego, templo sin límites en el pensamiento, gemidos como el trueno, y dolores como la tormenta y como el rayo?
- F. ¿Tanto hace sufrir el amor?
- G. Figúrate todo el huracán concentrado en una nube: ésa es toda la vida concentrada en el amor. Se va por la tierra andando como extraño y como loco, buscando seno donde reclinar la cabeza, labios donde poner los labios, hogar en que dar calor al corazón. Y se halla, y todo es bello de repente: abandónase el espíritu a los placeres de la confianza: germen caliente reanima el perezoso jugo de las venas. No es amor la solicitud de los presuntuosos, ni las vanidades de la mujer, ni los apetitos de la voluntad. Amor es que dos espíritus se acaricien, se entrelacen, se ayuden a levantarse de la tierra en un solo y único ser: nace en dos con el regocijo de mirarse: alienta con la necesidad de verse: crece con la imposibilidad de desunirse: no es torrente, es arroyo: no es hoguera, es llama: no es ímpetu, es ternura, beso y paz.

- F. Sí, es todo eso. Se le tiene, y se desafían todos los peligros; se le pierde, y ya no se quiere más que morir.
- G. ¿Verdad que es todo lo bello y todo lo doloroso?
- F. Sí, cuerpo sin amor es cabeza inútil y vacía.
- G. Y se fía en mujer, y parece que se descansa sobre roca de granito.
- F. Y engaña una mujer...
- G. ¡Oh! si engaña, ábrese la tierra para dar paso a nuestros pies, como si hubiesen descansado sobre móviles y frágiles espumas. ¡Así se abre ahora para mí!
- F. De nuevo vuelves a tu idea fatal.
- G. Pues ¿cuándo se fue de mí? ¿Cuándo lo olvidé yo? ¿Cómo pude yo olvidarme de esta bárbara idea? ¡No me ama Fleisch: vanas son para ella mi gloria y mi bondad: tinieblas esta luz que todos, menos ella, ven aquí encendida! ¿Qué memoria pudiera olvidar esto jamás?
- F. Mas ¿qué motivos tienes para dudar de tu mujer?
- G. ¡Horror fuera dudar! ¿Quién te dice que yo dude? ¿En qué conoces tú que dude yo? Es que inmensamente la quiero: es que teme sin cesar quien quiere como yo.
- F. ¿Y nada podrá en ti mi certeza de tu engaño?
- G. ¡Pero todavía me oyes! ¡Si espanta hablar de esto! Yo no quiero, yo no quiero... yo te ruego que no me oigas.
- F. Pero si Fleisch es honrada y fiel esposa tuya, ¿a qué ese dolor?
- G. ¡Honrada y fiel! Pues ¿quién dice que no lo sea? ¿Por qué dudas tú de que lo sea?
- F. Antes quiero convencerte de tu engaño.
- G. ¡Si yo no necesito convencerme, si yo sé que ella es honrada! ¡Si nada quiero saber! ¡Déjame, déjame en paz!

ESCENA 4ª

FREUND

- F. Nada en estos instantes lograría calmarlo. Lucha él mismo entre lo que oyeron sus oídos y lo que desea su corazón: ¡ay de él si llegan a ver algo sus ojos! Mas viene Fleisch.

ESCENA 5ª

FREUND y FLEISCH

- FL. ¿Lo visteis ya?
- F. ¡Ya lo vi! Honda herida habéis abierto en su alma, y a cada instante aumenta su dolor.
- FL. ¿Sabrá acaso algo más que lo que aquí mismo oyó?
- F. No da él espacio para averiguar lo que sabe: habíale informado tal vez los vecinos de las cercanías, los guardas de la quinta.
- FL. Es verdad: ellos pueden haberle informado. ¿Qué haré para conjurar este peligro?
- F. Afrontarlo. ¿No adivináis que el que huye de vos, os busca con afán? ¿que el que cree en su desventura está ansiando no creer? Id a él: que sepa que le buscáis; que os oiga decir que le amáis; que os vea enamorada y cariñosa: ¡sin trabajo os creará el infeliz!
- FL. Oiré vuestro consejo: dejaré que temple un instante con la soledad la excitación que le ha producido vuestro empeño. ¡Sea todo como decís!
- F. Será: tiene el mísero necesidad de creeros. Y miradlo, miradlo de frente; ¡ved su rostro, ved su expresión augusta, oíd su acento enamorado, y avergonzaos y arrepentíos, que el remedio no empieza sino en el horror y vergüenza de la culpa!

ESCENA 6ª

FLEISCH

- FL. Hiélanme las palabras de este hombre: debe tener razón, porque no hallo en mí serenidad que oponer a su osadía. Es verdad que Grosman es bueno; pero Pesen es mucho más bello que él: hay hilos de plata en la cabellera de Grosman: los cabellos de Pesen son negros y brillantes. No entiendo yo a mi marido cuando me habla, y entiendo tan bien las cosas que me dice el gallardo Pesen. No hay caballo que piafe como el muyo, ni jinete tan apuesto como él. Yo me siento cautiva y asombrada cuando Grosman me mira: yo hallo placer secreto cuando me estrechan los brazos de Pesen.

ESCENA 7ª

FLEISCH y PESEN

- P. ¡Fleisch!
- FL. ¡Tú, tú aquí!
- P. ¿Pues no dijiste, hermosa mía, que viniera con las horas de la tarde?
- FL. A todas horas te diría yo que vinieses; pero aléjate, aléjate ahora. No han salido aún, probablemente no saldrán hoy.
- P. Y he de pasar un día sin estrecharte entre mis brazos.
- FL. Pero ¿no ves mi inquietud? Aquí te han visto esta mañana; sospecha ya mi esposo.
- P. ¿Sospecha ya?
- FL. Sí, y anda como desatentado desde esta mañana. Huye ahora y toma un beso.
- P. ¡Uno; uno no más! quisiera yo dormirme junto a tu seno, prendidos nuestros cuerpos con beso que encendiera nuestros labios. Pláceme ver tu cabello desatado, corriendo en ondas sobre las blancas carnes de tu espalda: pláceme escuchar cerca de mí el latido apresurado de tu corazón, y ver ardientes y brotando fuego tus mejillas, y vagando en tu boca el sonriente brindis de los besos.
- FL. ¡Pesén mío!
- P. Y cuánto gozo cuando palpitante de felicidad te precipitas en mis brazos y toma expresión de niña tu semblante; y en mí buscas refugio de placeres a tu embriaguez y a tu alegría.
- FL. Sí, siempre, siempre serán tus brazos para mí cadenas de flores.— ¡Oh! alguien llega por las habitaciones de ese hombre.
- P. ¡Nunca he de verte un instante en calma!
- FL. Vete, vete sin tardar.
- P. Presintiendo que no podría hablarte, aquí te escribo, y señalo lugar donde podremos vernos sin temor: léelo hoy.
- FL. Hoy lo leeré; mas llegan, huye por tu vida.
- P. Lleguen para nuestro amor días felices.
- FL. ¡Freund viene!
- P. ¡Freund!

ESCENA 8ª

FREUND y FLEISCH

- F. (¡Con él esta malvada, aquí con él!)
- FL. ¡Teneos teneos aquí!
- F. ¡Dejadme salir!
- FL. Yo os lo diré todo: todo lo sabréis.
- F. ¡Dejadme ya!
- FL. ¡Ved que me perdéis! ¡Ved que todo se pierde!
- F. Déjame, mujer malvada. Piérdese aquí la honra de mi amigo: ¡voy yo a traérsela limpia y pura!
- FL. ¡Teneos por Dios!
- F. Dios no oye a los viles: ¡él me ayudará!

ESCENA 9ª

FLEISCH

- FL. ¡Va a buscarlo! ¡va a matarlo! corre ya tras él, ¡ay de Pesen si no ha saltado la tapia! Anúblanse mis ojos: pueblan gigantes el espacio: ¡raíces son mis plantas, que se niegan a arrancarme de aquí! Yo no veo: como crímenes me pesan mis pensamientos: como el remordimiento desfallece mi valor: alguien viene: alguien se acerca: viene por las habitaciones de mi esposo. ¡Delito, dame un rayo de luz! ¡Valor, horror, sostenedme! Piedad, ¡piedad para mí!

ESCENA 10ª

GROSMAN

- G. ¡Me pareció que era ella! Su voz en todas partes: ¡imborrable ante mis ojos su adorada memoria! Nunca me han parecido los suyos tan bellos como ahora que no miran para mí:—¡nunca vi tanta luz en su frente como ahora que de mí la esquiva! Dable es que no

me ame. Frágil sería ella, y la fragilidad no es culpa de humanos. Mas que abandone mi amor inmenso, leal, potente: que trueque esta vida que le doy, alma que he dejado en su alma, regocijo inmenso del espíritu—por liviano deseo o grosero apetito... ¡eh! idea vil.—Si no cabe en mí esta idea ¿cómo ha de haber villanía semejante en su corazón? Ponen las almas fuertes a los humanos pies calzado de espinas: púsemelo yo, y anduve sin errores por las tinieblas de la vida. Luz se llama al extremo del camino,—dolor la senda que a él conduce,—amigo del dolor, que es fiel amigo, miré al Sol, sentime fuerte, anduve,—y la luz fue mi compañera, y el Sol altivo brilló en mí.

Engendro raquíptico es en lo común el hombre. Yo me alcé de mí por mi propio poder.

Ni ambición—que es miseria: ni soberbia—que es pequeñez: ni gloria—que es mentira,—tuve yo. Tuve que, al abrir los ojos, vi error;—tuve escasez, ruda y amorosísima maestra:—tuve que me oprimían, y como el fuego comprimido estalla más violento, creció el fuego,—abrasó mi corazón,—encendió mis ojos:—¡Vi!

Vi la debilidad, lo deleznable, la tiniebla.—Miré a la Tierra; miré con afanes:—bien la llaman en verdad: no había en ella más que tierra.

Y todo lo veía mi exaltable razón.

Yo amé a mi madre inmensamente—que era mi madre,—y la amé falible y mujer.

Yo amé a mi padre—que era hombre—y lo amé errable y débil.

Nunca tuve desengaños, porque nunca tuve engaños. Nunca tuve desilusiones, ¡porque no tuve ilusiones jamás! Mas hubo un día en que unos ojos se fijaron en los míos,—ojos puros y serenos, ojos claros que dieron celos al día. Sentí que mi cerebro se iba a mi corazón:—sentí que late más la sangre en el pecho que en la frente. ¡Sentí que amé!

Y cuando en brazos de esta ilusión encantadora me alzaba de la vida,—cuando creía una vez,—la ilusión se rompe, el amor me engaña, los brazos se abren, y caigo manchado de error, a esta tierra que olvidé.

¡Bien, bien a fe!—Hombre fui creyente y necio:—sufrá yo—ser mezquino—¡los mezquinos dolores del hombre!

Tú, alma, llega.—¿Quién era que te dejaste vencer?—Si carne, ¿por qué la amaste?; si impura, ¿por qué no viste?—ciega eres, o carne también.

Tú, ser, oye.—“Tu eres Dios—me decías;—Dios encadenado. Dios preso, Dios caído: rompe el hierro, escala el cielo, sube, sube—tú bajaste de él.” Y subía, subía con ardor, herido y ensangrentado subía, y porque creí, porque amé, porque gocé,—¡tú, ser, vuélveme al hierro maldito, a la prisión odiosa, al humano dolor!

Si Dios ¿por qué no veo? Si hombre ¿por qué concibo a Dios? ¡Ea, cráneo! ¡rómpe! ¡cárcel de la razón, montón estúpido de huesos; polvo y cal!

ESCENA 11ª

FREUND, FLEISCH y GROSMAN

Grosman sentado, Fleisch y Freund, hablando en voz baja, aparecen por una puerta lateral.

- FL. ¡Oh, callad, callad, callad!
 F. Callad vos ahora. Grosman está allí.
 FL. ¡Aquí!
 F. Vedlo: atormentado, extraviado, loco: vedlo, sin esperanza, sin honor... (*Movimiento de Fleisch.*) ¡Sin honor! Saltó ese hombre la tapia a tiempo tal que ya no lo hallé. Aguardábalo corcel ligero: debiera ser la justicia veloz como el corcel.
 FL. Pero vos no sabéis...
 F. Atended ahora a Grosman: si aún sois capaz de honrado intento, dad calma a ese infeliz: mentidle, ya que no sois capaz de la grandeza de su amor.
 FL. ¡Ah! ¡Pueda yo consolarlo! Oídme luego: vos también me escucharéis.
 F. ¡Yo!... hablad, hablad a Grosman: buscadme después.

ESCENA 12ª

GROSMAN y FLEISCH

- FL. Quiere que le hable, ¡y yo tengo que ceder a su deseo! Y si lo sabe todo... ¡si con verme se exalta! Pero es fuerza, es fuerza desafiar el peligro de una vez.
- G. Mía es su alma: decíame yo locamente. Ya no es mía; ya no me ama: ya no tengo donde me quepa mi dolor.
- FL. Habla de mí.
- G. Mas... y si me ocultaba sencillez, qué hago yo; grave sinrazón... si me quisiera todavía.
- FL. ¡Es cierto que habla de mí!
- G. ¡Ah! ¡no! ¡no, no me quiere ya! — ¡preguntárame qué sufro; no hubiera de mí, aquí viniera a calmar mi dolor!
- FL. ¿Solo? ¿En qué piensas?
- G. ¡Eh! ¡eh! ¿Me amas? ¿Me amas? En ti, en ti pensaba, en ti que me amaste, en ti que fuiste luz de mi alma, mujer mía.
- FL. ¡Y ya no!
- G. ¡Ya no! ¡Ya eres mujer!
- FL. ¡Ah! Yo creí que algún día no me amaras, pero nunca que me ultrajaras.
- G. ¿Te ultrajé? Perdón: yo no quise ultrajarte: pero el ánimo devorado por bárbara sospecha no ofende con ofender a la criatura engañada... ¿Es que el alma caída del cielo da la venturosa confianza por engaño traidor?
- FL. ¿Que yo te engaño?
- G. ¿Qué, lloras? Oye: a mí me han dicho que las mujeres lloran cuando quieren ¿es esto verdad? No, no lo es: mujer era mi madre y lloró: no crea yo nunca que mi madre envileciese el llanto. En ojos de mujer ¿qué cosa viste tú más bella que las lágrimas, que lágrimas de amores, que lágrimas honradas y sinceras? ¡Llora! ¡llora! Así, aunque me engañes, creeré que no me has querido engañar: así, aunque no me ames, creeré que te arrepientes de no haberme amado.
- FL. ¿Por qué está tu desconfianza tan cerca de tu amor?
- G. Yo hacía de ti mi vida: de ti hice yo necesidad y adoración: confiado en tu afecto, dábame por ti con alegría a los más rudos y afanosos trabajos. “Espéranme, decíame yo con regocijo, los brazos de mi amada esposa:

- cuando ella sepa que he hecho este bien, que he alcanzado esta gloria, recibirme ha en ellos con entusiastas alegrías; dará a mi frente con sus besos suave y enamorado calor”. — Fui por ti más laborioso, por ti mejor, por ti más afectuoso y caritativo: — para que tú me amaras, parecíame poco lograr los intentos de todos los hombres, porque con el amor de todos los hombres te amaba a ti yo.
- FL. ¿Y no te han recibido siempre mis brazos cariñosos?
- G. ¿A qué el cariño? ¡Yo necesito la pasión! Y cuando a ti venía en busca de caridad y de ternura, cuando abrumaba mi espíritu historia fatal ¡historia de fuego que me está abrasando la frente!...
- FL. ¡Necia de mí!
- G. Te hallé fría a mi ardor, inmóviles tus brazos, inquieta y sin sosiego como si ansiaras apartarte de mi lado.
- FL. Si es que tus celos exaltados ven cuerpos en la sombra.
- G. Y dijiste que no entibiaban en mí los años el ardor.
- FL. Díjelo sólo...
- G. Tú lo dijiste: tú, que decías que me amabas, tuviste tiempo para pensar en que yo tenía años. Tengo yo canas. Cuarenta veces en mi vida he visto como los árboles, compadecidos en el invierno de la tierra, le envían para protegerla del hielo sus hojas secas y marchitas. Cuarenta veces he visto tornarse a la primavera las hojas caídas en flores hermosísimas, porque eran hijas de la resurrección y de la luz. — cuarenta veces ha abrumado mi frente el peso sombrío de la melancólica atmósfera de otoño: pero ¿entiendes tú un espíritu que anime con su fuego las entrañas heladas del invierno, y rompa por encima de toda pesadumbre, y doble con su peso el cuerpo que lo aprisiona y que lo encierra? Ese es mi espíritu. El cuerpo cada día se me hunde: el alma más libre cada día, es por instantes más enérgica y alta. La nieve de mis canas no es la ceniza que deja el fuego al morir: ¡es la capa blanca que rodea el hierro ardiente y encendido! Tú eres joven y bella: ¡desventurada tú, desventurada la mujer en que la belleza de las formas es la prenda mejor! ¡Barro innoble, carne muerta, carne imbécil, carne serías tú si no entendieras estas sombrías exaltaciones de mi alma!
- FL. ¡Sólo lo grande de tu dolor disculpará tanta injusticia para mí! Tú consolaste mi soledad...
- G. ¿Verdad que la consolé?

- FL. Tú fuiste padre, hermano, esposo enamorado...
- G. ¿Verdad que lo fui?
- FL. Débote la paz de mi vida, el bienestar que gozo, la calma que disfruto...
- G. ¿Verdad que sí?
- FL. Débote amor tan grande que nunca lo vi igual...
- G. ¡Sí, verdad, verdad! Pues ¿si todo eso es verdad, por qué no me amas?
- FL. Pero ¿gozas en atormentarte? ¿pierdes acaso la razón?
- G. ¡No! ¡no! Es que te pierdo, y lucho desesperadamente por retenerne, porque tú, mujer amada, adorada criatura, ser que se hizo mi deseo fantástico y divino, ¡tú eres lo único de la vida que no quisiera yo perder! ¡Dime! Dime que me quieres: dime que el fuego de mis ojos enciende en tu alma ardiente y vehementísimo cariño:—dime que me amas, aunque no sea verdad, mas que lo sea... que no me engañes, que no olvides nunca con qué pasión inmensa en tí se fijaron mis ojos, con qué divino regocijo te miro, te estrecho, te hablo, y me parece que lentamente, instante a instante, se me ha llenado de cielo el corazón... ¿Viste en la mar la nave rota por la tremenda furia de los vientos? Así es, así destruye el alma el borrascoso amor del adulterio. Y viste luego cuando en el hogar todo es azul, cuando la confianza resplandece, ¿cómo semeja el corazón huerto florido, lleno de frutas sazonadas y de flores con perlas de rocío? Esa tranquilidad descuidada es la delicia del amor. Déjame que yo pueda ver sin mancha los cielos de tu frente: déjame que yo pueda dejar el germen de mi alma en ese nido de tu seno, escondido entre montes de alabastro, para decirme qué es más bello entre los misterios del amor. Filtro en tu ser el beso de mis labios.

APÉNDICE

NOTA DE MARTÍ SOBRE "ADÚLTERA"

A los 18 años de mi vida, estuve, por las vanidades de la edad, abocado a una grave culpa.—Lo rojo brilla y seduce, y vi unos labios muy rojos en la sombra; pero interiormente iluminado por el misterioso concepto del deber, llevé la luz a la tiniebla, y vi de cerca todos sus horrores. Entonces, espantado, pensé en todo lo que habría de sufrir un alto hombre si con él se intentase lo que con otro hombre había osado yo pensar; y por intuición del sufrimiento bárbaro, sin haberlo en mí sentido, ni vivido jamás, ni conocido jamás, ni esbozado jamás en plática alguna semejante alteza en el dolor, pinté fogosamente en tipo eterno, si no por lo que ha de durar, porque el tipo que le dio origen dura,—aquel humano abismo en que se cae cuando el cielo de la creencia, trocados en brazos de barro los que creíamos cintos de rosas, caemos a los infiernos de las dudas.

...todos presentan este amor simpático: yo lo presento repugnante. Todos, contagiados del espíritu infame, lo hacen natural, y en cierto modo lógica consecuencia de pasiones atenuantes del amor de la mujer. Yo lo hago, como casi siempre es: frío, brutal y carnal. Lo desnudo de belleza porque no la tiene, ni la merece.

El amante es en todos los dramas el predilecto amigo del hombre amado, del marido. ¿Por qué no ha de haber amigos fieles? Un amigo es como se ha de ser, y como algunos son. El amante es un brillante imbécil con lo que resulta más la enormidad de la culpa.

Es un drama apasionado y extraño en la forma, real en la esencia y en la observación de caracteres. La expresión rinde culto a la belleza, a la sencillez, a la sobriedad y a la verdad.

Cuantas veces lo he leído he oído renacer cerca de mí el nombre de Shakespeare, si no bastara el decir que cuando yo hice este drama, no había leído a Shakespeare, porque no es leerlo el correr y pretender traducir a los once años de mi vida el Hamlet sin saber ni leer nada de él luego,—leer a Shakespeare, a su descadenada y eminente fantasía, a

sus grandes extravíos, a sus numerosos personajes, a sus legendarias acciones, a sus inimitables contrastes de lenguaje, a sus súbitas y caprichosas mutaciones.—Pero si tiene de Shakespeare la idea vulgar y merecida de que sea un poeta filósofo, y a cuanto filosofa en el teatro, se dice que es de Shakespeare.

¡Yo no he querido más que pintar una pasión, en bella forma, con moral objeto! ¿Cómo sentiría yo los celos? Me he dicho. ¡Así los sentiría, me he contestado!

AMOR CON AMOR SE PAGA ⁸

⁸ Proverbio en un acto, representado con extraordinario éxito en el Teatro Principal, de México, la noche del 19 de diciembre de 1875.—Publicado en México, Imprenta del Comercio, de Dublán y Compañía. Calle de Cordobanes, número 8.—1876.—40 páginas.

Para más detalles, véase el libro: *Martí en México*, por José de J. Núñez y Domínguez, México D. F., 1934, págs. 53-74.

ACTO UNICO

Salón elegantemente amueblado; puerta al fondo.

PERSONAJES

ACTORES

ELLA *Srta. Concepción Padilla*
EL *Sr. Enrique Guasp de Peris*

La escena pasa en nuestros días.

ELLA esperaba; EL entra.

ELLA. Vino el caballero a punto.
EL. Venir a punto era fuerza.
A caballeros las damas
Nos obligan, cuando ruegan.
ELLA. Envidiáraos por cortés
La vieja corte francesa;
Pero ésa es prenda del hombre,
Y aunque es necesaria prenda,
En el asunto a que os llamo
He menester al poeta.
EL. Pues qué, ¿poeta y hombre acaso
Serán dos cosas diversas?
¡Con nacer y con amar
Cuánta poesía está hecha!
ELLA. *(Con interés mal disimulado.)* ¡Qué, amáis!
EL. *(Con intención.)* ¡Sí, amo!
ELLA. *(Abandonando precipitadamente la idea.)* Dejad
Inoportunas querellas
Que os distraerían...
EL. Y ¿a vos
No?
ELLA. *(Sonriendo.)* Tal vez me distrajeran.
Es ello que necesito
Para hoy mismo una comedia.

- EL. Comedia, ¿y para hoy?... ¿Qué, acaso
Fénix renace el gran Vega,
O de los dos Calderones
Ha vuelto alguno a la tierra?
¿Y el enredo? ¿Y la enseñanza?
¿Y aquellas galas poéticas,
Blonda sutil del lenguaje
Que lo borda y hermosea?
- ELLA. No os pido cosa tan alta:
Quiero una obrilla modesta,
Juguete, ensayo, proverbio...
- EL. ¡Facilidad como ella!
- ELLA. Sabéis que en casa, el teatro,
Por cierto, no es cosa nueva:
De moda han puesto mi casa
Para tertulias y fiestas,
Y yo amenizo las noches
Representando comedias.
Así las horas distraigo,
Y tal vez sencillas penas.
(*Con malicia.*) Y dolores de viudez
Que ya en mis años aquejan.
- EL. (*Con calor.*) ¿De viudez? Pues ¿cuándo sola
Pudo estar vuestra alma bella?
Alma habría que su encanto
Cifrara todo en la vuestra
¡Y para amaros en ellos
Más largos los días quisiera!
- ELLA. Dijérase que empezáis
A representar la pieza.
- EL. ¡Tan buena y tan cruel!
- ELLA. Mirad,
Pensemos en la manera
De salir del caso grave.
- EL. Mas ¿cómo?
- ELLA. Un proverbio sea:
Sencillo.
- EL. La sencillez
La dificultad aumenta.

- Ved que el talento de ser
Sencillo, es el que más cuesta.
Remedio no tiene el caso.
- ELLA. Este caso se remedia
Buscando título pronto
Al refrancillo, que apremia.
No la hagas...
- EL. A fe que es viejo.
No la hagas, y no la temas.
¡Cuán bien la Cayron reía
Con Reig en la escena aquella
en que de *tonto y retonto*
Con gracia tal le moteja,
Que ni el público la olvida,
Ni se repara la escena!
- ELLA. *Del dicho...*
- EL. *Al hecho.* No ha un mes
Hicimos la hermosa pieza,
Y lo que escribe Tamayo.
Ni rival sufre, ni enmienda.
- ELLA. A fe que tiene mi amigo
Imperdonable modestia.
- EL. Virtud es ella egoísta,
Y taimada como ella.
Han dado ya en olvidarla
De tan ingrata manera,
Que viene a ser vanidoso,
Sinónimo de poeta.
Así, quien se ve, y se mira,
Que en el mérito escasea,
Para valer algo, acoge
Lo que los demás desechan.
- ELLA. Yo necesito un proverbio.
- EL. Un proverbio da respuesta
A mi temor: *Quien mucho habla...*
- ELLA. Sé lo demás: *mucho yerra.*
Mas, ¿quién por cortés se tiene,
Y de galante se precia,

Y de una dama la súplica
 Terco y airado desdeña?
 EL. ¿Hidalgo yo y descortés,
 Y vos mujer y no reina?
 Silbenme a coro en buen hora,
 Y haya la crítica fiesta,
 Y pasto de los cencerros
 Mi pobre proverbio sea;
 Que es harto buca mi obrilla
 Con que una mujer la quiera.
 ELLA. ¿Palabra?
 EL. Honrada y segura.
 Ya son mis labios colmena
 De refranes: ¡quién en ellos
 Pusiera picante abeja,
 Que en el público zumbase
 Con enseñanzas amenas!
 ELLA. ¿Ambiciosillo el modesto?
 EL. ¿Quién de ambiciones no sueña,
 Si las anima y las quiere
 Niña gallarda y airosa,
 Que el domingo en la Alameda
 Galas de México luce,
 Color prestada pasea,
 Oyérame aquí la niña
 Decir que Naturaleza
 En las flores rojo puso,
 Y en la faz la color fresca?
 Y ¡cómo el novio pulido
 De ella tuviera vergüenza,
 Si al darla el beso primero
 Que toda ventura encierra,
 En capa vil de pintura
 Su beso de amores diera!
 Doncellita primorosa
 Que, colgando al cucllo, ostentas
 Perlas, que en vano pretenden
 Copiar de tu boca perlas;
 Guarda, guarda, doncellita,

Que el que de amor te querella,
 Con prontos besos te robe
 Del alma la color fresca...
 (De prisa.) Y diera así a los galanes
 Consejos para las bellas,
 Y sátira al envidioso,
 Y golpes a la pereza,
 Y enseñanzas a mí mismo,
 Y a todos plática diestra,
 Blanda en la forma y prudente,
 Y en el fondo, grave y recta.
 ELLA. Mas mi proverbio...
 EL. Ya apunta:
 ¡Dificultad sin clemencia!
 ELLA. Pensemos título: *Antes*
Que te cases mira...
 EL. ¡Necia
 Prevención del refrancillo!
 Pues ¿hay ventura como esa
 De haber amparo del llanto
 En la noble esposa tierna;
 Y haber dos almas, sin ser
 Más que una, y sentir cuán bellas
 Palabras nos fortalecen,
 Y caricias nos consuelan?
 ELLA. ¿De veras pensáis así?
 EL. Así lo pienso de veras.
 Hombre incompleto es el hombre
 Que en su estrecho ser se pliega
 Y sobre la tierra madre
 Su estéril vida pasea,
 Sin besos que lo calienten
 Ni brazos que lo protejan.
 Abrese el árbol en frutos:
 En plantas se abre la tierra;
 Brotan del ramo las hojas;
 Todo se ensancha y aumenta.
 Y el hombre no es hombre, en tanto
 Que en las entrañas inquietas

De la madre, el primer hijo
 Palpitar de amor no sienta.
 ¡Proverbio necio a fe mía!
 Otro refrán.

ELLA. (Su nobleza,
 El ánimo me cautiva,
 Y la voluntad me prenda.)

EL. Otro refrán.

ELLA. ¿Otro? *Mira*
Con quién andas...

EL. Es conseja
 Harto vulgar.

ELLA. *El que a hierro*
Mata...

EL. *Por el hierro muera.*
 Vengativo es el proverbio,
 Aunque bíblico: no sean
 Mis palabras, mientras viva,
 De venganza pregoneras.
 Otro más.

ELLA. *El que con lobos*
Anda...

EL. Se ha escrito.

ELLA. *El que espera...*

EL. *Desespera, según dicen.*

ELLA. (*Con intención.*) Mas si aguarda con nobleza
 Amor que tarda en venir,
 En bien de sí mismo espera... (*Movimiento de él.*)

EL. (*Precipitadamente.*) Otro más cierto.

ELLA. ¿De amores?

EL. ¿Quié debate cosa más bella?

ELLA. *Amor con amor se paga...*

EL. Pues ese proverbio sea.
 Ingratas hay que lo olvidan,
 Y torpes que lo desdeñan.

ELLA. La probanza es menester:
 Animos, pues, y a la empresa.

EL. (¡Si me amara!)

ELLA. (¡Si me amara!)

EL. (¡Si entendiese!)

ELLA. (¡Si entendiera!)

EL. Presto, manos a la obra.

ELLA. Al punto. ¿Cómo comienza?

EL. A fe que no doy con ello;
 Mas no será cosa extrema:
 Con esquiveces de dama
 Y en el galán insistencias;
 En él, valor y ternura,
 En ella, gracia discreta;
 Parece que el proverbio
 Hacerse bien se pudiera.
 ¿En qué pensáis?

ELLA. En el tiempo,
 Que va de prisa, y apremia.
 ¿Decís que *amor con amor...*?

EL. *Se paga*: ¡si es cosa hecha!

ELLA. (*Con intención.*)
 ¿Tal es de cierto el proverbio?

EL. ¡Tal fuera la dicha cierta!
 Mirad: pues que el tiempo apura,
 Danme las mientes idea
 Original y curiosa:
 Habrá en la amante contienda
 Galán que de amor requiebre,
 Y dama esquivada y zahareña.
 Haced vos lo de la dama,
 Que os ha de cuadrar de veras:
 Yo haré el galán: vos reñís,
 Cosa para vos no nueva:
 Insisto yo, os defendéis:
 Vuelvo empeñoso a la tema,
 Volvéis a las esquiveces,
 Refuerzo yo la insistencia,
 Y entre no quiero y sí quiero,
 Vos donaire, yo destreza,
 Haced que el amor despierte
 Y ¡dejadme que yo os venza!

ELLA. ¡Que vais haciendo el proverbio!

EL. Por hacerlo el alma diera:
¿Aceptáis?

ELLA. Es cosa extraña...

EL. Perdónese por lo nueva:
¿Os decidís?

ELLA. Decidida.
¿Edades?

EL. La mía y la vuestra

ELLA. ¿Epoca?

EL. Hoy: los amores
No tienen más que una época.

ELLA. ¿Y nombres?

EL. De dama, el vuestro:
Leonor, ¿qué cosa más bella?

ELLA. Pensad que andamos de burlas.

EL. Pues tanto valen las veras,
Dejad que de burla os llame,
Como sin burla os dijera.

ELLA. Cortés estáis y discreto,
Mas no me place. Teresa
Llámesela ingrata altiva:
Julián vuestro nombre sea.

EL. Ved que notaréis frialdades
Llamándoos a vos Teresa.

ELLA. Es nombre de santa ilustre:
¿Aceptáis?

EL. No haya querella.

ELLA. Vos, Julián; Teresa, yo;
Principíese aquí la escena.
(Arreglan los muebles, como preparando un escenario.)

EL. Vos sentada; yo sentado.

ELLA. Sube el telón: ya comienza.

EL. Ved que os dejéis convencer. *(Bajo.)*

ELLA. Ved que me llamo Teresa. *(Idem.)*

JULIÁN. *(Afectando tono dramático.)*
Con ser tanta la verdad
De vuestra rara hermosura,
Mayor es mi desventura,
Y mayor mi soledad.
De roca os hizo en verdad
Vuestra buena madre el pecho:
¿Qué ley os dará derecho
para preñar hombre así?
Con amarnos, ¡ay de mí!
¿Qué mal, señora, os he hecho?

ELLA. *(Interrumpiendo la escena, y volviendo a hurtadillas a lo natural. Bajo.)*
A fe que os ponéis muy grave.

EL. Ved que ha empezado la escena.

ELLA. ¡Jesús con el don Julián!

EL. Tócale hablar a Teresa.

TERESA. *(Recobrando su tono de ficción.)*
Triste os ponéis de repente:
Hacéis—¡soberbio papel!—
A maravilla el doncel
De don Enrique el Doliente.
Ved que no ha estado prudente
Vuestro triste corazón:
Yo sé que amar es razón,
A quien se ama, y ley muy justa:
Mas, si el galán no nos gusta,
¿Es amar obligación?

JUL. No es de dama tan cortés
Respuesta tan enojosa:
Gala hacéis de donairoso,
Mas lujo de crueldad es.
Ved, señora, que después
De haber abierto la herida,
Tiene la mano homicida
Deber con la caridad,
Y es más bella la beldad
Cuando da a un muerto la vida.
Ved que en el viento las aves

Volando pasan a par:
 Ved a las ondas cruzar
 Rumorosas y suaves.
 Ved que hasta las penas graves
 Jamás, Teresa, andan solas:
 Ved cuál se juntan las olas
 En el correr de los ríos:
 Ved, junto a troncos umbríos,
 Amarse las amapolas.

TER. A fe que de mi amador
 Sospechar nunca pudiera
 Que tan presto convirtiera
 A Cupido en orador.
 Mas faltan al trovador,
 Para cautivarme, galas.
 No son las endechas malas;
 Pero yo nunca he podido
 Imaginarme un Cupido
 Con levi-sac y sin alas.

JUL. A fe, señora, que tengo
 Algo tan duro en los labios,
 Que por no haceros agravios,
 En el hablar me contengo.
 Ved que a trovaros no vengo,
 Ridículo trovador:
 Ved que si vivo amador,
 Y si os ensalzo poeta,
 Quien se respeta, respeta
 Un digno y honrado amor.
 Alas me niega el gracejo
 Que vuestros encantos roben;
 Mas en cambio de amor joven,
 Amor os tengo tan viejo,
 Y tan probado y añejo,
 Y tan recio en la porfía,
 Que acaba, Teresa, el día
 Para empezar uno nuevo,
 Y ¡en el alma siempre llevo
 Encendida el ansia mía!

Y es amor fuego tenaz (*levantándose*)
 Y ansia y congoja tan fiera,
 Que no hay, Teresa, manera
 De que yo goce de paz.
 Es pensamiento que audaz
 Todo el pensar me domina,
 Y sueño que me fascina,
 Y encanto que me seduce,
 Y estrella que me conduce,
 Y ¡hasta sol que me ilumina!

TER. Por sueño...
 JUL. ¡El alma enamora!
 TER. Por encanto...
 JUL. ¡Azul parece!
 TER. Por estrella...
 JUL. ¡No anochece!
 TER. Y por sol...
 JUL. ¡Alumbra y dora!

Y tanto os amo, señora,
 Por lo gallarda y lo bella,
 Que hasta en la mísera huella
 Que imprimís a vuestro paso,
 Ve este amor en que me abraso
 Sueño, encanto, sol y estrella.
 Es que en el pecho han nacido,
 Con pensamientos de amores,
 Tantos sueños, tantas flores,
 Tanto vigor comprimido,
 Que al cabo en paz he vivido
 Con la vida que me arredra:
 Es que creciendo la yedra
 Al tronco y muro se prende,
 Y ¡en luz de amores enciende
 Tronco, arbusto, sol y piedra!

TER. Incendio vivo y fugaz
 Pinta aquí vuestro amor ciego:
 Si os lo extingue todo el fuego
 Abrasador y voraz.
 Restos para amarme en paz

Del fuego no habrán quedado,
 Y ¿qué he de hacer, malhadado,
 Si el fuego arrecia y atiza,
 Con un galán Don Ceniza
 Consumido y chamuscado?

JUL. Verdad es ella, que el fuego
 De vuestros ojos me abrasa,
 Y todo prende y arrasa
 La antorcha del amor ciego;
 Pero es lo cierto que luego,
 Fénix, renace el amor,
 Y de un campo sin verdor
 Hace un raudal de fortuna,
 Y de un sepulcro, una cuna,
 Y ¡de una piedra, una flor!
 Es fama que a un cementerio
 Llegó un sabio cierto día,
 Afirmando que no había
 Tras de la tumba, misterio.
 Un ser blanco, vago y serio,
 A la tumba se acercó:
 "Amor, amor", pronunció
 Con triste voz quejumbrosa,
 Y al punto alzóse la losa,
 Y el muerto resucitó.

TER. Quedar debió el sabio inquieto,
 Porque así yo me quedara,
 Si me hubiera cara a cara
 Con un galán esqueleto.
 Vuestras historias respeto;
 Pero pensad, Don Julián,
 Que si tan tétricas van,
 De buscar habré un conjuro,
 Porque ya pone en apuro
 Tanto hueso por galán.
 Amador como el doncel,
 Prendado de su misterio,
 Trae consigo un cementerio
 Para prendarme con él.

Y no le basta al cruel:
 Para decir que me ama,
 Fuego doquiera derrama
 Por donde el paso detiene,
 Y cuando a verme se viene,
 Viene convertido en llama.

JUL. *(Toda esta décima, avanzando él
 y retrocediendo ella.)*
 ¡Ved que es instante supremo
 Este, en que de mí os burláis!

TER. ¡Ved que ardéis, y me quemáis!

JUL. ¡Ved morir!

TER. ¡Ved que me quemo!

JUL. ¡Morir de desdichas temo!

TER. ¡Pensara yo que de arder!

JUL. ¡Miradme ya estremecer!

TER. ¡Miradme casi quemando!

JUL. ¡Vedme de amor expirando!

TER. ¡Vedme de miedo correr!

EL. *(Cambiando bruscamente de tono.)*
 ¡No más, Leonor!

ELIA. *(Como no queriendo entender.)*
 ¿Qué Leonor?

Vos Julián, y yo Teresa.

EL. La comedia el fuego aviva:
 Acabe aquí la comedia:
 Yo os amo: en vano es que calle
 Lo que ni a vos avergüenza,
 Ni a mí me da más que honra,
 Ni a vos más que dichas diera.
 Mirad: con ser vos quien sois,
 Y con ser, Leonor, tan bella,
 Lo que de vos amo menos
 Es vuestra altiva belleza.
 ¡Hay algo en vos que os envuelve,
 Algo extraño que os rodea,
 Algo puro que os bendice,
 Y de vos hasta mí llega,
 Y en el alma se me esconde

Y en frente y labios me besa!
(*Ella hace movimientos para hablar.*)

Callad: porque os tengo en tanto,
Leonor amada, que es fuerza
Que penséis lo que digáis
Porque yo en menos no os tenga.
Antes me enojan que vencen
Ridículas resistencias,
En quien de amores se abrasa
Y sus amores nos niega.
Decidme lo que pensáis
Presto; ¡mas, por Dios, no sea
Nada, Leonor, que lastime
El corazón que os venera,
Y que con cada latido
En frente y labios os besa!

ELLA. (*Adelantándose sola hacia un lado del proscenio.*)

Público: suceso grave.
¿Cómo negarle podré
Todo mi amor, cuando sé
Que lo conoce y lo sabe?
Mándame aquí la costumbre,
Con las mujeres impía,
Que el amor del alma mía
Ni conozca, ni vislumbre;
Pero si está el corazón
Saltándose a los labios,
¿Cómo puede haber agravios
En las que verdades son?
Yo sé que el pecho amoroso
Lugar para este hombre guarda,
Y sé que mi amor lo aguarda
Por noble y por generoso.
¿Por qué si un amor honrado
Estoy sintiendo en el pecho,
No he de tener yo derecho
A decir que lo he engendrado?
¿Por qué, con tanto rigor,
Cuando a un casto bien se aspira,

Ha de ser la vil mentira
Forma fatal del pudor?

EL. (*En el otro extremo de la escena.*)

Leonor, Leonor de mi vida,
Cómo más presto me hablaras,
Si mis angustias miraras
en el alma estremecida!
No es un vago devaneo
Ni pasajero amorío:
¡Es que este pobre ser mío
Prendido en tus labios veo!
Viví: con decir que vivo
Muchos recuerdos se dicen,
Que en el cobarde maldicen
Y esperan en el altivo.
Amé: con decir que llevo
En el corazón amores,
Digo que el ser de dolores
Se ha trocado en un ser nuevo.
¡Nada es azul en la vida,
Oh mortal, de lo que ves.
Si no miras al través
De una mujer bien querida!
Nada ¡oh mortal! es el hombre
Que sin mujer va en la tierra,
Y sin el hijo que encierra
Orgullo y germen de un nombre.
¡Leonor, mi amada Leonor,
Cómo más presto me hablaras,
Si en el alma me miraras
El lago azul de tu amor!

(*Cada uno conserva su puesto en un lado de la escena.*)

ELLA. ¿Cómo decirlo y callarlo?

EL. (*Tendiendo a ella las manos.*) ¡Leonor, Leonor!

ELLA. (*Siempre al público.*) Si es honesta

Afición la que me mueve,
Si me cautivan sus prendas,
Si es en la forma cortés

Y anida en su alma grandezas
 Y lo amo, porque lo estimo,
 Que sólo alcanza completas
 Venturanzas el amor
 Que en la estimación comienza,
 ¿A qué mi temor, y el fuego
 Que en las mejillas me quema,
 Si tengo, al par que en el alma,
 Claridad en la conciencia?

EL. Luchan amor y pudor
 En esa alma limpia y bella,
 En quien los años no extinguen
 Las blancas flores primeras.
 ¡Aguarda, aguarda, amor mío:
 Que detienen sus promesas
 Timideces de mujer
 Que el valor de amor aumentan!
 (*Los dos adelantándose a un tiempo.*)

ELLA. ¡Julián!...

EL. ¡Leonor!...

ELLA. (*Turbada.*) Yo no sé...

EL. ¡Palabra que tanto cuestas,
 Si honrada en el alma naces,
 Presto, presto al labio vengas!

ELLA. ¡Te amo, te amo!

EL. (*Con transporte.*) No tienen
 Todas las humanas lenguas,
 Ni las aves en los bosques,
 Ni las brisas en las selvas,
 Ni la tórtola nocturna
 De quejumbrosas cadencias,
 Conjunto tal de armonías,
 De espacios divinos prenda:
 Que luego de haber oído
 "¡Te amo!" de tu boca bella,
 Hay más azul en el cielo,
 Hay más calor en la tierra,
 Y el aire un beso, otro beso,
 Onda tras onda se lleva.

ELLA. (*Como dudando.*) ¿Amor firme?

EL. Nunca mueren
 Estos cariños que empiezan
 Con suave calma, que luego
 Respeto y tiempo alimentan,
 Y son del cuerpo sostén,
 Más que deleitosa presa.
 Estima, calma, respeto,
 Unión en lo que se piensa,
 Confusión de vida y vida,
 ¿Cómo es posible que mueran
 Si uno en el otro se apoyan
 Y con dos vidas alientan?

ELLA. ¿Y el proverbio?

EL. No de burlas
 Lo digas: antes de veras
 Afirma que lo hemos hecho.
 Pues ¿dónde hay mejor comedia
 Que el corazón de los hombres
 Y de mujer las ternezas?

ELLA. La noche llega.

EL. En el teatro
 Repetiremos la escena.

ELLA. Y ¿quién de silbarte habrá
 Que ame, espere, sufra y sienta?
 Mas, ¿qué papel en tu pecho
 Muestra la frente indiscreta?
 ¿Papel de amor?

EL. (*Sacándole.*) De congoja
 Es muy probable que sea.
 Míralo tú.

ELLA. ¡Del autor!...

EL. (*Como quitándose.*) ¡Osadía como ésta!
 Pero no habrá de leerse.
 Dame.

ELLA. No. Cumplir es fuerza
 Su voluntad: "Al buen público."
 Dice así: "Carta modesta:"

Juguete es éste sencillo
 Hecho al correr de la pluma
 En un instante de suma
 Pereza. El alma sin brillo
 Está de quien lo escribió:
 Cuando sin patria se vive,
 Ni luz del sol se recibe,
 Ni vida el alma gozó.
 Vino Guasp: quiso tener
 Piececilla baladí,
 Por darte, público, a ti
 Algo agradable que ver.
 Por la mañana encargó,
 Y se pensó en la mañana;
 Más frívola que galana,
 Por la tarde se acabó.
 Hízose así, tan de prisa,
 Y apenas solicitada,
 De tal manera, que nada
 Puede excitar más que risa.
 Mas piensa, público amigo,
 Que cuando el alma se espanta
 Y se tiene en la garganta
 Fiero dogal por testigo,
 La inteligencia se abrasa
 Y el alma se empequeñece,
 Y cuanto escribe parece
 Obra mezquina y escasa.
 En este juguete mira
 Caprichosa distracción
 De un mísero corazón,
 Que por hallarse suspira.
 Siente, ama, estima, perdona
 Con tu natural bondad:
 Si es malo, la voluntad
 De actor y poeta lo abona.
 Nada mejor puede dar
 Quien sin patria en que vivir,
 Ni mujer por quien morir,

Ni soberbia que tentar,
 Sufre, y vacila, y se halaga
 Imaginando que al menos
 Entre los públicos buenos
Amor con amor se paga.”

TELÓN

PATRIA Y LIBERTAD⁴

(DRAMA INDIO)⁴

⁴ Este drama, escrito por Martí en Guatemala y conservado por el guatemalteco Antonio Batres, quien cedió una copia única a José María Béjar, se publica ahora por primera vez, facilitado por el doctor Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad de La Habana.

En su carta testamento literario a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, de fecha 1 de abril de 1895, Martí dice: "Antonio Batres, de Guatemala, tiene un drama mío, o borrador dramático, que en unos cinco días me hizo escribir el gobierno sobre la independencia guatemalteca."

Martí también hace referencia al drama en su folleto *Guatemala*, reproducido en el tomo 7 de estas *Obras Completas*, pág. 115: "Rebusqué luego, para hacer unos cuantos versos dramáticos sobre el día patriótico, la librería nutrida del señor Mariano Padilla, americanista religioso, minucioso bibliófilo, coleccionador inteligente..."

ACTO PRIMERO

*Calle o plaza colonial, en la antigua ciudad de Guatemala. Transeúntes,
indígenas y soldados.*

ESCENA I

INDIANA y COANA, que salen de la iglesia.

- INDIANA Refiéreme otra vez la bella historia
de cuando descubrieron nuestra América.
- COANA Eran nuestros abuelos unos hombres
de tez cobriza y alma noble y buena,
cuando llegaron los conquistadores
de blanca piel y de ambiciones fieras.
Echaron el dogal a nuestros cuellos,
nos impusieron la servil cadena,
y nuestras ricas tierras, ayer libres,
por causa suya son esclavas tierras.
- INDIANA. Pero dice Martino que algún día
él ha de ver nuestra patria bella,
libre y sin opresión.
- COANA. El le ha jurado,
y permanece fiel a su promesa
de no hacerme su esposa, niña Indiana.
hasta lograr la patria independencia.
Pues él, como el quetzal, al enjaularlo,
muere en la jaula, de dolor y pena.
Martino ansía la muerte una y mil veces
a esclavo ser, sin patria ni bandera.
- INDIANA. Ya terminó la misa, Coana,
y las damas de honor aquí se acercan.

ESCENA II

DOÑA FE, la CAMARISTA y acompañamiento, que salen de misa.

DOÑA FE. Ya cumplimos con Dios. La santa misa
hemos oído con unción sincera.
El Señor desde el cielo nos bendice
y oye las preces de sus pobres siervas.

LA CAMARISTA. Mi señora, la noble doña Casta,
terminada la misa, hacia aquí llega.
(Enérgica, a las indias:)
Retiraos; que se acerca mi señora
y no quiere encontrar gente plebeya.
Retiraos.

INDIANA. Y ¿por qué? La calle es libre.
Y, esta calle, calle es de nuestra tierra.
Que aunque nosotras somos de la plebe
y doña Casta es de la nobleza,
nosotras somos hijas de este suelo
y ella no es nada más que una extranjera.

ESCENA III

DOÑA CASTA sale de la iglesia, seguida del PADRE ANTONIO *(de la Compañía de Jesús)*, y de nobles y caballeros, que la siguen.

DOÑA FE. ¡India insolente!

DOÑA CASTA. Amigas, ¿qué os sucede, amigas?

LA CAMARISTA. Estas indias, señora, que altaneras,
con frases injuriosas y agresivas,
nos insultan y ofenden y nos vejan.

DOÑA FE. Y, además, contra España, mi señora,
lanzan frases procaces y blasfemias.

DOÑA CASTA. ¿Cómo así os atrevéis, indias malditas,
a insultar nuestros fueros de grandeza?
¿Olvidáis que entre ambas, yo y vosotras,
existen gran distancia y diferencia?

Mas, ya caigo, ¿eres tú, la india rebelde,
amante del mestizo de alma fiera
a quien llaman Martino el subversivo,
que a la chusma subleva?
¿Quién es Martino?

PADRE ANTONIO. Un charlatán que tiene
DoÑA CASTA. teorías absurdas y alma negra.
Que lleva en sus entrañas miserables
la ruin carroña de la inmunda lepra.
Que odia a España, a Jesús, a nuestra raza,
al augusto blasón de la bandera.
Un plebeyo envidioso, sin principios,
sin honor, sin valor y sin conciencia.

COANA. No: es Martino un valiente y un patriota
que lucha por la santa independencia
de nuestra patria, que hoy solloza esclava,
encadenada por la opresión vuestra.

DOÑA CASTA. ¡Silencio! Calle, indígena. ¡Lo mando!
si no quieres que dé, gente plebeya,
a don Pedro, mi esposo, cuenta de esto,
y que te expongas a sufrir condena
de recibir cincuenta o cien azotes
y haga yo enmudecer así tu lengua.
Abrid paso, canalla envilecida,
chusma asquerosa, mísera y grosera.
Abrid paso y callad, callad os digo.
¡Que doña Casta de León lo ordena!
(Se retira hacia su palacio seguida de todo su cortejo.)

PADRE ANTONIO. Calma y mala intención, noble señora,
Dejadme a mí. Yo le impondré la pena.
Y a ese Martino pérfido y diabólico
por si restos de ardor su brazo alienta...
ya haré yo que le amputen ese brazo,
y ya veréis... veréis como escarmienta.

DOÑA CASTA. ¿Qué haréis?

PADRE ANTONIO. Calumnia y oro son mis armas.
¡La Virgen del Pilar me favorezca!
*(Se retiran todos: Da. Casta y su acompañamiento
hacia el Palacio.: Coana e Indiana por el lado opuesto.)*

ESCENA IV

PEDRO, el PUEBLO, que le sigue. A poco el PADRE ANTONIO, DON PEDRO, el SACRISTÁN, el INDIO, soldados, etc.

PEDRO. Ni aire debe llamarse el que respira...
 ¡El aire mismo aquí se llama mengua!
 Nace a luz, de una madre malograda
 entre frailes, rosarios y novenas,
 un hijo, con los rayos en el rostro
 del vivo sol de nuestra Madre América.
 Y apenas abre los temblantes brazos...
 los vacilantes labios abre apenas,
 cuando el villano espíritu de siervo
 su blando pecho sin piedad penetra:
 “—¡Besa, niño, la mano de ese cura!”
 ¡Y el pobre niño dobla el cuello, y besa!
 “—Ese es Dios, nuestro amo.”—“Ese es el busto
 del rey nuestro señor.”—“Toda esta tierra
 es esclava del rey.”—Ni una vez sola
 al niño la viril dignidad muestra.
 ¡Ni una honrada semilla en aquel pecho
 el padre, ni la madre, ni el rey siembran!
 ¡Amos por todas partes, y palabras
 de esclavitud servil, y de obediencia!
 Señor es nuestro rey, señor el cura,
 Amo el gobernador, guía la Iglesia,
 ¡y cada hinchado mercader de allende,
 su vara de medir en cetro trueca!
 ¡Sobrado tiempo ya besó cobarde
 América ese cetro de comedia!
 Truéquese en fusta la mezquina vara
 y del que nos azota, azote sea!

PUEBLO. (A coro:) ¡Truéquese en fusta!
 (Rumores, murmullos de aprobación
 de todos, y aparecen por el Palacio
 Don Pedro seguido del Padre Anto-
 nio, y el Sacristán, nobles, españoles,
 soldados.)

DON PEDRO. (Hablando con los de su séquito:) ¡Ciento, y al instante!
 PADRE ANTONIO. ¡Vaya por ciento!
 (Al Sacristán:) Ese es el caso: ¡Empieza!
 SACRISTÁN. Honra el ardor al pueblo que lo siente,
 pero no lo honra menos la prudencia.
 DON PEDRO. (Magnífico traidor: el tigre esconde
 bajo la suave piel de mansa oveja.)
 PEDRO. ¿Quién el concierto de las voces rompe
 con débil voz de miedo y de vergüenza?
 SACRISTÁN. Uno que sabe que impulsar la patria
 Más allá de sus fuerzas, es perderla.
 DON PEDRO. (¡Ah, mis bravos sabucos!)
 PADRE ANTONIO. ¿Quién os dice
 los móviles secretos de esta empresa
 ni las oscuras sombras que en el fondo
 de esta luz que os alumbra se aglomeran?
 ¿Queréis felices saludar la patria?
 Yo lo quiero también...
 PEDRO. Sí. Y de manera
 que si el déspota hispano el polvo muerde,
 muerda el polvo también todo otro déspota.
 Mas dudo...
 PADRE ANTONIO. ¿Tú lo dudas? ¿Y no miras
 esas dormidas poblaciones muertas,
 columnas vivas de rencor que hierven,
 bajo de su techumbre amarillenta?
 ¿No imaginas la bárbara falange
 que el campo tala, que la muerte siembra,
 y que en venganza del agravio antiguo,
 hiere, asesina, juzga, y atropella?
 ¡Ay de vosotros si, despierto el indio,
 la humilde paja de su choza incendia!
 INDIO. (Adelantándose, del grupo del pueblo:)
 ¡Mientes, Castilla!
 DON PEDRO. ¡Miserable!...
 (Aparte a los suyos:) (Dioscientos... gente llega)
 ¡un indio!
 INDIO. ¡Un indio! ¡A nadie quede duda!
 ¡Doblada está mi espalda, mi piel negra!

¿Ni cómo ha de estar blanca, si aquí llevo
de cuatrocientos años la vergüenza?
¡Tú, (*al Sacristán*) más vil que Castilla. porque siendo
azotado también, el cuero besas;
enséñanos el oro que te pagan
y en las palabras de tu boca suena.
¡Sacristán de la Antigua, te conozco!
La astucia de los indios no está muerta.
¿Que mi pueblo amenaza? ¿Que la saña
hierva en las pobres chozas de la sierra?
¿Que como rayo vengador caería
sobre las poblaciones y las siembras?
¡Sobre la lengua vil que nos infama
como puñal atravesar debiera!
¡Si en un poste la lengua te enclavase,
venenosa en redor la tierra hicieras!

DON PEDRO. (*Aparte a los suyos:*) (Trescientos... Cuatrocientos...)

INDIO. Quebrantado

Su espíritu de hombre, ya no quedan
al indio de los campos más que espaldas
para llevar las cargas de la Iglesia.
para pagar tributo a los caciques,
para comprar al español sus telas.
¡Con estas manos derribé maderos...
con estas manos cultivé la tierra,
con estos hombros por barranca y llano
más arrobas llevé que hojas la selva,
y más llanto lloré con estos ojos,
por mi eterna ignominia siempre nueva,
que ondas cruza la nave robadora
que el fruto de mi mal a España lleva!

PADRE ANTONIO. (¡Habla!) De un indio disfrazado miro
en ti claras señales, que la lengua
de esa tribu que finges...

INDIO. ¡De malvado

sí que miro yo en ti claras las señas!
¡Apartad, que parece que en su cerco
la contagiada atmósfera envenena!
Indio soy con disfraz, puesto que tengo

un alma—cosa extraña y estupenda,
un alma que en el suelo en que nacimos
al darnos el bautismo el cura quema.
Indio soy, con disfraz, pues que torcieron
de modo mi infeliz naturaleza
que natural parece la ignominia,
y más cara parece la vergüenza.
¡Esa es tu obra, villano! ¡Esa es la obra
de ese que tras de ti mueve su lengua!
¡Alzar quisisteis catedrales de oro
sobre graves cimientos de conciencias
y sobre los sepulcros de una raza
comprar encajes y elevar iglesias!
¡Oh torpe y fragilísimo cimiento!
La conciencia dormita, no está muerta,
y el día que tremenda se sacuda,
catedrales y encajes dan en tierra.

PUEBLO. ¡Viva el indio!

INDIO. ¡Yo, no! ¡La patria libre!

PUEBLO. ¡Perezca el sacristán!

PEDRO. Nadie perezca.

¡Mil veces se ha perdido la justicia
por la exageración de la violencia!
Un pueblo ha muerto bajo el yugo hispano...
El hombre justo nuestro hermano sea.
Los tiranos que el látigo fabrican
arrójelos el látigo mar fuera.

ESCENA V

Aparece un NOBLE con varios soldados, y dice a DON PEDRO:

NOBLE. Vano fue todo: El general no quiere,
porque inútil lo juzga, oponer fuerzas
al terrible clamor. El viejo Urrutia
con floja mano sus cabellos mesa.

El polvo muere de dolor Lagrava,
pero al común destino se sujeta.

DON PEDRO. Conmueve tú las vacilantes turbas.
Con éstos haré yo por detenerlas.
*(Al Pueblo, que trata de avanzar, agresivo,
dominante, enérgico:)*
¡Atrás, gente atrevida! ¿Quién osado
contra la ley de España se rebela?
¡Ingratos hijos, que el paterno celo
del rey recompensáis de esa manera!
Al que rebelde a los decretos ose
de nuestra Madre España... o al que quisiera
triunfar de su poder, piense en los hierros
que ceñirán sus pies. Que piense en Ceuta.

PUEBLO. ¡Ceuta!

PEDRO. Sí. Ceuta. Una mansión terrible
donde los hierros por los muros cuelgan;
donde cientos de látigos azotan
sangre manando las abiertas venas;
donde al lenguaje humano sustituye
de las fustas flamígeras la lengua.
Y cada sol vio sepultar a un vivo,
y un espanto cada átomo recuerda.
Mansión donde los niños encanecen,
que hiriendo el cuerpo flojo, el alma quiebra;
que asorda con sus ayes el mar bronco
que más que de olas de furor la cerca.

DON PEDRO. Esa es Ceuta.

PEDRO. Esa es. Pero, ¿no sabes
que antes de ir a tu prisión tremenda,
de sangre el mar con nuestra sangre haremos
y tu sangre también entrará en ella?
¡Antes que el pie de americanos nuevos
ciñan del triste Amarú las cadenas,
al mar aquí, y al Hacedor en lo alto,
asordará nuestro clamor de guerra!

DON PEDRO. Villano, calla.

PEDRO. Aquí no hay más villano

que el que la infamia de mi patria intenta.
Hombre es todo nacido: hombres iguales.

DON PEDRO. ¡A mí, los míos! Gente de armas. presa
a esa gente llevad.

PEDRO. ¡Amigos!

DON PEDRO. Ni uno a mi cólera escape.
El rey lo ordena.

ESCENA VI

*Españoles, soldados, etc., avanzan contra el pueblo que, replegándose,
toma escena hacia el lado opuesto, cuando aparece MARTINO.*

MARTINO. Quietos todos. No huyáis ante los déspotas.
Quietos aquí. Lo manda nuestra América
(A Don Pedro)
Si un solo paso sobre el grupo avanzas,
castigaré tu infamia y tu insolencia
el pueblo entero que en las calles corre.
¡Viva la Libertad!...
(Voces fuera:)
¡Mueran los déspotas!

DON PEDRO. ¿Quién eres, di, quién eres?

MARTINO. *(Colocándose al frente del pueblo.)* Soy la oveja
que se revuelve indómita ante el lobo
y exánime y atónito lo deja,
con el arma de Maipú y Carabobo.
Soy de Hidalgo la voz. Soy la mirada
ardiente de Bolívar. Soy el rayo
de la eterna justicia, en que abrasada
América renace,
desde las fuentes en que el Bravo nace
hasta el desierto bosque paraguayo.

DON PEDRO. ¡Oh!... ¿Quién eres?

MARTINO. ¿Quién soy? ¡Mira en mis ojos
de un gran pueblo la cólera despierta,

rendidos ya tus pabellones rojos,
América feliz, Castilla muerta!

DON PEDRO. ¿América feliz?

MARTINO. Sí, porque luego
de quebrantar tu cetro filicida,
a costa de su sangre, ¡el pueblo ciego
recobrará los ojos y la vida!
Serviles nos hicisteis, ignorantes,
insípidos doctores,
teologuillos y míseros danzantes,
de manos insolentes besadores.
Y ¿queréis que a la cumbre de la vida
llegue próspera y libre nuestra suerte,
si la tierra dejáis estremecida
con las semillas todas de la muerte?
Pero el cielo preñado de amenaza
su hondo seno de cólera revienta,
¡y, animador de la naciente raza,
fabrica en vuestras plantas la tormenta!
El aire está cuajado,
cuajados van los vientos,
¡en mordidas los besos se han trocado!
¡Balas van a volverse los lamentos!
¡Balas! Oyelo bien. ¡De las astillas
secas, en que entre rojos resplandores
Hatuey murió—tremendas las semillas—
un bosque brotan ya de resplandores,
de brazos vengadores!

DON PEDRO. ¡Atrás! ¡Atrás!...

MARTINO. En vano las espadas,
lanzas y perros moveréis ahora
Hasta las piedras os serán negadas,
que cada piedra aquí venganza llora.
Y con lágrimas de indios maldecida,
cada senda, cada árbol, cada arroyo,
árbol no habrá que con su fruto os brinde,
choza no habrá donde encontréis apoyo.

DON PEDRO. ¡Atrás!... ¡Atrás!

MARTINO. ¡Oh!... mira
cómo se abre la tierra ante tu planta,
y en torno tuyo aterradora gira
la inmensa procesión que se levanta.
Ese que ves con la anchurosa frente
de pedernal agudo traspasada,
de espinas y de plata coronada
—de plata reluciente—
la sien medita abunda y torturada,
es Moctezuma, cuya historia encierra
el engaño mayor que vio la tierra.
¡Mira, mira al monarca,
al indio ensangrentado
que, a su cadalso bárbaro enclavado,
su cárcel de oro y su martirio marca!
¡Esa—que rauda cruza,
herida,—atada, mísera vagando,
a la que azota vil, a la que azuza
sus perros fieros el infame Ovando,
ésa es de Haití la reina ponderada,
en mitad de su fiesta encadenada!
¡Allá van, persiguiendo a los desnudos
con recamas de bronces y de escudos!
¡Allá van, con las lanzas y los hierros!
¡Allá van, dando voces a los perros!
“¡Muerde, Lobo, a la reina!”—“Aquí, Bravío
¡Sus, en el pecho híncale bien, España!”
¡Y después de la lucha, el pueblo mío
sus miembros rotos en su sangre baña!

PUEBLO. ¡Libertad!... ¡Libertad!...

MARTINO. ¡El humo oscuro
que en tu rostro la cólera negrea,
de Cuauhtémoc es el aliento puro,
que en su parrilla quemado humea!

PUEBLO. ¡Libertad!... ¡Libertad!

MARTINO. ¡Y ese de ramas
de encendidos palmeros coronado,
que corre, corre alado,

con terrible clamor, envuelto en llamas,
es Hatuey!

PUEBLO. ¡Hatuey!

MARTINO. ¡Pueblo, contempla
este cuadro de horror! Ve a tus abuelos
en humo transformados,
los próceres quemados,
los miembros palpitantes por los suelos.
los niños sin piedad despedazados!...

PUEBLO. ¡Libertad!... ¡Libertad!

MARTINO. ¡Al llano, al cerro!

¡Todo el mundo a la lid! ¡Corre encendido
por la América Hatuey! ¡Manos al hierro!
¡A luchar, con los brazos, con los dientes!
¡Armas dará la suerte: Dios da bríos!
¡A luchar con las aguas de las fuentes!
¡A luchar con las ondas de los ríos!

(Expectación en todos. Martino, soberbio, dominante, magnífico, se impone, vislumbrando la patria libre.)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salón en el Palacio Colonial de Guatemala. Aparecen los grupos: DON PEDRO con los oficiales y nobles españoles, y PEDRO con el grupo de los que luchan por la independencia patria.

ESCENA I

DON PEDRO, PADRE ANTONIO, y nobles. PEDRO, con el PUEBLO.

PEDRO. Resurrección, resurrección... El grito
cuerpo en el aire y en las almas toma.
Noble rencor a los despiertos llena,
y a los dormidos el clamor asorda.
Cuando la patria tierra se conmueve
nadie debe dormir, so pena de honra.
La historia de la vida era un grillete:
¡Nueva vida busquemos, nueva historia!

PADRE ANTONIO. Triunfa la plebe.

NOBLE. Y la chusma loca.
El albañil, el sastre, el carpintero,
dueños serán y vestirán la toga.

PADRE ANTONIO. Al agosto monarca el cetro quitan
y en las plebeyas manos lo colocan.

NOBLE. ¿Podrá ser un menguado zapatero
regidor como yo?
Las vías soplan
el mar del pueblo.
Malos vientos corren.
Hunde la nave el flujo de las olas.

DON PEDRO. Calla como valiente, y como bravo,
en el instante de los golpes, obra.
Si se juntan la curia y la nobleza
en defensa de títulos y borlas

y si ellos se dividen, siempre ha sido madre la división de la victoria.

(Continúa hablando con los nobles y el Padre Antonio, mientras Pedro comenta con su grupo.)

PEDRO. El doctor, el marqués, el padre Antonio
aire tienen de gente recelosa;
el aire de los buitres de la noche
cuando en el claro oriente el sol asoma.
Noble, cura y doctor: las tres serpientes
que anidó en nuestro seno la Colonia.
Mata la ley astuta la justicia,
los que a Jesús predicán, lo deshonran,
y esa raza de siervos con casaca
con nuestra infamia un pergamino compran.

UNO. Pero es noble el marqués.

PEDRO. No hay más nobleza
que la que el hombre con sus hechos logra.
¿Adónde has visto esa nobleza escrita
en los pañales que tu hermana borda?
Villano es el villano, y más villano
cuando su amo y su rey lo condecoran.
Golpes de pecho, llaves en espalda,
humildes besamanos, gorros, borlas,
y los naipes después, con el cabildo,
y la noche después tranquila y cómoda,
y en su lecho de piedra en tanto el indio,
el cuerpo herido retorciendo llora,
mientras el vil grillete del esclavo
su carne oprime. . y su piel destroza.

PADRE ANTONIO. Yo, a España vuelvo.

NOBLE. Y yo también. No puedo
sufrir más tiempo aquí la vergonzosa
imposición del pueblo.

PEDRO. No hay más curas
que los que curen bien nuestra deshonra.
*(Rumores de vitores, clamores, y
entra Martino seguido del Indio y
Pueblo.)*

ESCENA II

MARTINO con el INDIO, al frente del grupo del PUEBLO

MARTINO. Valor, amigos, la victoria es nuestra.
Castilla tiembla, nuestra es la victoria.
Y mi casa es del pueblo. Es de vosotros.
Porque a la patria vuestro juicio importa.
Porque la patria su ventura espera
de vuestra decisión. Llegó la hora
de quebrantar la ley de la Colonia.
El cetro quebrantado, por los mares
irán nuestros productos a remotas
playas. ¡Nuestros destinos serán nuestros;
Nuestros hermanos, nuestros, que la cólera
del vengativo rey en las prisiones
su bravura y nobleza galardonan!
El talento es un crimen, y otro crimen
la misma voluntad. Su necia pompa,
más brilla con tus lágrimas amargas
que con la viva lumbre de sus joyas.
¡Cada piedra o moneda, cada verde
esmeralda luciente, cada roja
piedra, rubí o zafiro, un alma encierra
que, encadenada, en ella se devora!
¡Libertad a las almas de los pueblos!
¡Truéquense en oro las brillantes joyas!
¡Llamas y libertad! Un rey malvado
que a nuestros pueblos sin piedad explota,
un rey que por la muerte de su patria
con el conquistador chocó las copas,
un rey traidor que su lugar tuviera
en el imperio de la triste Roma,
de luto llena y de vergüenza anubla
las conmovidas playas españolas.
Asturias, El Ferrol, Cádiz valiente,
el fuero humano con braveza apoyan...
Si esto hace el rey dentro la misma España

¿qué hará con los que aquí su fuerza mofan?
Echada está la suerte: no hay más punto
que infame vida, o perdurable gloria.
Nuestros hermanos en España luchan.

INDIO. ¿Nuestros hermanos, gentes españolas?

MARTINO. Por libertad y dignidad luchamos.
Nuestros hermanos son los que la invocan.
Odio merece el fraile franciscano
que por la esclavitud del indio aboga,
Odio Velázquez que en su tumba fría
cadáver yace, pero no reposa.
Mas este continente de Bolívar,
rompiendo el yugo que a nuestra alma agobia,
abre los brazos generosamente
al español, y su grandeza invoca;
al español que en la defensa nuestra
de España muere en las terribles horcas.
A ese español yo lo honraré en mi mesa,
y le daré a mi hermana por esposa.

PUEBLO. ¡Viva! ¡Muy bien, muy bien!

MARTINO. Y nuestra guerra
los siglos venga, y a los buenos honra.
Y yo, honro a España libre.

DON PEDRO. Te equivocas.
El engañado e ignorante pueblo
tu voz aplaude y tu clamor apoya;
pero las fuerzas de la patria vivas
desconocen tu voz y te abandonan.
Hoy estamos aquí a merced vuestra,
pero mañana, acaso... la victoria
sea para nosotros. Con nosotros
tal vez mañana estén las fuerzas todas.

MARTINO. ¿Las fuerzas de la patria?

NOBLE. La nobleza.

PADRE ANTONIO. Las iglesias, el claustro...

PEDRO. ¿Los que adornan
con huesos sus zaguanes, y tributos
como a esclavo nativo al pueblo cobran?

PADRE ANTONIO. La religión acatamiento ordena
al rey nuestro señor. La curia docta
a tal ingratitude traición llamara.

MARTINO. ¿Traición? ¿Traición decís? ¡Oh, no! En su órbita
los rayos se estremecen fulminando
a quien así la humanidad deshonra.
El que una falsa religión predica;
el que una ciencia enseña mentirosa;
el nieto de un herrero que engalana
su pecho necio con la cruz que compra;
los que en la frente la medida llevan
exacta de los yugos; los que adornan
con lágrimas sus casaca; los cobardes
a quien rodillas faltan y fe sobra;
no son las fuerzas de la patria vivas
que de su seno predilectas brotan:
esclavos son, que el complaciente dueño
acaricia magnánimo y adorna.
Esa que llevas, cenicienta capa,
tú, padre Antonio, imagen tenebrosa
es de la oscuridad en que nos tiene
la España que te paga, porque ahogas,
ayudándola bien, al pueblo mismo
en que viniste al mundo.

Esa corona
que lleva tu bastón, señor ilustre,
corona es de comedia, con que mofa
el dueño diligente al siervo niño
que besando el dogal que lo aprisiona,
en contemplar sumiso se entretiene
de su vergüenza la dorada forma.
Y ésa, grave doctor, que larga pende
de tu egregio bastón ilustre borla,
manejo es de los látigos terribles
con que la mansa espalda nos azotan.
Uno, dos, veinte látigos... ¡Afuera
látigos, mantos, borlas y coronas!

PADRE ANTONIO. ¡Jesús!

MARTINO ¿Jesús? El nombre del Sublime
blasfemia me parece en vuestras bocas:
el que esclavos mantiene, el sacerdote
que fingiendo doctrinas religiosas
desfigura a Jesús, el que menguado
un dueño busca en apartada zona,
el que a los pobres toda ley deniega
el que a los ricos toda ley abona,
el que, en vez de morir en su defensa,
el sacrificio de una raza explota,
miente a Jesús, y al manso pueblo enseña
manchada y criminal su faz radiosa.

PADRE ANTONIO. ¿Criminal el Señor?

MARTINO. ¿Criminal fuera
si apoyara tu borla y tu corona!
si mi padre Jesús aquí viniese,
dulce la faz, en que el perdón enflora;
si al indio viera mísero y descalzo,
y al Santo Padre que salud rebosa;
si de los nobles en las arcas viera
trocada sin esfuerzo en rubias onzas
la carga ruda que a la espalda trajo,
india infeliz que la fatiga postra;
si en las manos del uno el oro viera,
y la llaga en las manos de la otra,
¿de qué partido tu Jesús sería?
¿De la llaga o del arca poderosa?
¡Responde! ¿No respondes? Jesús mismo
tu sentencia la ha dicho por mi boca.
Que hoy el catolicismo, padre Antonio,
del cristianismo es muerte y deshonra.

(Rumores intensos. Agitación profunda. Del grupo de patriotas y pueblo, surge el Indio, adelantándose a Martino. Dentro, clamores en crescendo.)

INDIO. *(En voz baja:)* ¡Martino!

MARTINO. ¿Qué hay?

INDIO. Aventajarnos quiere
el gobierno la mano, entre las sombras.

Aquí de esbirros nuestra casa llena.
Soldados por las calles amontona.
De Bustamante son los policías.
La división allí su diente asoma.
Armada expedición el rey envía:
si nos ataca la española tropa,
don Pedro, el padre Antonio y esos nobles
con su sangre y sus vidas nos respondan!

MARTINO. No. Eso no. Jamás. No nos manchemos.
Y, así, de cara al sol y frente a frente,
demos gustosos nuestra sangre toda.
No hay miedo, pues, amigos; por calles
nuestros bravos hermanos se desbordan.
A contenerlos voy. Si el padre Antonio,
falso cristiano, amenazaros osa,
decidle que Jesús, Dios de los hombres,
los salva: ¡no los vende ni los compra!

(Vase Martino hacia el fondo, y en este momento irrumpen al salón patriotas y soldados en abierta lucha.)

ESCENA III

MARTINO. ¡Atrás, atrás, repito! ¡Hora funesta!
Verdugos y asesinos de la patria
serán los que traspasen esa puerta.

UNO. Hemos triunfado ya. A muerte dice
el espantoso bando de Venegas.
Pues bien. Su misma ley cúmplase ahora,
y ejecutemos la mortal sentencia.
Para el esbirro, colonial tirano,
que cada casa su cadalso sea.

MARTINO. No. Lejos de la patria que oprimieron,
a los déspotas hoy echemos fuera
¡y el áureo sol del genio de Bolívar
que no se ponga nunca en nuestra América!

(Todos obedecen la orden de Martino y se retiran silenciosos, llevándose a don Pedro, padre Antonio, nobles y soldados.)

ESCENA IV

Queda todo oscuro.

MARTINO. Se van... se van... Con ellos se va el día.
Se van... se van... Todo entre sombras queda.
Ahora a luchar para una nueva vida,
a trabajar para una patria nueva.
Pensando en esa patria del futuro
los resortes del alma se me quiebran.
Sala, sala desierta, resucita...
¡Cadáver de esperanza..., Dios te encienda!

(En este momento se ilumina la arcada del fondo de la sala y aparecen, desfilando, como camino ya de la ex metrópoli, don Pedro, doña Casta, padre Antonio y todo su cortejo. Todos cabizbajos y apesadumbrados.)

DON PEDRO. *(Abatido:)* A España, a España... Libre Guatemala,
libres los pueblos todos de la América...
El sol de mis dominios en su ocaso...
El león no ruge ya en la indiana selva.

PADRE ANTONIO. ¡Resignación!

DOÑA CASTA. Ya la tenemos, padre,
pero hay que intentar la lucha nueva.
Hay que recuperar lo que perdimos.
Hay que recuperar lo que nos llevan.
Hay que hacer que triunfe bajo el palio
la cruz de Cristo y el pendón de Iberia.

(Ha desaparecido por la arcada la comitiva española, vencida por la pujanza libertadora de América. Aunque hasta el último momento la dama castellana se sienta vencida pero no humillada. Aurcolada,

bañada de luz, aparece por la arcada Coana, seguida de Indiana-América.)

COANA. Y, así termina, indiana
la epopeya de América.

INDIANA. Y ahora serás ya de Martino esposa.
Ya Guatemala es libre y sin cadenas.

(Coana y América-Indiana se dirigen a Martino que despierta de dulce sueño.)

COANA. ¡Martino!

MARTINO. ¡Libres, libres como el quetzal!
¡Libertad santa!

Patria libre... Coana... esposa mía...
la inmensa procesión que se levanta,
marca la feliz ruta del futuro.

Ya veo el porvenir que se agiganta.
Ya veo el porvenir amplio y seguro.
Hombres libres serán los descendientes
de tu amor y del mío.

Y Patria y Libertad honren valientes
nietos de Cuauhtémoc y Hatuey, con nobles bríos.
A sostener por siempre independientes,
con las manos, las uñas y los dientes,
contra el yugo opresor de las Españas,
nuestros dos continentes:

¡la libertad impere en mis montañas...
Y la proclaman con sus murmurios,
las aguas cristalinas de mis fuentes...
y las ondas sonoras de mis ríos!

(Queda Martino abrazado al grupo que forman Coana e Indiana, símbolos de las dos Américas, e iluminados por la clara luz del fondo.)

APÉNDICE⁵

1. NOTA DE MARTÍ SOBRE EL “DRAMA INDIO”
2. FRAGMENTO DEL “DRAMA INDIO”

⁵ La nota y el fragmento, de puño y letra de Martí, se encuentran en el *Archivo Gonzalo de Quesada*.

E L D R A M A

El personaje sombrío: Amor de Jesús, no quiere casarse con Coana hasta no conseguir la independencia; cuando en el primer acto preguntan quién es Martino, sale Coana de un grupo del pueblo, y lo pinta. El sombrío, amoroso, enérgico, ternísimo, fiero.

Al presentarse Martino a la junta de independencia de Guatemala, donde vacilan, les dice quién es, qué es el pensamiento de independencia, qué es el redentor, etc.; gran lucha y energía cuando ve que no se consigue más que el escrito de petición (Montúfar).—Unión americana:—Hatucy, Guatimozín, conspiración.

Del 2º al 3º acto, el interés ha de estar en las mismas cavilaciones de la idea de independencia. Este ha de ser el nudo del drama: esta gran pasión en Martino, en Barrundia y en Molina.

3er. acto. Ha de acabar el drama en la Junta del 15. Palacio, pueblo, grupos populares: llega Barrundia diciendo que se vacila aún; se entra en la sala y habla Martino, pidiendo el decreto de independencia absoluta. Tumulto. Un beso de Martino y de Coana. Banderas, y final.

Hay dos teatros: el social, que requiere un arte menor, local y relativo; y el de arte mayor, el teatro de arquetipos. Como hay dos vidas, la que se arrastra, y la que se desea.

FRAGMENTO DEL "DRAMA INDIO"

Por si restos de ardor su brazo alimentan:
 Buscará Lagrava: su bravura enciende:
 El caso grave con vigor le muestra!

COM. ¿Y tú?

Calumnia y oro son mis armas:
¡La virgen del Pilar me favorezca!
(*Se va el comp.*)

ESCENA IV

Pedro; el pueblo; el español, aún no notado.

PED. Ni aire debe llamarse el que respiras:
¡El aire mismo aquí se llama mengua!
Nace a luz de una madre malograda
Entre frailes rosarios y novenas
Un hijo, con los rayos en el rostro
Del vivo sol de nuestra Madre América,—
Y apenas mueve los temblantes brazos
Los vacilantes labios abre apenas,
Cuando el villano espíritu del siervo
Su blando pecho sin piedad penetra:
—“¡Besa, niño. la mano de ese cura!”
¡Y el pobre niño dobla el cuello, y besa!
—“Ese es Dios, nuestro amo”—“Ese es el busto
Del rey ¡nuestro Señor!” “Toda esta tierra
Es esclava del rey”—¡ni una vez sola
Al niño la viril dignidad muestra,
Ni una honrada semilla en aquel pecho
El padre, ni la madre, ni el rey siembran!
¡Amos por todas partes, y palabras
De esclavitud servil, y de obediencia!
¡Señor es nuestro rey, señor el cura,
Amo el gobernador, ama la Iglesia,
Y cada hinchado mercader de allende
Su vara de medir en cetro trueca!
¡Sobrado tiempo ya besó cobarde
Guatemala este cetro de comedia!
¡Truéquese en fusta la mezquina vara
Y del que nos azota azote sea!

P. ¡Truéquese en fusta!

(*Rumor del pueblo: a un lado el esp. y el sacristán.*)

DON P. ¡Cierto, y al instante!

SAC. ¡Vaya por cierto!

DON P. Este es el caso: ¡empieza!

SAC. (*Adelantándose.*)

¡Honra el ardor al pueblo que lo siente
Pero no lo honra menos la prudencia!

DON P. (¡Magnífico traidor! ¡El tigre esconde
bajo la mansa piel de suave oveja!)

PED. ¿Quién el concierto de las voces rompe
Con débil voz de miedo y de vergüenza?

SAC. ¡Uno que sabe que impulsar la patria
Mas allá de sus fuerzas, es perderla!

DON P. (¡Ah, mis bravos sabucos!)

SAC. ¿Quién os dice

Los móviles secretos de esta empresa
Ni las oscuras sombras que en el fondo
De esta luz q. os alumbrá, se aglomeran?
¿Queréis felices saludar la patria?
¡Yo lo quiero también! ¡Mas de manera
Que si el déspota hispano el polvo muerde,
Muerda el polvo también todo otro déspota
(*Rumor.*)

¡Sordo murmullo! ¡A su sincero amigo
Siempre del mismo modo el pueblo premia!

PED. ¡Y, dime, previsor!

DON P. (¡Soberbia frente!)

PED. ¿Qué nuevo despotismo te amedrenta?
Yo... dudo...

SAC. ¿Tú lo dudas? ¡Y no miras

Esas dormidas poblaciones muertas,
Columnas vivas de rencor que hierven,
Bajo de su techumbre amarillenta!
¿No imaginan la bárbara falange
Que el campo tala, que la muerte siembra,
Y que, en venganza del agravio antiguo,
Hierde, juzga, asesina y atropella?
¡Ay de vosotros, si despierto el indio

La humilde paja de su choza incendia!—
(*Un indio, saliendo con ímpetu del grupo:*)

IND. —¡Mientes, Castilla!

SAC. —¡Miserable!

IND. —¡Mientes!

DON P. (*Al sac.*) ¡Doscientos! ¡adelante! ¡gente llega!

P. ¡Un indio!

IND. ¡Un indio! ¡A nadie quede duda!

¡Doblada está mi espalda! ¡mi piel negra!

¿Ni cómo ha de estar blanca, si aquí llevo
De 400 años la vergüenza?

¡Tú, más vil que Castilla, porque siendo

Azotado también, el cuero besas;

Enséñanos el oro que te pagan

Y en las palabras de tu boca suena!

¡Sacristán de la Antigua, te conozco!

¡La astucia de los indios no está muerta!

¿Que mi pueblo amenaza, que la saña

Hierve en las pobres chozas de la sierra,

Que como rayo vengador caería

Sobre las poblaciones y las siembras?

¡Sobre la lengua vil que nos infama

Como puñal atravesar debiera!

¡Si en un poste la lengua te enclavase

Venenoza en redor la tierra hicieras!

DON P. (*Al sac.*) ¡Trescientos! ¡Cuatrocientos!

IND. —¡Mientes!

Su espíritu de hombre, ya no quedan

Al indio de los campos más que espaldas

Para llevar las cargas de la Iglesia,

Para pagar tributo a los caciques,

Para comprar al español sus telas!

¡Con estas manos derribé maderos!

¡Con estos miembros roturé la tierra!

¡Con estos hombros por barranca y llano

Más arrobos llevé que hojas la selva,

Y más llanto lloré con estos ojos

Por mi eterna ignominia siempre nueva,

Que ondas cruza la nave robadora

Que el fruto de mi mal a España lleva!

DON P. (*Al sac.*)—(¡Habla!)

SAC. ¡La indignación tiene un lenguaje

Que no deja lugar a la defensa!

DON P. ¡Habla!

¡De un indio disfrazado miro

En ti claras señales, que la lengua

De esa tribu que finges!

IND. ¡De malvado

Sí que miro yo en ti claras las señas!

¡Apartad que parece q. en su cerco

La contagiada atmósfera envenena!

Indio soy con disfraz, puesto q. tengo

Un alma, cosa extraña y estupenda,—

¡Un alma, que en el suelo en q. nacimos

Al darnos el bautismo, el cura quema!

Indio soy con disfraz, pues que torcieron

De modo mi infeliz naturaleza

Que natural parece la ignominia

¡Y más cara parece la vergüenza!

¡Esa es tu obra, villano! ¡Esa es la obra

De ese q. tras de ti mueve tu lengua!

¡Alzar quisisteis catedrales de oro

Sobre graves cimientos de conciencias

Y sobre los sepulcros de una raza

Comprar encajes y elevar Iglesias!—

¡Oh, torpe y fragilísimo cimiento!—

La conciencia dormita, no está muerta,

Y el día en q. tremenda se sacude

Catedrales y encajes dan en tierra!

P. ¡Viva el indio!

IND. ¡Yo no! ¡La patria libre!

P. ¡Perezca el Sacristán!

PED. ¡Nadie perezca!

¡Mil veces la justicia se ha perdido

Por la exageración de la violencia!

P. ¡Perezca el Sacristán!

PED. ¡No! ¡las venganzas

A medida han de ser de las ofensas!
Un pueblo ha muerto bajo el yugo hispano:
Un pueblo ha de morir.

DON P. ¡Justicia fiera!

P. El bueno es nuestro hermano. El hombre justo
Amigo nuestro y nuestro hermano sea:
¡Los malvados que el látigo fabrican
Arrójeles el látigo mar fuera!—
(*El pueblo se mueve agitado.*)

ESCENA V

(*El compañero habla, con misterio y rapidez, con Don Pedro.*)

Vano fue todo: el general no quiere
Porque inútil lo juzga, oponer fuerzas
Al terrible clamor; el viejo Urrutia
Con floja mano sus cabellos mesa;
El polvo muerde de dolor Lagrava
Pero al común destino se sujeta.
(*El compañero ha entrado con un grupo, que se
mantiene cerca de él.*)

DON P. ¡Conmueve tú las vacilantes turbas:
Con éstas haré yo por detenerlas!

COMP. Los que aquí miras polizontes fueron:
Fieles te servirán.

C. ¡Paga y ordena!

DON P. ¡Apoyad mis palabras, y si en el caso,
Urge mucho, salid en mi defensa!—
(*Don Pedro adelanta hacia el grupo, que se repliega
en un lado, dejándole solo en mitad de la escena:
enfrente, y cerca de él, sus hombres.*)

DON P. ¡Atrás, gente atrevida! ¿Quién osado
Contra la ley de España se rebela?
¡Ingratos hijos, que el paterno celo
Del rey recompensáis de esta manera,
Pensad en el cadalso que en la plaza

A los traidores el Gobierno eleva!
¿Cómo, mezquina gente, el poderío
De mi rey y señor tenéis en mengua?
¡Como polvos caeréis ante sus plantas
Si mueve contra vos la mano excelsa!
Y al que rebelde a los decretos ose
De la gran madre España...

PED. (¡Madre!)

DON P. ¡Y quisiera
Triunfar de su poder, piense en los hierros
Que ceñían sus pies, recuerde a Ceuta!

P. ¡Ceuta!

PED. (*Adelantándose con furor disimulado.*)

¡Sí, Ceuta! ¡Una mansión terrible
Donde los hierros por las manos cuelgan,
Donde cientos de latigazos azotan,
Donde, cómplice el sol, devora y quema!
¡Donde se marcan las aciagas horas
Por ayes lastimeros, donde enfermas
Las manos cavan su sepulcro propio—
Sangre manando las abiertas venas,
Donde al lenguaje humano sustituye
De las fustas, flamíferas, la lengua;
Y cada sol vio sepultar a un vivo
Y un espanto cada átomo recuerda!
¡Mansión donde los niños encanecen,
Que hiriendo el cuerpo flojo, el alma quiebra.
Que asorda con sus ayes el mar bronco
De más q. de olas, de furor la cerca!

DON P. ¡Esa es Ceuta!

PEDRO. ¡Esa es! ¿Pero no sabes

Que antes de ir a tu prisión tremenda
De sangre el mar con nuestra sangre haremos
Y la tuya también entrará en ella?—
¡Antes que al pie de americanos nuevos
Ciñan del triste Amaru las cadenas,
Al mar aquí, y al Hacedor en lo alto
Asordará nuestro clamor de guerra!

DON P. ¡Villano, calla!

PEDRO. ¡Aquí no hay más villano
Que el q. la infamia de mi patria intenta!—
Hombre es todo nacido: ¡hombres iguales!

DON P. (A los suyos.) ¡A mí, valientes!

P. (Replegándose.) ¡Gente de armas!

DON P. ¡Presas
A esa gente llevad!

PEDRO. (Al grupo.) ¡Amigos!

DON P. ¡Ni uno
A mi cólera escape! ¡El rey lo manda!

ESCENA VI

MART. (Entra precipitadamente.)
¡Quietos, quietos aquí: lo manda América!
(A don P.) Si un paso solo sobre el grupo avanzas
Castigaré tu infamia y tu insolencia
El pueblo entero q. en las calles corre:
¡Viva la libertad!

VOZ FUERA. ¡Mueran los déspotas!

DON P. ¿Quién eres, di, quién eres?

MART. ¡Soy la oveja
Que revuelve tremenda sobre el lobo
Y exámine y atónito lo deja
Con el arma de Maipú y Carabobo!
¡Soy de Hidalgo la voz; soy la mirada
Ardiente de Bolívar; soy el rayo
De la eterna justicia, en que abrasada
América renace
Desde las fuentes donde el Bravo nace
Hasta el desierto bosque paraguayo!

DON P. Oh; ¿quién eres?

MART. ¿Quién soy? ¡Mira en mis ojos
De un gran pueblo la cólera despierta,
Rendidos ya tus pabellones rojos,
América feliz, Castilla muerta!

DON P. ¡América feliz!—

MART. ¡Sí, porque luego
De quebrantar tu cetro felicidad,
A costa de tu sangre, el pueblo ciego
Recobraré los ojos y la vida!—
Serviles nos hicisteis, ignorantes
Insípidos doctores,
Teologuillos y míseros danzantes,
De manos insolentes besadores,—
Y ¿o queréis que a la cumbre de la vida
Llegue próspera y libre nuestra suerte
Si la tierra dejáis estremecida
Con las semillas todas de la muerte?
¡Pero el cielo preñado de amenaza
Su hondo seno de cólera revienta
Y animador de la naciente raza
Fabrica en vuestras plantas la tormenta!
¡El aire está enojado,
Cuajados van los vientos,
En mordidas los besos se han trocado,
Balas van a volverse los lamentos!—

DON P. ¡Balas!

MART. ¡Oyelo bien! ¡De las Antillas
Secas, en que entre rojos resplandores
Hatuey murió, tremendas las semillas—
Un bosque brotan ya de vengadores!—

DON P. ¡Atrás, atrás!

MART. En vano las espadas,
Lanzas y perros moveréis ahora:
Hasta las piedras os serán negadas,
¡Que cada piedra aquí venganza llora!
¡Y con lágrimas de indios maldecida,
Cada senda, cada árbol, cada arroyo,
Arbol no habrá q. con su fruto os brinde,
Choza no habrá donde encontréis apoyo!

DON P. ¡Atrás, atrás!

MART. ¡Oh! ¡mira
(La inmensa procesión que se levanta)
Como se abre la tierra ante tu planta,
Y en torno tuyo aterradora gira

La inmensa procesión que se levanta!—
 Ese que ves, con la anchurosa frente
 De pedernal agudo traspasada,
 De espinas y de plata reluciente
 La sien meditabunda coronada,
 Ese Moctezuma, cuya historia encierra
 El engaño mayor que vio la tierra.—
 —¡Mira, mira al monarca,
 Al indio ensangrentado
 Que, a su cadalso bárbaro enclavado,
 Su cárcel de oro y su martirio marca!—
 ¡Esa que rauda cruza
 Herida, atada, mísera vagando:
 A la que azota vil, a la q. azuza
 Sus perros fieros el miserable Ovando,—
 Esa es de Haití la reina ponderada,
 En mitad de su fiesta encadenada!—
 ¡Allá van, persiguiendo a los desnudos
 Con recamas de bronces y de escudos!...
 ¡Allá van, con las lanzas y los hierros!
 ¡Allá van dando voces a los perros!—
 “¡Muerde, Lobo, a la reina!” “¡Aquí, Bravío!”
 “¡Sus, en el pecho!” “¡Híncale bien, España!”—
 ¡Y después de la lucha el pueblo mío,
 Sus miembros rotos en su sangre baña!—

P. ¡Libertad, libertad!

MART. El humo oscuro
 Que en tu rostro la cólera negrea,
 De Guatimoc es el aliento puro—
 ¡Que en su parrilla requemado humea!—

P. ¡Libertad, libertad!

MART. ¡Y ese de ramas
 De encendidos palmeros coronado,
 Que corre, corre alado,
 Con terrible clamor, envuelto en llamas,
 Es Hatuey!

P. ¡Hatuey!

MART. ¡Pueblo! ¡contempla
 Este cuadro de horror! ¡ve a tus abuelos

En humo transformados
 Los próceres quemados,
 Los miembros palpitantes por los suelos,
 Los niños sin piedad despedazados!

P. ¡Libertad, libertad!

MART. ¡Al llano, al cerro!

¡Todo el mundo a la lid! ¡Corre encendido
 Por la América Hatuey! ¡Manos al hierro!
 ¡A luchar, con los brazos, con los dientes!
 ¡Armas dará la suerte: Dios da bríos!
 ¡A luchar con las aguas de las fuentes!
 ¡A luchar con las ondas de los ríos!

ACTO 2

ESCENA I

Sala: diversos grupos: Pedro perora en el suyo: grupo de nobles: tres españoles

PEDRO. ¡Resurrección, resurrección! ¡El grito
 Cuerpo en el aire y en las almas toma;
 Noble rencor a los despiertos llena
 Y a los dormidos el clamor asorda!
 ¡Cuando la patria fiera se conmueve
 Nadie debe dormir, pena de honra!
 ¡La historia de la vida era un grillete:
 Nueva vida busquemos, nueva historia!
(Grupo de aristócratas)

NOBLE. Barrundia vencerá.

DOCT. Con él Molina.

P. ANT. ¡Reyes los cacos!

NOBLE. ¡Y la chusma loca,
 El albañil, el sastre, el carpintero,
 Dueños serán y vestirán la toga!

P. ANT. ¡Al ilustre monarca el cetro quitan
Y en manos de la chusma lo colocan!

NOBLE. ¡Podrá ser un menguado zapatero
Regidor como yo!
(Grupo de españoles.)

DON P. ¡Las vías soplan
El mar del pueblo!

OTRO. Malos vientos corren:
Hunde la nave el flujo de las olas.

DON P. ¡Calla como valiente, y como bravo
En el instante de los golpes obra!
Nuestra es la fuerza; nos defiende Valle;
Los gremios de artesanos nos apoyan,
Y la curia se junta y la nobleza
En defensa de títulos y borlas:
Divididos están, y ¡siempre ha sido
Madre la división de la Victoria!—
(Grupos de independientes.)

UNO. ¡El doctor!

OTRO. ¡El marqués!

OTRO. ¡El padre Antonio!

UNO. Aire tienen de gente recelosa.

PEDRO. ¡El aire de los buitres de la noche
Cuando en el claro Oriente el sol asoma!
¡Noble, cura y doctor: las tres serpientes
Que anidó en nuestro seno la colonia.
Mata la ley astuta la justicia,
Los que a Jesús predicán, lo deshonran,
Y esa raza de siervos con casaca
Con nuestra infamia un pergamino compran!

UNO. ¡Pero es noble el marqués!—

PEDRO. No hay más nobleza
Que la que el hombre con sus hechos logra:
¿Adónde has visto esa nobleza escrita
En los pañales que tu hermana borda?
¡Villano es el villano, y más villano
Cuando su amo y su rey lo condecora!
¡Golpes de pecho, llaves en la espalda,
Humildes besamanos, gorros, borlas,

Y los naipes después con el cabildo,
Y la noche después tranquila y cómoda
Y en su lecho de piedra en tanto el indio,
El cuerpo herido retorciendo, llora!—
(Grupo de aristócratas.)

P. ANT. ¡A España vuelvo!

DOCT. ¡Yo también!

NOBLE. Yo mismo

A España iré; ¡sufrir la vergonzosa
Imposición del pueblo!

DON P. (A un esp.)—(¡Calla, y guarda
Que nadie en esta turba nos conozca!)

PEDRO. ¡No hay más marqués que los hombres buenos!

DON P. (Encrespa el mar sus aguas borrascosas.)

PEDRO. El indio es como el noble: ¡no hay más curas
Que los que curen bien nuestra deshonra!

ESCENA II

Martino, a la puerta: habla a un grupo.

El grupo, fuera:—¡Vivã! ¡Viva!

MART. ¡A las calles, a las plazas!
¡Aquí! ¡A la plazuela, Córdoba!
¡Sin tregua, sin parar! ¡Cuando combate
El lecho del valiente es la victoria!
¡De pie junto a los troncos de los árboles!
¡En el campo, de pie junto a las chozas!
¡De pie sobre las aguas de los mares,
Si a las aguas la suerte nos arroja!

UNO. ¡De pie!

OTRO. ¡Sin calma!

MART. ¡Y les hacemos guerra
Hasta con las espumas de las olas!
(Entrando y otros con él, Barrundia)
¡Valor, amigos: la victoria es nuestra!
¡Castilla tiembla!

BAR. Nuestra es la victoria,
Y mi casa es del pueblo: el juicio importa
Porque la patria su ventura espera
De nuestra decisión.—

P. ¡Barrundia!

BAR. ¡Hermanos!
¡Llegada es la noche vengadora,
De cuyo seno brotan los brazos
Que quebranten la ley de la colonia!
Utilidad, derecho, hasta el instinto
Sin tregua claman que la ley se rompa:
El cetro quebrantado, por los mares
Irán nuestros productos a remotas
Playas; ¡nuestros destinos serán nuestros;
Nuestro es, nuestros hermanos, que la cólera
Del vengativo rey en las prisiones
Su bravura y nobleza galardona!
¡El talento es un crimen, y otro crimen
La misma voluntad! Sin aciaga pompa,
Más brilla con tus lágrimas amargas
Que con la viva lumbre de sus joyas:—
¡Cada piedra o moneda, cada verde
Esmeralda luciente, cada roja
Piedra zafiro, un alma nuestra encierra
Que encadenada en ella se devora!—
¡Libertad a las almas de los pueblos!
¡Truéquense en oro las brillantes joyas!—

P. ¡Llamas y libertad!

BAR. Un rey malvado...

NOB. (¡Malvado el rey!)

DON P. (¡Callad: no se equivoca!)

BAR. Un rey que por la muerte de su pueblo
Con el conquistador chocó las copas,
Un rey traidor que su lugar tuviera
En el imperio de la triste Roma,
De luto llena y de vergüenza anubla
Las conmovidas playas españolas;—
Asturias, el Ferrol, Cádiz valiente
El fuero humano con braveza apoyan,

Y en Cádiz mismo, el alevoso Freyre
Al pueblo libre sin piedad inmola:
¿Si esto hace el rey dentro la misma España,
Qué hará con los q. aquí su fuerza mofan?
¡Echada está la suerte: no hay más punto
Que infame vida; o perdurable gloria!—
Nuestros hermanos en España luchan...

UNO. ¿Nuestros hermanos gentes españolas?

BAR. ¡Por libertad y dignidad luchamos,
Nuestros hermanos son los que la invocan!
¡Odio merece el fraile franciscano
Que por la esclavitud del indio aboga;
Odio Velázquez, que en su tumba de indios
Quemados yace, pero no reposa!
¡Mas que a par del pueblo de Bolívar
Los hierros rompe q. al espíritu agobian;
El que en España los resortes mueve
Que al rey traidor y déspota derrocan;
El que los mares presuroso surca
Y a par que el Soto, la grandeza toca;
El español que en la defensa nuestra
De España muere en las terribles horcas,
Al lado mío lo honraré en mi mesa
Y le daré mi hermana por esposa!

P. ¡Viva! ¡Viva!

BAR. La guerra americana
Los siglos venga, y a los buenos honra.
La España liberal nos favorece:
¡Honro a España libre!

UN ESP. (Nos arrojan
De aquí si nos descubren.)

DON P. (Fe, y aguarda)

NOB. (Adelantándose.)
Tus palabras, Barrundia, nos asombran.

DON P. (¡Aguarda! ¡aguarda!)

NOB. ¡El ignorante pueblo
Tu voz aplaude y tu clamor apoya,
Pero las fuerzas de la patria vivas
Desconocen tu voz, y te abandonan!—

BAR. ¿Las fuerzas de la patria?
 NOB. ¡La nobleza!
 P. ANT. ¡Las iglesias!
 DOCT. ¡El claustro!
 PEDRO. *(Al grupo:)* Los que adornan
 Con huesos sus zaguanes, y tributo
 Como a esclavo nativo al pueblo cobran!
 P. A. ¡La religión acatamiento ordena
 Al rey nuestro Señor!
 DOCT. La curia docta
 A tal ingratitud traición llamara.—
 MAR. *(Saliendo bruscamente del grupo.)*
 ¿Traición? ¿traición?... ¡Espera!—¡En mi órbita
 Los rayos se estremecen, fulminando
 A quien así la humanidad desdora!
 El que una falsa religión predica
 El que una ciencia enseña mentirosa,
 El nieto de un herrero que engalana
 Su pecho necio con la cruz que compra,
 Los que en la frente la medida llevan
 Exacta de los yugos; los que adornan
 Con lágrimas sus casas; los cobardes
 A quien rodillas faltan, y fe sobra,
 No son las fuerzas de la patria vivas
 Que de su seno predilectas brotan;
 ¡Esclavos son que el complaciente dueño
 Acaricia magnánimo y adorna!—
 ¡Esa que llevas cenicienta capa,
 Tú, padre Antonio, imagen tenebrosa
 Es de la oscuridad que nos tiene
 La España que te paga, porque ahogas,
 Ayudándola bien, al pueblo mismo
 En que viniste al mundo!—
 ¡Esa corona
 Que lleva tu bastón, señor ilustre,
 Corona es de comedia, con que mofa
 El dueño diligente al siervo niño
 Que besando el dogal que lo aprisiona

En contemplar sumiso se entretiene
 De su vergüenza la dorada forma!—
 ¡Y ésa, grave doctor, que larga pende
 De tu egregio bastón, ilustre borla
 Manejo es de los látigos terribles
 Con que la mansa espalda nos azotan!—
 Uno, dos, veinte látigos... ¡afuera
 Látigos, mantos, borlas y coronas!
 P. ANT. ¡Jesús!
 DOCT. ¡Jesús!
 MAR. ¡El nombre del sublime
 Blasfemia me parece en vuestras bocas!—
 ¡El que esclavo mantiene, el sacerdote
 Que fingiendo doctrinas religiosas
 Desfigura a Jesús, el que menguado
 Un dueño busca en apartada zona;
 El que a los pobres toda ley deniega,
 El que a los ricos toda ley abona;
 El que, en vez de morir en su defensa,
 El sacrificio de una raza explota,
 Miente a Jesús, y al manso pueblo enseña
 Manchada y criminal su faz radiosa!
 P. ANT. ¡Criminal el señor!
 MART. ¡Criminal fuera
 Si apoyara tu borla y tu corona!—
 Si mi padre Jesús aquí viniese
 Dulce la faz en que el perdón enflora;
 Si al indio viera mísero y descalzo,
 Y al Santo Padre que salud rebosa;
 Si de los nobles en las arcas viera
 Trocada sin esfuerzo en rubias onzas
 La carga ruda que a la espalda trajo
 India infeliz que la fatiga postra;
 Si en las manos del uno el oro viese
 Y la llaga en la mano de la otra,
 ¿De qué partido tu Jesús sería:—
 De la llaga, o del arca poderosa?...

¡Responde! ¡No respondes; Jesús mismo,
Tu sentencia te ha dicho por mi boca!—
(Rumor: agitación: llega Bar. a hablar en
voz baja a Martino.)

BAR. ¡Martino!

MART. ¿Qué hay?

BAR. Aventajarnos quiere

El gobierno la mano, entre las sombras
Aquí de esbirros nuestra casa llena,
Soldados por las calles amontona. (Siguen hablando.)
(Grupo de aristócratas.)

NOBLE. (¡El lo dice?)

DOCT. (¡El lo dice! Por las calles
Grupos armados rápidos se forman.)

NOB. (De Bustamante son los policías.)

DOCT. (¡Esperanza, señor!)

P. ANT. (¡Dios los socorra!)
(Grupo de españoles.)

UNO. (Al fin.)

DON P. (Al fin.)

UNO. (Tus órdenes aguardan.)

DON P. (¡Avanzan! ¡avanzan! ¡crecer! ¡no es hora!)

UNO. (¿Y vas?)

DON P. (¡Este es mi puesto; ruda y firme
La división aquí su diente asoma!)

MART. No hay miedo, pues.—Amigos: por las calles
Nuestros bravos hermanos se desbordan.
A contenerlos voy.—¡Si el padre Antonio,
Falso cristiano, amenazaros osa,
Decidle que Jesús, Dios de los hombres,
Los salva,—no los vende ni los compra!
(Se va.)

ESCENA III

Gran movimiento en los grupos: Don Pedro y el noble circulan con
gran actividad.

DON P. ¡Se fue!

NOB. ¡Se fue!

1. ¿Los nuestros o los suyos?

2. ¡El Gobierno!

1. ¡El Gobierno!

3. ¡Si vinieran

Aquí también!

1. ¡Es claro!

BAR. ¡Nada es claro

Hasta que libre el sol la patria vea!
¡La oscura noche el vasto cielo cubre
Porque de nuestro miedo se avergüenza!

2. ¡Soldados!

DON P. Grupos forman.

BAR. ¡Y la aurora

Para lucir nuestra vergüenza espera!

DON P. Armada expedición el rey envía.

NOB. La vida dejaréis en esta empresa.

DON P. En las paredes el Gobierno fija
El espantoso bando de Vánegas.—

1. ¡A muerte!

2. ¿A muerte?

BAR. ¡Amigos, ciudadanos!

3. ¿A muerte?

DON P. ¡A muerte!

2. ¿De manera

Que lo de Chiapas mismo no se sabe?

DOCT. ¿Argucias?

P. ANT. ¡Invención!

BAR. (Los grupos comienzan a irse.) (¡Hoy ¡muerta!)

¡Amigos! ¡Asesinos de la patria

Serán los que traspongan esa puerta!—

(Se detienen.)

Yo escucho los silbidos de las sierpes
Que entre vosotros todos culebream;
¡Oigo como deslizan sus palabras
Suaves como la miel de las colmenas,
Pero pensad que victorioso tigre
Volverse puede el que suplica abeja!

(A los aristócratas:)

Raza malvada, a las ventajas ricas
De nuestra patria vigorosa ciega;
Cobardes sin valor, brazos sin sangre
Para adorar la patria y defenderla;
¿Por qué arrancar a nuestra frente quieres
El lauro que cifó por vez primera?
¿Por qué el rostro lleváis avergonzado
Y el alma oscura so la capa negra,
Estrechamos con mano criminosa
La mano que apretó nuestras cadenas?
¡Que somos nulos, débiles, capaces
Sólo de esclavitud! Almas enfermas,
Clérigos, ricos, nobles, servidores
De la benigna madre que os alienta;
¡Más viles sois que la terrible madre,
Pues hijos sois que asesináis la vuestra!

1. ¡A muerte!

DON P. ¡A muerte!

NOB. Y por las calles fijó
En cada esquina el bando de Vánegas.—

BAR. (A quien no escuchan.)
¡Sanos débiles, nulos! ¡No son nulos
Los que la patria quieren libre o muerta!
¡La flojedad en vuestras almas vive!
¡La nulidad está en vuestras cabezas!

1. ¡Ni perdón!

2. ¡Ni esperanza!

DON P. ¡En el palacio
Dobles cadalsos el Gobierno eleva!

NOB. ¡Inútil lucha!

DOCT. ¡Si Barrundia mismo

Preso será!

NOB. ¿Qué puede hacer sin fuerzas?

1. Tienes razón.

2. Mi madre desamparo.

3. ¡Verdad, noble señor!

DON P. (Al esp.) ¡Espera! ¡espera,
Ve a Barrundia que en vano los retiene!
¡Ve los grupos que rápidos se alejan!
(Barrundia que lucha en vano, les dice:)

BAR. Y ¿ese poder en vuestras almas tiene
La voz de los esbirros? ¡Qué más pueda
El amor a una vida que deshonra
Que el placer de morir en su defensa!

P. ¡A la calle!

¡A la calle!

¡Nos engañan!

¡A una muerte segura se nos lleva!

BAR. ¡A la ignominia la traición es guía:
Vuestra es mi vida: vos la doy en prenda!

UNO. ¿De qué nos servirá la vida tuya
Si en un cadalso morirán las nuestras?

DOCT. ¡Ved bien, señor!

NOB. ¡La plebe es siempre estúpida!

P. ANT. (Al doct.) ¡Vos ¿qué pensáis?—

DOCT. —¡Locuras de poeta!

ESCENA IV

(Barrundia, solo.)

¡Se van, se van! ¡Con ellos de la vida
Los resortes en el alma se me quiebran!
¡Sala, sala desierta, resucita!
¡Cadáver de esperanza, Dios te encienda!

FRAGMENTOS⁶

⁶ Sobre los apuntes de su proyectada producción teatral, Martí le escribió a su discípulo predilecto en su carta testamento literario: "*Mis Escenas*, núcleos de dramas, que hubiera podido publicar o hacer representar así, y son un buen número, andan tan revueltas, y en tal taquigrafía, en reversos de cartas y papelucos, que sería imposible sacarlas a la luz."

DRAMA.⁷—El ingenuo y grandioso, ve en el matrimonio lo que ve un poeta.—Ella, ya mundana y frívola, lo que ve una mariposa, que vuela sobre pantanos. El, la realización de su sueño de cielo: ella la realización de su sueño de tierra. Así, cuando se encuentran, y rasgado el primer velo se ven hasta el fondo de los ojos, se abominan. A él, lo posee una tristeza desgarradora. Y es ya un muerto, un muerto, a quien nada sacude, a quien nada reanima: que fuera del hogar legal y normal, no hay nada, aun para aquel a quien le falta todo. Ella, que puede tener la virtud de la razón, continúa viviendo, como atada a un poste.

Un hijo.

El halla una mujer sencilla, la compañera.

Pero es tarde: la primera no tiene el derecho de reclamar.

Y no hay solución. Un hijo no se parte. El matrimonio sin hijos es humano. La naturaleza es la única que lo hace permanente. Puesto que erramos, por nuestra propia voluntad, paguemos nuestro error. Bien pudimos no errar. Pero pagar con toda la vida un error que viene simplemente del ejercicio honrado de nuestra bondad. Ser desdichado porque se es bueno, o mientras se es más se es más desdichado.

Todo queda como debe. Ella, la buena, sola. El, abrazado a su deber, contigo, bañándote, con mi sangre: contigo, cabecita rubia. Y recogiendo mi cuerpo, como quien recoge un montón de harapos, lo pondré en junto, para que nadie lo vea, y cargaré con él ayudando a los hombres en el camino, hasta que llegue a la otra orilla. Contigo, cabecita rubia.

Esto, en la escena final, después de que la mujer arrepentida, cuando ya él se la ha sacado del pecho, luego de despedir a la que hubiera sido

⁷ Esta trama, que sin duda corresponde a algún drama proyectado por Martí, se encuentra escrita a máquina entre sus papeles de Nueva York. Las erratas, puramente de transcripción mecánica, han sido subsanadas para facilitar su lectura. Este documento reviste alto valor para el conocimiento de la vida íntima de Martí, ya que contiene datos en gran parte autobiográficos.

compañera, viene a echarse en sus brazos. Tarde, tarde. Semejante comercio es una villanía. Todo el rencor que dejo de sentir por los hombres, lo siento por ti, por quien ellos no me son amables, por quien yo ya no puedo ser hombre puro. Tú, virtuosa, para el mundo, eres para mí una malvada. Has vertido la sangre que no se ve. Has abierto una herida que no habla. Solo, solo, como un volcán apagado. Solo, como una antorcha en una noche de tormenta. Nos cobijará el mismo techo como un ataúd cubre a dos muertos. Pero esta infeliz mujer, si yo viniera a morir en este instante, sólo a dos seres volvería los ojos con amor, sólo a dos seres: yo que hubiera dado antes mi sangre por el menor de todos. Como una cierva, una cierva acorralada en el fondo de la selva, mira con sus cervatillos en torno, la tormenta q. viene, y a la horrenda jauría.

Me vuelve la idea de

Un Hombre Brillante:

La comedia. Un cínico bajo un hombre bello. Barrundía, tipo de hermosura extraordinaria y crimen extraordinario.—Terencio, el consejero del tirano Latorre: suave y terrible: bello.—El joven hermoso, el jugador retirado—Soto, español—de la calle 57. Un baratero, y ahora rico. Va a la iglesia del brazo de su mujer. Alto, cara ovalada, ojo de paloma, fino. Paso caballeresco. Sereno como la misma virtud. El ojo sin una mancha.—El fotógrafo: sus amores: buen bigote y ojos de miel: abandona a su novia: recibe de ella en dinero el producto de la venta del *trousseau*.

Para mi "Teatro en escenas":

Síntesis de "El Hombre Brillante".

Amor extraordinario. La bella al bello. El, frac, Ella, palma. El, el mimado. Ella, vencida. Pasión súbita. Lo supone cortés, elegante, caballeresco, persona regia, realización ideal de sus cualidades aparentes.—Fin rápido: La historia verdadera del fotógrafo: egoísta que aceptó el amor por vanidad, y llegado el momento de pagar por él con la vida, el esfuerzo, el trabajo, se echa atrás riéndose: A ella, pobre, le había adelantado dinero para el *trousseau*: Ella vende el *trousseau*, y le devuelve el dinero: El, lo recibe—Ella sola, al final: "¡Y éste era el hombre!"

Para las Escenas.

Dar la dicha de amor, entera, absoluta, por 1ª vez a una fea o común, buena, trabajadora, medio olvidada, sin nada exterior que revele su fuego natural de mujer, su necesidad de pasión, mujer madura en quien nadie quiere poner la mano, mujer en q. la miel fermenta y rebosa. Un hombre le da sin brutalidad ni maldad ni violencia, el deleite desconocido, el abandono, la impresión 1ª de la confusión absoluta de dos seres. Júbilo. Transformación. Dicha. Luz de los ojos. Belleza. Gracias de ella. Cabello deshecho. Elocuencia de ella. La M. T. inapta. La de los grandes ojos, fea infeliz, en el almacén de Front St. viniendo de Bath.

1ª escena. Dúo de amor.
El novio y ella.
Ella, candorosisima.
16 años: María.

2ª escena. Ella y la India,
India Guajira.
Entra con una cesta
de frutas y flores. Le
explica las flores. La
flor venenosa. Le
cuenta de sus costumbres.
De cuando la traición.
Sabe el nombre del
tirano.

3ª escena. El tirano: Barrios
entra, sombrero a las
cejas, junquillos. Lo de
las mulas. Viene con

el extranjero.—Tendido en el sillón, la mano al brazo del sillón.—Oye ruido, Petti.—Escucha azorado.—¡No es miedo! Yo aparto esto y aquello, es algo que grita de adentro. (Dime, gringo, cómo crees que voy yo a morir. ¿Y esa moza qué me viene a enseñar?

—(La india, al oír su nombre, rompió a gritar y correr, manos a la cabeza. Esc² de pánico, después del idilio de la 1^a y la bucólica de la 2^a en q. le cantó, a los pies de ella, un areito “el de *El avisador*”) En el 2^o acto, en esce² apropiada, también cantarí, y tal vez en el 3^o

4^a escena, Ella ha oído, desde el secreto de la momia.—Ha oído que habla del novio, de matarlo. Se transfigura. Rígida. No puede hablar.—Se ha ido el tirano.

5^a escena. Entra el novio. Sabe q. ha estado el tirano. No sabe a qué. Ella, aterrada y profética, erguida, calla. El la increpa. El lo toma a confesión.—Ella, calla.
El: ¿Ha de morir?
Ella: Sin remedio.
El: ¿Cómo?
Ella: De un modo nuevo. Déjame pensar. Ya la gente se va cansando de lo mismo.

me esperaban a la puerta para besarme. Enseguida el drama entero. El tirano, matado por un beso. Ella ama, ama al novio débil. 1er. acto: Acaso postura de tirano americano. Latorre o Barrios oye en su casa, bordando tranquila en silencio aparente, los horrores, el peligro que espera al país. Surge, inspirada: ¡Yo lo impediré! ¿Cómo?—No se sabe. Fin del 1er. acto.

2^o ACTO: Tiene novio. Lo ama. Lo ama de veras. El viene. Ella le pide que la rediría. No sé qué es: pero es más fuerte que tú, y que el amor que te tengo. Renuncia a mí, o eres indigno de tu patria. Siento que te quiero menos por tu cobardía. ¿Qué sé yo lo que es? Oigo la voz, y obedezco. Te querré tanto si te sabes vencer. El consciente. Arrebato de ella. Dolor.—Fin.

3er. ACTO: La entrevista.

El novio no cree en la heroicidad. Cree que es plan para engañarlo, que ella se entrega de querida.—La registran antes de entrar a ver si lleva armas.—El novio, disfrazado,⁸ que registran. Se queda solo. Escena

⁸ Hay varias palabras ininteligibles.

terrible. La increpa.—Vil, ¿y con qué armas? Ella no dice.—Entra.—Lo mata con el beso.

Para las escenas

PEDRO: a la guerra armado, se queda dormido.

(Dormido en amor: símbolo.

La mujer viene.) Duerme bajo la tienda de mis cabellos. Le quita las armas una a una. Le da un beso. Está a su lado. Se sienta a sus pies. Y te me irás.

Canto de amor: Yo vivo para ti, no tiene el mundo
Más color para mí que el de tus ojos:
Hay un rey en el mundo: tú eres el rey.
Hay una esclava, yo soy la esclava.
Yo andaré con mis pies desnudos
Por el camino, para ir rompiendo las espinas.

El hombre se despierta. Ella: ¿tienes sed? Te voy a buscar agua.
El: ¿Adónde iba yo? ¿Qué iba a hacer yo? ¿Y aquí a la cintura qué tenía yo? No sé, no sé lo que tenía. Vamos andando:

¡Ah, tienes miel en tu casa! ¿Adónde iba yo? ¡Se me ha olvidado!
No, no ibas a ninguna parte.

Sí:—(Arrebato de entusiasmo y arrepentimiento.) Siento manos que se levantan, leones que me devoran, brazos alzados que me siguen: ¿adónde debía ir yo, que lo sabía, y no lo sé?

—Ven, que tengo miel en mi casa.—¡Vamos! (Risa sensual, está fuerte y lujuriosa.)—

NOVELA

NOTA PRELIMINAR

Gonzalo de Quesada y Aróstegui, discípulo predilecto de Martí y albacea literario suyo, cuenta cómo la novela "Amistad Funesta" se salvó de perderse en el anónimo a que parecía haberla condenado su propio autor al firmarla con el seudónimo de Adelaida Ral, cuál fue el motivo de que se escribiera y en qué circunstancias se escribió:

Es milagro que ella, como casi todo lo que escribió, no se haya perdido. Se publicó en 1885, en varias entregas, en *El Latino Americano*, periódico bimensual, de vida efímera—órgano de la Compañía Hecktograph, de Nueva York—que no se encuentra hoy en biblioteca pública alguna. Además, no apareció con el nombre de su autor sino con el seudónimo de "Adelaida Ral", y esto hubiera hecho aún más difícil su hallazgo.

Afortunadamente, un día en que arreglábamos papeles en su modesta oficina de trabajo en 120 Front Street—convertida, en aquel entonces, en centro del Partido Revolucionario Cubano y redacción y administración de *Patria*—di con unas páginas sueltas de *El Latino Americano*, aquí y allá corregidas por Martí, y exclamé al revisarlas: "¿Qué es esto, Maestro?" "Nada—contestó cariñosamente—recuerdos de épocas de luchas y tristezas; pero guárdelas para otra ocasión. En este momento debemos sólo pensar en la obra magna, la única digna: la de hacer la independencia".

En efecto: esta novela vio la luz a raíz de fracasados intentos para levantar en armas, de nuevo, a nuestra tierra, intentos que

⁹ *Obras de Martí*, editadas por Gonzalo de Quesada y Aróstegui. Vol. x. Berlín, 1911.

no apoyó Martí estimando que el plan no era suficiente ni el momento oportuno; brotó de su pluma cuando—en desacuerdo con los caudillos prestigiosos, únicos capaces, con sus espadas heroicas y legendarias, de despertar el alma guerrera cubana—parecía oscurecido, para siempre, en la política; fue engendrada en horas de la mayor penuria, en las que, no obstante, rechazando las tentaciones de la riqueza y sin otra guía que su conciencia ni otro consuelo que su inquebrantable fe en la Libertad, sus principios no capitularon.

A una miseria por palabra se pagó este trabajo, elevado de pensamiento, galano de estilo, con enseñanza—como todo lo suyo—para sus compatriotas; con algo de su propia existencia.

Se sabe que la novela se la pidió el periódico El Latino Americano a la señorita Adelaida Baralt, en 1885. Esta, por su parte, se la encargó a Martí. Una vez entregado el original, Martí envió a la joven la comisión correspondiente, acompañándola de un poemita que se inserta en la página 191.

Resultarán también de gran interés para los estudiosos de la vida y la obra de Martí, los apuntes suyos en que ofrece curiosos detalles en torno a su novela, que, según parece, se pensó publicar en forma de libro con el título de "Lucía Jerez".

Esta novela tiene singular importancia, no sólo por los muchos y bellos pensamientos que contiene, sino por ser, en gran parte, autobiográfica, ya que la personalidad de Martí queda expuesta claramente en Juan Jerez, y aun en otros protagonistas de la obra.

En este tomo publicamos también algunas notas acerca de libros que pensaba escribir, y varios fragmentos de novelas. Tales datos ofrecen una idea del genio de Martí y de la vasta producción literaria que nos habría legado de no haberse dedicado a la tarea primordial de libertar a su patria.

AMISTAD FUNESTA

A ADELAIDA BARALT

De una novela sin arte
 La comisión ahí le envió:
 ¡Bien haya el pecado mío,
 Ya que a Vd. le deja parte!

Cincuenta y cinco fue el precio:
 La quinta es de Vd.: la quinta
 de cincuenta y cinco, pinta
 Once, si yo no soy necio.

Para alivio de desgracias
 ¡Sea!: de lo que yo no quiero
 Aliviarme es del sincero
 Deber de darle las gracias.

JOSÉ MARTÍ

Quien ha escrito esta noveluca, jamás había escrito otra antes, lo que de sobra conocerá el lector sin necesidad de este proemio, ni escribirá probablemente otra después. En una hora de desocupación, le tentó una oferta de esta clase de trabajo: y como el autor es persona trabajadora, recordó un suceso acontecido en la América del Sur en aquellos días, que pudiera ser base para la novela hispanoamericana que se deseaba, puso mano a la pluma, evocó al correr de ella sus propias observaciones

y recuerdos, y sin alarde de trama ni plan seguro, dejó rasgarse la péñola, durante siete días, interrumpido a cada instante por otros quehaceres, tras de los cuales estaba lista con el nombre de "Amistad funesta" la que hoy con el nombre de Lucía Jerez, sale nuevamente al mundo. Ni es más, ni es menos. Se publica en libro, porque así lo desean los que sin duda no lo han leído. El autor, avergonzado, pide excusa. Ya él sabe bien por dónde va, profunda como un bisturí y útil como un médico, la novela moderna. El género no le place, sin embargo, porque hay mucho que fingir en él, y los goces de la creación artística no compensan el dolor de moverse en una ficción prolongada; con diálogos que nunca se han oído, entre personas que no han vivido jamás. Menos que todas, tienen derecho a la atención novelas como ésta, de puro cuento, en las que no es dado tender a nada serio, porque esto, a juicio de editores, aburre a la gente lectora; ni siquiera es lícito, por lo llano de los tiempos, levantar el espíritu del público con hazañas de caballeros y de héroes, que han venido a ser personas muy fuera de lo real y del buen gusto. Lean, pues, si quieren, los que lo culpen, este libro; que el autor ha procurado hacerse perdonar con algunos detalles; pero sepan que el autor piensa muy mal de él. Lo cree inútil; y lo lleva sobre sí como una grandísima culpa. Pequé, Señor, pequé, sean humanitarios, pero perdónenme. Señor: no lo haré más.

Yo quiero ver al valiente que saca de los ¹⁰ una novela buena.

En la novela había de haber mucho amor; alguna muerte; muchas muchachas, ninguna pasión pecaminosa; y nada que no fuese del mayor agrado de los padres de familia y de los señores sacerdotes. Y había de ser hispanoamericano.¹¹

Juan empezó con mejores destinos que los que al fin tiene, pero es que en la novela cortó su carrera cierta prudente observación, y hubo que convertir en mero galán de amores al que nació en la mente del novelador dispuesto a más y a más altas empresas (grandes) hazañas. Ana ha vivido, Adela también. Sol ha muerto.¹²

Y Lucía, la ha matado. Pero ni a Sol ni a Lucía ha conocido de cerca el autor. A don Manuel, sí, y a Manuelillo y a doña Andrea así como a la propia directora.¹³

¹⁰ Palabra ininteligible.

¹¹ Siguen cuatro palabras ininteligibles

¹² Hay una palabra ininteligible.

¹³ Hay varias palabras ininteligibles al margen de la hoja.

CAPÍTULO I

Una frondosa magnolia, podada por el jardinero de la casa con manos demasiado académicas, cubría aquel domingo por la mañana con su sombra a los familiares de la casa de Lucía Jerez. Las grandes flores blancas de la magnolia, plenamente abiertas en sus ramas de hojas delgadas y puntiagudas, no parecían, bajo aquel cielo claro y en el patio de aquella casa amable, las flores del árbol, sino las del día, ¡esas flores inmensas e inmaculadas, que se imaginan cuando se ama mucho! El alma humana tiene una gran necesidad de blancura. Desde que lo blanco se oscurece, la desdicha empieza. La práctica y conciencia de todas las virtudes, la posesión de las mejores cualidades, la arrogancia de los más nobles sacrificios, no bastan a consolar el alma de un solo extravío.

Eran hermosas de ver, en aquel domingo, en el cielo fulgente, la luz azul, y por entre los corredores de columnas de mármol, la magnolia elegante, entre las ramas verdes, las grandes flores blancas y en sus mecedoras de mimbre, adornadas con lazos de cinta, aquellas tres amigas, en sus vestidos de mayo: Adela, delgada y locuaz, con un ramo de rosas Jacqueminot al lado izquierdo de su traje de seda crema; Ana, ya próxima a morir, prendida sobre el corazón enfermo, en su vestido de muselina blanca, una flor azul sujeta con unas hebras de trigo; y Lucía, robusta y profunda, que no llevaba flores en su vestido de seda carmesí, "porque no se conocía aún en los jardines la flor que a ella le gustaba: ¡la flor negra!"

Las amigas cambiaban vivazmente sus impresiones de domingo. Venían de misa; de sonreír en el atrio de la catedral a sus parientes y conocidos; de pasear por las calles limpias, esmaltadas de sol, como flores desatadas sobre una bandeja de plata con dibujos de oro. Sus amigas, desde las ventanas de sus casas grandes y antiguas, las habían saludado al pasar. No había mancebo elegante en la ciudad que no estuviese aquel mediodía por las esquinas de la calle de la Victoria. La ciudad, en esas mañanas de domingo, parece una desposada. En las puertas, abiertas de

par en par, como si en ese día no se temiesen enemigos, esperan a los dueños los criados, vestidos de limpio. Las familias, que apenas se han visto en la semana, se reúnen a la salida de la iglesia para ir a saludar a la madre ciega, a la hermana enferma, al padre achacoso. Los viejos ese día se remozan. Los veteranos andan con la cabeza más erguida, muy luciente el chaleco blanco, muy bruñido el puño del bastón. Los empleados parecen magistrados. A los artesanos, con su mejor chaqueta de terciopelo, sus pantalones de dril muy planchado y su sombrero de castor fino, da gozo verlos. Los indios, en verdad, descalzos y mugrientos, en medio de tanta limpieza y luz, parecen llagas. Pero la procesión lujosa de madres fragantes y niñas galanas continúa, sembrando sonrisas por las aceras de la calle animada; y los pobres indios, que la cruzan a veces, parecen gusanos prendidos a trechos en una guirnalda. En vez de las carretas de comercio o de las arrias de mercaderías, llenan las calles, tirados por caballos altivos, carruajes lucientes. Los carruajes mismos, parece que van contentos, y como de victoria. Los pobres mismos, parecen ricos. Hay una quietud magna y una alegría casta. En las casas todo es algazara. Los nietos ¡qué ir a la puerta, y aturdir al portero, impacientes por lo que la abuela tarda! Los maridos ¡qué celos de la misa, que se les lleva, con sus mujeres queridas, la luz de la mañana! La abuela, ¡cómo viene cargada de chucherías para los nietos, de los juguetes que fue reuniendo en la semana para traerlos a la gente menor hoy domingo, de los mazapanes recién hechos que acaba de comprar en la dulcería francesa, de los caprichos de comer que su hija prefería cuando soltera, qué carruaje el de la abuela, que nunca se vacía! Y en la casa de Lucía Jerez no se sabía si había más flores en la magnolia, o en las almas.

Sobre un costurero abierto, donde Ana al ver entrar a sus amigas puso sus enseres de coser y los ajuares de niño que regalaba a la Casa de Expósitos, habían dejado caer Adela y Lucía sus sombreros de paja, con cintas semejantes a sus trajes, revueltas como cervatillos que retozan. ¡Dice mucho, y cosas muy traviesas, un sombrero que ha estado una hora en la cabeza de una señorita! Se le puede interrogar, seguro de que responde: ¡de algún elegante caballero, y de más de uno, se sabe que ha robado a hurtadillas una flor de un sombrero, o ha besado sus cintas largamente, con un beso entrañable y religioso! El sombrero de Adela era ligero y un tanto extravagante, como de niña que es capaz de enamorarse de un tenor de ópera: el de Lucía era un sombrero arrogante y amenazador: se salían por el borde del costurero las cintas carmesíes, enroscadas sobre el sombrero de Adela como una boa sobre una tórtola:

del fondo de seda negro, por los reflejos de un rayo de sol que filtraba oscilando por una rama de la magnolia, parecían salir llamas.

Estaban las tres amigas en aquella pura edad en que los caracteres todavía no se definen: ¡ay, en esos mercados es donde suelen los jóvenes generosos, que van en busca de pájaros azules, atar su vida a lindos vasos de carne que a poco tiempo, a los primeros calores fuertes de la vida, enseñan la zorra astuta, la culebra venenosa, el gato frío e impasible que les mora en el alma!

La mecedora de Ana no se movía, tal como apenas en sus labios pálidos la afable sonrisa: se buscaban con los ojos las violetas en su falda. como si siempre debiera estar llena de ellas. Adela no sin esfuerzo se mantenía en su mecedora, que unas veces estaba cerca de Ana, otras de Lucía, y vacía las más. La mecedora de Lucía, más echada hacia adelante que hacia atrás, cambiaba de súbito de posición, como obediente a un gesto enérgico y contenido de su dueña.

—Juan no viene: ¡te digo que Juan no viene!

—¿Por qué, Lucía, si sabes que si no viene te da pena?

—¿Y no te pareció Pedro Real muy arrogante? Mira, mi Ana, dame el secreto que tú tienes para que te quiera todo el mundo: porque ese caballero, es necesario que me quiera.

En un reloj de bronce labrado, embutido en un ancho plato de porcelana de ramos azules, dieron las dos.

—Lo ves, Ana, lo ves; ya Juan no viene.—Y se levantó Lucía; fue a uno de los jarrones de mármol colocados entre cada dos columnas, de las que de un lado y otro adornaban el sombreado patio; arrancó sin piedad de su tallo lustroso una camelia blanca, y volvió silenciosa a su mecedora, royéndole las hojas con los dientes.

—Juan viene siempre, Lucía.

Asomó en este momento por la verja dorada que dividía el zaguán de la antesala que se abría al patio, un hombre joven, vestido de negro, de quien se despedían con respeto y ternura uno de mayor edad, de ojos benignos y poblada barba, y un caballero entrado en largos años, triste, como quien ha vivido mucho, que retenía con visible placer la mano del joven entre las suyas:

—Juan, ¿por qué nació Vd. en esta tierra?

—Para honrarla si puedo, don Miguel, tanto como Vd. la ha honrado.

Fue la emoción visible en el rostro del viejo; y aún no había desaparecido del zaguán, de brazo del de la buena barba, cuando Lucía, demudado el rostro y temblándole en las pestañas las lágrimas, estaba en pie, erguida

con singular firmeza, junto a la verja dorada, y decía, clavando en Juan sus dos ojos imperiosos y negros:

—Juan, ¿por qué no habías venido?

Adela estaba prendiendo en aquel momento en sus cabellos rubios un jazmín del Cabo.

Ana cosía un lazo azul a una gorrita de recién nacido, para la Casa de Expósitos.

—Fui a rogar, respondió Juan sonriendo dulcemente, que no apremiasen por la renta de este mes a la señora del Valle.

—¿A la madre de Sol? ¿de Sol del Valle?

Y pensando en la niña de la pobre viuda, que no había salido aún del colegio, donde la tenía por merced la Directora, se entró Lucía, sin volver ni bajar la cabeza, por las habitaciones interiores, en tanto que Juan, que amaba a quien lo amaba, la seguía con los ojos tristemente.

Juan Jerez era noble criatura. Rico por sus padres, vivía sin el encogimiento egoísta que deslucen tanto a un hombre joven, mas sin aquella angustiosa abundancia, siempre menor que los gastos y apetitos de sus dueños, con que los ricuelos de poco sentido malgastan en empleos estúpidos, a que llaman placeres, la hacienda de sus mayores. De sí propio, y con asiduo trabajo, se había ido creando una numerosa clientela de abogado, en cuya engañosa profesión, entre nosotros perniciosamente esparcida, le hicieron entrar, más que su voluntad, dada a más activas y generosas labores, los deseos de su padre, que en la defensa de casos limpios de comercio había acrecentado el haber que aportó al matrimonio su esposa. Y así Juan Jerez, a quien la Naturaleza había puesto aquella coraza de luz con que reviste a los amigos de los hombres, vino, por esas preocupaciones legendarias que desfloran y tuercen la vida de las generaciones nuevas en nuestros países, a pasar, entre lances de curia que a veces le hacían sentir ansias y vuelcos, los años más hermosos de una juventud sazónada e impaciente, que veía en las desigualdades de la fortuna, en la miseria de los infelices, en los esfuerzos estériles de una minoría viciada por crear pueblos sanos y fecundos, de soledades tan ricas como desiertas, de poblaciones cuantiosas de indios míseros, objeto más digno que las controversias forenses del esfuerzo y calor de un corazón noble y viril.

Llevaba Juan Jerez en el rostro pálido, la nostalgia de la acción, la luminosa enfermedad de las almas grandes, reducida por los deberes corrientes o las imposiciones del azar a oficios pequeños; y en los ojos

llevaba como una desolación, que sólo cuando hacía un gran bien, o trabajaba en pro de un gran objeto, se le trocaba, como un rayo de sol que entra en una tumba, en centelleante júbilo. No se le dijera entonces un abogado de estos tiempos, sino uno de aquellos trovadores que sabían tallarse, hartos ya de sus propias canciones, en el mango de su guzla. la empuñadura de una espada. El fervor de los cruzados encendía en aquellos breves instantes de heroica dicha su alma buena; y su deleite, que le inundaba de una luz parecida a la de los astros, era sólo comparable a la vasta amargura con que reconocía, a poco que en el mundo no encuentran auxilio, sino cuando convienen a algún interés que las vicia, las obras de pureza. Era de la raza selecta de los que no trabajan para el éxito, sino contra él. Nunca, en esos pequeños pueblos nuestros donde los hombres se encorvan tanto, ni a cambio de provechos ni de vanaglorias cedió Juan un ápice de lo que creía sagrado en sí, que era su juicio de hombre y su deber de no ponerlo con ligereza o por paga al servicio de ideas o personas injustas; sino que veía Juan su inteligencia como una investidura sacerdotal, que se ha de tener siempre de manera que no noten en ella la más pequeña mácula los feligreses; y se sentía Juan, allá en sus determinaciones de noble mozo, como un sacerdote de todos los hombres, que uno a uno tenía que ir dándoles perpetua cuenta, como si fuesen sus dueños, del buen uso de su investidura.

Y cuando veía que, como entre nosotros sucede con frecuencia, un hombre joven, de palabra llameante y talento privilegiado, alquilaba por la paga o por el puesto aquella insignia divina que Juan creía ver en toda superior inteligencia, volvía los ojos sobre sí como llamas que le quemaban, tal como si viera que el ministro de un culto, por pagarse la bebida o el juego, vendiese las imágenes de sus dioses. Estos soldados mercenarios de la inteligencia lo tachaban por eso de hipócrita, lo que aumentaba la palidez de Juan Jerez, sin arrancar de sus labios una queja. Y otros decían, con más razón aparente,—aunque no en el caso de él,—que aquella entereza de carácter no era grandemente meritoria en quien, rico desde la cuna, no había tenido que bregar por abrirse camino, como tantos de nuestros jóvenes pobres, en pueblos donde por viejas tradiciones coloniales se da a los hombres una educación literaria, y aun ésta descosida e incompleta, que no halla luego natural empleo en nuestros países despoblados y rudimentarios, exuberantes, sin embargo, en fuerzas vivas, hoy desaprovechadas o trabajadas apenas, cuando para hacer prósperas a nuestras tierras y dignos a nuestros hombres no habría más que educarlos de manera que pudiesen sacar provecho del suelo providísimo en que

nacen. A manejar la lengua hablada y escrita les enseñan, como único modo de vivir, en pueblos en que las artes delicadas que nacen del cultivo del idioma no tienen el número suficiente. no ya de consumidores, de apreciadores siquiera, que recompensen, con el precio justo de estos trabajos exquisitos, la labor intelectual de nuestros espíritus privilegiados. De modo que, como con el cultivo de la inteligencia vienen los gustos costosos, tan naturales en los hispanoamericanos como el color sonrosado en las mejillas de una niña quinceña;—como en las tierras calientes y floridas, se despierta temprano el amor, que quiere casa, y lo mejor que haya en la ebanistería para amueblarla, y la seda más joyante y la pedería más rica para que a todos maraville y encele su dueña; como la ciudad, infecunda en nuestros países nuevos, retiene en sus redes suntuosas a los que fuera de ella no saben ganar el pan, ni en ella tienen cómo ganarlo, a pesar de sus talentos. bien así como un pasmoso cincelador de espadas de taza, que sabría poblar éstas de castellanas de larga amazona desmayadas en brazos de guerreros fuertes, y otras sutiles lindezas en plata y en oro, no halla empleo en un villorrio de gente labriega, que vive en paz, o al puñal o a los puños remite el término de sus contiendas; como con nuestras cabezas hispanoamericanas, cargadas de ideas de Europa y Norteamérica, somos en nuestros propios países a manera de frutos sin mercado, cual las excrecencias de la tierra, que le pesan y estorban, y no como su natural florecimiento, sucede que los poseedores de la inteligencia, estéril entre nosotros por su mala dirección, y necesitados para subsistir de hacerla fecunda, la dedican con exceso exclusivo a los combates políticos, cuando más nobles, produciendo así un desequilibrio entre el país escaso y su política sobrada, o, apremiados por las urgencias de la vida, sirven al gobernante fuerte que les paga y corrompe, o trabajan por volcarle cuando, molestado aquél por nuevos menesterosos, les retira la paga abundante de sus funestos servicios. De estas pesadumbres públicas venían hablando el de la barba larga, el anciano de rostro triste, y Juan Jerez, cuando éste, ligado desde niño por amores a su prima Lucía, se entró por el zaguán de baldosas de mármol pulido. espaciosa y blancas como sus pensamientos.

La bondad es la flor de la fuerza. Aquel Juan brioso, que andaba siempre escondido en las ocasiones de fama y alarde, pero visible apenas se sabía de una prerrogativa de la patria desconocida o del decoro y albedrío de algún hombre hollados; aquel batallador temible y áspero,

a quien jamás se atrevieron a llegar, avergonzadas de antemano, las ofertas y seducciones corruptoras a que otros vociferantes de temple venal habían prestado oídos; aquel que llevaba siempre en el rostro pálido y enjuto como el resplandor de una luz alta y desconocida, y en los ojos el centelleo de la hoja de una espada; aquel que no veía desdicha sin que creyese deber suyo remediarla, y se miraba como un delincuente cada vez que no podía poner remedio a una desdicha; aquel amantísimo corazón, que sobre todo desamparo vaciaba su piedad inagotable, y sobre toda humildad, energía o hermosura prodigaba apasionadamente su amor, había cedido, en su vida de libros y abstracciones, a la dulce necesidad, tantas veces funesta, de apretar sobre su corazón una manecita blanca. La de ésta o la de aquélla le importaban poco; y él, en la mujer, veía más el símbolo de las hermosuras ideadas que un ser real.

Lo que en el mundo corre con nombre de buenas fortunas, y no son, por lo común, de una parte o de otra, más que odiosas vilezas, habían salido, una que otra vez, al camino de aquel joven rico a cuyo rostro venía, de los adentros del alma, la irresistible belleza de un noble espíritu. Pero esas buenas fortunas, que en el primer instante llenan el corazón de los efluvios trastornadores de la primavera, y dan al hombre la autoridad confiada de quien posee y conquista; esos amoríos de ocasión, miel en el borde, hiel en el fondo, que se pagan con la moneda más valiosa y más cara, la de la propia limpieza; esos amores irregulares y sobresaltados, elegante disfraz de bajos apetitos, que se aceptan por desocupación o vanidad, y roen luego la vida, como úlceras, sólo lograron en el ánimo de Juan Jerez despertar el asombro de que, so pretexto o nombre de cariño, vivan hombres y mujeres, sin caer muertos de odio a sí mismos, en medio de tan torpes liviandades. Y no cedía a ellas, porque la repulsión que le inspiraba, cualesquiera que fuesen sus gracias, una mujer que cerca de la mesa de trabajo de su esposo o junto a la cuna de su hijo no temblaba de ofrecerlas, era mayor que las penosas satisfacciones que la complicidad con una amante liviana produce a un hombre honrado.

Era la de Juan Jerez una de aquellas almas infelices que sólo pueden hacer lo grande y amar lo puro. Poeta genuino, que sacaba de los espectáculos que veía en sí mismo, y de los dolores y sorpresas de su espíritu, unos versos extraños, adoloridos y profundos, que parecían dagas arrancadas de su propio pecho, padecía de esa necesidad de la belleza que como un marchamo ardiente, señala a los escogidos del canto. Aquella

razón serena, que los problemas sociales o las pasiones comunes no oscurecían nunca, se le ofuscaba hasta hacerle llegar a la prodigalidad de sí mismo, en virtud de un inmoderado agradecimiento. Había en aquel carácter una extraña y violenta necesidad del martirio, y si por la superioridad de su alma le era difícil hallar compañeros que se la estimaran y animasen, él, necesitado de darse, que en su bien propio para nada se quería, y se veía a sí mismo como una propiedad de los demás que guardaba él en depósito, se daba como un esclavo a cuantos parecían amarle y entender su delicadeza o desear su bien.

Lucía, como una flor que el sol encorva sobre su tallo débil cuando esplende en todo su fuego el mediodía; que como toda naturaleza subyugadora necesitaba ser subyugada; que de un modo confuso e impaciente, y sin aquel orden y humildad que revelan la fuerza verdadera, amaba lo extraordinario y poderoso, y gustaba de los caballos desalados, de los ascensos por la montaña, de las noches de tempestad y de los troncos abatidos; Lucía, que, niña aún, cuando parecía que la sobremesa de personas mayores en los gratos almuerzos de domingo debía fatigarle, olvidaba los juegos de su edad, y el coger las flores del jardín, y el ver andar en parejas por el agua clara de la fuente los pececillos de plata y de oro, y el peinar las plumas blandas de su último sombrero, por escuchar, hundida en su silla, con los ojos brillantes y abiertos, aquellas aladas palabras, grandes como águilas, que Juan reprimía siempre delante de gente extraña o común, pero dejaba salir a caudales de sus labios, como lanzas adornadas de cintas y de flores, apenas se sentía, cual pájaro perseguido en su nido caliente, entre almas buenas que le escuchaban con amor; Lucía, en quien un deseo se clavaba como en los peces se clavan los anzuelos, y de tener que renunciar a algún deseo, quedaba rota y sangrando, como cuando el anzuelo se le retira queda la carne del pez; Lucía, que con su encarnizado pensamiento, había poblado el cielo que miraba, y los florales cuyas hojas gustaba de quebrar, y las paredes de la casa en que lo escribía con lápices de colores, y el pavimento a que con los brazos caídos sobre los de su mecedora solía quedarse mirando largamente; de aquel nombre adorado de Juan Jerez, que en todas partes por donde miraba le resplandecía, porque ella lo fijaba en todas partes con su voluntad y su mirada como los obreros de la fábrica de Eibar, en España, embuten los hilos de plata y de oro sobre la lámina negra del hierro esmerilado; Lucía, que cuando veía

entrar a Juan, sentía resonar en su pecho unas como arpas que tuviesen alas, y abrirse en el aire, grandes como soles, unas rosas azules, ribeteadas de negro, y cada vez que lo veía salir, le tendía con desdén la mano fría, colérica de que se fuese, y no podía hablarle, porque se le llenaban de lágrimas los ojos; Lucía, en quien las flores de la edad escondían la lava candente que como las vetas de metales preciosos en las minas le culebreaban en el pecho; Lucía, que padecía de amarle, y le amaba irrevocablemente, y era bella a los ojos de Juan Jerez, puesto que era pura, sintió una noche, una noche de su santo, en que antes de salir para el teatro se abandonaba a sus pensamientos con una mano puesta sobre el mármol del espejo, que Juan Jerez, lisonjeado por aquella magnífica tristeza, daba un beso, largo y blando, en su otra mano. Toda la habitación le pareció a Lucía llena de flores; del cristal del espejo creyó ver salir ilamas; cerró los ojos, como se cierran siempre en todo instante de dicha suprema, tal como si la felicidad tuviese también su pudor, y para que no cayese en tierra, los mismos brazos de Juan tuvieron delicadamente que servir de apoyo a aquel cuerpo envuelto en tules blancos, de que en aquella hora de nacimiento parecía brotar luz. Pero Juan aquella noche se acostó triste, y Lucía misma, que amaneció junto a la ventana en su vestido de tules, abrigados los hombros en una aérea nube azul, se sentía, aromada como un vaso de perfumes, pero seria y recelosa...

—Ana mía, Ana mía, aquí está Pedro Real. ¡Míralo qué arrogante!

—Arrodíllate, Adela: arrodíllate ahora mismo, le respondió dulcemente Ana, volviendo a ella su hermosa cabeza de ondulantes cabellos castaños; mientras que Juan, que venía de hacer paces con Lucía refugiada en la antesala, salía a la verja del zaguán a recibir al amigo de la casa.

Adela se arrodilló, cruzados los brazos sobre las rodillas de Ana; y Ana hizo como que le vendaba los labios con una cinta azul, y le dijo al oído, como quien ciñe un escudo o ampara de un golpe, estas palabras:

—Una niña honesta no deja conocer que le gusta un calavera, hasta que no haya recibido de él tantas muestras de respeto, que nadie pueda dudar que no la solicita para su juguete.

Adela se levantó riendo, y puestos los ojos, entre curiosos y burlones, en el galán caballero, que del brazo de Juan venía hacia ellas, los esperó de pie al lado de Ana, que con su serio continente, nunca duro, parecía querer atenuar en favor de Adela misma, su excesiva viveza. Pedro,

aturdido y más amigo de las mariposas que de las tórtolas, saludó a Adela primero.

Ana retuvo un instante en su mano delgada la de Pedro, y con aquellos derechos de señora casada que da a las jóvenes la cercanía de la muerte.

—Aquí, le dijo, Pedro: aquí toda esta tarde a mi lado.—¡Quién sabe si, enfrente de aquella hermosa figura de hombre joven, no le pesaba a la pobre Ana, a pesar de su alma de sacerdotisa, dejar la vida! ¡Quién sabe si quería sólo evitar que la movible Adela, revoloteando en torno de aquella luz de belleza, se lastimase las alas!

Porque aquella Ana era tal que, por donde ella iba, resplandecía. Y aunque brillase el sol, como por encima de la gran magnolia estaba brillando aquella tarde, alrededor de Ana se veía una claridad de estrella. Corrían arroyos dulces por los corazones cuando estaba en presencia de ella. Si cantaba, con una voz que se esparcía por los adentros del alma, como la luz de la mañana por los campos verdes, dejaba en el espíritu una grata intranquilidad, como de quien ha entrevisto, puesto por un momento fuera del mundo, aquellas musicales claridades que sólo en las horas de hacer bien, o de tratar a quien lo hace, distingue entre sus propias nieblas el alma. Y cuando hablaba aquella dulce Ana, purificaba.

Pedro era bueno, y comenzó a alabarle, no el rostro, iluminado ya por aquella luz de muerte que atrae a las almas superiores y aterra a las almas vulgares, sino el ajuar de niño a que estaba poniendo Ana las últimas cintas. Pero ya no era ella sola la que cosía, y armaba lazos, y los probaba en diferentes lados del gorro de recién nacido: Adela súbitamente se había convertido en una gran trabajadora. Ya no saltaba de un lugar a otro, como cuando juntas conversaban hacía un rato ella, Ana y Lucía, sino que había puesto su silla muy junto a la de Ana. Y ella también, iba a estar sentada al lado de Ana toda la tarde. En sus mejillas pálidas, había dos puntos encendidos que ganaban en viveza a las cintas del gorro, y realizaban la mirada impaciente de sus ojos brillantes y atrevidos. Se le desprendía el cabello inquieto, como si quisiese, libre de redes, soltarse en ondas libres por la espalda. En los movimientos nerviosos de su cabeza, dos o tres hojas de la rosa encarnada que llevaba prendida en el peinado, cayeron al suelo. Pedro las veía caer. Adela, locuaz y voluble, ya andaba en la canastilla, ya revolvía en la falda de Ana los adornos del gorro, ya cogía como útil el que acababa de desechar con un mohín de impaciencia, ya sacudía y erguía un momento la ligera cabeza, fina y rebelde, como la de un

potro indómito. Sobre las losas de mármol blanco se destacaban, como gotas de sangre, las hojas de rosa.

Se hablaba de aquellas cosas banales de que conversaba, en estas tertulias de domingo, la gente joven de nuestros países. El tenor, ¡oh el tenor! había estado admirable. Ella se moría por las voces del tenor. Es un papel encantador el de Francisco I. Pero la señora de Ramírez, ¡cómo había tenido el valor de ir vestida con los colores del partido que fusiló a su esposo!, es verdad que se casa con un coronel del partido contrario, que firmó como auditor en el proceso del señor Ramírez. Es muy buen mozo el coronel, es muy buen mozo. Pero la señora Ramírez ha gastado mucho, ya no es tan rica como antes: tuvo a siete bordadoras empleadas un mes en bordarle de oro el vestido de terciopelo negro que llevó a *Rigoletto*, era muy pesado el vestido. ¡Oh! ¿Y Teresa Luz? lindísima, Teresa Luz: bueno, la boca, sí, la boca no es perfecta, los labios son demasiado finos; ¡ah, los ojos! bueno, los ojos son un poco fríos, no calientan, no penetran: pero qué vaguedad tan dulce; hacen pensar en las espumas de la mar. Y, ¡cómo persigue a María Vargas ese caballero que ha venido de París, con sus versos copiados de François Coppée, y su política de alquiler, que vino, sirviendo a la oposición y ya está poco menos que con el Gobierno! El padre de María Vargas va a ser Ministro y él quiere ser diputado. Elegante sí es. El peinado es ridículo, con la raya en mitad de la cabeza y la frente escondida bajo las ondas. Ni a las mujeres está bien eso de cubrirse la frente, donde está la luz del rostro. Que el cabello la sombree un poco con sus ondas naturales; pero ¿a qué cubrir la frente, espejo donde los amantes se asoman a ver su propia alma, tabla de mármol blanco donde se firman las promesas puras, nido de las manos lastimadas en los afanes de la vida? Cuando se padece mucho, no se desea un beso en los labios sino en la frente. Y ese mismo poe-tin lo dijo muy bien el otro día en sus versos “A una niña muerta”, era algo así como esto: Las rosas del alma suben a las mejillas: las estrellas del alma, a la frente. Hay algo de tenebroso y de inquietante en esas frentes cubiertas. No, Adela, no, a Vd. le está encantadora esa selva de ricitos: así pintaban en los cuadros de antes a los cupidos revoloteando sobre la frente de las diosas. No, Adela, no le haga caso: esas frentes cubiertas, me dan miedo. Es que ya se piensan unas cosas, que las mujeres se cubren la frente de miedo de que se las vean. Oh, no, Ana: ¿qué han de pensar Vds. más que jazmines y claveles? Pues que no, Pedro: rompa Vd. las frentes, y verá dentro, en unos tiestitos que parecen bocas abiertas, unas plantas secas, que dan

unas florecitas redondas y amarillas. Y Ana iba así ennobleciendo la conversación, porque Dios le había dado el privilegio de las flores: el de perfumar. Adela, silenciosa hacía un momento, alzó la cabeza y mantuvo algún tiempo los ojos fijos delante de sí, viendo como el perfil céltico de Pedro, con su hermosa barba negra, se destacaba, a la luz sana de la tarde, sobre el zócalo de mármol que revestía una de las anchas columnas del corredor de la casa. Bajó la cabeza, y a este movimiento, se desprendió de ella la rosa encarnada, que cayó deshaciéndose a los pies de Pedro.

Juan y Lucía aparecieron por el corredor, ella como arrepentida y sumisa, él como siempre, sereno y bondadoso. Hermosa era la pareja, tal como se venían lentamente acercando al grupo de sus amigas en el patio. Altos los dos, Lucía, más de lo que sentaba a sus años y sexo, Juan, de aquella elevada estatura, realzada por las proporciones de las formas, que en sí misma lleva algo de espíritu, y parece dispuesta por la naturaleza al heroísmo y al triunfo. Y allá, en la penumbra del corredor, como un rayo de luz diese sobre el rostro de Juan, y de su brazo, aunque un poco a su zaga, venía Lucía, en la frente de él, vasta y blanca, parecía que se abría una rosa de plata: y de la de Lucía se veían sólo, en la sombra oscura del rostro, sus dos ojos llameantes, como dos amenazas.

—Está Ana imprudente, dijo Juan con su voz de caricia: ¿cómo no tiene miedo a este aire del crepúsculo?

—¡Pero si es ya el mío natural, Juan querido! Vamos, Pedro: déme el brazo.

—Pero pronto, Pedro, que ésta es la hora en que los aromas suben de las flores, y si no la haces presa, se nos escapa.

—¡Este Juan bueno! ¿No es verdad, Juan, que Lucía es una loca? Ya Adela y Pedro me están al lado cuchicheando, de apetito. Vamos, pues, que a esta hora la gente dichosa tiene deseo de tomar el chocolate.

El chocolate fragante les esperaba, servido en una mesa de ónix, en la linda antesala. Era aquél un capricho de domingo. Gustan siempre los jóvenes de lo desordenado e imprevisto. En el comedor, con dos caballeros de edad, discutía las cosas públicas el buen tío de Lucía y Ana, caballero de gorro de seda y pantuflas bordadas. La abuelita de la casa, la madre del señor tío, no salía ya de su alcoba, donde recordaba y rezaba.

La antesala era linda y pequeña, como que se tiene que ser pequeño para ser lindo. De unos tulipanes de cristal trenzado, suspendidos en un ramo del techo por un tubo oculto entre hojas de tulipán simuladas en bronce, caía sobre la mesa de ónix la claridad anaranjada y suave de la lámpara de luz eléctrica incandescente. No había más asientos que pequeñas mecedoras de Viena, de rejilla menuda y madera negra. El pavimento de mosaico de colores tenues que, como el de los atrios de Pompeya, tenía la inscripción "Salve", en el umbral, estaba lleno de banquetas revueltas, como de habitación en que se vive: porque las habitaciones se han de tener lindas, no para enseñarlas, por vanidad, a las visitas, sino para vivir en ellas. Mejora y alivia el contacto constante de lo bello. Todo en la tierra, en estos tiempos negros, tiende a rebajar el alma, todo, libros y cuadros, negocios y afectos, ¡aun en nuestros países azules! Conviene tener siempre delante de los ojos, alrededor, ornando las paredes, animando los rincones donde se refugia la sombra, objetos bellos, que la colorean y la disipen.

Linda era la antesala, pintado el techo con los bordes de guirnalda de flores silvestres, las paredes cubiertas, en sus marcos de roble liso dorado, de cuadros de Madrazo y de Nittis, de Fortuny y de Pasini, grabados en Goupil; de dos en dos estaban colgados los cuadros, y entre cada dos grupos de ellos, un estantillo de ébano, lleno de libros, no más ancho que los cuadros, ni más alto ni bajo que el grupo. En la mitad del testero que daba frente a la puerta del corredor, una esbelta columna de mármol negro sustentaba un aéreo busto de la Mignon de Goethe, en mármol blanco, a cuyos pies, en un gran vaso de porcelana de Tokio, de ramazones azules, Ana ponía siempre mazos de jazmines y de lirios. Una vez la traviesa Adela había colgado al cuello de Mignon una guirnalda de claveles encarnados. En este testero no había libros, ni cuadros que no fuesen grabados de episodios de la vida de la triste niña, y distribuidos como un halo en la pared en derredor del busto. Y en las esquinas de la habitación, en caballetes negros, sin ornamentos dorados, ostentaban su rica encuadernación cuatro grandes volúmenes: "El Cuervo", de Edgar Poe, el Cuervo desgarrador y fatídico, con láminas de Gustavo Doré, que se llevan la mente por los espacios vagos en alas de caballos sin freno: el "Rubaiyat", el poema persa, el poema del vino moderado y las rosas frescas, con los dibujos apodícticos del norteamericano Elihu Vedder; un rico ejemplar manuscrito, empastado en seda lila, de "Las Noches", de Alfredo de Musset; y un "Wilhelm Meister", el libro de Mignon, cuya pasta original, recargada de arabescos insigni-

ficantes, había hecho reemplazar Juan, en París, por una de tafilete negro mate embutido con piedras preciosas: topacios tan claros como el alma de la niña, turquesas, azules como sus ojos; no esmeraldas, porque no hubo en aquella vaporosa vida; ópalos, como sus sueños; y un rubí grande y saliente, como su corazón hinchado y roto. En aquel singular regalo a Lucía, gastó Juan sus ganancias de un año. Por los bajos de la pared; y a manera de sillas, había, en trípodes de ébano, pequeños vasos chinos, de colores suaves, con mucho amarillo y escaso rojo. Las paredes, pintadas al óleo, con guirnaldas de flores, eran blancas. Causaba aquella antesala, en cuyo arreglo influyó Juan, una impresión de fe y de luz.

Y allí se sentaron los cinco jóvenes, a gustar en sus tazas de coco el rico chocolate de la casa, que en hacerlo fragante era famosa. No tenía mucho azúcar, ni era espeso. ¡Para gente mayor, el chocolate espeso! Adela, caprichosa, pedía para sí la taza que tuviese más espuma.

—Esta, Adela: le dijo Juan, poniendo ante ella, antes de sentarse, una de las tazas de coco negro, en la que la espuma hervía, tornasolada.

—¡Malvado! le dijo Adela, mientras que todos reían; ¡me has dado la de la ardilla!

Eran unas tazas, extrañas también, en que Juan, amigo de cosas patrias, había sabido hacer que el artífice combinara la novedad y el arte. Las tazas eran de esos coquillos negros de óvalo perfecto, que los indígenas realzan con caprichosas labores y leyendas, sumisas éstas como su condición, y aquéllas pomposas, atrevidas y extrañas, muy llenas de alas y de serpientes, recuerdos tenaces de un arte original y desconocido que la conquista hundió en la tierra, a botes de lanza. Y estos coquillos negros estaban muy pulidos por dentro, y en todo su exterior trabajados en relieve sutil como encaje. Cada taza descansaba en una trípode de plata, formada por un atributo de algún ave o fiera de América, y las dos asas eran dos preciosas miniaturas, en plata también, del animal simbolizado en la trípode. En tres colas de ardilla se asentaba la taza de Adela, y a su chocolate se asomaban las dos ardillas, como a un mar de nueces. Dos quetzales altivos, dos quetzales de cola de tres plumas, larga la del centro como una flecha verde, se asían a los bordes de la taza de Ana: ¡el quetzal noble, que cuando cae cautivo o ve rota la pluma larga de su cola, muere! Las asas de la taza de Lucía eran dos pumas elásticos y fieros, en la opuesta colocación de dos ene-

migos que se acechan: descansaba sobre tres garras de puma, el león americano. Dos águilas eran las asas de la de Juan; y la de Pedro, la del buen mozo Pedro, dos monos capuchinos.

Juan quería a Pedro, como los espíritus fuertes quieren a los débiles, y como, a modo de nota de color o de grano de locura, quiere, cual forma suavísima del pecado, la gente que no es ligera a la que lo es.

Los hombres austeros tienen en la compañía momentánea de esos pisaverdes alocados el mismo género de placer que las damas de familia que asisten de tapadillo a un baile de máscaras. Hay cierto espíritu de independencia en el pecado, que lo hace simpático cuando no es excesivo. Pocas son por el mundo las criaturas que, hallándose con las encías provistas de dientes, se deciden a no morder, o reconocen que hay un placer más profundo que el de hincar los dientes, y es no usarlos. Pues, ¿para qué es la dentadura, se dicen los más; sobre todo cuando la tienen buena, sino para lucirla, y triturar los manjares que se lleven a la boca? Y Pedro era de los que lucían la dentadura.

Incapaz, tal vez, de causar mal en conciencia, el daño estaba en que él no sabía cuando causaba mal, o en que, siendo la satisfacción de un deseo, él no veía en ella mal alguno, sino que toda hermosura, por serlo, le parecía de él, y en su propia belleza, la belleza funesta de un hombre perezoso y adocenado, veía como un título natural, título de león, sobre los bienes de la tierra, y el mayor de ellos, que son sus bellas criaturas. Pedro tenía en los ojos aquel inquieto centelleo que subyuga y convida: en actos y palabras, la insolente firmeza que da la costumbre de la victoria, y en su misma arrogancia tal olvido de que la tenía, que era la mayor perfección y el más temible encanto de ella.

Viajero afortunado; con el caudal ya corto de su madre, por tierras de afuera, perdió en ellas, donde son pecadillos las que a nosotros nos parecen con justicia infamias, aquel delicado concepto de la mujer sin el que, por grandes esfuerzos que haga luego la mente, no le es lícito gozar, puesto que no le es lícito creer en el amor de la más limpia criatura. Todos aquellos placeres que no vienen derechamente y en razón de los afectos legítimos, aunque sean champaña de la vanidad, son acíbar de la memoria. Eso en los más honrados, que en los que no lo son, de tanto andar entre frutas estrujadas, llegan a envenenarse los ojos de manera que no tienen más arte ni placer que los de estrujar frutas. Sólo Ana, de cuantas jóvenes había conocido a su vuelta de las malas tierras de

afuera, le había inspirado, aun antes de su enfermedad, un respeto que en sus horas de reposo solía trocarse en un pensamiento persistente y blando. Pero Ana se iba al cielo: Ana, que jamás hubiera puesto a aquel turbulento mancebo de señor de su alma apacible, como un palacio de nácar; pero que, por esa fatal perversión que atrae a los espíritus desemejantes, no había visto sin un doloroso interés y una turbación primaveral, aquella rica hermosura de hombre, airosa y firme, puesta por la naturaleza como vestidura a un alma escasa, tal como suelen algunos cantantes transportar a inefables deliquios y etéreas esferas a sus oyentes, con la expresión en notas querellosas y cristalinas, blancas como las palomas o agudas como puñales, de pasiones que sus espíritus burdos son incapaces de entender ni de sentir. ¿Quién no ha visto romper en actos y palabras brutales contra su delicada mujer a un tenor que acababa de cantar, con sobrehumano poder, el "Spirto Gentil" de la *Favorita*? Tal la hermosura sobre las almas escasas.

Y Juan, por aquella seguridad de los caracteres incorruptibles, por aquella benignidad de los espíritus superiores, por aquella afición a lo pintoresco de las imaginaciones poéticas, y por lazos de niño, que no se rompen sin gran dolor del corazón, Juan quería a Pedro.

Hablaban de las últimas modas, de que en París se rehabilita el color verde, de que en París, decía Pedro, nada más se vive.

—Pues yo no, decía Ana. Cuando Lucía sea ya señora formal, adonde vamos los tres es a Italia y a España: ¿verdad, Juan?

—Verdad, Ana. Adonde la Naturaleza es bella y el arte ha sido perfecto. A Granada, donde el hombre logró lo que no ha logrado en pueblo alguno de la tierra: cincelar en las piedras sus sueños; a Nápoles, donde el alma se siente contenta, como si hubiera llegado a su término. ¿Tú no querrás, Lucía?

—Yo no quiero que tú veas nada, Juan. Yo te haré en ese cuarto la Alhambra, y en este patio Nápoles; y tapiaré las puertas, ¡y así viajaremos!

Rieron todos; pero Adela ya había echado camino de París, quién sabe con qué compañero, los deseos alegres. Ella quería saberlo todo, no de aquella tranquila vida interior y regalada, al calor de la estufa, leyendo libros buenos, después de curiosear discretamente por entre las novedades francesas, y estudiar con empeño tanta riqueza artística como París encierra: sino la vida teatral y nerviosa, la vida de museo que en París generalmente se vive, siempre en pie, siempre cansado, siempre adolorido; la vida de las heroínas de teatro, de las gentes que se enseñan,

damas que enloquecen, de los nababs que deslumbran con el pródigo empleo de su fortuna.

Y mientras que Juan, generoso, dando suelta al espíritu impaciente, sacaba ante los ojos de Lucía, para que se le fuese quietando el carácter, y se preparaba a acompañarle por el viaje de la existencia, las interioridades luminosas de su alma peculiar y excelsa, y decía cosas que, por la nobleza que enseñaban o la felicidad que prometían, hacían asomar lágrimas de ternura y de piedad a los ojos de Ana—Adeia y Pedro, en plena Francia, iban y venían, como del brazo, por bosques y bulevares. "La Judic ya no se viste con Worth. La mano de la Judic es la más bonita de París. En las carreras es donde se lucen los mejores vestidos. ¡Qué linda estaría Adela, en el pescante de un coche de carreras, con un vestido de lila muy suave, adornado con pasamanería de plata! ¡Ah, y con un guía como Pedro, que conocía tan bien la ciudad, qué pronto no se estaría al corriente de todo! ¡Allí no se vive con estas trabas de aquí, donde todo es malo! La mujer es aquí una esclava disfrazada: allí es donde es la reina. Eso es París ahora: el reinado de la mujer. Acá, todo es pecado: si se sale, si se entra, si se da el brazo a un amigo, si se lee un libro ameno. ¡Pero ésa es una falta de respeto, eso es ir contra las obras de la naturaleza! ¿Porque una flor nace en un vaso de Sevres, se la ha de privar del aire y de la luz? ¿Porque la mujer nace más hermosa que el hombre, se le ha de oprimir el pensamiento, y so pretexto de un recato gazmoño, obligarla a que viva, escondiendo sus impresiones, como un ladrón esconde su tesoro en una cueva? Es preciso, Adelita, es preciso. Las mujeres más lindas de París son las sud-americanas. ¡Oh, no habría en París otra tan chispeante como ella!"

—Vea, Pedro, interrumpió a este punto Ana, con aquella sonrisa suya que hacía más eficaces sus reproches, déjeme quieta a Adela. Vd. sabe que yo pinto, ¿verdad?

—Pinta unos cuadritos que parecen música; todos llenos de una luz que sube; con muchos ángeles y serafines. ¿Por qué no nos enseñas el último, Ana mía? Es lindísimo, Pedro, y sumamente extraño.

—¡Adela, Adela!

—De veras que es muy extraño. Es como en una esquina de jardín y el cielo es claro, muy claro y muy lindo. Un joven... muy buen mozo.. vestido con un traje gris muy elegante, se mira las manos asombrado. Acaba de romper un lirio, que ha caído a sus pies, y le han quedado las manos manchadas de sangre.

—¿Qué le parece, Pedro, de mi cuadro?

—Un éxito seguro. Yo conocí en París a un pintor de México, un Manuel Ocaranza, que hacía cosas como ésas.

—Entre los caballeros que rompen o manchan lirios quisiera yo que tuviese éxito mi cuadro. ¡Quién pintara de veras, y no hiciera esos borrones míos! Pedro: borrón y todo, en cuanto me ponga mejor, voy a hacer una copia para Vd.

—¡Para mí! Juan, ¿por qué no es éste el tiempo en que no era mal visto que los caballeros besasen la mano a las damas?

—Para Vd., pero a condieión de que lo ponga en un lugar tan visible que por todas partes le salte a los ojos. Y ¿por qué estamos hablando ahora de mis obras maestras? ¡Ah! porque Vd. me le hablaba a Adela mucho de París. ¡Otro cuadro voy a empezar en cuanto me ponga buena! Sobre una colina voy a pintar un monstruo sentado. Pondré la luna en cenit, para que caiga de lleno sobre el lomo del monstruo, y me permita simular con líneas de luz en las partes salientes los edificios de París más famosos. Y mientras la luna le acaricia el lomo, y se ve por el contraste del perfil luminoso toda la negrura de su cuerpo, el monstruo, con cabeza de mujer, estará devorando rosas. Allá por un rincón se verán jóvenes flacas y desmelenadas que huyen, con las túnicas rotas, levantando las manos al cielo.

—Lucía, dijo Juan reprimiendo mal las lágrimas, al oído de su prima, siempre absorta: ¡y que esta pobre Ana se nos muera!

Pedro no hallaba palabras oportunas, sino aquella confusión y malestar que la gente dada a la frivolidad y el gozo experimenta en la compañía íntima de una de esas criaturas que pasan por la tierra, a manera de visión, extinguiéndose plácidamente, con la feliz capacidad de adivinar las cosas puras, sobrehumanas, y la hermosa indignación por la batalla de apetitos feroces en que se consume la tierra.

—De fieras, yo conozco dos clases, decía una vez Ana: una se viste de pieles, devora animales, y anda sobre garras; otra se viste de trajes elegantes, come animales y almas y anda sobre una sombrilla o un bastón. No somos más que fieras reformadas.

Aquella Ana, cuando estaba en la intimidad, solía decir de estas cosas singulares. ¿Dónde había sufrido tanto la pobre niña salida apenas del círculo de su casa venturosa, que así había aprendido a conocer y perdonar? ¿Se vive antes de vivir? ¿O las estrellas, ganosas de hacer un viaje de recreo por la tierra, suelen por algún tiempo alojarse en un cuerpo humano? ¡Ay! por eso duran tan poco los cuerpos en que se alojan las estrellas.

—¿Conque Ana pinta, y “La Revista de Artes” está buscando cuadros de autores del país que dar a conocer, y este Juan pecador no ha hecho ya publicar esas maravillas en “La Revista”?

—Esta Ana nuestra, Pedro, se nos enoja de que la queramos sacar a luz. Ella no quiere que se vean sus cuadros hasta que no los juzgue bastante acabados para resistir la crítica. Pero la verdad es, Ana, que Pedro Real tiene razón.

—¿Razón, Pedro Real? dijo Ana con una risa cristalina, de madre generosa. No, Juan. Es verdad que las cosas de arte que no son absolutamente necesarias, no deben hacerse sino cuando se pueden hacer enteramente bien, y estas cosas que yo hago, que veo vivas y claras en lo hondo de mi mente, y con tal realidad que me parece que las palpo, me quedan luego en la tela tan contrahechas y duras que creo que mis visiones me van a castigar, y me regañan, y toman mis pinceles de la caja, y a mí de una oreja, y me llevan delante del cuadro para que vea como borran coléricas la mala pintura que hice de ellas. Y luego, ¿qué he de saber yo, sin más dibujo que el que me enseñó el señor Mazuchelli, ni más colores que estos tan pálidos que saco de mí misma?

Seguía Lucía con ojos inquietos la fisonomía de Juan, profundamente interesado en lo que, en uno de esos momentos de explicación de sí mismos que gustan de tener los que llevan algo en sí y se sienten morir, iba diciendo Ana. ¡Qué Juan aquél, que la tenía al lado, y pensaba en otra cosa! Ana, sí, Ana era muy buena; pero ¿qué derecho tenía Juan a olvidarse tanto de Lucía, y estando a su lado, poner tanta atención en las rarezas de Ana? Cuando ella estaba a su lado, ella debía ser su único pensamiento. Y apretaba sus labios; se le encendían de pronto, como de un vuelco de la sangre las mejillas; enrollaba nerviosamente en el dedo índice de la mano izquierda un finísimo pañuelo de batista y encaje. Y lo enrolló tanto y tanto, y lo desenrollaba con tal violencia, que yendo rápidamente de una mano a la otra, el lindo pañuelo parecía una víbora, una de esas víboras blancas que se ven en la costa yucateca.

—Pero no es por eso por lo que no enseñe yo a nadie mis cuadritos, siguió Ana; sino porque cuando los estoy pintando, me alegro o me entristezco como una loca, sin saber por qué: salto de contento, yo que no puedo saltar ya mucho, cuando creo que con un rasgo de pincel le he dado a unos ojos, o a la tórtola viuda que pinté el mes pasado, la expresión que yo quería; y si pinto una desdicha, me parece que es de veras, y me paso horas enteras mirándola, o me enojo conmigo misma si es de aquellas que yo no puedo remediar, como en esas dos telitas

mías que tú conoces, Juan, “La madre sin hijo”, y el hombre que se muere en un sillón, mirando en la chimenea el fuego apagado: “El hombre sin amor”. No se ría, Pedro, de esta colección de extravagancias. Ni diga que estos asuntos son para personas mayores; las enfermas son como unas viejitas, y tienen derecho a esos atrevimientos.

—Pero, ¿cómo, le dijo Pedro subyugado, no han de tener sus cuadros todo el encanto y el color de ópalo de su alma?

—¡Oh! ¡oh! a lisonja llaman: vea que ya no es de buen gusto ser lisonjero. La lisonja en la conversación, Pedro, es ya como la Arcadia en la pintura: ¡cosa de principiantes!

—Pero, ¿por qué decías, puso aquí Juan, que no querías exhibir tus cuadros?

—Porque como desde que los imagino hasta que los acabo voy poniendo en ellos tanto de mi alma, al fin ya no llegan a ser telas, sino mi alma misma, y me da vergüenza de que me la vean, y me parece que he pecado con atreverme a asuntos que están mejor para nube que para colores, y como sólo yo sé cuánta paloma arrulla, y cuánta violeta se abre, y cuánta estrella lucen lo que pinto; como yo sola siento cómo me duele el corazón, o se me llena todo el pecho de lágrimas o me laten las sienas, como si me las azotasen alas, cuando estoy pintando; como nadie más que yo sabe que esos pedazos de lienzo, por desdichados que me salgan, son pedazos de entrañas mías en que he puesto con mi mejor voluntad lo mejor que hay en mí, ¡me da como una soberbia de pensar que si los enseño en público, uno de esos críticos sabios o caballeros presuntuosos me diga, por lucir un nombre recién aprendido de pintor extranjero, o una linda frase, que esto que yo hago es de Chaplin o de Lefevre, o a mi cuadrito “Flores vivas”, que he descargado sobre él una escopeta llena de colores! ¿Te acuerdas? ¡como si no supiera yo que cada flor de aquéllas es una persona que yo conozco, y no hubiera yo estudiado tres o cuatro personas de un mismo carácter, antes de simbolizar el carácter en una flor; como si no supiese yo quién es aquella rosa roja, altiva, con sombras negras, que se levanta por sobre todas las demás en su tallo sin hojas, y aquella otra flor azul que mira al cielo como si fuese a hacerse pájaro y a tender a él las alas, y aquel aguinaldo lindo que trepa humildemente, como un niño castigado, por el tallo de la rosa roja. ¡Malos! ¡escopeta cargada de colores!

—Ana: yo sí que te recogería a ti, con tu raíz, como una flor, y en aquel gran vaso indio que hay en mi mesa de escribir, te tendría perpetuamente, para que nunca se me desconsolase el alma.

—Juan, dijo Lucía, como a la vez conteniéndose y levantándose: ¿quieres venir a oír el “M’odi tu”, que me trajiste el sábado? ¡No lo has oído todavía!

—¡Ah! y a propósito, no saben Vds., dijo Pedro como poniéndose ya en pie para despedirse, que la cabeza ideal que ha publicado en su último número “La Revista de Artes”...

—¿Qué cabeza? preguntó Lucía, ¿una que parece de una virgen de Rafael, pero con ojos americanos, con un talle que parece el caliz de un lirio?

—Esa misma, Lucía: pues no es una cabeza ideal, sino la de una niña que va a salir la semana que viene del colegio, y dicen que es un pasmo de hermosura: es la cabeza de Leonor del Valle.

Se puso en pie Lucía con un movimiento que pareció un salto; y Juan alzó del suelo, para devolvérselo, el pañuelo, roto.

CAPÍTULO II

Como veinte años antes de la historia que vamos narrando, llegaron a la ciudad donde sucedió, un caballero de mediana edad y su esposa, nacidos ambos en España, de donde, en fuerza de cierta indómita condición del honrado D. Manuel del Valle, que le hizo mal mirado de las gentes del poder como cabecilla y vocero de las ideas liberales, decidió al fin salir el Sr. D. Manuel; no tanto porque no le bastase al sustento su humilde mesa de abogado de provincia, cuanto porque siempre tenía, por moverse o por estarse quedo, al guindilla, como llaman allá al policía, encima; y porque, a consecuencia de querer la libertad limpia y para buenos fines, se quedó con tan pocos amigos entre los mismos que parecían defenderla, y lo miraban como a un celador enojoso, que esto más le ayudó a determinar, de un golpe de cabeza, venir a “las Repúblicas de América”, imaginando, que donde no había reina liviana, no habría gente oprimida, ni aquella trahilla de cortesanos perezosos y aduladores, que a D. Manuel le parecían vergüenza rematada de su especie, y, por ser hombre él, como un pecado propio.

Era de no acabar de oírle, y tenerle que rogar que se calmase, cuando con aquel lenguaje pintoresco y desembarazado recordaba, no sin su buena cerrazón de truenos y relámpagos y unas amenazas grandes como torres, los bellacos oficios de tal o de cual marquesa, que auxiliando ligerezas ajenas querían hacer, por lo comunes, menos culpables las propias; o tal historia de un capitán de guardias, que pareció bien en la corte con su ruda belleza de montañés y su cabello abundante y alborotado, y apenas entrevió su buena fortuna tomó prestados unos dineros, con que enrizarse, en lo del peluquero la cabellera, y en lo del sastre vestir de paño bueno, y en lo del calzador comprarse unos botitos, con que estar galán en la hora en que debía ir a palacio, donde al volver el capitán con estas donosuras, pareció tan feo y presumido que en poco estuvo que perdiese algo más que la capitania. Y de unas jiras,

o fiestas de campo, hablaba de tal manera D. Manuel, así como de ciertas cenas en la fonda de un francés, que cuando contaba de ellas no podía estar sentado; y daba con el puño sobre la mesa que le andaba cerca, como para acentuar las palabras, y arreciaban los truenos, y abría cuantas ventanas o puertas hallaba a mano. Se disfiguraba el buen caballero español, de santa ira, la cual, como apenado luego de haberle dado riendas en tierra que al fin no era la suya, venía siempre a parar en que D. Manuel tocase en la guitarra que se había traído cuando el viaje, con una ternura que solía humedecer los ojos suyos y los ajenos, unas serenatas de su propia música, que más que de la rondalla aragonesa que le servía como de arranque y *ritornello*, tenía de desesperada canción de amores de un trovador muerto de ellos por la dama de un duro castellano, en un castillo, allá tras de los mares, que el trovador no había de ver jamás.

En esos días la linda doña Andrea, cuyas largas trenzas de color castaño eran la envidia de cuantas se las conocían, extremaba unas pocas habilidades de cocina, que se trajo de España, adivinando que complacería con ellas más tarde a su marido. Y cuando en el cuarto de los libros, que en verdad era la sala de la casa, centelleaba D. Manuel, sacudiéndose más que echándose sobre uno y otro hombro alternativamente los cabos de la capa que so pretexto de frío se quitaba raras veces, era fijo que andaba entrando y saliendo por la cocina, con su cuerpo elegante y modesto, la buena señora doña Andrea, poniendo mano en un pisto manchego, o aderezando unas farinetas de Salamanca que a escondidas había pedido a sus parientes en España, o preparando, con más voluntad que arte, un arroz con chorizo, de cuyos primores, que acababan de calmar las iras del republicano, jamás dijo mal don Manuel del Valle, aun cuando en sus adentros reconociese que algo se había quemado allí, o sufrido accidente mayor: o los chorizos, o el arroz, o entrambos. ¡Fuera de la patria, si piedras negras se reciben de ella, de las piedras negras parece que sale luz de astro!

Era de acero fino D. Manuel, y tan honrado, que nunca, por muchos que fueran sus apuros, puso su inteligencia y saber, ni excesivos ni escasos, al servicio de tantos poderosos e intrigantes como andan por el mundo, quienes suelen estar prontos a sacar de agonía a las gentes de talento menesterosas, con tal que éstas se presten a ayudar con sus habilidades el éxito de las tramas con que aquéllos promueven y sustentan su fortuna: de tal modo que, si se va a ver, está hoy viviendo la gente con tantas mañas, que es ya hasta de mal gusto ser honrado.

En este diario y en aquel, no bien puso el pie en el país, escribió el Sr. Valle con mano ejercitada, aunque un tanto febril y descompuesta, sus azotinas contra las monarquías y vilezas que engendra, y sus himnos, encendidos como cantos de batalla, en loor de la libertad, de que “los campos nuevos y los altos montes y los anchos ríos de esta linda América, parecen natural sustento”.

Mas a poco de esto, hacía veinticinco años a la fecha de nuestra historia, tales cosas iba viendo nuestro señor D. Manuel que volvió a tomar la capa, que por inútil había colgado en el rincón más hondo del armario, y cada día se fue callando más, y escribiendo menos, y arrebuajándose mejor en ella, hasta que guardó las plumas, y muy apegado ya a la clemente temperatura del país y al dulce trato de sus hijos para pensar en abandonarlo, determinó abrir escuela; si bien no introdujo en el arte de enseñar, por no ser aún éste muy sabido tampoco en España, novedad alguna que acomodase mejor a la educación de los hispanoamericanos fáciles y ardientes, que los torpes métodos en uso, ello es que con su Iturzaeta y su Aritmética de Krüger y su Dibujo Lineal, y unas encendidas lecciones de Historia, de que salía bufando y escapando Felipe Segundo como comido de llamas, el señor Valle sacó una generación de discípulos, un tanto románticos y dados a lo maravilloso, pero que fueron a su tiempo mancebos de honor y enemigos tenaces de los gobiernos tiránicos. Tanto que hubo vez en que, por cosas como las de poner en su lugar a Felipe Segundo, estuvo a punto el señor D. Manuel de ir, con su capa y su cuaderno de Iturzaeta, a dar en manos de los guindillas americanos “en estas mismísimas Repúblicas de América”. A la fecha de nuestra historia, hacía ya unos veinticinco años de esto.

Tan casero era D. Manuel, que apenas pasaba año sin que los discípulos tuviesen ocasión de celebrar, cuál con una gallina, cuál con un par de pichones, cuál con un pavo, la presencia de un nuevo ornamento vivo de la casa.

—Y ¿qué ha sido, D. Manuel? ¿Algún Aristogitón que haya de librar a la patria del tirano?

—¡Calle Vd., paisano: calle Vd.: un malakoff más! (Malakoff, llamaban entonces, por la torre famosa en la guerra de Crimea, a lo que en llano se ha llamado siempre miriñaque o crinolina.)

Y D. Manuel quería mucho a sus hijos, y se prometía vivir cuanto pudiese para ellos; pero le andaba desde hacía algún tiempo por el lado izquierdo del pecho un carcominillo que le molestaba de verdad, como una cestita de llamas que estuviera allí encendida, de día y de noche, y

no se apagase nunca. Y como cuando la cestita le quemaba con más fuerza sentía él un poco paralizado el brazo del corazón, y todo el cuerpo vibrante como las cuerdas de un violín, y después de eso le venían de pronto unos apetitos de llorar y una necesidad de tenderse por tierra, que le ponían muy triste, aquel buen D. Manuel no veía sin susto como le iban naciendo tantos hijos, que en el caso de su muerte habían de ser más un estorbo que una ayuda para "esa pobre Andrea, que es mujer muy señora y honaza, pero ¡para poco, para poco!"

Cinco hijas llegó a tener D. Manuel del Valle, mas antes de ellas le había nacido un hijo, que desde niño empezó a dar señales de ser alma de pro. Tenía gustos raros y bravura desmedida, no tanto para lidiar con sus compañeros, aunque no rehuía la lidia en casos necesarios, como para afrontar situaciones difíciles, que requerían algo más que la fiera de la sangre o la presteza de los puños. Una vez, con unos cuantos compañeros suyos, publicó en el colegio un periodiquín manuscrito, y por supuesto revolucionario, contra cierto pedante profesor que prohibía a sus alumnos argumentarles sobre los puntos que les enseñaba; y como un colegial aficionado al lápiz pintase de pavo real a este maestrizo, en una lámina repartida con el periodiquín, y D. Manuel, en vista de la queja del pavo real, amenazara en sala plena con expulsar del colegio en consejo de disciplina al autor de la descortesía, aunque fuese su propio hijo, el gentil Manuelillo, digno primogénito del egregio varón, quiso quitar de sus compañeros toda culpa, y echarla entera sobre sí; y levantándose de su asiento, dijo, con gran perplejidad del pobre D. Manuel, y murmullos de admiración de la asamblea:

—Pues, señor Director: yo solo he sido.

Y pasaba las noches en claro, luego que se le extinguía la vela escasa que le daban, leyendo a la luz de la luna. O echaba a caminar, con las "Empresas" de Saavedra Fajardo bajo el brazo, por las calles umbrosas de la Alameda, y creyéndose a veces nueva encarnación de las grandes figuras de la historia, cuyos gérmenes le parecía sentir en sí, y otras desesperando de hacer cosa que pudiera igualarlo a ellas, rompía a llorar, de desesperación y de ternura. O se iba de noche a la orilla de la mar, a que le salpicasen el rostro las gotas frescas que saltaban del agua salada al reventar contra las rocas.

Leía cuanto libro le caía a la mano. Montaba en cuanto caballo veía a su alcance: y mejor si lo hallaba en pelo; y si había que saltar una

cerca mejor. En una noche se aprendía los libros que en todo el año escolar no podían a veces dominar sus compañeros; y aunque la Historia Natural y la Universal y cuanto añadiese algo útil a su saber y le estimulase el juicio y la verba, eran sus materias preferidas, a pocas ojeadas penetraba el sentido de la más negra lección de Algebra, tanto que su maestro, un ingeniero muy mentado y brusco, le ofreció enseñarle, en premio de su aplicación, la manera de calcular lo infinitésimo.

Escribía Manuelillo, en semejanza de lo que estaba en boga entonces, unas letrillas y artículos de costumbres que ya mostraban a un enamorado de la buena lengua; pero a poco se soltó por natural empuje, con vuelos suyos propios, y empezó a enderezar a los gobernantes que no dirigen honradamente a sus pueblos, unas odas tan a lo pindárico, y recibidas con tal favor entre la gente estudiantescas, que en una revuelta que tramaron contra el Gobierno unos patricios que andaban muy solos, pues llevaban consigo la buena doctrina, fue hecho preso don Manuelillo, quien en verdad tenía en la sangre el microbio sedicioso; y bien que tuvieron que empeñarse los amigos pudientes de D. Manuel para que en gracia de su edad saliese libre el Pindarito, a quien su padre, riñéndole con los labios, en que le temblaban los bigotes, como los árboles cuando va a caer la lluvia, y aprobándole con el corazón, envió a seguir, en lo que cometió grandísimo error, estudios de Derecho en la Universidad de Salamanca, más desfavorecida que otras de España, y no muy gloriosa ahora, pero donde tenía la angustiada doña Andrea los buenos parientes que le enviaban las farinetas.

Se fue el de las odas en un bergantín que había venido cargado de vinos de Cádiz; y sentadito en la popa del barco, fijaba en la costa de su patria los ojos anegados de tan triste manera, que a pesar del águila nueva que llevaba en el alma, le parecía que iba todo muerto y sin capacidad de resurrección y que era él como un árbol prendido a aquella costa por las raíces, al que el buque llevaba atado por las ramas pujando mar afuera, de modo que sin raíces se quedaba el árbol, si lograba arrancarlo de la costa la fuerza del buque, y moría: o como el tronco no podía resistir aquella tirantez, se quebraría al fin, y moría también: pero lo que D. Manuelillo veía claro, era que moría de todos modos. Lo cual, ¡ay! fue verdad, cuatro años más tarde, cuando de Salamanca había hallado aquel niño manera de pasar, como ayo en la casa de un conde carlista, a estudiar a Madrid. Se murió de unas fiebres enemigas, que le empezaron con grandes aturdimientos de cabeza, y unas visiones dolorosas y tenaces que él mismo describía en su cama revuelta, de delirante, con palabras

fogosas y desencajadas, que parecían una caja de joyas rotas; y sobre todo, una visión que tenía siempre delante de los ojos, y creía que se le venía encima, y le echaba un aire encendido en la frente, y se iba de mal humor, y se volvía a él de lejos, llamándole con muchos brazos: la visión de una palma en llamas. En su tierra, las llanuras que rodeaban la ciudad estaban cubiertas de palmas.

No murió D. Manuel del pesar de que hubiese muerto su hijo, aunque bien pudo ser; sino que dos años antes, y sin que Manuelillo lo supiese, se sentó un día en su sillón, muy envuelto en su capa, y con la guitarra al lado, como si sintiese en el alma unas muy dulces músicas, a la vez que un frescor húmedo y sabroso, que no era el de todos los días, sino mucho más grato. Doña Andrea estaba sentada en una banqueta a sus pies, y lo miraba con los ojos secos, y crecidos, y le tenía las manos. Dos hijas lloraban abrazadas en un rincón: la mayor, más valiente, le acariciaba con la mano los cabellos, o lo entretenía con frases zalameras, mientras le preparaba una bebida; de pronto, desasiéndose bruscamente de las manos de doña Andrea, abrió D. Manuel los brazos y los labios como buscando aire; los cerró violentamente alrededor de la cabeza de doña Andrea, a quien besó en la frente con un beso frenético; se irguió como si quisiera levantarse, con los brazos al cielo; cayó sobre el respaldo del asiento, estremeciéndosele el cuerpo horrendamente, como cuando en tormenta furiosa un barco arrebatado sacude la cadena que lo sujeta al muelle; se le llenó de sangre todo el rostro, como si en lo interior del cuerpo se le hubiese roto el vaso que la guarda y distribuye; y blanco, y sonriendo, con la mano casualmente caída sobre el mango de su guitarra, quedó muerto. Pero nunca se lo quiso decir doña Andrea a Manuelillo, a quien contaban que el padre no escribía porque sufría de reumatismo en las manos, para que no le entrase el miedo por las angustias de la casa, y quisiese venir a socorrerlas, interrumpiendo antes de tiempo sus estudios. Y era también que doña Andrea conocía que su pobre hijo había nacido comido de aquellas ansias de redención y evangélica quijotería que le habían enfermado el corazón al padre, y acelerado su muerte: y como en la tierra en que vivían había tanto que redimir, y tanta cosa cautiva que libertar, y tanto entuerto que poner derecho, veía la buena madre, con espanto, la hora de que su hijo volviese a su patria, cuya hora, en su pensar, sería la del sacrificio de Manuelillo.

—¡Ay! decía doña Andrea, una vez que un amigo de la casa le hablaba con esperanzas del porvenir del hijo. El será infeliz, y nos hará

aún más infelices sin quererlo. El quiere mucho a los demás, y muy poco a sí mismo. El no sabe hacer víctimas, sino serlo. Afortunadamente, aunque de todos modos, por desdicha de doña Andrea, Manuelillo había partido de la tierra antes de volver a ver la suya propia, ¡detrás de la palma encendida!

¿Quién que ve un vaso roto, o un edificio en ruina, o una palma caída, no piensa en las viudas? A don Manuel no le habían bastado las fuerzas, y en tierra extraña esto había sido mucho, más que para ir cubriendo decorosamente con los productos de su trabajo las necesidades domésticas. Ya el ayudar a Manuelillo a mantenerse en España le había puesto en muy grandes apuros.

Estos tiempos nuestros están desquiciados, y con el derrumbe de las antiguas vallas sociales y las finezas de la educación, ha venido a crearse una nueva y vastísima clase de aristócratas de la inteligencia, con todas las necesidades de parecer y gustos ricos que de ella vienen, sin que haya habido tiempo aún, en lo rápido del vuelco, para que el cambio en la organización y repartimiento de las fortunas corresponda a la brusca alteración en las relaciones sociales, producidas por las libertades políticas y la vulgarización de los conocimientos. Una hacienda ordenada es el fondo de la felicidad universal. Y búsquese en los pueblos, en las casas, en el amor mismo más acendrado y seguro, la causa de tantos trastornos y rupturas, que los oscurecen y afean, cuando no son causa del apartamiento, o de la muerte, que es otra forma de él: la hacienda es el estómago de la felicidad. Maridos, amantes, personas que aún tenéis que vivir y anheláis prosperar: ¡organizad bien vuestra hacienda!

De este desequilibrio, casi universal hoy, padecía la casa de don Manuel, obligado con sus medios de hombre pobre a mantenerse, aunque sin ostentación ni despilfarro, como caballero rico. ¿Ni quién se niega, si los quiere bien, a que sus hijos brillantes e inteligentes, aprendan esas cosas de arte, el dibujar, el pintar, el tocar piano, que alegran tanto la casa, y elevan, si son bien comprendidas y caen en buena tierra, el carácter de quien las posee, esas cosas de arte que apenas hace un siglo eran todavía propiedad casi exclusiva de reinas y princesas? ¿Quién que ve a sus pequeñines finos y delicados, en virtud de esa aristocracia del espíritu que en estos tiempos nuevos han sustituido a la aristocracia degenerada de la sangre, no gusta de vestirlos de linda manera, en acuerdo con el propio buen gusto cultivado, que no se contenta con falsificaciones y bellaquerías, y de modo que el vestir complete y revele la distinción del alma de los queridos niños? Uno, padrazo ya, con el corazón estremecido y la frente

arrugada, se contenta con un traje negro bien cepillado y sin manchas, con el cual, y una cara honrada, se está bien y se es bien recibido en todas partes; pero, ¡para la mujer, a quien hemos hecho sufrir tanto! ¡para los hijos, que nos vuelven locos y ambiciosos, y nos ponen en el corazón la embriaguez del vino, y en las manos el arma de los conquistadores! ¡para ellos, oh, para ellos, todo nos parece poco!

De manera que, cuando don Manuel murió, sólo había en la casa los objetos de su uso y adorno, en que no dejaba de adivinarse más el buen gusto que la holgura, los libros de don Manuel, que miraba la madre como pensamientos vivos de su esposo, que debían guardarse íntegros a su hijo ausente, y los enseres de la escuela, que un ayudante de don Manuel, que apenas le vio muerto se alzó con la mayor parte de sus discípulos, halló manera de comprar a la viuda, abandonada así por el que en conciencia debió continuar ayudándola, en una suma corta, la mayor, sin embargo, que después de la muerte de don Manuel se vio nunca en aquella pobre casa. Hacen pensar en las viudas las palmas caídas.

Este o aquel amigo, es verdad, querían saber de vez en cuando que tal le iba yendo a la pobre señora. ¡Oh! se interesaban mucho por su suerte. Ya ella sabía: en cuanto le ocurriese algo no tenía más que mandar. Para cualquier cosa, para cualquier cosa estaban a su disposición. Y venían en visita solemne, en día de fiesta, cuando suponían que había gente en la casa; y se iban haciendo muchas cortesías, como si con la ceremonia de ellas quisiesen hacer olvidar la mayor intimidad que podría obligarlos a prestar un servicio más activo. Da espanto ver cuán sola se queda una casa en que ha entrado la desgracia: da deseos de morir.

¿Qué se haría Doña Andrea, con tantas hijas, dos de ellas ya crecidas; con el hijo en España, aunque ya el noble mozo había prohibido, aun suponiendo a su padre vivo, que le enviasen dinero? ¿qué se haría con sus hijas pequeñas, que eran, las tres, por lo modestas y unidas, la gala del colegio; con Leonor, la última flor de sus entrañas, la que las gentes detenían en la calle para mirarla a su placer, asombradas de su hermosura? ¿qué se haría doña Andrea? Así, cortado el tronco, se secan las ramas del árbol, un tiempo verdes, abandonadas sobre la tierra. ¡Pero los libros de don Manuel no! esos no se tocaban: nada más que a sacudirlos, en la pieccecita que les destinó en la casa pobrísima que tomó luego, permitía la señora que entrasen una vez al mes. O cuando, ciertos domingos, las demás niñas iban a casa de alguna conocida a pasar la tarde, doña Andrea se entraba sola en la habitación, con Leonor de la mano, y allí a la sombra de aquellos tomos, sentada en el sillón en que murió su marido,

se abandonaba a conversaciones mentales, que parecían hacerle gran bien, porque salía de ellas en un estado de silenciosa majestad, y como más clara de rostro y levantada de estatura; de tal modo que las hijas cuando volvían de su visita, conocían siempre, por la mayor blandura en los ademanes, y expresión de dolorosa felicidad de su rostro, si doña Andrea había estado en el cuarto de los libros. Nunca Leonor parecía fatigada de acompañar a su madre en aquellas entrevistas: sino que, aunque ya para entonces tenía sus diez años, se sentaba en la falda de su madre, apretada en su regazo o abrazada a su cuello, o se echaba a sus pies, reclinando en sus rodillas la cabeza, con cuyos cabellos finos jugaba la viuda, distraída. De vez en cuando, pocas veces, la cogía doña Andrea en un brusco movimiento en sus brazos, y besando con locura la cabeza de la niña rompía en amarguísimos sollozos. Leonor, silenciosamente, humedecía en todo este tiempo la mano de su madre con sus besos.

De España se trajo pocas cosas don Manuel, y doña Andrea menos, que era de familia hidalga y pobre. Y todo, poco a poco, para atender a las necesidades de la casa, fue saliendo de ella: hasta unas perlas margaritas que había llevado de América a Salamanca un tío, abuelo de doña Andrea, y un aguacate de esmeralda de la misma procedencia, que recibió de sus padres como regalo de matrimonio; hasta unas cucharas y vasos de plata que se estrenaron cuando se casó la madre de don Manuel, y éste solía enseñar con orgullo a sus amigos americanos, para probar en sus horas de desconfianza de la libertad, cuánto más sólidos eran los tiempos, cosas y artifices de antaño.

Y todas las maravillas de la casa fueron cayendo en manos de inclementes compradores; una escena autógrafa de "El Delincuente Honrado" de Jovellanos; una colección de monedas romanas y árabes de Zaragoza, de las cuales las árabes estimulaban la fantasía y avivaban las miradas de Manuelillo cada vez que el padre le permitía curiosear en ellas; una carta de doña Juana la Loca, que nunca fue loca, a menos que amar bien no sea locura, y en cuya carta, escrita de manos del secretario Passamonte, se dicen cosas tan dignas y tan tiernas que dejaban enamorados de la reina a los que las leían, y dulcemente conmovidas las entrañas.

Así se fueron otras dos joyas que don Manuel había estimado mucho, y mostraba con la fruición de un goloso que se complace traviesamente en hacer gustar a sus amigos un plato cuya receta está decidido a no dejarles conocer jamás: un estudio en madera de la cabeza de san Fran-

cisco, de Alonso Cano, y un dibujo de Goya, con lápiz rojo, dulce como una cabeza del mismo Rafael.

Con las cucharas de plata se pagó un mes la casa: la esmeralda dio para tres meses: con las monedas fueron ayudándose medio año. Un desvergonzado compró la cabeza, en un día de angustia, en cinco pesos. Un tanto se auxiliaban con unos cuantos pesos que, muy mal cobrados y muy regañados, ganaban doña Andrea y las hijas mayores enseñando a algunas niñas pequeñas del barrio pobre donde habían ido a refugiarse en su penuria. Pero el dibujo de Goya, ése sí se vendió bien. Ese, él sólo, produjo tanto como las margaritas y las cucharas de plata, y el aguacate. El dibujo de Goya, única prenda que no se arrepintió doña Andrea de haber vendido, porque le trajo un amigo, lo compró Juan Jerez; Juan Jerez que cuando murió en Madrid Manuelillo, y la madre extremada por los gastos en que la puso una enfermedad grave de su niña Leonor, se halló un día pensando con espanto en que era necesario venderlos, compró los libros a doña Andrea, mas no se los llevó consigo, sino que se los dejó a ella "porque él no tenía donde ponerlos, y cuando los necesitase, ya se los pediría". Muy ruin tiene que ser el mundo, y doña Andrea sabía de sobra que suele ser ruin, para que ese día no hubiese satisfecho su impulso de besar a Juan la mano.

Pero Juan, joven rico y de padres y amistades que no hacían suponer que buscara esposa en aquella casa desamparada y humilde, comprendió que no debía ser visita de ella, donde ya eran alegría de los ojos y del corazón, más por lo honestas que por lo lindas, las dos niñas mayores, y muy distraído el pensamiento en cosas de la mayor alteza, y muy fino y generoso, y muy sujeto ya por el agradecimiento del amor que le mostraba a su prima Lucía, ni visitaba frecuentemente la casa de doña Andrea, ni hacía alarde de no visitarla, como que le llevó su propio médico cuando la enfermedad de Leonor, y volvió cuando la venta de los libros, y cuando sabía alguna aflicción de la señora, que con su influjo, si no con su dinero que solía escasearle, podía tener remedio.

Lo que, como un lirio de noche en una habitación oscura, tuvo en medio de todas estas agonías iluminada el alma de doña Andrea, y le aseguró en su creencia bondadosa en la nobleza de la especie humana, fue que, ya porque en realidad le apenase la suerte de la viuda, ya porque creyera que había de parecer mal, siendo como el don Manuel bien querido, y maestro como ella, que permitieran la salida de sus hijas del

colegio por falta de paga, la directora del Instituto de la Merced, el más famoso y rico del país, hizo un día, en un hermoso coche, una visita, que fue muy sonada, a casa de doña Andrea, y allí le dijo magnánimamente, cosa que enseguida vociferó y celebró mucho la prensa, que las tres niñas recibirían en su colegio, si ella no lo mandaba de otro modo, toda su educación, como externas, sin gasto alguno. Aquella vez sí que doña Andrea, sin los miramientos que en el caso de Juan habían más tarde de impedirselo, cubrió de besos la mano de la directora, quien la trató con una hermosa bondad pontificia, y como una mujer inmaculada trata a una culpable, tras de lo cual se volvió muy oronda a su colegio, en su arrogante coche.

Es verdad que las niñas no decían a doña Andrea que, aunque no las había en el colegio más aplicadas que ellas, ni que llevaran los vestiditos más blancos y bien cuidados, ni que, en la clase y recreo mostrasen mayor compostura, los vales a fin de semana, y los primeros puestos en las competencias, y los premios en los exámenes, no eran nunca para ellas; los regaños, sí. Cuando la niña del ministro había derramado un tintero, de seguro que no había sido la niña del ministro, ¿cómo había de ser la hija del ministro? había sido una de las tres niñas del Valle. La hija de Mr. Floripond, el poderoso banquero, la fea, la huesuda, la descuidada, la envidiosa Iselda, había escondido, donde no pudiese ser hallado, su caja de lápices de dibujar: por supuesto, la caja no aparecía: "¡Allí todas las niñas tenían dinero para comprar sus cajas! ¡las únicas que no tenían dinero allí eran las tres del Valle!" y las registraban, a las pobrecitas, que se dejaban registrar con la cara llena de lágrimas, y los brazos en cruz, cuando por fortuna la niña de otro banquero, menos rico que Mr. Floripond, dijo que había visto a Iselda poner la caja de lápices en la bolsa de Leonor. Pero tan buenas y serviciales fueron, tan apretaditas se sentaban siempre las tres, sin jugar, o jugando entre sí, en la hora de recreo; con tal mansedumbre obedecían los mandatos más destemplados e injustos; con tal sumisión, por el amor de su madre, soportaban aquellos rigores, que las ayudantes del colegio, solas y desamparadas ellas mismas, comenzaron a tratarlas con alguna ternura, a encomendarles la copia de las listas de la clase, a darles a afilar sus lápices, a distinguirlas con esos pequeños favores de los maestros que ponen tan orondos a los niños, y que las tres hijas de del Valle recompensaban con una premura en el servirlos y una modestia y gracia tal, que les ganaba las almas más duras. Esta bondadosa disposición de las ayudantes subió de punto cuando la directora, que no tenía hijos, y era aún una muy bella mujer, dio muestras de aficio-

narse tan especialmente a Leonor, que algunas tardes la dejaba a comer a su mesa, enviándola luego a doña Andrea con un afectuoso recado; y un domingo la sacó a pasear en su carruaje, complaciéndose visiblemente aquel día en responder con su mejor sonrisa a todos los saludos.

Porque los que poseen una buena condición, si bien la persiguen implacablemente en los demás cuando por causa de la posición o edad de éstos temen que lleguen a ser rivales, se complacen, por el contrario, por una especie de prolongación de egoísmo y por una fuerza de atracción que parece incontrastable y de naturaleza divina, en reconocer y proclamar en otros la condición que ellos mismos poseen, cuando no puede llegar a estorbarles.

Se aman y admiran a sí propios en los que, fuera ya de este peligro de rivalidad, tienen las mismas condiciones de ellos. Los miran como una renovación de sí mismos, como un consuelo de sus facultades que decaen, como si se viesan aún a sí propios tales como son aquellas criaturas nuevas, y no como ya van siendo ellos. Y las atraen a sí, y las retienen a su lado, como si quisiesen fijar, para que no se les escapase, la condición que ya sienten que los abandona. Hay, además, gran motivo de orgullo en oír celebrar la especie de mérito por que uno se distingue.

Verdad es que no había tampoco mejor manera de llamar la atención sobre sí que llevar cerca a Leonor. ¡Qué mirada, que parecía una plegaria! ¡Qué óvalo el del rostro, más perfecto y puro! ¡Qué cutis, que parecía que daba luz! ¡Qué encanto en toda ella, y qué armonía! De noche doña Andrea, que como a la menor de sus hijas la tuvo siempre en su lecho, no bien la veía dormida, la descubría para verla mejor; le apartaba los cabellos de la frente y se los alzaba por detrás para mirarle el cuello, le tomaba las manos, como podía tomar dos tórtolas, y se las besaba cuidadosamente; le acariciaba los pies, y se los cubría a lentos besos.

Alfombra hubiera querido ser doña Andrea, para que su hija no se lastimase nunca los pies, y para que anduviese sobre ella. Alfombra, cinta para su cuello, agua, aire, todo lo que ella tocase y necesitase para vivir, como si no tuviese otras hijas, quería ser para ella doña Andrea. Solía Leonor despertarse cuando su madre estaba contemplándola de esta manera; y entreabriendo dichosamente los ojos amantes y atrayéndola a sí con sus brazos, se dormía otra vez, con la cabeza de su madre entre ellos; de su madre, que apenas dormía.

¡Cómo no padecería la pobre señora cuando la directora del colegio, estando ya Leonor en sus trece años, la vino a ver, como quien hace un gran servicio, y en verdad para el porvenir de Leonor lo era, para que

le permitiese retener a Leonor en el colegio como alumna interna! En el primer instante, doña Andrea se sintió caer al suelo, y, sin palabras, se quedó mirando a la directora fijamente, como a una enemiga. De pensarlo no más, ya le pareció que le habían sacado el corazón del pecho.

Balbuceó las gracias. La directora entendió que aceptaba.

—Leonor, doña Andrea, está destinada por su hermosura a llamar la atención de una manera extraordinaria. Es niña todavía, y ya ve Vd. como anda por la ciudad la fama de su belleza. Vd. comprende que a mí me es más costoso tenerla en el colegio como a interna; pero creo de mi deber, por cariño a Vd. y al señor D. Manuel, acabar mi obra.

Y la madre parecía que quería adelantar una objeción; y la mujer hermosa, que en realidad, en fuerza de la plácida beldad de Leonor, había concebido por ella un tierno afecto, decía precipitadamente estas buenas razones, que la madre veía lucir delante de sí, como puñales encendidos.

—Porque Vd. ve, doña Andrea, que la posición de Leonor en el mundo, va a ser sumamente delicada. La situación a que están Vds. reducidas las obliga a vivir apartadas de la sociedad, y en una esfera en que, por su misma distinción natural y por la educación que está recibiendo, no puede encontrar marido proporcionado para ella. Acabando de educarse en mi colegio como interna, se rozará mucho más, en estos tres años, con las niñas más elegantes y ricas de la ciudad, que se harán sus amigas íntimas; yo misma iré cuidando especialmente de favorecer aquellas amistades que le puedan convenir más cuando salga al mundo, y le ayuden a mantenerse en una esfera a que de otro modo, sin más que su belleza, en la posición en que Vds. están, no podría llegar nunca. Hermosa e inteligente como es, y moviéndose en buenos círculos, será mucho más fácil que inspire el respeto de jóvenes que de otro modo la perseguirían sin respetarla, y encuentre acaso entre ellos el marido que la haga venturosa. ¡Me espanta, doña Andrea, dijo la directora que observaba el efecto de sus palabras en la pobre madre, me espanta pensar en la suerte que correría Leonor, tan hermosa como va a ser, en el desamparo en que tienen Vds. que vivir, sobre todo si llegase Vd. a faltarle! Piense Vd. en que necesitamos protegerla de su misma hermosura.

Y la directora, ya apiadada del gran dolor reflejado en las facciones de doña Andrea, que no tenía fuerzas para abrir los labios, ya deseosa de alcanzar con halagos su anhelo, había tomado las manos de doña Andrea, y se las acariciaba bondadosamente.

Entró Leonor en este instante, y en el punto de verla, fue como si los torrentes de llanto apretados por la agonía se saliesen al fin de sus

ojos; no dijo palabras, sino inolvidables sollozos; y se lanzó al encuentro de su hija, y se abrazó con ella estrechísimamente.

—Yo no iré, mamá, yo no iré: le decía Leonor al oído, sin que lo oyese la directora; aunque ya Leonor le había dicho a ésta que, si quería doña Andrea, ella quería ir.

A los pocos momentos doña Andrea, pálida, sentada ya junto a Leonor, a quien tenía de la mano, pudo por fin hablar. ¡Porque era ceder a cuanto le quedaba de don Manuel, a aquellas noches queridas suyas de silencio, en que su alma, a solas con su amargura y con su niña, recordaba y vivía; porque conforme se había ido apartando de todo, en sus hijas, y en Leonor, como un símbolo de todas ellas, se había refugiado, con la tenacidad de las almas sencillas que no tienen fuerza más que para amar; ¡porque dar a Leonor era como dar todas las luces y todas las rosas de la vida!

Por fin pudo hablar, y con una voz opaca y baja, como de quien habla de muy lejos, dijo:

—Bueno, señora, bueno. Y Dios le pagará su buena intención. Leonor se quedará en el colegio.

Y ya hemos visto en los comienzos de esta historia que estaba Leonor a punto de salir de él.

CAPÍTULO III

¿De qué ha de estar hablando toda la ciudad, sino de Sol del Valle? Era como la mañana que sigue al día en que se ha revelado un orador poderoso. Era como el amanecer de un drama nuevo. Era esa conmoción inevitable que, a pesar de su vulgaridad ingénita, experimentan los hombres cuando aparece súbitamente ante ellos alguna cualidad suprema. Después se coligan todos, en silencio primero, abiertamente luego, y dan sobre lo que admiraron. Se irritan de haber sido sorprendidos. Se encolerizan sordamente, por ver en otro la condición que no poseen. Y mientras más inteligencia tengan para comprender su importancia, más la abominan, y al infeliz que la alberga. Al principio, por no parecer envidiosos, hacen como que la acatan: y, como que es de fuertes no temer, ponen un empeño desmedido en alabar al mismo a quien envidian, pero poco a poco, y sin decirse nada, reunidos por el encono común, van agrupándose, cuchicheando, haciéndose revelaciones. Se ha exagerado. Bien mirado, no es lo que se decía. Ya se ha visto eso mismo. Esos ojos no deben ser suyos. De seguro que se recorta la boca con carmín. La línea de la espalda no es bastante pura. No, no es bastante pura. Parece como que hay una verruga en la espalda. No es verruga, es lobanillo. No es lobanillo, es joroba. Y acaba la gente por tener la joroba en los ojos, de tal modo que llega de veras a verla en la espalda, ¡porque la lleva en sí! Ea; eso es fijo: los hombres no perdonan jamás a aquellos a quienes se han visto obligados a admirar.

Pero allá, en un rincón del pecho, duerme como un portero soñoliento la necesidad de la grandeza. Es fama que, para dar al champaña su fragancia, destilan en cada botella, por un procedimiento desconocido, tres gotas de un licor misterioso. Así la necesidad de la grandeza, como esas tres gotas exquisitas, está en el fondo del alma. Duerme como si nunca hubiese de despertar, ¡oh, suele dormir mucho! ¡oh, hay almas en que el portero no despierta nunca! Tiene el sueño pesado, en cosas

de grandeza, y sobre todo en estos tiempos, el alma humana. Mil duendecillos, de figuras repugnantes, manos de araña, vientre hinchado, boca encendida, de doble hilera de dientes, ojos redondos y libidinosos, giran constantemente alrededor del portero dormido, y le echan en los oídos jugo de adormideras, y se lo dan a respirar, y se lo untan en las sienes, y con pinceles muy delicados le humedecen las palmas de las manos, y se les encucillan sobre las piernas, y se sientan sobre el respaldo del sillón, mirando hostilmente a todos lados, para que nadie se acerque a despertar al portero: ¡mucho suele dormir la grandeza en el alma humana! Pero cuando despierta, y abre los brazos, al primer movimiento pone en fuga a la banda de duendecillos de vientre hinchado. Y el alma entonces se esfuerza en ser noble, avergonzada de tanto tiempo de no haberlo sido. Sólo que los duendecillos están escondidos detrás de las puertas, y cuando les vuelve a picar el hambre, porque se han jurado comerse al portero poco a poco, empiezan a dejar escapar otra vez el aroma de las adormideras, que a manera de cendales espesos va turbando los ojos y velando la frente del portero vencido; y no ha pasado mucho tiempo desde que puso a los duendes en fuga, cuando ya vuelven éstos en confusión, se descuelgan de las ventanas, se dejan caer por las hojas de las puertas, salen de bajo las losas descompuestas del piso, y abriendo las grandes bocas en una risa que no suena, se le suben agílisimamente por las piernas y brazos, y uno se le para en un hombro, y otro se le sienta en un brazo, y todos agitan en alto, con un ruido de rata que roe, las adormideras. Tal es el sueño del alma humana.

¿De qué ha de estar hablando toda la ciudad, sino de Sol del Valle?

De ella, porque hablan de la fiesta de anoche: de ella, porque la fiesta alcanzó inesperadamente, a influjo de aquella niña ayer desconocida, una elevación y entusiasmo que ni los mismos que contribuyeron a ello volverían a alcanzar jamás. Tal como suelen los astros juntarse en el cielo, ¡ay! para chocar y deshacerse casi siempre, así, con no mejor destino, suelen encontrarse en la tierra, como se encontraron anoche, el genio, y ese otro genio, la hermosura.

De fama singular había venido precedido a la ciudad el pianista húngaro Keleffy. Rico de nacimiento, y enriquecido aún más por su arte, no viajaba, como otros, en busca de fortuna. Viajaba porque estaba lleno de águilas, que le comían el cuerpo, y querían espacio ancho, y se ahogaban en la prisión de la ciudad. Viajaba porque casó con

una mujer a quien creyó amar, y la halló luego como una copa sorda, en que las armonías de su alma no encontraban eco, de lo que le vino postración tan grande que ni fuerzas tenía aquel músico-atleta, para mover las manos sobre el piano: hasta que lo tomó un amigo leal del brazo, y le dijo "Cúrate"; y lo llevó a un bosque, y lo trajo luego al mar, cuyas músicas se le entraron por el alma medio muerta, se quedaron en ella, sentadas y con la cabeza alta, como leones que husmean el desierto, y salieron al fin de nuevo al mundo en unas fantasías arrebatadas que en el barco que lo llevaba por los mares improvisaba Keleffy, las que eran tales, que si se cerraban los ojos cuando se las oía, parecía que se levantaban por el aire, agrandándose conforme subían, unas estrellas muy radiosas, sobre un cielo de un negro hondo y temible, y otras veces, como que en las nubes de colores ligeros iban dibujándose unas como guirnaldas de flores silvestres, de un azul muy puro, de que colgaban unos cestos de luz: ¿qué es la música sino la compañera y guía del espíritu en su viaje por los espacios? Los que tienen ojos en el alma, han visto eso que hacían ver las fantasías que en el mar improvisaba Keleffy: otros hay, que no ven, por lo que niegan muy orondos que lo que ellos no han visto, otros lo vean. Es seguro que un topo no ha podido jamás concebir un águila.

Keleffy viajaba por América, porque le habían dicho que en nuestro cielo del Sur lucen los astros como no lucen en ninguna otra parte del cielo, y porque le hablaban de unas flores nuestras, grandes como cabeza de mujer y blancas como la leche, que crecen en los países del Atlántico, y de unas anchas hojas que se crían en nuestra costa exuberante, y arrancan de la madre tierra y se tienden voluptuosamente sobre ella, como los brazos de una divinidad vestida de esmeraldas, que llamasen, perennemente abiertas, a los que no tienen miedo de amar los misterios y las diosas.

Y aquel dolor de vivir sin cariño, y sin derecho para inspirarlo ni aceptarlo, puesto que estaba ligado a una mujer a quien no amaba; aquel dolor que no dormía, ni tenía paces, ni le quería salir del pecho, y le tenía la fantasía como apretada por serpientes, lo que daba a toda su música un aire de combate y tortura que solía privarla del equilibrio y proporción armoniosa que las obras durables de arte necesitan; aquel dolor, en un espíritu hermoso que, en la especie de peste amorosa que está enlizando el mundo en los pueblos antiguos, había salvado, como una paloma herida, un apego ardentísimo a lo casto; aquel dolor, que a veces con las manos crispadas se buscaba el triste músico por sobre

el corazón, como para arrancárselo de raíz, aunque se tuviera que arrancar el corazón con él; aquel dolor no le dejaba punto de reposo, le hacía parecer a las veces extravagante y huraño, y aunque por la suavidad de su mirada y el ardor de su discurso se atrajese desde el primer instante, como un domador de oficio, la voluntad de los que le veían, poco a poco sentía él que en aquellos afectos iba entrando la sorda hostilidad con que los espíritus comunes persiguen a los hombres de alma superior, y aquella especie de miedo, si no de terror, con que los hombres, famélicos de goces, huyen, como de un apestado, de quien, bajo la pesadumbre de un infortunio, ni sabe dar alegrías, ni tiene el ánimo dispuesto a compartirlas.

Ya en la ciudad de nuestro cuento, cuya gente acomodada había ido toda, y en más de una ocasión, de viaje por Europa, donde apenas había casa sin piano, y, lo que es mejor, sin quien tocara en él con natural buen gusto, tenía Keleffy numerosos y ardientes amigos; tanto entre los músicos sesudos, por el arte exquisito de sus composiciones, como entre la gente joven y sensible, por la melodiosa tristeza de sus romanzas. De modo que cuando se supo que Keleffy venía, y no como un artista que se exhibe, sino como un hombre que padece, determinó la sociedad elegante recibirle con una hermosísima fiesta, que quisieron fuese como la más bella que se hubiera visto en la ciudad, ya porque del talento de Keleffy se decían maravillas, ya porque esta buena ciudad de nuestro cuento no quería ser menos que otras de América, donde el pianista había sido ruidosamente agasajado.

En la "casa de mármol" dispusieron que se celebrase la gran fiesta: con un tapiz rojo cubrieron las anchas escaleras; los rincones, ya en las salas, ya en los patios, los llenaron de palmas; en cada descanso de la escalera central había un enorme vaso chino lleno de plantas de camelia en flor; todo un saloncito, el de recibir, fue colgado de seda amarilla; de lugares ocultos por cortinas venía un ruido de fuentes. Cuando se entraba en el salón, en aquella noche fresca de la primavera, con todos los balcones abiertos a la noche, con tanta hermosa mujer vestida de telas ligeras de colores suaves, con tanto abanico de plumas, muy de moda entonces, moviéndose pausadamente, y con aquel vago rumor de fiesta que comienza, parecía que se entraba en un enorme cesto de alas. La tapa del piano, levantada para dar mayor sonoridad a las notas, parecía, como dominándolas a todas, una gran ala negra.

Keleffy, que discernía la suma de verdadero afecto mezclada en aquella fiesta de la curiosidad y sentía desde su llegada a América como si constantemente estuviesen encendidos en su alma dos grandes ojos negros; Keleffy a quien fue dulce no hallar casa, donde sus últimos dolores, vaciados en sus romanzas y nocturnos, no hubiesen encontrado manos tiernas y amigas, que se las devolvían a sus propios oídos como atenuados y en camino de consuelo, porque "en Europa se toca, decía Keleffy, pero aquí se acaricia el piano"; Keleffy, que no notaba desacuerdo entre el casto modo con que quería él su magnífico arte, y aquella fiesta discreta y generosa, en que se sentía el concurso como penetrado de respeto, en la esfera inquieta y deleitosa de lo extraordinario; Keleffy, aunque de una manera apesurada y melancólica, y más de quien se aleja que de quien llega, tocó en el piano de madera negra, que bajo sus manos parecía a veces salterio, flauta a veces, y a veces órgano, algunas de sus delicadas composiciones, no aquellas en que se hubiera dicho que el mar subía en montes y caía roto en cristales, o que braceaba un hombre con un toro, y le hendía el testuz, y le doblaba las piernas, y lo echaba por tierra, sino aquellas otras flexibles fantasías que, a tener color, hubieran sido pálidas, y a ser cosas visibles, hubiesen parecido un paisaje de crepúsculo.

En esto, se oyó en todo el salón un rumor súbito, semejante al que en días de fiestas nacionales se oye en la muchedumbre de las plazas cuando rompe en un ramo de estrellas en el aire un fuego de artificio. ¡Ya se sabía que en el Instituto de la Merced había una niña muy bella! que era Sol del Valle; ¡pero no se sabía que era tan bella! Y fue al piano; porque ella era la discípula querida del Instituto y ninguna como ella entendía aquella plegaria de Keleffy "¡Oh, madre mía!" y la tocó, trémula al principio, olvidada después en su música y por esto más bella; y cuando se levantó del piano, el rumor fue de asombro ante la hermosura de la niña, no ante el talento de la pianista, no común por otra parte; y Keleffy la miraba, como si con ella se fuese ya una parte de él; y, al verla andar, la concurrencia aplaudía, como si la música no hubiera cesado, o como si se sintiese favorecida por la visita de un ser de esferas superiores, u orgullosa de ser gente humana, cuando había entre los seres humanos tan grande hermosura.

¿Cómo era? ¡Quién lo supo mejor que Keleffy! La miró, la miró con ojos desesperados y avarientos. Era como una copa de nácar, en quien nadie hubiese aún puesto los labios. Tenía esa hermosura de la

aurora, que arropa y ennoblece. Una palma de luz era. Keleffy no la hablaba, sino la veía. La niña, cuando se sentó al lado de la directora, casi rompió en lágrimas. La revelación, la primera sensación del propio poder, lisonjea y asusta. Se tuvo miedo la niña, y aunque muy contenta de sí, halagada por aquel rumor como si le rozasen la frente con muy blandas plumas, se sintió sola y en riesgo, y buscó con los ojos, en una mirada de angustia a doña Andrea, ¡ay! a doña Andrea que, conforme iban pasando los años, se hundía en sí misma, para ver mejor a don Manuel, de tal manera que ya, si sonreía siempre, apenas hablaba. Se conversaba apresuradamente. Todos los ojos estaban sobre ella. ¿Quién es? Las mujeres no la celebraban, se erguían en sus asientos para verla; movían rápidamente el abanico, cuchicheaban a su sombra con su compañera; se volvían a mirarla otra vez. Los hombres, sentían en sí como una rienda rota; y algunos, como un ala. Hablaban con desusada animación. Se juntaban en corrillos. La medían con los ojos. Ya la veían de su brazo ostentándola en el salón, y le estrechaban el talle en el baile ardiente y árevido; ya meditaban la frase encomiástica con que habían de deslumbrar al ser presentados a ella. “¿Conque ésa es Sol del Valle?” “¿En qué casas visita?” “¿Va a casa de Lucía Jerez?” “Juan Jerez es amigo de la señora.” “Allí está Juan Jerez; que nos presente.” “Yo soy amigo de la directora; vamos.” “¿Quién nos presentará a ella?” ¡Pobre niña! Su alcoba no la vio nunca como la dejaron aquellos curiosos. No es para la mayor parte de los hombres una obra santa, y una copa de espíritu la hermosura; sino una manzana apetitosa. Si hubiera un lente que permitiese a las mujeres ver, tales como les pasean por el cráneo los pensamientos de los hombres, y lo que les anda en el corazón, los querrían mucho menos.

Pero no era un hombre, no, el que con más insistencia, y un cierto encono mezclado ya de amor, miraba a Sol del Valle, y con dificultad contenía el llanto que se le venía a mares a los ojos, abiertos, en los que se movían los párpados apenas. La conocía en aquel momento, y ya la amaba y la odiaba. La quería como una hermana; ¡qué misterios de estas naturalezas bravías e iracundas! y la odiaba con un aborrecimiento irresistible y trágico. Y cuando un caballero apuesto y cortés que saludaba mucha gente a su paso, se acercó, por lo mismo que vivía en esfera social más alta, más que a saludar, a proteger a Sol del Valle, cuando Juan Jerez llegó al fin al lado de la niña, y Lucía Jerez, que era quien de aquella manera la miraba, los vio juntos, cerró los ojos, inclinó la cabeza sobre el hombro como quien se muere; se le puso todo el rostro

amarillo; y sólo al cabo de algún tiempo, al influjo del aire que agitaban sus compañeras con los abanicos, volvió a abrir los ojos, que parecían turbios, como si hubiera cruzado por su pensamiento un ave negra.

Y Keleffy en aquellos instantes tenía subyugada y muda a la concurrencia. Allí sus esperanzas puras de otros tiempos; sus agonías de esposo triste; el desorden de una mente que se escapa; el mar sereno luego; la flora toda americana, ardiente y rica; el encogimiento sombrío del alma infeliz ante la naturaleza hermosa; una como invasión de luz que encendiese la atmósfera, y penetrase por los rincones más negros de la tierra, y a través de las ondas de la mar, a sus cuevas de azul y corales; una como águila herida, con una llaga en el pecho que parecía una rosa, huyendo, a grandes golpes de ala, cielo arriba, con gritos desesperados y estridentes. Así, como un espíritu que se despide, tocó Keleffy el piano. Jamás pudo tanto, ni nadie le oyó así segunda vez. Para Sol era aquella fantasía; para Sol, a quien ni volvería a ver nunca, ni dejaría de ver jamás. Sólo los que persiguen en vano la pureza, saben lo que regocija y exalta el hallarla. Sólo los que mueren de amor a la hermosura entienden cómo, sin vil pensamiento, ya a punto de decir adiós para siempre a la ciudad amiga, tocó aquella noche en el piano Keleffy. Pero tocó de tal manera que, aun para la gente inculta, es todavía aquél un momento inolvidable. “Nos llevaba como un triunfador”, decía un cronista al día siguiente, “sujetos a su carro. ¿Adónde íbamos? nadie lo sabía. Ya era un rayo que daba sobre un monte, como el acero de un gigante sobre el castillo donde supone a su dama encantada; ya un león con alas, que iba de nube en nube; ya un sol virgen que de un bosque temido, como de un nido de serpientes, se levanta; ya un recodo de selva nunca vista, donde los árboles no tenían hojas, sino flores; ya un pino colosal que, con estruendo de gemidos, se quebraba; era una grande alma que se abría. Mucho se había hecho admirar el apasionado húngaro en el comienzo de la fiesta; mas, aquella arrebatadora fantasía, aquel desborde de notas; ora plañideras, ora terribles, que parecían la historia de una vida, aquella, que fue su última pieza de la noche, porque nadie después de ella osó pedirle más, vino tan inmediatamente después de la aparición de la señorita Sol del Valle, orgullo desde hoy de la ciudad. que todos reconocimos en la improvisación maravillosa del pianista el influjo que en él, como en cuantos anoche la vieron, con su vestido blanco y su aureola de inocencia, ejerció la pasmosa hermosura de la niña. Nace bien esta beldad extraordinaria, con el genio a sus plantas.”

Dos amigas están sentadas a la sombra de la magnolia, nuestra antigua conocida. En un sillón está sentada Lucía. Otras sillas de mimbre esperan a sus dueñas, que andan preparando dulces por los adentros de la casa, o con Ana, que no está bien hoy. Está muy pálida. No se espera gente de afuera aquella tarde; Juan Jerez no está en la ciudad: fue el viernes a defender en el tribunal de un pueblo vecino los derechos de unos indios a sus tierras, y aún no ha vuelto. Lucía hubiera estado más triste, si no hubiera tenido a su amiga a su lado. Juan no puede venir. Ferrocarril no hay hoy. A caballo, es muy lejos. A los pies de Lucía, en una banqueta, con los brazos cruzados sobre las rodillas de la niña, ¿quién es la que está sentada, y la mira con largas miradas, que se entran por el alma como reinas hermosas que van a buscar en ella su aposento, y a quedarse en ella; y la deja jugar con su cabeza, cuya cabellera castaña destrenza y revuelve, y alisa luego hacia arriba con mucho cuidado, de modo que se le vea el noble cuello? A los pies de Lucía está Sol del Valle.

Desde la noche de la fiesta de Keleffy, Lucía y Sol se han visto muchas veces. ¿De conocerla, cómo había de librarse, en estas ciudades nuestras en que todo el mundo se conoce? Aquella misma noche, y no fue Juan por cierto, Lucía, muy adulada por la directora del Instituto de la Merced, de donde había salido tres años antes, se vio en brazos de Sol, que la miraba llena de esperanza y ternura. Se levantó la directora y llevó a Sol de la mano a donde Lucía estaba, taciturna. Las vio venir, y se echó atrás.

—¡Vienen a mí, a mí! se dijo.

—Lucía, aquí te traigo una amiga, para que te la pongas en el corazón, y me la cuides como cosa de tu casa. En tus manos la puedo dejar: tú no eres envidiosa.

Y a Sol se le encendía el rostro, sin saber qué decir, y a Lucía se le desvanecía el color, buscando en balde fuerzas con que mover la mano y abrir los labios en una sonrisa.

—Pero esto no ha de ser así, no.

Y la directora puso el brazo de Sol en el de Lucía, y acompañadas de miradas celosas, se refugió por algunos momentos con ellas en un balcón, cuya baranda de granito estaba oculta bajo una enredadera florecida de rosas salomónicas. El balcón era grande y solemne; la noche, ya muy entrada, y el cielo, cariñoso y locuaz, como se pone en nuestros países cuando el aire está claro, y parece como que platican y se hacen visitas las estrellas.

—Y ante todo, Lucía y Sol, denese un beso.

—Mira, Lucía,—dijo la directora juntando en sus manos las de las dos niñas y hablando como si no estuviese Sol con ellas, quien se sentía las mejillas ardientes, y el pecho apretado con lo que la maestra iba diciendo, tanto, que por un instante vio el cielo todo negro, y como que desde su casita la estaba llamando doña Andrea.—Mira, Lucía, tú sabes cómo entra en la vida Sol del Valle, como lo sabe todo el mundo. Su padre se ha muerto. Su madre está en la mayor pobreza. Yo, que la quiero como a una hija, he procurado educarla para que se salve del peligro de ser hermosa siendo tan pobre.

Sintió Lucía en aquel instante como si la mano de Sol le temblase en la suya, y hubiese hecho un movimiento por retirarla y ponerse en pie.

—Señora...

—No, no, Lucía. La que va a ser mujer de Juan Jerez...

La sombra de una de las cortinas de la enredadera, que flotaba al influjo del aire, escondió en este instante el rostro de Sol.

—...merece que yo ponga en sus manos, para que me la enseñe al mundo a su lado y me la proteja, la joya de la casa con que ha sido Juan Jerez tan bueno.

Aquí la cortina flotante de la enredadera cubrió con su sombra el rostro de Lucía.

—Juan...

—Juan ha sido muy bueno, dijo como con cierta prisa voluntaria la directora. El apenas conoce a Sol, porque ha ido muy poco a casa de doña Andrea; pero como es tan generoso, se alegrará de que tú ampires a esta niña, con el respeto de tu casa, de los que, porque la verán desvalida...

Más blanco que su vestido pudo verse en este momento, el rostro de Sol.

—...querrán faltarle al respeto. Ya Sol ha acabado su colegio; pero para que mi obra no quede incompleta, voy a dejarla en él como profesora, y así ayudará a su madre a llevar los gastos de la casa, y le hemos tomado ya a doña Andrea una casita mejor, cerca del Instituto. Yo espero. añadió la señora gravemente, y como si las estrellas no estuviesen brillando en el cielo, que Sol será una buena maestra. Yo, Lucía, no podré llevarla a todas partes, porque ya he dejado de ser joven, y los cuidados del colegio me lo impiden; pero quiero que tú hagas mis veces, y ya lo sabes, dijo con una ligera emoción en la voz dando un beso en la mejilla de Lucía, cuídamela. Que sientan que el que no pueda llegar hasta ti, no puede llegar hasta ella. Cuando haya una fiesta,

lévala. Ella se vestirá siempre linda, porque yo la he enseñado a hacérselo todo y es maestra en coser. Convidala a tu casa, para que nadie tenga reparo en convidarla a la suya: que el que entra en tu casa puede entrar en todas partes. Sol es tan bonita como agradecida.

—Sí, sí, señora, interrumpió Lucía que en sus mejillas propias estaba sintiendo la palidez de las de Sol. Yo la llevaré conmigo. Yo sí, yo sí, ahora mismo la presentaré a todas mis amigas. Iremos juntas la Semana Santa. No me digas que no, Sol. Iremos al teatro siempre juntas.

Y el cariño le iba creciendo con las palabras, que decía amontonadamente, como si tuviese prisa por olvidarse de algo, o quisiese vengarse de sí misma.

—Bueno, vamos entonces, que yo veo que la gente curioseas porque estamos cuchicheando tanto tiempo. Vamos.

Sol no hablaba. Lucía, como que quería defenderla de la directora, que entraba ya en el salón con su paso pomposo.

—Enseguida, señora, enseguida. Entre Vd. y detrás vamos nosotras. Voy a coger dos rosas de esta enredadera: ésta para Sol, y se la prendió con mucha ternura, mirándola amorosamente en los ojos; ésta, que es la menos bonita, para mí.

—¡Oh, Vd. es tan buena!

—¿Vd.? No, Sol, yo soy tu hermana. No hagas caso de lo que dice la directora. Yo te querré siempre como una hermana. Y abrió los brazos, y apretó en ellos a Sol, a la que llevaba sin miedo, presísimamente.

—Oh, dijo Sol de pronto ahogando un grito. Y se llevó la mano al seno, y la sacó con la punta de los dedos roja. Era que al abrazarla Lucía, se le clavó en el seno una espina de la rosa.

Con su propio pañuelo secó Lucía la sangre, y de brazo las dos entraron en la sala. Lucía también estaba hermosa.

—¿Cómo entenderte, Lucía? decía Juan a su prima unos quince días después de la noche de la fiesta, con una intención severa en las palabras que él con Lucía nunca había usado. Desde hace unos quince días, espera, creo que me acuerdo, desde la noche de Keleffy, te encuentro tan injusta, que a veces, creo que no me quieres.

—¡Juan! ¡Juan!

—Bueno. Lucía: tú sí me quieres. Pero ¿qué te hago yo que explique esas durezas tuyas de carácter, para mí que vengo a ti como viene el sediento a un vaso de ternuras? Más cariño no puedes desear. Pensar,

yo sí pienso en todo lo más difícil y atrevido; pero querer, Lucía, yo no quiero más que a ti. Yo he vivido poco; pero tengo miedo de vivir y sé lo que es, porque veo a los vivos. Me parece que todos están manchados, y en cuanto alcanzan a ver un hombre puro empiezan a correrle detrás para llenarle la túnica de manchas. La verdad es que yo, que quiero mucho a los hombres, vivo huyendo de ellos. Siento a veces una melancolía dolorosa. ¿Qué me falta? La fortuna me ha tratado bien. Mis padres me viven. Me es permitido ser bueno. Y además, te tengo —le dijo tomándola cariñosamente de la mano que Lucía le abandonó como apenada y absorta.

—Te tengo, y de ti me vienen, y en ti busco, las fuerzas frescas que necesito para que el corazón no se me espante y debilite. Cada vez que me asomo a los hombres, me echo atrás como si viera un abismo; pero de cada vez que vengo a verte, saco un brío para batallar y un poder de perdón que hacen que nada me parezca difícil para que yo lo acometa. No te rías, Lucía; pero es la verdad. ¿Tú has leído unos versos de Longfellow que se llaman “Excelsior”? Un joven, en una tempestad de nieve, sube por un puerto pobre, montaña arriba, con una bandera en la mano que dice:—“Excelsior”. No te sonrías; yo sé que sabes tú latín: “¡Más alto!”—Un anciano le dice que no vaya adelante, que el torrente ruge abajo y la tempestad se viene encima: “¡Más alto!”—Una joven linda—¡no tan linda como tú!—le dice: “Descansa la cabeza fatigada en mi seno”. Y al joven se le humedecen los ojos azules, pero aparta de sí a la enamorada y le dice: “¡Más alto!”

—¡Ah no! pero tú no me apartarás a mí de ti. Yo te quito la bandera de las manos. Tú te quedas conmigo. ¡Yo soy lo más alto!

—No, Lucía: los dos juntos llevaremos la bandera. Yo te tomo para todo el viaje. Mira que, como soy bueno, no voy a ser feliz. ¡No te me canses! Y le besó la mano.

Lucía le acariciaba con los ojos la cabeza.

Y el joven al fin siguió adelante: y los monjes lo hallaron muerto al día siguiente, medio sepultado en la nieve; pero con la mano asida a la bandera, que decía: “¡Más alto!” Pues bien, Lucía: cuando no te me pones majadera, cuando no me haces lo que ayer, que me miraste de frente como con odio y te burlaste de mí y de mi bondad, y sin saberlo llegaste hasta dudar de mi honradez, cuando no te me vuelves loca como ayer, me parece cuando salgo de aquí, que me brilla en las manos la bandera. Y veo a todo el mundo pequeño, y a mí como un gigante dichoso. Y siento mayor necesidad, una vehemente necesidad de

amar y perdonar a todo el mundo. En la mujer, Lucía, como que es la hermosa mayor que se conoce, creemos los poetas hallar como un perfume natural todas las excelencias del espíritu; por eso los poetas se apegan con tal ardor a las mujeres a quienes aman, sobre todo a la primera a quien quieren de veras, que no es casi nunca la primera a quien han creído querer, por eso cuando creen que algún acto pueril o inconsiderado las desfigura, o imaginan ellos alguna frivolidad o impureza, se ponen fuera de sí, y sienten unos dolores mortales, y tratan a su amante con la indignación con que se trata a los ladrones y a los traidores, porque como en su mente las hicieran depositarias de todas las grandezas y claridades que apetecen, cuando creen ver que no las tienen, les parece que han estado usurpándoles y engañándoles con maldad refinada, y creen que se derrumban como un monte roto, por la tierra, y mueren aunque sigan viviendo, abrazados a las hojas caídas de su rosa blanca. Los poetas de raza mueren. Los poetas segundones, los tenientes y alféreces de la poesía, los poetas falsificados, siguen su camino por el mundo besando en venganza cuantos labios se les ofrecen, con los suyos, rojos y húmedos en lo que se ve, ¡pero en lo que no se ve tintos de veneno! Vamos, Lucía, me estás poniendo hoy muy hablador. Tú ves, no lo puedo evitar. Si me oyeran otras gentes, dirían que era un pedante. Tú no lo dices, ¿verdad? Es que en cuanto estoy algún tiempo cerca de ti, de ti que nadie ha manchado, de ti en quien nadie ha puesto los labios impuros, de ti en quien mido yo como la carne de todas mis ideas y como una almohada de estrellas donde reclino, cuando nadie me ve, la cabeza cansada, estas cosas extrañas, Lucía, me vienen a los labios tan naturalmente que lo falso sería no recordartas. Por fuera me suelen acusar de que soy rebuscado y exagerado, y tú habrás notado que ya yo hablo muy poco. ¿Qué culpa tengo yo de que sea así mi naturaleza, y de que al influjo de tu cariño enseñe todas sus flores?

Y le besó las dos manos, como pudiera un niño haber besado dos tórtolas.

Así, aunque no parezca cierto, suelen hablar y sentir algunos seres "vivos y efectivos", como dicen las lápidas de los nichos en que están enterrados los oficiales militares muertos en el servicio de la corona española. Así exactamente, y sin quitar ni poner ápice, era como sentía y hablaba Juan Jerez.

—Tú me perdonas, Juan, dijo Lucía antes de que hubieran pasado algunos momentos, bajos los ojos y la voz, como pecador contrito que

pide humildemente la absolución de su pecado. Juan yo no sé qué es, ni sé para qué te quiero, aunque si sé que te quiero por lo mismo que vivo, y que si no te quisiera no viviría. Y mira, Juan, te miento; ahora mismo te estoy mintiendo, yo creo que no sé por qué te quiero, pero debo saberlo muy bien, sin notarlo yo, porque sé por qué pueden quererte los demás. Y como si te conocen, han de quererte como yo te quiero, ¡no me regañes Juan! ¡yo no quisiera que tú conocieses a nadie! ¡Yo te querría mudo, yo te querría ciego: así no me verías más que a mí, que le cerraría el paso a todo el mundo, y estaría siempre ahí, y como dentro de ti, a tus pies donde quisiera estar ahora! ¿Tú me perdonas, Juan? Luego, yo no soy soberbia, y no creo que yo sólo soy hermosa: ¡tú dices que yo soy hermosa! yo sé que fuera de mí hay muchas cosas y muchas personas bellas y grandes; yo sé que no están en mí todas las hermosuras de la tierra, y como a ti te caben en el alma todas, y eres tan bueno que te he visto recoger las flores pisadas en las calles y ponerlas con mucho cuidado donde nadie las pise, creo, Juan, que yo no te basto, que cualquier cosa o persona hermosa, te gustaría tanto como yo, y odio un libro si lo lees, y un amigo si lo vas a ver, y una mujer si dicen que es bella y puedes verla tú. Quisiera reunir yo en mí misma todas las bellezas del mundo, y que nadie más que yo tuviera hermosura alguna sobre la tierra. Porque te quiero, Juan, lo odio todo. Y yo no soy mala, Juan; yo me avergüenzo de eso, y luego me entran remordimientos, y besaría los pies de los que un momento antes quería no ver vivos, y de mi sangre les daría para que viviesen si se muriesen; ¡pero hay instantes, Juan, en que odio a todas las cosas, a todos los hombres y a todas las mujeres! ¡Oh, a todas las mujeres! Cuando no estás a mi lado, y pienso en alguien que pueda agradar tus ojos u ocupar tu pensamiento, créemelo, Juan; ¡ni sé lo que veo, ni sé qué es lo que me posee, pero me das horror, Juan y te aborrezco entonces, y odio tus mismas cualidades, y te las echo en cara, como ayer, para ver si llegas tú a odiarlas, y a no ser tan bueno, y si así no te quieren! Eso es, Juan, no es más que eso. A veces, y te lo diré a ti sólo, sufro tanto que me tiendo en el suelo en mi cuarto, cuando no me ven, como una muerta. Necesito sentir en las sienes mucho tiempo el frío del mármol. Me levanto, como si estuviera por dentro toda despedazada. Me muero de una envidia enorme por todo lo que tú puedas querer y lo que pueda quererte. Yo no sé si eso es malo, Juan: ¿tú me perdonas?

La magnolia, nuestra antigua conocida, oyó, a las últimas luces de la tarde, el final de esta conversación congojosa.

Lindo es el montecito que domina por el Este a la ciudad, donde a brazo partido lucharon antaño, macana contra lanza y carne contra hierro, el jefe de los indios y el jefe de los castellanos, y de barranco en barranco abrazados, matándose y admirándose iban cayendo, hasta que al fin, ya exhausto, e hiriéndose con 'su propia macana la cabeza, cayó el indio a los pies del español, que se levantó la visera, dejando ver el rostro bañado en sangre, y besó al indio muerto en la mano. Luego, como que era recio de subir, le escogieron para sus penitencias los devotos, y es fama que por su falda pedregosa subían de rodillas en lo más fuerte del sol, los penitentes, cantando el rosario.

Vinieron gentes nuevas, y como que el monte es corto y de forma bella, y desde él se ve a la ciudad, con sus casas bajas, de patios de arbolado, como una gran cesta de esmeraldas y ópalos, limpiaron de piedras y yerbajos la tierra que, bien abonada, no resultó ingrata; y de la mejor parte del monte hicieron un jardín que entre los pueblos de América no tiene rival, puesto que no es uno de esos jardinuelos de flores enclenques, y arbustos podados, con trocitos de césped entre enverjados de alambre, que más que cosa alguna dan idea de esclavitud y artificio, y de los que con desagrado se aparta la gente buena y discreta; sino uno como bosque de nuestras tierras, con nuestras propias y grandes flores y nuestros árboles frutales, dispuestos con tal arte que están allí con gracia y abandono, y en grupos irregulares y como poco cuidados, de tal manera que no parece que aquellos bambúes, plátanos y naranjos han sido llevados allí por las manos de jardinero, ni aquellos lirios de agua, puestos como en montón que bordan el estrecho arroyo cargado de aguas secas, fueron allí trasplantados como en realidad fueron: antes bien, parece que todo aquello floreció allí de suyo y con libre albedrío, de modo que allí el alma se goza y comunica sin temor, y no bien hay en la ciudad una persona feliz, ya necesita ir a decirselo al montecito que nunca se ve solo, ni de día ni de noche.

Por allí, en la tarde en que vamos caminando, halló Pedro Real razón para encontrarse a caballo, el cual dejó en la cumbre, mientras que, golpeándose con el latiguillo los botines, se perdía, sin recordar el cuadro de Ana, por la calle de los lirios. Por allí, y sin saber por cierto que Pedro andaba cerca, acababa Adela, con tres amigas suyas, que estrenaban unos sombreros de paja crema adornados con lilas, de bajar del carruaje, que en la cumbre, con los caballos, esperaba. Por allí, sin que lo supiese Adela tampoco, aunque sí lo sabía Pedro, andaban lentamente, con las dos niñas menores, Sol y doña Andrea: doña Andrea, que desde

que el colegio le devolvió a su Sol y podía a su sabor recrear los ojos, con cierto pesar de verle el alma un poco blanda y perezosa, en aquella niña suya de "cutis tan transparente, decía ella, como una nube que vi una vez, en París, en un medio punto de Murillo", andaba siempre hablando consigo en voz baja, como si rezase; y otras regañaba por todo, ella que no regañaba antes jamás, pues lo que quería en realidad, sin atreverse, era regañar a Sol, de quien se encendía en celos y en miedos, cada vez que oía preparativos de fiesta o de paseo, que por cierto no eran muchos, pero sobrados ya para que temiese con justicia doña Andrea por su tesoro. Ni con el mayor bienestar que con el sueldo de Sol en el colegio había entrado en la casa, se contentaba doña Andrea; y a veces se dio la gran injusticia de que aquella hermosura que ella tanto mimaba, y que desde la infancia de la niña cuidaba ella y favorecía, se la echase en cara como un pecado, que le llevó un día a prorrumpir en este curiosísimo despropósito, que a algunas personas pareció tan gracioso como cuerdo: "Si Manuel viviera, tú no serías tan hermosa." Enojábase, doña Andrea, cuando oía, allá por la hora en que Sol volvía con una criada anciana del colegio, la pisada atrevida del caballo de cierto caballero que ella muy especialmente aborrecía; y si Sol hubiese mostrado, que nunca lo mostró, deseos de ver la arrogante cabalgadura, fuera de una vez que se asomó sonriendo y no descontenta, a verla pasar detrás de sus persianas, es seguro que por allí hubieran encontrado salida las amarguras de doña Andrea, que miraba a aquel gallardísimo galán, a Pedro Real, como a abominable enemigo. Ni a galán alguno hubiera soportado doña Andrea, cuyos pesares aumentaba la certidumbre de que aquel que ella hubiera querido por tenerlo muy en el alma, que poseyese a su Sol, no sería de Sol nunca, por lo alto que estaba, y porque era ya de otra. Mas aquella mansísima señora se estremecía cuando pensaba que, por parecer proporcionados en la gran hermosura externa, pudiesen algún día acercarse en amores aquel catador de labios encendidos y aquella copa de vino nuevo. Sentía fuerzas viriles doña Andrea, y determinación de emplearlas, cada vez que el caballo de Pedro Real piafaba sobre los adoquines de la calle. ¡Como si los cuerpos enseñasen el alma que llevan dentro! Una vez, en una habitación recamada de nácar, se encontró refugiado a un bandido. Da horror asomarse a muchos hombres inteligentes y bellos. Se sale huyendo, como de una madriguera. Y ya se sabía por toda la ciudad, con envidia de muchas locuelas, que tras de Sol del Valle había echado Pedro Real todos sus deseos, sus ojos melódicos, su varonil figura, sus caballos caracoleadores, sus ímpetus de

enamorado de leyenda. Y lo despótico de la afición se le conocía en que, bruscamente, y como si no hubiera estado perturbando con vislumbres de amor sus almas nuevas, cesó de decir gallardías, a afectar desdenes a aquellas que más de cerca le tuvieron desde su llegada de París, ya porque de público se las señalase como las conquistas más apetecidas, ya porque lo picante de su trato le diese fácil ocasión para aquellas conversaciones salpimentadas que son muy de uso entre aquellos de nuestros caballeros jóvenes que han visto tierras, y suplen con lo atrevido del discurso la escasez de la gracia y el intelecto. La conversación con las damas ha de ser de plata fina, y trabajada en filigrana leve, como la trabajan en Génova y México.

En ser visto donde Sol del Valle había de verlo, ponía Pedro Real el mayor cuidado; en que no se la viera sin que se le viese a él; si al teatro, bajo el palco a que fue Sol, que fue el de la directora, y no más que dos veces, estaba la luneta de Pedro; si en Semana Santa, por donde Sol iba con Lucía y Adela, Pedro, sin piedad por Adela, aparecía. Decirle, nada le había dicho. Ni escribirle. Ni nadie afectaba, al saludarla en público, encogimiento y moderación mayores. Y parecía más arrogante, porque no iba tan pulido. Ni le decía, ni le escribía; pero quería llenarle el aire de él. A la salida del teatro, la segunda noche que fue a él Sol, ofrecía un pequeñuelo de sombrero de pita y pies descalzos un ramo de camelias color de rosa, que eran allí muy apreciadas y caras. Y en el punto en que salió Sol, y con rapidez tal que pareció a todos cosa artística, tomó el ramo Pedro Real, lo deshizo de modo que las camelias cayeron al suelo, casi a los pies de Sol, y dijo, como si no quisiera ser oído más que del amigo que tenía al lado: "Puesto que no es de quien debe ser, que no sea de nadie." Y como la fantasía que la hermosura de Sol arrancó a Keleffy era ya a manera de leyenda en la ciudad, Pedro Real, con tacto y profundidad mayores de los que pudieran suponersele, compró, para que nadie volviese a tocar en él, el piano en que habían tocado aquella noche Sol y Keleffy.

Sonaban por la ciudad alegremente las chirimías, los pifanos y los tambores. Los balcones de la calle de la Victoria eran cestos de rosas, con todas las damas y niñas de la ciudad asomadas a ellos. Por cada bocacalle entraba en la de la Victoria, con su banda de tamborines a la cabeza, una compañía de milicianos. Unos llevaban pantalón blanco de dril, con casaquín de lana perla, cruzado el pecho de anchas correas

blancas, con asta plateada. Otros iban de blanco y rojo, blanco el pantalón, la casaca roja. Iban otros más de ciudadanos, y aunque menos brillantes, más viriles: llevaban un pantalón de azul oscuro y uno como gabán corto y justo, cerrado con doble hilera de botones de oro por delante: el sombrero era de fieltro negro de alas anchas, con un delgado cordón de oro, que caía con dos bellotas a la espalda. En las esquinas iban las compañías tomando puesto. ¡Qué conmovedoras las banderas rotas! ¡Qué arrogantes, y como sacerdotes, los que las llevaban! Parecían altos aunque no lo fueran. No parecían bien, cerca de aquellos pabellones desgarrados, los banderines de seda y flores de oro en que con letras de realce iban bordados los números de las compañías. ¡Qué correr desalados, el de los muchachos por las calles! Verdad que hasta los hombres mayores, periódico en mano y bastón al aire, corrían. A algunos, se les saltaban las lágrimas. Parecía como que de adentro empujaba alguien a las gentes. Cuando una banda sonaba a distancia, como si estuviera yéndose, los muchachos, aun los más crecidos, corrían tras ella, con la cara angustiada, como si se les fuera la vida. Y los más pequeños, cruzando de un lado para otro, mirados desde los balcones, parecían los granos sueltos de un racimo de uvas. Las nueve serían de la mañana, y el cielo estaba alegre, como si le pareciese bien lo que sucedía en la tierra. Era el día del año señalado para llevar flores a las tumbas de los soldados muertos en defensa de la independencia de la patria. Entre compañía y compañía, iban carros enormes en la procesión, tirados por caballos blancos, y henchidos de tiestos de flores. Allá en el cementerio había, sobre cada tumba, clavada una bandera.

¿Qué caballería, de los elegantes de la ciudad, no estaba aquella mañana, con un ramo de flores en el ojal, saludando a las damas y niñas desde su caballo? Los estudiantes, no, éstos no estaban por las calles, aunque en los balcones tenían a sus hermanas y a sus novias: los estudiantes estaban en la procesión, vestidos de negro, y entre admirados y envidiosos de los muertos a quienes iban a visitar, porque éstos, al fin, ya habían muerto en defensa de su patria, pero ellos todavía no: y saludaban a sus hermanas y novias en los balcones, como si se despidieran de ellas. Los estudiantes fueron en masa a honrar a los muertos. Los estudiantes que son el baluarte de la Libertad, y su ejército más firme. Las universidades parecen inútiles, pero de allí salen los mártires y los apóstoles. Y en aquella ciudad ¿quién no sabía que cuando había una libertad en peligro, un periódico en amenaza, una urna de sufragio en riesgo, los estudiantes se reunían, vestidos como para fiesta, y descu-

biertas las cabezas y cogidos del brazo, se iban por las calles pidiendo justicia; o daban tinta a las prensas en un sótano, e imprimían lo que no podían decir; se reunían en la antigua Alameda, cuando en las cátedras querían quebrarles los maestros el decoro, y de un tronco hacían silla para el mejor de entre ellos, que nombraban catedrático, y al amor de los árboles, por entre cuyas ramas parecía el cielo como un sutil bordado, sentado sobre los libros decía con gran entusiasmo sus lecciones; o en silencio, y desafiando la muerte, pálidos como ángeles, juntos como hermanos, entraban por la calle que iba a la casa pública en que habían de depositar sus votos, una vez que el Gobierno no quería que votaran más que sus secuaces, y fueron cayendo uno a uno, sin echarse atrás, los unos sobre los otros, atravesados pechos y cabezas por las balas, que en descargas nutridas desataban sobre ellos los soldados? Aquel día quedó en salvo por maravilla Juan Jerez, porque un tío de Pedro Real desvió el fusil de un soldado que le apuntaba. Por eso, cuando los estudiantes pasaban en la procesión, vestidos de negro, con una flor amarilla en el ojal, los pañuelos de todos los balcones soltábanse al viento, y los hombres se quitaban los sombreros en la calle, como cuando pasaban las banderas; y solían las niñas desprenderse del pecho, y echar sobre los estudiantes, sus ramos de rosas.

En un balcón, con sus dos hermanas mayores y la directora, estaba Sol del Valle. En otro, con un vestido que la hacía parecer como una imagen de plata, una linda imagen pagana, estaba Adela. Más allá, donde Sol y Adela podían verlas, ocupaba un ancho balcón, amparado del sol por un toldo de lona, Lucía con varias personas de la familia de su madre, y Ana. En una silla de manos habían traído a Ana hasta la casa. Muy mala estaba, sin que ella misma lo supiese bien; estaba muy mala. Pero ella quería ver, “con su derecho de artista, aquella fiesta de los colores: a la tierra le faltaba ahora color: ¿verdad, Juan? Mira, si no, como todo el mundo se viste de negro. Quiero oír música, Lucía: quiero oír mucha música. Quiero ver las banderas al viento”. Y allí estaba en el ancho balcón, vestida de blanco, muy abrigada, como si hubiese mucho frío, mirando avariciosamente, como si temiera no volver a ver lo que veía, y sintiendo como dentro del pecho, porque no se las viesan, le estaban cayendo las lágrimas.

Lucía distinguió a Sol, y miró si estaba en el balcón, o dentro, Juan Jerez. Sol, no bien vio a Lucía, no quitó de ella los ojos, para que supiese que estaba allí, y cuando le pareció que Lucía la estaba viendo, la saludó cariñosamente con la mano, a la vez que con la sonrisa y con

los ojos. Prefería ella que Lucía la mirase, a que la miraran los jóvenes mejor conocidos en la ciudad, que siempre hallaban manera de detenerse más de lo natural frente a su balcón. A Pedro Real, pagó con un movimiento de cabeza, su humilde saludo, cuando pasó a caballo; y no lo vio con pena, ni con afecto que debiera afligir a doña Andrea, todo lo cual vio Adela desde su balcón, aunque estaba de espaldas. Pero Lucía se había entrado por el alma de Sol, desde la noche en que le pareció sentir goce cuando se clavó en su seno la espina de la rosa. Lucía, ardiente y despótica, sumisa a veces como una enamorada, rígida y frenética enseguida sin causa aparente, y bella entonces como una rosa roja, ejercía, por lo mismo que no lo deseaba, un poderoso influjo en el espíritu de Sol, tímido y nuevo. Era Sol como para que la llevasen en la vida de la mano, más preparada por la Naturaleza para que la quisiesen que para querer, feliz por ver que lo eran los que tenía cerca de sí, pero no por especial generosidad, sino por cierta incapacidad suya de ser ni muy venturosa ni muy desdichada. Tenía el encanto de las rosas blancas. Un dueño le era preciso, y Lucía fue su dueña.

Lucía había ido a verla; a buscarla en su coche para que paseasen juntas; a que fuese a su casa a que la conociera Ana; y Ana la quiso retratar; pero Lucía no quiso “porque ahora Ana estaba fatigada, y la retrataría cuando estuviese más fuerte”, lo que, puesto que Lucía lo decía, no pareció mal a Sol. Lucía fue a vestirla una de las noches que iba Sol al teatro, y no fue ella: ¿por qué no iría ella? Juan Jerez tampoco fue esa noche: y por cierto que esa vez Lucía le llevó, para que lo luciese, un collar de perlas: “A mí no me lo conocen, Sol: yo nunca me pongo perlas”; pero doña Andrea, que ya había comenzado a dar muestras de una brusquedad y entereza desusadas, tomó a Lucía por las dos manos con que estaba ofreciendo el collar a Sol, que no veía mucho pecado en llevarlo, y mirando a la amiga de su hija en los ojos, y apretando sus manos con cariño a la vez que con firmeza, le dijo con acento que dejaba pocas dudas: “No, mi niña, no”, lo que Lucía entendió muy bien, y quedó como olvidado el collar de perlas. A la mañana siguiente, a la hora de que Sol fuese a sus clases, fue Lucía a buscarla para que diesen una vuelta en el coche por cerca del colegio, y le preguntó con ahínco sobresaltado y doloroso, que a quién vio, que quién subió a su palco, que a quién llamó la atención, que dónde estaba Pedro Real: “¡Oh! Pedro Real, tan buen mozo; ¿no te gusta Pedro Real? Yo creo que Pedro Real llamaría la atención en todas partes. Has visto como desde que te conoce no se ocupa de nadie Pedro Real”; pero pronto

acabó de hablar de esto Lucía. Quién estaba en el teatro, no le importaba mucho saberlo: Juan no había estado; pero ¿a la salida quién estaba? ¿no recuerdas quién estaba a la salida? ¿Estaba...? y no acababa de preguntar quién había estado. Ni sabía Sol por quién le preguntaba. No: Sol no había visto a nadie. Iba muy contenta. La directora la había tratado con mucho cariño. Sí, Pedro Real había estado; pero no a saludarla: nadie había subido a saludarla. La habían mirado mucho. Decían que el cónsul francés había dicho una cosa muy bonita de ella. Pero al salir, no, no vio a nadie. Sol quería llegar pronto, porque se había quedado triste doña Andrea. Y al llegar en esta conversación al colegio, Lucía besó a Sol con tanta frialdad, que la niña se detuvo un momento mirándola con ojos dolorosos, que no aparearon el ceño de su amiga. Y de pronto, por muchos días, cesó Lucía de verla. Sol se había afligido, y doña Andrea no; aunque la ponía orgullosa que le quisiesen a su hija; pero Lucía no: ella no veía nunca con gusto a Lucía. Un día antes de la procesión Lucía había vuelto a la casa de Sol. Que la perdonase. Que Ana estaba muy sola. Que Sol estaba más linda que nunca. "Mira, mañana te mandaré la camelia más linda que tenga en casa. Yo no te digo que vengas a mi balcón, porque... Yo sé que tú vas al balcón de la directora. Pero mira, vas a estar lindísima; ponte la camelia en la cabeza, a la derecha, para que yo pueda vértela desde mi balcón." Y le tomó las manos, y se las besó; y conforme conversaba con Sol, se pasaba suavemente la mano de ella por su mejilla; y cuando le dijo adiós, la miraba como si supiera que corría algún peligro, y le avisase de él, y cuando fue hacia el coche, ya se le iban desbordando las lágrimas.

--¡Allí está, allí está! dijo como involuntariamente, y reprimiéndose enseguida que lo había dicho, una de las hermanas de Sol, la mayor, la que no era bella, la que no tenía más que dos ojos muy negros y acariciadores, expresivos y dulces como los de la llama, el animal que muere cuando le hablan con rudeza.

—¿Quién?

—No, no era nadie: Juan Jerez, en el balcón de Lucía.

—Sí, ya lo veo. Lucía está mirando para acá. Y se desprendió, y volvió a prender, para que Lucía lo notase, y supiera que pensaba en ella. Hermanita, dijo de pronto Sol en voz baja: hermanita, ¿no te parece que Juan Jerez es muy bueno? Yo quisiera verlo más. Nunca lo he visto cuando he ido a casa de Lucía. Yo no sé que tiene, pero

me parece mejor que todos los demás. ¿Tú crees que él querrá mucho a Lucía?

Hermanita no quería decir nada, hacía como que no oía.

—Juan Jerez iba antes algunas veces a casa, antes de que yo saliese del colegio; ¿verdad? Cuéntame, tú que lo conoces. Yo sé que él se va a casar con Lucía, aunque ella no me habla de él nunca; pero a mí me gusta hablar de él. A Lucía no me atrevo a preguntarle, como ella no me dice... El ha sido muy bueno con mamá, ¿no? ¡La directora lo quiere tanto! Mira, allí vuelve a pasar Pedro Real: ¡es buen mozo de veras! pero yo le hallo unos ojos extraños, no son tan dulces como los de Juan. No sé; pero el único que me dijo algo la noche de Keleffy, que no se me ha olvidado, fue Juan Jerez.

Hermanita no decía palabra. Se le habían puesto los ojos muy negros y grandes como para contener algo que se salía a ellos.

Ella, que no miraba hacia el balcón, sentía que Juan Jerez había tenido puesta buen tiempo su mirada larga y bondadosa en Sol. Juan, que acariciaba los mármoles, que seguía por las calles a los niños descalzos hasta que sabía donde vivían, que levantaba del suelo las flores pisadas, si no lo veían, y les peinaba los pétalos, y las ponía donde no pudiesen pisarlas más. De la misma manera, y con aquel deleite honrado que produce en un espíritu fino la contemplación de la hermosura, había Juan mirado a Sol largamente.

Lucía no estaba allí entonces. ¡Pobre Ana! Cuando ya iban pasando los últimos soldados, palideció, se le cubrió el rostro de sudor, cerró los ojos, y cayó sobre sus rodillas. La llevaron cargada para adentro, a volverle el sentido. Parecía una santa, vestida de blanco, con su cara amarilla. Lucía no se apartaba de su lado; Ana había vuelto en sí; Lucía había mirado ya muchas veces a la puerta, como preguntándose dónde estaría Juan. "¿En el balcón? ¡Que no esté en el balcón!" Y aun desmayada Ana, por poco no le abandona la mano.

—¡Vete, vete con Juan! le dijo Ana, apenas abrió los ojos, y le notó el trastorno; y con la mano y la sonrisa la echaba hacia la puerta suavemente.

—Bueno, bueno, vengo enseguida.

Y fue al balcón derechamente.

—¡Juan!

—¿Y Ana? ¿Cómo está Ana?

El balcón de la directora estaba ya vacío.

—Ya está bien: ya está bien. ¡Yo no sabía donde tú estabas!

Y volvemos ahora al pie de la magnolia, cuando ya llevaba días de sucedido todo esto, y Sol estaba en una banqueta a los pies de Lucía, sentada en un sillón de hierro. Ana, con sus caprichos de madre, había querido que le llevasen aquel domingo a Sol. "¡Es tan buena, Lucía! Tú no tienes que tenerle miedo: tú también eres hermosa. Mira: yo veo a las personas hermosas como si fueran sagradas. Cuando son malas no: me parecen vasos japoneses llenos de fango; pero mientras son buenas, no te rías, me parece, cuando estoy delante de ellas, que soy un monaguillo y que le estoy alzando la cogulla, como en la misa, a un sacerdote. Vamos, tráeme a Sol; ¿pero es de veras que Juan no viene hoy?"

—¡Es de veras! Sí, sí; ahora mismo voy, y te traigo a Sol.

Sol vino, y otras amigas de Ana, mas no Adela. Vivía ya Ana en un sillón de enfermo, porque andar le era penoso, y reclinarse no podía. Ya, como las tardes cuando se está yendo la luz, tenía el rostro a la vez claro y confuso, y todo él como bañado de una dulce bondad. Ni deseos tenía, porque de la tierra deseó poco mientras estuvo en ella, y lo que Ana le hubiera pedido a la tierra, de seguro que en ella no estaba, y tal vez estaría fuera de ella. Ni sentía Ana la muerte, porque no le parecía a ella que fuese muerte aquello que dentro de sí sentía crecientemente, y era como una ascensión. Cosas muy lindas debía ver, conforme se iba muriendo, sin saber que las veía, porque se le reflejaban en el rostro. La frente la tenía como de cera, alta y bruñida, y hundidas las paredes de las sienes. Aquellos ojos eran una plegaria. Tenía fina la nariz, como una línea. Los labios violados y secos, eran como una fuente de perdón. No decía sino caridades. Sola, sí, no quería estar ella. Tampoco se quiere estar solo cuando se va a entrar en un viaje: tampoco, cuando se está en las cercanías de la boda. Es lo desconocido, y se le teme. Se busca la compañía de los que nos aman. Y más que con otras se había encariñado Ana, en su enfermedad, con Sol, cuya perfecta hermosura lo era más, si cabe, por aquel inocente abandono que de todo interés y pensamiento de sí tenía la niña. Y Ana estaba mejor cuando tenía a Sol cogida de la mano, en cuyas horas Lucía, sentada cerca de ellas, era buena.

Dormía Ana en aquellos momentos, cuando en el patio hablaban Lucía y Sol. Hablaban del colegio, que había dado su examen en aquella semana, y dejaba a Sol libre durante dos meses: y a Sol no le gustaba mucho enseñar, no, "pero sí me gusta: ¿no ves que así no pasa mamá apuros? ¡Mamá!" Y Sol contaba a Lucía, sin ver que a ésta al oírlo se le arrugaba el ceño, cómo inquietaban a doña Andrea los cuidados

de Pedro Real, de que no hablaba la señora, porque la niña no se fijase más en él; pero ella no, ella no pensaba en eso.

—No, ¿por qué no?

—No sé: yo no pienso todavía en eso: me gusta, sí, me gusta verle pasear la calle y cuidarse de mí; pero más me gusta venir acá, o que tú vayas a verme, y estar con Ana y contigo. Luego, Pedro Real me da miedo. Cuando me mira, no me parece que me quiere a mí. Yo no sé explicarlo, pero es como si quisiera en mí otra cosa que no soy yo misma. Porque a mí me parece, ¡anda, Lucía, tú puedes decirme de eso! a mí me parece que cuando un hombre nos quiere, debemos como vernos en sus ojos, así como si estuviéramos en ellos, y dos veces que he visto de cerca a Pedro Real, pues no me ha parecido encontrarme en sus ojos. ¿No es verdad, Lucía, que cuando a uno lo quieren le sucede a uno eso?

En la mano de Lucía se encogió de pronto el cabello de Sol con que jugaba.

—¡Ay! me haces daño.

—¿Quieres que vayamos a ver cómo está Ana?

Y ya se estaba poniendo en pie para ir a verla, y arreglándose Sol los cabellos, aquellos cabellos suyos finos, de color castaño con reflejos dorados, cuando a un tiempo se oyeron dos diversos ruidos: uno en el cuarto de Ana, como de mucha gente que se moviera y hablara agitadamente, otro a la puerta de la calle, donde, con aire desembarazado, saltaba un hombre apuesto, de una mula de camino.

—¡Juan! murmuró Lucía, poniéndose más blanca que las camelias.

—¿Juan Jerez? dijo Sol alegrándosele el rostro, y acabando apresuradamente de sujetarse las trenzas.

Lucía, en pie y ceñuda, y con los ojos puestos sobre Sol, a quien turbaba aquel silencio, aguardó apoyada en la silla de hierro, a Juan que, reparando apenas en Sol, venía hacia su prima con las manos tendidas.

—Señorita Sol, ¿qué me le ha hecho a mi Lucía? ¿Por qué no sales a recibirme? ¿para castigarme porque por verte hoy he andado veintidós leguas en mula?

A Lucía se le veían temblar los labios imperceptiblemente, y como crecer los ojos. Su mano se sacudía entre las de Juan, que la miraba con asombro.

Sol hacía como que sobre una mesita un poco alejada arreglaba las flores de un vaso.

—Lucía, ¿qué tienes?

¡Sol, Lucía, vengan! dijo acercándose a ellas una de sus amigas que salía del cuarto de Ana precipitadamente. Ah, Juan, que bueno que esté aquí. Ve, Lucía, ve, yo creo que Ana se muere.

--¡Ana!

—Sí, mande enseguida por el médico.

Saltó Juan en la mula, y echó a escape. Sol ya estaba al lado de Ana, Lucía miró muy despacio a la puerta de la calle, miró con ira a aquella por donde había entrado Sol, y se quedó unos momentos de pie, sola en el patio, los dos brazos caídos, y apretados a los costados, fijos los ojos delante de sí tenazmente. Y echó a andar hacia el cuarto de Ana, después de haber mirado a su alrededor a todos los lados, como si temiese.

¡Al campo! ¡al campo! Todos van al campo. Todos, sí, todos. Adela y Pedro Real, Lucía y Juan, y Ana y Sol. Y, por supuesto, las personas mayores que por no influir directamente en los sucesos de esta narración no figuran en ella. ¡Al campo todos!

El médico llegó aquel domingo en momentos en que Ana abría los ojos, que a Sol arrodillada al borde de su cama fue lo primero que vieron.

—¡Ah, tú, Sol! Y Sol le pasaba la mano por la frente, y le apartaba de ella los cabellos húmedos.

Lucía arreglaba las almohadas de manera que Ana pudiera estar como sentada. Sus amigas todas rodeaban la cama, y Ana, sin fuerzas aún para hablar, les pagaba sus miradas de angustia con otras de reconocimiento. Parecía que era dichosa. Sol quiso retirar la mano con que tenía asida la de Ana; pero Ana la retuvo.

—¿Qué ha sido, ch, qué ha sido? Sentí como si todo un edificio se hubiese derrumbado dentro de mí. Ya, ya pasó. Ya estoy bien. Y se le cayó la cabeza al otro lado de las almohadas.

El médico la halló de esta manera, le puso el oído sobre el corazón, abrió de par en par la ventana y las puertas, y aconsejó que sólo quedase junto a ella la persona que ella desease.

Ana, que parecía no oír, abrió los ojos, como si el aire le hubiese hecho bien, y dijo:

—Juan ha llegado, Lucía.

—¿Cómo sabes?

—Vete con Juan, Lucía. Sol, tú te quedas.

Miró Sol a Lucía, como preguntándole; a Lucía, que estaba en pie al lado de la cama, duros los labios y los brazos caídos.

Juan llamaba a la puerta en este instante, y el médico lo cutió en el cuarto, de la mano.

—Venga a decirme si no es locura pensar que corre riesgo esta linda niña. Y con los ojos, desdecía el médico sus palabras. Pero es indispensable que la enfermita vea el campo. Es indispensable. No me pregunte Vd. qué remedio necesita, dijo el médico clavando los ojos en Juan. Mucho reposo, mucho aire limpio, mucho olor de árboles. Llénvemela donde haya calor, estos tiempos húmedos pueden hacerle mucho daño. Si mañana mismo pueden Vds. disponer el viaje, sea mañana mismo. Pero, niña, no se me vaya a ir sola. Lleve gente que la quiera, y que la arroje bien por las mañanitas y por las tardes. ¿Y esta señorita? añadió volviéndose a Sol. Y creo que Vd. se me pone buena si lleva consigo a esta señorita.

--Oh, sí, Sol va conmigo; ¿no, Juan?

--Por supuesto, dijo Juan vivamente, pensando con placer en que así se regocijaría Ana, cuya afición a Sol le era ya conocida, y se daría una prueba de estimación a la pobre viuda: por supuesto que la llevamos. Va a ser una gala de los ojos ver ir por un caminito de rosales que yo me sé, cogidas del brazo, a Sol, Ana y Lucía. Lucía, mañana nos vamos. Sol, voy ahora a su casa a pedirle permiso a doña Andrea. ¿Te parece. Lucía que invitemos a Adela y a Pedro Real? ¡Upa, Ana, upa! Allá tengo unos inditos en el pueblo que te van a dar asunto para un cuadro delicioso. ¿Vamos, doctor? Acarició Juan una mano de Ana, besó la de Lucía, con un beso que la regañaba dulcemente y salió al corredor, hablando como muy contento, con el médico.

Ana llamó a Lucía con una mirada, y así que la tuvo cerca de sí, sin decir palabra, y sonriendo felizmente, trajo sobre su seno con un esfuerzo las manos de Lucía y de Sol, que estaban cada una a un lado de ella, y paseando sus ojos por sobre sus cabezas, como conversándoles, retuvo largo tiempo unidas las manos de ambas niñas bajo las suyas.

Y Sol miró a Lucía de tan linda manera, que no bien Ana se quedó como dormida, se acercó Lucía a Sol, la tomó por el talle cariñosamente, y una vez en su cuarto, empezó a vaciar con ademanes casi febriles sus cajas y gavetas.

—Todo, todo, todo es para ti. Y Sol quería hablar, y ella no la dejaba. Mira, pruébate este sombrero. Yo nunca me lo he puesto. Pruébate, pruébate. Y éste, y este otro. Esos tres son tuyos. Sí, sí, no me digas que no. Mira, trajes: uno, dos, tres. Este es el más bonito para ti. ¿Oyes? Yo quiero mucho a Pedro Real. Yo quiero que tú quieras a

Pedro Real. Que te vea muy bonita. Que te vean siempre más bonita que yo. Pero óyeme, a Juan no me lo quieras. Tú déjame a Juan para mí sola. Enójalo. Trátalo mal. Yo no quiero que tú seas su amiga. ¡No, no me digas nada! sí, es chanza, sí, es chanza. ¿Ves? Este vestido malva si te va a estar bien. A ver, qué bien hace con tu pelo castaño. ¿Ves? Es muy nuevo. Tiene el corpiño como un cáliz de flor, un poco recto; no como esos de ahora, que parecen una copa de champaña: muy delgados en la cintura, y muy anchos en los hombros. La saya es lisa; no tiene tableados ni pliegues; cae con el peso de la seda hasta los pies. ¿Ves? a mí me está muy corta. A ti te estará bien. Es un poco ancha, a lo Watteau. ¡Mi pastorcita! ¡mi pastorcita! Yo nunca me la he puesto. ¿Tú sabes? A mí no me gustan los colores claros. ¡Ah! mira: aquí tienes, y escondía algo con las dos manos cerradas detrás de su espalda, aquí tienes, y no te lo vas a quitar nunca, aunque se nos enoje doña Andrea. Cierra los ojos.

Los cerró Sol venturosa de verse tan querida por su amiga, y cuando los abrió, se vio en el brazo, e hizo por quitarse con un gesto que Lucía le detuvo, un brazaletes de cuatro aros de perlas margaritas.

—Sí, sí, es muy rico; pero yo quiero que tú lo tengas. No: nada, nada que me digas: ¿ves? yo tengo aquí otro, de perlas negras. ¡Y nunca, nunca te lo quites! Yo quiero ser muy buena. Y la tomó de las dos manos, y la besó en las dos mejillas apasionadamente. ¡Ven, vamos a ver a Ana!

Y salieron del cuarto, cogidas del talle.

¡Al campo, al campo! Doña Andrea no sabe que va Pedro Real; que si lo supiese, no dejaría ir a Sol: aunque a Juan ¿qué le negaría ella? ¡A Juan! Ese, ése era el que ella hubiera querido para Sol. “Bueno, Juan: que no salga al sol mucho”. Juan preguntó en vano por la hermana mayor, por Hermanita. Ella estaba en la casa cuando entró él; pero ahora no: estará en casa de alguna vecina. ¡No, Hermanita estaba allí; estaba en el comedor, detrás de las persianas. Ella veía a quien no la veía. “Cierra los ojos, Hermanita, no veas a lo que no debes ver!” Y cuando Juan salió, las persianas se entornaron, como unos ojos que se cierran.

¡Al campo, al campo! Cuatro mulas tiran del carruaje, con collares de plata y cencerro, porque Ana vaya alegre: y las mulas llevan atadas en el anca izquierda unas grandes moñas rojas, que lucen bien sobre su piel negra. El cochero es Pedro Real, que lleva al lado a Adela, en la imperial, Juan y Lucía, adentro, con la gente mayor, que es muy respetable, pero no nos hace falta para el curso de la novela, Ana sentada

entre almohadas, muy mejor con el gozo del viaje, con su cuaderno de apuntes en la falda, para copiar lo que le guste del camino, que ya le parece que está buena, y Sol a su lado, con un vestido de sedilla color de ópalo, tranquila y resplandeciente como una estrella.

Pedro Real se mordió el bigote rizado cuando vio que no iba a ser Sol su compañera en el pescante. Y con Adela iba muy cortés. Pero ¿Ana no necesitaría nada? Juan, ¿irá Ana bien? Deberíamos bajar. ¡Voy a bajar un momento, a ver si Ana va bien! Bajó muchos momentos. Y las mulas, aunque diestras, más de una vez se iban un poco del camino, como si no estuviese bastante puesto en ellas el pensamiento del cochero.

Era como de seis leguas el camino, y todo él a un lado y otro de tan frondosa vegetación que no había manera de tener los ojos sino en constante regalo y movimiento. Porque allá al fondo era un bosque de cocoteros, o una hilera de palmas lejanas que iba a dar en la garganta de dos montes; ya era, al borde mismo del camino, una pendiente llena de flores azules y amarillas que remataba en un río de espumas blancas, nutrido con las aguas de la sierra, o eran ya a la distancia, imponentes como dos mensajes de la tierra al cielo, dos volcanes dormidos, a cuya falda serpeada por arroyuelos de agua blanca viva y traviesa, se recogían, como siervos azotados a los pies de sus dueños, las ciudades antiguas, desdentadas y rotas, en cuyos balcones de hierro labrado, mantenidos como por milagro sin paredes que los sustentasen sobre las puertas de piedra, crecían en hilos que llegaban hasta el suelo copiosas enredaderas de ipomea. De una iglesia que tuvo los techos pintados, y dorados de oro fino de lo más viejo de América los capiteles de los pilares, quedaba en pie, como una concha clavada en tierra por el borde, el fondo del altar mayor, cobijado por una media bóveda: un bosquecillo había crecido al amor del altar; la pared interior, cubierta de musgo, le daba desde lejos apariencia de cueva formidable; y era cosa común y sumamente grata ver salir de entre los pedruscos florecidos, al menor ruido de gente o de carruajes, una bandada de palomas. Otra iglesia, de que no había quedado en pie más que el crucero, tenía el domo completamente verde. y las paredes de un lado rosadas y negras, como los bordes de una herida. Y por el suelo no podía ponerse el pie sin que saltase un arroyo.

Llegaron a los volcanes; pasaron por las ciudades antiguas: más allá iban; y no se detuvieron. Lucía, a la sombra de su quitasol rojo, se sentía como la señora de toda aquella natural grandeza, y como si el mundo entero, de que tenía a los ojos hermosa pintura, no hubiera sido fabricado más que para cantar con sus múltiples lenguas los amores de Lucía Jerez

y de su primo. Y se veía ella misma lo interior del cráneo como si estuviese lleno de todas aquellas flores: lo que le sucedía siempre que estaba sola, con Juan Jerez al lado. Adela y Pedro hablaban de formalísimos sucesos, que tenían la virtud de poner a Adela contemplativa y silenciosa, dando a Pedro ocasión para ir callado buena parte del camino, lo cual aprovechaba él en celebrar consigo mismo animados coloquios: y a cada instante era aquello de: "Juan, ¿cómo estará Ana? Bajaré un instante, a ver si se le ofrece algo a Ana". Y Lucía reía, y daba por cosa cierta que, aunque Sol era niña recatada, ya le había dicho que Pedro Real le parecía muy bien, y se la veía que le llevaba en el alma: lo que a Juan no parecía un feliz suceso, aunque prudentemente lo callaba. Adentro del carruaje, la dichosa Sol era toda exclamaciones: jamás, jamás, en su vida de huérfana pobre, había visto Sol correr los ríos, vestirse a los bosques fuertes de campanillas moradas y azules, y verdear y florecer los campos. De un color de rosa de coral se le teñían las mejillas, y el ónix de México no tuvo nunca mayor transparencia que la tez fina de Sol, en aquella mañana de ventura en la naturaleza. ¡Ay! la buena Ana sonreía mucho, pero había olvidado levantar de su falda el cuaderno de notas.

Y de pronto sonaron unas músicas; se oscureció el camino como por una sombra grata, y refrenaron las mulas el paso, con gran ruido de hebillas y cencerros. De un salto estaba Pedro a la portezuela del carruaje, al lado de Sol, preguntándole a Ana qué se le ofrecía. Pero aquí bajaron todos, y Sol misma, que se volvió pronto al carruaje, para acompañar a Ana, y animarla a tomar del breve almuerzo que los demás, sentados en torno de una mesa rústica, gustaban con vehemente apetito, sazonado por chistes que el piadoso Juan encabezaba y atraía, porque los oyese Ana desde su asiento en el coche, traído a este propósito cerca de la mesa.

Allí, en las tazas de güiro posadas en trípodes de bejuco recién cortado de las cercanías, hervía la leche que, a juzgar por lo fragante y espumosa, acababa de salir de la vaca de Durham que asomó su cabeza pacífica por uno de los claros de la enredadera. Porque era aquel lugar un lindo parador, techado y emparrado de verdura, puesto allí por los dueños de la finca, para que los visitantes hiciesen de veras, al llegar de la ciudad, su almuerzo a la manera campesina. Allí el queso, que manaba la leche al ser cortado, y sabía ricamente con las tortas de maíz humeantes que servía la indita de saya azul, envueltas en paños blancos. Allí unos huevos

duros, o blanquillos, que venían recostados, cada uno en su taza de güiro, sobre unas yerbas de grata fragancia, que olian como flores. Allí, en la cáscara misma del coco recién partido en dos, la leche de la fruta, con una cucharilla de coco labrado que la desprendía de sus tazas naturales. Y mientras duraba el almuerzo, unos indios, descalzos y en sus trajes de lona, puestos en tierra sus sombreros de palma, tocaban, bajo otro paradorcillo más lejano, dispuesto para ellos, unos aires muy suaves de música de cuerda, que blandamente templada por el aire matinal y la enredadera espesa, llegaba a nuestros alegres caminantes como una caricia. Adela sólo reía forzosamente. Violencia tenía que hacerse Sol para no palmoear en el carruaje. Muy feamente arrugó el ceño Lucía una vez que se acercó Juan a la portezuela del lado de Ana, y habló con ella, haciéndola reír, unos minutos: y en cuanto oyó reír a Sol, dejó Lucía su asiento, y se fue ella también a la portezuela.—¡Ea! ¡Ea! ya tocan diana, que es el toque de bienvenida y adiós, los indios habidosos. La indita de saya azul da a gustar a la vaca mirona una de las tazas de coco abandonadas. Al pescante van Pedro y Adela: Lucía, menos contenta, a la imperial con Juan. Y la casa de la finca, toda blanca, de techo encarnado, se ve a poca distancia. Ana ya va muy pálida; y las mulas, al olor del pesebre, vuelan camino arriba, bajo la bóveda de espesos almendros que llenan la avenida con sus hojas redondas y sus verdes frutas.

Mucha, mucha alegría. Lucía también estaba alegre, aunque no estaba Juan allí. ¿Por qué no estaba Juan?: el pleito de los indios, aunque aquellos eran días de receso en tribunales como en escuelas, le había obligado a volver al pueblecito, si no quería que un gamonal del lugar, que tenía grandes amigos en el Gobierno, hurtase con una razón u otra a los indios la tierra que la energía de Juan había logrado al fin les fuese punto menos que reconocida en el pleito. Los indios habían salido de la iglesia con su música, el domingo antes, apenas se supo que Juan no esperaría el tren del día siguiente: y cuando le trajeron a Juan la mula, vio que la habían adornado toda con estrellas y flores de palma, y que todo el pueblo se venía tras él, y muchos querían acompañarle hasta la ciudad. Una viejita, que venía apoyada en su palo, le trajo un escapulario de la Virgen, y una guapa muchacha, con un hijo a la espalda y otro en brazos, llegó con su marido, que era un bello mancebo, a la cabeza de la mula, y puso al indito en alto para que le diese la mano al "caballero

bueno"; y muchos venían con jarras de miel cubiertas con estera bien atada, u otras ofrendas, como si pudiesen dar para tanto las ancas de la caballería, muy oronda de toda aquella fiesta; y otro viejito, el padre del lugar, mi señor don Mariano, que jamás había bebido de licor alguno, aunque él mismo trabajaba el de sus plantíos propios, llegó, apoyado en sus dos hijos, que eran también como senadores del pueblo, y con los brazos en alto desde que pudo divisar a Juan, y como si hubiera al cabo visto la luz que había esperado en vano toda su vida: "Abrazarlo, decía. ¡Déjenme abrazarlo! ¡Señor, todito este pueblo lo quiere como a su hijo!" De modo que Juan, a quien había conmovido aquellos cariños, dejó la finca, dos días después de haber llegado a ella, no bien supo que los indios, a pesar de su esfuerzo, corrían peligro de que se les quitase de las manos la posesión temporal que, en espera de la definitiva, había Juan obtenido que el juez les acordase,—el juez, que había recibido el día anterior de regalo del gamonal un caballo muy fino.

Mucha, mucha alegría. Lucía misma, que en los dos días que estuvo allí Juan le dio ocasión de extrañeza con unos cambios bruscos de disposición que él no podía explicarse, por ser mayores y menos racionales que los que ya él le conocía, estaba ahora como quien vuelve de una enfermedad.

Era la casa toda de los visitantes, por no estar en ella entonces sus dueños, que eran como de la familia de Juan. Pedro, al anochecer, salía de caza, porque era el tiempo de la de los conejos, por allí abundantísimos. De los que traía muertos en el zurrón no hablaba nunca, porque Ana no se lo había de perdonar, por haber todavía en este mundo almas sencillas que no hallan placer en que se mate, a la entrada misma de la cueva donde tiene a su compañera y a su prole, a los pobres animales que han salido a descubrir, para mudarse de casa, algún rincón del bosque rico en yerbas.

Pero los conejos, de puro astutos, suelen caer en las manos del cazador; porque no bien sienten ruido, se hacen los muertos, como para que no los delate el ruido de la fuga, y cierran los ojos, cual si con esto cerrase el cazador los suyos, quien hace por su parte como que no ve, y echada hacia la espalda la escopeta, por no alarmar al conejo que suele conocerla, se va, mirando a otro lado, sobre la cama del conejo, hasta que de un buen salto le pone el pie encima y así lo coge vivo: una vez cogió tres, muy manso el uno, de un color de humo, que fue para Ana:

otro era blanco, al cual halló manera de atarle una cinta azul al cuello, con que lo regaló a Sol; y a Lucía trajo otro, que parecía un rey cautivo, de un castaño muy duro, y de unos ojos fieros que nunca se cerraban, tanto que a los dos días, en que no quiso comer, bajó por primera vez las orejas que había tenido enhiestas, mordió la cadenilla que lo sujetaba, y con ella en los dientes quedó muerto.

Paseos, había pocos. Sin Ana, ¿quién había de hacerlos? Con ella no se podía. Ni Sol dejaba a Ana de buena voluntad; ni Lucía hubiera salido a goce alguno cuando no estaba Juan con ella. Adela, sí, había trabado amistades con una gruesa india que tenía ciertos privilegios en la casa de la finca, y vivía en otra cercana, donde pasaba Adela buena parte del día, platicando de las costumbres de aquella gente con la resuelta Petrona Revolorio: "y no crea la señorita que le converso por servicio, sino porque le he cobrado afición". Era mujer robusta y de muy buen andar, aunque esto lo hacía sobre unos pies tan pequeños que no había modo de que Petrona llegara a ver a "sus niños" sin que le pidieran que los enseñase, lo cual ella hacía como quien no lo quiere hacer, sobre todo cuando estaba delante el niño Pedro. Las manos corrían parejas con los pies, tanto que algunas veces las niñas se las pedían y acariciaban; llevaba una simple saya de listado, y un camisolín de muselina transparente, que le ceñía los hombros y le dejaba desnudos los hermosos brazos y la alta garganta. Era el rostro de facciones graciosas y menudas, de tal modo que la boca, medio abierta en el centro y recogida en dos hoyuelos a los lados, no era en todo más grande que sus ojos. La naricilla, corta y un tanto redonda y vuelta en el extremo, era una picardía. Tenía la frente estrecha, y de ella hacia atrás, en dos bandas no muy lisas, el cabello negro, que en dos trenzas copiosas, veteadas de una cinta roja, llevaba recogida en cerquillo, como una corona, sobre lo alto de la cabeza. Un chal de listado tenía siempre puesto y caído sobre un hombro; y no había quien, cuando remataba una frase que le parecía intencionada, se echase por la espalda con más brío el chal de listado. Luego echaba a correr, riendo y hablando en una jerga que quería ser muy culta y ciudadana; y se iba a preparar a la niña Ana, lo cual hacía muy bien, unos tamales de dulce de coco y un chokolatillo claro, que era lo que con más gusto tomaba, por lo limpio y lo nuevo, nuestra linda enferma. Y mientras Ana los gustaba, Petrona Revolorio, con el chal cruzado, se sentaba a sus pies "no por servicio, sino porque le había cobrado afición", y le hacía cuentos.

¿El alba, sin que Petrona Revolorio estuviese a la puerta del cuarto de la niña Ana con su cesta de flores, que ella misma quería ponerle en el vaso y ver con sus propios ojos, cómo seguía la niña?—“¡Mi niñita: mírenla que galana está hoy: se lo voy a decir al niño Pedro que nos dé un baile de convite a las señoras, y vamos a sacarla a bailar con el niño Pedro. ¡Y él sí que es galán también, el niño Pedro!—Mire, mi niñita: no le traigo de esos jazminotes blancos, porque los de acá huelen muy fuerte; pero aquí le pongo, en este vaso azul, esos jazmines de San Juan, que acá se dan todo el año y huelen muy bien de noche. Con que, mi niñita, prepárese para el baile, y que le voy a prestar un chal de seda encarnada que yo tengo, que me la va a poner más linda que la misma niña Sol. ¡Cómo está que se muere el niño Pedro por la niña Sol! Pero yo no sé qué tiene la niña Adela, que está como aburrida.—¿Quiere mi niñita los tamales hoy de coco, o de carnecita fresca? Ayer maté un cochito, que está de lo más blando: era el cochito rosado, ¡y la carne está como merengue! ¡Jesús, mi niñita, no me diga eso! Si yo me muero por servirla: mire que yo soy como las tacitas de coco, que dicen en letras muy guapas: “yo sirvo a mi dueña”. Voy a poner la puerta de mi casa llena de tientos de flores, y a alquilar a los músicos, el día que mi niñita vaya a verme. ¡Y eso que yo no se lo hago a nadie: “porque no lo hago por servicio, sino porque le he cobrado mucha afición!”

Y Pedro, como que con la ausencia de Juan venía a ser el caballero servidor de las cuatro niñas, ¿qué había de hacer sino estarlas sirviendo, y mucho mejor cuando no estaba cerca Adela, y mejor aún cuando no estaba junto a Ana, que no ponía buenos ojos cuando miraba a la vez a Sol y a Pedro, y mejor que nunca cuando por algún acaso Lucía y Sol estaban solas? Y siempre entonces tenía Lucía algo que hacer, ir de puntillas a ver si seguía durmiendo Ana, ver si habían puesto de beber a los pajaritos azules, preguntar si habían traído la leche fresca que debía tomar Ana al despertarse: siempre tenía Lucía, cuando Pedro y Sol podían quedarse solos, alguna cosa que hacer.

Era el lugar de conversación un colgadizo espacioso, de tablilla bruñida el pavimento: la baranda—como toda la casa, de madera—abierta en tres lados para las tres escalerillas que llevaban al jardín que había al frente de la casa. Estaba el colgadizo siempre en sombra, porque lo vestía de verdor una enredadera copiosísima, esmaltada de trecho en trecho por unos ramos de florecitas rojas. Colgaban del techo, pintado

al fresco de unas caprichosas guirnaldas de hojas y flores como las de la enredadera, unos cestos de alambre cubiertos de cera roja, que les hacía parecer de coral, todos llenos de florecillas naturales. brillantes y pequeñas, y a menudo adornados con las hebras de una parásita que crecía sobre los árboles viejos de la finca, y era, por su verde blancuzco y por crecer en hilos, como las canas de aquella arboleda. En los tramos de pared, entre las ventanas interiores, realizadas con unas líneas de vivo encarnado, había unos grandes estudios de flores en madera, pintada con los colores naturales por los artistas del país, con propiedad muy grande: dos de los cuadros eran de magnolia, la una casi abierta, y con cierta hermosura de emperatriz; la otra aún cerrada en su propia rama: y otros dos cuadros eran de las flores pomposas del marpacífico, con sus hojas de rojo encendido, agrupadas de modo que realizase su natural tamaño y hermosura.

Y allí, a la suave sombra, contaba Pedro maravillas y glorias europeas a Ana, que le oía con cariño,—a Adela, que hacía como si no le interesasen,—a Lucía, que pensaba con amorosa cólera en Juan, en Juan, que no debía venir, porque estaba allí Sol, en Juan, que debía venir puesto que estaba Lucía;—y a Sol contaba también aquellas historias, quien sin desagrado ni emoción las escuchaba y con sus hábitos de niña huérfana, azorada a veces de la súbita rudeza que templaba Lucía luego con arrebatos afectuosos, sólo se sentía dueña de sí cerca de quien la necesitaba, y ni con Adela, que parecía esquivarla, ni con la misma Lucía, aunque esto le pesaba mucho, tenía ya la naturalidad y abandono que con Ana, con Ana a quien aquellos aires perfumados y calurosos habían vuelto, si no el color al rostro, cierta facilidad a los movimientos y unos como asomos de vida.

Hallaba Pedro con asombro que el atrevimiento desvergonzado y celebración excesiva a que se reduce, casi siempre pagado de prisa y con usura por las mujeres, todo el arte misterioso de los enamoradores, no le eran posibles ante aquella niña recién salida del colegio, que con franca sencillez, y mirándole en los ojos sin temor, decía en alto como materia de general conversación lo que con más privado propósito dejaba Pedro llegar discretamente a su oído. Era la niña de tal hermosura que llevaba consigo, y de sí misma, la majestad que la defiende; y lo usual iba siendo que cuando Lucía encontraba modo de ir a ver si los pajaritos azules tenían agua, o si había llegado la leche fresca, no mudarse la conversación entre Sol y Pedro, abierta por lo demás y no muy amena, del asunto en que se estaba antes de que Lucía fuera a ver los pájaros.

Ni había cosa que a Lucía pusiese en mayor enojo que hallarlos conversando, cuando volvía, de la caza de ayer, del jabalí en preparación, de las fiestas de cacería en los castillos señoriales de Europa, de la pobre Ana, de los tamales de Petrona Revolorio. Y Pedro, de otras mujeres tan temido, era con la mayor tranquilidad puesto por Sol, ya a que le leyese la "Amalia" de Mármol o la "María" de Jorge Isaacs, que de la ciudad les habían enviado, ya, para unos cobertores de mesa que estaba bordando a la directora, a que devanase el estambre.

—Sí, sí, hoy estaba muy hermosa. Dime, tú, espejo: ¿la querrá Juan? ¿la querrá Juan? ¿Por qué no soy como ella? Me rasgaría las carnes: me abriría con las uñas las mejillas. Cara imbécil, ¿por qué no soy como ella? Hoy estaba muy hermosa. Se le veía la sangre y se le sentía el perfume por debajo de la muselina blanca.

Y se sentaba Lucía, sola en su cuarto en una silla sin espaldar, sin quitarse los vestidos, ya a más de medianoche, y a poco rato se levantaba, se miraba otra vez al espejo, y se sentaba nuevamente, la cara entre las manos, los codos en las rodillas. Luego rompía a hablarse:

—Yo me veo, sí, yo me veo. ¿Qué es lo que tengo, que me parezco fea a mí misma? Y yo no lo soy, pero lo estoy siendo. Juan lo ha de ver; Juan ha de ver que estoy siendo fea. ¡Ay! ¡por qué tengo este miedo! ¿Quién es mejor que Juan en todo el mundo? ¿Cómo no me ha de querer él a mí, si él quiere a todo el que lo quiere? ¿quién, quién lo quiere a él más que yo? Yo me echaría a sus pies. Yo le besaría siempre las manos. Yo le tendría siempre la cabeza apretada sobre mi corazón. ¡Y esto ni se puede decir, esto que yo quisiera hacer! Si yo pudiera hacer esto, él sentiría todo lo que yo lo quiero, y no podría querer a más nadie. ¡Sol! ¡Sol! ¿quién es Sol para quererlo como yo lo quiero? ¡Juan!... ¡Juan!...

Y conteniendo la voz se iba hacia la ventana abierta, y tendía las manos como sin querer, llamando a Juan a quien acababa de escribir sin decirle que viniese.

Empujó violentamente las dos hojas de la ventana, y arrodillándose de repente junto a ella, sacó afuera, como a que el aire se la humedeciese, la cabeza; y la tuvo apoyada algún tiempo sobre el marco, sin que le molestase aquella almohada de madera.

—¡No puede ser! ¡no puede ser! dijo levantándose de pronto: Juan va a quererla. Lo conozco cada vez que la mira. Se sonríe, con un cariño que me vuelve loca. Se le ve, se le ve que tiene placer en mirarla. Y luego ¡esa imbécil es tan buena! No es mentira, no: es buena. ¿Yo misma,

yo misma no la quiero? ¡Sí, la quiero, y la odio! ¿Qué sé yo qué es lo que me pasa por la cabeza? ¡Juan, Juan, ven pronto; Juan, Juan, no vengas!

—¿Cómo no ha de quererla Juan? decía la infeliz, entre golpes de lágrimas, a los pocos momentos, siendo aquel llanto de Lucía extraño, porque no venía a raudal y de seguida, aliviando a la que lloraba, sino a borbotones e intervalos, sofocándola y exaltándola, parecido al agua que baja, tropezando entre peñas, por los torrentes. ¿Cómo no ha de quererla Juan, si no hay quien ame lo hermoso más que él, y la Virgen de la Piedad no es tan hermosa como ella? Juan... Juan... decía en voz baja, como para que Juan viniese sin que nadie lo viera; ¡sin que Sol lo viera!

—Y si viene... y si la mira... ¡yo, no puedo soportar que la mire!... ¡ni que la mire siquiera! Y si está aquí un mes, dos meses. Y si ella no quiere a Pedro Real, porque no lo quiere, y Ana le dice que no lo quiera. Y ella va a querer a Juan ¿cómo no va a quererlo? ¿Quién no lo quiere desde que lo ve? Ana lo hubiera querido, si no supiese que ya él me quería a mí; ¡porque Ana es buena! Adela lo quiso como una loca; yo bien lo vi, pero él no puede querer a Adela. Y Sol ¿por qué no lo ha de querer? Ella es pobre; él es muy rico. Ella verá que Juan la mira. ¿Qué marido mejor puede tener ella que Juan? Y me lo quitará, me lo quitará si quiere. Yo he visto que me lo quiere quitar. Yo veo como se queda oyéndole cuando habla; así me quedaba yo oyéndole cuando era niña. Yo veo que cuando él sale, ella alza la cabeza para seguirle viendo. ¡Y van a estar aquí un mes, dos meses! ella siempre con Ana, todos con Ana siempre. El recreando los ojos en toda su hermosura. Yo, callada a su lado, con los labios llenos de horrores que no digo, odiosa y fiera. Esto no ha de ser, no ha de ser, no ha de ser. O Sol se va, o yo me iré. Pero ¿cómo me he de ir yo?; ¡que me lo robe alguien si puede! Y abrió los brazos en la mitad del cuarto, como desafiando, y le cayó por las espaldas desatada la cabellera negra.

—¡Que no se sienten juntos: que yo no lo vea!

Y con los labios apoyados sobre el puño cerrado, quedó dormida en un sillón cerca de la ventana, sombreándole extrañamente el rostro, al agitarse movida por el aire, la cabellera negra.

¿A quién vio la mañana siguiente Lucía, sentado en el colgadizo, con Sol y con Ana? Venía con paso lento, y como si no hubiera querido venir.

—¡No le diga, no le diga!... a Sol que se levantaba como para avisarle.

Venía Lucía con paso lento, y Ana y Sol, que conocían las habitaciones de la casa, sabían que era ella quien venía. Volvió Sol a su asiento. Juan hizo como que hablaba muy animadamente con Ana y con ella. Lucía llegó a la puerta. Los vio sentados juntos, y como que no la veían. Tembló toda. ¿Entra? ¿Sale? ¡Juan! ¡allí Juan! ¡Juan así! Se clavó los dientes en el labio, y los dejó clavados en él. Volvió la espalda, se entró por el corredor que iba a su habitación; a Sol que fue corriendo detrás de ella: ¡Vete! ¡vete! y entró en su cuarto, cerrando tras de sí con llave la puerta.

¡A Juan que, suponiéndola apenada, no bien acabó con cuanta prisa pudo su empeño en el pueblo de los indios volvió a la ciudad, y de allí, aprovechando la noche por sorprender a Lucía con la luz de la mañana, emprendió sin descansar el camino de la finca a caballo y de prisa! ¡A Juan, que con amores muy altos en el alma, consentía, por aquella piedad suya que era la mayor parte de su amor, en atar sus águilas al cabello de aquella criatura, no tanto por lo que la amaba él, sin que por eso dejase de amarla, sino por lo que lo amaba ella. ¡A Juan que, puestos en las nubes del cielo y en los sacrificios de la tierra sus mejores cariños, no dejaba, sin embargo, por aquella excelente condición suya, de hacer, pensar u omitir cosa con que él pudiera creer que sería agradable a su prima Lucía, aunque no tuviese él placer en ella! ¡A Juan que, joven como era, sentía, por cierto anuncio del dolor que más parece recuerdo de él, como si fuera ya persona muy trabajada y vivida, quienes a las mujeres, sobre todo en la juventud, parecían encantadores enfermos! ¡A Juan, que se sentía crecer bajo del pecho, a pesar de lo mozo de sus años, unas como barbas blancas muy crecidas, y aquellos cariños pacíficos y paternales que son los únicos que a las barbas blancas convienen! ¡A Juan, que tenía de su virtud idea tan exaltada como la mujer más pudorosa, y entendía que eran tan graves como las culpas groseras los adulterios del pensamiento!

¡A Juan, porque, ya después de aquellas cartas extrañas que Lucía le había escrito a la finca sin hablarle de su vuelta, recibirlo de aquel modo, con aquella mirada, con aquella explosión de cólera, con aquel desdén! ¿Pues cuándo había cesado de pensar Juan, cuándo, que aquel cariño que con tanta ternura prodigaba, sin fatiga ni traición, sobre su prima, era como una concesión de él, como un agradecimiento de él, como una tentativa, a lo sumo, de asir en cuerpo y ver con los ojos de la carne las ideas de rostro confuso y vestidura de perlas, que cogidas del brazo y con las alas tendidas, le vagaban en giros majestuosos por los espacios

de su mente! Pues sin el alma tierna y fina que de propia voluntad suya había supuesto, como natural esencia de un cuerpo de mujer, en su prima Lucía, ¿qué venía a ser Lucía? ¿Qué hombre, que lo sea, ama a una mujer más que por el espíritu puro que supone en ella, o por el que cree ver en sus acciones, y con el que le alivia y levanta el suyo de sus tropiezos y espantos en la vida? Pues una mujer sin ternura ¿qué es sino un vaso de carne, aunque lo hubiese moldeado Cellini, repleto de veneno? Así, en un día, dejan de amar los hombres a la mujer a quien quisieron entrañablemente, cuando un acto claro e inesperado les revela que en aquella alma no existen la dulzura y superioridad con que la invistió su fantasía.

—Estará enferma Lucía. Ana, dile que la saludaré luego. Voy a ver a Pedro Real. Sol, gracias por lo buena que es Vd. con Ana. Vd. tiene ya fama de hermosa, pero yo le voy a dar fama de buena.

Lucía oyó esto, que hizo que le zumbasen las sienes y le pareciese que caía por tierra: Lucía, que sin ruido había abierto la puerta de su cuarto, y había venido hasta la de la sala, para oír lo que hablaban, en puntillas.

Violentos fueron, a partir de entonces, los días en la finca. Ni Ana misma sabía, puesto que tenía a Sol constantemente a su lado, qué causaba la ira de Lucía. Esta cesó cuando Juan, tomándola a la tarde de la mano, la llevó, mientras que Pedro y Adela buscaban flores de saúco para Ana, a la sombra de un camino de rosales que daba al saucal, y donde había de trecho en trecho unos bancos de piedra, y al lado unos atriles, de piedra también, como para poner un libro. En la mirada y en la voz se conocía a Juan que algo se le había roto en lo interior, y le causaba pena; pero con voz consoladora persuadía a Lucía quien, con pretextos fútiles, que no acertaba Juan a entender ni excusar, ocultaba la razón verdadera de su ira, que ella a la vez quería que Juan adivinase y no supiese: “¡porque si no lo es, y se lo digo, tal vez sea! Y no lo es, no, yo creo ahora que no lo es; pero si no sabe lo que es ¿cómo me va a perdonar?” Y airada ya contra Juan irrevocablemente, como si las nubes que pasan por el cielo del amor fueran sus lienzos funerarios, se levantaron como si hubieran hecho las paces, pero sin alegría.

Pusiéronse en esto los días tan lluviosos, que ni Pedro iba a casa, ni Adela a la de la Revolorio, ni podía Ana salir al colgadizo, ni Sol y Lucía, sino estar cerca de ella; ni Juan, fuera de sus horas de leer, que le fatigaban ahora que no estaba contento, tenía modo de estar alejado de

la casa. Ni había con justicia para Juan placer más grato, ahora que en Lucía había entrevisto aquel espíritu seco y altanero, que estar cerca de Ana, cuyo espíritu puro con la vecindad de la muerte se esclarecía y afinaba. Y se asombraba Juan, con razón, de haber pasado, libre aún, cerca de aquella criatura que se desvanecía, sin rendirle el alma. Esta misma contemplación del espíritu de Ana, cuya cabalidad y belleza entonces más que nunca le absorbían, le apartaron del riesgo, en otra ocasión acaso inevitable, de observar en cuán grata manera iban unidas en Sol, sin extraordinario vuelo de intelecto, la belleza y la ternura.

Con Lucía, no había paces. Lo que no penetraba Ana, ¿cómo lo había de entender Sol? En vano, Sol, aunque ya asustadiza, aprovechando los momentos en que Ana estaba acompañada de Juan o de Pedro y Adela, se iba en busca de Lucía, que hallaba ahora siempre modo de tener largos quehaceres en su cuarto, en el que un día entró Sol casi a la fuerza, y vio a Lucía tan descompuesta que no le pareció que era ella, sino otra en su lugar: en el talle un jirón, los ojos como quemados y encendidos, el rostro todo como de quien hubiese llorado.

Y ese día Lucía y Juan estaban en paz: ni permitía Juan, por parecerle como indecoro suyo, aquel llevar y traer de cóleras, que le sacaban el alma de la fecunda paz a que por la excelencia de su virtud tenía derecho. Pero ese día, como que Ana se fatigase visiblemente de hablar, y Adela y Pedro estuviesen ensayando al piano una pieza nueva para Ana, Juan, un tanto airado con Lucía que se le mostraba dura, habló con Sol muy largamente, y se animó en ello, al ver el interés con que la enferma oía de labios de Juan la historia de Mignon, y a propósito de ella, la vida de Goethe. No era ésta para muy aplaudida, del lado de que Juan la encaminaba entonces, y tan hermosas cosas fue diciendo, con aquel arrebatado lenguaje suyo, que se le encendía y le rebotaba en cuanto sentía cerca de sí almas puras, que Pedro y Adela, ya un tanto reconciliados, vinieron discretamente a oír aquel nuevo género de música, no señalada por el artificio de la composición ni pedantesca pompa, sino que con los ricos colores de la naturaleza salía a caudales de un espíritu ingenuo, a modo de confesiones oprimidas. Lucía se levantaba, se mostraba muy solícita para Ana, interrumpía a Juan melosamente. Salía como con despecho. Entraba como ya iracunda. Se sentaba, como si quisiera domarse. "Sol, ¿habrán puesto agua a los pájaros?" Y Sol fue, y habían puesto agua. "Sol, ¿habrán traído la leche fresca para Ana?". Y Sol fue, y habían traído la leche fresca para Ana. Hasta que, al fin, salió Lucía, y no volvió más: Sol la halló luego, con los ojos secos y el talle desgarrado.

Y aquello crecía. Hoy era una dureza para Sol. Otra mañana. A la tarde otra mayor. La niña, por Ana y por Juan, no las decía. Juan, apenas bajaba. Lucía, con grandes esfuerzos, lograba apenas, convertido en odio aparente todo el cariño que por Juan sentía, disimularlo de modo que no fuese apercibido. ¿Quién había de achacar a Sol tanta mudanza, a Sol cuya pacífica belleza en el campo se completaba y esparcía, pues era como si la vertiese en torno suyo, y por donde ella anduviese fueran, como sus sombras, la fuerza y la energía? ¿A Sol, que sobre todos levantaba sus ojos limpios, grandes y sencillos, sin que en alguno se detuviesen más que en otro; con Lucía, siempre tierna; para Ana, una hermanita; con Pedro, jovial y buena; con Juan, como agradecida y respetuosa? Pero ése era su pecado: sus ojos grandes, limpios y sencillos, que cada vez que se levantaban, ya sobre Juan, ya sobre otros donde Juan pudiese verlos, se entraban como garfios envenenados por el corazón celoso de Lucía; y aquella hermosura suya, serena y decorosa, que sin encanto no se podía ver, como la de una noche clara.

Hasta que una noche:

—No, Sol, no: quédate aquí.

—¿Ana, adónde vas? ¿Qué tienes, Ana? ¿Salir tú del cuarto a estas horas? ¡Ana! ¡Ana!

—Déjame, niña, déjame. Hoy, yo tengo fuerzas. Llévame hasta la mitad del corredor.

—¿Del corredor?

—Sí: voy al cuarto de Lucía.

—Pues bueno, yo te llevo.

—No, mi niña, no. Se sentó un momento, con Sol a sus pies, le abrazó la cabeza, y la besó en la frente. Nada le dijo, porque nada debía decirle. Y se levantó, del brazo de ella.

—Es que sé lo que tiene triste a Lucía. Déjame ir. De ningún modo voyas. Es por el bien de todos.

Fue, tocó, entró.

—¡Ana!

Ana, casi lívida y tendiendo los brazos para no caer en tierra, estaba de pie, en la puerta del cuarto oscuro, vestida de blanco.

—Cierra, cierra.

Se habló mucho, se oyeron gemidos, como de un pecho que se vacía, se lloró mucho.

Allá a la madrugada, la puerta se abría, Lucía quería ir con Ana.

—No, no, quiero llevarte; ¿cómo has de ir sola si no puedes tenerte en pie? Sol estará despierta todavía. Yo quiero ver a Sol ahora mismo.

—¡Loca! ¡Hasta cuando eres buena, loca! A Juan, sí, en cuanto lo veas mañana, que será delante de mí, bésale la mano a Juan. A Sol, que no sepa nunca lo que te ha pasado por la mente. Vamos: acompáñame hasta la mitad del corredor.

—¡Mi Ana, madrecita mía, mi madrecita!

Y lloró Lucía aquella mañana, como se llora cuando se es dichoso.

¡Fiesta, fiesta! El médico lo ha dicho; el médico, que vino desde la ciudad a ver a la enferma, y halló que pensaba bien Petrona Revolorio. ¡Fiesta de flores para Ana!

¡Todos los músicos de las cercanías! ¡Telegramas a los sinsontes! ¡Recados a los amarillos! ¡Mensajeros por toda la comarca, a que venga toda la canora pajarería! Ana, ya se sabe de Ana: ¡Aquí no está bien, y debe ir adonde está bien! Pero es buena idea esa de Petrona Revolorio, y la enferma quiere que se dé un baile que haga famosa la finca. Petrona, por supuesto, no estará en la sala, ni ése es el baile que debía dar el niño Pedro Real; pero ella estará donde la pueda ver su niñita Ana, y mandarle todo lo que necesite, porque “ella baila con ver bailar, y lo que hace no lo hace por servicio, sino porque ha cobrado mucha afición”. Ya está tan contenta como si fuese la señora. Tiene un jarrón de China, que hubo quién sabe en qué lances, y ya lo trajo, para que adorne la fiesta; pero quiere que esté donde lo vea la niña Ana.

¡Ahora sí que ha empezado la temporada en la finca! Andar, bien, andar, Ana no puede; pero Petrona la acompaña mucho y Sol, siempre que van Juan y Lucía a pasear por la hacienda, porque entonces ¡qué casualidad! entonces siempre necesita Ana de Sol.

El médico vino, después de aquella noche. El baile lo quiere Ana para sacudir los espíritus, para expulsar de las almas suspicaces la pena pasada, para que con el roce solitario no se enconen heridas aún abiertas, para que viendo a Lucía tierna y afable, torne de nuevo la seguridad en el alma de Juan alarmado, para que Lucía vea frente a frente a Sol en la hora de un triunfo, y como Ana le hablará antes a Juan, Lucía no tiemble. ¡Ana se va, y ya lo sabe!: ella no quiere el baile para sí, sino para otros.

¡Qué semana, la semana del baile! Pedro ha ido a la ciudad. Lucía quiso por un momento que fuera Juan, hasta que la miró Ana.

—¡Oh, no, Juan! tú no te vayas.

Una tristeza había en los ojos de Juan Jerez, que acaso ya nada haría desaparecer: la tristeza de cuando en lo interior hay algo roto, alguna creencia muerta, alguna visión ausente, algún ala caída. Mas se notó en los ojos de Juan una dulce mirada, y no como de que se alegraba él por sí, sino por placer de ver tierna a Lucía. ¡Son tan desventurados los que no son tiernos!

De la ciudad vendría lo mejor; para eso iba Pedro. ¿Quién no quería alegrar a Ana? Y ver a Sol del Valle, que estaba ahora más hermosa que nunca ¿quién no querría? Carruajes, los tenían casi todos los amigos de la casa. El camino, salvo el tramo de las ciudades antiguas, era llano. Allí habría caballerías para ayuda o repuesto. Cerca de la casa, como a dos cuadras de ella, aderezaron para caballerizas dos grandes caserones de madera, construidos años atrás para experimentos de una industria que al fin no dio fruto. Pedro, antes de salir, había encargado que por todas las calles del jardín que había frente a la casa, pusieran unas columnas, como media vara más altas que un hombre, que habían de estar todas forradas de aquella parásita del bosque, sembrada acá y allá de flores azules; y sobre los capiteles, se pondrían unos elegantes cestos, vestidos de guías de enredadera y llenos de rosas. Las luces vendrían de donde no se viesen, ya en el jardín, ya en la casa; y estaba en camino Mr. Sherman, el americano de la luz eléctrica, para que la hubiese bien viva y abundante: los globos se esconderían entre cestos de rosas. De jazmines, margaritas y lirios iban a vestirle a Ana, sin que ella lo supiese, el sillón en que debía sentarse en la fiesta. Con una hoja de palma, puesta a un lado de los marcos y encorvada en ondulación graciosa por la punta en el otro, vistieron los indios todas las puertas y ventanas, y hubo modo de añadir a las enredaderas del colgadizo, otras parecidas por un buen trecho a ambos lados de las tres entradas, en cada uno de cuyos peldaños, como por toda esquina visible del colgadizo o de las salas, pusieron grandes vasos japoneses y chinos con plantas americanas. En las paredes del salón como desusada maravilla, colgó Juan cuatro platos castellanos, de los que los conquistadores españoles embutían en las torres. Era por dentro la casa blanca, como por fuera, y toda ella, salvo el colgadizo, tenía el piso cubierto por una alfombra espesa como de un negro dorado, que no llegaba nunca a negro, con dibujos menudos y fantásticos, de los

que el del ancho borde no era el menos rico, rescatando la gravedad y monotonía que le hubiera venido sin ellos de aquella masa de color oscuro.

¡Gentes, carruajes, caballos! Pedro y Juan jinetean sin cesar toda la tarde, de la casa al parador, y de éste a aquélla. En las ciudades antiguas donde aún hay alegres posadas, y cierto indio que sabe francés, han comido casi todos los invitados. A las ocho de la noche empieza el baile. Toda la noche ha de durar. Al alba, el desayuno va a ser en el parador. ¡Oh qué tamales, de las especias más diversas, tiene dispuestos Petrona Revolorio! esta tarde, cuando los hizo, se puso el chal de seda. Ana no ha visto su sillón de flores. ¿Adónde ha de estar Adela, sino por el jardín correteando, enseñando cuanto sabe, a la cabeza de un tropel de flores, de flores de ojos negros?

¿Y Lucía? Lucía está en el cuarto de Ana, vistiendo ella misma a Sol. Ella, se vestirá luego. ¡A Sol, primero!—Mírala, Ana, mírala. Yo me muero de celos. ¿Ves? el brazo en encajes. Toma; ¡te lo beso! ¡Qué bueno es querer! Dime, Ana, aquí está el brazo, y aquí está la pulsera de perlas: ¿cuáles son las perlas? Y ¿de qué iba vestida Sol? De muselina; de una muselina de un blanco un poco oscuro y transparente, el seno abierto apenas, dejando ver la garganta sin adorno; y la falda casi oculta por unos encajes muy finos de Malinos que de su madre tenía Ana.

—Y la cabeza ¿cómo te vas a peinar por fin? Yo misma quiero peinarte.

—¡No, Lucía, yo no quiero. No vas a tener tiempo. Ahora voy a ayudarte yo. Yo no voy a peinarme. Mira; me recojo el cabello, así como lo tengo siempre, y me pongo ¿te acuerdas? como en el día de la procesión, me pongo una camelia.

Y Lucía, como alocada, hacía que no la oía. Le deshacía el peinado, le recogía el cabello a la manera que decía.—¿Así? ¿No? Un poco más alto, que no te cubra el cuello. ¡Ah! ¿y las camelias?... ¿Esas son? ¡Qué lindas son! ¡qué lindas son! Y la segunda vez dijo esto más despacio y lentamente como si las fuerzas le faltaran y se le fuera el alma en ello.

—¿De veras que te gustan tanto? ¿Qué flores te vas a poner tú?

Lucía, como confusa:

—Tú sabes: yo nunca me pongo flores.

—Bueno: pues si es verdad que ya no estás enojada conmigo, ¿qué te hice yo para que te pusieras enojada? si es verdad que ya no estás enojada, ponte hoy mis camelias.

—¡Yo, camelias!

—Sí, mis camelias. Mira, aquí están; yo misma te las llevo a tu cuarto. ¿Quieres?

¡Oh! si se pusiera toda aquella hermosura de Sol la que se pusiese sus camelias. ¿Quién, quién llegaría nunca a ser tan hermosa como Sol? ¡Qué lindas, qué lindas, son esas camelias!—Pero tú, ¿qué flores te vas a poner?

—Yo, mira: Petrona me trajo unas margaritas esta mañana, estas margaritas.

¡Gentes, caballos, carruajes! Las cinco, las seis, las siete. Ya está lleno de gente el colgadizo.

Caballeros y niñas vienen ya del brazo, de las habitaciones interiores. Carruajes y caballos se detienen a la puerta del fondo, de la que por un corredor alfombrado, con grabados sencillos adornadas las paredes, se va a la vez a los cuartos interiores que abren a un lado y a otro, y a la sala. Ya desde él, al apearse del carruaje, se ve a la entrada de la sala, donde hay un doble recodo para poner dos otomanas, como si hubiese allí ahora un bosquecillo de palmas y flores. En un cuarto dejan las señoras sus abrigos y enseres, y pasan a otro a reparar del viaje sus vestidos o a cambiarlos algunas por los que han enviado de antemano. A otro cuarto entran a aliñarse y dejar sus armas los que han venido a caballo. Una panoplia de armas indias, clavada a un lado de la puerta de los caballeros, les indica su cuarto. Un gran lazo de cintas de colores y un abanico de plumas medio abierto sobre la pared, revelan a las señoras los suyos.

Ya suenan gratas músicas, que los indios de aquellas cercanías, colocados en los extremos del colgadizo, arrancan a sus instrumentos de cuerdas. Del jardín vienen los concurrentes; del cuarto de las señoras salen; Ana llega del brazo de Juan. “Juan, ¿quién ha sido? ¿para mí ese sillón de flores?” No la rodean mucho; se sabe que no deben hablarle. Y ¿Lucía que no viene? Ella vendrá enseguida. ¿Y Sol? ¿Dónde está Sol? Dicen que llega. Los jóvenes se precipitan a la puerta. No viene aún. Se está inquieto. Se valsa. Sol viene al fin: viene, sin haberla visto, de llamar al cuarto de Lucía. “¡Voy! ¡Ya estoy!” Así responde Lucía de adentro con una voz ahogada. No oye Sol los cumplimientos que le dicen: no ve la sala que se encorva a su paso: no sabe que la escultura no dio mejor modelo que su cabeza adornada de margaritas, no nota que,

sin ser alta, todas parecen bajas cerca de ella. Camina como quien va lanzando claridades, hacia Juan camina:

—Juan ¡Lucía no quiere abrirme! Yo creo que le pasa algo. La criada me dice que se ha vestido tres o cuatro veces, y ha vuelto a desvestirse, y a despeinarse, y se ha echado sobre la cama, desesperada, lastimándose la cara y llorando. Después despidió a la criada, y se quedó vistiéndose sola. ¡Juan! ¡vaya a ver qué tiene!

En este instante, estaban Juan y Sol, de pie en medio de la sala, y otras parejas, pasando, en espera de que rompiese el baile, alrededor de ellos.

—¡Allí viene! ¡allí viene! dijo Juan, que tenía a Sol del brazo, señalando hacia el fondo del corredor, por donde a lo lejos venía al fin Lucía. Lucía, toda de negro. A punto que pasaba por frente a la puerta del cuarto de vestir, interrumpiendo el paso a un indio, que sacaba en las manos cuidadosamente, por orden que le había dado Juan, una cesta cargada de armas, vio, viniendo hacia ella del brazo, solos, en plena luz de plata, en mitad del bosquecillo de flores que había a la entrada de la sala, a Juan y a Sol, a la hermosísima pareja. Se afirmó sobre sus pies como si se clavase en el piso. “¡Espera! ¡Espera!” dijo al indio. Dejó a Juan y a Sol adelantarse un poco por el corredor estrecho, y cuando les tenía como a unos doce pasos de distancia, de una terrible sacudida de la cabeza desató sobre su espalda la cabellera: “¡Cállate, cállate!” le dijo al indio, mientras haciendo como que miraba adentro, ponía la mano tremenda en la cesta; y cuando Sol se desprendía del brazo de Juan y venía a ella con los brazos abiertos...

¡Fuego! Y con un tiro en la mitad del pecho, vaciló Sol, palpando el aire con las manos, como una paloma que aletea, y a los pies de Juan horrorizado, cayó muerta.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! Y retorciéndose y desgarrándose los vestidos, Lucía se echó en el suelo, y se arrastró hasta Sol de rodillas, y se mesaba los cabellos con las manos quemadas, y besaba a Juan los pies; a Juan, a quien Pedro Real, para que no cayese, sostenía en su brazo. ¡Para Sol, para Sol, aun después de muerta, todos los cuidados! ¡Todos sobre ella! ¡Todos queriendo darle su vida! ¡El corredor lleno de mujeres que lloraban! ¡A ella, nadie se acercaba a ella!

—¡Jesús, Jesús! Entró Lucía por la puerta del cuarto de vestir de las señoras, huyendo, hasta que dio en la sala, por donde Ana cruzaba medio muerta, de los brazos de Adela y de Petrona Revolorio, y exhalando un alarido, cayó, sintiendo un beso, entre los brazos de Ana.

FRAGMENTOS¹⁴

¹⁴ Estos tres fragmentos de novela se encuentran en el *Archivo Gonzalo de Quesada*.

UNA PASIÓN

Junio 14.—Es el único hombre que me ha hablado sin mirarme al cuerpo. Yo he aprendido, en mi necesidad de cautivar a los hombres para irme procurando, por su vanidad halagada o su falsa confianza, modo de librarme de ellos, el poder de un escorzo; de un abandono, instantáneo, de la forma, aunque enseguida recogido, y nada más que aparente. Yo ¡infeliz de mí! sé lo que puede la punta de un pie bien calzado que roza un instante, como sin querer, la punta de una bota fuerte. Yo, que amo mi virtud, dejo caer al suelo el polvo de ella, segura de que así, resplandecerá mejor. El hombre es brutal; pero, más que brutal, es vano. Todos tienen su vanidad; la mayor, la que más les complace, es la de creer que una mujer se prenda de ellos. Uno es vano de su inteligencia, otro de su riqueza, otro de su hermosura, otro de su bondad.

Por la vanidad se conduce a los hombres. Por parecer buenos se deciden a serlo. No lo serían si no fuera porque lo quieren parecer. No lo hacen por el gozo íntimo de la bondad, sino por el bochorno de revelar que no la tienen. Yo conozco a los hombres como al teclado de mi piano.

Yo sé cuál responde a la nota negra, y a quién hay que hablar “en triste”. Yo no he encontrado todavía quien responda a la nota blanca. A todos les leo, en los ojos, en los labios, en las alas de la nariz, en los gestos vivos de la mano, en la inquietud del cuerpo, el apetito. A éste también se lo leo; pero es un apetito extraño, manso a la vez que apasionado, que no me aleja, que me turba un poco, que no me ofende. Parece inútil que me sienta para él, como me siento para los demás. Casi creo que me agradecería que me sentase para él de un modo diferente. El sabe del mundo cuanto hay que saber; se ve en sus consejos sutiles, tan extraños de su edad, en sus juicios firmes, que dice como quien ve la

raíz de todo; y los dientes de cada raíz, y el tronco, y las ramas. A veces, oyéndolo hablar, me parece que está disecando el mundo. Pero sin crueldad, sin amargura, como para que yo vea donde me espera un peligro, sin darme jamás a entender que cree que pueda yo correrlo. Hay instantes en que es irresistible el deseo de echarse en sus brazos; no sé si para amarlo o para consolarlo. Para consolarlo, aunque él nunca se queja. Amor no debe ser, o debe ser algo más que amor, o algo distinto de lo que se tiene por amor en el mundo: porque a mi pobre tía, que no está ya para pasiones, le adivino los mismos deseos. Este hombre es bueno, indudablemente es bueno. Pero de seguro no lo es tanto como lo quiere parecer. Y por supuesto, será vano: vano de su bondad. Hay que hacerle creer que se la reconoce, hay que celebrársela a cuantos puedan; a decirselo, hay que hacerle creer, como a todos, que para él tengo yo un saludo especial, una mirada más intensa, un favor levisimo, pero exclusivo. ¿Si creará que con esta táctica nueva va a entrarse por mi corazón, él, hombre ajeno? Pero no. El jamás me ha buscado. El siempre me ha esquivado. El ha podido cultivar la amistad que me inspiró. En tres años ha podido verme cien veces, en vez de cinco. No. Este hombre no me mancha como los demás, con su deseo. Es otro deseo hondo, casi impalpable, que parece proteger en vez de amenazar. Si yo creyera en los ángeles, pensaría que en ese modo de mirar hay algo de ángel. Perturba, de puro claro. Jamás baja los ojos, ni los hace bajar. Hay algo en su mirada que viene de lejos. Es enérgica, como la de un militar. Es mansa, como la de un perro. ¿Si me pudiera besar, dónde me daría su primer beso este hombre? Le daré la mano con desvío cuando vuelva a vernos; porque ayer me la retuvo demasiado. Fue imperceptible; pero yo lo percibi. Solo que no me la oprimía, no: la retenía nada más. Era como si me diera un beso que no podía darme. Pero lo que más me extraña es eso. Es el único hombre que me ha hablado sin mirarme el cuerpo.

Junio 14.—¿Para qué? ¿para qué, alma miserable? ¿Tú no sabes que ya el mundo está cerrado para ti, que una equivocación de amor te lo cerró para siempre, que tu honradez te impide volver a la vida, aceptar cariños, despertarlos; que tu bondad parece falsa de puro verdadera: que tienes que esconder tu gran bondad para que no parezca interés lo que es más gustoso y bello en la vida, la pasión del

—Hija, no hijo.—

213

La honradez y la independencia de carácter me han traído adonde estoy, y con ellas me he de mantener, y he de caer con ellas; porque no vale conservarse el puesto donde no se puede estar sin prescindir de ellas.

Llevo en el corazón todas las palabras de cariño, y la menor muestra de adhesión y ternura que he recibido hasta hoy, y la injusticia misma, la codicia, la ofensa de los que me honraron con ellas, no las borraré de mi memoria; ni me emanciparé de mi deuda de agradecimiento; pero consideraría un robo pagar estas deudas privadas con los caudales públicos y envilecer el carácter de los empleos de la nación hasta convertirlos en agencia del poder personal, y en paga de servicios propios con dinero ajeno. Ni puede un hombre (tener) considerar como su amigo a quien, directa o indirectamente, pidiendo empleos: privilegios públicos (a cambio) en pago del cariño o el encomio de (estos) otros días, le piden que falte a su deber, y ponga su interés por sobre el de la nación.

Yo conozco de veras, sin necesidad de hincapié ni recomendaciones, las capacidades y méritos de mis amigos, y de los que no piensan como yo; y de entre unos y otros escogeré los servidores del país, sin olvidar a quien (merezca) por su valer tenga derecho a servirlo; ni ceder al cariño de un lado o a la amenaza tácita de otro. (Párrafo de novela.)

310

Argumento de una novela campesina. Hay dos tiendas: una nueva, bien repartida, aireada, luminosa; otra vieja, sombría, remendada, regañona, renca. Desde que le pusieron la tienda nueva enfrente, el de la vieja anda más listo, sonrío más, camina más derecho, se cuida más la barba: el tendero nuevo, afeitado y obsequioso, está siempre a la puerta, sonriendo y saludando, partido el pelo al medio; en mangas blancas de camisa. Arabela, hecha a artes y pulcra, llega al pueblo, a llevar vida pura. En la ciudad no puede vivir con decoro, ni con la paz necesaria a la creación, un hombre pobre y altivo. Compra en la tienda nueva. La rechaza el aire negruzco de la vieja, y de la nueva la atrae el aire y

¹⁵ Fragmento en un libro de apuntes de Martí, probablemente escrito en Nueva York.

¹⁶ Idem.

la luz. Y al fin la echan del pueblo, después de pocos meses, los chismes del tendero celoso: que no va cuanto debe a la iglesia y es atea: que mujer de sus años y beldad, que se mete por los campos, algún pecado ha de tener, y su marido no lo es, y ella es mala persona: que tanto leer, y pintar, y tocar músicas extrañas, es de pura altanería, y por humillar a la gente del pueblo: que es prueba de sus culpas su vestido, tan sencillo que ha de ser hipócrita, porque en mujer así no es natural la sencillez: que ha de haber algo, algo hay sin duda, entre esta recién llegada misteriosa y ese tendero petimetre. Y Arabela no podría, aunque quisiere, comprar en la tienda vieja, porque el hombre ha dicho que "él no puede vender en su tienda de hombre honrado a mujer de tan mala reputación".

LIBROS ¹⁷

¹⁷ Estas notas de Martí, sobre libros que proyectaba escribir, se encuentran en sus cuadernos de apuntes, que dejó a su albacea literario Gonzalo de Quesada y Aróstegui.

Libro sobre Plácido, como, el q. proyecto sobre Horacio:
“Horacio, poeta revolucionario”.

“El Lector Científico”.

Libro de Lectura, con capítulos que resuman, en buena lectura literaria,
los elementos científicos corrientes:—una suma de textos.

Libro de Lectura, con asuntos como éstos, en lengua literaria y forma
hábil:—

Presentación y aplicación de la nueva nomenclatura química.

Instrumentos de agricultura en los Estados Unidos.

Cómo se hace la seda.

Cómo se cultiva el tabaco.

Descripción de la batalla de San Mateo.

Cómo se conserva la salud del cuerpo.

Influjo de los hábitos sobre la mente. La salud de la mente.

De la verdadera y de la falsa ciencia.

Estudio sobre minería.

Composición química de la Tierra, de la atmósfera y de los astros.

Influjo de la verdadera Poesía.—Qué es poesía, y qué clase de poesía
debe desdeñarse.

Condiciones de la buena prosa.

—Cada dos o tres asuntos prácticos, un asunto histórico y meramente
espiritual.

—¡Mi jorobadito, mi jorobadito!

Muerta de puñalada de Facundo, sombrío perseguidor. Muerta buscando en la sombra (reminiscencia de una escena de amor escrita anteriormente), palpando, acariciando en la sombra, las manos de un jorobadito.

I.—El jorobadito de Fulton St.: Vida en los ojos. Suspiciacia.

II.—Rasgos de ella. Amor abnegado. Lazo de espíritu, que oculta la deformidad del cuerpo. Amor a sí, y complacencia de sí, en el amor a otro.

III.—El Facundo. Rondador sombrío. No mata por la pasión, sino por no verse descubierto.

Principio:—Iban los dos de la mano, como los campesinos de Aragón, balanceando los brazos a compás de su andar, que era sosegado, y en sí un poema. El, jorobado; ella, garbosa. La deformidad de él enseñaba mejor la perfecta forma de ella, y ésta avergonzaba más la de él, muenga y jibosa: las piernas, hilos; la espalda, monte; monte el pecho; sufrimiento la frente; los ojos, desconfianza.

—¡Pocas son, mas son!—Saltó a caballo, y como si quisiera castigar algún recuerdo, y sajarlo en dos, hundió en los ijares del animal ambas espuelas, y salió a escape, envuelto en polvo.

Libro para escribir inmediatamente: *El alma americana*:—Elementos, obstáculos y objetos de la civilización sudamericana: Religión, política, industria, educación, inmigración, comercio, literatura, universalismo, europeísmo.

Sobre el mal humano de acomodación a la tierra, el mal concreto de acomodación de un espíritu refinado a una civilización naciente. Flor de cuidado, de jardín, en naturaleza inculta, donde el árbol sopla, la fiera ruge, el indígena vocea, el caballo de las revoluciones y conmociones naturales agosta.

Un librito: cosas que los E. Unidos necesitan y la A. del Sur puede enviarles. Un librito.

Consentimiento de los padres en el matrimonio. Otro librito.

El libro: "Un hombre honrado".

Movía a menudo la cabeza, como si ya no hubiera esperanza para él. "Este libro no es una novela, ni ¹⁸ una menguadilla obra de ficción, un sutil bordado en frágil tela, una exhibición lujosa de las fuerzas mentales, o de las imaginativas (¿imaginadoras?) Este libro es la historia de un hombre de estos tiempos."

Puede hacer compañía a "La Sangre y la Oveja".

Mi libro. *Los poetas rebeldes*: Oscar Wilde—Giuseppe Carducci—Guerra Junqueiro—Walt Whitman.

Pudiera seguirle otro: Rosetti, Coppée—Banville, Mendès, Aicard, Dupont.—Lames, Stoddard.—Amicis.—Guimarães. *Los poetas nuevos*.

Buen título tal vez para ese libro que desde hace tanto tpo. pienso—y que podría ser 2ª parte de mis *Mitologías Americanas*:—verdad por comparación: *Todas las Mitologías*.

"Los indios hoy":—un libro: Estado actual de las razas indias en América.

¿Y por qué no había yo de publicar, con mi propio modo de ver y lenguaje—una especie de discursos, en pequeños libros, sobre cada uno de los clásicos? En el comentario, suavemente y sin causar fatiga, el argumento.

Precedida esta colección de mi discurso general sobre los clásicos.

Un estudio, en verso: en redondilla:

Buffalo Bill, o La vida india.

Bien estudiado.

La batalla de las almas.

Serie de estudios sobre Cuba:

¹⁸ Tachado en el original.

La Revolución, como elemento en la política cubana.

Los caracteres (Epoca crítica.—Corrupción personal.—Habitación a lo vil).

La raza negra.—Su constitución, corrientes y tendencias. Modo de hacerla contribuir al bien común, por el suyo propio.

Los Autonomistas.—Antecedentes y peligros del partido. Observación sobre el exclusivismo y arrogancia que parecen predominar en él.

La política necesaria.—Ampliar caminos sin cerrar salidas, con amplio espíritu en que quepan todos, aun para las soluciones más extremas.

La educación del campo, para evitar que se cree el caudillaje.

La agitación revolucionaria.—Fanáticos, ambiciosos, descontentos, turbulentos,—habitados a prácticas libres.

Negros.—

Me desperté hoy, 20 de Agto. formulando en palabras, como resumen de ideas maduradas y dilucidadas durante el sueño, los elementos sociales que pondrá después de su liberación en la Isla de Cuba la raza negra. No las apariencias, sino las fuerzas vivas. No la raza negra como unidad, porque no lo es,—sino estudiada en sus varios espíritus o fuerzas, con el ánimo de ver si no es cierto como parece, que en ella [hay¹⁹] misma, en una sección de ella, hay material para elaborar el remedio contra los caracteres primitivos que desarrollarán por herencia, con grande peligro de un país que de arriba viene acrisolado y culto, los sucesores directos o cercanos de los negros de Africa salvajes, que no han pasado aún por la serie de trances necesarios para dejar de revelar en el ejercicio de los derechos públicos la naturalidad brutal correspondiente a su corta vida histórica.—

Desentrañar los elementos de la población cubana; desfibrarlos hito a hito: ver lo que resultará de ponerlos en juego común: prever los resultados: señalar los medios probables de irlos dirigiendo para bien, y de atenuar los males que surjan de los varios choques. Ver lo que es posible y lo que es natural de esa mezcla.

Valerse en el estudio de los resultados prácticos que ha [dado²⁰] sacado a luz la Revolución. La Revolución ha venido a enseñar, a Cuba, cómo

está constituida, y qué puede esperar o temer del porvenir. Ahora que aquella mar se asienta, se empiezan a ver las aguas claras. Entre otras cosas, fue causa necesaria de la muerte de la Revolución el modo teórico y la tendencia nacional con que se vino a ella sin conocimiento de elementos que no se podían conocer, puesto que, vivos y reales como eran, no se habían revelado aún, no por tener antes ocasión de revelarse, hasta que una conmoción nacional los sacó, de la calma en que se oscurecían, a la superficie.

Caracteres	{	Maestros
		Maceos
		Gómez

Mis negros.

Tomás

Tomás era pa. mí el Señor Tomás, el Sor. T., el Excmo. Sr. D. T., Su Majestad Tomás, lo era todo para mí, era mi amigo. Era bueno, y tenía espíritu nuevo y artístico. Me deleitaba, cantando y silbando. Travieso con todos los demás, quieto a mi lado. ¿Por qué te juntas con Tomás?

I.—El del bocabajo en la Hanábana.

II.—El negrito de Claudio Pozo.

III.—Isidoro, el de Batabanó. (Esperando mis versos, sentado a mis pies. El regalo de compadre a Dorotea.) Yo, escribiendo sobre mis rodillas, yo en mis rodillas, y él tendido por tierra, sobre los codos, me cubría con sus mimos sencillos.

IV.—José (fidelidad).

V.—Dorotea: (Todos a ella: Federico, Alfredo, Pepe.)

VI.—El viejo del presidio: (algo de roble roto: majestad desoladora).

VII.—Simón: (Elocuencia.)

VIII.—Isabel Diago: (Homosexual.)

IX.—El negro hermoso de casa de Manuel: (la mano cortada).

X.—El negrito con trabas: (yendo al potrero) hablando con su negra: a ella, la camisa rota le dejaba descubierto un seno.

XI.—El cochero de Diago: Era de verle el papel.

XII.—Cadenas.

¹⁹ Tachado en el original

²⁰ Idem.

Padre e hijo.

Prólogo: El poeta explica que desdeña el drama de accidente, y sólo cree digno de su esfuerzo el esencial, sintético y humano.
 Viejo terco: amor fiero—España.
 Hijo dulce: implora libertad—Cuba.

Mi libro.

Emerson—Carlyle—Motley, el perfecto Motley,—Longfellow, el sereno Longfellow; y Walt Whitman—Adamiano.

Poema Americano

Podemos, es claro, escribir n/poema: (Tecum Unam, Sucre, Túpac Amaru, Juárez). Pero no con lengua prestada, ni siquiera con la de Homero, sino con algo que sea en el color y la gracia como el vestido de gala de los magnates indios, penachos de volcán, pechos desnudos, lágrimas patriarcales, columpios de pluma;—y transportados por alas invisibles, y roídos por águilas coléricas.

Que Colón fue más personaje casual que de mérito propio, es cosa de prueba fácil, así como que se sirvió a sí más que a los hombres, y antes que en éstos pensaba en sí, cuando lo que unge grande al hombre es el desamor de sí por el beneficio ajeno.

Libro:—Colón.

Espectáculo admirable: Bessy, la mujer de Tom Moore.

(Mi libro—Bessy Moore.)

Escribir “Cartas de un Inválido”:—el libro sincero: lo que sé de la vida; un loco sensato: lo dramático y romántico en sus arrebatos, fingidos con arte: todo lo demás, lo verdadero: cómo recuerda su infancia: lo que sabe de los hombres.

Escribir un estudio:

Los poetas jóvenes de América:
 Sierra, Andrade, Obligado,
 Mirón, Gutiérrez Nájera, Peza,
 Darío, Acuña, Cuenca, Puga,
 Palma, Tejera, Sellén.

Un libro sobre “La Nochebuena Inglesa”.

Un libro sobre: “Ocupaciones”.

—Hijo: vamos hoy a ver cómo se graba en madera... Y la descripción, clara y minuciosa.

—Hijo: vamos hoy a ver cómo se fabrica el papel.

Por escribir:

Una familia (Los Wingate).
 Con el pintor en la montaña.
 Las tres cachuchas (Mrs. Neavins).
 El paso nuevo (A Round Tap).
 Jack.

Nota:

Vine, con el pintor, a verle pintar. (La montaña con Coughlin: descripción ligera.) El *havok* quejoso:—En todas partes está la tristeza. (Contraste de la nota quejosa con la gloria y dicha del paisaje.)

Escribir: *El plan de la Naturaleza*.

Para qué sirve cada cosa;
 Por qué cada cosa es como es,
 Cómo está todo distribuido,
 o variado, o especificado,
 conforme a las necesidades.

Escribir: *Los momentos supremos:*

(de mi vida, de La Vida de un Hombre: lo poco que se recuerda, como picos de montaña, de la vida: las horas que cuentan).

La tarde de Emerson.

La ingratitude. (En la cárcel, al saber la partida de la familia de M.)

La abeja de María.

La cumbre del monte en Guatemala.

El beso de papá, al salir para Guatemala, en el vapor,—al volver a México, en casa de Borrell.

La tarde del anfiteatro: (manos en el balcón del club:) en Catskill.

Sybilla.

Cuando me enseñaron a Pepe recién nacido.

La carta de Adriano Páez.

Un libro: Diccionario de Juicios de los *grandes hombres:*

Por ejemplo:

Luther—He is the image of a large, substantial, deep man & (el juicio de Carlyle en H. of Lit).

—y al pie, cuando se pueda, otros juicios confirmatorios o contradictorios.

Un estudio:

La música popular en la Am. del Sur.

La poesía popular en la América del Sur.

“Vida y costumbres de los indígenas de América”.

—Sería oportuno libro.

Y aún más oportuno, y hecho a donaire, este otro:

“Hábitos, prácticas y fiestas de los americanos coloniales” o “Vida de los americanos (en la época) durante la dominación española”:

Fuentes de datos: Los poemas de Batres:

Artículos en “El Rep. Col.”:

El Campanario.

“La Venezoliada” de Núñez de Cáceres.

“Las Charlas” de Prieto.

“Las Tradiciones” de Palma.

Chupa de seda con joyas de alegres colores.

Peruleros decían, cuando la colonia, en Colombia a los que venían del Perú.

Quimbar el oro.—Zárzo.—“Estoperoles”.

“Ociar”—buen verbo, q. he visto usado en Pombo.

Otro buen estudio: “Desenvolvimiento histórico de la idea de independencia en la América del Sur: Fuentes, caudal extraño acumulado, gestación, tentativas”.

“Something better than life” is the proper subject of the novelist. Th. Sergeant Perry.

Son igualmente necesarias las novelas que pintan la vida, y las que con presentación de ideales más altos que ella, intentan mejorarla. Visto el caso desde este noble punto, hay campo legítimo para las dos clases de novela. Cada clase dará su objeto especial. Lo que sucede es que hay dos objetos, y naturalmente, la que ha sido engendrada con la mira en el uno, no responde al otro. Y el que cree que uno de los objetos debe ser preferido, o exclusivo, desdeña o condena los que responden al otro.

“Mere entertainment would be a degrading aim for a Russian novelist.” Th. S. P.

Un libro muy leído sería éste:—cuento y ligero examen de los dramas y comedias representadas en estos últimos años.—Por grupos: París, Londres, Berlín, Petersburgo, Florencia, Turin y Roma-Madrid-New York.

“El Teatro de América”

(por pueblos).

“La Filosofía en América”

(por pueblos).

“Las Razas de América”.

“Los Destinos de América”.

Monografías de hombres ilustres: las dos primeras, por la mayor significación y trascendencia de la obra de los biografiados: Bolívar, Juárez.

El gran trabajo para escribir este libro—(El concepto de la vida)²⁰ es éste: distinguir la vida postiza de la vida natural: lo que viene en el hombre, de lo que le añaden los hombres que han venido. So pretexto de completarlo, lo interrumpen. La tierra es hoy una vasta morada de disfrazados. Se viene a la tierra como cera,—y el azar nos vacía en moldes prehechos.—Las convenciones creadas deforman la existencia verdadera,—y la verdadera vida viene a ser como corriente silenciosa que corre dentro de la existencia aparente, como por debajo de ella, no sentida a las veces por el mismo en quien hace su obra sigilosa.—Garantizar la libertad humana,—dejar a los espíritus su frescura genuina,—no desfigurar con el resultado de ajenos prejuicios las naturalezas (puras y) vírgenes,—ponerlas en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlas, ni impelerlas por una vía marcada—he ahí el único modo de poblar la tierra de una generación vigorosa y creadora que le falta. Las redenciones han venido siendo formales;—es necesario que sean esenciales. La libertad política no estará asegurada, mientras no se asegure la libertad espiritual. Urge libertar a los hombres de la tiranía, de la convención, que tuerce sus sentimientos, precipita sus sentidos y sobrecarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso.—Este es uno de esos problemas misteriosos que ha de resolver la ciencia humana—hoy entrevisto apenas, vulgar mañana y de todos conocido,—difícil y oculto a las miradas comunes,—mas no por eso menos grave.—Bueno es dirigir;—pero no es bueno que llegue el dirigir a ahogar.

²⁰ Sobre este proyectado libro suyo, Martí le escribió a Miguel Viondi, desde Nueva York, con fecha 24 de abril de 1880: “Tengo pensado escribir, para cuando me vaya sintiendo escaso de vida, un libro que así ha de llamarse: *El concepto de la vida*.—Examinaré en él esa vida falsa que las convenciones humanas ponen enfrente de nuestra verdadera naturaleza, torciéndola y afeándola,—y ese cortejo de ansias y pasiones, vientos del alma.—Digo esto porque me preparaba ya a escribirlo.—Pero puede ser que la alegría que el resultado de labores de más activo género ha de causarme, y me causa,—y esa sabia casualidad que le hace a uno vivir hasta que deja de ser capitalmente útil, me llenen de aire nuevo los pulmones y me limpien las venas obstruidas de mi corazón.”

Recoger toda la savia de la vida, y darla a gustar en un vaso ciclópeo:

Los tres libros que acumulo, y no tendré tiempo para hacer: 1º El Universo, en lo vario y en lo uno, hasta hoy: el mundo como es, y por qué lo fue y cómo ha venido a ser, y por qué lo es, en el instante en que lo hallo: todo lo que hasta hoy ha dejado ver de la vida universal el mundo: cuanto hasta hoy hay que decir: el jugo del mundo: 2º En poema, personificación del alma eterna humana: En poema: mi tiempo: fábricas, industrias, males y grandezas peculiares: transformación del mundo antiguo y preparación del nuevo mundo. Grandes y nuevas corrientes: no monasterios, cortes y campamentos, sino talleres, organizaciones de las clases nuevas, extensión a los siervos del derecho de los caballeros griegos: que es cuanto, y no más, se ha ganado desde Grecia acá. Fraguas, túneles. procesiones populares, días de libertad: resistencias de las dinastías, y acometimientos de las ignorancias. Cosas ciclópeas. 3º Tercer libro: Esencia de la Historia: el Alma de la Historia. Cuanto enseña la vida de los pueblos. Estudio paralelo; y luego que todo esté visible y corpóreo como un mapa, ante los ojos, deducir la real significación del progreso, prever y entrever el mundo futuro en la organización terrenal, y el destino final de nuestro espíritu.

Los siglos no van siendo más que una serie de débiles renacimientos. Se vuelve a los viejo, y no se imagina nada nuevo;—pudiendo de la pertinacia en el uso de las viejas formas deducirse que no hay espíritu nuevo que las (vivifique) o (sustituya).—Depende de eso.

La escuela y el hogar son las dos formidables cárceles del hombre.

Es necesario, dejando techo que nos ampare, abrir las puertas por donde el aire sano entre. Son mala savia para la infancia el jugo venenoso de las pasiones, y el amargo de los años.—Hay que dar al niño hombros para que sustente el peso que la vida le eche encima,—no peso ajeno que oprima sus hombros: así ¿cómo andará? (Adaptable pa. un estudio sobre Reformas en la Educación.)

Para: “El concepto de la vida”.—En el matrimonio ha de entrar por mucho el pensamiento.—Elementos del amor actual. Razones que, generalmente, deciden el matrimonio; una impresión estética, el amor propio

satisfecho, y un anhelo a las veces secreto y no por eso menos vivo, de la posesión. No queriendo darle estos motivos fútiles, elevamos en nuestra propia creencia esas causas vulgares a los más altos motivos. Y esas altas pasiones, y celestiales afectos que generalmente concebimos,—confundimoslos, ganosos de gozarlos con la impresión que accidentalmente nos mantiene agitados y vibrantes.

LA EDAD DE ORO

NOTA PRELIMINAR

El año 1905, Gonzalo de Quesada y Aróstegui editó varios tomos de Obras de Martí en la Casa Editrice Nazionale Roux e Viarengo, Roma-Torino. El tomo V de aquella edición se compone de los cuatro números de la revista La Edad de Oro, que Martí escribió para los niños de América, con las mismas ilustraciones que la revista tenía. A continuación se reproduce la introducción que Gonzalo de Quesada y Aróstegui, discípulo y amigo entrañable de Martí, puso en aquella edición.

En 1889 un amigo generoso del Maestro, el señor A. Da Costa Gómez, hizo posible que viera la luz LA EDAD DE ORO, en que aquel genio condensó su sabiduría en páginas, sencillas a la vez que profundas, dedicadas a los niños de América.

Cual símbolo de amor y de ternura, era de color celeste la cubierta que encerraba cada entrega, pues de ternura y de amor fue la tarea de quien sólo deseaba, por galardón, que sus lectores queridos viesen en él un amigo.

Su móvil y programa se exponen en estos párrafos

Cada día primero de mes se publicará en Nueva York un número de LA EDAD DE ORO, con artículos completos y propios, y compuesto de manera que responda a las necesidades especiales de los países de lengua española en América, y contribuya todo en cada número directa y agradablemente a la instrucción ordenada y útil de nuestros niños y niñas, sin traducciones vanas de trabajos escritos para niños de carácter y de países diversos.

La empresa de LA EDAD DE ORO desea poner en las manos del niño de América un libro que lo ocupe y regocije, le enseñe sin fatiga, le cuente en resumen pintoresco lo pasado y lo contemporáneo, le estimule a emplear

por igual sus facultades mentales y físicas, a amar el sentimiento más que lo sentimental, a reemplazar la poesía enfermiza y retórica que está aún en boga, con aquella otra sana y útil que nace del conocimiento del mundo; a estudiar de preferencia las leyes, agentes e historia de la tierra donde ha de trabajar por la gloria de su nombre y las necesidades del sustento.

Cada número contendrá, en lectura que interese como un cuento, artículos que sean verdaderos resúmenes de ciencias, industrias, artes, historia y literatura, junto con artículos de viajes, biografías, descripciones de juegos y de costumbres, fábulas y versos. Los temas escogidos serán siempre tales que, por mucha doctrina que lleven en sí, no parezca que la llevan, ni alarmen al lector de pocos años con el título científico ni con el lenguaje aparatoso.

Los artículos de LA EDAD DE ORO irán acompañados de láminas de verdadero mérito, bien originales, bien reproducidas por los mejores métodos de entre las que se escojan de las obras de los buenos dibujantes, para completar la materia escrita, y hacer su enseñanza más fácil y duradera. Y el número será impreso con gran cuidado y claridad, de modo que el periódico convide al niño a leerlo, y le dé ejemplo vivo de limpieza, orden y arte.

El número constará de 32 páginas de dos columnas, de fina tipografía y papel excelente, con numerosas láminas y viñetas de los mejores artistas, reproduciendo escenas de costumbres, de juegos y de viajes, cuadros famosos, retratos de mujeres y hombres célebres, tipos notables, y máquinas y aparatos de los que se usan hoy en las industrias y en las ciencias.

Los números se venderán sueltos en las agencias del periódico, y en las principales librerías de cada país, a 25 centavos. Se reciben pedidos por semestre en la administración, *New York, William Street 77*, acompañados de su importe, para facilitar la adquisición del número a los que residan en lugares donde no haya librerías, o en cuyas librerías no esté de venta LA EDAD DE ORO.

Desgraciadamente, falta de apoyo por los que debieron comprender lo que significaba la obra para la educación y las letras de nuestros pueblos, tuvo que cesar con el cuarto número, después de grandes sacrificios del señor Da Costa Gómez, y el triste desengaño de Martí.

Hoy, a los diez años de caído el héroe en la refriega, doy LA EDAD DE ORO a la imprenta para su reproducción, a fin de que llegue a manos de

los niños cubanos, de esas generaciones que mañana han de consolidar la patria por la cual murió Martí.

A la nobleza del señor A. Da Costa Gómez debo el poder sacar del olvido la bella labor; me bastó indicarle mi deseo para que me otorgara su entusiasta y desinteresado consentimiento. Para él, en nombre del Inmortal, de los niños de mi tierra y en el mío: ¡Gracias!



Se reproduce aquí la revista LA EDAD DE ORO con los grabados de los cuatro números publicados.



SUMARIO

Nº 1

La Edad de Oro:

Grabado

A los Niños que lean "La Edad de Oro"

Tres Héroeas:

Con Retratos

Dos Milagros:

Versos

Meñique:

Cuento de magia, con dibujos

Cada Uno a su Oficio:

Fábula de Emerson

La Iliada, de Homero:

Con dibujos

Un Juego Nuevo y Otros Viejos:

Con dibujos

Bebé y el Señor Don Pomposo:

Cuento, con dibujos

La Última Página

En el número de AGOSTO se publicarán los artículos siguientes:

La Historia del Hombre, contada por sus casas: con 18 grabados

Niños Famosos: de Samuel Smiles, con retratos

Ruinas Indias: con dibujos

Nené Traviesa: cuento, con dibujos

Historia de la Cuchara, el Tenedor y el Cuchillo: con dibujos

Un cuento, otros artículos, y una fábula nueva

En el número de SETIEMBRE se publicará un artículo con muchos dibujos, describiendo *La Exposición de París*.

A LOS NIÑOS QUE LEAN "LA EDAD DE ORO"

Para los niños es este periódico, y para las niñas, por supuesto. Sin las niñas no se puede vivir, como no puede vivir la tierra sin luz. El niño ha de trabajar, de andar, de estudiar, de ser fuerte, de ser hermoso: el niño puede hacerse hermoso aunque sea feo; un niño bueno, inteligente y aseado es siempre hermoso. Pero nunca es un niño más bello que cuando trae en sus manecitas de hombre fuerte una flor para su amiga, o cuando lleva del brazo a su hermana, para que nadie se la ofenda: el niño crece entonces, y parece un gigante: el niño nace para caballero, y la niña nace para madre. Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos, con los caballeros de mañana, y con las madres de mañana; para contarles a las niñas cuentos lindos con que entretener a sus visitas y jugar con sus muñecas; y para decirles a los niños lo que deben saber para ser de veras hombres. Todo lo que quieran saber les vamos a decir, y de modo que lo entiendan bien, con palabras claras y con láminas finas. Les vamos a decir cómo está hecho el mundo: les vamos a contar todo lo que han hecho los hombres hasta ahora

Para eso se publica LA EDAD DE ORO: para que los niños americanos sepan cómo se vivía antes, y se vive hoy, en América, y en las demás tierras; y cómo se hacen tantas cosas de cristal y de hierro, y las máquinas de vapor, y los puentes colgantes, y la luz eléctrica; para que cuando el niño vea una piedra de color sepa por qué tiene colores la piedra. y qué quiere decir cada color; para que el niño conozca los libros famosos donde se cuentan las batallas y las religiones de los pueblos antiguos. Les hablaremos de todo lo que se hace en los talleres, donde suceden cosas más raras

e interesantes que en los cuentos de magia, y son magia de verdad, más linda que la otra: y les diremos lo que se sabe del cielo, y de lo hondo del mar y de la tierra: y les contaremos cuentos de risa y novelas de niños, para cuando hayan estudiado mucho, o jugado mucho, y quieran descansar. Para los niños trabajamos, porque los niños son los que saben



La Edad de Oro — Cuadro de Edward Magnus

querer, porque los niños son la esperanza del mundo. Y queremos que nos quieran, y nos vean como cosa de su corazón.

Cuando un niño quiera saber algo que no esté en LA EDAD DE ORO, escribanos como si nos hubiera conocido siempre, que nosotros le contestaremos. No importa que la carta venga con faltas de ortografía. Lo que importa es que el niño quiera saber. Y si la carta está bien escrita,

la publicaremos en nuestro correo con la firma al pie, para que se sepa que es niño que vale. Los niños saben más de lo que parece, y si les dijera que escribiesen lo que saben, muy buenas cosas que escribirían. Por eso LA EDAD DE ORO va a tener cada seis meses una competencia, y el niño que le mande el trabajo mejor, que se conozca de veras que es suyo, recibirá un buen premio de libros, y diez ejemplares del número de LA EDAD DE ORO en que se publique su composición, que será sobre cosas de su edad, para que puedan escribirla bien, porque para escribir bien de una cosa hay que saber de ella mucho. Así queremos que los niños de América sean: hombres que digan lo que piensan, y lo digan bien: hombres elocuentes y sinceros.

Las niñas deben saber lo mismo que los niños, para poder hablar con ellos como amigos cuando vayan creciendo; como que es una pena que el hombre tenga que salir de su casa a buscar con quien hablar, porque las mujeres de la casa no sepan contarle más que de diversiones y de modas. Pero hay cosas muy delicadas y tiernas que las niñas entienden mejor, y para ellas las escribiremos de modo que les gusten; porque LA EDAD DE ORO tiene su mago en la casa, que le cuenta que en las almas de las niñas sucede algo parecido a lo que ven los colibríes cuando andan curioseando por entre las flores. Les diremos cosas así, como para que las leyese los colibríes, si supieran leer. Y les diremos cómo se hace una hebra de hilo, cómo nace una violeta, cómo se fabrica una aguja, cómo tejen las viejecitas de Italia los encajes. Las niñas también pueden escribirnos sus cartas, y preguntarnos cuanto quieran saber, y mandarnos sus composiciones para la competencia de cada seis meses. ¡De seguro que van a ganar las niñas!

Lo que queremos es que los niños sean felices, como los hermanitos de nuestro grabado; y que si alguna vez nos encuentra un niño de América por el mundo nos apriete mucho la mano, como a un amigo viejo, y diga donde todo el mundo lo oiga: "¡Este hombre de LA EDAD DE ORO fue mi amigo!"

TRES HÉROES

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía,



Bolivar

sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar, ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en

camino de ser bribón. Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso: la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama. En América se vivía antes de la libertad como la llama que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga, o morir.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados. Estos tres hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de México. Se les deben perdonar sus errores, porque el bien que hicieron fue más que sus faltas. Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban, y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido, que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto. Ese fue el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba. Lo habían derrotado los españoles: lo habían echado del país. El se fue a una isla, a ver su tierra de cerca, a pensar en su tierra.

Un negro generoso lo ayudó cuando ya no lo quería ayudar nadie. Volvió un día a pelear, con trescientos héroes, con los trescientos libertadores. Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. Libertó al

Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales peleaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto, ni se peleó mejor, en el mundo por la libertad. Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libre. Los envidiosos exageraron sus defectos. Bolívar murió de pesar del corazón, más que de mal del cuerpo, en la casa de un español en Santa Marta. Murió pobre, y dejó una familia de pueblos.



Hidalgo

México tenía mujeres y hombres valerosos que no eran muchos, pero valían por muchos: media docena de hombres y una mujer preparaban el modo de hacer libre a su país. Eran unos cuantos jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal, y un cura de pueblo que quería mucho a los indios, un cura de sesenta años. Desde niño fue el cura Hidalgo de la raza buena, de los que quieren saber. Los que no quieren saber son de

la raza mala. Hidalgo sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos del siglo dieciocho, que explicaron el derecho del hombre a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. Vio a los negros esclavos, y se llenó de horror. Vio maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música, que consuela; la cría del gusano, que da la seda; la cría de la abeja, que da miel. Tenía fuego en sí, y le gustaba fabricar: creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho de cuando en cuando los ojos verdes. Todos decían que hablaba muy bien, que sabía mucho nuevo, que daba muchas limosnas el señor cura del pueblo de Dolores. Decían que iba a la ciudad de Querétaro una que otra vez, a hablar con unos cuantos valientes y con el marido de una buena señora. Un traidor le dijo a un comandante español que los amigos de Querétaro trataban de hacer a México libre. El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y flechas, o con hondas y lanzas. Se le unió

un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con músicas y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. El fabricó lanzas y granadas de mano. El dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. El declaró libres a los negros. El les devolvió sus tierras a los indios. El publicó un periódico que llamó *El Despertador Americano*. Ganó y perdió batallas. Un día se le juntaban siete mil indios con flechas, y al otro día lo dejaban solo. La mala gente quería ir con él para robar en los pueblos y para vengarse de los españoles. El les avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla que iba a darles los recibiría en su casa como amigos. ¡Eso es ser grande! Se atrevió a ser magnánimo, sin miedo a que lo abandonase la soldadesca, que quería que fuese cruel. Su compañero Allende tuvo celos de él, y él le cedió el mando a Allende. Iban juntos buscando amparo en su derrota cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia, y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en la sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas, donde tuvo su gobierno. Enterraron los cadáveres descabezados. Pero México es libre.

San Martín fue el libertador del Sur, el padre de la República Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaron a España para que fuese militar del rey. Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón: pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una compañía, disparándole tiros y más tiros desde un rincón del monte: al niño lo encontraron muerto, muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía, como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén, y lo hicieron teniente coronel. Hablaba poco: parecía de acero: miraba como un águila: nadie lo desobedecía: su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire. En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino



San Martín

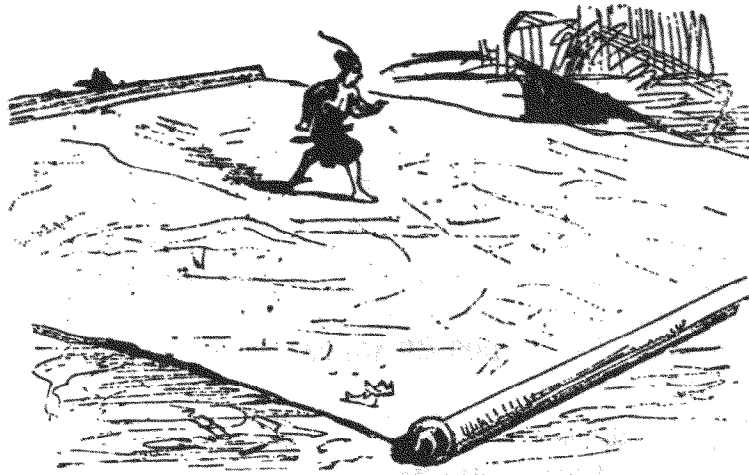
a América: ¿qué le importaba perder su carrera, si iba a cumplir con su deber?: llegó a Buenos Aires: no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería: en San Lorenzo fue su primera batalla: sable en mano se fue San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera. En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo: a Bolívar lo había echado Morillo el cruel de Venezuela: Hidalgo estaba muerto: O'Higgins salió huyendo de Chile: pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América. Hay hombres así, que no pueden ver esclavitud. San Martín no podía; y se fue a libertar a Chile y al Perú. En dieciocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos: iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos: abajo, muy abajo, los árboles parecían yerba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipú, lo derrota para siempre en la batalla de Chacabuco. Liberta a Chile. Se embarca con su tropa, y va a libertar al Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar, y San Martín le cede la gloria. Se fue a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte en el testamento al Perú. Un escultor es admirable, porque saca una figura de la piedra bruta: pero esos hombres que hacen pueblos son como más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores. Esos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

DOS MILAGROS

Iba un niño travieso
 Cazando mariposas;
 Las cazaba el bribón, les daba un beso,
 Y después las soltaba entre las rosas.

Por tierra, en un estero,
 Estaba un sicomoro;
 Le da un rayo de sol, y del madero
 Muerto, sale volando un ave de oro.





MEÑIQUE

(Del francés, de Laboulaye)

Cuento de magia, donde se relata la historia del sabichoso Meñique, y se ve que el saber vale más que la fuerza

I

En un país muy extraño vivió hace mucho tiempo un campesino que tenía tres hijos: Pedro, Pablo y Juancito. Pedro era gordo y grande, de cara colorada, y de pocas entendederas; Pablo era canijo y paliducho, lleno de envidias y de celos; Juancito era lindo como una mujer, y más ligero que un resorte, pero tan chiquitín que se podía esconder en una bota de su padre. Nadie le decía Juan, sino Meñique.

El campesino era tan pobre que había fiesta en la casa cuando traía alguno un centavo. El pan costaba mucho, aunque era pan negro; y no tenían cómo ganarse la vida. En cuanto los tres hijos fueron bastante

crecidos, el padre les rogó por su bien que salieran de su choza infeliz, a buscar fortuna por el mundo. Les dolió el corazón de dejar solo a su padre viejo, y decir adiós para siempre a los árboles que habían sembrado, a la casita en que habían nacido, al arroyo donde bebían el agua en la palma de la mano. Como a una legua de allí tenía el rey del país un palacio magnífico, todo de madera, con veinte balcones de roble tallado, y seis ventanitas. Y sucedió que de repente, en una noche de mucho calor, salió de la tierra, delante de las seis ventanas, un roble enorme con ramas tan gruesas y tanto follaje que dejó a oscuras el palacio del rey. Era un árbol encantado, y no había hacha que pudiera echarlo a tierra, porque se le mellaba el filo en lo duro del tronco, y por cada rama que le cortaban salían dos. El rey ofreció dar tres sacos llenos de pesos a quien le quitara de encima al palacio aquel arbolón; pero allí se estaba el roble, echando ramas y raíces, y el rey tuvo que conformarse con encender luces de día.

Y eso no era todo. Por aquel país, hasta de las piedras del camino salían los manantiales; pero en el palacio no había agua. La gente del palacio se lavaba las manos con cerveza y se afeitaba con miel. El rey había prometido hacer marqués y dar muchas tierras y dinero al que abriese en el patio del castillo un pozo donde se pudiera guardar agua para todo el año. Pero nadie se llevó el premio, porque el palacio estaba en una roca, y en cuanto se escarbaba la tierra de arriba, salía debajo la capa de granito. Como una pulgada nada más había de tierra floja.

Los reyes son caprichosos, y este reyecito quería salirse con su gusto. Mandó pregoneros que fueran clavando por todos los pueblos y caminos de su reino el cartel sellado con las armas reales, donde ofrecía casar a su hija con el que cortara el árbol y abriese el pozo, y darle además la mitad de sus tierras. Las tierras eran de lo mejor para sembrar, y la princesa tenía fama de inteligente y hermosa; así es que empezó a venir de todas partes un ejército de hombres forzudos, con el hacha al hombro y el pico al brazo. Pero todas las hachas se mellaban contra el roble, y todos los picos se rompían contra la roca.

II

Los tres hijos del campesino oyeron el pregón, y tomaron el camino del palacio, sin creer que iban a casarse con la princesa, sino que encontrarían entre tanta gente algún trabajo. Los tres iban anda que anda, Pedro siempre contento, Pablo hablándose solo, y Meñique saltando de

acá para allá, metiéndose por todas las veredas y escondrijos, viéndolo todo con sus ojos brillantes de ardilla. A cada paso tenía algo nuevo que preguntar a sus hermanos: que por qué las abejas metían la cabecita en las flores, que por qué las golondrinas volaban tan cerca del agua, que por qué no volaban derecho las mariposas. Pedro se echaba a reír, y Pablo se encogía de hombros y lo mandaba callar.

Caminando, caminando, llegaron a un pinar muy espeso que cubría todo un monte, y oyeron un ruido grande, como de un hacha, y de árboles que caían allá en lo más alto.

—Yo quisiera saber por qué andan allá arriba cortando leña—dijo Meñique.

—Todo lo quiere saber el que no sabe nada—dijo Pablo, medio gruñendo.

—Parece que este muñeco no ha oído nunca cortar leña—dijo Pedro, torciéndole el cachete a Meñique de un buen pellizco.

—Yo voy a ver lo que hacen allá arriba—dijo Meñique.

—Anda, ridículo, que ya bajarás bien cansado, por no creer lo que te dicen tus hermanos mayores.

Y de ramas en piedras, gateando y saltando, subió Meñique por donde venía el sonido. Y ¿qué encontró Meñique en lo alto del monte? Pues un hacha encantada, que cortaba sola, y estaba echando abajo un pino muy recio.

—Buenos días, señora hacha—dijo Meñique;—¿no está cansada de cortar tan solita ese árbol tan viejo?

—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por ti—respondió el hacha.

—Pues aquí me tiene—dijo Meñique.

Y sin ponerse a temblar, ni preguntar más, metió el hacha en su gran saco de cuero, y bajó el monte, brincando y cantando.

—¿Qué vio allá arriba el que todo lo quiere saber?—preguntó Pablo, sacando el labio de abajo, y mirando a Meñique como una torre a un alfiler.

—Pues el hacha que oíamos —le contestó Meñique.

—Ya ve el chiquitín la tontería de meterse por nada en esos sudores —le dijo Pedro el gordo.

A poco andar ya era de piedra todo el camino, y se oyó un ruido que venía de lejos, como de un hierro que golpease en una roca.

—Yo quisiera saber quién anda allá lejos picando piedras—dijo Meñique.

—Aquí está un pichón que acaba de salir del huevo, y no ha oído nunca al pájaro carpintero picoteando en un tronco—dijo Pablo.

—Quédate con nosotros, hijo, que eso no es más que el pájaro carpintero que picotea en un tronco—dijo Pedro.

—Yo voy a ver lo que pasa allá lejos.

Y aquí de rodillas, y allá medio a rastras, subió la roca Meñique, oyendo como se reían a carcajadas Pedro y Pablo. ¿Y qué encontró Meñique allá en la roca? Pues un pico encantado, que picaba solo, y estaba abriendo la roca como si fuese mantequilla.

—Buenos días, señor pico—dijo Meñique;—¿no está cansado de picar tan solito en esa roca vieja?

—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por ti—respondió el pico.

—Pues aquí me tiene—dijo Meñique.

Y sin pizca de miedo le echó mano al pico, lo sacó del mango, los metió aparte en su gran saco de cuero, y bajó por aquellas piedras, retozando y cantando.

—¿Y qué milagro vio por allá su señoría?—preguntó Pablo, con los bigotes de punta.

—Era un pico lo que oímos—respondió Meñique, y siguió andando, sin decir más palabra.

Más adelante encontraron un arroyo, y se detuvieron a beber, porque era mucho el calor.

—Yo quisiera saber—dijo Meñique—de dónde sale tanta agua en un valle tan llano como éste.

—¡Grandísimo pretencioso—dijo Pablo;—que en todo quiere meter la nariz! ¿No sabes que los manantiales salen de la tierra?

—Yo voy a ver de dónde sale esta agua.

Y los hermanos se quedaron diciendo picardías; pero Meñique echó a andar por la orilla del arroyo, que se iba estrechando, estrechando, hasta que no era más que un hilo. Y ¿qué encontró Meñique cuando llegó al fin? Pues una cáscara de nuez encantada, de donde salía a borbotones el agua clara chispeando al sol.

—Buenos días, señor arroyo—dijo Meñique;—¿no está cansado de vivir tan solito en su rincón, manando agua?

—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por ti—respondió el arroyo.

—Pues aquí me tiene—dijo Meñique.

Y sin el menor susto tomó la cáscara de nuez, la envolvió bien en musgo fresco para que no se saliera el agua, la puso en su gran saco de cuero, y se volvió por donde vino, saltando y cantando.

—¿Ya sabes de dónde viene el agua?—le gritó Pedro.

—Sí, hermano; viene de un agujerito.

—¡Oh, a este amigo se lo come el talento! ¡Por eso no crece!—dijo Pablo, el paliducho.

—Yo he visto lo que quería ver, y sé lo que quería saber—se dijo Meñique a sí mismo. Y siguió su camino, frotándose las manos.

III

Por fin llegaron al palacio del rey. El roble crecía más que nunca, el pozo no lo habían podido abrir, y en la puerta estaba el cartel sellado con las armas reales, donde prometía el rey casar a su hija y dar la mitad de su reino a quienquiera que cortase el roble y abriese el pozo, fuera señor de la corte, o vasallo acomodado, o pobre campesino. Pero el rey, cansado de tanta prueba inútil, había hecho clavar debajo del cartelón otro cartel más pequeño, que decía con letras coloradas:

“Sepan los hombres por este cartel, que el rey y señor, como buen rey que es, se ha dignado mandar que le corten las orejas debajo del mismo roble al que venga a cortar el árbol o abrir el pozo, y no corte, ni abra; para enseñarle a conocerse a sí mismo y a ser modesto, que es la primera lección de la sabiduría.”

Y alrededor de este cartel había clavadas treinta orejas sanguinolentas, cortadas por la raíz de la piel a quince hombres que se creyeron más fuertes de lo que eran.

Al leer este aviso, Pedro se echó a reír, se retorció los bigotes, se miró los brazos, con aquellos músculos que parecían cuerdas, le dio al hacha dos vuelos por encima de su cabeza, y de un golpe echó abajo una de las ramas más gruesas del árbol maldito. Pero enseguida salieron dos ramas poderosas en el punto mismo del hachazo, y los soldados del rey le cortaron las orejas sin más ceremonia.

—¡Inutilón!—dijo Pablo; y se fue al tronco, hacha en mano, y le cortó de un golpe una gran raíz. Pero salieron dos raíces enormes en vez de una.

Y el rey furioso mandó que le cortaran las orejas a aquel que no quiso aprender en la cabeza de su hermano.

Pero a Meñique no se le achicó el corazón, y se le echó al roble encima.

—¡Quítemne a ese enano de ahí!—dijo el rey—y si no se quiere quitar, córtente las orejas!

—Señor rey, tu palabra es sagrada. La palabra de un hombre es ley, señor rey. Yo tengo derecho por tu cartel a probar mi fortuna. Ya tendrás tiempo de cortarme las orejas, si no corto el árbol.

—Y la nariz te la rebanarán también, si no lo cortas.

Meñique sacó con mucha faena el hacha encantada de su gran saco de cuero. El hacha era más grande que Meñique. Y Meñique le dijo: “¡Corta, hacha, corta!”

Y el hacha cortó, tajo, astilló, derribó las ramas, cercenó el tronco, arrancó las raíces, limpió la tierra en redondo, a derecha y a izquierda, y tanta leña apiló del árbol en trizas, que el palacio se calentó con el roble todo aquel invierno.

Cuando ya no quedaba del árbol una sola hoja, Meñique fue donde estaba el rey sentado junto a la princesa, y los saludó con mucha cortesía.

—¿Dígame el rey ahora dónde quiere que le abra el pozo su criado?

Y toda la corte fue al patio del palacio con el rey, a ver abrir el pozo. El rey subió a un estrado más alto que los asientos de los demás; la princesa tenía su silla en un escalón más bajo, y miraba con susto a aquel hominico que le iban a dar para marido.

Meñique, sereno como una rosa, abrió su gran saco de cuero, metió el mango en el pico, lo puso en el lugar que marcó el rey, y le dijo: “¡Cava, pico, cava!”

Y el pico empezó a cavar, y el granito a saltar en pedazos, y en menos de un cuarto de hora quedó abierto un pozo de cien pies.

—¿Le parece a mi rey que este pozo es bastante hondo?

—Es hondo; pero no tiene agua.

—Agua tendrá—dijo Meñique. Metió el brazo en el gran saco de cuero, le quitó el musgo a la cáscara de nuez, y puso la cáscara en una fuente que habían llenado de flores. Y cuando ya estaba bien dentro de la tierra, dijo: “¡Brotó, agua, brotó!”

Y el agua empezó a brotar por entre las flores con un suave murmullo, refrescó el aire del patio, y cayó en cascadas tan abundantes que al cuarto de hora ya el pozo estaba lleno, y fue preciso abrir un canal que llevase afuera el agua sobrante.

—Y ahora—dijo Meñique, poniendo en tierra una rodilla,—¿cree mi rey que he hecho todo lo que me pedía?

—Sí, marqués Meñique—respondió el rey,—y te daré la mitad de mi reino; o mejor, te compraré el lo que vale tu mitad, con la contribución que les voy a imponer a mis vasallos, que se alegrarán mucho de pagar porque su rey y señor tenga agua buena; pero con mi hija no te puedo casar, porque ésa es cosa en que yo solo no soy dueño.

—¿Y qué más quiere que haga, rey?—dijo Meñique, parándose en las puntas de los pies, con la manecita en la cadera, y mirando a la princesa cara a cara.

—Mañana se te dirá, marqués Meñique—le dijo el rey;—vete ahora a dormir a la mejor cama de mi palacio.

Pero Meñique, en cuanto se fue el rey, salió a buscar a sus hermanos, que parecían dos perros ratoneros, con las orejas cortadas.

—Díganme, hermanos, si no hice bien en querer saberlo todo, y ver de dónde venía el agua.

—Fortuna no más, fortuna—dijo Pablo.—La fortuna es ciega, y favorece a los necios.

—Hermanito—dijo Pedro,—con orejas o desorejado creo que está muy bien lo que has hecho, y quisiera que llegara aquí papá para que te viese.

Y Meñique se llevó a dormir a camas buenas a sus dos hermanos, a Pedro y a Pablo.

IV

El rey no pudo dormir aquella noche. No era el agradecimiento lo que le tenía despierto, sino el disgusto de casar a su hija con aquel picolín que cabía en una bota de su padre. Como buen rey que era, ya no quería cumplir lo que prometió; y le estaban zumbando en los oídos las palabras del marqués Meñique: “Señor rey, tu palabra es sagrada. La palabra de un hombre es ley, rey”.

Mandó el rey a buscar a Pedro y a Pablo, porque ellos no más le podían decir quiénes eran los padres de Meñique, y si era Meñique persona de buen carácter y de modales finos, como quieren los suegros que sean sus yernos, porque la vida sin cortesía es más amarga que la cuasia y que la retama. Pedro dijo de Meñique muchas cosas buenas, que pusieron al rey de mal humor; pero Pablo dejó al rey muy contento, porque le dijo que el marqués era un pedante aventurero, un trasto con bigotes, una uña venenosa, un garbanzo lleno de ambición, indigno de casarse con señora tan principal como la hija del gran rey que le había hecho la

honra de cortarle las orejas: “Es tan vano ese macacuelo—dijo Pablo—que se cree capaz de pelear con un gigante. Por aquí cerca hay uno que tiene muerta de miedo a la gente del campo, porque se les lleva para sus festines todas sus ovejas y sus vacas. Y Meñique no se cansa de decir que él puede echarse al gigante de criado.”

—Eso es lo que vamos a ver—dijo el rey satisfecho. Y durmió muy tranquilo lo que faltaba de la noche. Y dicen que sonreía en sueños, como si estuviera pensando en algo agradable.

En cuanto salió el sol, el rey hizo llamar a Meñique delante de toda su corte. Y vino Meñique fresco como la mañana, risueño como el cielo, galán como una flor.

—Yerno querido—dijo el rey,—un hombre de tu honradez no puede casarse con mujer tan rica como la princesa, sin ponerle casa grande, con criados que la sirvan como se debe servir en el palacio real. En este bosque hay un gigante de veinte pies de alto, que se almuerza un buey entero, y cuando tiene sed al mediodía se bebe un melonar. Figúrate qué hermoso criado no hará ese gigante con un sombrero de tres picos, una casaca galoneada, con charreteras de oro, y una alabarda de quince pies. Ese es el regalo que te pide mi hija antes de decidirse a casarse contigo.

—No es cosa fácil—respondió Meñique,—pero trataré de regalarle el gigante, para que le sirva de criado, con su alabarda de quince pies, y su sombrero de tres picos, y su casaca galoneada, con charreteras de oro.

Se fue a la cocina; metió en el gran saco de cuero el hacha encantada, un pan fresco, un pedazo de queso y un cuchillo; se echó el saco a la espalda, y salió andando por el bosque, mientras Pedro lloraba, y Pablo reía, pensando en que no volvería nunca su hermano del bosque del gigante.

En el bosque era tan alta la yerba que Meñique no alcanzaba a ver, y se puso a gritar a voz en cuello: “¡Eh, gigante, gigante! ¿dónde anda el gigante? Aquí está Meñique, que viene a llevarse al gigante muerto o vivo”.

—Y aquí estoy yo—dijo el gigante, con un vocerrón que hizo encojerse a los árboles de miedo,—aquí estoy yo, que vengo a tragarte de un bocado.

—No estés tan de prisa, amigo—dijo Meñique, con una vocecita de flautín,—no estés tan de prisa, que yo tengo una hora para hablar contigo.

Y el gigante volvía a todos lados la cabeza, sin saber quién le hablaba, hasta que le ocurrió bajar los ojos, y allá abajo, pequeñito como un

pitirre, vio a Meñique sentado en un tronco, con el gran saco de cuero entre las rodillas.

—¿Eres tú, grandísimo pícaro, el que me has quitado el sueño?
—dijo el gigante, comiéndoselo con los ojos que parecían llamas.

—Yo soy, amigo, yo soy, que vengo a que seas criado mío.



—Con la punta del dedo te voy a echar allá arriba en el nido del cuervo, para que te saque los ojos, en castigo de haber entrado sin licencia en mi bosque.

—No estés tan de prisa, amigo, que este bosque es tan mío como tuyo; y si dices una palabra más, te lo echo abajo en un cuarto de hora.

—Eso quisiera ver—dijo el gigantón.

Meñique sacó su hacha, y le dijo: “¡Corta, hacha, corta!” Y el hacha cortó, tajó, astilló, derribó ramas, cercenó troncos, arrancó raíces, limpió la tierra en redondo, a derecha y a izquierda, y los árboles caían sobre el gigante como cae el granizo sobre los vidrios en el temporal.

—Para, para—dijo asustado el gigante,—¿quién eres tú, que puedes echarme abajo mi bosque?

—Soy el gran hechicero Meñique, y con una palabra que le diga a mi hacha te corta la cabeza. Tú no sabes con quién estás hablando. ¡Quieto donde estás!

Y el gigante se quedó quieto, con las manos a los lados, mientras Meñique abría su gran saco de cuero, y se puso a comer su queso y su pan.

—¿Qué es eso blanco que comes?—preguntó el gigante, que nunca había visto queso.

—Piedras como no más, y por eso soy más fuerte que tú, que comes la carne que engorda. Soy más fuerte que tú. Enséñame tu casa.

Y el gigante, manso como un perro, echó a andar por delante, hasta que llegó a una casa enorme, con una puerta donde cabía un barco de tres palos, y un balcón como un teatro vacío.

—Oye —le dijo Meñique al gigante:—uno de los dos tiene que ser amo del otro. Vamos a hacer un trato. Si yo no puedo hacer lo que tú hagas, yo seré criado tuyo; si tú no puedes hacer lo que haga yo, tú serás mi criado.

—Trato hecho —dijo el gigante;—me gustaría tener de criado un hombre como tú, porque me cansa pensar, y tú tienes cabeza para dos. Vaya, pues; allí están mis dos cubos: ve a traerme el agua para la comida.

Meñique levantó la cabeza y vio los dos cubos, que eran como dos tanques, de diez pies de alto, y seis pies de un borde a otro. Más fácil le era a Meñique ahogarse en aquellos cubos que cargarlos.

—¡Hola!—dijo el gigante, abriendo la boca terrible;—a la primera ya estás vencido. Haz lo que yo hago, amigo, y cárgame el agua.

—¿Y para qué la he de cargar?—dijo Meñique.—Carga tú, que eres bestia de carga. Yo iré donde está el arroyo, y lo traeré en brazos, y te llenaré los cubos, y tendrás tu agua.

—No, no—dijo el gigante,—que ya me dejaste el bosque sin árboles, y ahora me vas a dejar sin agua que beber. Enciende el fuego, que yo traeré el agua.

Meñique encendió el fuego, y en el caldero que colgaba del techo fue echando el gigante un buey entero, cortado en pedazos, y una carga de nabos, y cuatro cestos de zanahorias, y cincuenta coles. Y de tiempo en

tiempo espumaba el guiso con una sartén, y lo probaba, y le echaba sal y tomillo, hasta que lo encontró bueno.

—A la mesa, que ya está la comida—dijo el gigante;—y a ver si haces lo que hago yo, que me voy a comer todo este buey, y te voy a comer a ti de postres.

—Está bien, amigo—dijo Meñique. Pero antes de sentarse se metió debajo de la chaqueta la boca de su gran saco de cuero, que le llegaba del pescuezo a los pies.

Y el gigante comía y comía, y Meñique no se quedaba atrás, sólo que no echaba en la boca las coles, y las zanahorias, y los nabos, y los pedazos del buey, sino en el gran saco de cuero.

—¡Uf! ¡ya no puedo comer más!—dijo el gigante;—tengo que sacarme un botón del chaleco.

—Pues mírame a mí, gigante infeliz—dijo Meñique, y se echó una col entera en el saco.

—¡Uha!—dijo el gigante;—tengo que sacarme otro botón. ¡Que estómago de avestruz tiene este hombrecito! Bien se ve que estás hecho a comer piedras.

—Anda, perezoso—dijo Meñique,—come como yo—y se echó en el saco un gran trozo de buey.

—¡Paff!—dijo el gigante,—se me saltó el tercer botón: ya no me cabe un chicharo: ¿cómo te va a ti, hechicero?

—¿A mí?—dijo Meñique;—no hay cosa más fácil que hacer un poco de lugar.

Y se abrió con el cuchillo de arriba abajo la chaqueta y el gran saco de cuero.

—Ahora te toca a ti—dijo al gigante;—haz lo que yo hago.

—Muchas gracias—dijo el gigante.—Prefiero ser tu criado. Yo no puedo digerir las piedras.

Besó el gigante la mano de Meñique en señal de respeto, se lo sentó en el hombro derecho, se echó al izquierdo un saco lleno de monedas de oro, y salió andando por el camino del palacio.

V

En el palacio estaban de gran fiesta, sin acordarse de Meñique, ni de que le debían el agua y la luz; cuando de repente oyeron un gran ruido, que hizo bailar las paredes, como si una mano portentosa sacudiese el mundo. Era el gigante, que no cabía por el portón, y lo había echado

abajo de un puntapié. Todos salieron a las ventanas a averiguar la causa de aquel ruido, y vieron a Meñique sentado con mucha tranquilidad en el hombro del gigante, que tocaba con la cabeza el balcón donde estaba el mismo rey. Saltó al balcón Meñique, hincó una rodilla delante de la princesa y le habló así: “Princesa y dueña mía, tú deseabas un criado y aquí están dos a tus pies”.

Este galante discurso, que fue publicado al otro día en el diario de la corte, dejó pasmado al rey, que no halló excusa que dar para que no se casara Meñique con su hija.

—Hija—le dijo en voz baja,—sacrificate por la palabra de tu padre el rey.

—Hija de rey o hija de campesino—respondió ella,—la mujer debe casarse con quien sea de su gusto. Déjame, padre, defenderme en esto que me interesa. Meñique—siguió diciendo en alta voz la princesa.—eres valiente y afortunado, pero eso no basta para agrandar a las mujeres.

—Ya lo sé, princesa y dueña mía; es necesario hacerles su voluntad, y obedecer sus caprichos.

—Veo que eres hombre de talento—dijo la princesa.—Puesto que sabes adivinar tan bien, voy a ponerte una última prueba, antes de casarme contigo. Vamos a ver quién es más inteligente, si tú o yo. Si pierdes, quedo libre para ser de otro marido.

Meñique la saludó con gran reverencia. La corte entera fue a ver la prueba a la sala del trono, donde encontraron al gigante sentado en el suelo con la alabarda por delante y el sombrero en las rodillas, porque no cabía en la sala de lo alto que era. Meñique le hizo una seña, y él echó a andar acurrucado, tocando el techo con la espalda y con la alabarda a rastras, hasta que llegó adonde estaba Meñique, y se echó a sus pies, orgulloso de que vieran que tenía a hombre de tanto ingenio por amo.

—Empezaremos con una bufonada—dijo la princesa.—Cuentan que las mujeres dicen muchas mentiras. Vamos a ver quién de los dos dice una mentira más grande. El primero que diga: “¡Eso es demasiado!” pierde.

—Por servirte, princesa y dueña mía, mentiré de juego y diré la verdad con toda el alma.

—Estoy segura—dijo la princesa—de que tu padre no tiene tantas tierras como el mío. Cuando dos pastores tocan el cuerno en las tierras de mi padre al anochecer, ninguno de los dos oye el cuerno del otro pastor.

—Eso es una bicoca—dijo Meñique.—Mi padre tiene tantas tierras que una ternerita de dos meses que entra por una punta es ya vaca lechera cuando sale por la otra.

—Eso no me asombra—dijo la princesa.—En tu corral no hay un toro tan grande como el de mi corral. Dos hombres sentados en los cuernos no pueden tocarse con un agujón de veinte pies cada uno.

—Eso es una bicoca—dijo Meñique.—La cabeza del toro de mi casa es tan grande que un hombre montado en un cuerno no puede ver al que está montado en el otro.

—Eso no me asombra—dijo la princesa.—En tu casa no dan las vacas tanta leche como en mi casa, porque nosotros llenamos cada mañana veinte toneles, y sacamos de cada ordeño una pila de queso tan alta como la pirámide de Egipto.

—Eso es una bicoca—dijo Meñique.—En la lechería de mi casa hacen unos quesos tan grandes que un día la yegua se cayó en la artesa, y no la encontramos sino después de una semana. El pobre animal tenía el espinazo roto, y yo le puse un pino de la nuca a la cola, que le sirvió de espinazo nuevo. Pero una mañanita le salió un ramo al espinazo por encima de la piel, y el ramo creció tanto que yo me subí en él y toqué el cielo. Y en el cielo vi a una señora vestida de blanco, trezando un cordón con la espuma del mar. Y yo me así del hilo, y el hilo se me reventó, y caí dentro de una cueva de ratones. Y en la cueva de ratones estaban tu padre y mi madre, hilando cada uno en su rueca, como dos viejecitos. Y tu padre hilaba tan mal que mi madre le tiró de las orejas hasta que se le caían a tu padre los bigotes.

—¡Eso es demasiado!—dijo la princesa.—¡A mi padre el rey nadie le ha tirado nunca de las orejas!

—¡Amo, amo!—dijo el gigante.—Ha dicho “¡Eso es demasiado!” La princesa es nuestra.

VI

—Todavía no—dijo la princesa, poniéndose colorada.—Tengo que ponerte tres enigmas, a que me los adivines, y si adivinas bien, enseguida nos casamos. Dime primero: ¿qué es lo que siempre está cayendo y nunca se rompe?

—¡Oh!—dijo Meñique;—mi madre me arrullaba con ese cuento: ¡es la cascada!

—Dime ahora—preguntó la princesa, ya con mucho miedo:—¿quién es el que anda todos los días el mismo camino y nunca se vuelve atrás?

—¡Oh!—dijo Meñique;—mi madre me arrullaba con ese cuento: ¡es el sol!

—El sol es—dijo la princesa, blanca de rabia.—Ya no queda más que un enigma. ¿En qué piensas tú y no pienso yo? ¿qué es lo que yo pienso, y tú no piensas? ¿qué es lo que no pensamos ni tú ni yo?

Meñique bajó la cabeza como el que duda, y se le veía en la cara el miedo de perder.

—Amo—dijo el gigante;—si no adivinas el enigma, no te calientes las entendederas. Hazme una seña, y cargo con la princesa.

—Cállate, criado—dijo Meñique;—bien sabes tú que la fuerza no sirve para todo. Déjame pensar.

—Princesa y dueña mía—dijo Meñique, después de unos instantes en que se oía correr la luz.—Apenas me atrevo a descifrar tu enigma, aunque veo en él mi felicidad. Yo pienso en que entiendo lo que me quieres decir, y tú piensas en que yo no lo entiendo. Tú piensas, como noble princesa que eres, en que este criado tuyo no es indigno de ser tu marido, y yo no pienso que haya logrado merecerte. Y en lo que ni yo ni tú pensamos es en que el rey tu padre y este gigante infeliz tienen tan pobres...

—Cállate—dijo la princesa;—aquí está mi mano de esposa, marqués Meñique.

—¿Qué es eso que piensas de mí, que lo quiero saber?—preguntó el rey.

—Padre y señor—dijo la princesa, echándose en sus brazos;—que eres el más sabio de los reyes, y el mejor de los hombres.

—Ya lo sé, ya lo sé—dijo el rey;—y ahora, déjenme hacer algo por el bien de mi pueblo. ¡Meñique, te hago duque!

—¡Viva mi amo y señor, el duque Meñique!—gritó el gigante, con una voz que puso azules de miedo a los cortesanos, quebró el estuco del techo, e hizo saltar los vidrios de las seis ventanas.

VII

En el casamiento de la princesa con Meñique no hubo mucho de particular, porque de los casamientos no se puede decir al principio, sino luego, cuando empiezan las penas de la vida, y se ve si los casados se ayudan y quieren bien, o si son egoístas y cobardes. Pero el que cuenta

el cuento tiene que decir que el gigante estaba tan alegre con el matrimonio de su amo que les iba poniendo su sombrero de tres picos a todos los árboles que encontraba, y cuando salió el carruaje de los novios, que era de nácar puro, con cuatro caballos mansos como palomas, se echó el carruaje a la cabeza, con caballos y todo, y salió corriendo y dando vivas, hasta que los dejó a la puerta del palacio, como deja una madre a su niño en la cuna. Esto se debe decir, porque no es cosa que se ve todos los días.

Por la noche hubo discursos, y poetas que les dijeron versos de bodas a los novios, y lucecitas de color en el jardín, y fuegos artificiales para los criados del rey, y muchas guirnaldas y ramos de flores. Todos cantaban y hablaban, comían dulces, bebían refrescos olorosos, bailaban con mucha elegancia y honestidad al compás de una música de violines, con los violinistas vestidos de seda azul, y su ramito de violeta en el ojal de la casaca. Pero en un rincón había uno que no hablaba ni cantaba, y era Pablo, el envidioso, el paliducho, el desorejado, que no podía ver a su hermano feliz, y se fue al bosque para no oír ni ver, y en el bosque murió, porque los osos se lo comieron en la noche oscura.

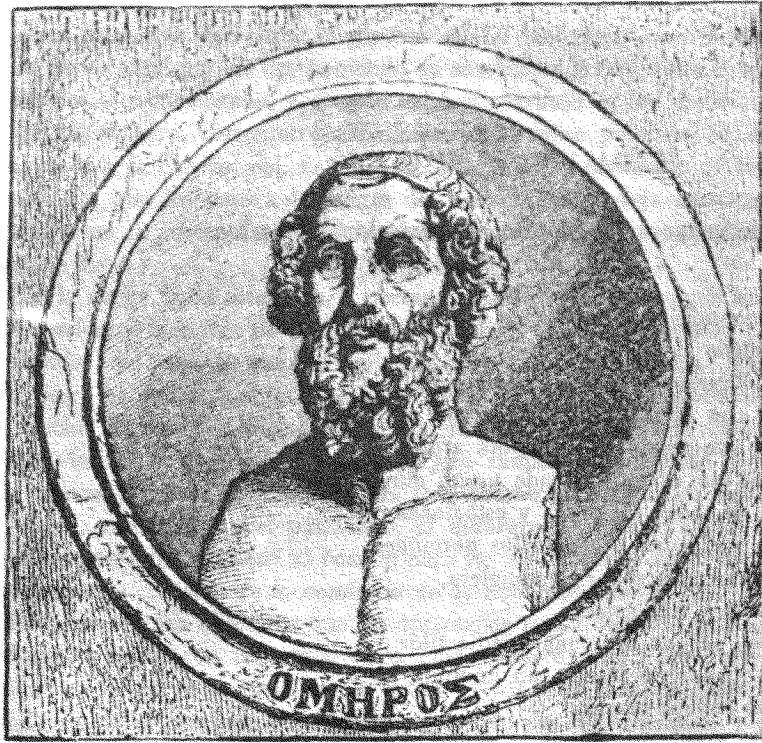
Meñique era tan chiquitín que los cortesanos no supieron al principio si debían tratarlo con respeto o verlo como cosa de risa; pero con su bondad y cortesía se ganó el cariño de su mujer y de la corte entera, y cuando murió el rey, entró a mandar, y estuvo de rey cincuenta y dos años. Y dicen que mandó tan bien que sus vasallos nunca quisieron más rey que Meñique, que no tenía gusto sino cuando veía a su pueblo contento, y no les quitaba a los pobres el dinero de su trabajo para dárselo, como otros reyes, a sus amigos holgazanes, o a los matachines que lo defienden de los reyes vecinos. Cuentan de veras que no hubo rey tan bueno como Meñique.

Pero no hay que decir que Meñique era bueno. Bueno tenía que ser un hombre de ingenio tan grande; porque el que es estúpido no es bueno, y el que es bueno no es estúpido. Tener talento es tener buen corazón; el que tiene buen corazón, ése es el que tiene talento. Todos los pícaros son tontos. Los buenos son los que ganan a la larga. Y el que saque de este cuento otra lección mejor, vaya a contarla en Roma.

CADA UNO A SU OFICIO

Fábula nueva del filósofo norteamericano Emerson

La montaña y la ardilla
Tuvieron su querella:
—“¡Váyase usted allá, presumidilla!
Dijo con furia aquélla;
A lo que respondió la astuta ardilla:
—“Sí que es muy grande usted, muy grande y bella;
Mas de todas las cosas y estaciones
Hay que poner en junto las porciones,
Para formar, señora vocinglera,
Un año y una esfera.
Yo no sé que me ponga nadie tilde
Por ocupar un puesto tan humilde.
Si no soy yo tamaña
Como usted, mi señora la montaña,
Usted no es tan pequeña
Como yo, ni a gimnástica me enseña.
Yo negar no imagino
Que es para las ardillas buen camino
Su magnífica falda:
Difieren los talentos a las veces:
Ni yo llevo los bosques a la espalda,
Ni usted puede, señora, cascar nueces.”



LA ILÍADA, DE HOMERO

Hace dos mil quinientos años era ya famoso en Grecia el poema de la Iliada. Unos dicen que lo compuso Homero, el poeta ciego de la barba de rizos, que andaba de pueblo en pueblo cantando sus versos al compás de la lira, como hacían los aedas de entonces. Otros dicen que no hubo Homero, sino que el poema lo fueron componiendo diferentes cantores. Pero no parece que pueda haber trabajo de muchos en un poema donde no cambia el modo de hablar, ni el de pensar, ni el de hacer los versos,

y donde desde el principio hasta el fin se ve tan claro el carácter de cada persona que puede decirse quién es por lo que dice o hace, sin necesidad de verle el nombre. Ni es fácil que un mismo pueblo tenga muchos poetas que compongan los versos con tanto sentido y música como los de la Iliada, sin palabras que falten o sobren; ni que todos los diferentes cantores tuvieran el juicio y grandeza de los cantos de Homero, donde parece que es un padre el que habla.

En la Iliada no se cuenta toda la guerra de treinta años de Grecia contra Ilión, que era como le decían entonces a Troya; sino lo que pasó en la guerra cuando los griegos estaban todavía en la llanura asaltando a la ciudad amurallada, y se pelearon por celos los dos griegos famosos, Agamenón y Aquiles. A Agamenón le llamaban el Rey de los Hombres, y era como un rey mayor, que tenía más mando y poder que todos los demás que vinieron de Grecia a pelear contra Troya, cuando el hijo del rey troyano, del viejo Príamo, le robó la mujer a Menelao, que estaba de rey en uno de los pueblos de Grecia, y era hermano de Agamenón. Aquiles era el más valiente de todos los reyes griegos, y hombre amable y culto, que cantaba en la lira las historias de los héroes, y se hacía querer de las mismas esclavas que le tocaban de botín cuando se repartían los prisioneros después de sus victorias. Por una prisionera fue la disputa de los reyes, porque Agamenón se resistía a devolver al sacerdote troyano Crises su hija Criseis, como decía el sacerdote griego Calcas que se debía devolver, para que se calmase en el Olimpo, que era el cielo de entonces, la furia de Apolo, el dios del Sol, que estaba enojado con los griegos porque Agamenón tenía cautiva a la hija de un sacerdote: y Aquiles, que no le tenía miedo a Agamenón, se levantó entre todos los demás, y dijo que se debía hacer lo que Calcas quería, para que se acabase la peste de calor que estaba matando en montones a los griegos, y era tanta que no se veía el cielo nunca claro, por el humo de las piras en que quemaban los cadáveres. Agamenón dijo que devolvería a Criseis, si Aquiles le daba a Briseis, la cautiva que él tenía en su tienda. Y Aquiles le dijo a Agamenón “borracho de ojos de perro y corazón de venado”, y sacó la espada de puño de plata para matarlo delante de los reyes; pero la diosa Minerva, que estaba invisible a su lado, le sujetó la mano, cuando tenía la espada a medio sacar. Y Aquiles echó al suelo su cetro de oro, y se sentó, y dijo que no pelearía más a favor de los griegos con sus bravos mirmidones, y que se iba a su tienda.

Así empezó la cólera de Aquiles, que es lo que cuenta la Iliada. desde que se se enojó en esa disputa, hasta que el corazón se le enfureció cuando

los troyanos le mataron a su amigo Patroclo, y salió a pelear otra vez contra Troya, que estaba quemándose los barcos a los griegos y los tenía casi vencidos. No más que con dar Aquiles una voz desde el muro, se echaba atrás el ejército de Troya, como la ola cuando la empuja una corriente contraria de viento, y les temblaban las rodillas a los caballos troyanos. El poema entero está escrito para contar lo que sucedió a los griegos desde que Aquiles se dio por ofendido:—la disputa de los reyes, —el consejo de los dioses del Olimpo, en que deciden los dioses que los troyanos venzan a los griegos, en castigo de la ofensa de Agamenón e Aquiles,—el combate de Paris, hijo de Príamo, con Menelao, el esposo de Helena,—la tregua que hubo entre los dos ejércitos, y el modo con que el arquero troyano Pandaro la rompió con su flechazo a Menelao. —la batalla del primer día, en que el valentísimo Diomedes tuvo casi muerto a Eneas de una pedrada,—la visita de Héctor, el héroe de Troya a su esposa Andrómaca, que lo veía pelear desde el muro,—la batalla del segundo día, en que Diomedes huye en su carro de pelear, perseguido por Héctor vencedor,—la embajada que le mandan los griegos a Aquiles, para que vuelva a ayudarlos en los combates, porque desde que él no pelea están ganando los troyanos,—la batalla de los barcos, en que ni el mismo Ajax puede defender las naves griegas del asalto, hasta que Aquiles consiente en que Patroclo pelee con su armadura,—la muerte de Patroclo,—la vuelta de Aquiles al combate, con la armadura nueva que le hizo el dios Vulcano,—el desafío de Aquiles y Héctor,—la muerte de Héctor,—y las súplicas con que su padre Príamo logra que Aquiles le devuelva el cadáver, para quemarlo en Troya en la pira de honor, y guardar los huesos blancos en una caja de oro. Así se enojó Aquiles, y éstos fueron los sucesos de la guerra, hasta que se le acabó el enojo.

A Aquiles no lo pinta el poema como hijo de hombre, sino de la diosa del mar, de la diosa Tetis. Y eso no es muy extraño, porque todavía hoy dicen los reyes que el derecho de mandar en los pueblos les viene de Dios, que es lo que llaman “el derecho divino de los reyes”, y no es más que una idea vieja de aquellos tiempos de pelea, en que los pueblos eran nuevos y no sabían vivir en paz, como viven en el cielo las estrellas, que todas tienen luz aunque son muchas, y cada una brilla aunque tenga al lado otra. Los griegos creían, como los hebreos, y como otros muchos pueblos, que ellos eran la nación favorecida por el creador del mundo, y los únicos hijos del cielo en la tierra. Y como los hombres son soberbios, y no quieren confesar que otro hombre sea más fuerte o más inteligente que ellos, cuando había un hombre fuerte o inteligente que se hacía rey

por su poder, decían que era hijo de los dioses. Y los reyes se alegraban de que los pueblos creyesen esto; y los sacerdotes decían que era verdad, para que los reyes les estuvieran agradecidos y los ayudaran. Y así mandaban juntos los sacerdotes y los reyes.

Cada rey tenía en el Olimpo sus parientes, y era hijo, o sobrino, o nieto de un dios, que bajaba del cielo a protegerlo o a castigarlo, según le llevara a los sacerdotes de su templo muchos regalos o pocos; y el sacerdote decía que el dios estaba enojado cuando el regalo era pobre, o que estaba contento, cuando le habían regalado mucha miel y muchas ovejas. Así se ve en la Iliada, que hay como dos historias en el poema, una en la tierra, y en el cielo otra; y que los dioses del cielo son como una familia. sólo que no hablan como personas bien criadas, sino que se pelean y se dicen injurias, lo mismo que los hombres en el mundo. Siempre estaba Júpiter, el rey de los dioses, sin saber qué hacer; porque su hijo Apolo quería proteger a los troyanos, y su mujer Juno a los griegos, lo mismo que su otra hija Minerva; y había en las comidas del cielo grandísimas peleas, y Júpiter le decía a Juno que lo iba a pasar mal si

no se callaba enseguida, y Vulcano, el cojo, el sabio del Olimpo, se reía de los chistes y maldades de Apolo, el de pelo colorado, que era el dios travieso. Y los dioses subían y bajaban, a llevar y traer a Júpiter los recados de los troyanos y los griegos; o peleaban sin que se les viera en los carros de sus héroes favorecidos; o se llevaban en brazos por las nubes a su héroe para que no lo acabase de matar el vencedor, con la ayuda del dios contrario. Minerva toma la figura del viejo Néstor, que hablaba dulce como la miel, y aconseja a Agamenón que ataque a Troya. Venus desata el casco de Paris cuando el enemigo Menelao lo va arrastrando del casco por la tierra; y se lleva a Paris por el aire. Venus también se lleva a Eneas, vencido por Diomedes, en sus brazos blancos. En una escaramuza va Minerva guiando el carro de pelear del griego, y Apolo viene contra ella, guiando el carro troyano. Otra vez, cuando por engaño de Minerva dispara Pandaro su arco

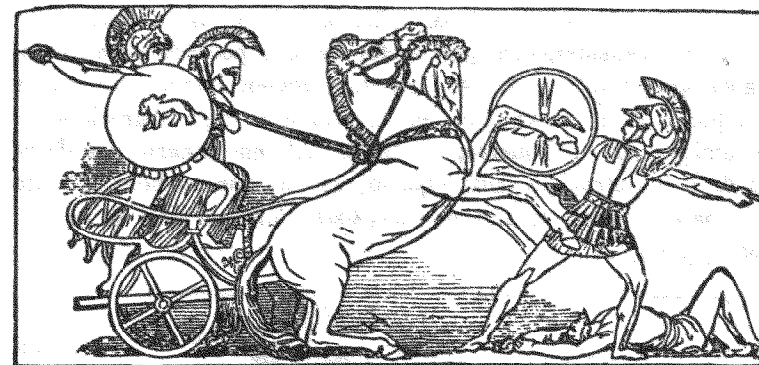


Menelao

contra Menelao, la flecha terrible le entró poco a Menelao en la carne, porque Minerva la apartó al caer, como cuando una madre le espanta a su hijo de la cara una mosca. En la Iliada están juntos siempre los dioses y los hombres, como padres e hijos. Y en el cielo suceden las cosas lo mismo que en la tierra; como que son los hombres los que inventan los dioses a su semejanza, y cada pueblo imagina un cielo diferente, con divinidades que viven y piensan lo mismo que el pueblo que las ha creado y las adora en los templos: porque el hombre se ve pequeño ante la naturaleza que lo crea y lo mata, y siente la necesidad de creer en algo poderoso, y de rogarle, para que lo trate bien en el mundo, y para que no le quite la vida. El cielo de los griegos era tan parecido a Grecia, que Júpiter mismo es como un rey de reyes, y una especie de Agamenón, que puede más que los otros, pero no hace todo lo que quiere, sino ha de oírlos y contentarlos, como tuvo que hacer Agamenón con Aquiles. En la Iliada, aunque no lo parece, hay mucha filosofía, y mucha ciencia, y mucha política, y se enseña a los hombres, como sin querer, que los dioses no son en realidad más que poesías de la imaginación, y que los países no se pueden gobernar por el capricho de un tirano, sino por el acuerdo y respeto de los hombres principales que el pueblo escoge para explicar el modo con que quiere que lo gobiernen.

Pero lo hermoso de la Iliada es aquella manera con que pinta el mundo, como si lo viera el hombre por primera vez, y corriese de un lado para otro llorando de amor, con los brazos levantados, preguntándole al cielo quién puede tanto, y dónde está el creador, y cómo compuso y mantuvo tantas maravillas. Y otra hermosura de la Iliada es el modo de decir las cosas, sin esas palabras fanfarronas que los poetas usan porque les suenan bien; sino con palabras muy pocas y fuertes, como cuando Júpiter consintió en que los griegos perdieran algunas batallas, hasta que se arrepintiesen de la ofensa que le habían hecho a Aquiles, y “cuando dijo que sí, tembló el Olimpo”. No busca Homero las comparaciones en las cosas que no se ven, sino en las que se ven: de modo que lo que él cuenta no se olvida, porque es como si se lo hubiera tenido delante de los ojos. Aquellos eran tiempos de pelear, en que cada hombre iba de soldado a defender a su país, o salía por ambición o por celos a atacar a los vecinos; y como no había libros entonces, ni teatros, la diversión era oír al aeda que cantaba en la lira las peleas de los dioses y las batallas de los hombres; y el aeda tenía que hacer reír con las maldades de Apolo y Vulcano, para que no se le cansase la gente del canto serio; y les hablaba de lo que la gente oía con interés, que eran las historias de los

héroes y las relaciones de las batallas, en que el aeda decía cosas de médico y de político, para que el pueblo hallase gusto y provecho en oírlo, y diera buena paga y fama al cantor que le enseñaba en sus versos el modo de gobernarse y de curarse. Otra cosa que entre los griegos gustaba mucho era la oratoria, y se tenía como hijo de un dios al que



Combate griego

hablaba bien, o hacía llorar o entender a los hombres. Por eso hay en la Iliada tantas descripciones de combates, y tantas curas de heridas, y tantas arengas.

Todo lo que se sabe de los primeros tiempos de los griegos, está en la Iliada. Llamaban rapsodas en Grecia a los cantores que iban de pueblo en pueblo, cantando la Iliada y la Odisea, que es otro poema donde Homero cuenta la vuelta de Ulises. Y más poemas parece que compuso Homero, pero otros dicen que éstos no son suyos, aunque el griego Herodoto, que recogió todas las historias de su tiempo, trae noticias de ellos, y muchos versos sueltos, en la vida de Homero que escribió, que es la mejor de las ocho que hay escritas, sin que se sepa de cierto si Herodoto la escribió de veras, o si no la contó muy de prisa y sin pensar, como solía él escribir.

Se siente uno como gigante, o como si estuviera en la cumbre de un monte, con el mar sin fin a los pies, cuando lee aquellos versos de la Iliada, que parecen de letras de piedra. En inglés hay muy buenas traducciones, y el que sepa inglés debe leer la Iliada de Chapman, o la de Dodsley, o la de Landor, que tienen más de Homero que la de Pope, que es la más elegante. El que sepa alemán, lea la de Wolff, que es como leer el griego mismo. El que no sepa francés, apréndalo enseguida, para que

goce de toda la hermosura de aquellos tiempos en la traducción de Leconte de Lisle, que hace los versos a la antigua, como si fueran de mármol. En castellano, mejor es no leer la traducción que hay, que es de Hermosilla; porque las palabras de la Iliada están allí, pero no el fuego, el movimiento, la majestad, la divinidad a veces, del poema en que parece que se ve amanecer el mundo,—en que los hombres caen como los robles o como los pinos,—en que el guerrero Ajax defiende a lanzazos su barco de los troyanos más valientes,—en que Héctor de una pedrada echa abajo la puerta de una fortaleza,—en que los dos caballos inmortales, Xantos y Balios, lloran de dolor cuando ven muerto a su amo Patroclo,—y las diosas amigas, Juno y Minerva, vienen del cielo en un carro que de cada vuelta de rueda atraviesa tanto espacio como el que un hombre sentado en un monte ve, desde su silla de roca, hasta donde el cielo se junta con el mar.



Diomedes Ulises Néstor Aquiles Agamenón

Cada cuadro de la Iliada es una escena como ésas. Cuando los reyes miedosos dejan solo a Aquiles en su disputa con Agamenón, Aquiles va a llorar a la orilla del mar, donde están desde hace diez años los barcos de los cien mil griegos que atacan a Troya: y la diosa Tetis sale a oírlo, como una bruma que se va levantando de las olas. Tetis sube al cielo, y Júpiter le promete, aunque se enoje Juno, que los troyanos vencerán a

los griegos hasta que los reyes se arrepientan de la ofensa a Aquiles. Grandes guerreros hay entre los griegos: Ulises, que era tan alto que andaba entre los demás hombres como un macho entre el rebaño de carneros; Ajax, con el escudo de ocho capas, siete de cuero y una de bronce; Diomedes, que entra en la pelea resplandeciente, devastando como un león hambriento en un rebaño:—pero mientras Aquiles esté ofendido, los vencedores serán los guerreros de Troya: Héctor, el hijo de Príamo; Eneas, el hijo de la diosa Venus; Sarpedón, el más valiente de los reyes que vino a ayudar a Troya, el que subió al cielo en brazos del Sueño y de la Muerte, a que lo besase en la frente su padre Júpiter, cuando lo mató Patroclo de un lanzazo. Los dos ejércitos se acercan a pelear: los griegos, callados, escudo contra escudo; los troyanos dando voces, como ovejas que vienen balando por sus cabritos. Paris desafía a Menelao, y luego se vuelve atrás; pero la misma hermosísima Helena le llama cobarde, y Paris, el príncipe bello que enamora a las mujeres, consiente en pelear, carro a carro, contra Menelao, con lanza, espada y escudo: vienen los heraldos, y echan suertes con dos piedras en un casco, para ver quién disparará primero su lanza. Paris tira el primero, pero Menelao se lo lleva arrastrando, cuando Venus le desata el casco de la barba, y desaparece con Paris en las nubes. Luego es la tregua; hasta que Minerva, vestida como el hijo del troyano Antenor, le aconseja con alevosía a Pandaro que dispare la flecha contra Menelao, la flecha del arco enorme de dos cuernos y la juntura de oro, para que los troyanos queden ante el mundo por traidores, y sea más fácil la victoria de los griegos, los protegidos de Minerva. Dispara Pandaro la flecha: Agamenón va de tienda en tienda levantando a los reyes: entonces es la gran pelea en que Diomedes hiere al mismo dios Marte, que sube al cielo con gritos terribles en una nube de trueno, como cuando sopla el viento del sur; entonces es la hermosa entrevista de Héctor y Andrómaca, cuando el niño no quiere abrazar a Héctor porque le tiene miedo al casco de plumas, y luego juega con el casco, mientras Héctor le dice a Andrómaca que cuide de las cosas de la casa, cuando él vuelva a pelear. Al otro día Héctor y Ajax pelean como jabalíes salvajes hasta que el cielo se oscurece: pelean con piedras cuando ya no tienen lanza ni espada: los heraldos los vienen a separar, y Héctor le regala su espada de puño fino a Ajax, y Ajax le regala a Héctor un cinturón de púrpura.

Esa noche hay banquete entre los griegos, con vinos de miel y bueyes asados: y Diomedes y Ulises entran solos en el campo enemigo a espiar lo que prepara Troya, y vuelven, manchados de sangre, con los caballos

y el carro del rey tracio. Al amanecer, la batalla es en el murallón que han levantado los griegos en la playa frente a sus buques. Los troyanos han vencido a los griegos en el llano. Ha habido cien batallas sobre los cuerpos de los héroes muertos. Ulises defiende el cuerpo de Diomedes con su escudo, y los troyanos le caen encima como los perros al jabalí. Desde los muros disparan sus lanzas los reyes griegos contra Héctor victorioso, que ataca por todas partes. Caen los bravos, los de Troya y los de Grecia, como los pinos a los hachazos del leñador. Héctor va de una puerta a otra, como león que tiene hambre. Levanta una piedra de punta que dos hombres no podían levantar, echa abajo la puerta mayor, y corre por sobre los muertos a asaltar los barcos. Cada troyano lleva una antorcha, para incendiar las naves griegas: Ajax, cansado de matar, ya no puede resistir el ataque en la proa de su barco, y dispara de atrás, de la borda: ya el cielo se enrojece con el resplandor de las llamas. Y Aquiles no ayuda todavía a los griegos: no atiende a lo que le dicen los embajadores de Agamenón: no abraza el escudo de oro, no se cuelga del hombro la espada, no salta con los pies ligeros en el carro, no empuña la lanza que ningún hombre podía levantar, la lanza Pelea. Pero le ruega su amigo Patroclo, y consiente en vestirlo con su armadura, y dejarlo ir a pelear. A la vista de las armas de Aquiles, a la vista de los mirmidones, que entran en la batalla apretados como las piedras de un muro, se echan atrás los troyanos miedosos. Patroclo se mete entre ellos, y les mata nueve héroes de cada vuelta del carro. El gran Sarpedón le sale al camino, y con la lanza le atraviesa Patroclo las sienas. Pero olvidó Patroclo el encargo de Aquiles, de que no se llegase muy cerca de los muros. Apolo invencible lo espera al pie de los muros, se le sube al carro, lo aturde de un golpe en la cabeza, echa al suelo el casco de Aquiles, que no había tocado el suelo jamás, le rompe la lanza a Patroclo, y le abre el coselete, para que lo hiera Héctor. Cayó Patroclo, y los caballos divinos lloraron. Cuando Aquiles vio muerto a su amigo, se echó por la tierra, se llenó de arena la cabeza y el rostro, se mesaba a grandes gritos la melena amarilla. Y cuando le trajeron a Patroclo en un ataúd, lloró Aquiles. Subió al cielo su madre, para que Vulcano le hiciera un escudo nuevo, con el dibujo de la tierra y el cielo, y el mar y el sol, y la luna y todos los astros, y una ciudad en paz y otra en guerra, y un viñedo cuando están recogiendo la uva madura, y un niño cantando en una arpa, y una boyada que va a arar, y danzas y músicas de pastores, y alrededor, como un río, el mar: y le hizo un coselete que lucía como el fuego, y un casco con la visera de oro. Cuando salió al muro a dar las tres voces, los

troyanos se echaron en tres oleadas contra la ciudad, los caballos rompían con las ancas el carro espantados, y morían hombres y brutos en la confusión, no más que de ver sobre el muro a Aquiles, con una llama sobre la cabeza que resplandecía como el sol de otoño. Ya Agamenón se ha arrepentido, ya el consejo de reyes le ha mandado regalos preciosos a Aquiles, ya le han devuelto a Briseis, que llora al ver muerto a Patroclo, porque fue amable y bueno.

Al otro día, al salir el sol, la gente de Troya, como langostas que escapan del incendio, entra aterrada en el río, huyendo de Aquiles, que mata lo mismo que siega la hoz, y de una vuelta del carro se lleva a doce cautivos. Tropezaba con Héctor; pero no pueden pelear, porque los dioses les echan de lado las lanzas. En el río era Aquiles como un gran delfín, y los troyanos se despedazaban al huirle, como los peces. De los muros le ruega a Héctor su padre viejo que no pelee con Aquiles: se lo ruega su madre. Aquiles llega: Héctor huye: tres veces le dan vuelta a Troya en los carros. Todo Troya está en los muros, el padre mesándose con las dos manos la barba; la madre con los brazos tendidos, llorando y suplicando. Se para Héctor, y le habla a Aquiles antes de pelear, para que no se lleve su cuerpo muerto si lo vence. Aquiles quiere el cuerpo de Héctor, para quemarlo en los funerales de su amigo Patroclo. Pelean. Minerva está con Aquiles: le dirige los golpes: le trae la lanza, sin que nadie la vea: Héctor, sin lanza ya, arremete contra Aquiles como águila que baja del cielo, con las garras tendidas, sobre un cadáver: Aquiles le va encima, con la cabeza baja, y la lanza Pelea brillándole en la mano como la estrella de la tarde. Por el cuello le mete la lanza a Héctor, que cae muerto, pidiendo a Aquiles que dé su cadáver a Troya. Desde los muros han visto la pelea el padre y la madre. Los griegos vienen sobre el muerto, y lo lancean, y lo vuelven con los pies de un lado a otro, y se burlan. Aquiles manda que le agujereen los tobillos, y metan por los agujeros dos tiras de cuero: y se lo lleva en el carro, arrastrando.

Y entonces levantaron con leños una gran pira para quemar el cuerpo de Patroclo. A Patroclo lo llevaron a la pira en procesión, y cada guerrero se cortó un guedejo de sus cabellos, y lo puso sobre el cadáver; y mataron en sacrificio cuatro caballos de guerra y dos perros; y Aquiles mató con su mano los doce prisioneros y los echó a la pira: y el cadáver de Héctor lo dejaron a un lado, como un perro muerto: y quemaron a Patroclo, enfriaron con vino las cenizas, y las pusieron en una urna de oro. Sobre la urna echaron tierra, hasta que fue como un monte. Y Aquiles amarraba cada mañana por los pies a su carro a Héctor, y le

daba vuelta al monte tres veces. Pero a Héctor no se le lastimaba el cuerpo, ni se le acababa la hermosura, porque desde el Olimpo cuidaban de él Venus y Apolo.

Y entonces fue la fiesta de los funerales, que duró doce días: primero una carrera con los carros de pelear, que ganó Diomedes; luego una pelea a puñetazos entre dos, hasta que quedó uno como muerto; después una lucha a cuerpo desnudo, de Ulises con Ajax; y la corrida de a pie, que ganó Ulises; y un combate con escudo y lanza; y otro de flechas, para ver quién era el mejor flechero; y otro de lanceadores, para ver quién tiraba más lejos la lanza.

Y una noche, de repente, Aquiles oyó ruido en su tienda; y vio que era Príamo, el padre de Héctor, que había venido sin que lo vieran, con el dios Mercurio,—Príamo, el de la cabeza blanca y la barba blanca—Príamo, que se le arrodilló a los pies, y le besó las manos muchas veces, y le pedía llorando el cadáver de Héctor. Y Aquiles se levantó, y con sus brazos alzó del suelo a Príamo; y mandó que bañaran de unguentos olorosos el cadáver de Héctor, y que lo vistiesen con una de las túnicas del gran tesoro que le traía de regalo Príamo; y por la noche comió carne y bebió vino con Príamo, que se fue a acostar por primera vez, porque tenía los ojos pesados. Pero Mercurio le dijo que no debía dormir entre los enemigos, y se lo llevó otra vez a Troya sin que los vieran los griegos.

Y hubo paz doce días, para que los troyanos le hicieran el funeral a Héctor. Iba el pueblo detrás, cuando llegó Príamo con él; y Príamo los injuriaba por cobardes, que habían dejado matar a su hijo; y las mujeres lloraban, y los poetas iban cantando, hasta que entraron en la casa, y lo pusieron en su cama de dormir. Y vino Andrómaca su mujer, y le habló al cadáver. Luego vino su madre Hécuba, y lo llamó hermoso y bueno. Después Helena le habló, y lo llamó cortés y amable. Y todo el pueblo lloraba cuando Príamo se acercó a su hijo, con las manos al cielo, temblándole la barba, y mandó que trajeran leños para la pira. Y nueve días estuvieron trayendo leños, hasta que la pira era más alta que los muros de Troya. Y la quemaron, y apagaron el fuego con vino, y guardaron las cenizas de Héctor en una caja de oro, y cubrieron la caja con un manto de púrpura, y lo pusieron todo en un ataúd, y encima le echaron mucha tierra, hasta que pareció un monte. Y luego hubo gran fiesta en el palacio del rey Príamo. Así acaba la Iliada, y el cuento de la cólera de Aquiles.

UN JUEGO NUEVO Y OTROS VIEJOS

Ahora hay en los Estados Unidos un juego muy curioso, que llaman el juego del *burro*. En verano, cuando se oyen muchas carcajadas en una casa, es que están jugando al *burro*. No lo juegan los niños sólo, sino las personas mayores. Y es lo más fácil de hacer. En una hoja de papel grande o en un pedazo de tela blanca se pinta un burro, como del tamaño de un perro. Con carbón vegetal se le puede pintar, porque el carbón de piedra no pinta, sino el otro, el que se hace quemando debajo de una pila de tierra la madera de los árboles. O con un pincel mojado en tinta se puede dibujar también el burro, porque no hay que pintar de negro la figura toda, sino las líneas de afuera, el contorno no más. Se pinta todo el burro, menos la cola. La cola se pinta aparte, en un pedazo de papel o de tela, y luego se recorta, para que parezca una cola de verdad. Y ahí está el juego, en poner la cola al burro donde debe estar. Lo que no es tan fácil como parece; porque al que juega le vendan los ojos, y le dan tres vueltas antes de dejarlo andar. Y él anda, anda; y la gente sujeta la risa. Y unos le clavan al burro la cola en la pezuña, o en las costillas, o en la frente. Y otros la clavan en la hoja de la puerta, creyendo que es el burro.

Dicen en los Estados Unidos que este juego es nuevo, y nunca lo ha habido antes; pero no es muy nuevo, sino otro modo de jugar a la gallina ciega. Es muy curioso; los niños de ahora juegan lo mismo que los niños de antes; la gente de los pueblos que no se han visto nunca, juegan a las mismas cosas. Se habla mucho de los griegos y de los romanos, que vivieron hace dos mil años; pero los niños romanos jugaban a las bolas, lo mismo que nosotros, y las niñas griegas tenían muñecas con pelo de verdad, como las niñas de ahora. En la lámina están unas niñas griegas, poniendo sus muñecas delante de la estatua de Diana, que era como una santa de entonces; porque los griegos creían también que en el cielo

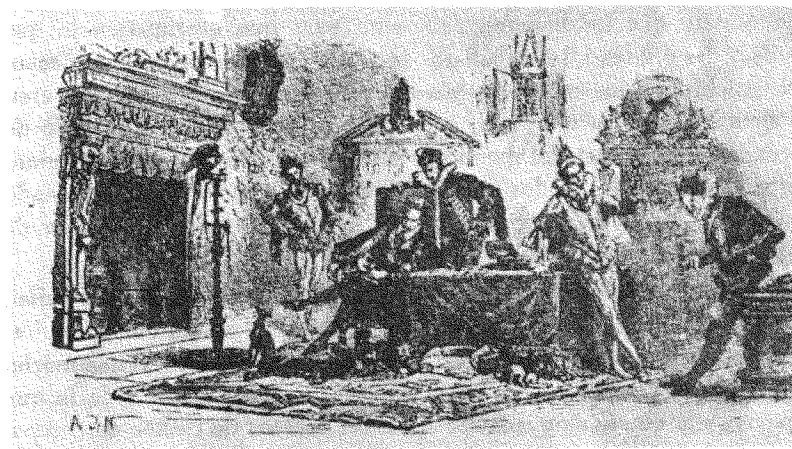
había santos, y a esta Diana le rezaban las niñas, para que las dejase vivir y las tuviese siempre lindas. No eran las muñecas sólo lo que le llevaban los niños. porque ese caballero de la lámina que mira a la diosa con



Los niños griegos y la diosa Diana

cara de emperador, le trae su cochecito de madera, para que Diana se monte en el coche cuando salga a cazar, como dicen que salía todas las mañanas. Nunca hubo Diana ninguna, por supuesto. Ni hubo ninguno de los otros dioses a que les rezaban los griegos, en versos muy hermosos.

y con procesiones y cantos. Los griegos fueron como todos los pueblos nuevos, que creen que ellos son los amos del mundo, lo mismo que creen los niños; y como ven que del cielo vienen el sol y la lluvia, y que la tierra da el trigo y el maíz, y que en los montes hay pájaros y animales buenos para comer, les rezan a la tierra y a la lluvia, y al monte y al sol, y les ponen nombres de hombres y mujeres, y los pintan con figura humana, porque creen que piensan y quieren lo mismo que ellos, y que deben tener su misma figura. Diana era la diosa del monte. En el museo del Louvre de París hay una estatua de Diana muy hermosa, donde va Diana cazando con su perro, y está tan bien que parece que anda. Las piernas no más son como de hombre, para que se vea que es diosa que camina mucho. Y las niñas griegas querían a su muñeca tanto, que cuando se morían las enterraban con las muñecas.



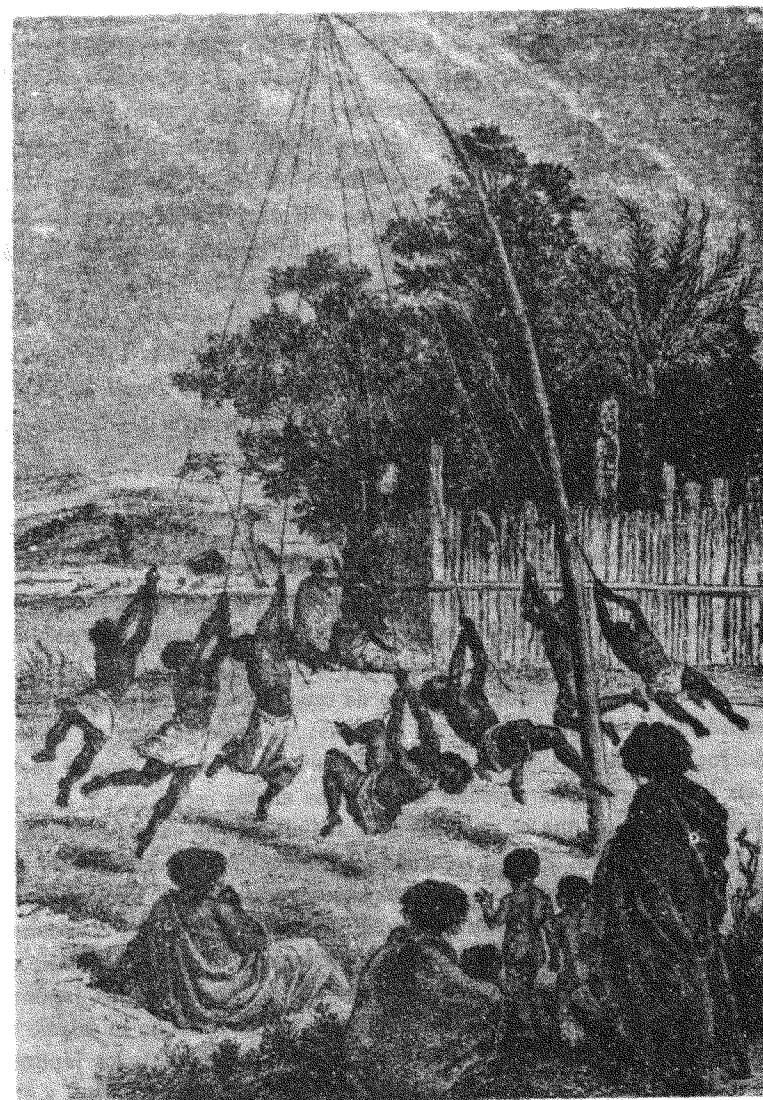
Enrique III y sus bufones, jugando al boliche

Todos los juegos no son tan viejos como las bolas, ni como las muñecas, ni como el cricket, ni como la pelota, ni como el columpio, ni como los saltos. La gallina ciega no es tan vieja, aunque hace como mil años que se juega en Francia. Y los niños no saben, cuando les vendan los ojos, que este juego se juega por un caballero muy valiente que hubo en Francia, que se quedó ciego un día de pelea y no soltó la espada ni quiso que lo curasen, sino siguió peleando hasta morir: ése fue el caballero Colin-Maillard. Luego el rey mandó que en las peleas de juego, que se llamaban torneos, saliera siempre a pelear un caballero con los ojos vendados,

para que la gente de Francia no se olvidara de aquel gran valor. Y de ahí vino el juego.

Lo que no parece por cierto cosa de hombres es esa diversión en que están entretenidos los amigos de Enrique III, que también fue rey de Francia, pero no un rey bravo y generoso como Enrique IV de Navarra, que vino después, sino un hombrecito ridículo, como esos que no piensan más que en peinarse y empolvase como las mujeres, y en recortarse en pico la barba. En eso pasaban la vida los amigos del rey: en jugar y en pelearse por celos con los bufones de palacio, que les tenían odio por holgazanes, y se lo decían cara a cara. La pobre Francia estaba en la miseria, y el pueblo trabajador pagaba una gran contribución, para que el rey y sus amigos tuvieran espadas de puño de oro y vestidos de seda. Entonces no había periódicos que dijera la verdad. Los bufones eran entonces algo como los periódicos, y los reyes no los tenían sólo en sus palacios para que los hicieran reír, sino para que averiguasen lo que sucedía, y les dijese a los caballeros las verdades, que los bufones decían como en chiste, a los caballeros y a los mismos reyes. Los bufones eran casi siempre hombres muy feos, o flacos, o gordos, o jorobados. Uno de los cuadros más tristes del mundo es el cuadro de los bufones que pintó el español Zamacois. Todos aquellos hombres infelices están esperando a que el rey los llame para hacerle reír, con sus vestidos de picos y de campanillas, de color de mono o de cotorra.

Desnudos como están son más felices que ellos esos negros que bailan en la otra lámina la danza del palo. Los pueblos, lo mismo que los niños, necesitan de tiempo en tiempo algo así como correr mucho, reírse mucho y dar gritos y saltos. Es que en la vida no se puede hacer todo lo que se quiere, y lo que se va quedando sin hacer sale así de tiempo en tiempo, como una locura. Los moros tienen una fiesta de caballos que llaman la "fantasía". Otro pintor español ha pintado muy bien la fiesta: el pobre Fortuny. Se ve en el cuadro los moros que entran a escape en la ciudad, con los caballos tan locos como ellos, y ellos disparando al aire sus espingardas, tendidos sobre el cuello de sus animalés, besándolos, mordiéndolos, echándose al suelo sin parar la carrera, y volviéndose a montar. Gritan como si se les abriese el pecho. El aire se ve oscuro de la pólvora. Los hombres de todos los países, blancos o negros, japoneses o indios, necesitan hacer algo hermoso y atrevido, algo de peligro y movimiento, como esa danza del palo de los negros de Nueva Zelania. En Nueva Zelania hay mucho calor, y los negros de allí son hombres de cuerpo arrogante, como los que andan mucho a pie, y gente brava, que pelea por



La danza del palo en Nueva Zelania

su tierra tan bien como danza en el palo. Ellos suben y bajan por las cuerdas, y se van enroscando hasta que la cuerda está a la mitad, y luego se dejan caer. Echan la cuerda a volar, lo mismo que un columpio, y se sujetan de una mano, de los dientes, de un pie, de la rodilla. Rebotan contra el palo, como si fueran pelotas. Se gritan unos a otros y se abrazan.

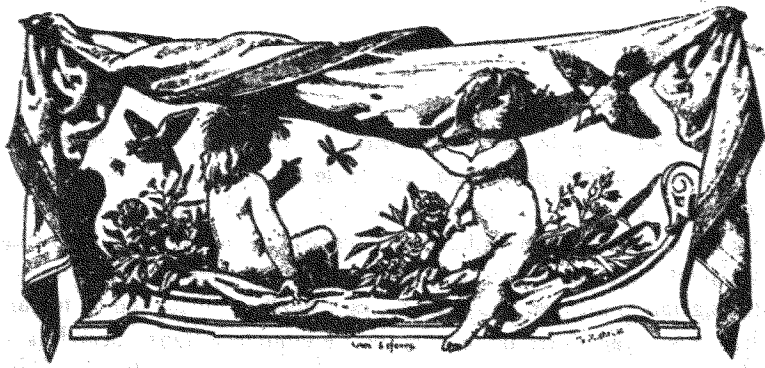
Los indios de México tenían, cuando vinieron los españoles, esa misma danza del palo. Tenían juegos muy lindos los indios de México. Eran hombres muy finos y trabajadores, y no conocían la pólvora y las balas como los soldados del español Cortés, pero su ciudad era como de plata, y la plata misma la labraban como un encaje, con tanta delicadeza como en la mejor joyería. En sus juegos eran tan ligeros y originales como en sus trabajos. Esa danza del palo fue entre los indios una diversión de mucha agilidad y atrevimiento; porque se echaban desde lo alto del palo, que tenía unas veinte varas, y venían por el aire dando volteos y haciendo pruebas de gimnasio sin sujetarse más que con la soga, que ellos tejían muy fina y fuerte, y llamaban metate. Dicen que estremecía ver aquel atrevimiento; y un libro viejo cuenta que era "horrible y espantoso, que llena de congojas y asusta el mirarlo".

Los ingleses creen que el juego del palo es cosa suya, y que ellos no más saben lucir su habilidad en las ferias con el garrote que empuñan por una punta y por el medio; o con la porra, que juegan muy bien. Los isleños de las Canarias, que son gente de mucha fuerza, creen que el palo no es invención del inglés, sino de las islas; y sí que es cosa de verse un isleño jugando al palo, y haciendo el molinete. Lo mismo que el luchar, que en las Canarias les enseñan a los niños en las escuelas. Y la danza del palo encintado; que es un baile muy difícil en que cada hombre tiene una cinta de un color, y la va trenzando y destrenzando alrededor del palo, haciendo lazos y figuras graciosas, sin equivocarse nunca. Pero los indios de México jugaban al palo tan bien como el inglés más rubio, o el canario de más espaldas; y no era sólo el defenderse con él lo que sabían, sino jugar con el palo a equilibrios, como los que hacen ahora los japoneses y los moros kabilas. Y ya van cinco pueblos que han hecho lo mismo que los indios: los de Nueva Zelandia, los ingleses, los canarios, los japoneses y los moros. Sin contar la pelota, que todos los pueblos la juegan, y entre los indios era una pasión, como que creyeron que el buen jugador era hombre venido del cielo, y que los dioses mexicanos, que eran diferentes de los dioses griegos, bajaban a decirle cómo debía tirar la pelota y recogerla. Lo de la pelota, que es muy curioso, será para otro día.

Ahora contamos lo del palo, y lo de los equilibrios que los indios hacían con él, que eran de grandísima dificultad. Los indios se acostaban en la tierra, como los japoneses de los circos cuando van a jugar a las bolas o al barril; y en el palo, atravesado sobre las plantas de los pies, sostenían hasta cuatro hombres, que es más que lo de los moros, porque a los moros los sostiene el más fuerte de ellos sobre los hombros, pero no sobre la planta de los pies. *Tzaá* le decían a este juego: dos indios se subían primero en las puntas del palo, dos más se encaramaban sobre estos dos, y los cuatro hacían sin caerse muchas suertes y vueltas. Y los indios tenían su ajedrez, y sus jugadores de manos, que se comían la lana encendida y la echaban por la nariz: pero eso, como la pelota, será para otro día. Porque con los cuentos se ha de hacer lo que decía Chichá, la niña bonita de Guatemala:

—¿Chichá, por qué te comes esa aceituna tan despacio?

—Porque me gusta mucho.



BEBÉ Y EL SEÑOR DON POMPOSO

Bebé es un niño magnífico, de cinco años. Tiene el pelo muy rubio, que le cae en rizos por la espalda, como en la lámina de los *Hijos del Rey Eduardo*, que el pícaro Gloucester hizo matar en la Torre de Londres, para hacerse él rey. A Bebé lo visten como al duquecito Fauntleroy, el que no tenía vergüenza de que lo vieran conversando en la calle con los niños pobres. Le ponen pantaloncitos cortos ceñidos a la rodilla, y blusa con cuello de marinero, de dril blanco como los pantalones, y medias de seda colorada, y zapatos bajos. Como lo quieren a él mucho, él quiere mucho a los demás. No es un santo, ¡oh, no!: le tuerce los ojos a su criada francesa cuando no le quiere dar más dulces, y se sentó una vez en visita con las piernas cruzadas, y rompió un día un jarrón muy hermoso, corriendo detrás de un gato. Pero en cuanto ve un niño descalzo le quiere dar todo lo que tiene: a su caballo le lleva azúcar todas las mañanas, y lo llama "caballito de mi alma"; con los criados viejos se está horas y horas, oyéndoles los cuentos de su tierra de Africa, de cuando ellos eran príncipes y reyes, y tenían muchas vacas y muchos elefantes: y cada vez que ve Bebé a su mamá, le echa el bracito por la cintura, o se le sienta al lado en la banquetta, a que le cuente cómo crecen las flores, y de dónde le viene la luz al sol, y de qué está hecha la aguja con que cose. y si es verdad que la seda de su vestido la hacen unos gusanos, y si los gusanos

van fabricando la tierra, como dijo ayer en la sala aquel señor de espejuelos. Y la madre le dice que sí, que hay unos gusanos que se fabrican unas crasitas de seda, largas y redondas, que se llaman capullos; y que



Hasta mañana, bebé.

es hora de irse a dormir, como los gusanitos, que se meten en el capullo, hasta que salen hechos mariposas.

Y entonces sí que está lindo Bebé, a la hora de acostarse, con sus medicitas caídas, y su color de rosa, como los niños que se bañan mucho,

y su camisola de dormir: lo mismo que los angelitos de las pinturas, un angelito sin alas. Abraza mucho a su madre, la abraza muy fuerte, con la cabecita baja, como si quisiera quedarse en su corazón. Y da brincos y vueltas de carnero, y salta en el colchón con los brazos levantados, para ver si alcanza a la mariposa azul que está pintada en el techo. Y se pone a nadar como en el baño; o a hacer como que cepilla la baranda de la cama, porque va a ser carpintero; o rueda por la cama hecho un carretel, con los rizos rubios revueltos con las medias coloradas. Pero esta noche Bebé está muy serio, y no da volteretas como todas las noches, ni se le cuelga del cuello a su mamá para que no se vaya, ni le dice a Luisa, a la francesita, que le cuente el cuento del gran comelón que se murió solo y se comió un melón. Bebé cierra los ojos; pero no está dormido, Bebé está pensando.

La verdad es que Bebé tiene mucho en qué pensar, porque va de viaje a París, como todos los años, para que los médicos buenos le digan a su mamá las medicinas que le van a quitar la tos, esa tos mala que a Bebé no le gusta oír: se le aguan los ojos a Bebé en cuanto oye toser a su mamá: y la abraza muy fuerte, muy fuerte, como si quisiera sujetarla. Esta vez Bebé no va solo a París, porque él no quiere hacer nada solo, como el hombre del melón, sino con un primito suyo que no tiene madre. Su primito Raúl va con él a París, a ver con él al hombre que llama a los pájaros, y la tienda del Louvre, donde les regalan globos a los niños, y el teatro Guíñol, donde hablan los muñecos, y el policía se lleva preso al ladrón, y el hombre bueno le da un coscorrón al hombre malo. Raúl va con Bebé a París. Los dos juntos se van el sábado en el vapor grande, con tres chimeneas. Allí en el cuarto está Raúl con Bebé, el pobre Raúl, que no tiene el pelo rubio, ni va vestido de duquecito, ni lleva medias de seda colorada.

Bebé y Raúl han hecho hoy muchas visitas: han ido con su mamá a ver a los ciegos, que leen con los dedos, en unos libros con las letras muy altas: han ido a la calle de los periódicos, a ver como los niños pobres que no tienen casa donde dormir, compran diarios para venderlos después, y pagar su casa: han ido a un hotel elegante, con criados de casaca azul y pantalón amarillo, a ver a un señor muy flaco y muy estirado, el tío de mamá, el señor Don Pomposo. Bebé está pensando en la visita del señor Don Pomposo. Bebé está pensando.

Con los ojos cerrados, él piensa: él se acuerda de todo. ¡Qué largo, qué largo el tío de mamá, como los palos del telégrafo! ¡Qué leontina tan grande y tan suelta, como la cuerda de saltar! ¡Qué pedrote tan feo, como un pedazo de vidrio, el pedrote de la corbata! ¡Y a mamá no la dejaba mover, y le ponía un cojín detrás de la espalda, y le puso una banqueta en los pies, y le hablaba como dicen que les hablan a las reinas! Bebé se acuerda de lo que dice el criado viejito, que la gente le habla así a mamá, porque mamá es muy rica, y que a mamá no le gusta eso, porque mamá es buena.

Y Bebé vuelve a pensar en lo que sucedió en la visita. En cuanto entró en el cuarto el señor Don Pomposo le dio la mano, como se la dan los hombres a los papás; le puso el sombrerito en la cama, como si fuera una cosa santa, y le dio muchos besos, unos besos feos, que se le pegaban a la cara, como si fueran manchas. Y a Raúl, al pobre Raúl, ni lo saludó, ni le quitó el sombrero, ni le dio un beso. Raúl estaba metido en un sillón, con el sombrero en la mano, y con los ojos muy grandes. Y entonces se levantó Don Pomposo del sofá colorado: “Mira, mira, Bebé, lo que te tengo guardado: esto cuesta mucho dinero, Bebé: esto es para que quieras mucho a tu tío”. Y se sacó del bolsillo un llavero como con treinta llaves, y abrió una gaveta que olía a lo que huele el tocador de Luisa, y le trajo a Bebé un sable dorado—¡oh, qué sable! ¡oh, qué gran sable!—y le abrochó por la cintura el cinturón de charol—¡oh, qué cinturón tan lujoso!—y le dijo: “Anda, Bebé: mírate al espejo; ése es un sable muy rico: eso no es más que para Bebé, para el niño”. Y Bebé, muy contento, volvió la cabeza adonde estaba Raúl, que lo miraba, miraba al sable, con los ojos más grandes que nunca, y con la cara muy triste, como si se fuera a morir:—¡oh, que sable tan feo, tan feo! ¡oh, qué tío tan malo! En todo eso estaba pensando Bebé. Bebé estaba pensando.

El sable está allí, encima del tocador. Bebé levanta la cabeza poquito a poco, para que Luisa no lo oiga, y ve el puño brillante como si fuera de sol, porque la luz de la lámpara da toda en el puño. Así eran los sables de los generales el día de la procesión, lo mismo que el de él. El también, cuando sea grande, va a ser general, con un vestido de dril blanco, y un sombrero con plumas, y muchos soldados detrás, y él en un caballo morado, como el vestido que tenía el obispo. El no ha visto nunca caballos morados, pero se lo mandarán a hacer. Y a Raúl ¿quién le manda hacer caballos? Nadie, nadie: Raúl no tiene mamá que le compre vestidos de duquecito: Raúl no tiene tíos largos que le compren sables.

Bebé levanta la cabecita poco a poco: Raúl está dormido: Luisa se ha ido a su cuarto a ponerse olores. Bebé se escurre de la cama, va al tocador en la punta de los pies, levanta el sable despacio, para que no haga ruido... y ¿qué hace, qué hace Bebé? ¡va riéndose, va riéndose el pícaro! hasta que llega a la almohada de Raúl, y le pone el sable dorado en la almohada.



LA ULTIMA PÁGINA

LA EDAD DE ORO se despide hoy con pena de sus amigos. Se puso a escribir largo el hombre de LA EDAD DE ORO, como quien escribe una carta de cariño para persona a quien quiere mucho, y sucedió que escribió más de lo que cabía en las treinta y dos páginas. Treinta y dos páginas es de veras poco para conversar con los niños queridos, con los que han de ser mañana hábiles como Meñique, y valientes como Bolívar: poetas como Homero ya no podrán ser, porque estos tiempos no son como los de antes, y los aedas de ahora no han de cantar guerras bárbaras de pueblo con pueblo para ver cuál puede más, ni peleas de hombre con hombre para ver quién es más fuerte: lo que ha de hacer el poeta de ahora es aconsejar a los hombres que se quieran bien, y pintar todo lo hermoso del mundo de manera que se vea en los versos como si estuviera pintado con colores, y castigar con la poesía, como con un látigo, a los que quieran quitar a los hombres su libertad, o roben con leyes pícaras el dinero de los pueblos, o quieran que los hombres de su país les obedezcan como ovejas y les laman la mano como perros. Los versos no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útil al mundo, enseñándole que la naturaleza es hermosa, que la vida es un deber, que la muerte no es fea, que nadie debe estar triste ni acobardarse mientras haya libros en las librerías, y luz en el cielo, y amigos, y madres. El que tenga penas, lea las *Vidas Paralelas* de Plutarco, que dan deseos de ser como aquellos hombres de antes, y mejor, porque ahora la tierra ha vivido más, y se puede ser hombre de más amor y delicadeza. Antes todo se hacía con los puños: ahora, la fuerza está en el saber, más que en los puñetazos; aunque es bueno aprender a defenderse, porque siempre hay gente bestial en el mundo, y porque la fuerza da salud, y porque se ha de estar pronto a pelear, para cuando un pueblo ladrón quiera venir a robarnos nuestro pueblo. Para eso es bueno ser

fuerte de cuerpo; pero para lo demás de la vida, la fuerza está en saber mucho, como dice Meñique. En los mismos tiempos de Homero, el que ganó por fin el sitio, y entró en Troya, no fue Ajax el del escudo, ni Aquiles el de la lanza, ni Diomedes el del carro, sino Ulises, que era el hombre de ingenio, y ponía en paz a los envidiosos, y pensaba pronto, lo que no les ocurría a los demás.

Con esta última página está sucediendo lo que con el primer número de la LA EDAD DE ORO; que no va a caber lo que el amigo de los niños les quería decir, y es que en el número de agosto se publicará una *Historia del Hombre, contada por sus casas*, que no cupo esta vez, historia muy curiosa, donde se cuenta cómo ha vivido el hombre, desde su primera habitación en la tierra, que fue una cueva en la montaña, hasta los palacios en que vive ahora. Ni cupo tampoco una explicación muy entretenida del modo de fabricar *Un cubierto de mesa*. Porque es necesario que los niños no vean, no toquen, no piensen en nada que no sepan explicar. Para eso se publica LA EDAD DE ORO. Y para todo lo que quieran preguntar, aquí está el amigo.

Estas últimas páginas serán como el cuarto de confianza de LA EDAD DE ORO, donde conversaremos como si estuviésemos en familia. Aquí publicaremos las cartas de nuestras amiguitas: aquí responderemos a las preguntas de los niños: aquí tendremos la *Bolsa de Sellos*, donde el que tenga sellos que mandar, o los quiera comprar, o quiera hacer colección, o preguntar sobre sellos algo que le interese, no tiene más que escribir para lograr lo que desea. Y de cuando en cuando nos hará aquí una visita *El Abuelo Andrés*, que tiene una caja maravillosa con muchas cosas raras, y nos va a enseñar todo lo que tiene en *La Caja de las Maravillas*.

LA EDAD DE ORO

VOL. I

AGOSTO, 1889

Nº 2



Las hermanitas floristas

SUMARIO

Nº 2

Las Hermanitas Floristas:

Grabado de un cuadro de Luis Becchi

La Historia del Hombre, contada por sus casas: con 18 dibujos

ASUNTO:—La vida del hombre en la tierra, desde las primeras edades hasta ahora.—La edad de piedra, la edad de bronce y la edad de hierro.—Las cuevas, las covachas y las tiendas.—Todos los pueblos, desde el Egipto hasta el ruso de hoy.—Cómo han ido conociéndose y juntándose los pueblos.—Los pueblos de América: los terrapleneros, los quechuas, los aztecas.—Los pueblos de Asia y los de Europa.—Los romanos y los hombres del Norte.—El Renacimiento

DIBUJOS:—La cueva de los primeros hombres.—Cabaña lapona, cabaña esquimal, choza africana y tienda india.—Casas de los galos y de los germanos.—Una ciudad lacustre.—Casa quechua.—Edificio azteca.—Casa egipcia.—Casa hebrea.—Palacio asirio.—Palacio fenicio.—Palacio persa.—Casa hindú.—Casa griega.—Casa etrusca.—Palacio bizantino.—Palacio árabe.—Casa eslava.—Casa del Renacimiento

Los Dos Príncipes:

Poesía

Nené Traviesa:

Cuento con cinco dibujos de Adrien Marie

La Perla de la Mora:

Poesía

Las Ruinas Indias: con tres dibujos

ASUNTO:—Lo que cuentan de los indios los libros viejos.—Una mañanita de mercado en Tenochtitlán, antes de la conquista.—Las ciudades antiguas de los indios de América.—El Palenque.—Mitla.—Las ciudades mayas

DIBUJOS:—Máscaras indias.—Ruinas de Kabah.—Puerta de la Casa del Gobernador en Uxmal

Músicos, Poetas y Pintores:

Anécdotas de la vida de los hombres famosos, traducidas del último libro de Samuel Smiles, con cuatro retratos: Miguel Angel, Mozart, Molière, y Robert Burns, el poeta escocés

La Última Página

En el número de SEPTIEMBRE se publicarán, entre otros, los artículos siguientes:

La Exposición de París: con muchos dibujos

Historia de la Cuchara, el Tenedor y el Cuchillo: con dibujos

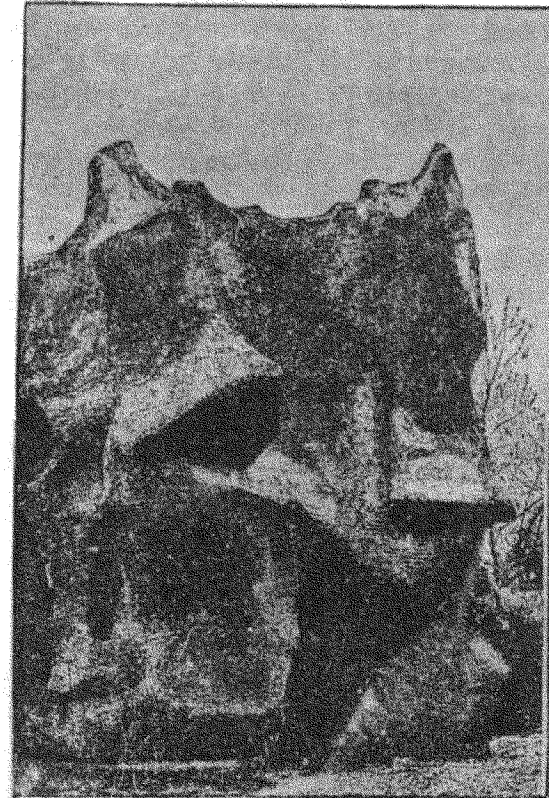
Versos y cuentos

sino por el techo, como hacen ahora los indios zuñis: en otros lugares hay casas de cantos en los agujeros de las rocas, adonde subían agarrándose de unas cortaduras abiertas a pico en la piedra, como una escalera. En todas partes se fueron juntando las familias para defenderse,

LA HISTORIA DEL HOMBRE

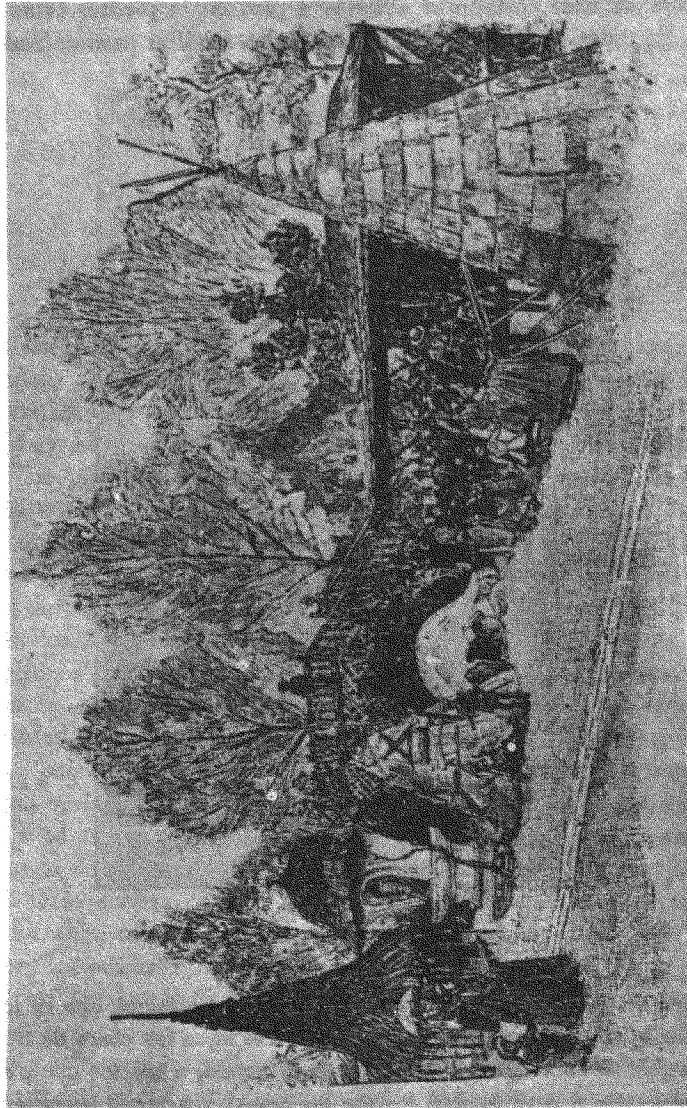
CONTADA POR SUS CASAS

Ahora la gente vive en casas grandes, con puertas y ventanas, y patios enlosados, y portales de columnas: pero hace muchos miles de años los hombres no vivían así, ni había países de sesenta millones de habitantes, como hay hoy. En aquellos tiempos no había libros que contasen las cosas: las piedras, los huesos, las conchas, los instrumentos de trabajar son los que enseñan cómo vivían los hombres de antes. Eso es lo que se llama “edad de piedra”, cuando los hombres vivían casi desnudos, o vestidos de pieles, peleando con las fieras del bosque, escondidos en las cuevas de la montaña, sin saber que en el mundo había cobre ni hierro allá en los tiempos que llaman “paleolíticos”:—¡palabra larga esta de “paleolíticos”! Ni la piedra sabían entonces los hombres cortar: luego empezaron a darle figura, con unas hachas de pedernal afilado, y ésa fue la edad nueva de piedra, que llaman “neolítica”: *neo*, nueva, *lítica*, de piedra: *paleo*, por supuesto, quiere decir viejo, antiguo. Entonces los hombres vivían en las cuevas de la montaña, donde las fieras no podían subir, o se abrían un agujero en la tierra, y le tapaban la entrada con una puerta de ramas de árbol; o hacían con ramas un techo donde la roca estaba como abierta en dos; o clavaban en el suelo tres palos en pico, y los forraban con las pieles de los animales que cazaban: grandes eran entonces los animales, grandes como montes. En América no parece que vivían así los hombres de aquel tiempo, sino que andaban juntos en pueblos, y no en familias sueltas: todavía se ven las ruinas de los que llaman los “terrapleneros”, porque fabricaban con tierra unos paredones en figura de círculo, o de triángulo, o de cuadrado, o de cuatro círculos unos dentro de otros: otros indios vivían en casas de piedra que eran como pueblos, y las llamaban las casas-pueblos, porque allí hubo hasta mil familias a la vez, que no entraban a la casa por puertas, como nosotros,



La cueva de los primeros hombres

y haciendo ciudades en las rocas, o en medio de los lagos, que es lo que llaman ciudades lacustres, porque están sobre el agua las casas de troncos de árbol, puestas sobre pilares clavados en lo hondo, o sujetos con piedras al pie, para que el peso tuviese a flote las casas: y a veces juntaban con vigas unas casas con otras, y les ponían alrededor una palizada para defenderse de los vecinos que venían a pelear, o de los animales del monte: la cama era de yerba seca, las tazas eran de madera, las mesas y los

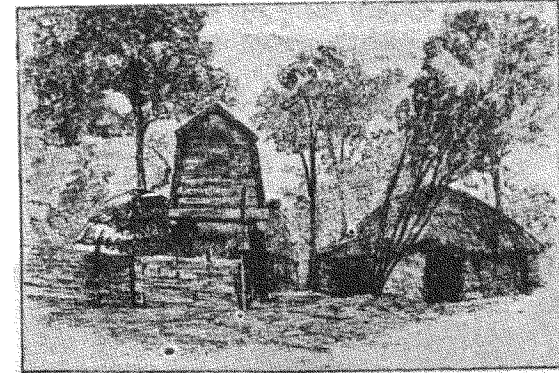


Choza africana y tienda india

Cabaña esquimal

Cabaña lepona

asientos eran troncos de árboles. Otros ponían de punta en medio de un bosque tres piedras grandes, y una chata encima, como techo, con una cerca de piedras, pero estos dólmenes no eran para vivir, sino para enterrar sus muertos, o para ir a oír a los viejos y los sabios cuando cambiaba la estación, o había guerra, o tenían que elegir rey: y para recordar cada cosa de éstas clavaban en el suelo una piedra grande, como una columna, que llamaban "menhir" en Europa, y que los indios mayas llamaban "katún"; porque los mayas de Yucatán no sabían que del otro lado del mar viviera el pueblo galo, en donde está Francia ahora, pero



Casas de los galos y de los germanos

hacían lo mismo que los galos, y que los germanos, que vivían donde está ahora Alemania. Estudiando se aprende eso: que el hombre es el mismo en todas partes, y aparece y crece de la misma manera, y hace y piensa las mismas cosas, sin más diferencia que la de la tierra en que vive, porque el hombre que nace en tierra de árboles y de flores piensa más en la hermosura y el adorno, y tiene más cosas que decir, que el que nace en una tierra fría, donde ve el cielo oscuro y su cueva en la roca. Y otra cosa se aprende, y es que donde nace el hombre salvaje, sin saber que hay ya pueblos en el mundo, empieza a vivir lo mismo que vivieron los hombres de hace miles de años. Junto a la ciudad de Zaragoza, en España, hay familias que viven en agujeros abiertos en la tierra del monte: en Dakota, en los Estados Unidos, los que van a abrir el país viven en covachas, con techos de ramas, como en la edad neolítica: en las orillas del Orinoco, en la América del Sur, los indios viven en ciudades lacustres, lo mismo que las que había hace cientos de siglos en los lagos de Suiza: el indio

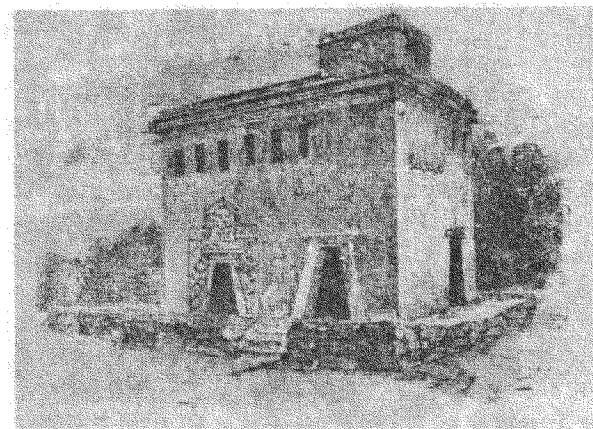
norteamericano le pone a rastras a su caballo los tres palos de su tipi, que es una tienda de pieles, como la que los hombres neolíticos levantaban en los desiertos: el negro de Africa hace hoy su casa con las paredes de tierra y el techo de ramas, lo mismo que el germano de antes, y deja alto el quicio como el germano lo dejaba, para que no entrasen las serpientes. No es que hubo una edad de piedra, en que todos los pueblos vivían a la vez del mismo modo; y luego otra de bronce, cuando los hombres empezaron a trabajar el metal, y luego otra edad de hierro. Hay pueblos que viven, como Francia ahora, en lo más hermoso de la edad de hierro, con su torre de Eiffel que se entra por las nubes: y otros pueblos que



Una ciudad lacustre

viven en la edad de piedra, como el indio que fabrica su casa en las ramas de los árboles, y con su lanza de pedernal sale a matar los pájaros del bosque y a ensartar en el aire los peces voladores del río. Pero los pueblos de ahora crecen más de prisa, porque se juntan con los pueblos más viejos, y aprenden con ellos lo que no saben; no como antes, que tenían que ir poco a poco descubriéndolo todo ellos mismos. La edad de piedra fue al empezar a vivir, que los hombres andaban errantes huyendo de los animales, y vivían hoy acá y mañana allá, y no sabían que eran buenos de comer los frutos de la tierra. Luego los hombres encontraron el cobre, que era más blando que el pedernal, y el estaño, que era más blando que el cobre, y vieron que con el fuego se le sacaba el metal a la roca, y que

con el estaño y cobre juntos se hacía un metal nuevo, muy bueno para hachas y lanzas y cuchillos, y para cortar la piedra. Cuando los pueblos empiezan a saber cómo se trabaja el metal, y a juntar el cobre con el estaño, entonces están en su edad de bronce. Hay pueblos que han llegado a la edad de hierro sin pasar por la de bronce, porque el hierro es el metal de su tierra, y con él empezaron a trabajar, sin saber que en el mundo había cobre ni estaño. Cuando los hombres de Europa vivían en la edad de bronce, ya hicieron casas mejores, aunque no tan labradas y perfectas como las de los peruanos y mexicanos de América, en quienes estuvieron siempre juntas las dos edades, porque siguieron trabajando con pedernal cuando ya tenían sus minas de oro, y sus templos con soles de oro como el cielo, y sus huacas, que eran los cementerios del Perú, donde ponían

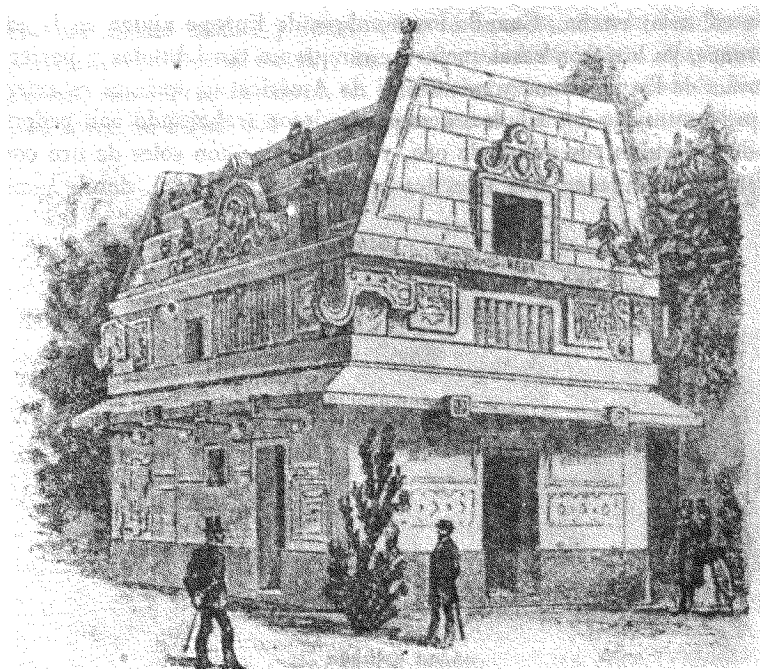


Casa quechua

los muertos con las prendas y jarros que usaban en vida. La casa del indio peruano era de mampostería, y de dos pisos, con las ventanas muy en alto, y las puertas más anchas por debajo que por la cornisa, que solía ser de piedra tallada, de trabajo fino. El mexicano no hacía su casa tan fuerte, sino más ornada, como en país donde hay muchos árboles y pájaros. En el techo había como escalones, donde ponían las figuras de sus santos, como ahora ponen muchos en los altares figuras de niños, y piernas y brazos de plata: adornaban las paredes con piedras labradas, y con fajas como de cuentas o de hilos trenzados, imitando las grecas y fimbrias que les bordaban sus mujeres en las túnicas: en las salas de adentro labraban las cabezas de las vigas, figurando sus dioses, sus animales o sus héroes, y por fuera ponían en las esquinas unas canales

de curva graciosa, como imitando plumas. De lejos brillaban las casas con el sol, como si fueran de plata.

En los pueblos de Europa es donde se ven más claras las tres edades, y mejor mientras más al Norte, porque allí los hombres vivieron solos, cada uno en su pueblo, por siglos de siglos, y como empezaron a vivir



Edificio azteca

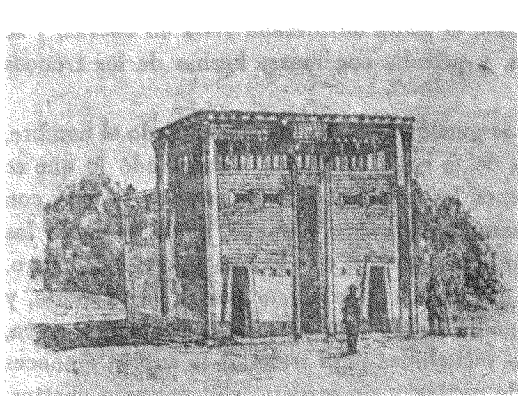
por el mismo tiempo, se nota que aunque no se conocían unos a otros, iban adelantando del mismo modo. La tierra va echando capas conforme van pasando siglos: la tierra es como un pastel de hojaldres, que tiene muchas capas una sobre otra, capas de piedra dura, y a veces viene de adentro, de lo hondo del mundo, una masa de roca que rompe las capas acostadas, y sale al aire libre, y se queda por encima de la tierra, como un gigante regañón, o como una fiera enojada, echando por el cráter humo y fuego: así se hacen los montes y los volcanes. Por esas capas de la tierra es por donde se sabe cómo ha vivido el hombre, porque en cada una hay enterrados huesos de él, y restos de los animales y árboles de aquella edad, y vasos y hachas; y comparando las capas de un lugar con

las de otro se ve que los hombres viven en todas partes casi del mismo modo en cada edad de la tierra: sólo que la tierra tarda mucho en pasar de una edad a otra, y en echarse una capa nueva, y así sucede lo de los romanos y los bretones de Inglaterra en tiempo de Julio César, que cuando los romanos tenían palacios de mármol con estatuas de oro, y usaban trajes de lana muy fina, la gente de Bretaña vivía en cuevas, y se vestía con las pieles salvajes, y peleaba con mazas hechas de los troncos duros.

En esos pueblos viejos sí se puede ver cómo fue adelantando el hombre, porque después de las capas de la edad de piedra, donde todo lo que se encuentra es de pedernal, vienen las otras capas de la edad de bronce, con muchas cosas hechas de la mezcla del cobre y estaño, y luego vienen las capas de arriba, las de los últimos tiempos, que llaman la edad de hierro. cuando el hombre aprendió que el hierro se ablandaba al fuego fuerte, y que con el hierro blando podía hacer martillos para romper la roca, y lanzas para pelear, y picos y cuchillas para trabajar la tierra: entonces es cuando ya se ven casas de piedra y de madera, con patios y cuartos, imitando siempre los casucos de rocas puestas unas sobre otras sin mezcla ninguna, o las tiendas de pieles de sus desiertos y llanos: lo que sí se ve es que desde que vino al mundo le gustó al hombre copiar en dibujo las cosas que veía, porque hasta las cavernas más oscuras donde habitaban las familias salvajes están llenas de figuras talladas o pintadas en la roca, y por los montes y las orillas de los ríos se ven manos, y signos raros, y pinturas de animales, que ya estaban allí desde hacía muchos siglos cuando vinieron a vivir en el país los pueblos de ahora. Y se ve también que todos los pueblos han cuidado mucho de enterrar a los muertos con gran respeto y han fabricado monumentos altos, como para estar más cerca del cielo, como nosotros hacemos ahora con las torres. Los terrapleneros hacían montañas de tierra, donde sepultaban los cadáveres: los mexicanos ponían sus templos en la cumbre de unas pirámides muy altas: los peruanos tenían su "chulpa" de piedra que era una torre ancha por arriba, como un puño de bastón: en la isla de Cerdeña hay unos torreones que llaman "nuragh", que nadie sabe de qué pueblo eran; y los egipcios levantaron con piedras enormes sus pirámides, y con el pórfido más duro hicieron sus obeliscos famosos, donde escribían su historia con los signos que llaman "jeroglíficos".

Ya los tiempos de los egipcios empiezan a llamarse "tiempos históricos", porque se puede escribir su historia con lo que se sabe de ellos: esos otros pueblos de las primeras edades se llaman pueblos "prehistóri-

cos", de antes de la historia, o pueblos primitivos. Pero la verdad es que en esos mismos pueblos históricos hay todavía mucho prehistórico, porque se tiene que ir adivinando para ver dónde y cómo vivieron. ¿Quién sabe cuándo fabricaron los quechuas sus acueductos y sus caminos y sus calzadas en el Perú; ni cuándo los chibchas de Colombia empezaron a hacer sus dijes y sus jarrros de oro; ni qué pueblo vivió en Yucatán antes que los mayas que encontraron allí los españoles; ni de dónde vino la raza desconocida que levantó los terraplenes y las casas-pueblos en la América del Norte? Casi lo mismo sucede con los pueblos de Europa;



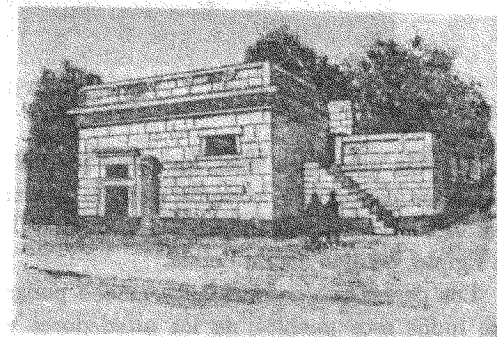
Casa egipcia

aunque allí se ve que los hombres aparecieron a la vez, como nacidos de la tierra, en muchos lugares diferentes; pero que donde había menos frío y era mas alto el país fue donde vivió primero el hombre: y como que allí empezó a vivir, allí fue donde llegó más pronto a saber, y a descubrir los metales, y a fabricar, y de allí, con las guerras, y las inundaciones, y el deseo de ver el mundo, fueron bajando los hombres por la tierra y el mar. En lo más elevado y fértil del continente es donde se civilizó el hombre trasatlántico primero. En nuestra América sucede lo mismo: en las altiplanicies de México y del Perú, en los valles altos y de buena tierra, fue donde tuvo sus mejores pueblos el indio americano. En el continente trasatlántico parece que Egipto fue el pueblo más viejo, y de allí fueron entrando los hombres por lo que se llama ahora Persia y Asia Menor, y vinieron a Grecia, buscando la libertad y la novedad, y en Grecia levantaron los edificios más perfectos del mundo, y escribieron los libros más bien compuestos y hermosos. Había pueblos nacidos en todos estos países, pero los que venían de los pueblos viejos sabían más, y los derrotaban en la guerra, o les enseñaban lo que sabían, y se juntaban con ellos. Del norte de Europa venían otros hombres más fuertes, hechos a pelear con las fieras y a vivir en el frío: y de lo que se llama ahora Indostán salió huyendo, después de una gran guerra, la gente de la montaña, y se juntó

con los europeos de las tierras frías, que bajaron luego del Norte a pelear con los romanos, porque los romanos habían ido a quitarles su libertad, y porque era gente pobre y feroz, que le tenía envidia a Roma, porque era sabia y rica, y como hija de Grecia. Así han ido viajando los pueblos en el mundo, como las corrientes van por la mar, y por el aire los vientos.

Egipto es como el pueblo padre del continente trasatlántico: el pueblo más antiguo de todos aquellos países "clásicos". Y la casa del egipcio es como su pueblo fue, graciosa y elegante. Era riquísimo el Egipto, como que el gran río Nilo crecía todos los años, y con el barro que dejaba al secarse nacían muy bien las siembras: así que las casas estaban como en alto, por miedo a las inundaciones. Como allá hay muchas palmeras, las columnas de las casas eran finas y altas, como las palmas; y encima del segundo piso tenían otro sin paredes, con un techo chato, donde pasaban la tarde al aire fresco, viendo el Nilo lleno de barcos que iban y venían con sus viajeros y sus cargas, y el cielo de la tarde, que es de color de oro y azafrán. Las paredes y los techos están llenos de pinturas de su historia y religión; y les gustaba el color tanto, que hasta la estera con que cubrían el piso era de hebras de colores diferentes.

Los hebreos vivieron como esclavos en el Egipto mucho tiempo, y eran los que mejor sabían hacer ladrillos. Luego, cuando su libertad, hicieron sus casas con ladrillos crudos, como nuestros adobes, y el techo era de vigas de sicomoro, que es su árbol querido. El techo tenía un borde como las azoteas, porque con el calor subía la gente allí a dormir, y la ley mandaba que fabricasen los techos con muro, para que no cayese la gente a tierra. Solían hacer sus casas como el templo que fabricó su gran rey Salomón, que era cuadrado, con las puertas anchas de abajo y estrechas por la cornisa, y dos columnas al lado de la puerta.

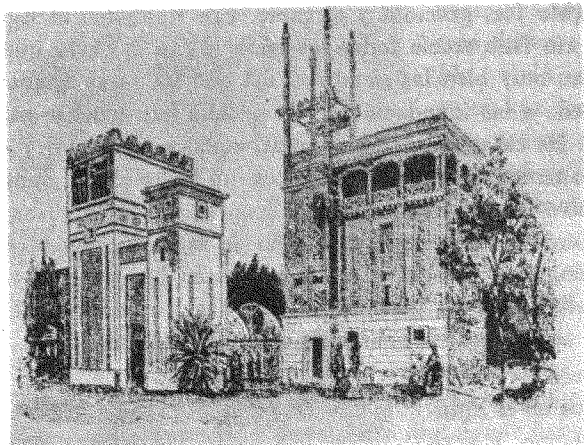


Casa hebrea

Por aquellas tierras vivían los asirios, que fueron pueblo guerrador, que les ponía a sus casas torres, como para ver más de lejos al enemigo, y las torres eran de almenas, como para disparar el arco desde seguro.

No tenían ventanas, sino que les venía la luz del techo. Sobre las puertas ponían a veces piedras talladas con alguna figura misteriosa, como un toro con cabeza de hombre, o una cabeza con alas.

Los fenicios fabricaron sus casas y monumentos con piedras sin labrar, que ponían unas sobre otras como los etruscos; pero como eran gente navegante, que vivía del comercio, empezaron pronto a imitar las casas de



Palacio asirio

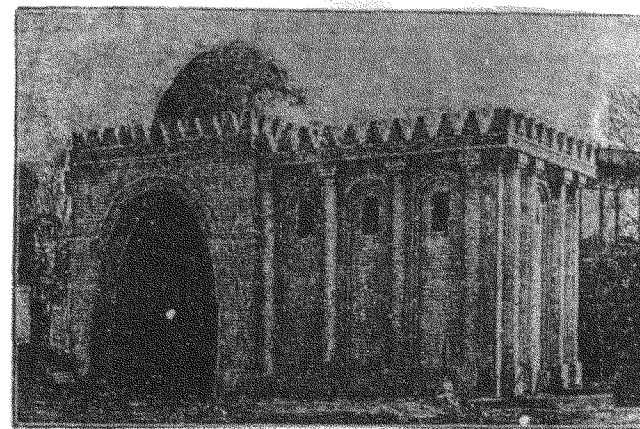
Palacio fenicio

los pueblos que veían más, que eran los hebreos y los egipcios, y luego las de los persas, que conquistaron en guerra el país de Fenicia. Y así fueron sus casas, con la entrada hebrea, y la parte alta como las casas de Egipto, o como las de Persia.

Los persas fueron pueblo de mucho poder, como que hubo tiempo en que todos esos pueblos de los alrededores vivían como esclavos suyos. Persia es tierra de joyas: los vestidos de los hombres, las mantas de los caballos, los puños de los sables, todo está allí lleno de joyas. Usan mucho del verde, del rojo y del amarillo. Todo les gusta de mucho color, y muy brillante y esmaltado. Les gustan las fuentes, los jardines, los velos de hilo de plata, la pedrería fina. Todavía hoy son así los persas; y ya en aquellos tiempos eran sus casas de ladrillos de colores, pero no de techo chato como las de los egipcios y hebreos, sino con una cúpula redonda, como imitando la bóveda del cielo. En un patio estaba el baño, en que echaban olores muy finos; y en las casas ricas había patios cuadrados, con muchas columnas alrededor, y en medio una fuente, entre jarrones de

flores. Las columnas eran de muchos trozos y dibujos, pintados de colores, con fajas y canales, y el capitel hecho con cuerpos de animales, de pecho verde y collar de oro.

Junto a Persia está el Indostán, que es de los pueblos más viejos del mundo, y tiene templos de oro, trabajados como trabajan en las platerías la filigrana, y otros templos cavados en la roca, y figuras de su dios Buda

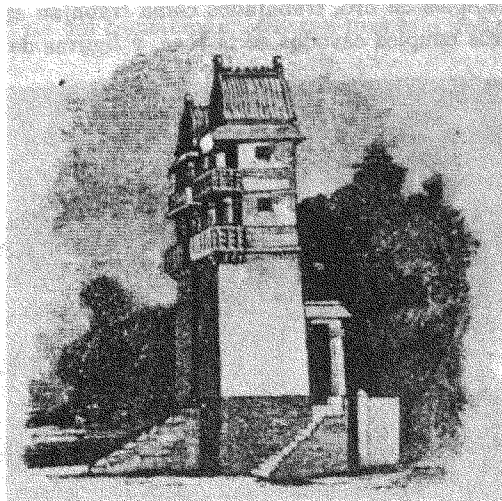


Palacio persa

cortadas a pico en la montaña. Sus templos, sus sepulcros, sus palacios, sus casas, son como su poesía, que parece escrita con colores sobre marfil, y dice las cosas como entre hojas y flores. Hay templo en el Indostán que tiene catorce pisos, como la pagoda de Tanjore, y está todo labrado, desde los cimientos hasta la cúpula. Y la casa de los hindús de antes era como las pagodas de Lahore o las de Cachemira, con los techos y balcones muy adornados y con muchas vueltas, y a la entrada la escalinata sin baranda. Otras casas tenían torreones en la esquina, y el terrado como los egipcios, corrido y sin las torres. Pero lo hermoso de las casas hindús era la fantasía de los adornos, que son como un trenzado que nunca se acaba, de flores y de plumas.

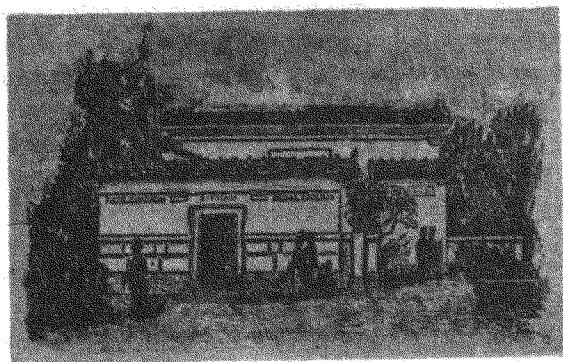
En Grecia no era así, sino todo blanco y sencillo, sin lujos de colorines. En la casa de los griegos no había ventanas, porque para el griego fue siempre la casa un lugar sagrado, donde no debía mirar el extranjero. Eran las casas pequeñas, como sus monumentos, pero muy lindas y alegres, con su rosal y su estatua a la puerta, y dentro el corredor de columnas, donde pasaba los días la familia, que sólo en la noche iba a los cuartos,

reducidos y oscuros. El comedor y el corredor era lo que amueblaban, y eso con pocos muebles: en las paredes ponían en nichos sus jarros preciosos: las sillas tenían filetes tallados, como los que solían ponerles a



Casa hindú

las puertas, que eran anchas de abajo y con la cornisa adornada de dibujos de palmas y madreselvas. Dicen que en el mundo no hay edificio más

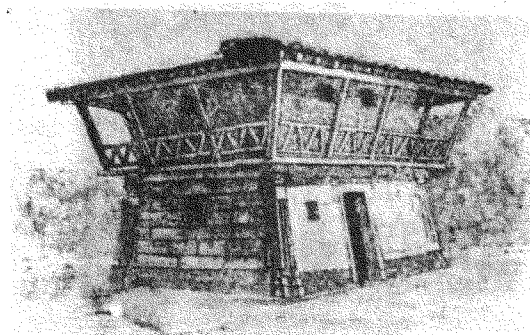


Casa griega

bello que el Partenón, como que allí no están los adornos por el gusto de adornar, que es lo que hace la gente ignorante con sus casas y vestidos, sino que la hermosura viene de una especie de música que se siente y no

se oye, porque el tamaño está calculado de manera que venga bien con el color, y no hay cosa que no sea precisa, ni adorno sino donde no pueda estorbar. Parece que tienen alma las piedras de Grecia. Son modestas, y como amigas del que las ve. Se entran como amigas por el corazón. Parece que hablan.

Los etruscos vivieron al norte de Italia, en sus doce ciudades famosas, y fueron un pueblo original, que tuvo su gobierno y su religión, y un arte parecido al de los griegos, aunque les gustaba más la burla y la extravagancia, y usaban mucho color. Todo lo pintaban, como los persas; y en

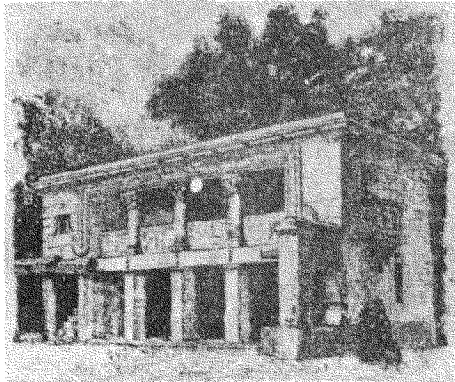


Casa etrusca

las paredes de sus sepulturas hay caballos con la cabeza amarilla y la cola azul. Mientras fueron república libre, los etruscos vivían dichosos, con maestros muy buenos de medicina y astronomía, y hombres que hablaban bien de los deberes de la vida y de la composición del mundo. Era célebre Etruria por sus sabios, y por sus jarros de barro negro, con figuras de relieve, y por sus estatuas y sarcófagos de tierra cocida, y por sus pinturas en los muros, y sus trabajos en metal. Pero con la esclavitud se hicieron viciosos y ricos, como sus dueños los romanos. Vivían en palacios, y no en sus casas de antes; y su gusto mayor era comer horas enteras acostados. La casa etrusca de antes era de un piso, con un terrado de baranda, y el techo de aleros caídos. Pintaban en las paredes sus fiestas y sus ceremonias, con retratos y caricaturas, y sabían dibujar sus figuras como si se las viera en movimiento.

La casa de los romanos fue primero como la de los etruscos, pero luego conocieron a Grecia, y la imitaron en sus casas, como en todo. El

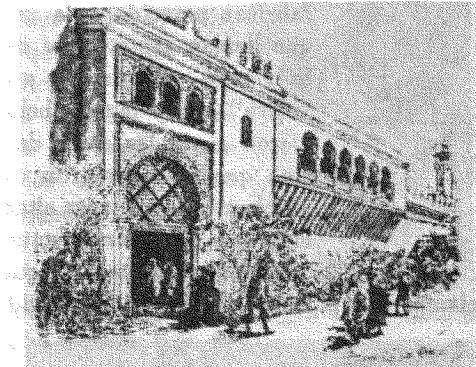
atrio al principio fue la casa entera, y después no era más que el portal, de donde se iba por un pasadizo al patio interior, rodeado de columnas, adonde daban los cuartos ricos del señor, que para cada cosa tenía un cuarto diferente: el cuarto de comer daba al corredor, lo mismo que la sala y el cuarto de la familia, que por el otro lado abría sobre un jardín. Adornaban las paredes con dibujos y figuras de colores brillantes, y en los recodos había muchos nichos con jarras y estatuas. Si la casa estaba en calle de mucha gente, hacían cuartos con puerta a la calle, y los alquilaban para tiendas. Cuando la puerta estaba abierta se podía ver



Palacio bizantino

hasta el fondo del jardín. El jardín, el patio y el atrio tenían alrededor en muchas casas una arquería. Luego Roma fue dueña de todos los países que tenía alrededor, hasta que tuvo tantos pueblos que no los pudo gobernar, y cada pueblo se fue haciendo libre y nombrando su rey, que era el guerrero más poderoso de todos los del país, y vivía en su castillo de piedra, con torres y portalones, como todos los que llamaban “señores” en aquel tiempo de pelear; y la gente de trabajo vivía alrededor de los castillos, en casuchos infelices. Pero el poder de Roma había sido muy grande, y en todas partes había puentes y arcos y acueductos y templos como los de los romanos; sólo que por el lado de Francia, donde había muchos castillos, iban haciendo las fábricas nuevas, y las iglesias sobre todo, como si fueran a la vez fortalezas y templos, que es lo que llaman “arquitectura románica”, y del lado de los persas y de los árabes, por donde está ahora Turquía, les ponían a los monumentos tanta riqueza y color que parecían las iglesias cuevas de oro, por lo grande y lo resplan-

deciente: de modo que cuando los pueblos nuevos del lado de Francia empezaron a tener ciudades, las casas fueron de portales oscuros y de muchos techos de pico, como las iglesias románicas; y del lado de Turquía eran las casas como palacios, con las columnas de piedras ricas, y el suelo de muchas piedrecitas de color, y las pinturas de la pared con el fondo de oro, y los cristales dorados: había barandas en las casas bizantinas hechas con una mezcla de todos los metales, que lucía como fuego: era feo y pesado tanto adorno en las casas, que parecen sepulturas de hombre vanidoso, ahora que están vacías.

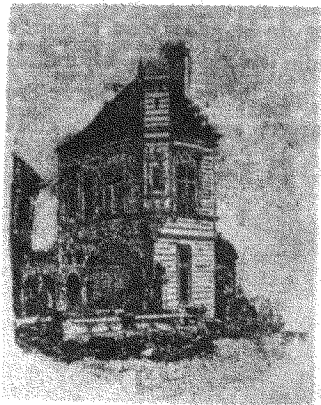


Palacio árabe

En España habían mandado también los romanos; pero los moros vinieron luego a conquistar, y fabricaron aquellos templos suyos que llaman mezquitas, y aquellos palacios que parecen cosa de sueño, como si ya no se viviese en el mundo, sino en otro mundo de encaje y de flores: las puertas eran pequeñas, pero con tantos arcos que parecían grandes: las columnas delgadas sostenían los arcos de herradura, que acababan en pico, como abriéndose para ir al cielo: el techo era de madera fina, pero todo tallado, con sus letras moras y sus cabezas de caballos: las paredes estaban cubiertas de dibujos, lo mismo que una alfombra: en los patios de mármol había laureles y fuentes: parecían como el tejido de un velo aquellos balcones.

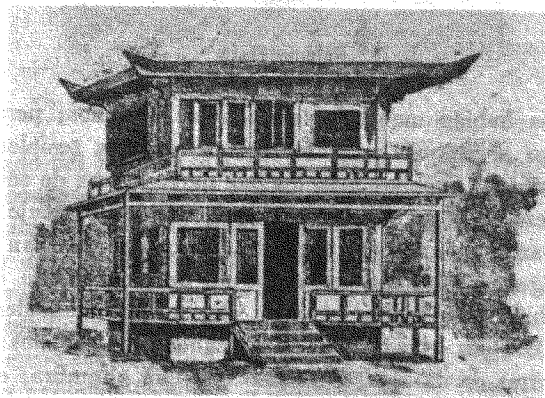
Con las guerras y las amistades se fueron juntando aquellos pueblos diferentes, y cuando ya el rey pudo más que los señores de los castillos, y todos los hombres creían en el cielo nuevo de los cristianos, empezaron a hacer las iglesias “góticas” con sus arcos de pico, y sus torres como agujas que llegaban a las nubes, y sus pórticos bordados, y sus ventanas de

colores. Y las torres cada vez más altas; porque cada iglesia quería tener su torre más alta que las otras; y las casas las hacían así también, y los muebles. Pero los adornos llegaron a ser muchos, y los cristianos empezaron a no creer en el cielo tanto como antes. Hablaban mucho de lo grande que fue Roma: celebraban el arte griego por sencillo: decían que ya eran muchas las iglesias: buscaban modos nuevos de hacer los palacios: y de todo eso vino una manera de fabricar parecida a la griega, que es lo que llaman arquitectura del "Renacimiento": pero como en el arte gótico de la "ojiva" había mucha beldad, ya no volvieron a ser las casas de tanta sencillez sino que las adornaron con las esquinas graciosas, las ventanas altas, y los balcones elegantes de la arquitectura gótica. Eran



Casa del Renacimiento

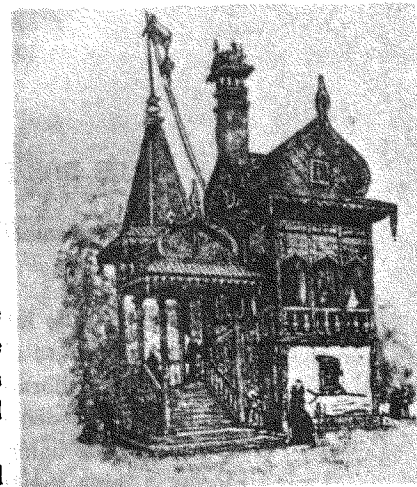
tiempos de arte y riqueza, y de grandes conquistas, así que había muchos señores y comerciantes con palacio. Nunca habían vivido los hombres,



Casa japonesa

ni han vuelto a vivir, en casas tan hermosas. Los pueblos de otras razas, donde se sabe poco de los europeos, peleaban por su cuenta o se hacían amigos, y se aprendían su arte especial unos de otros, de modo que se ve algo de pagoda hindú en todo lo de Asia, y hay picos como los de los palacios de Lahore en las casas japonesas, que parecen cosa de aire y de

encanto, o casitas de jugar, con sus corredores de barandas finas y sus paredes de mimbre o de estera. Hasta en la casa del eslavo y del ruso se ven las curvas revueltas y los techos de punta de los pueblos hindús. En nuestra América las casas tienen algo de romano y de moro, porque moro y romano era el pueblo español que mandó en América, y echó abajo las casas de los indios. Las echó abajo de raíz: echó abajo sus templos, sus observatorios, sus torres de señales, sus casas de vivir, todo lo indio lo quemaron los conquistadores españoles y lo echaron abajo, menos las calzadas, porque no sabían llevar las piedras que supieron traer los indios, y los acueductos, porque les traían el agua de beber.



Casa eslava

Ahora todos los pueblos del mundo se conocen mejor y se visitan: y en cada pueblo hay su modo de fabricar, según haya frío o calor, o sean de una raza o de otra; pero lo que parece nuevo en las ciudades no es su manera de hacer casas, sino que en cada ciudad hay casas moras, y griegas, y góticas, y bizantinas, y japonesas, como si empezara el tiempo feliz en que los hombres se tratan como amigos, y se van juntando.

LOS DOS PRÍNCIPES

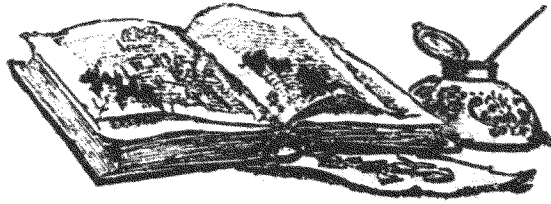
Idea de la poetisa norteamericana Helen Hunt Jackson

El palacio está de luto
 Y en el trono llora el rey,
 Y la reina está llorando
 Donde no la pueden ver:
 En pañuelos de holán fino
 Lloran la reina y el rey:
 Los señores del palacio
 Están llorando también.
 Los caballos llevan negro
 El penacho y el arnés:
 Los caballos no han comido,
 Porque no quieren comer:
 El laurel del patio grande
 Quedó sin hoja esta vez:
 Todo el mundo fue al entierro
 Con coronas de laurel:
 —¡El hijo del rey se ha muerto!
 ¡Se le ha muerto el hijo al rey!

En los álamos del monte
 Tiene su casa el pastor:
 La pastora está diciendo
 “¿Por qué tiene luz el sol?”
 Las ovejas, cabizbajas,
 Vienen todas al portón:
 ¡Una caja larga y honda

Está forrando el pastor!
 Entra y sale un perro triste:
 Canta allá adentro una voz—
 “¡Pajarito, yo estoy loca,
 Llévame donde él voló!”:
 El pastor coge llorando
 La pala y el azadón:
 Abre en la tierra una fosa:
 Echa en la fosa una flor:
 —¡Se quedó el pastor sin hijo!
 ¡Murió el hijo del pastor!





NENÉ TRAVIESA

¡Quién sabe si hay una niña que se parezca a Nené! Un viejito que sabe mucho dice que todas las niñas son como Nené. A Nené le gusta más jugar a “mamá”, o “a tiendas”, o “a hacer dulces” con sus muñecas, que dar la lección de “treses y de cuatros” con la maestra que le viene a enseñar. Porque Nené no tiene mamá: su mamá se ha muerto: y por eso tiene Nené maestra. A hacer dulces es a lo que le gusta más a Nené jugar: ¿y por qué será?: ¡quién sabe! Será porque para jugar a hacer dulces le dan azúcar de veras: por cierto que los dulces nunca le salen bien de la primera vez: ¡son unos dulces más difíciles!: siempre tiene que pedir azúcar dos veces. Y se conoce que Nené no les quiere dar trabajo a sus amigas; porque cuando juega a paseo, o a comprar, o a visitar, siempre llama a sus amiguitas; pero cuando va a hacer dulces, nunca. Y una vez le sucedió a Nené una cosa muy rara: le pidió a su papá dos centavos para comprar un lápiz nuevo, y se le olvidó en el camino, se le olvidó como si no hubiera pensado nunca en comprar el lápiz: lo que compró fue un merengue de fresa. Eso se supo, por supuesto; y desde entonces sus amiguitas no le dicen Nené, sino “Merengue de Fresa”.

El padre de Nené la quería mucho. Dicen que no trabajaba bien cuando no había visto por la mañana a “la hijita”. El no le decía “Nené”, sino “la hijita”. Cuando su papá venía del trabajo, siempre salía ella a recibirlo con los brazos abiertos, como un pajarito que abre las alas para volar; y su papá la alzaba del suelo, como quien coge de un rosa una rosa. Ella lo miraba con mucho cariño, como si le preguntase cosas: y él la miraba con los ojos tristes, como si quisiese echarse a llorar. Pero enseñada

se ponía contento, se montaba a Nené en el hombro, y entraban juntos en la casa, cantando el himno nacional. Siempre traía el papá de Nené algún libro nuevo, y se lo dejaba ver cuando tenía figuras; y a ella le gustaban mucho unos libros que él traía, donde estaban pintadas las estrellas, que tiene cada una su nombre y su color: y allí decía el nombre de la estrella colorada, y el de la amarilla, y el de la azul, y que la luz tiene siete colores, y que las estrellas pasean por el cielo, lo mismo que las niñas por un jardín. Pero no: lo mismo no: porque las niñas andan en los jardines de aquí para allá, como una hoja de flor que va empujando el viento, mientras que las estrellás van siempre en el cielo por un mismo camino, y no por donde quieren: ¿quién sabe?: puede ser que haya por allá arriba quien cuide a las estrellas, como los papás cuidan acá en la tierra a las niñas. Sólo que las estrellas no son niñas, por supuesto, ni flores de luz, como parece de aquí abajo, sino grandes como este mundo: y dicen que en las estrellas hay árboles, y agua, y gente como acá: y su papá dice que en un libro hablan de que uno se va a vivir a una estrella cuando se muere. “Y dime, papá”, le preguntó Nené: “¿por qué ponen las casas de los muertos tan tristes? Si yo me muero, yo no quiero ver a nadie llorar, sino que me toquen la música, porque me voy a ir a vivir en la estrella azul.” “¿Pero, sola, tú sola, sin tu pobre papá?” Y Nené le dijo a su papá:—“¡Malo, que crees eso!” Esa noche no se quiso ir a dormir temprano, sino que se durmió en los brazos de su papá. ¡Los papás se quedan muy tristes, cuando se muere en la casa la madre! Las niñas deben querer mucho, mucho a los papás cuando se les muere la madre.

Esa noche que hablaron de las estrellas trajo el papá de Nené un libro muy grande: ¡oh, cómo pesaba el libro!: Nené lo quiso cargar, y se cayó con el libro encima: no se le veía más que la cabecita rubia de un lado, y los zaticos negros de otro. Su papá vino corriendo, y la sacó de debajo del libro, y se rió mucho de Nené, que no tenía seis años todavía y quería cargar un libro de cien años. ¡Cien años tenía el libro, y no le habían salido barbas!: Nené había visto un viejito de cien años, pero el viejito tenía una barba muy larga, que le daba por la cintura. Y lo que dice la muestra de escribir, que los libros buenos son como los viejos: “Un libro bueno es lo mismo que un amigo viejo”: eso dice la muestra de escribir. Nené se acostó muy callada, pensando en el libro. ¿Qué libro era aquél, que su papá no quiso que ella lo tocara? Cuando se despertó, en eso no más pensaba Nené. Ella quiere saber qué libro es aquél. Ella quiere saber cómo está hecho por dentro un libro de cien años que no tiene barbas.

Su papá está lejos, lejos de la casa, trabajando para ella, para que la niña tenga casa linda y coma dulces finos los domingos, para comprarle a la niña vestiditos blancos y cintas azules, para guardar un poco de dinero, no vaya a ser que se muera el papá, y se quede sin nada en el mundo "la hijita". Lejos de la casa está el pobre papá, trabajando para "la hijita". La criada está allá adentro, preparando el baño. Nadie oye a Nené: no la está viendo nadie. Su papá deja siempre abierto el cuarto



de los libros. Allí está la sillita de Nené, que se sienta de noche en la mesa de escribir, a ver trabajar a su papá. Cinco pasitos, seis, siete... ya está Nené en la puerta: ya la empujó; ya entró. ¡Las cosas que suceden! Como si la estuviera esperando estaba abierto en su silla el libro viejo, abierto de medio a medio. Pasito a pasito se le acercó Nené, muy seria, y como cuando uno piensa mucho, que camina con las manos a la espalda. Por nada en el mundo hubiera tocado Nené el libro: verlo no más, no más que verlo. Su papá le dijo que no lo tocara.

El libro no tiene barbas: le salen muchas cintas y marcas por entre las hojas, pero ésas no son barbas: ¡el que sí es barbudo es el gigante que está pintado en el libro!: y es de colores la pintura, unos colores de esmalte que lucen, como el brazaletes que le regaló su papá. ¡Ahora no pintan los libros así! El gigante está sentado en el pico de un monte. con una cosa revuelta, como las nubes del cielo, encima de la cabeza: no tiene más que un ojo, encima de la nariz: está vestido con un blusón, como los pastores, un blusón verde, lo mismo que el campo, con estrellas pintadas, de plata y de oro: y la barba es muy larga, muy larga, que llega al pie del monte: y por cada mechón de la barba va subiendo un hombre, como sube la cuerda para ir al trapecio el hombre del circo. ¡Oh, eso no se puede ver de lejos! Nené tiene que bajar el libro de la silla. ¡Cómo pesa este pícaro libro! Ahora sí que se puede ver bien todo. Ya está el libro en el suelo.



Son cinco los hombres que suben: uno es un blanco, con casaca y con botas, y de barba también: ¡le gustan mucho a este pintor las barbas!:



otro es como indio, sí, como indio, con una corona de plumas, y la flecha a la espalda: el otro es chino, lo mismo que el cocinero, pero va con

un traje como de señora, todo lleno de flores: el otro se parece al chino, y lleva un sombrero de pico, así como una pera: el otro es negro, un negro muy bonito, pero está sin vestir: ¡eso no está bien, sin vestir! ¡por eso no quería su papá que ella tocara el libro! No: esa hoja no se ve más, para que no se enoje su papá. ¡Muy bonito que es este libro viejo! Y Nené está ya casi acostada sobre el libro, y como si quisiera hablarle con los ojos.

¡Por poco se rompe la hoja! Pero no, no se rompió. Hasta la mitad no más se rompió. El papá de Nené no ve bien. Eso no lo va a ver nadie. ¡Ahora sí que está bueno el libro este! Es mejor, mucho mejor que el arca de Noé. Aquí están pintados todos los animales del mundo. ¡Y con colores, como el gigante! Sí, ésta es, ésta es la jirafa, comiéndose la luna: éste es el elefante, el elefante, con ese sillón lleno de niñitos. ¡Oh, los perros, cómo corre, cómo corre este perro! ¡ven acá, perro! ¡te voy a pegar, perro, porque no quieres venir! Y Nené, por supuesto, arranca la hoja. ¿Y qué ve mi señora Nené? Un mundo de monos es la otra pintura. Las dos hojas del libro están llenas de monos: un mono colorado juega con un monito verde: un monazo de barba le muerde la cola a un mono tremendo, que anda como un hombre, con un palo en la mano: un mono negro está jugando en la yerba con otro amarillo: ¡aquéllos, aquellos de



los árboles son los monos niños! ¡qué graciosos! ¡cómo juegan! ¡se mecen por la cola, como el columpio! ¡qué bien, qué bien saltan! ¡uno, dos, tres, cinco, ocho, dieciséis, cuarenta y nueve monos agarrados por la cola! ¡se van a tirar al río! ¡se van a tirar al río! ¡visst! ¡allá van todos! Y Nené, entusiasmada, arranca al libro las dos hojas. ¿Quién llama a Nené, quién la llama? Su papá, su papá, que está mirándola desde la puerta.

Nené no ve. Nené no oye. Le parece que su papá crece, que crece mucho, que llega hasta el techo, que es más grande que el gigante del monte, que su papá es un monte que se le viene encima. Está callada, callada, con la cabeza baja, con los ojos cerrados, con las hojas rotas en las manos caídas. Y su papá le está hablando:—“¿Nené, no te dije que no tocaras ese libro? ¿Nené, tú no sabes que ese libro no es mío, y que vale mucho dinero, mucho? ¿Nené, tú no sabes que para pagar ese libro voy a tener que trabajar un año?”—Nené, blanca como el papel, se alzó del suelo, con la cabecita caída, y se abrazó a las rodillas de su papá: —“Mi papá”, dijo Nené, “¡mi papá de mi corazón! ¡Enojé a mi papá bueno! ¡Soy mala niña! ¡Ya no voy a poder ir cuando me muera a la estrella azul!”

LA PERLA DE LA MORA

Una mora de Trípoli tenía
Una perla rosada, una gran perla:
Y la echó con desdén al mar un día:
—“¡Siempre la misma! ¡ya me cansa verla!”

Pocos años después, junto a la roca
De Trípoli... ¡la gente llora al verla!
Así le dice al mar la mora loca:
—“¡Oh mar! ¡oh mar! ¡devuélveme mi perla!”



Máscaras indias

LAS RUINAS INDIAS

No habría poema más triste y hermoso que el que se puede sacar de la historia americana. No se puede leer sin ternura, y sin ver como flores y plumas por el aire, uno de esos buenos libros viejos forrados de pergamino, que hablan de la América de los indios, de sus ciudades y de sus fiestas, del mérito de sus artes y de la gracia de sus costumbres. Unos vivían aislados y sencillos, sin vestidos y sin necesidades, como pueblos acabados de nacer; y empezaban a pintar sus figuras extrañas en las rocas de la orilla de los ríos, donde es más solo el bosque, y el hombre piensa más en las maravillas del mundo. Otros eran pueblos de más edad, y vivían en tribus, en aldeas de cañas o de adobes, comiendo lo que cazaban y pescaban, y peleando con sus vecinos. Otros eran ya pueblos hechos, con ciudades de ciento cuarenta mil casas, y palacios adornados de pinturas de oro, y gran comercio en las calles y en las plazas, y templos de mármol con estatuas gigantescas de sus dioses. Sus obras no se parecen a las de los demás pueblos, sino como se parece un hombre a otro. Ellos fueron inocentes, supersticiosos y terribles. Ellos imaginaron su gobierno, su religión, su arte, su guerra, su arquitectura, su industria, su poesía. Todo lo suyo es interesante, atrevido, nuevo. Fue una raza artística, inteligente y limpia. Se leen como una novela las historias de los nahuatlés y mayas de México, de los chibchas de Colombia, de los cumanagotos de Venezuela, de los quechuas del Perú, de los aimaraes de Bolivia, de los charrúas del Uruguay, de los araucanos de Chile.

El quetzal es el pájaro hermoso de Guatemala, el pájaro de verde brillante con la larga pluma, que se muere de dolor cuando cae cautivo, o cuando se le rompe o lastima la pluma de la cola. Es un pájaro que brilla a la luz, como las cabezas de los colibries, que parecen piedras preciosas, o joyas de tornasol, que de un lado fueran topacio, y de otro ópalo, y de otro amatista. Y cuando se lee en los viajes de Le Plongeon los cuentos de los amores de la princesa maya Ara, que no quiso querer al príncipe Aak porque por el amor de Ara mató a su hermano Chaak; cuando en la historia del indio Ixtlilxochitl se ve vivir, elegantes y ricas, a las ciudades reales de México, a Tenochtitlán y a Texcoco; cuando en la "Recordación Florida" del capitán Fuentes, o en las Crónicas de Juarros, o en la Historia del conquistador Bernal Díaz del Castillo, o en los Viajes del inglés Tomás Gage, andan como si los tuviésemos delante, en sus vestidos blancos y con sus hijos de la mano, recitando versos y levantando edificios, aquellos gentíos de las ciudades de entonces, aquellos sabios de Chichén, aquellos potentados de Uxmal, aquellos comerciantes de Tulán, aquellos artifices de Tenochtitlán, aquellos sacerdotes de Cholula, aquellos maestros amorosos y niños mansos de Utatlán, aquella raza fina que vivía al sol y no cerraba sus casas de piedra, no parece que se lee un libro de hojas amarillas, donde las eses son como eses y se usan con mucha ceremonia las palabras, sino que se ve morir a un quetzal, que lanza el último grito al ver su cola rota. Con la imaginación se ven cosas que no se pueden ver con los ojos.

Se hace uno de amigos leyendo aquellos libros viejos. Allí hay héroes, y santos, y enamorados, y poetas, y apóstoles. Allí se describen pirámides más grandes que las de Egipto; y hazañas de aquellos gigantes que vencieron a las fieras; y batallas de gigantes y hombres; y dioses que pasan por el viento echando semillas de pueblos sobre el mundo; y robos de princesas que pusieron a los pueblos a pelear hasta morir; y peleas de pecho a pecho, con bravura que no parece de hombres; y la defensa de las ciudades viciosas contra los hombres fuertes que venían de las tierras del Norte; y la vida variada, simpática y trabajadora de sus circos y templos, de sus canales y talleres, de sus tribunales y mercados. Hay reyes como el chichimeca Netzahualpilli, que matan a sus hijos porque faltaron a la ley, lo mismo que dejó matar al suyo el romano Bruto; hay oradores que se levantan llorando, como el tlascalteca Xicotencatl, a rogar a su pueblo que no dejen entrar al español, como se levantó Demóstenes a rogar a los griegos que no dejasen entrar a Filipo; hay monarcas justos como Netzahualcoyotl, el gran poeta rey de los chichimecas, que sabe,

como el hebreo Salomón, levantar templos magníficos al Creador del mundo, y hacer con alma de padre justicia entre los hombres. Hay sacrificios de jóvenes hermosas a los dioses invisibles del cielo, lo mismo que los hubo en Grecia, donde eran tantos a veces los sacrificios que no fue necesario hacer altar para la nueva ceremonia, porque el montón de cenizas de la última quema era tan alto que podían tender allí a las víctimas los sacrificadores; hubo sacrificios de hombres, como el del hebreo Abraham, que ató sobre los leños a Isaac su hijo, para matarlo con sus mismas manos, porque creyó oír voces del cielo que le mandaban clavar el cuchillo al hijo, cosa de tener satisfecho con esta sangre a su Dios; hubo sacrificios en masa, como los había en la Plaza Mayor, delante de los obispos y del rey, cuando la Inquisición de España quemaba a los hombres vivos, con mucho lujo de leña y de procesión, y veían la quema las señoras madrileñas desde los balcones. La superstición y la ignorancia hacen bárbaros a los hombres en todos los pueblos. Y de los indios han dicho más de lo justo en estas cosas los españoles vencedores, que exageraban o inventaban los defectos de la raza vencida, para que la crueldad con que la trataron pareciese justa y conveniente al mundo. Hay que leer a la vez lo que dice de los sacrificios de los indios el soldado español Bernal Díaz, y lo que dice el sacerdote Bartolomé de las Casas. Ese es un nombre que se ha de llevar en el corazón, como el de un hermano. Bartolomé de las Casas era feo y flaco, de hablar confuso y precipitado, y de mucha nariz; pero se le veía en el fuego limpio de los ojos el alma sublime.

De México trataremos hoy, porque las láminas son de México. A México lo poblaron primero los toltecas bravos, que seguían, con los escudos de cañas en alto, al capitán que llevaba el escudo con rondelas de oro. Luego los toltecas se dieron al lujo; y vinieron del Norte con fuerza terrible, vestidos de pieles, los chichimecas bárbaros, que se quedaron en el país, y tuvieron reyes de gran sabiduría. Los pueblos libres de los alrededores se juntaron después, con los aztecas astutos a la cabeza, y les ganaron el gobierno a los chichimecas, que vivían ya descuidados y viciosos. Los aztecas gobernaron como comerciantes, juntando riquezas y oprimiendo al país; y cuando llegó Cortés con sus españoles, venció a los aztecas con la ayuda de los cien mil guerreros indios que se le fueron uniendo, a su paso por entre los pueblos oprimidos.

Las armas de fuego y las armaduras de hierro de los españoles no amedrentaron a los héroes indios; pero ya no quería obedecer a sus héroes el pueblo fanático, que creyó que aquéllos eran los soldados del dios

Quetzalcoatl que los sacerdotes les anunciaban que volvería del cielo a libertarlos de la tiranía. Cortés conoció las rivalidades de los indios, puso en mal a los que se tenían celos, fue separando de sus pueblos acobardados a los jefes, se ganó con regalos o aterró con amenazas a los débiles, encarceló o asesinó a los juiciosos y a los bravos; y los sacerdotes que vinieron de España después de los soldados echaron abajo el templo del dios indio, y pusieron encima el templo de su dios.

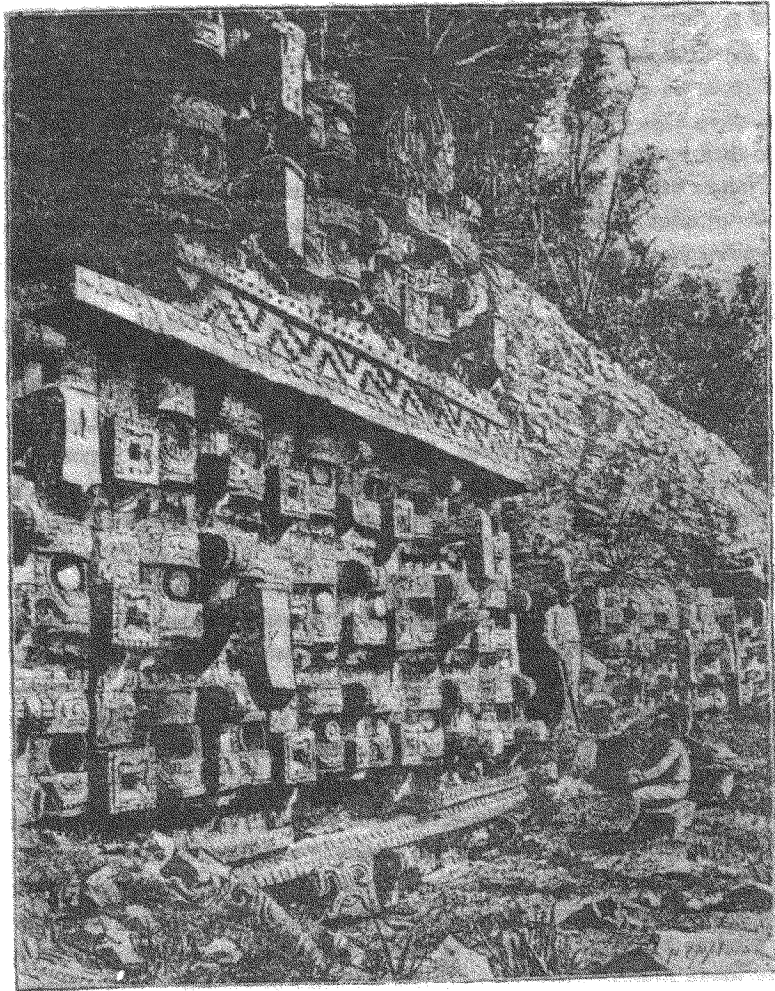
Y ¡qué hermosa era Tenochtitlán, la ciudad capital de los aztecas, cuando llegó a México Cortés! Era como una mañana todo el día, y la ciudad parecía siempre como en feria. Las calles eran de agua unas, y de tierra otras; y las plazas espaciosas y muchas; y los alrededores sembrados de una gran arboleda. Por los canales andaban las canoas, tan veloces y diestras como si tuviesen entendimiento; y había tantas a veces que se podía andar sobre ellas como sobre la tierra firme. En unas venían frutas, y en otras flores, y en otras jarros y tazas, y demás cosas de la alfarería. En los mercados hervía la gente, saludándose con amor, yendo de puesto en puesto, celebrando al rey o diciendo mal de él, curioseando y vendiendo. Las casas eran de adobe, que es el ladrillo sin cocer, o de calicanto, si el dueño era rico. Y en su pirámide de cinco terrazas se levantaba por sobre toda la ciudad, con sus cuarenta templos menores a los pies, el templo magno de Huitzilopochtli, de ébano y jaspes, con mármol como nubes y con cedros de olor, sin apagar jamás, allá en el tope, las llamas sagradas de sus seiscientos braseros. En las calles, abajo, la gente iba y venía, en sus túnicas cortas y sin mangas, blancas o de colores, o blancas y bordadas, y unos zapatos flojos, que eran como sandalias de botín. Por una esquina salía un grupo de niños disparando con la cerbatana semillas de fruta, o tocando a compás en sus pitos de barro, de camino para la escuela, donde aprendían oficios de mano, baile y canto, con sus lecciones de lanza y flecha, y sus horas para la siembra y el cultivo: porque todo hombre ha de aprender a trabajar en el campo, a hacer las cosas con sus propias manos, y a defenderse. Pasaba un señorón con un manto largo adornado de plumas, y su secretario al lado, que le iba desdoblado el libro acabado de pintar, con todas las figuras y signos del lado de adentro, para que al cerrarse no quedara lo escrito de la parte de los dobles. Detrás del señorón venían tres guerreros con cascos de madera, uno con forma de cabeza de serpiente, y otro de lobo, y otro de tigre, y por afuera la piel, pero con el casco de modo que se les viese encima de la oreja las tres rayas que eran entonces la señal del valor. Un criado llevaba en un jaulón de carrizos un pájaro de amarillo

de oro, para la pajarera del rey, que tenía muchas aves, y muchos peces de plata y carmín en peceras de mármol, escondidos en los laberintos de sus jardines. Otro venía calle arriba dando voces, para que abrieran paso a los embajadores que salían con el escudo atado al brazo izquierdo, y la flecha de punta a la tierra a pedir cautivos a los pueblos tributarios. En el quicio de su casa cantaba un carpintero, remendando con mucha habilidad una silla en figura de águila, que tenía caída la guarnición de oro y seda de la piel de venado del asiento. Iban otros cargados de pieles pintadas, parándose a cada puerta, por si les querían comprar la colorada o la azul, que ponían entonces como los cuadros de ahora, de adorno en las salas. Venía la viuda de vuelta del mercado con el sirviente detrás, sin manos para sujetar toda la compra de jarros de Cholula y de Guatemala; de un cuchillo de obsidiana verde, fino como una hoja de papel; de un espejo de piedra bruñida, donde se veía la cara con más suavidad que en el cristal; de una tela de grano muy junto, que no perdía nunca el color; de un pez de escamas de plata y de oro que estaban como sueltas; de una cotorra de cobre esmaltado, a la que se le iban moviendo el pico y las alas. O se paraban en la calle las gentes, a ver pasar a los dos recién casados, con la túnica del novio cosida a la de la novia, como para pregonar que estaban juntos en el mundo hasta la muerte; y detrás les corría un chiquitín, arrastrando su carro de juguete. Otros hacían grupos para oír al viajero que contaba lo que venía de ver en la tierra brava de los zapotecas, donde había otro rey que mandaba en los templos y en el mismo palacio real, y no salía nunca a pie, sino en hombros de los sacerdotes, oyendo las súplicas del pueblo, que pedía por su medio los favores al que manda al mundo desde el cielo, y a los reyes en el palacio, y a los otros reyes que andan en hombros de los sacerdotes. Otros, en el grupo de al lado, decían que era bueno el discurso en que contó el sacerdote la historia del guerrero que se enterró ayer, y que fue rico el funeral, con la bandera que decía las batallas que ganó, y los criados que llevaban en bandejas de ocho metales diferentes las cosas de comer que eran del gusto del guerrero muerto. Se oía entre las conversaciones de la calle el rumor de los árboles de los patios y el ruido de las limas y el martillo. ¡De toda aquella grandeza apenas quedan en el museo unos cuantos vasos de oro, unas piedras como yugo, de obsidiana pulida, y uno que otro anillo labrado! Tenochtitlán no existe. No existe Tulán, la ciudad de la gran feria. No existe Texcoco, el pueblo de los palacios. Los indios de ahora, al pasar por delante de las ruinas, bejan la cabeza, mueven los labios como si dijese algo, y mientras las ruinas no les quedan

atrás, no se ponen el sombrero. De ese lado de México, donde vivieron todos esos pueblos de una misma lengua y familia que se fueron ganando el poder por todo el centro de la costa del Pacífico en que estaban los nahuatlés, no quedó después de la conquista una ciudad entera, ni un templo entero.

De Cholula, de aquella Cholula de los templos, que dejó asombrado a Cortés, no quedan más que los restos de la pirámide de cuatro terrazas, dos veces más grande que la famosa pirámide de Cheops. En Xochicalco sólo está en pie, en la cumbre de su eminencia llena de túneles y arcos, el templo de granito cincelado, con las piezas enormes tan juntas que no se ve la unión, y la piedra tan dura que no se sabe ni con qué instrumento la pudieron cortar, ni con qué máquina la subieron tan arriba. En Centla, revueltas por la tierra, se ven las antiguas fortificaciones. El francés Charnay acaba de desenterrar en Tula una casa de veinticuatro cuartos, con quince escaleras tan bellas y caprichosas, que dice que son "obra de arrebatador interés". En la Quemada cubren el Cerro de los Edificios las ruinas de los bastimentos y cortinas de la fortaleza, los pedazos de las colosales columnas de pórfido. Mitla era la ciudad de los zapotecas: en Mitla están aún en toda su beldad las paredes del palacio donde el príncipe que iba siempre en hombros venía a decir al rey lo que mandaba hacer desde el cielo el dios que se creó a sí mismo, el Pitao-Cozaana. Sostenían el techo las columnas de vigas talladas, sin base ni capitel, que no se han caído todavía, y que parecen en aquella soledad más imponentes que las montañas que rodean el valle frondoso en que se levanta Mitla. De entre la maleza alta como los árboles, salen aquellas paredes tan hermosas, todas cubiertas de las más finas grecas y dibujos, sin curva ninguna, sino con rectas y ángulos compuestos con mucha gracia y majestad.

Pero las ruinas más bellas de México no están por allí, sino por donde vivieron los mayas, que eran gente guerrera y de mucho poder, y recibían de los pueblos del mar visitas y embajadores. De los mayas de Oaxaca es la ciudad célebre de Palenque, con su palacio de muros fuertes cubiertos de piedras talladas, que figuran hombres de cabeza de pico con la boca muy hacia afuera, vestidos de trajes de gran ornamento, y la cabeza con penachos de plumas. Es grandiosa la entrada del palacio, con las catorce puertas, y aquellos gigantes de piedra que hay entre una puerta y otra. Por dentro y fuera está el estuco que cubre la pared lleno de pinturas rojas, azules, negras y blancas. En el interior está el patio, rodeado de columnas. Y hay un templo de la Cruz, que se llama así, porque en una

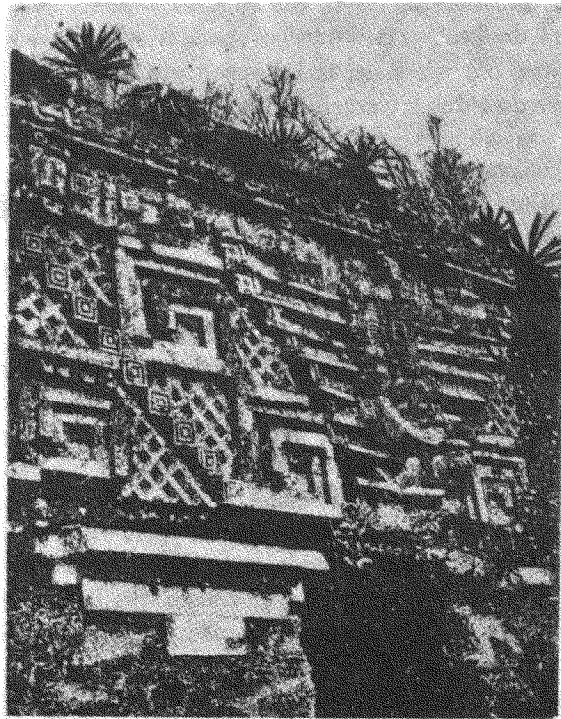


Ruinas de Kabah

de las piedras están dos que parecen sacerdotes a los lados de una como cruz, tan alta como ellos; sólo que no es cruz cristiana, sino como la de los que creen en la religión de Buda, que también tiene su cruz. Pero ni el Palenque se puede comparar a las ruinas de los mayas yucatecos, que son más extrañas y hermosas.

Por Yucatán estuvo el imperio de aquellos príncipes mayas, que eran de pómulos anchos, y frente como la del hombre blanco de ahora. En Yucatán están las ruinas de Sayil, con su Casa Grande, de tres pisos, y con su escalera de diez varas de ancho. Está Labná, con aquel edificio curioso que tiene por cerca del techo una hilera de cráneos de piedra, y aquella otra ruina donde cargan dos hombres una gran esfera, de pie uno, y el otro arrodillado. En Yucatán está Izamal, donde se encontró aquella Cara Gigantesca, una cara de piedra de dos varas y más. Y Kabah está allí también, la Kabah que conserva un arco, roto por arriba, que no se puede ver sin sentirse como lleno de gracia y nobleza. Pero las ciudades que celebran los libros del americano Stephens, de Brasseur de Bourbourg y de Charnay, de Le Plongeon y su atrevida mujer, del francés Nadaillac, son Uxmal y Chichén-Itzá, las ciudades de los palacios pintados, de las casas trabajadas lo mismo que el encaje, de los pozos profundos y los magníficos conventos. Uxmal está como a dos leguas de Mérida, que es la ciudad de ahora, celebrada por su lindo campo de henequén, y porque su gente es tan buena que recibe a los extranjeros como hermanos. En Uxmal son muchas las ruinas notables, y todas, como por todo México, están en las cumbres de las pirámides, como si fueran los edificios de más valor, que quedaron en pie cuando cayeron por tierra las habitaciones de fábrica más ligera. La casa más notable es la que llaman en los libros "del Gobernador", que es toda de piedra ruda, con más de cien varas de frente y trece de ancho, y con las puertas ceñidas de un marco de madera trabajada con muy rica labor. A otra casa le dicen de las Tortugas, y es muy curiosa por cierto, porque la piedra imita una como empalizada, con una tortuga en relieve de techo en trecho. La Casa de las Monjas sí es bella de veras: no es una casa sola, sino cuatro, que están en lo alto de la pirámide. A una de las casas le dicen de la Culebra, porque por fuera tiene cortada en la piedra viva una serpiente enorme, que le da vuelta sobre vuelta a la casa entera: otra tiene cerca del tope de la pared una corona hecha de cabezas de ídolos, pero todas diferentes y de mucha expresión, y arregladas en grupos que son de arte verdadero, por lo mismo que parecen como puestas allí por la casualidad; y otro de los edificios tiene todavía cuatro de las diecisiete torres que en otro tiempo tuvo, y

de las que se ven los arranques junto al techo, como la cáscara de una muela cariada. Y todavía tiene Uxmal la Casa del Adivino, pintada de colores diferentes, y la Casa del Enano, tan pequeña y bien tallada que es como una caja de China, de esas que tienen labradas en la madera



Puerta de la Casa del Gobernador, en Uxmal

centenares de figuras, y tan graciosa que un viajero la llama “obra maestra de arte y elegancia”, y otro dice que “la Casa del Enano es bonita como una joya”.

La ciudad de Chichén-Itzá es toda como la Casa del Enano. Es como un libro de piedra. Un libro roto, con las hojas por el suelo, hundidas en la maraña del monte, manchadas de fango, despedazadas. Están por tierra las quinientas columnas; las estatuas sin cabeza, al pie de las

paredes a medio caer; las calles, de la yerba que ha ido creciendo en tantos siglos, están tapiadas. Pero de lo que queda en pie, de cuanto se ve o se toca, nada hay que no tenga una pintura finísima de curvas bellas, o una escultura noble, de nariz recta y barba larga. En las pinturas de los muros está el cuento famoso de la guerra de los dos hermanos locos, que se pelearon por ver quién se quedaba con la princesa Ara: hay procesiones de sacerdotes, de guerreros, de animales que parece que miran y conocen, de barcos con dos proas, de hombres de barba negra, de negros de pelo rizado; y todo con el perfil firme, y el color tan fresco y brillante como si aún corriera sangre por las venas de los artistas que dejaron escritas en jeroglíficos y en pinturas la historia del pueblo que echó sus barcos por las costas y ríos de todo Centroamérica, y supo de Asia por el Pacífico y de Africa por el Atlántico. Hay piedra en que un hombre en pie envía un rayo desde sus labios entreabiertos a otro hombre sentado. Hay grupos y símbolos que parecen contar, en una lengua que no se puede leer con el alfabeto indio incompleto del obispo Landa, los secretos del pueblo que construyó el Circo, el Castillo, el Palacio de las Monjas, el Caracol, el pozo de los sacrificios, lleno en lo hondo de una como piedra blanca, que acaso es la ceniza endurecida de los cuerpos de las vírgenes hermosas, que morían en ofrenda a su dios, sonriendo y cantando, como morían por el dios hebreo en el circo de Roma las vírgenes cristianas, como moría por el dios egipcio, coronada de flores y seguida del pueblo, la virgen más bella, sacrificada al agua del río Nilo. ¿Quién trabajó como el encaje las estatuas de Chichén-Itzá? ¿Adónde ha ido, adónde, el pueblo fuerte y gracioso que ideó la casa redonda del Caracol; la casita tallada del Enano, la culebra grandiosa de la Casa de las Monjas en Uxmal? ¡Qué novela tan linda la historia de América!



Miguel Angel

MÚSICOS, POETAS Y PINTORES

El mundo tiene más jóvenes que viejos. La mayoría de la humanidad es de jóvenes y niños. La juventud es la edad del crecimiento y del desarrollo, de la actividad y la viveza, de la imaginación y el ímpetu. Cuando no se ha cuidado del corazón y la mente en los años jóvenes, bien se puede temer que la ancianidad sea desolada y triste. Bien dijo el poeta Southey, que los primeros veinte años de la vida son los que tienen más poder en el carácter del hombre. Cada ser humano lleva en sí un hombre ideal, lo mismo que cada trozo de mármol contiene en bruto una estatua tan bella como la que el griego Praxiteles hizo del dios Apolo. La educación empieza con la vida, y no acaba sino con la muerte. El cuerpo es siempre el mismo, y decae con la edad; la mente cambia sin cesar, y se enriquece y perfecciona con los años. Pero las cualidades esenciales del carácter, lo original y enérgico de cada hombre, se deja ver desde la infancia en un acto, en una idea, en una mirada.

En el mismo hombre suelen ir unidos un corazón pequeño y un talento grande. Pero todo hombre tiene el deber de cultivar su inteligencia, por

respeto a sí propio y al mundo. Lo general es que el hombre no logre en la vida un bienestar permanente sino después de muchos años de esperar con paciencia y de ser bueno, sin cansarse nunca. El ser bueno da gusto, y lo hace a uno fuerte y feliz. “La verdad es—dice el norteamericano Emerson—que la verdadera novela del mundo está en la vida del hombre, y no hay fábula ni romance que recree más la imaginación que la historia de un hombre bravo que ha cumplido con su deber.”

Es notable la diferencia de edades en que llegan los hombres a la fuerza del talento. “Hay algunos—dice el inglés Bacon—que maduran mucho antes de la edad y se van como vienen”, que es lo mismo que dice en su latín elegante el retórico Quintiliano. Eso se ve en muchos niños precoces, que parecen prodigios de sabiduría en sus primeros años, y quedan oscurecidos en cuanto entran en los años mayores.

Heineken, el niño de la antigua ciudad de Lubeck, aprendió de memoria casi toda la Biblia cuando tenía dos años; a los tres años, hablaba latín y francés; a los cuatro ya lo tenían estudiando la historia de la iglesia cristiana, y murió a los cinco. De esa pobre criatura puede decirse lo de Bacon: “El carro de Faetón no anduvo más que un día.”

Hay niños que logran salvar la inteligencia de estas exaltaciones de la precocidad, y aumentan en la edad mayor las glorias de su infancia. En los músicos se ve esto con frecuencia, porque la agitación del arte es natural y sana, y el alma que la siente padece más de contenerla que de darle salida. Haendel a los diez años había compuesto un libro de sonatas. Su padre lo quería hacer abogado, y le prohibió tocar un instrumento; pero el niño se procuró a escondidas un clavicordio mudo, y pasaba las noches tocando a oscuras en las teclas sin sonido. El duque de Sajonia Weissenfels logró, a fuerza de ruegos, que el padre permitiera aprender la música a aquel genio perseverante, y a los dieciséis Haendel había puesto en música el *Almira*. En veintitrés días compuso su gran obra *El Mesías*, a los cincuenta y siete años, y cuando murió, a los sesenta y siete, todavía estaba escribiendo óperas y oratorios.

Haydn fue casi tan precoz como Haendel, y a los trece años ya había compuesto una misa; pero lo mejor de él, que es la *Creación*, lo escribió cuando tenía sesenta y cinco. A Sebastián Bach le fue casi tan difícil como a Haendel aprender la primera música, porque su hermano mayor, el organista Cristóbal, tenía celos de él, y le escondió el libro donde estaban las mejores piezas de los maestros del clavicordio. Pero Sebastián encontró el libro en una alacena, se lo llevó a su cuarto, y empezó a copiarlo a deshoras de la noche, a la luz del cielo, que en verano es muy

claro, o a la luz de la luna. Su hermano lo descubrió, y tuvo la crueldad de llevarse el libro y la copia, lo que de nada le valió, porque a los dieciocho años ya estaba Sebastián de músico en la corte famosa de Weimar, y no tenía como organista más rival que Haendel.

Pero de todos los niños prodigiosos en el arte de la música, el más célebre es Mozart. No parecía que necesitaba de maestros para aprender.



Mozart

A los cuatro años, cuando aún no sabía escribir, ya componía tonadas; a los seis arregló un concierto para piano, y a los doce ya no tenía igual como pianista, y compuso la *Finta Semplice*, que fue su primera ópera. Aquellos maestros serios no sabían cómo entender a un niño que improvisaba fugas difícilísimas sobre un tema desconocido, y se ponía enseguida a jugar a caballito con el bastón de su padre. El padre anduvo enseñándolo por las principales ciudades de Europa, vestido como un príncipe, con su casaquita color de pulga, sus

polainas de terciopelo, sus zapatos de hebilla, y el pelo largo y rizado, atado por detrás como las pelucas. El padre no se cuidaba de la salud del pianista pigmeo, que no era buena, sino de sacar de él cuanto dinero podía. Pero a Mozart lo salvaba su carácter alegre; porque era un maestro en música, pero un niño en todo lo demás. A los catorce años compuso su ópera de *Mitridates*, que se representó veinte noches seguidas; a los treinta y seis, en su cama de moribundo, consumido por la agitación de su vida y el trabajo desordenado, compuso el *Requiem*, que es una de sus obras más perfectas.

El padre de Beethoven quería hacer de él una maravilla, y le enseñó a fuerza de porrazos y penitencias tanta música, que a los trece años el niño tocaba en público y había compuesto tres sonatas. Pero hasta los veintiuno no empezó a producir sus obras sublimes. Weber, que era un muchacho muy travieso, publicó a los doce sus seis primeras fugas, y a los catorce compuso su ópera *Las Ninjas del Bosque*: la famosísima del

Cazador la compuso a los treinta y seis. Mendelssohn aprendió a tocar antes que a hablar, y a los doce años ya había escrito tres cuartetos para piano, violines y contrabajo: dieciséis años cumplía cuando acabó su primera ópera *Las Bodas de Camacho*; a los dieciocho escribió su sonata en si bemol; antes de los veinte compuso su *Sueño de una Noche de Verano*; a los veintidós su *Sinfonía de Reforma*, y no cesó de escribir obras profundas y difícilísimas hasta los treinta y ocho, que murió. Meyerbeer era a los nueve pianista excelente, y a los dieciocho puso en el teatro de Munich su primera pieza *La Hija de Jephté*; pero hasta los treinta y siete no ganó fama con su *Roberto el Diablo*.

El inglés Carlyle habla en su *Vida del Poeta Schiller* de un Daniel Schubart, que era poeta, músico y predicador, y a derechas no era nada. Todo lo hacía por espasmos y se cansaba de todo, de sus estudios, de su pereza y de sus desórdenes. Era hombre de mucha capacidad, notable como músico; como predicador, muy elocuente; y hábil periodista. A los cincuenta y dos años murió, y su mujer e hijo quedaron en la miseria.

Pero Franz Schubert, el niño maravilloso de Viena, vivió de otro modo, aunque no fue mucho más feliz. Tocaba el violín cuando no era más alto que él, lo mismo que el piano y el órgano. Con leer una vez una canción, tenía bastante para ponerla en música exquisita, que parece de sueño y de capricho, y como si fuera un aire de colores. Escribió más de quinientas melodías, a más de óperas, misas, sonatas, sinfonías y cuartetos. Murió pobre a los treinta y un años.

Entre los músicos de Italia se ha visto la misma precocidad. Cimarosa, hijo de un zapatero remendón, era autor a los diecinueve de *La Baronesa de Stramba*. A los ocho tocaba Paganini en el violín una sonata suya. El padre de Rossini tocaba el trombón en una compañía de cómicos ambulantes, en que la madre iba de cantatriz. A los diez años Rossini iba con su padre de segundo; luego cantó en los coros hasta que se quedó sin voz; y a los veintiún años era el autor famoso de la ópera *Tancredo*.

Entre los pintores y escultores han sido muchos los que se han revelado en la niñez. El más glorioso de todos es Miguel Angel. Cuando nació lo mandaron al campo a criarse con la mujer de un picapedrero, por lo que decía él después que había bebido el amor de la escultura con la leche de la madre. En cuanto pudo manejar un lápiz le llenó las paredes al picapedrero de dibujos, y cuando volvió a Florencia, cubría de gigantes y leones el suelo de la casa de su padre. En la escuela no adelantaba mucho con los libros, ni dejaba el lápiz de la mano; y había que ir a

sacarlo por fuerza de casa de los pintores. La pintura y la escultura eran entonces oficios bajos, y el padre, que venía de familia noble, gastó en vano razones y golpes para convencer a su hijo de que no debía ser un miserable cortapedras. Pero cortapedras quería ser el hijo, y nada más. Cedió el padre al fin, y lo puso de alumno en el taller del pintor Ghirlandaio, quien halló tan adelantado al aprendiz que convino en pagarle un tanto por mes. Al poco tiempo el aprendiz pintaba mejor que el maestro; pero vio las estatuas de los jardines célebres de Lorenzo de Médicis, y cambió entusiasmado los colores por el cincel. Adelantó con tanta rapidez en la escultura que a los dieciocho años admiraba Florencia su bajorrelieve de la *Batalla de los Centauros*; a los veinte hizo el *Amor Dormido*, y poco después su colosal estatua de *David*. Pintó luego, uno tras otro, sus cuadros terribles y magníficos. Benvenuto Cellini, aquel genio creador en el arte de ornamentar, dice que ningún cuadro de Miguel Angel vale tanto como el que pintó a los veintinueve años, en que unos soldados de Pisa, sorprendidos en el baño por sus enemigos, salen del agua a arremeter contra ellos.

La precocidad de Rafael fue también asombrosa, aunque su padre no se le oponía, sino le celebraba su pasión por el arte. A los diecisiete años ya era pintor eminente. Cuentan que se llenó de admiración al ver las obras grandiosas de Miguel Angel en la Capilla Sixtina, y que dio en voz alta gracias a Dios por haber nacido en el mismo siglo de aquel genio extraordinario. Rafael pintó su *Escuela de Atenas* a los veinticinco años y su *Transfiguración* a los treinta y siete. Estaba acabándola cuando murió, y el pueblo romano llevó la pintura al Panteón, el día de los funerales. Hay quien piensa que *La Transfiguración de Rafael*, incompleta como está, es el cuadro más bello del mundo.

Leonardo de Vinci sobresalió desde la niñez en las matemáticas, la música y el dibujo. En un cuadro de su maestro Verrocchio pintó un ángel de tanta hermosura que el maestro, desconsolado de verse inferior al discípulo, dejó para siempre su arte. Cuando Leonardo llegó a los años mayores era la admiración del mundo, por su poder como arquitecto e ingeniero, y como músico y pintor. Guercino a los diez años adornó con una virgen de fino dibujo la fachada de su casa. Tintoretto era un discípulo tan aventajado que su maestro Tiziano se encoló de él y lo despidió de su servicio. El desaire le dio ánimo en vez de acobardarlo, y siguió pintando tan de prisa que le decían "el furioso". Canova, el escultor, hizo a los cuatro años un león de un pan de mantequilla. El dinamarqués Thorwaldsen tallaba, a los trece, mascarones para los barcos

en el taller de su padre, que era escultor en madera; y a los quince ganó la medalla en Copenhague por su bajorrelieve del *Amor en Reposo*.

Los poetas también suelen dar pronto muestras de su vocación, sobre todo los de alma inquieta, sensible y apasionada. Dante a los nueve años escribía versos a la niña de ocho años de que habla en su *Vida Nueva*. A los diez años lamentó Tasso en verso su separación de su madre y hermana, y se comparó al triste Ascanio cuando huía de Troya con su padre Eneas a cuestas; a los treinta y un años puso las últimas octavas a su poema de la *Jerusalén*, que empezó a los veinticinco.

De diez años andaba Metastasio improvisando por las calles de Roma; y Goldoni, que era muy revoltoso, compuso a los ocho su primera comedia. Muchas veces se escapó Goldoni de la escuela para irse detrás de los cómicos ambulantes. Su familia logró que estudiase leyes, y en pocos años ganó fama de excelente abogado, pero la vocación natural pudo más en él, y dejó la curia para hacerse el poeta famoso de los comediantes.

Alfieri demostró cualidades extraordinarias desde la juventud. De niño era muy endeble, como muchos poetas precoces, y en extremo meditabundo y sensible. A los ocho años se quiso envenenar, en un arrebato de tristeza, con unas yerbas que le parecían de cicuta; pero las yerbas sólo le sirvieron de purgante. Lo encerraron en su cuarto y lo hicieron ir a la iglesia en penitencia, con su gorro de dormir. Cuando vio el mar por primera vez, tuvo deseos misteriosos, y conoció que era poeta. Sus padres ricos no se habían cuidado de educarlo bien, y no pudo poner en palabras las ideas que le hervían en la mente. Estudió, viajó, vivió sin orden, se enamoró con frenesí. Su amada no lo quiso y él resolvió morir, pero un criado le salvó la vida. Se curó, se volvió a enamorar, volvió la novia a desdenarlo, se encerró en su cuarto, se cortó el pelo de raíz, y en su soledad forzosa empezó a escribir versos. Tenía veintiséis años cuando se representó su tragedia *Cleopatra*: en siete años compuso catorce tragedias.

Cervantes empezó a escribir en verso, y no tenía todo el bigote cuando ya había escrito sus pastorales y canciones a la moda-italiana. Wieland, el poeta alemán, leía de corrido a los tres años, a los siete traducía del latín a Cornelio Nepote, y a los dieciséis escribió su primer poema didáctico de *El Mundo Perfecto*. Klopstock, que desde niño fue impetuoso y apasionado, comenzó a escribir su poema de la *Mesiada* a los veinte años.

Schiller nació con la pasión por la poesía. Cuentan que un día de tempestad lo encontraron encaramado en un árbol adonde se había subido “para ver de dónde venía el rayo, ¡porque era tan hermoso!” Schiller leyó la *Mesíada* a los catorce años, y se puso a componer un poema sacro sobre Moisés. De Goethe se dice que antes de cumplir los ocho años escribía en alemán, en francés, en italiano, en latín y en griego, y pensaba tanto en las cosas de la religión que imaginó un gran “Dios de la naturaleza”, y le encendía hogares en señal de adoración. Con el mismo afán estudiaba la música y el dibujo, y toda especie de ciencias. El bravo poeta Koerner murió a los veinte años como quería él morir, defendiendo a su patria. Era enfermizo de niño, pero nada contuvo su amor por las ideas nobles que se celebran en los versos. Dos horas antes de morir escribió *El Canto de la Espada*.

Tomás Moore, el poeta de las *Melodías Irlandesas*, dice que casi todas las comedias buenas y muchas de las tragedias famosas han sido obras de la juventud. Lope de Vega y Calderón, que son los que más han escrito para el teatro, empezaron muy temprano, uno a los doce años y otro a los trece. Lope cambiaba sus versos con sus condiscípulos por juguetes y láminas, y a los doce años ya había compuesto dramas y comedias. A los dieciocho publicó su poema de la *Arcadia*, con pastores por héroes. A los veintiséis iba en un barco de la armada española, cuando el asalto a Inglaterra, y en el viaje escribió varios poemas. Pero

los centenares de comedias que lo han hecho célebre los escribió después de su vuelta a España, siendo ya sacerdote. Calderón no escribió menos de cuatrocientos dramas. A los trece años compuso su primera obra *El Carro del Cielo*. A los cincuenta se hizo sacerdote, como Lope, y ya no escribió más que piezas sagradas.

Estos poetas españoles escribieron sus obras principales antes de llegar a los años de la madurez. Entre los poetas de las tierras del Norte la inteligencia anda mucho más despacio. Molière tuvo que educarse por sí mismo; pero a los treinta y un años ya había escrito *El Atolondrado*. Voltaire a los doce escri-



Molière

bía sátiras contra los padres jesuitas del colegio en que se estaba educando: su padre quería que estudiase leyes, y se desesperó cuando supo que el hijo andaba recitando versos entre la gente alegre de París: a los veinte años estaba Voltaire preso en la Bastilla por sus versos burlescos contra el rey vicioso que gobernaba en Francia: en la prisión corrigió su tragedia de *Edipo*, y comenzó su poema la *Henriada*.

El alemán Kotzebue fue otro genio dramático precoz. A los siete años escribió una comedia en verso, de una página. Entraba como podía en el teatro de Weimar, y cuando no tenía con qué pagar se escondía detrás del bombo hasta que empezaba la representación. Su mayor gusto era andar con teatros de juguete y mover a los muñecos en la escena. A los dieciocho años se representó su primera tragedia en un teatro de amigos.

Víctor Hugo no tenía más que quince años cuando escribió su tragedia *Irtamene*. Ganó tres premios seguidos en los juegos florales; a los veinte escribió *Bug Jargal*, y un año después su novela *Han de Islandia*, y sus primeras *Odas* y *Baladas*. Casi todos los poetas franceses de su tiempo eran muy jóvenes. “En Francia”, decía en burla el crítico Moreau, “ya no hay quien respete a un escritor si tiene más de dieciocho años.”

El inglés Congreve escribió a los diecinueve su novela *Incógnita*, y todas sus comedias antes de los veinticinco. A Sheridan lo llamaba su maestro “burro incorregible”; pero a los veintiséis años había escrito su *Escuela del Escándalo*. Entre los poetas ingleses de la antigüedad hubo muy pocos precoces. Se sabe poco de Chaucer, Shakespeare y Spencer. El mismo Shakespeare llama “primogénito de su invención” al poema *Venus y Adonis*, que compuso a los veintiocho años. Milton tendría veintiséis años cuando escribió su *Comus*. Pero Cowley escribía versos mitológicos a los doce años. Pope “empezó a hablar en versos”: su salud era mísera y su cuerpo deforme, pero por más que le doliera la cabeza, los versos le salían muchos y buenos. El que había de idear *La Borricada* volvió un día a su casa echado de la escuela por una sátira que escribió contra el maestro. Samuel Johnson dice que Pope escribió su oda a *La Soledad* a los doce años, y sus *Pastorales* a los dieciséis: de los veinticinco a los treinta, tradujo la *Iliada*. El infeliz Chatterton logró engañar con una maravillosa falsificación literaria a los eruditos más famosos de su tiempo: rebosan genio la oda de Chatterton a la *Libertad* y su *Canto del Bardo*. Pero era fiero y arrogante, de carácter descompuesto y defectuoso, y rebelde contra las leyes de la vida. Murió antes de haber comenzado a vivir.

Robert Burns, el poeta escocés, escribía ya a los dieciséis años sus encantadoras canciones montañosas. El irlandés Moore componía a los trece, versos buenos a su Celia famosa, y a los catorce había empezado



Robert Burns, el poeta escocés

a traducir del griego a Anacreonte. En su casa no sabían qué significaban aquellas ninfas, aquellos placeres alados, y aquellas canciones al vino. Moore se libró pronto de estos modelos peligrosos, y alcanzó fama mejor con los versos ricos de su *Lalla Rookh* y la prosa ejemplar de su *Vida de Byron*.

Keats, el más grande de los poetas jóvenes de Inglaterra, murió a los veinticuatro años, ya célebre. Pero nadie hubiera podido decir en su niñez que había de ser ilustre por su genio poético aquel estudiantuelo ferroz que andaba siempre de

peleas y puñetazos. Es verdad que leía sin cesar; aunque no pareció revelársele la vocación hasta que leyó a los dieciséis años la *Reina Encantada* de Spencer: desde entonces sólo vivió para los versos.

Shelley sí fue precocísimo. Cuando estudiaba en Eton, a los quince años, publicó una novela y dio un banquete a sus amigos con la ganancia de la venta. Era tan original y rebelde que todos le decían “el ateo Shelley”, o “el loco Shelley”. A los dieciocho publicó su poema de la *Reina Mab*, a los diecinueve lo echaron del colegio por el atrevimiento con que defendió sus doctrinas religiosas; a los treinta años murió ahogado, con un tomo de versos de Keats en el bolsillo. Maravillosa es la poesía de Shelley por la música del verso, la elegancia de la construcción y la profundidad de las ideas. Era un manojo de nervios siempre vibrantes, y tenía tales ilusiones y rarezas que sus condiscípulos lo tenían por destornillado; pero su inteligencia fue vivísima y sutil, su cuerpo fragil se estremecía con las más delicadas emociones, y sus versos son de incomparable hermosura.

Byron fue otro genio extraordinario y errante de la misma época de Shelley y de Keats. Desde la escuela se le conoció el carácter turbulento y arrebatado. De los libros se cuidaba poco; pero antes de los ocho años ya sufría de penas de hombre. Tenía una pierna más corta que la otra, aunque eso no le quitaba los bríos, y se hizo el dueño de la escuela a fuerza de puños, como Keats: él mismo cuenta que de siete batallas perdía una. Cuando estaba en Cambridge de estudiante, tenía en su casa un oso y varios perros de presa, y cada día contaban de él una historia escandalosa: aquél era sin embargo el niño sensible que a los doce años había celebrado en versos sentidos a una prima suya. Leía con afán todos los libros de literatura, y a los dieciocho años publicó para sus amigos su primer libro de versos: *Horas de Ocio*. La *Revista de Edimburgo* habló del libro con desdén, y Byron contestó con su célebre sátira sobre los *Poetas Ingleses y los Críticos de Escocia*. Cumplía los veinticuatro cuando salió al público el primer canto de su poema *Childe Harold*. “A los veinticinco años”, dice Macaulay, “se vio Byron en la cima de la gloria literaria, con todos los ingleses famosos de la época a sus pies. Byron era ya más célebre que Scott, Wordsworth, y Southey. Apenas hay ejemplo de un ascenso tan rápido a tan vertiginosa eminencia.” Murió a los treinta y siete años, edad fatal para tantos hombres de genio.

Coleridge, escribió a los veinticinco su himno del *Amanecer*, donde se ven en unión completa la sublimidad y la energía. Bulwer Lytton tenía hecho a los quince su *Ismach*. A los diecisiete había publicado su primer tomo la poetisa Barrett Browning, que desde los diez escribía en verso y prosa. Robert Browning, su marido, publicó el *Paracelso* a los veintitrés. A los veinte había escrito Tennyson algunas de las poesías melodiosas que han hecho ilustre su nombre. Se ve, pues, que en el fuego tumultuoso de la juventud han nacido muchas de las obras más nobles de la música, la pintura y la poesía. Suele el genio poético decaer con los años, aunque Goethe dice que con la edad se va haciendo mejor el poeta. Es seguro que si no hubieran muerto tan temprano los poetas precoces, habrían imaginado después obras más perfectas que las de su juventud. La fuerza del genio no se acaba con la juventud.

Pero las dotes especiales que hacen más tarde ilustres a los hombres se revelan casi siempre entre los diecisiete y veintitrés años. Puede irse desarrollando poco a poco el talento poético; pero el que es poeta de veras, siempre lo mostrará de algún modo. Crabbe y Wordsworth, que descubrieron el genio tarde, escribían versos desde la niñez. Crabbe llenó de versos toda una gaveta, cuando estaba de aprendiz de cirujano; y

Wordsworth, que era agrio y melancólico de niño, empezó a hacer cuartetos heroicos a los catorce. Shelley dice de Wordsworth que "no tenía más imaginación que un cacharro", lo que no quita que sea Wordsworth un poeta inmortal. No fue precoz como Shelley; pero creció despacio y con firmeza, como un roble, hasta que llegó a su majestuosa altura.

Walter Scott tampoco fue precoz de niño. Su maestro dijo que no tenía cabeza para el griego, y él mismo cuenta que fue de muchacho muy travieso y holgazán; pero gozaba de mucha salud, y era gran amigo de los juegos de su edad. En lo primero en que se le vio el genio fue en su gusto por las baladas antiguas, y en su facilidad extraordinaria para inventar historias. Cuando su padre supo que había estado vagando por el país con su camarada Clark, metiéndose por todas partes, y posando en las casas de los campesinos, le dijo:—"¡Dudo mucho, señor, de que sirva Ud. más que para cola de caballo!" De su facilidad para los cuentos, el mismo Scott dice que en las horas de ocio de los inviernos, cuando no tenían modo de estar al aire libre, mantenía muchas horas maravillados con sus narraciones a sus compañeros de escuela, que se peleaban por sentarse cerca del que les decía aquellas historias lindas que no acababan nunca.

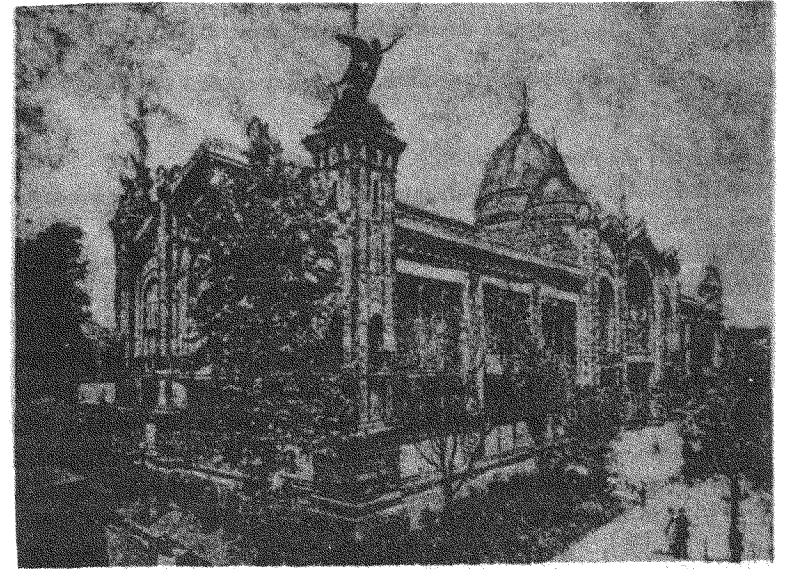
Dice Carlyle que en una clase de la escuela de gramática de Edimburgo había dos muchachos: "John, siempre, hecho un brinquillo, correcto y ducal; Walter, siempre desarreglado, borrico y tartamudo. Con el correr de los años, John llegó a ser el Regidor John, de un barrio infeliz, y Walter fue Sir Walter Scott, de todo el universo." Dice Carlyle, con mucho seso, que la legumbre más precoz y completa es la col. A los treinta años no se podía decir de seguro que Scott tuviera genio para la literatura. A los treinta y uno publicó su primer tomo del *Cancionero de Escocia*, y no imprimió su novela *Waverley* hasta los cuarenta y tres, aunque la tenía escrita nueve años antes.

LA ULTIMA PAGINA

Hay un cuento muy lindo de una niña que estaba enamorada de la luna, y no la podían sacar al jardín cuando había luna en el cielo, porque le tendía los bracitos como si la quisiera coger, y se desmayaba de la desesperación porque la luna no venía; hasta que un día, de tanto llorar, la niña se murió, en una noche de luna llena.

LA EDAD DE ORO no se quiere morir, porque nadie debe morirse mientras pueda servir para algo, y la vida es como todas las cosas, que no debe deshacerlas sino el que puede volverlas a hacer. Es como robar, deshacer lo que no se puede volver a hacer. El que se mata, es un ladrón. Pero LA EDAD DE ORO se parece a la niña del cuento, porque siempre quiere escribir para sus amigos los niños más de lo que cabe en el papel, que es como querer coger la luna. ¿No les ofreció la *Historia de la Cuchara, el Tenedor y el Cuchillo* para este número? Pues no cupo. Ni otras muchas cosas más que les tenía escritas. Así es la vida, que no cabe en ella todo el bien que pudiera uno hacer. Los niños debían juntarse una vez por lo menos a la semana, para ver a quien podían hacerle algún bien, todos juntos.

Y ahora nos juntaremos, el hombre de LA EDAD DE ORO y sus amiguitos, y todos en coro, cogidos de la mano, les daremos gracias con el corazón, gracias como de hermano, a las hermosas señoras y nobles caballeros que han tenido el cariño de decir que LA EDAD DE ORO es buena.



El pabellón de la República Argentina en la Exposición de París

SUMARIO

Nº 3

El pabellón de la República Argentina, en la Exposición de París
(Grabado)

La Exposición de París:

ASUNTOS:—Un viaje por el mundo.—La Revolución Francesa.—Lo que se ve en la Exposición.—El Palacio del Trocadero, y el Jardín.—La historia de la habitación del hombre.—La torre de Eiffel: cómo es y cómo se hizo.—El Palacio de las Industrias, el de Bellas Artes y el de Artes Liberales.—Los pabellones de las repúblicas de nuestra América.—Los niños en la Exposición.—China y Egipto, Anam e Indostán, Grecia y Hawaii.—Los panoramas y las casas de comer.—Los pueblos extraños en la Explanada de los Inválidos.—La aldea cochinchina.—El kampong javanés.—La vida en el Africa salvaje.—Palacios y bazares árabes.—Los teatros y los cafés.—Los ais-sauas.—Las fuentes luminosas de noche

DIBUJOS:—El pabellón de la República Argentina.—La torre de Eiffel.—La fantasía árabe.—La entrada principal.—La fuente de la República.—Los pabellones del Salvador, México, Uruguay, Nicaragua, Venezuela, Chile, Bolivia, Santo Domingo, Paraguay y Guatemala.—El Palacio de los Niños.—Los burreros egipcios.—Las tejedoras kabilas.—Las fuentes luminosas.—Un senegalés.—Niño javanés

El camarón encantado:

Cuento de magia de Laboulaye

El Padre las Casas:

Vida y tiempos del Padre las Casas, con escenas de la época de la conquista y de las desgracias de los indios: con el cuadro *El Padre las Casas*, del pintor Parra

Los zapaticos de rosa:

Cuento en verso, con tres dibujos

La última página

En el número de OCTUBRE se publicarán, entre otros, los artículos siguientes:

La luz eléctrica: con dibujos

El teatro anamita: con dibujos

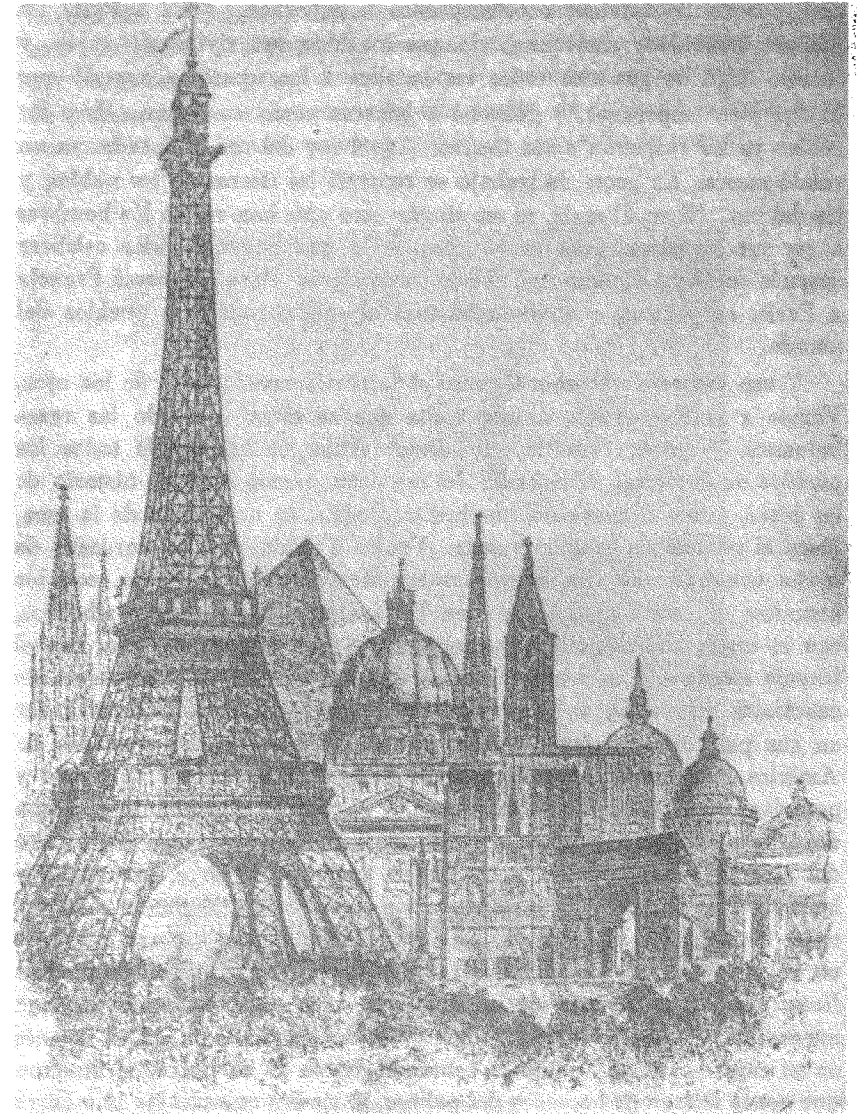
Historia de la cuchara, el tenedor y el cuchillo: con dibujos

Cuentos y versos

LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

Los pueblos todos del mundo se han juntado este verano de 1889 en París. Hasta hace cien años, los hombres vivían como esclavos de los reyes, que no los dejaban pensar, y les quitaban mucho de lo que ganaban en sus oficios, para pagar tropas con que pelear con otros reyes, y vivir en palacios de mármol y de oro, con criados vestidos de seda, y señoras y caballeros de pluma blanca, mientras los caballeros de veras, los que trabajaban en el campo y en la ciudad, no podían vestirse más que de pana, ni ponerle pluma al sombrero: y si decían que no era justo que los holgazanes viviesen de lo que ganaban los trabajadores, si decían que un país entero no debía quedarse sin pan para que un hombre solo y sus amigos tuvieran coches, y ropas de tisú y encaje, y cenas con quince vinos, el rey los mandaba apalear, o los encerraba vivos en la prisión de la Bastilla, hasta que se morían, locos y mudos: y a uno le puso una máscara de hierro, y lo tuvo preso toda la vida, sin levantarle nunca la máscara. En todos los pueblos vivían los hombres así, con el rey y los nobles como los amos, y la gente de trabajo como animales de carga, sin poder hablar, ni pensar, ni creer, ni tener nada suyo, porque a sus hijos se los quitaba el rey para soldados, y su dinero se lo quitaba el rey en contribuciones, y las tierras, se las daba todas a los nobles el rey. Francia fue el pueblo bravo, el pueblo que se levantó en defensa de los hombres, el pueblo que le quitó al rey el poder.

Eso era hace cien años, en 1789. Fue como si se acabase un mundo, y empezara otro. Los reyes todos se juntaron contra Francia. Los nobles de Francia ayudaban a los reyes de afuera. La gente de trabajo, sola contra todos, peleó contra todos, y contra los nobles, y los mató en la guerra y con la cuchilla de la guillotina. Sangró Francia entonces, como cuando abren un animal vivo y le arrancan las entrañas. Los hombres de trabajo se enfurecieron, se acusaron unos a otros, y se gobernaron



La Torre de Eiffel y los monumentos más altos del mundo.—La Catedral de Colonia.—La Catedral de Ruan.—La pirámide egipcia.—La Catedral de Strasburgo.—La Catedral de San Pedro, en Roma.—La Cúpula de los Invalidos.—El Panteón, en Roma.—El Arco de Triunfo, en París.

mal, porque no estaban acostumbrados a gobernar. Vino a París un hombre atrevido y ambicioso, vio que los franceses vivían sin unión, y cuando llegó de ganarles todas las batallas a los enemigos, mandó que lo llamasen emperador, y gobernó a Francia como un tirano. Pero los nobles ya no volvieron a sus tierras. Aquel rey del oro y la seda, ya no volvió nunca. La gente de trabajo se repartió las tierras de los nobles, y las del rey. Ni en Francia, ni en ningún otro país han vuelto los hombres a ser tan esclavos como antes. Eso es lo que Francia quiso celebrar después de cien años con la Exposición de París. Para eso llamó Francia a París, en verano, cuando brilla más el sol, a todos los pueblos del mundo.

Y eso vamos a ver ahora, como si lo tuviésemos delante de los ojos. Vamos a la Exposición, a esta visita que se están haciendo las razas humanas. Vamos a ver en un mismo jardín los árboles de todos los pueblos de la tierra. A la orilla del río Sena, vamos a ver la historia de las casas, desde la cueva del hombre troglodita, en una grieta de la roca, hasta el palacio de granito y ónix. Vamos a subir, con los noruegos de barba colorada, con los negros senegaleses de cabello lanudo, con los anamitas de moño y turbante, con los árabes de babuchas y albornoz, con el inglés callado, con el yanqui celoso, con el italiano fino, con el francés elegante, con el español alegre, vamos a subir por encima de las catedrales más altas, a la cúpula de la torre de hierro. Vamos a ver en sus palacios extraños y magníficos a nuestros pueblos queridos de América. Veremos, entre lagos y jardines, en monumentos de hierro y porcelana, la vida del hombre entera, y cuanto ha descubierto y hecho desde que andaba por los bosques desnudo hasta que navega por lo alto del aire y lo hondo de la mar. En un templo de hierro, tan ancho y hermoso que se parece a un cielo dorado, veremos trabajando a la vez todas las máquinas y ruedas del mundo. De debajo de la tierra, como de un volcán de joyas, vamos a ver salir, en lluvias que parecen de piedras finas, trescientas fuentes de colores, que caen chispeando en un lago encendido. Vamos a ver vivir, como viven en sus países de luz, al javanés en su casa de cañas, al egipcio cantando detrás de su burro, al argelino que borda la lana a la sombra del palmar, al siamés que trabaja la madera con los pies y las manos, al negro del Sudán, que sale ojeando, con la lanza de punta, de su conuco de tierra, al árabe que corre a caballo, disparando la espingarda, por la calle de dátiles, con el albornoz blanco al viento. Bailan en un café moro. Pasan las bailarinas de Java, con su casco de plumas. Salen de su teatro, vestidos de tigres, los cómicos

cochinchinos. Hombres de todos los pueblos andan asombrados por las calles morunas, por las aldeas negras, por el caserío de bambú javanés, por los puentes de junco de los malayos pescadores, por el jardín criollo de plátanos y naranjos, por el rincón donde, de su techo labrado como un mueble rico, levanta su torre ceñida de serpientes la pagoda. Y para



La "Fantasía," de los árabes

nosotros, los niños, hay un palacio de juguetes, y un teatro donde están como vivos el pícaro Barba Azul y la linda Caperucita Roja. Se le ve al pícaro la barba como el fuego, y los ojos de león. Se le ve a la Caperucita el gorro colorado, y el delantal de lana. Cien mil visitantes entran cada día en la Exposición. En lo alto de la torre flota al viento la bandera de tres colores de la República Francesa.

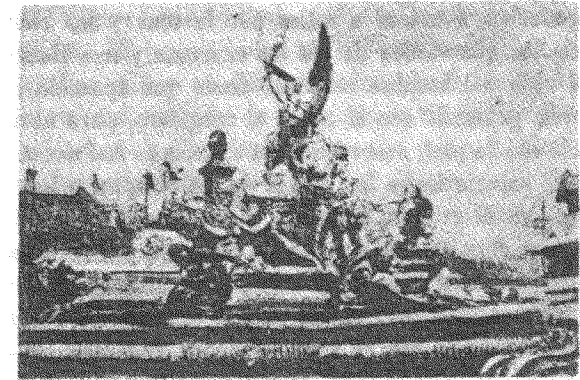
Por veintidós puertas se puede entrar a la Exposición. La entrada hermosa es por el palacio del Trocadero, de forma de herradura, que quedó de una Exposición de antes, y está ahora lleno de aquellos trabajos exquisitos que hacían con plata para las iglesias y las mesas de los príncipes los joyeros del tiempo de capa y espadón, cuando los platos de



La entrada principal de la Exposición

comer eran de oro, y las copas de beber eran como los cálices. Y del palacio se sale al jardín, que es la primera maravilla. De rosas nada más, hay cuatro mil quinientas diferentes: hay una rosa casi azul. En una tienda de listas blancas y rojas venden unas mujeres jóvenes las podaderas afiladas, los rastrillos de acero pulido, las regaderas como de juguete

con que se trabaja en los jardines. La tierra está en canteros, rodeados de acequias, por donde corre el agua clara, haciendo a los canteros como islotes. Uno está lleno de pensamientos negros; y otro de fresas como corales, escondidas entre las hojas verdes; y otro de chícharos, y de espárragos, que dan la hoja muy linda. Hay un cantero rojo y amarillo, que es de tulipanes. Un rincón es de enredaderas, y el de al lado de helechos gigantes, con hojas como plumas. En un laberinto flotan sobre el agua la ninfea, y el nelumbio rosado del Indostán, y el loto del río Nilo, que parece una lira. Un bosque es de árboles de copa de pino: pino, abeto. Otro es de árboles desfigurados, que dan la fruta pobre, porque les quitan a las ramas su libertad natural. Dentro de un cercado



La fuente de la República

de cañas están los lirios y los cerezos del Japón, en sus tiboires de porcelana blanca y azul. Al pie de un palmar, con las paredes de cuanto tronco hay, está el pabellón de Aguas y Bosques, donde se ve cómo se ha de cuidar a los árboles, que dan hermosura y felicidad a la tierra. A la sombra de un arce del Japón, están, en tazas rústicas, la wellingtonia del Norte, que es el pino más alto, y la araucaria, el pino de Chile.

Por sobre un puente se pasa el río de París, el Sena famoso, y ya se ven por todas partes los grupos de gente asombrada, que vienen de los edificios de orillas del río, donde está la Galería del Trabajo, en que cuecen los bizcochos en un horno enorme, y destilan licor del alambique de bronce rojo, y en la máquina de cilindro están moliendo chocolate con el cacao y el azúcar, y en las bandejas calientes están los dulceros de gorro blanco haciendo caramelos y yemas: todo lo de comer se ve en la

Galería, una montaña de azúcar, un árbol de ciruelas pasas, una columna de jamones: y en la sala de vinos, un tonel donde cabrían quince convidados a la mesa, y un mapa de relieve, que todos quieren ver a un tiempo, donde está todo el arte del vino,—la cepa con los racimos, los hombres cogiendo en cestos la uva en el mes de la vendimia, la artesa donde fermenta la vid machucada, la cueva fría donde ponen el mosto a reposar, y luego el vino puro, como topacio deahecho, y la botella de donde salta con su espuma olorosa el champaña. Cerca está la historia entera del cultivo del campo, en modelos de realce, y en cuadros y libros; y un pabellón de arados de acero relucientes; y una colmena de abejas de miel, junto al moral de hoja velluda en que se cría el gusano de seda; y los semilleros de peces, que nacen de los huevos presos en cajones de agua, y luego salen a crecer a miles por la mar y los ríos. Los más admirados son los que vienen de ver las cuarenta y tres Habitaciones del Hombre. La vida del hombre está allí desde que apareció por primera vez en la tierra, peleando con el oso y el rengífero, para abrigarse de la helada terrible con la piel, acurrucado en su cueva. Así nacen los pueblos hoy mismo. El salvaje imita las grutas de los bosques o los agujeros de la roca: luego ve el mundo hermoso, y siente con el cariño deseo de regalar, y se mira el cuerpo en el agua del río, y va imitando en la madera y la piedra de sus casas todo lo que le parece hermosura, su cuerpo de hombre, los pájaros, una flor, el tronco y la copa de los árboles. Y cada pueblo crece imitando lo que ve a su alrededor, haciendo sus casas como las hacen sus vecinos, enseñándose en sus casas como es, si de clima frío o de tierra caliente, si pacífico o amigo de pelear, si artístico y natural, o vano y ostentoso. Allí están las chozas de piedra bruta, y luego pulida, de los primeros hombres: la ciudad lacustre del tiempo en que levantaban las casas en el lago sobre pilares, para que no las atacasen las fieras; las casas altas, cuadradas y ligeras, de mirador corrido, de los pueblos de sol que eran antes las grandes naciones, el Egipto sabio, la Fenicia comerciante, la Asiria guerreadora. La casa del Indostán es alta como ellas. La de Persia es ya un castillo, de rica loza azul, porque allí saltan del suelo las piedras preciosas, y las flores y las aves son de mucho color. Parece una familia de casas la de los hebreos, los griegos y los romanos, todas de piedra, y bajas, con tejado o azotea; y se ve, por lo semejantes, que eran del país la casa etrusca y la bizantina. Por el norte de Europa vivían entonces los hunos bárbaros como allí se ve, en su tienda de andar; y el germano y el galo en sus primeras casas de madera, con el techo de paja. Y cuando con las guerras se juntaron los

pueblos, tuvo Rusia esa casa de adornos y colorines, como la casa hindú, y los bárbaros pusieron en sus caserones la piedra labrada y graciosa de los italianos y los griegos. Luego, al fin de la edad que medió entre aquella pelea y el descubrimiento de América, volvieron los gustos de antes, de Grecia y de Roma, en las casas graciosas y ricas del Renacimiento. En América vivían los indios en palacios de piedra con adornos de oro, como ese de los aztecas de México, y ese de los incas del Perú. Al moro de Africa se le ve, por su casa de piedra bordada, que conoció a los hebreos, y vivió en bosques de palmeras, defendiéndose de sus enemigos desde la torre, viendo en el jardín a la gacela entre las rosas, y en la arena de la orilla los caprichos de espuma de la mar. El negro del sudán, con su casa blanca de techo rodeado de campanillas, parece moro. El chino ligero, que vive de pescado y arroz, hace su casa de tabla y de bambú. El japonés vive tallando el marfil, en sus casas de estera y tabloncillo. Allí se ve donde habitan ahora los pueblos salvajes, el esquimal en su casa redonda de hielo, en su tienda de pieles pintadas el indio norteamericano: pintadas de animales raros y hombres de cara redonda, como los que pintan los niños.

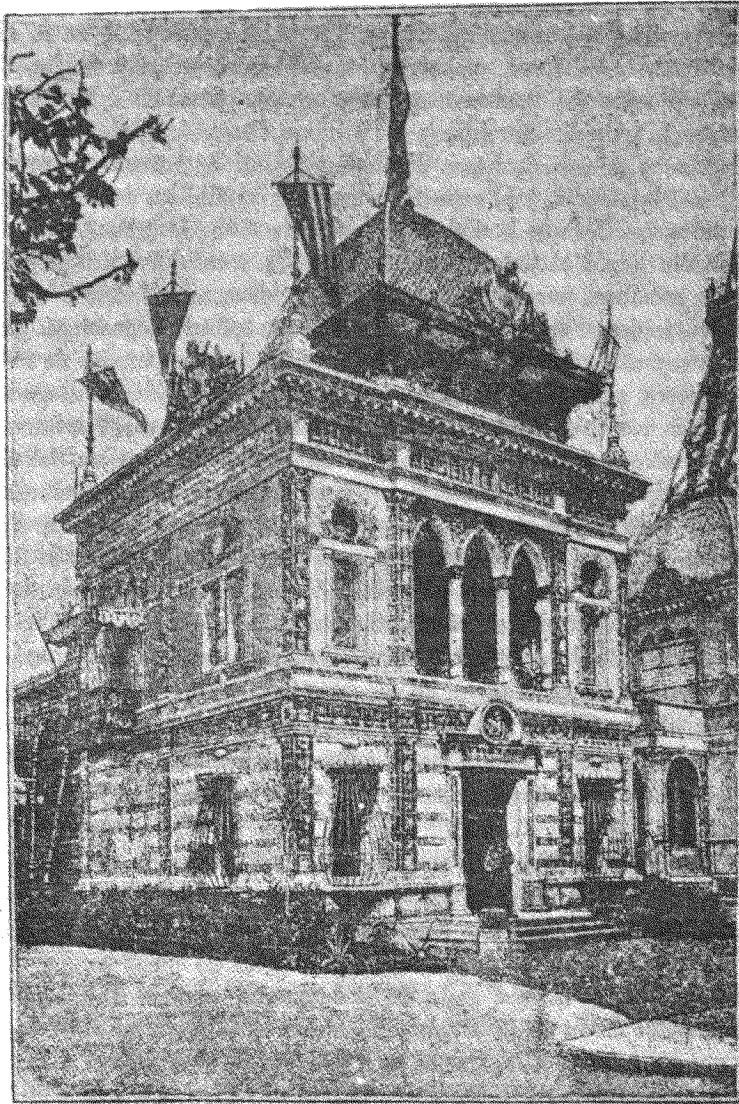
Pero adonde va el gentío con un silencio como de respeto es a la torre Eiffel, el más alto y atrevido de los monumentos humanos. Es como el portal de la Exposición. Arrancan de la tierra, rodeados de palacios, sus cuatro pies de hierro: se juntan en arco, y van ya casi unidos hasta el segundo estrado de la torre, alto como la pirámide de Cheops: de allí fina como un encaje, valiente como un héroe, delgada como una flecha, sube más arriba que el monumento de Washington, que era la altura mayor entre las obras humanas, y se hunde, donde no alcanzan los ojos, en lo azul, con la campanilla, como la cabeza de los montes, coronada de nubes.—Y todo, de la raíz al tope, es un tejido de hierro. Sin apoyo apenas se levantó por el aire. Los cuatro pies muerden, como raíces enormes, en el suelo de arena. Hacia el río, por donde caen dos de los pies, el suelo era movedizo, le hundieron dos cajones, les sacaron de adentro la arena floja, y los llenaron de cimiento seguro. De las cuatro esquinas arrancaron, como para juntarse en lo alto, los cuatro pies recios: con un andamio fueron sosteniendo las piezas más altas, que se caían por la mucha inclinación: sobre cuatro pilares de tabloncillos habían levantado el primer estrado, que como una corona lleva alrededor los nombres de los grandes ingenieros franceses: allá en el aire, una mañana hermosa, encajaron los cuatro pies en el estrado, como una espada en una vaina, y se sostuvo sin paralelos la torre: de allí, como lanzas que apuntaban al

cielo, salieron las vergas delicadas: de cada una colgaba una grúa: allá arriba subían, danzando por el aire, los pedazos nuevos: los obreros, agarrados a la verga con las piernas como el marinero al cordaje del barco, clavaban el ribete, como quien pone el pabellón de la patria en el asta enemiga: así, acostados de espalda, puestos de cara al vacío, sujetos a la verga que el viento sacudía como una rama, los obreros, con blusa y gorro de pieles, ajustaban en invierno, en el remolino del vendabal y de la nieve, las piezas de esquina, los cruceros, los sostenes, y se elevaba por sobre el universo, como si fuera a colgarse del cielo, aquella blonda calada: en su navecilla de cuerdas se balanceaban, con la brocha del rojo en las manos, los pintores. ¡El mundo entero va ahora como moviéndose en la mar, con todos los pueblos humanos a bordo, y del barco del mundo, la torre es el mástil! Los vientos se echan sobre la torre, como para derribar a la que los desafía, y huyen por el espacio azul, vencidos y despedazados.—Allá abajo la gente entra, como las abejas en el colmenar: por los pies de la torre suben y bajan, por la escalera de caracol, por los ascensores inclinados, dos mil visitantes a la vez; los hombres, como gusanos, hormiguean entre las mallas de hierro; el cielo se ve por entre el tejido como en grandes triángulos azules de cabeza cortada, de picos agudos. Del primer estrado abierto, con sus cuatro hoteles curiosos, se sube, por la escalinata de hélice, al descanso segundo, donde se escribe y se imprime un diario, a la altura de la cúpula de San Pedro. El cilindro de la prensa da vueltas: los diarios salen húmedos: al visitante le dan una medalla de plata. Al estrado tercero suben los valientes, a trescientos metros sobre la tierra y el mar, donde no se oye el ruido de la vida, y el aire, allá en la altura, parece que limpia y besa: abajo la ciudad se tiende, muda y desierta, como un mapa de relieve: veinte leguas de ríos que chispean, de valles iluminados, de montes de verde negruzco, se ven con el anteojo; sobre el estrado se levanta la campanilla, donde dos hombres, en su casa de cristal, estudian los animales del aire, la carrera de las estrellas, y el camino de los vientos. De una de las raíces de la torre sube culebreando por el alambre vibrante la electricidad, que enciende en el cielo negro el faro que derrama sobre París sus ríos de luz blanca, roja y azul, como la bandera de la patria. En lo alto de la cúpula, ha hecho su nido una golondrina.

Por debajo de la torre se va, sin poder hablar del asombro, a los jardines llenos de fuentes, y rodeados de palacios, y el más grande de todos al fondo, donde caben las muestras de cuanto se trabaja en la humanidad, con la puerta de hierro bordado y lleno de guirnaldas, como

se labraba antes el oro de los ricos; y sobre el portón, imitando la bóveda del cielo, la cúpula de porcelanas relucientes; y en la corona, abriendo las alas como para volar, una mujer que lleva en la mano una rama de oliva: a la entrada del pórtico está, con una mano en la cabeza de un león, la Libertad, en bronce. Y delante de la gran fuente, donde van por el agua los hombres y mujeres que los poetas de antes dicen que hubo en la mar, las nereidas y los tritones, llevando en hombros, como si fueran en triunfo, la barca donde, en figuras de héroes y heroínas, el progreso, la ciencia, y el arte dan vivas a la república, sentada más alta que todos, que levanta la antorcha encendida sobre sus alas. A cada lado del jardín desde el palacio grande hasta la torre, hay otro palacio de oros y esmaltes, uno para las estatuas y los cuadros, donde están los paisajes ingleses de montes y animales, las pinturas graciosas de los italianos, con campesinos y con niños, los cuadros españoles de muertes y de guerra, con sus figuras que parecen vivas, y la historia elegante del mundo en los cuadros de Francia. De las Bellas Artes le llaman a ése, y al del otro lado, el palacio de las Artes Liberales, que son las de los trabajos de utilidad, y todas las que no sirven para mero adorno. La historia de todo se ve allí: del grabado, la pintura, la escultura, las escuelas, la imprenta. Parece que se anda, por lo perfecto y fino de todo, entre agujas y ruedas de reloj. Allí se ve, en miniatura de cera, a los chinos observando en su torre los astros del cielo; allí está el químico Lavoisier, de medias de seda y chupa azul, soplando en su retorta, para ver cómo está hecho el pedrusco que cayó a la tierra de una estrella rota y fría; allí, entre las figuras de las diferentes razas del hombre, están sentados por tierra, trabajando el pedernal, como los que desenterraron en Dinamarca hace poco, cabezudos y fuertes, los hombres de la edad de bronce.

Y ya estamos al pie de la torre: un bosque tiene a un lado, y otro bosque al otro. Uno tiene más verde, y es como una selva de recreo, con su casa sueca de pino, llenas de flores las ventanas, a la orilla de un lago; y la isba de puerta bordada y techo de picos en que vive el labrador ruso; y la casa linda de madera, con ventanas de triángulo, en que pasa los meses de nevada el finlandés, enseñando a sus hijos a pintar y a pensar, a amar a los poetas de Finlandia, y a componer el arpón de la pesca y el trineo de la cacería, mientras talla el abuelo el granito como ópalo, o saca botes y figuras de una rama seca, y las mujeres de gorro alto y delantal tejen su encaje fino, junto a la chimenea de madera labrada. Hay teatro allí, y lecherías, y una casa de anchos comedores, y

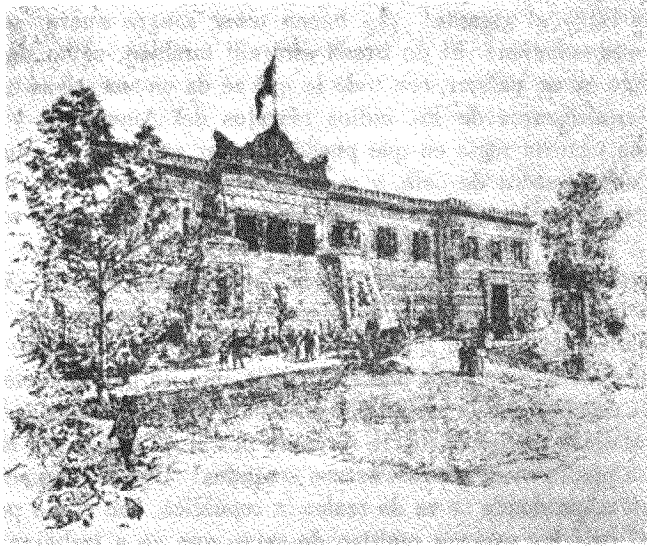


El pabellón del Salvador

criados de chaqueta negra, que pasan con las botellas de vino en cestos a la hora de comer, cuando los pájaros cantan en los árboles. Pero al otro lado es donde se nos va el corazón, porque allí están, al pie de la torre, como los retoños del plátano alrededor del tronco, los pabellones famosos de nuestras tierras de América, elegantes y ligeros como un guerrero indio: el de Bolivia como el casco, el de México como el cinturón, el de la Argentina como el penacho de colores: ¡parece que la miran como los hijos al gigante! ¡Es bueno tener sangre nueva, sangre de pueblos que trabajan! El de Brasil está allí también, como una iglesia de domingo en un palmar, con todo lo que se da en sus selvas tupidas, y vasos y urnas raras de los indios marajos del Amazonas, y en una fuente una victoria regia en que puede navegar un niño, y orquídeas de extraña flor, y sacos de café, y montes de diamantes. Brilla un sol de oro allí por sobre los árboles y sobre los pabellones, y es el sol argentino, puesto en lo alto de la cúpula, blanca y azul como la bandera del país, que entre otras cuatro cúpulas corona, con grupos de estatuas en las esquinas del techo, el palacio de hierro dorado y cristales de color en que la patria del hombre nuevo de América convida al mundo lleno de asombro, a ver lo que puede hacer en pocos años un pueblo recién nacido que habla español, con la pasión por el trabajo y la libertad ¡con la pasión por el trabajo!: ¡mejor es morir abrasado por el sol que ir por el mundo, como una piedra viva, con los brazos cruzados! Una estatua señala a la puerta un mapa donde se ve de realce la república, con el río por donde entran al país los vapores repletos de gente que va a trabajar; con las montañas que crían sus metales, y las pampas extensas, cubiertas de ganados. De relieve está allí la ciudad modelo de La Plata, que apareció de pronto en el llano silvestre, con ferrocarriles, y puerto, y cuarenta mil habitantes, y escuelas como palacios. Y cuanto dan la oveja y el buey se ve allí, y todo lo que el hombre atrevido puede hacer de la bestia: mil cueros, mil lanas, mil tejidos, mil industrias: la carne fresca en la sala de enfriar: crines, cuernos, capullos, plumas, paños. Cuanto el hombre ha hecho, el argentino lo intenta hacer. De noche, cuando el gentío llama a la puerta, se encienden a la vez, en sus globos de cristal blanco y azul, y rojo y verde, las mil luces eléctricas del palacio.

Como con un cinto de dioses y de héroes está el templo de acero de México, con la escalinata solemne que lleva al portón, y en lo alto de él el sol Tonatiuh, viendo como crece con su calor la diosa Cipactli, que es la tierra: y los dioses todos de la poesía de los indios, los de la caza y el campo, los de las artes y el comercio, están en los dos muros que tiene

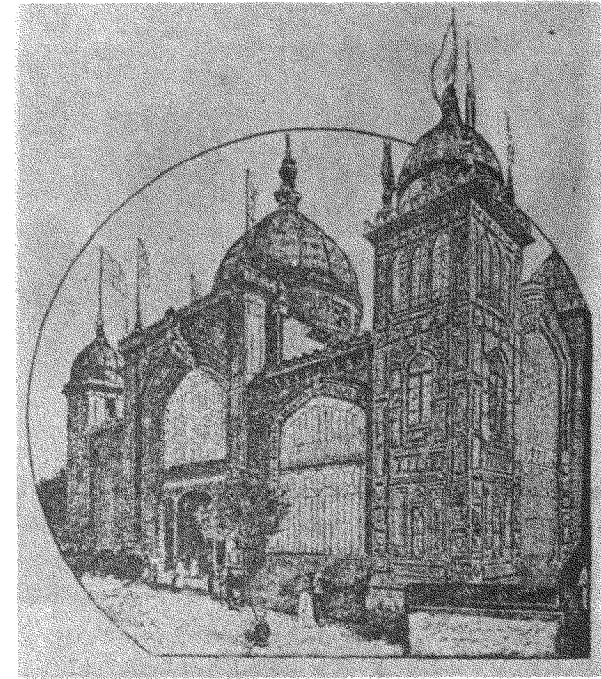
la puerta a los lados, como dos alas; y los últimos valientes, Cacama, Cuitláhuac y Cuauhtémoc, que murieron en la pelea, o quemados en las parrillas, defendiendo de los conquistadores la independencia de su patria: dentro, en las pinturas ricas de las paredes, se ve como eran los mexicanos de entonces, en sus trabajos y en sus fiestas, la madre viuda dando su parecer entre los regidores de la ciudad, los campesinos sacando el



El pabellón de México

aguamiel del tronco del agave, los reyes haciéndose visitas en el lago, en sus canoas adornadas de flores. ¡Y ese templo de acero lo levantaron, al pie de la torre, dos mexicanos, como para que no les tocasen su historia, que es como madre de un país, los que no la tocan como hijos!: ¡así se debe querer a la tierra en que uno nace: con fiera, con ternura! Las cortinas hermosas, las vidrieras de caoba en que están las filigranas de plata, los tejidos de fibras, las esencias de olor, los platos de esmalte y las jarras de barniz, los ópalos, los vinos, los arneses, los azúcares; todo tiene por adorno letras y figuras indias. Vivos parecen, con sus trajes de cuero de flecos y galones, y sus sombreros anchos con trenzado de plata y oro, y su zarape al hombro, de seda de color, vivos como si fueran a montar a caballo, los maniqués del estanciero rico, del joven elegante que cuida de su hacienda, y sabe “voltar” un toro. A la puerta,

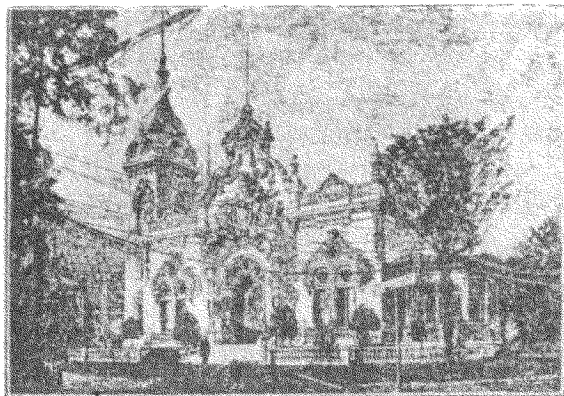
a un lado, troncos colosales de madera fina repulida; y al otro, de color de rosa y verdemar, la pirámide del mármol transparente de la tierra, del ónix que parece nube cuajada de la puesta de sol. Del techo cuelga, verde y blanca y roja, la bandera del águila.



Pabellón del Uruguay

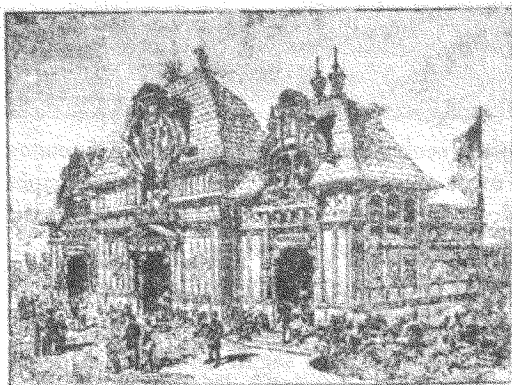
Y juntos como hermanos, están otros pabellones más: el de Bolivia, la hija de Bolívar, con sus cuatro torres graciosas de cúpula dorada, lleno de cuarzos de mineral riquísimo, de restos del hombre salvaje y los animales como montes que hubo antes en América, y de hojas de coca, que dan fuerza al cansado para seguir andando: el del Ecuador, que es un templo inca, con dibujos y adornos como los que los indios de antes ponían en los templos del Sol, y adentro los metales y cacao famosos, y tejidos y bordados de mucha finura, en mostradores de cristal y de oro: el pabellón de Venezuela, con su fachada como de catedral, y en la sala espaciosa tanta muestra de café, y pilones de su panela dulce, y libros de versos y de ingeniería, y zapatos ligeros y finos: el pabellón de

Nicaragua con su tejado rojo, como los de las casas del país, y sus salones de los lados, con los cacao y vainillas de aroma y aves de plumas de oro y esmeralda, y piedras de metal con luces de arco iris, y maderos



Pabellón de Venezuela

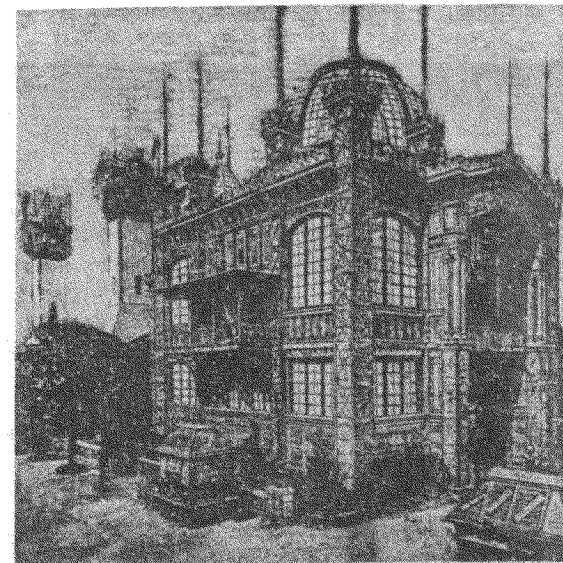
que dan sangre de olor; y en la sala del centro, el mapa del canal que van a abrir de un mar a otro de América, entre los restos de las ruinas.



Pabellón de Nicaragua

Tiene ventanas anchas como las casas salvadoreñas, y un balcón de madera muy hermoso, el pabellón del Salvador, que es país obrero, que inventa y trabaja fino, y en el campo cultiva la caña y el café, y hace muebles

como los de París, y sedas como las de Lyon, y bordados como los de Burano, y lanas de tinte alegre, tan buenas como las inglesas, y tallados de mucha gracia en la madera y en el oro. Por un pórtico grandioso se entra, entre sacos de trigo y muestras de mineral, al palacio de hierro de

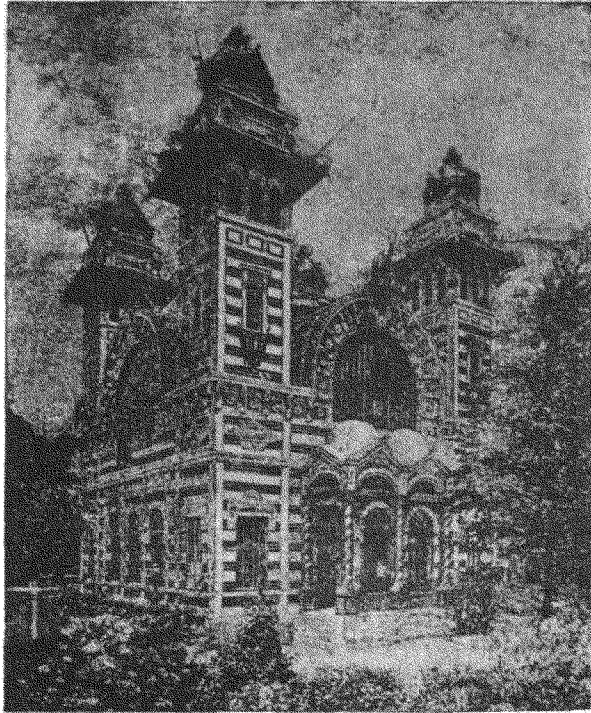


Pabellón de Chile

Chile: allí la madera fuerte de los bosques del indio araucano, los vinos topacios y rojos, las barras de plata y oro mate, las artes todas de un pueblo que no se quiere quedar atrás, la sal y el arbusto colorado del desierto: al fondo hay como un jardín: las paredes están llenas de cuadros de números.

Y allí, al lado de Chile, entraríamos ahora al Palacio de los Niños, donde juegan los chiquitines al caballito y al columpio, y ven hacer barcos de cristal de Venecia, y las muñecas que hace el japonés, envolviendo con el paitroque alrededor de una varita las pastas blandas de colores diferentes: y hace un daimio con su sable, y un Mikado de ahora, con su levita a la francesa: ¡oh, el teatro! ¡oh, el hombre que está haciendo los confites! ¡oh, el perro que sabe multiplicar! ¡oh, el gimnasta que anda a caballo en una rueda! ¡y el palacio es de juguetes todo por afuera,

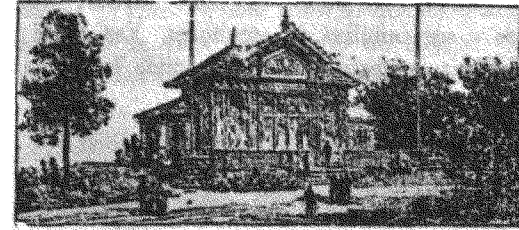
desde el quicio hasta los banderines del techo! Pero, si no tenemos tiempo, ¿cómo hemos de pararnos a jugar, nosotros, niños de América, si todavía hay tanto que ver, si no hemos visto todos los pabellones de nuestras tierras americanas? ¿Y esta casa de madera tan franca y tan amiga, que convida a la gente a entrar a ver todo lo que da la tierra volcánica de su país, uva y café, enredaderas y tigres, cocos y pájaros, y los lleva a su colgadizo con cortinas, a tomar en jicaras labradas su chocolate de



Pabellón de Bolivia

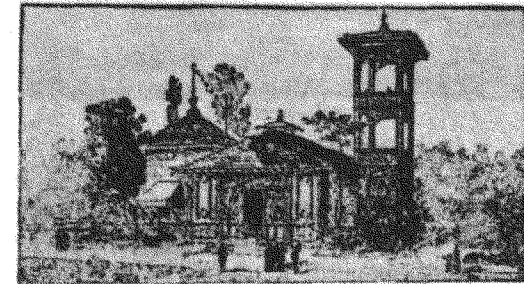
espuma?: es el de Guatemala ese pabellón generoso. Y ese otro elegante, con tantas maderas, es el de la tierra donde se saben defender con ramas de árboles de los que vienen de afuera a quitarles el país: de Santo Domingo. Ese otro es del Paraguay, ese de la torre de mirador, con las ventanas y puertas como de nación de mucho bosque, que imita en sus casas las grutas y los arcos de los árboles. Y ese otro suntuoso que tiene

torres como lanzas y alegría como de salón; ese que ha dado una parte de sus salas a dos pueblos de nuestra familia,—a Colombia, que tiene ahora mucho que hacer, al Perú, que está triste después de una guerra que tuvo,—ese es el pueblo bravo y cordial de Uruguay, que trabaja con arte y placer, como el de Francia, y peleó nueve años contra un mal



El pabellón de Santo Domingo

hombre que lo quería gobernar, y tiene un poeta de América que se llama Magariños: vive de sus ganados el Uruguay, y no hay pueblo en el mundo que haya inventado tantos modos de conservar la carne buena, en el tasajo seco, en caldos que parecen vino, en la pasta negra de Liebig, y en



El pabellón de Paraguay

bizcochos sabrosos: y en la torre, que se parece a una lanza, flota, como llamando a los hombres buenos, la bandera del sol, de listas blancas y azules.

¡Y tener que pasar tan de prisa por los palacios de una tierra enana como Holanda, donde no hay holandés que no sea feliz, y viva como en pueblo grande, por su trabajo de marino, de ingeniero, de impresor, de

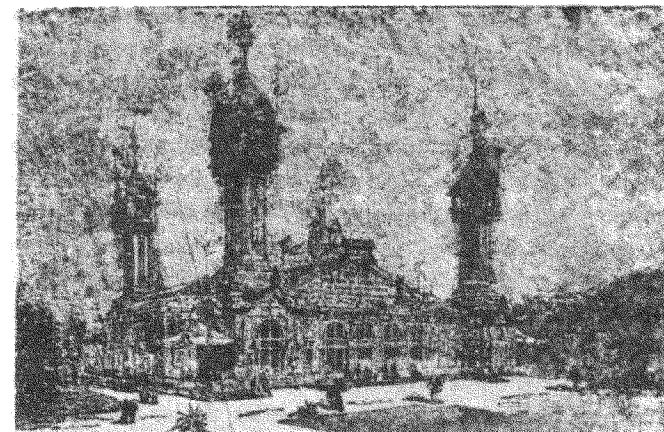
tejedor de encajes, de tallador de diamantes; de un pueblo como Bélgica, que sabe tanto de cultivos, y de hacer carruajes, y casas, y armas, y lozas, y tapices, y ladrillos! No podemos ver el pabellón de Suiza, con su escuela modelo, sus quesos como ruedas y su taller de relojes; ni el de Hawaii, que es país donde todos saben leer, y trabaja el hombre de la isla, al pie del volcán de fuego, la lava y la pluma; ni el de la República de San Marino—¿quién sabe dónde está San Marino?—con sus cristales pintados famosos y sus familias de escultores. Esa de la puerta tallada de colores es Servia, de cerca de Rusia, donde hacen tapicería fina y



Pabellón de Guatemala

mosaicos; y ese comedor, con su techo de aleros, es de Rumania, donde el más pobre viste de paños bordados, y comen la carne casi cruda con mucha pimienta en platos de madera, y beben leche de búfalo. Está llena de sedas con recamos de flores y pájaros, llena de palanquines y colmillos de elefante, esa casa de dos techos de Siam, el pueblo de la ceremonia y del arroz. ¿Y a China quién no la conoce, con su pabellón de tres torres, donde no caben las cortinas con árboles y demonios de oro, ni las cajas de marfil con dibujos de relieve, ni el tapiz donde están, con los siete colores de la luz, los pájaros que van de corte por el aire, cuando llega el mes de mayo, a saludar al rey y la reina, que son dos ruiseñores que fueron al cielo a ver quién se sienta en las nubes, y se trajeron un nido de rayos de sol? ¡Oh, cuánto hay que ver! ¿Y el palacio hindú, de rojo

oscuro con los ornamentos blancos, como los bordados de trencilla en un vestido de mujer, y tan tallado todo, las ventanas menudas y la torre, como la fuente de mármol, las columnas de pórfido, los leones de bronce que adornan la sala, colgada de tapicerías? ¿Y el Japón, que es como la China, con más gracia y delicadeza, y unos jardineros viejos que quieren mucho a los niños? ¿Y Grecia, esa de la puerta baja con un muro a cada lado, con la historia de antes en uno, antes de que los romanos la vencieran cuando fue viciosa, y la vida del trabajo de hoy, en antigüedades, en mármoles rojos, en sedas finas, en vinos olorosos, desde que resucitó con



El palacio de los niños

la vuelta a la libertad, y tiene ciudades como Pireo, Siracusa, Corfú y Patras, que valen ya por lo trabajadoras tanto como las cuatro famosas de la Grecia vieja: Atenas, Esparta, Tebas y Corinto? ¿Y Persia, con su entrada religiosa de mezquita, de techo de azul vivo, y adentro, entre colgaduras verdes y amarillas, las cazoletas cinceladas de quemar los olores, los chales de seda que caben por una sortija, los alfanjes de puño enjovado que cortan el hierro, las violetas azucaradas y las conservas de hojas de rosa? ¿Y el bazar de los marroquíes, con su arquería blanca que reluce al sol, y sus moros de turbante y babucha, bruñendo cuchillos, tiñendo el cuero blando, trenzando la paja, labrando a martillazos el cobre, bordando de hilo de oro el terciopelo? ¿Y la calle del Cairo, que es una calle egipcia como en Egipto, unos comprando albornoces, otros tejiendo la lana en el telar, unos pregonando sus confites, y otros

trabajando de joyeros, de torneros, de alfareros, de jugueteros, y por todas partes, alquilando el pollino, los burreros burlones, y allá arriba, envuelta en velos, la mora hermosa, que mira desde su balcón de persianas caladas?

¡Oh, no hay tiempo! Tenemos que ir a ver la maravilla mayor, y el atrevimiento que ablanda al verlo el corazón, y hace sentir como deseo de abrazar a los hombres y de llamarlos hermanos. Volvamos al jardín. Entremos por el pórtico del Palacio de las Industrias. Pasemos, con los ojos cerrados, por la galería de las catorce puertas, donde cada país exhibe sus trabajos mejores, y cada industria compuso la puerta de su departamento, la platería con platas y oros y dos columnas de piedra azul, la locería con porcelana y azulejos, la de muebles con madera esculpida como hojas de flor, y la de hierro con picos y martillos, y la de armas con ruedas, cureñas, balas y cañones, y así todas. Por un corredor que hace pensar en cosas grandes, se va a la escalera que lleva al balcón del monumento: se alzan los ojos: y se ve, llena de luz de sol, una sala de hierro en que podrían moverse a la vez dos mil caballos, en que podrían dormir treinta mil hombres. ¡Y toda está cubierta de máquinas, que dan vueltas, que aplastan, que silban, que echan luz, que atraviesan el aire calladas, que corren temblando por debajo de la tierra! En cuatro hileras están en el centro las máquinas mayores. De un horno rojo les viene la fuerza. Viene por correas, que no se ven de lo ligeras que andan. De cuatro filas de postes cuelgan las ruedas de las correas. Alrededor, unidas, están todas las máquinas del mundo, las que hacen polvo de acero, las que afilan las agujas. Unas mujeres de delantal colorado trabajan el papel holandés. Un cilindro, que parece un elefante que se mueve, está cortando sobres. Un mortero separa el grano de trigo de la cáscara. Un anillo de hierro está en el aire por la electricidad, sin nada que lo sujete. Allí se funden los metales con que se hacen las letras de imprimir, allí se hace el papel de tela o de madera, allí la prensa imprime el diario, lo echa del otro lado, lo devuelve, húmedo. Una máquina echa aire en el pozo de una mina, para que no se ahoguen los mineros. Otra aplasta la caña, y echa un chorro de miel. ¡Pues da ganas de llorar, el ver las máquinas desde el balcón! Rugen, susurran, es como la mar: el sol entra a torrentes. De noche, un hombre toca un botón, los dos alambres de la luz se juntan, y por sobre las máquinas, que parecen arrodilladas en la tiniebla, derrama la claridad, colgado de la bóveda, el cielo eléctrico. Lejos, donde tiene Edison sus invenciones, se encienden de un chispazo veinte mil luces, como una corona.

Hay panoramas de París, y de Nápoles con su volcán, y del Mont Blanc, que da frío verlo, y de la rada de Río Janeiro. Hay otro que es en el centro como un puente de un buque, y parece por la pintura que está allí el buque entero, y el cielo y el mar. Hay el palacio de las pinturas finas de los acuarelistas, y otro, con adornos como de espejo, de los que pintan al pastel. Hay los dos pabellones de París, donde se aprende a



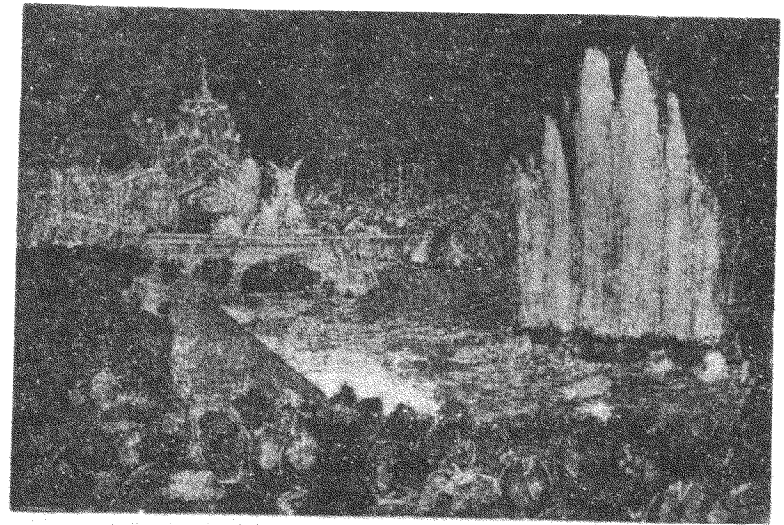
Las tejedoras kabilas

cuidar una ciudad grande. Hay talleres por los arrabales de la Exposición, donde se ve, ¡para que el egoísta aprenda a ser bueno!, el trabajo del hombre en las minas de hulla, en el fondo del agua, en los tanques donde hierve, como fango, el oro. Hay, allá lejos, negras y feas, las hornallas donde echan el carbón para el vapor los hombres tiznados. Pero adonde todos van es al campo que tiene delante el palacio donde los soldados mancos y cojos cuidan la sepultura de piedra de Napoleón, rodeada de

banderas rotas: ¡y en lo alto del palacio, la cúpula dorada! Todos van, a ver los pueblos extraños, a la Explanada de los Inválidos. De paso no más veremos el palacio donde está todo lo de pelear: el globo que va por el aire a ver por donde viene el enemigo: las palomas que saben volar con el recado tan arriba que no las alcanzan las balas: ¡y alguna les suele alcanzar, y la paloma blanca cae llena de sangre en la tierra! De paso veremos, en el pabellón de la República del Africa del Sur, el diamante imperial, que sacaron allá de la tierra, y es el más grande del mundo. Aquí están las tiendas de los soldados, con los fusiles a la puerta. Allá están, graciosas, las casas que los hombres buenos quieren hacer a los trabajadores, para que vean luz los domingos, y descansen en su casita limpia, cuando vienen cansados. Allí, con su torre como la flor de la magnolia, está la pagoda de Cambodia, la tierra donde ya no viven, porque murieron por la libertad, aquellos Kmers que hacían templos más altos que los montes. Allí está, con sus columnas de madera, el palacio de Cochinchina, y en el patio su estanque de peces dorados, y los marcos de las puertas labrados a punta de cuchillo, y, en el fondo, en la escalinata, dos dragones, con la boca abierta, de loza reluciente. Parece chino el palacio de Anam, con sus maderas pintadas de rojo y azul, y en el patio un dios gigante del bronce de ellos, que es como cera muy fina de color de avellana, y los techos y las columnas y las puertas talladas a hilos, como los nidos, o a hojas menudas, como la copa de los árboles. Y por sobre los templos hindús, con sus torres de colores y su monte de dioses de bronce a la puerta, dioses de vientre de oro y de ojos de esmalte, está, lleno de sedas y marfiles, de paños de plata bordados de zafiros, el Palacio Central de todas las tierras que tiene Francia en Asia: en una sala, al levantar una colgadura azul, ofrece una pipa de opio un elefante. Allá, entre las palmeras, brilla, blanco y como de encaje, el minarete del palacio de arqueras de Argel, por donde andan, como reyes presos, los árabes hermosos y callados. Con sus puertas de clavos y sus szoteas, lleno de moros tunecinos y hebreos de barba negra, bebiendo vino de oro en el café, comprando puñales con letras del Corán en la hoja, está, entre bosques de dátiles, el caserío de Túnez, hecho con piedras viejas y lozas rotas de Cartago. Un anamita solo, sentado en cuclillas, mira, con los ojos a medio cerrar, la pagoda de Angkor, la de la torre como la flor de magnolia, con el dios Buda arriba, el Buda de cuatro cabezas.

Y entre los palacios hay pueblos enteros de barro y de paja: el negro canaco en su choza redonda, el de Futa-Jalón cociendo el hierro en su

horno de tierra, el de Kedugú, con su calzón de plumas, en la torre redonda en que se defiende del blanco: y al lado, de piedra y con ventanas de pelear, ¡la torre cuadrada en que veintiséis franceses echaron atrás a veinte mil negros, que no podían clavar su lanza de madera en la piedra dura! En la aldea de Anam, con las casas ligeras de techo de picos y corredores, se ve al cochinchino, sentado en la estera leyendo en su libro, que es una hoja larga, enrollada en un palo; y a otro, un actor, que se pinta la cara de bermellón y de negro; y al bonzo rezando, con la capucha por la cabeza y las manos en la falda. Los javaneses, de blusa y calzón

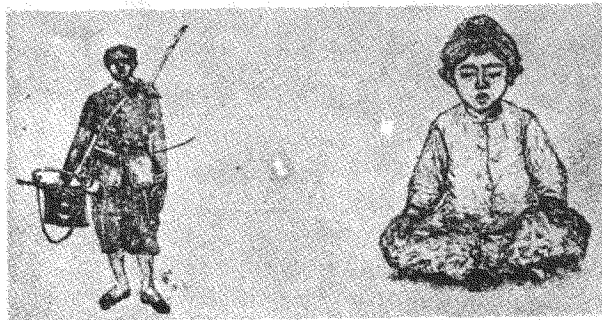


Las fuentes luminosas

ancho, viven felices, con tanto aire y claridad, en su kampong de casas de bambú: de bambú la cerca del pueblo, las casas y las sillas, el granero donde guardan el arroz, y el tendido en que se juntan los viejos a mandar en las cosas de la aldea, y las músicas con que van a buscar a las bailarinas descalzas, de casco de plumas y brazaletes de oro. El kabila, con su albornoz blanco, se pasea a la puerta de su casa de barro, baja y oscura, para que el extranjero atrevido no entre a ver las mujeres de la casa, sentadas en el suelo, tejiendo en el telar, con la frente pintada de colores. Detrás está la tienda del kabila, que lleva a los viajes: el pollino se revuelca en el polvo: el hermano echa en un rincón la silla de cuero

bordado de oro puro: el viejito a la puerta está montando en el camello a su nieto, que le hala la barba.

Y afuera, al aire libre, es como una locura. Parecen joyas que andan, aquellas gentes de traje de colores. Unos van al café moro, a ver a las moras bailar, con sus velos de gasa y su traje violeta, moviendo despacio los brazos, como si estuvieran dormidas. Otros van al teatro del kampong donde están en hileras unos muñecos de cucurucho, viendo con sus ojos de porcelana a las bayaderás javanesas, que bailan como si no pisasen, y vienen con los brazos abiertos, como mariposas. En un café de mesas



Un senegalés

Niño javanés

coloradas, con letras moras en las paredes, los aissauas, que son como unos locos de religión, se sacan los ojos y se los dejan colgando, y mascan cristal, y comen alacranes vivos, porque dicen que su dios les habla de noche desde el cielo, y se los manda comer. Y en el teatro de los anamitas, los cómicos vestidos de panteras y de generales, cuentan, saltando y aullando, tirándose las plumas de la cabeza y dando vueltas, la historia del príncipe que fue de visita al palacio de un ambicioso, y bebió una taza de té envenenado. Pero ya es de noche, y hora de irse a pensar, y los clarines, con su corneta de bronce, tocan a retirada. Los camellos se echan a correr. El argelino sube al minarete, a llamar a la oración. El anamita saluda tres veces, delante de la pagoda. El negro canaco alza su lanza al cielo. Pasan, comiendo dulces, las bailarinas moras. Y el cielo, de repente, como en una llamarada, se enciende de rojo: ya es como la sangre: ya es como cuando el sol se pone: ya es del color del mar a la hora del amanecer: ya es de un azul como si se entrara por el

pensamiento el cielo: ahora blanco, como plata: ahora violeta, como un ramo de lilas: ahora, con el amarillo de la luz, resplandecen las cúpulas de los palacios, como coronas de oro: allá abajo, en lo de adentro de las fuentes, están poniendo cristales de color entre la luz y el agua, que cae en raudales del color del cristal, y echa al cielo encendido sus florones de chispas. La torre, en la claridad, luce en el cielo negro como un encaje rojo, mientras pasan debajo de sus arcos los pueblos del mundo.



EL CAMARÓN ENCANTADO

Cuento de magia del francés Laboulaye

Allá por un pueblo del mar Báltico, del lado de Rusia, vivió el pobre Loppi, en un casuco viejo, sin más compañía que su hacha y su mujer. El hacha ¡bueno!; pero la mujer se llamaba Masicas, que quiere decir “fresa agria”. Y era agria Masicas de veras, como la fresa silvestre. ¡Vaya un nombre: Masicas! Ella nunca se enojaba, por supuesto, cuando le hacían el gusto, o no la contradecían; pero si se quedaba sin el capricho, era de irse a los bosques por no oírla. Se estaba callada de la mañana a la noche, preparando el regaño, mientras Loppi andaba afuera con el hacha, corta que corta, buscando el pan: y en cuanto entraba Loppi, no paraba de regañarlo, de la noche a la mañana. Porque estaban muy pobres, y cuando la gente no es buena, la pobreza los pone de mal humor. De veras que era pobre la casa de Loppi: las arañas no hacían telas en sus rincones porque no había allí moscas que coger, y dos ratones que entraron extraviados, se murieron de hambre.

Un día estuvo Masicas más buscapleitos que de costumbre, y el buen leñador salió de la casa suspirando, con el morral vacío al hombro: el morral de cuero, donde echaba el pico de pan, o la col, o las papas que le daban de limosna. Era muy de mañanita, y al pasar cerca de un charco vio en la yerba húmeda uno que le pareció animal raro y negruzco, de muchas bocas, como muerto o dormido. Era grande por cierto: era un enorme camarón. “¡Al saco el camarón!: con esta cena le vuelve el juicio a esa hambrona de Masicas; ¿quién sabe lo que dice cuando tiene hambre?” Y echó el camarón en el saco.

Pero ¿qué tiene Loppi, que da un salto atrás, que le tiembla la barba, que se pone pálido? Del fondo del saco salió una voz tristísima: el camarón le estaba hablando:

—Párate, amigo, párate, y déjame ir. Yo soy el más viejo de los camarones: más de un siglo tengo yo: ¿qué vas a hacer con este carapacho duro? Sé bueno conmigo, como tú quieres que sean buenos contigo.

—Perdóname, camaroncito, que yo te dejaría ir; pero mi mujer está esperando su cena, y si le digo que encontré el camarón mayor del mundo, y que lo dejé escapar, esta noche sé yo a lo que suena un palo de escoba cuando se lo rompe su mujer a uno en las costillas.

—Y ¿por qué se lo has de decir a tu mujer?

—¡Ay, camaroncito!: eso me dices tú porque no sabes quién es Masicas. Masicas es una gran persona, que lo lleva a uno por la nariz, y uno se deja llevar: Masicas me vuelve del revés, y me saca todo lo que tengo en el corazón: Masicas sabe mucho.

—Pues mira, leñador, que yo no soy camarón como parezco, sino una maga de mucho poder, y si me oyes, tu mujer se contentará, y si no me oyes, toda la vida te has de arrepentir.

—Tú contenta a Masicas, y yo te dejaré ir, que por gusto a nadie le hago daño.

—Dime qué pescado le gusta más a tu mujer.

—Pues el que haya, camarón, que los pobres no escogen: lo que has de hacer es que no vuelva yo con el morral vacío.

—Pues ponme en la yerba, mete en el charco tu morral abierto, y di: “¡Peces, al morral!”

Y tantos peces entraron en el morral que casi se le iba Loppi de las manos. Las manos le bailaban a Loppi del asombro.

—Ya ves, leñador—le dijo el camarón,—que no soy desagradecido. Ven acá todas las mañanas, y en cuanto digas: “¡Al morral, peces!” tendrás el morral lleno, de los peces colorados, de los peces de plata, de los peces amarillos. Y si quieres algo más, ven y dime así:

“Camaroncito duro,
Sácame del apuro”:

y yo saldré, y veré lo que puedo hacer por ti. Pero mira, ten juicio, y no le digas a tu mujer lo que ha sucedido hoy.

—Probaré, señora maga, probaré—dijo el leñador; y puso en la yerba con mucho cuidado el camarón milagroso, que se metió de un salto en el agua.

Iba como la pluma Loppi, de vuelta a su casa. El morral no le pesaba, pero lo puso en el suelo antes de llegar a la puerta, porque ya no podía

más de la curiosidad. Y empezaron los peces a saltar, primero un lucio como de una vara, luego una carpa, radiante como el oro, luego dos truchas, y un mundo de meros. Masicas abrazó a Loppi, y lo volvió a abrazar, y le dijo: "¡leñadorcito mío!"

—Ya ves, ya ves, Loppi, lo que nos sucede por haber oído a tu mujer y salir temprano a buscar fortuna. Anda a la huerta, anda, y tráeme unos ajos y cebollas, y tráeme unas setas: anda, anda al monte, leñadorcito, que te voy a hacer una sopa que no la come el rey. Y la carpa la asaremos: ni un regidor va a comer mejor que nosotros.

Y fue muy buena por cierto la comida, porque Masicas no hacía sino lo que quería Loppi, y Loppi estaba pensando en cuando la conoció, que era como una rosa fina, y no le hablaba del miedo. Pero al otro día no le hizo Masicas tantas fiestas al morral de pescados. Y al otro, se puso a hablar sola. Y el sábado, le sacó la lengua en cuanto lo vio venir. Y el domingo, se le fue encima a Loppi, que volvía con su morral a cuestras.

—¡Mal marido, mal hombre, mal compañero! ¡que me vas a matar a pescado! ¡que de verte el morral me da el alma vueltas!

—Y ¿qué quieres que te traiga, pues?—dijo el pobre Loppi.

—Pues lo que comen todas las mujeres de los leñadores honrados: una sopa buena y un trozo de tocino.

"Con tal—pensó Loppi—que la maga me quiera hacer este favor."

Y al otro día a la mañanita fue al charco, y se puso a dar voces:

Camaroncito duro,

Sácame del apuro:

y el agua se movió, y salió una boca negra, y luego otra boca, y luego la cabeza, con dos ojos grandes que resplandecían.

—¿Qué quiere el leñador?

—Para mí, nada; nada para mí, camaroncito: ¿qué he de querer yo? Pero ya mi mujer se cansó del pescado, y quiere ahora sopa y un trozo de tocino.

—Pues tendrá lo que quiere tu mujer—respondió el camarón.—Al sentarte esta noche a la mesa, dale tres golpes con el dedo meñique, y di a cada golpe: "¡Sopa, aparece: aparece, tocino!" Y verás que aparecen. Pero ten cuidado, leñador, que si tu mujer empieza a pedir, no va a acabar nunca.

—Probaré, señora maga, probaré—dijo Loppi, suspirando.

Como una ardilla, como una paloma, como un cordero estuvo al otro día en la mesa Masicas, que comió sopa dos veces, y tocino tres, y luego abrazó a Loppi, y lo llamó: "Loppi de mi corazón".

Pero a la semana justa, en cuanto vio en la mesa el tocino y la sopa, se puso colorada de la ira, y le dijo a Loppi con los puños alzados:

—¿Hasta cuándo me has de atormentar, mal marido, mal compañero, mal hombre? ¿que una mujer como yo ha de vivir con caldo y manteca?

—Pero ¿qué quieres, amor mío, qué quieres?

—Pues quiero una buena comida, mal marido: un ganso asado, y unos pasteles para postres.

En toda la noche no cerró Loppi los ojos, pensando en el amanecer, y en los puños alzados de Masicas, que le parecieron un ganso cada uno. Y a paso de moribundo se fue arrimando al charco a los claros del día. Y las voces que daba parecían hilos, por lo tristes, por lo delgadas:

Camaroncito duro,

Sácame del apuro.

—¿Qué quiere el leñador?

—Para mí, nada: ¿qué he de querer yo? Pero ya mi mujer se está cansando del tocino y la sopa. Yo no, yo no me canso, señora maga. Pero mi mujer se ha cansado, y quiere algo ligero, así como un gansito asado, así como unos pastelitos.

—Pues vuélvete a tu casa, leñador, y no tienes que venir cuando tu mujer quiera cambiar de comida, sino pedirselo a la mesa, que yo le mandaré a la mesa que se lo sirva.

En un salto llegó Loppi a su casa, e iba riendo por el camino, y tirando por el aire el sombrero. Llena estaba ya la mesa de platos, cuando él llegó, con cucharas de hierro, y tenedores de tres puntas, y una jarra de estaño: y el ganso con papas, y un pudín de ciruelas. Hasta un frasco de anisete había en la mesa, con su forro de paja.

Pero Masicas estaba pensativa. Y a Loppi ¿quién le daba todo aquello? Ella quería saber: "¡Dímelo, Loppi!" Y Loppi se lo dijo, cuando ya no quedaba del anisete más que el forro de paja, y estaba Masicas más dulce que el anís. Pero ella prometió no decírselo a nadie: no había una vecina en doce leguas a la redonda.

A los pocos días, una tarde que Masicas había estado muy melosa, le contó a Loppi muchos cuentos y le acabó así el discurso:

—Pero, Loppi mío, ya tú no piensas en tu mujercita: comer, es verdad, come mejor que la reina; pero tu mujercita anda en trapos, Loppi, como

la mujer de un pordiosero. Anda, Loppi, anda, que la maga no te tendrá a mal que quieras vestir bien a tu mujercita.

A Loppi le pareció que Masicas tenía mucha razón, y que no estaba bien sentarse a aquella mesa de lujo con el vestido tan pobre. Pero la voz se le resistía cuando a la mañanita llamó al camarón encantado:

Camaroncito duro,
Sácame del apuro.

El camarón entero sacó el cuerpo del agua.

—¿Qué quiere el leñador?

—Para mí, nada; ¿qué puedo yo querer? Pero mi mujer está triste, señora maga, porque se ve tan mal vestida, y quiere que su señoría me dé poder para tenerla con traje de señora.

El camarón se echó a reír, y estuvo riendo un rato, y luego dijo a Loppi: “Vuélvete a casa, leñador, que tu mujer tendrá lo que desea.”

—¡Oh, señor camarón! ¡oh, señora maga! ¡déjeme que le bese la patita izquierda, la que está del lado del corazón! ¡déjeme que se la bese!

Y se fue cantando un canto que le había oído a un pájaro dorado que le daba vueltas a una rosa: y cuando entró a su casa vio a una bella señora, y la saludó hasta los pies; y la señora se echó a reír, porque era Masicas, su linda Masicas, que estaba como un sol de la hermosura. Y se tomaron los dos de la mano, y bailaron en redondo, y se pusieron a dar brincos.

A los pocos días Masicas estaba pálida, como quien no duerme, y con los ojos colorados, como de mucho llorar. “Y dime, Loppi”, le decía una tarde, con un pañuelo de encaje en la mano: “¿de qué me sirve tener tan buen vestido sin un espejo donde mirarme, ni una vecina que me pueda ver, ni más casa que este casuco? Loppi, dile a la maga que esto no puede ser.” Y lloraba Masicas, y se secaba los ojos colorados con su pañuelo de encaje: “Dile, Loppi, a la maga que me dé un castillo hermoso, y no le pediré nada más.”

—¡Masicas, tú estás loca! Tira de la cuerda y se reventará. Conténtate, mujer, con lo que tienes, que si no, la maga te castigará por ambiciosa.

—¡Loppi, nunca serás más que un zascandil! ¡El que habla con miedo se queda sin lo que desea! Háblale a la maga como un hombre. Háblale, que yo estoy aquí para lo que suceda.

Y el pobre Loppi volvió al charco, como con piernas postizas. Iba temblando todo él. ¿Y si el camarón se cansaba de tanto pedirle, y le

quitaba cuanto le dio? ¿Y si Masicas lo dejaba sin pelo si volvía sin el castillo? Llamó muy quedito:

Camaroncito duro,
Sácame del apuro.

—¿Qué quiere el leñador?—dijo el camarón, saliendo del agua poco a poco.

—Nada para mí: ¿qué más podría yo querer? Pero mi mujer no está contenta y me tiene en tortura, señora maga, con tantos deseos.

—¿Y qué quiere la señora, que ya no va a parar de querer?

—Pues una casa, señora maga, un castillito, un castillo. Quiere ser princesa del castillo, y no volverá a pedir nada más.

—Leñador—dijo el camarón, con una voz que Loppi no le conocía: —tu mujer tendrá lo que desea.—Y desapareció en el agua de repente.

A Loppi le costó mucho trabajo llegar a su casa, porque estaba cambiado todo el país, y en vez de matorrales había ganados y siembras hermosas, y en medio de todo una casa muy rica con un jardín lleno de flores. Una princesa bajó a saludarlo a la puerta del jardín, con un vestido de plata. Y la princesa le dio la mano. Era Masicas: “Ahora sí, Loppi, que soy dichosa. Eres muy bueno, Loppi. La maga es muy buena.” Y Loppi se echó a llorar de alegría.

Vivía Masicas con todo el lujo de su señorío. Los barones y las baronesas se disputaban el honor de visitarla: el gobernador no daba orden sin saber si le parecía bien: no había en todo el país quien tuviera un castillo más opulento, ni coches con más oro, ni caballos más finos. Sus vacas eran inglesas, sus perros de San Bernardo, sus gallinas de Guinea, sus faisanes de Terán, sus cabras eran suizas. ¿Qué le faltaba a Masicas, que estaba siempre tan llena de pesar? Se lo dijo a Loppi, apoyando en su hombro la cabeza. Masicas quería algo más. Quería ser reina Masicas: “¿No ves que para reina he nacido yo? ¿No ves, Loppi mío, que tú mismo me das siempre la razón, aunque eres más terco que una mula? Ya no puedo esperar, Loppi. Dile a la maga que quiero ser reina.”

Loppi no quería ser rey. Almorzaba bien, comía mejor; ¿a qué los trabajos de mandar a los hombres? Pero cuando Masicas decía a querer,

no había más remedio que ir al charco. Y al charco fue al salir el sol, limpiándose los sudores, y con la sangre a medio helar. Llegó. Llamó.

Camaroncito duro,
Sácame del apuro.

Vio salir del agua las dos bocas negras. Oyó que le decían “¿qué quiere el leñador?” pero no tenía fuerzas para dar su recado. Al fin dijo tartamudeando:

—Para mí, nada: ¿qué pudiera yo pedir? Pero se ha cansado mi mujer de ser princesa.

—¿Y qué quiere ahora ser la mujer del leñador?

—¡Ay, señora maga!: reina quiere ser.

—¿Reina no más? Me salvaste la vida, y tu mujer tendrá lo que desea. ¡Salud, marido de la reina!

Y cuando Loppi volvió a su casa, el castillo era un palacio, y Masicas tenía puesta la corona. Los lacayos, los pajes, los chambelanes, con sus medias de seda y sus casaquines, iban detrás de la reina Masicas, cargándole la cola.

Y Loppi almorzó contento, y bebió en copa tallada su anisete más fino, seguro de que Masicas tenía ya cuanto podía tener. Y dos meses estuvo almorzando pechugas de faisán con vinos olorosos, y paseando por el jardín con su capa de armiño y su sombrero de plumas, hasta que un día vino un chambelán de casaca carmesí con botones de topacio, a decirle que la reina lo quería ver, sentada en su trono de oro.

—Estoy cansada de ser reina, Loppi. Estoy cansada de que todos estos hombres me mientan y me adulen. Quiero gobernar a hombres libres. Ve a ver a la maga por última vez. Ve: dile lo que quiero.

—Pero ¿qué quieres entonces, infeliz? ¿Quieres reinar en el cielo donde están los soles y las estrellas, y ser dueña del mundo?

—Que vayas te digo, y le digas a la maga que quiero reinar en el cielo, y ser dueña del mundo.

—Que no voy, te digo, a pedirle a la maga semejante locura.

—Soy tu reina, Loppi, y vas a ver a la maga, o mando que te corten la cabeza.

—Voy, mi reina, voy.—Y se echó al brazo el manto de armiño, y salió corriendo por aquellos jardines, con su sombrero de plumas. Iba como si le corrieran detrás, alzando los brazos, arrodillándose en el suelo, golpeándose la casaca bordada de colores: “¡Tal vez—pensaba

Loppi—tal vez el camarón tenga piedad de mí!” Y lo llamó desde la orilla, con voz como un gemido:

¡Camaroncito duro,
Sácame del apuro!

Nadie respondió. Ni una hoja se movió. Volvió a llamar, con la voz como un soplo.

—¿Qué quiere el leñador?—respondió otra voz terrible.

—Para mí, nada: ¿qué he de querer para mí? Pero la reina, mi mujer, quiere que le diga a la señora maga su último deseo: el último, señora maga.

—¿Qué quiere ahora la mujer del leñador?

Loppi, espantado, cayó de rodillas.

—¡Perdón, señora, perdón! ¡Quiere reinar en el cielo, y ser dueña del mundo!

El camarón dio una vuelta en redondo, que le sacó al agua espuma, y se fue sobre Loppi, con las bocas abiertas:

—¡A tu rincón, imbécil, a tu rincón! ¡los maridos cobardes hacen a las mujeres locas! ¡abajo el palacio, abajo el castillo, abajo la corona! ¡A tu casuca con tu mujer, marido cobarde! ¡A tu casuca con el morral vacío!

Y se hundió en el agua, que silbó como cuando mojan un hierro caliente.

Loppi se tendió en la yerba, como herido de un rayo. Cuando se levantó, no tenía en la cabeza el sombrero de plumas, ni llevaba al brazo el manto de armiño, ni vestía la casaca bordada de colores. El camino era oscuro, y matorral, como antes. Membrillos empolvados y pinos enfermos eran la única arboleda. El suelo era, como antes, de pozos y pantanos. Cargaba a la espalda su morral vacío. Iba, sin saber que iba, mirando a la tierra.

Y de pronto sintió que le apretaban el cuello dos manos feroces.

—¿Estás aquí, monstruo? ¿Estás aquí, mal marido? ¡Me has arruinado, mal compañero! ¡Muere a mis manos, mal hombre!

—¡Masicas, que te lastimas! ¡Oye a tu Loppi, Masicas!

Pero las venas de la garganta de la mujer se hincharon, y reventaron, y cayó muerta, muerta de la furia. Loppi se sentó a sus pies, le compuso los harapos sobre el cuerpo, y le puso de almohada el morral vacío. Por la mañana, cuando salió el sol, Loppi estaba tendido junto a Masicas, muerto.

hasta verlos desmayar, porque no sabían decirle a su amo donde había más oro: él no se gozaba con sus amigos, a la hora de comer, porque el indio de la mesa no pudo con la carga que traía de la mina, y le mandó

EL PADRE LAS CASAS

Cuatro siglos es mucho, son cuatrocientos años. Cuatrocientos años hace que vivió el Padre las Casas, y parece que está vivo todavía, porque fue bueno. No se puede ver un lirio sin pensar en el Padre las Casas, porque con la bondad se le fue poniendo de lirio el color, y dicen que era hermoso verlo escribir, con su túnica blanca, sentado en su sillón de tachuelas, peleando con la pluma de ave porque no escribía de prisa. Y otras veces se levantaba del sillón, como si le quemase: se apretaba las sienes con las dos manos, andaba a pasos grandes por la celda, y parecía como si tuviera un gran dolor. Era que estaba escribiendo, en su libro famoso de la *Destrucción de las Indias*, los horrores que vio en las Américas cuando vino de España la gente a la conquista. Se le encendían los ojos, y se volvía a sentar, de codos en la mesa, con la cara llena de lágrimas. Así pasó la vida, defendiendo a los indios.

Aprendió en España a licenciado, que era algo en aquellos tiempos, y vino con Colón a la isla Española en un barco de aquellos de velas infladas y como cáscara de nuez. Hablaba mucho a bordo, y con muchos latines. Decían los marineros que era grande su saber para un mozo de veinticuatro años. El sol, lo veía él siempre salir sobre cubierta. Iba alegre en el barco, como aquel que va a ver maravillas. Pero desde que llegó, empezó a hablar poco. La tierra, sí, era muy hermosa, y se vivía como en una flor: ¡pero aquellos conquistadores asesinos debían de venir del infierno, no de España! Español era él también, y su padre, y su madre; pero él no salía por las islas Lucayas a robarse a los indios libres: ¡porque en diez años ya no quedaba indio vivo de los tres millones, o más, que hubo en la Española!: él no los iba cazando con perros hambrientos, para matarlos a trabajo en las minas: él no les quemaba las manos y los pies cuando se sentaban porque no podían andar, o se les caía el pico porque ya no tenían fuerzas: él no los azotaba,



El padre las Casas.—Cuadro del pintor mexicano Parra

cortar en castigo las orejas: él no se ponía el jubón de lujo, y aquella capa que llamaban ferreruelo, para ir muy galán a la plaza a las doce, a ver la quema que mandaba hacer la justicia del gobernador, la quema

de los cinco indios. El los vio quemar, los vio mirar con desprecio desde la hoguera a sus verdugos; y ya nunca se puso más que el jubón negro, ni cargó caña de oro, como los otros licenciados ricos y regordetes, sino que se fue a consolar a los indios por el monte, sin más ayuda que su bastón de rama de árbol.

Al monte se habían ido, a defenderse, cuantos indios de honor quedaban en la Española. Como amigos habían recibido ellos a los hombres blancos de las barbas: ellos les habían regalado con su miel y su maíz, y el mismo rey Behechío le dio de mujer a un español hermoso su hija Higuemota, que era como la torcaza y como la palma real: ellos les habían enseñado sus montañas de oro, y sus ríos de agua de oro, y sus adornos, todos de oro fino, y les habían puesto sobre la coraza y guanteletes de la armadura pulseras de las suyas, y collares de oro: ¡y aquellos hombres crueles los cargaban de cadenas; les quitaban sus indias, y sus hijos; los metían en lo hondo de la mina, a halar la carga de piedra con la frente; se los repartían, y los marcaban con el hierro, como esclavos!: en la carne viva los marcaban con el hierro. En aquel país de pájaros y de frutas los hombres eran bellos y amables; pero no eran fuertes. Tenían el pensamiento azul como el cielo, y claro como el arroyo; pero no sabían matar, forrados de hierro, con el arcabuz cargado de pólvora. Con huesos de frutas y con gajos de mamey no se puede atravesar una coraza. Caían, como las plumas y las hojas. Morían de pena, de furia, de fatiga, de hambre, de mordidas de perros. ¡Lo mejor era irse al monte, con el valiente Guaroa, y con el niño Guarocuya, a defenderse con las piedras, a defenderse con el agua, a salvar al reyecito bravo, a Guarocuya! El saltaba el arroyo, de orilla a orilla; él clavaba la lanza lejos, como un guerrero; a la hora de andar, a la cabeza iba él; se le oía la risa de noche, como un canto; lo que él no quería era que lo llevase nadie en hombros. Así iban por el monte, cuando se les apareció entre los españoles armados el Padre las Casas, con sus ojos tristísimos, en su jubón y su ferreruelo. El no les disparaba el arcabuz: él les abría los brazos. Y le dio un beso a Guarocuya.

Ya en la isla lo conocían todos, y en España hablaban de él. Era flaco, y de nariz muy larga, y la ropa se le caía del cuerpo, y no tenía más poder que el de su corazón; pero de casa en casa andaba echando en cara a los encomenderos la muerte de los indios de las encomiendas; iba a palacio, a pedir al gobernador que mandase cumplir las ordenanzas reales; esperaba en el portal de la audiencia a los oidores, caminando de prisa, con las manos a la espalda, para decirles que venía lleno de

espanto, que había visto morir a seis mil niños indios en tres meses. Y los oidores le decían: “Cálmese, licenciado, que ya se hará justicia”: se echaban el ferreruelo al hombro, y se iban a merendar con los encomenderos, que eran los ricos del país, y tenían buen vino y buena miel de Alcarria. Ni merienda ni sueño había para las Casas: sentía en sus carnes mismas los dientes de los molosos que los encomenderos tenían sin comer, para que con el apetito les buscasen mejor a los indios cimarrones: le parecía que era su mano la que chorreaba sangre, cuando sabía que, porque no pudo con la pala, le habían cortado a un indio la mano: creía que él era el culpable de toda la crueldad, porque no la remediaba; sintió como que se iluminaba y crecía, y como que eran sus hijos todos los indios americanos. De abogado no tenía autoridad, y lo dejaban solo: de sacerdote tendría la fuerza de la Iglesia, y volvería a España, y daría los recados del cielo, y si la corte no acababa con el asesinato, con el tormento, con la esclavitud, con las minas, haría temblar a la corte. Y el día en que entró de sacerdote, toda la isla fue a verlo, con el asombro de que tomara aquella carrera un licenciado de fortuna: y las indias le echaron al pasar a sus hijitos, a que le besasen los hábitos.

Entonces empezó su medio siglo de pelea, para que los indios no fuesen esclavos; de pelea en las Américas; de pelea en Madrid; de pelea con el rey mismo: contra España toda, él solo, de pelea. Colón fue el primero que mandó a España a los indios en esclavitud, para pagar con ellos las ropas y comidas que traían a América los barcos españoles. Y en América había habido repartimiento de indios, y cada cual de los que vino de conquista, tomó en servidumbre su parte de la indiada, y la puso a trabajar para él, a morir para él, a sacar el oro de que estaban llenos los montes y los ríos. La reina, allá en España, dicen que era buena, y mandó a un gobernador que sacase a los indios de la esclavitud; pero los encomenderos le dieron al gobernador buen vino, y muchos regalos, y su porción en las ganancias, y fueron más que nunca los muertos, las manos cortadas, los siervos de las encomiendas, los que se echaban de cabeza al fondo de las minas. “Yo he visto traer a centenares maniatadas a estas amables criaturas, y darles muerte a todas juntas, como a las ovejas.” Fue a Cuba de cura con Diego Velázquez, y volvió de puro horror, porque antes que para hacer casas, derribaban los árboles para ponerlos de leñas a las quemazones de los taínos. En una isla donde había quinientos mil, “vio con sus ojos” los indios que quedaban: once. Eran aquellos conquistadores soldados bárbaros, que no sabían los mandamientos de la ley, ¡y tomaban a los indios de esclavos, para

enseñarles la doctrina cristiana, a latigazos y a mordidas! De noche, desvelado de la angustia, hablaba con su amigo Rentería, otro español de oro. ¡Al rey había que ir a pedir justicia, al rey Fernando de Aragón! Se embarcó en la galera de tres palos, y se fue a ver al rey.

Seis veces fue a España, con la fuerza de su virtud, aquel padre que “no probaba carne”. Ni al rey le tenía él miedo, ni a la tempestad. Se iba a cubierta cuando el tiempo era malo; y en la bonanza se estaba el día en el puente, apuntando sus razones en papel de hilo, y dando a que le llenaran de tinta el tintero de cuerno, “porque la maldad no se cura sino con decirla, y hay mucha maldad que decir, y la estoy poniendo donde no me la pueda negar nadie, en latín y en castellano”. Si en Madrid estaba el rey, antes que a la posada a descansar del viaje, iba al palacio. Si estaba en Viena, cuando el rey Carlos de los españoles era emperador de Alemania, se ponía un hábito nuevo, y se iba a Viena. Si era su enemigo Fonseca el que mandaba en la junta de abogados y clérigos que tenía el rey para las cosas de América, a su enemigo se iba a ver, y a ponerle pleito al Consejo de Indias. Si el cronista Oviedo, el de la “Natural Historia de las Indias”, había escrito de los americanos las falsedades que los que tenían las encomiendas le mandaban poner, le decía a Oviedo mentiroso, aunque le estuviera el rey pagando por escribir las mentiras. Si Sepúlveda, que era el maestro del rey Felipe, defendía en sus “Conclusiones” el derecho de la corona a repartir como siervos, y a dar muerte a los indios, porque no eran cristianos, a Sepúlveda le decía que no tenían culpa de estar sin la cristiandad los que no sabían que hubiera Cristo, ni conocían las lenguas en que de Cristo se hablaba, ni tenían más noticia de Cristo que la que les habían llevado los arcabuces. Y si el rey en persona le arrugaba las cejas, como para cortarle el discurso, crecía unas cuantas pulgadas a la vista del rey, se le ponía ronca y fuerte la voz, le temblaba en el puño el sombrero, y al rey le decía, cara a cara, que el que manda a los hombres ha de cuidar de ellos, y si no los sabe cuidar, no los puede mandar, y que lo había de oír en paz, porque él no venía con manchas de oro en el vestido blanco, ni traía más defensa que la cruz.

O hablaba, o escribía, sin descanso. Los frailes dominicanos lo ayudaban, y en el convento de los frailes se estuvo ocho años, escribiendo. Sabía religión y leyes, y autores latinos, que era cuanto en su tiempo se aprendía; pero todo lo usaba hábilmente para defender el derecho del hombre a la libertad, y el deber de los gobernantes de respetárselo. Eso era mucho decir, porque por eso quemaban entonces a los hombres.

Llorente, que ha escrito la “Vida de Las Casas”, escribió también la “Historia de la Inquisición”, que era quien quemaba: el rey iba de gala a ver la quemazón, con la reina y los caballeros de la corte: delante de los condenados venían cantando los obispos, con un estandarte verde: de la hoguera salía un humo negro. Y Fonseca y Sepúlveda querían que “el clérigo” las Casas dijese en sus disputas algún pecado contra la autoridad de la Iglesia, para que los inquisidores lo condenaran por hereje. Pero “el clérigo” le decía a Fonseca: “¡Lo que yo digo es lo que dijo en su testamento la buena reina Isabel; y tú me quieres mal y me calumnias, porque te quito el pan de sangre que comes, y acuso la encomienda de indios que tienes en América!” Y a Sepúlveda, que ya era confesor de Felipe II, le decía: “Tú eres disputador famoso, y te llaman el Livio de España por tus historias; pero yo no tengo miedo al elocuente que habla contra su corazón, y que defiende la maldad, y te desafío a que me pruebes en plática abierta que los indios son malhechores y demonios, cuando son claros y buenos como la luz del día, e inofensivos y sencillos como las mariposas.” Y duró cinco días la plática con Sepúlveda. Sepúlveda empezó con desdén, y acabó turbado. El clérigo lo oía con la cabeza baja y los labios temblorosos, y se le veía hincharse la frente. En cuanto Sepúlveda se sentaba satisfecho, como el que hincó el alfiler donde quiso, se ponía el clérigo en pie, magnífico, regañón, confuso, apresurado. “¡No es verdad que los indios de México mataran cincuenta mil en sacrificios al año, sino veinte apenas, que es menos de lo que mata España en la horca!” “¡No es verdad que sean gente bárbara y de pecados horribles, porque no hay pecado suyo que no lo tengamos más los europeos; ni somos nosotros quién, con todos nuestros cañones y nuestra avaricia, para compararnos con ellos en tiernos y amigables; ni es para tratado como a fiera un pueblo que tiene virtudes, y poetas, y oficios, y gobierno, y artes!” “¡No es verdad, sino iniquidad, que el modo mejor que tenga el rey para hacerse de súbditos sea exterminarlos, ni el modo mejor de enseñar la religión a un indio sea echarlo en nombre de la religión a los trabajos de las bestias; y quitarle los hijos y lo que tiene de comer; y ponerlo a halar de la carga con la frente como los bueyes!” Y citaba versículos de la Biblia, artículos de la ley, ejemplos de la historia, párrafos de los autores latinos, todo revuelto y de gran hermosura, como caen las aguas de un torrente, arrastrando en la espuma las piedras y las alimañas del monte.

Solo estuvo en la pelea; solo cuando Fernando, que a nada se supo atrever, ni quería descontentar a los de la conquista, que le mandaban

a la corte tan buen oro; solo cuando Carlos V, que de niño lo oyó con veneración, pero lo engañaba después, cuando entró en ambiciones que requerían mucho gastar, y no estaba para ponerse por las “cosas del clérigo” en contra de los de América, que le enviaban de tributo los galeones de oro y joyas; solo cuando Felipe II, que se gastó un reino en procurarse otro, y lo dejó todo a su muerte envenenado y frío, como el agujero en que ha dormido la víbora. Si iba a ver al rey, se encontraba la antesala llena de amigos de los encomenderos, todos de seda y sombreros de plumas, con collares de oro de los indios americanos: al ministro no le podía hablar, porque tenía encomiendas él, y tenía minas, o gozaba los frutos de las que poseía en cabeza de otros. De miedo de perder el favor de la corte, no le ayudaban los mismos que no tenían en América interés. Los que más lo respetaban, por bravo, por justo, por astuto, por elocuente, no lo querían decir, o lo decían donde no los oyeran: porque los hombres suelen admirar al virtuoso mientras no los avergüenza con su virtud o les estorba las ganancias; pero en cuanto se les pone en su camino, bajan los ojos al verlo pasar, o dicen maldades de él, o dejan que otros las digan, o lo saludan a medio sombrero, y le van clavando la puñalada en la sombra. El hombre virtuoso debe ser fuerte de ánimo, y no tenerle miedo a la soledad, ni esperar a que los demás le ayuden, porque estará siempre solo: ¡pero con la alegría de obrar bien, que se parece al cielo de la mañana en la claridad!

Y como él era tan sagaz que no decía cosa que pudiera ofender al rey ni a la Inquisición, sino que pedía la bondad con los indios para bien del rey, y para que se hiciesen más de veras cristianos, no tenían los de la corte modo de negársele a las claras, sino que fingían estimarle mucho el celo, y una vez le daban el título de “Protector Universal de los Indios”, con la firma de Fernando, pero sin modo de que le ácatasen la autoridad de proteger; y otra, al cabo de cuarenta años de razonar, le dijeron que pusiera en papel las razones por que opinaba que no debían ser esclavos los indios; y otra le dieron poder para que llevase trabajadores de España a una colonia de Cumaná donde se había de ver a los indios con amor, y no halló en toda España sino cincuenta que quisieran ir a trabajar, los cuales fueron, con un vestido que tenía una cruz al pecho, pero no pudieron poner la colonia, porque el “adelantado” había ido antes que ellos con las armas, y los indios enfurecidos disparaban sus flechas de punta envenenada contra todo el que llevaba cruz. Y por fin le encargaron, como por entretenerlo, que pidiese las leyes que le parecían a él bien

para los indios, “¡cuantas leyes quisiera, pues que por ley más o menos no hemos de pelear!”, y él las escribía, y las mandaba el rey cumplir, pero en el barco iba la ley, y el modo de desobedecerla. El rey le daba audiencia, y hacía como que le tomaba consejo; pero luego entraba Sepúlveda, con sus pies blandos y sus ojos de zorra, a traer los recados de los que mandaban los galeones, y lo que se hacía de verdad era lo que decía Sepúlveda. Las Casas lo sabía, lo sabía bien; pero ni bajó el tono, ni se cansó de acusar, ni de llamar crimen a lo que era, ni de contar en su “Descripción” las “crueldades”, para que el rey mandara al menos que no fuesen tantas, por la vergüenza de que las supiera el mundo. El nombre de los malos no lo decía, porque era noble y les tuvo compasión. Y escribía como hablaba, con la letra fuerte y desigual, llena de chispazos de tinta, como caballo que lleva de jinete a quien quiere llegar pronto, y va levantando el polvo y sacando luces de la piedra.

Fue obispo por fin, pero no de Cusco, que era obispado rico, sino de Chiapas, donde por lo lejos que estaba el virrey, vivían los indios en mayor esclavitud. Fue a Chiapas, a llorar con los indios; pero no sólo a llorar, porque con lágrimas y quejas no se vence a los pícaros, sino a acusarlos sin miedo, a negarles la iglesia a los españoles que no cumplían con la ley nueva que mandaba poner libres a los indios, a hablar en los consejos del ayuntamiento, con discursos que eran a la vez tiernos y terribles, y dejaban a los encomenderos atrevidos como los árboles cuando ha pasado el vendaval. Pero los encomenderos podían más que él, porque tenían el gobierno de su lado; y le componían cantares en que le decían traidor y español malo; y le daban de noche músicas de cencerro, y le disparaban arcabuces a la puerta para ponerlo en temor, y le rodeaban el convento armados,—todos armados, contra un viejo flaco y solo. Y hasta le salieron al camino de Ciudad Real para que no volviera a entrar en la población. El venía a pie, con su bastón, y con dos españoles buenos, y un negro que lo quería como a padre suyo: porque es verdad que las Casas por el amor de los indios, aconsejó al principio de la conquista que se siguiese trayendo esclavos negros, que resistían mejor el calor; pero luego que los vio padecer, se golpeaba el pecho, y decía: “¡con mi sangre quisiera pagar el pecado de aquel consejo que di por mi amor a los indios!” Con su negro cariñoso venía, y los dos españoles buenos. Venía tal vez de ver cómo salvaba a la pobre india que se le abrazó a las rodillas a la puerta de su templo mexicano, loca de dolor porque los españoles le habían matado al marido de su corazón, que fue de noche a rezarles a los dioses: ¡y vio de pronto las Casas que eran indios los

centinelas que los españoles le habían echado para que no entrase! ¡El les daba a los indios su vida, y los indios venían a atacar a su salvador, porque se lo mandaban los que los azotaban! Y no se quejó, sino que dijo así: “Pues por eso, hijos míos, os tengo de defender más, porque os tienen tan martirizados que no tenéis ya valor ni para agradecer.” Y los indios, llorando, se echaron a sus pies, y le pidieron perdón. Y entró en Ciudad Real, donde los encomenderos lo esperaban, armados de arcabuz y cañón, como para ir a la guerra. Casi a escondidas tuvo que embarcarlo para España el virrey, porque los encomenderos lo querían matar. El se fue a su convento, a pelear, a defender, a llorar, a escribir. Y murió, sin cansarse, a los noventa y dos años.



LOS ZAPATICOS DE ROSA

A mademoiselle Marie: José Martí

Hay sol bueno y mar de espuma,
Y arena fina, y Pilar
Quiere salir a estrenar
Su sombrerito de pluma.

—“¡Vaya la niña divina!”
Dice el padre, y le da un beso:
“Vaya mi pájaro preso
A buscarme arena fina.”

—“Yo voy con mi niña hermosa”,
Le dijo la madre buena:
“¡No te manches en la arena
Los zapaticos de rosa!”

Fueron las dos al jardín
Por la calle del laurel:
La madre cogió un clavel
Y Pilar cogió un jazmín.

Ella va de todo juego,
 Con aro, y balde, y paleta:
 El balde es color violeta:
 El aro es color de fuego.



Vienen a verlas pasar:
 Nadie quiere verlas ir:
 La madre se echa a reír,
 Y un viejo se echa a llorar.

El aire fresco despeina
 A Pilar, que viene y va
 Muy oronda:—“¡Di, mamá!
 ¿Tú sabes qué cosa es reina?”

Y por si vuelven de noche
 De la orilla de la mar,
 Para la madre y Pilar
 Manda luego el padre el coche.

Está la playa muy linda:
 Todo el mundo está en la playa:
 Lleva espejuelos el aya
 De la francesa Florinda.

Está Alberto, el militar
 Que salió en la procesión
 Con tricornio y con bastón,
 Echando un bote a la mar.

¡Y qué mala, Magdalena
 Con tantas cintas y lazos,
 A la muñeca sin brazos
 Enterrándola en la arena!

Conversan allá en las sillas,
 Sentadas con los señores,
 Las señoras, como flores,
 Debajo de las sombrillas.

Pero está con estos modos
 Tan serios, muy triste el mar:
 ¡Lo alegre es allá, al doblar,
 En la barranca de todos!

Dicen que suenan las olas
 Mejor allá en la barranca,
 Y que la arena es muy blanca
 Donde están las niñas solas.

Pilar corre a su mamá:
 —“¡Mamá, yo voy a ser buena:
 Déjame ir sola a la arena:
 Allá, tú me ves, allá!”

—“¡Esta niña caprichosa!
 No hay tarde que no me enojés:
 Anda, pero no te mojes
 Los zapaticos de rosa.”



Le llega a los pies la espuma:
Gritan alegres las dos:
Y se va, diciendo adiós,
La del sombrero de pluma.

¡Se va allá, donde ¡muy lejos!
Las aguas son más salobres,
Donde se sientan los pobres,
Donde se sientan los viejos!

Se fue la niña a jugar,
La espuma blanca bajó,
Y pasó el tiempo, y pasó
Un águila por el mar,

Y cuando el sol se ponía
Detrás de un monte dorado,
Un sombrero callado
Por las arenas venía.

Trabaja mucho, trabaja
Para andar: ¿qué es lo que tiene
Pilar que anda así, que viene
Con la cabecita baja?

Bien sabe la madre hermosa
Por qué le cuesta el andar:
—“¿Y los zapatos, Pilar,
Los zapaticos de rosa?”

“¡Ah, loca! ¿en dónde estarán?
¡Di dónde, Pilar!”—“Señora”,
Dice una mujer que llora:
“¡Están conmigo: aquí están!”

“Yo tengo una niña enferma
Que llora en el cuarto oscuro
Y la traigo al aire puro
A ver el sol, y a que duerma

“Anoche soñó, soñó
Con el cielo, y oyó un canto:
Me dio miedo, me dio espanto,
Y la traje, y se durmió.

“Con sus dos brazos menudos
Estaba como abrazando;
Y yo mirando, mirando
Sus piecitos desnudos.

“Me llegó al cuerpo la espuma,
Alcé los ojos, y vi
Esta niña frente a mí
Con su sombrero de pluma.

—“¡Se parece a los retratos
Tu niña!” dijo: “¿Es de cera?
¿Quiere jugar? ¡si quisiera!...
¿Y por qué está sin zapatos?”

'Mira: ¡la mano le abrasa,
Y tiene los pies tan fríos!
¡Oh, toma, toma los míos:
Yo tengo más en mi casa!'

"No sé bien, señora hermosa,
Lo que sucedió después:
¡Le vi a mi hijita en los pies
Los zapaticos de rosa!"

Se vio sacar los pañuelos
A una rusa y a una inglesa;
El aya de la francesa
Se quitó los espejuelos.

Abrió la madre los brazos:
Se echó Pilar en su pecho,
Y sacó el traje deshecho,
Sin adornos y sin lazos.

Todo lo quiere saber
De la enferma la señora:
¡No quiere saber que llora
De pobreza una mujer!

—"¡Sí, Pilar, dáselo! ¡y eso
También! ¡tu manta! ¡tu anillo!"
Y ella le dio su bolsillo,
Le dio el clavel, le dio un beso.

Vuelven calladas de noche
A su casa del jardín:
Y Pilar va en el cojín
De la derecha del coche.

Y dice una mariposa
Que vio desde su rosal
Guardados en un cristal
Los zapaticos de rosa.

LA ULTIMA PAGINA

Este es el número de LA EDAD DE ORO, donde se ve lo viejo y lo nuevo del mundo, y se aprende cómo las cosas de guerra y de muerte no son tan bellas como las de trabajar: ¡a saber si el tiempo del Padre las Casas era mejor que el de la Exposición de París! ¿Y quién es mejor: Masicas, o Pilar? Sólo que en todo lo de esta vida hay siempre un desventurado. Y el desventurado de LA EDAD DE ORO es el artículo sobre la *Historia de la Cuchara, el Tenedor y el Cuchillo*, que en cada número se anuncia muy orondo, como si fuera una maravilla, y luego sucede que no queda lugar para él. Lo que le está muy bien empleado, por pedante, y por andarse anunciando así. Las cosas buenas se deben hacer sin llamar al universo para que lo vea a uno pasar. Se es bueno porque sí; y porque allá adentro se siente como un gusto cuando se ha hecho un bien, o se ha dicho algo útil a los demás. Eso es mejor que ser príncipe: ser útil. Los niños debían echarse a llorar, cuando ha pasado el día sin que aprendan algo nuevo, sin que sirvan de algo.

¡Quién sabe si sirve, quién sabe, el artículo de la Exposición de París! Pero va a suceder como con la Exposición, que de grande que es no se la puede ver toda, y la primera vez se sale de allí como con chispas y joyas en la cabeza, pero luego se ve más despacio, y cada hermosura va apareciendo entera y clara entre las otras. Hay que leerlo dos veces: y leer luego cada párrafo suelto: lo que hay que leer, sobre todo, con mucho cuidado, es lo de los pabellones de nuestra América. Una pena tiene LA EDAD DE ORO; y es que no pudo encontrar lámina del pabellón del Ecuador. ¡Está triste la mesa cuando falta uno de los hermanos!



¡Buenos días, mamá!

¡Buenos días, mamá! (grabado)

Un paseo por la tierra de los anamitas, con cuatro dibujos:

TEXTO:—El cuento de los cuatro ciegos.—Anam y los extranjeros.—Anam, Siam y China.—Cómo se visten los anamitas, y con qué trabajan.—Sus pagodas y su dios Buda.—La religión de Buda.—El teatro anamita.—Las cosas raras del teatro anamita

DIBUJOS:—Un dios de Anam.—Una fiesta en la pagoda.—El teatro anamita.—Los tres sacerdotes

Historia de la cuchara y el tenedor, con cuatro dibujos

La muñeca negra, cuento, con tres dibujos

Cuentos de elefantes

Los dos ruiseñores:

Versión libre de un cuento de Andersen

La Galería de las Máquinas, con un dibujo

La última página

UN PASEO POR LA TIERRA DE LOS ANAMITAS

Cuentan un cuento de cuatro hindús ciegos, de allá del Indostán de Asia, que eran ciegos desde el nacer, y querían saber cómo era un elefante. “Vamos, dijo uno, adonde el elefante manso de la casa del rajá, que es príncipe generoso, y nos dejará saber cómo es.” Y a casa del príncipe se fueron, con su turbante blanco y su manto blanco; y oyeron en el camino rugir a la pantera y graznar al faisán de color de oro, que es como un pavo con dos plumas muy largas en la cola; y durmieron de noche en las ruinas de piedra de la famosa Jehanabad, donde hubo antes mucho comercio y poder; y pasaron por sobre un torrente colgándose mano a mano de una cuerda, que estaba a los dos lados levantada sobre una horquilla, como la cuerda floja en que bailan los gimnastas en los circos; y un carretero de buen corazón les dijo que se subieran en su carreta, porque su buey giboso de astas cortas era un buey bonazo, que debió ser algo así como abuelo en otra vida, y no se enojaba porque se le subieran los hombres encima, sino que miraba a los caminantes como convidándoles a entrar en el carro. Y así llegaron los cuatro ciegos al palacio del rajá, que era por fuera como un castillo, y por dentro como una caja de piedras preciosas, lleno todo de cojines y de colgaduras, y el techo bordado, y las paredes con florones de esmeraldas y zafiros, y las sillas de marfil, y el trono del rajá de marfil y de oro. “Venimos, señor rajá, a que nos deje ver con nuestras manos, que son los ojos de los pobres ciegos, cómo es de figura un elefante manso.” “Los ciegos son santos”, dijo el rajá, “los hombres que desean saber son santos: los hombres deben aprenderlo todo por sí mismos, y no creer sin preguntar, ni hablar sin entender, ni pensar como esclavos lo que les mandan pensar otros: vayan los cuatro ciegos a ver con sus manos el elefante manso.” Echaron a correr los cuatro, como si les hubiera vuelto de repente la vista: uno cayó de nariz sobre las gradas

del trono del rajá: otro dio tan recio contra la pared que se cayó sentado, viendo si se le había ido en el coscorrón algún retazo de cabeza: los otros dos, con los brazos abiertos, se quedaron de repente abrazados. El secretario del rajá los llevó adonde el elefante manso estaba, comiéndose su ración de treinta y nueve tortas de arroz y quince de maíz, en una fuente de plata con el pie de ébano; y cada ciego se echó, cuando el secretario dijo “¡ahora!”, encima del elefante, que era de los pequeños y regordetes: uno se le abrazó por una pata: el otro se le prendió a la trompa, y subía en el aire y bajaba, sin quererla soltar: el otro le sujetaba la cola: otro tenía agarrada un asa de la fuente del arroz y el maíz. “Ya sé”, decía el de la pata: “el elefante es alto y redondo, como una torre que se mueve.” “¡No es verdad!”, decía el de la trompa: “el elefante es largo, y acaba en pico, como un embudo de carne.” “¡Falso y muy falso”, decía el de la cola: “el elefante es como un badajo de campana!” “Todos se equivocan, todos; el elefante es de figura de anillo, y no se mueve”, decía el del asa de la fuente. Y así son los hombres, que cada uno cree que sólo lo que él piensa y ve es la verdad, y dice en verso y en prosa que no se debe creer sino lo que él cree, lo mismo que los cuatro ciegos del elefante, cuando lo que se ha de hacer es estudiar con cariño lo que los hombres han pensado y hecho, y eso da un gusto grande, que es ver que todos los hombres tienen las mismas penas, y la historia igual, y el mismo amor, y que el mundo es un templo hermoso, donde caben en paz los hombres todos de la tierra, porque todos han querido conocer la verdad, y han escrito en sus libros que es útil ser bueno, y han padecido y peleado por ser libres, libres en su tierra, libres en el pensamiento.

También, y tanto como los más bravos, pelearon, y volverán a pelear, los pobres anamitas, los que viven de pescado y arroz y se visten de seda, allá lejos, en Asia, por la orilla del mar, debajo de China. No nos parecen de cuerpo hermoso, ni nosotros les parecemos hermosos a ellos: ellos dicen que es un pecado cortarse el pelo, porque la naturaleza nos dio pelo largo, y es un presumido el que se crea más sabio que la naturaleza, así que llevan el pelo en moño, lo mismo que las mujeres: ellos dicen que el sombrero es para que dé sombra, a no ser que se le lleve como señal de mando en la casa del gobernador, que entonces puede ser casquete sin alas: de modo que el sombrero anamita es como un cucurucho, con el pico arriba, y la boca muy ancha: ellos dicen que en su tierra caliente se ha de vestir sueito y ligero, de modo que llegue al cuerpo el aire, y no tener al cuerpo preso entre lanas y casimires, que se beben los rayos

del sol, y sofocan y arden: ellos dicen que el hombre no necesita ser de espaldas fuertes, porque los cambodios son más altos y robustos que los anamitas, pero en la guerra los anamitas han vencido siempre a sus vecinos los cambodios; y que la mirada no debe ser azul, porque el azul engaña y abandona, como la nube del cielo y el agua del mar; y que el color no debe ser blanco, porque la tierra, que da todas las hermosuras, no es blanca, sino de los colores de bronce de los anamitas; y que los

hombres no deben llevar barba, que es cosa de fieras: aunque los franceses, que son ahora los amos de Anam, responden que esto de la barba no es más que envidia, porque bien que se deja el anamita el poco bigote que tiene: ¿y en sus teatros, quién hace de rey, sino el que tiene la barba más larga? ¿y el mandarín, no sale a las tablas con bigotes de tigre? ¿y los generales, no llevan barba colorada? “¿Y para qué necesitamos tener los ojos más grandes”, dicen los anamitas, “ni más juntos a la nariz?: con estos ojos de almendra que tenemos, hemos fabricado el Gran Buda de Hanoi, el dios de bronce, con cara que parece viva, y alto como una torre; hemos levantado la pagoda de Angkor, en un bosque de paimas, con corredores de a dos leguas, y lagos en los patios, y una casa en la pagoda para cada dios, y mil quinientas columnas, y

calles de estatuas; hemos hecho en el camino de Saigón a Cholen, la pagoda donde duermen, bajo una corona de torres caladas, los poetas que cantaron el patriotismo y el amor, los santos que vivieron entre los hombres con bondad y pureza, los héroes que pelearon por libertarnos de los cambodios, de los siameses y de los chinos: y nada se parece tanto a la luz como los colores de nuestras túnicas de seda. Usamos moño, y sombrero de pico, y calzones anchos, y blusón de color, y somos amarillos, chatos, canijos y feos; pero trabajamos a la vez el bronce y la seda: y



Un dios de Anam

cuando los franceses nos han venido a quitar nuestro Hanoi, nuestro Hue, nuestras ciudades de palacios de madera, nuestros puertos llenos de casas de bambú y de barcos de junco, nuestros almacenes de pescado y arroz, todavía, con estos ojos de almendra, hemos sabido morir, miles sobre miles, para cerrarles el camino. Ahora són nuestros amos; pero mañana ¡quién sabe!”

Y se pasean callados, a paso igual y triste, sin sorprenderse de nada, aprendiendo lo que no saben, con las manos en los bolsillos de la blusa: de la blusa azul, sujeta al cuello con un botón de cristal amarillo: y por zapato llevan una suela de cordón, atada al tobillo con cintas. Ese es el traje del pescador; del que fabrica las casas de caña, con el techo de paja de arroz; del marino ligero, en su barca de dos puntas; del ebanista, que maneja la herramienta con los pies y las manos, y embute los adornos de nácar en las camas y sillas de madera preciosa; del tejedor, que con los hilos de plata y de oro borda pájaros de tres cabezas, y leones con picos y alas, y cigüeñas con ojos de hombre, y dioses de mil brazos: ése es el traje del pobre cargador, que se muere joven del cansancio de halar la *djirincka*, que es el coche de dos ruedas, de que va halando el anamita pobre: trota, trota como un caballo: más que el caballo anda, y más aprisa: ¡y dentro, sin pena y sin vergüenza, va un hombre sentado!: como los caballos se mueren después, del mal de correr, los pobres cargadores. Y de beber clarete y borgoña, y del mucho comer, se mueren, colorados y gordos, los que se dejan halar en la *djirincka*, echándose aire con el abanico; los militares ingleses, los empleados franceses, los comerciantes chinos.

¿Y ese pueblo de hombres trotones es el que levantó las pagodas de tres pisos, con lagos en los patios, y casas para cada dios, y calles de estatuas; el que fabricó leones de porcelana y gigantes de bronce; el que tejió la seda con tanto color que centellea al sol, como una capa de brillantes? A eso llegan los pueblos que se cansan de defenderse: a halar como las bestias del carro de sus amos: y el amo va en el carro, colorado y gordo. Los anamitas están ahora cansados. A los pueblos pequeños les cuesta mucho trabajo vivir. El pueblo anamita se ha estado siempre defendiendo. Los vecinos fuertes, el chino y el siamés, lo han querido conquistar. Para defenderse del siamés, entró en amistad con el chino, que le dijo muchos amores, y lo recibió con procesiones y fuegos y fiestas en los ríos, y le llamó “querido hermano”. Pero luego que entró en la tierra de Anam, lo quiso mandar como dueño, hace como dos mil años: ¡y dos mil años hace que los anamitas se están defendiendo de los chinos!

Y con los franceses les sucedió así también, porque con esos modos de mando que tienen los reyes no llegan nunca los pueblos a crecer, y más allá, que es como en China, donde dicen que el rey es hijo del cielo, y creen pecado mirarlo cara a cara, aunque los reyes saben que son hombres como los demás, y pelean unos contra otros para tener más pueblo: y riquezas: y los hombres mueren sin saber por qué, defendiendo a un rey o a otro. En una de esas peleas de reyes andaba por Anam un obispo francés, que hizo creer al rey vencido que Luis XVI de Francia le daría con qué pelear contra el que le quitó el mando al de Anam: y el obispo se fue a Francia con el hijo del rey, y luego vino solo, porque con la revolución que había en París no lo podía Luis XVI ayudar; juntó a los franceses que había por la India de Asia: entró en Anam; quitó el poder al rey nuevo; puso al rey de antes a mandar. Pero quien mandaba de veras eran los franceses, que querían para ellos todo lo del país, y quitaban lo de Anam para poner lo suyo, hasta que Anam vio que aquel amigo de afuera era peligroso, y valía más estar sin el amigo, y lo echó de una pelea de la tierra, que todavía sabía pelear: sólo que los franceses vinieron luego con mucha fuerza, y con cañones en sus barcos de combate, y el anamita no se pudo defender en el mar con sus barcos de junco, que no tenían cañones; ni pudo mantener sus ciudades, porque con lanzas no se puede pelear contra balas; y por Saigón, que fue por donde entró el francés, hay poca piedra con que fabricar murallas; ni estaba el anamita acostumbrado a ese otro modo de pelear, sino a sus guerras de hombre a hombre, con espada y lanza, pecho a pecho los hombres y los caballos. Pueblo a pueblo se ha estado defendiendo un siglo entero del francés, huyéndole unas veces, otras cayéndole encima, con todo el empuje de los caballos, y despedazándole el ejército: China le mandó sus jinetes de pelea, porque tampoco quieren los chinos al extranjero en su tierra, y echarlo de Anam era como echarlo de China: pero el francés es de otro mundo, que sabe más de guerras y de modos de matar; y pueblo a pueblo, con la sangre a la cintura, les ha ido quitando el país a los anamitas.

Los anamitas se pasean, callados, a paso igual y triste, con las manos en los bolsillos de la blusa azul. Trabajan. Parecen plateros finos en todo lo que hacen, en la madera, en el nácar, en la armería, en los tejidos, en las pinturas, en los bordados, en los arados. No aran con caballo ni con buey, sino con búfalo. La tela de los vestidos la pintan a mano. Con los cuchillos de tallar labran en la madera dura pueblos enteros, con la casa al fondo, y los barcos navegando en el río, y la gente a miles en

los barcos, y árboles, y faroles, y puentes, y botes de pescadores, todo tan menudo como si lo hubieran hecho con la uña. La casa es como para enanos, y tan bien hecha que parece casa de juguete, toda hecha de piezas. Las paredes, las pintan: los techos, que son de madera, los tallan con mucha labor, como las paredes de afuera: por todos los rincones hay vasos de porcelana, y los grifos de bronce con las alas abiertas, y pantallas de seda bordada, con marcos de bambú. No hay casa sin su ataúd, que es allá un mueble de lujo, con los adornos de nácar: los hijos buenos le dan al padre como regalo un ataúd lujoso, y la muerte es allá como una fiesta, con su música de ruido y sus cantares de pagoda: no les parece que la vida es propiedad del hombre, sino préstamo que le hizo la naturaleza, y morir no es más que volver a la naturaleza de donde se vino, y en la que todo es como hermano del hombre; por lo que suele el que muere decir en su testamento que pongan un brazo o una pierna suya adonde lo puedan picar los pájaros, y devorarlo las fieras, y deshacerlo los animales invisibles que vuelan en el viento. Desde que viven en la esclavitud, van mucho los anamitas a sus pagodas, porque allí les hablan los sacerdotes de los santos del país, que no son los santos de los franceses: van mucho a los teatros, donde no les cuentan cosas de reír, sino la historia de sus generales y de sus reyes: ellos oyen encucillados, callados, la historia de las batallas.

Por dentro es la pagoda como una cinceladura, con encajes de madera pintada de colores alrededor de los altares; y en las columnas sus mandamientos y sus bendiciones en letras plateadas y doradas; y los santos de oro, familias enteras de santos, en el altar tallado. Delante van y vienen los sacerdotes, con sus manteos de tisú precioso, o de seda verde y azul, y el bonete de tejido de oro, uno con la flor del loto, que es la flor de su dios, por lo hermosa y lo pura, y otro cargándole el manto al de la flor, y otros cantando: detrás van los encapuchados, que son sacerdotes menores, con músicas y banderines, coreando la oración: en el altar, con sus mitras brillantes, ven la fiesta los dioses sentados. Buda es su gran dios, que no fue dios cuando vivió de veras, sino un príncipe bueno, tan fuerte de cuerpo que mano a mano echaba por tierra a leones jóvenes, y tan hermoso que lo quería como a su corazón el que lo veía una vez, y de tanto pensamiento que no podían los doctores discutir con él, porque de niño sabía más que los doctores más sabios y viejos. Y luego se casó, y quería mucho a su mujer y a su hijo; pero una tarde que salió en su carro de perlas y plata a pasear, vio a un viejo pobre, vestido de harapos, y volvió del paseo triste: y otra tarde vio a un

moribundo, y no quiso pasear más: y otra tarde vio a un muerto, y su tristeza fue ya mucha: y otra vio a un monje que pedía limosnas, y el corazón le dijo que no debía andar en carro de plata y de perlas, sino pensar en la vida, que tenía tantas penas, y vivir solo, donde se pudiera



Una fiesta en la pagoda

pensar, y pedir limosna para los infelices, como el monje. Tres veces le dio en su palacio la vuelta a la cama de su mujer y de su hijo, como si fuera un altar, y sollozó: y sintió como que el corazón se le moría en el pecho. Pero se fue, en lo oscuro de la noche, al monte, a pensar

en la vida, que tenía tanta pena, a vivir sin deseos y sin mancha, a decir sus pensamientos a los que se los querían oír, a pedir limosna para los pobres, como el monje. Y no comía, más que lo que un pájaro: y no bebía, más que para no morir de sed: y no dormía, sino sobre la tierra de su cabaña: y no andaba, sino con los pies descalzos. Y cuando el demonio Mara le venía a hablar de la hermosura de su mujer, y de las gracias de su niño, y de la riqueza de su palacio, y de la arrogancia de mandar en su pueblo como rey, él llamaba a sus discípulos, para consagrarse otra vez ante ellos a la virtud: y el demonio Mara huía espantado. Esas son cosas que los hombres sueñan, y llaman demonios a los consejos malos que vienen del lado feo del corazón; sólo que como el hombre se ve con cuerpo y nombre, pone nombre y cuerpo, como si fuesen personas, a todos los poderes y fuerzas que imagina: ¡y ése es poder de veras, el que viene de lo feo del corazón, y dice al hombre que viva para sus gustos más que para sus deberes, cuando la verdad es que no hay gusto mayor, no hay delicia más grande, que la vida de un hombre que cumple con su deber, que está lleno alrededor de espinas!: ¿pero qué es más bello, ni da más aromas que una rosa? Del monte volvió Buda, porque pensó, después de mucho pensar, que con vivir sin comer y beber no se hacía bien a los hombres, ni con dormir en el suelo, ni con andar descalzo, sino que estaba la salvación en conocer las cuatro verdades, que dicen que la vida es toda de dolor, y que el dolor viene de desear, y que para vivir sin dolor es necesario vivir sin deseo, y que el dulce nirvana, que es la hermosura como de luz que le da al alma el desinterés, no se logra viviendo, como loco o glotón, para los gustos de lo material, y para amontonar a fuerza de odio y humillaciones el mando y la fortuna, sino entendiendo que no se ha de vivir para la vanidad, ni se ha de querer lo de otros y guardar rencor, ni se ha de dudar de la armonía del mundo o ignorar nada de él o mortificarse con la ofensa y la envidia, ni se ha de reposar hasta que el alma sea como una luz de aurora, que llena de claridad y hermosura al mundo, y lllore y padezca por todo lo triste que hay en él, y se vea como médico y padre de todos los que tienen razón de dolor: es como vivir en un azul que no se acaba, con un gusto tan puro que debe ser lo que se llama gloria, y con los brazos siempre abiertos. Así vivió Buda, con su mujer y con su hijo, luego que volvió del monte. Después sus discípulos, que eran muchos, empezaron a vivir de lo que la gente les daba, porque les hablasen de las verdades de Buda, y de sus hazañas cuando era príncipe, y de cómo vivió en el monte; y el rey vio que en el nombre de Buda había poder, porque la gente miraba

todo lo de Buda como cosa del cielo, tan hermoso que no podía ser hombre el que vivió y habló así. Mandó el rey juntar a los discípulos, para que pusiesen en libros la historia y los sermones y los consejos de Buda; y puso a los discípulos a sueldo, para que el pueblo viese juntos el poder del rey y el del cielo, de donde creía el pueblo que había venido al mundo Buda. Hubo unos discípulos que hicieron lo que el rey quería, y salieron con el ejército del rey a quitarles a los países de los alrededores la libertad, con el pretexto de que les iban a enseñar las verdades de Buda, que habían venido del cielo: y hubo otros que dijeron que eso era engaño de los discípulos y robo del rey, y que la libertad de un pueblo pequeño es más necesaria al mundo que el poder de un rey ambicioso, y la mentira de los sacerdotes que sirven al rey por su dinero, y que si Buda hubiera vivido, habría dicho la verdad, que él no vino del cielo sino como vienen los hombres todos, que traen el cielo en sí mismos, y lo ven, como se ve el sol, cuando, por el cariño a los hombres y la honradez, llegan a ser como si no fuesen de carne y de hueso, sino de claridad, y al malo le tienen compasión, como a un enfermo a quien se ha de curar, y al bueno le dan fuerzas, para que no se canse de animar y de servir al mundo: ¡ése sí que es cielo, y gusto divino! Pero los discípulos que estaban con el rey pudieron más; y el rey les mandó hacer pagodas de muchas torres, donde ponían a Buda de dios en el altar, y los discípulos se mandaron hacer túnicas de seda y mantos con mucho oro y bonetes de picos, y a los discípulos más famosos los fueron enterrando en las pagodas, con sus estatuas sobre la sepultura, y les encendían luces de día y de noche, y la gente iba a arrodillarse delante de ellos, para que les consolaran las penas que da el mundo, y les dieran lo que deseaban tener en la tierra, y los recomendaran a Buda en la hora de morir. Miles de años han pasado, y hay miles de pagodas. Allí van los anamitas tristes, que ya no encuentran en la tierra ayuda, y la van a pedir a lo desconocido del cielo.

Y al teatro van para que no se les acabe la fuerza del corazón. ¡En el teatro no hay franceses! En el teatro les cuentan los cómicos las historias de cuando Anam era país grande, y de tanta riqueza que los vecinos lo querían conquistar; pero había muchos reyes, y cada rey quería las tierras de los otros, así que en las peleas se gastó el país, y los de afuera, los chinos, los de Siam, los franceses, se juntaban con el caído para quitar el mando al vencedor, y luego se quedaban de amos, y tenían en odio a los partidos de la pelea, para que no se juntasen contra el de afuera, como se debían juntar, y lo echaran por entrometido y

alevoso, que viene como amigo, vestido de paloma, y en cuanto se ve en el país se quita las plumas, y se le ve como es, tigre ladrón. En Anam el teatro no es de lo que sucede ahora, sino la historia del país; y la guerra que el bravo An-Yang le ganó al chino Chau-Tu; y los combates de las dos mujeres, Cheng Tseh y Cheng Urh, que se vistieron de guerreras, y montaron a caballo, y fueron de generales de la gente de Anam, y echaron de sus trincheras a los chinos; y las guerras de los reyes, cuando el hermano del rey muerto quería mandar en Anam, en lugar de su sobrino, o venía el rey de lejos a quitarle la tierra al rey Hue. Los anamitas, encucillados, oyen la historia, que no cuentan los cómicos hablando o cantando, como en los dramas o en las óperas, sino con una música de mucho ruido que no deja oír lo que dicen los cómicos, que vienen vestidos con túnicas muy ricas, bordadas de flores y pájaros que nunca se han visto, con cascos de oro muy labrados en la cabeza, y alas en la cintura, cuando son generales, y dos plumas muy largas en el casco, si son príncipes: y si son gente así, de mucho poder, no se sientan en las sillas de siempre, sino en sillas muy altas. Y cuentan, y pelean, y saludan, y conversan, y hacen que toman té, y entran por la puerta de la derecha, y salen por la puerta de la izquierda: y la música toca sin parar, con sus platillos y su timbalón y su clarín y su violinete; y es un tocar extraño, que parece de aullidos y de gritos sin arreglo y sin orden, pero se ve que tiene un tono triste cuando se habla de muerte, y otro como de ataque cuando viene un rey de ganar una batalla, y otro como de procesión de mucha alegría cuando se casa la princesa, y otro como de truenos y de ruido cuando entra, con su barba blanca, el gran sacerdote y cada tono lo adornan los músicos como les parece bien, inventando el acompañamiento según lo van tocando, de modo que parece que es música sin regla, aunque si se pone bien el oído se ve que la regla de ellos es dejarle la idea libre al que toca, para que se entusiasme de veras con los pensamientos del drama, y ponga en la música la alegría, o la pena, o la poesía, o la furia que sienta en el corazón, sin olvidarse del tono de la música vieja, que todos los de la orquesta tienen que saber, para que haya una guía en medio del desorden de su invención, que es mucho de veras, porque el que no conoce sus tonos no oye más que los tamborazos y la algarabía; y así sucede en los teatros de Anam que a un europeo le da dolor de cabeza, y le parece odiosa, la música que al anamita que está junto a él le hace reír de gusto, o llorar de la pena, según estén los músicos contando la historia del letrado pobre que a fuerza de ingenio se fue burlando de los consejeros del rey, hasta que el

consejero llegó a ser el pobre,—o la otra historia triste del príncipe que se arrepintió de haber llamado al extranjero a mandar en su país, y se dejó morir de hambre a los pies de Buda, cuando no había remedio ya, y habían entrado a miles en la tierra cobarde los extranjeros ambiciosos, y mandaban en el oro y las fábricas de seda, y en el reparto de las tierras, y en el tribunal de la justicia los extranjeros, y los hijos mismos de la tierra ayudaban al extranjero a maltratar al que defendía con el



Los tres sacerdotes

corazón la libertad de la tierra: la música entonces toca bajo y despacio, y como si llorase, y como si se escondiese debajo de la tierra: y los actores, como si pasase un entierro, se cubren con las mangas del traje las caras. Y así es la música de sus dramas de historia, y de los de pelea, y de los de casamiento, mientras los actores gritan y andan delante de los músicos en el escenario, y los generales se echan por la tierra, para figurar que están muertos, o pasan la pierna derecha por sobre la espalda de una silla, para decir que van a montar a caballo, o entran por entre unas cortinas el novio y la princesa, para que se sepa que se acaban de casar. Porque el teatro es un salón abierto, sin las bambalinas ni bastidores, y sin aparatos ni pinturas: sino que cuando la escena va a cambiar, sale un regidor de blusa y turbante, y se lo dice al público, o pone una mesa, que quiere decir banquete, o cuelga una lanza al fondo,

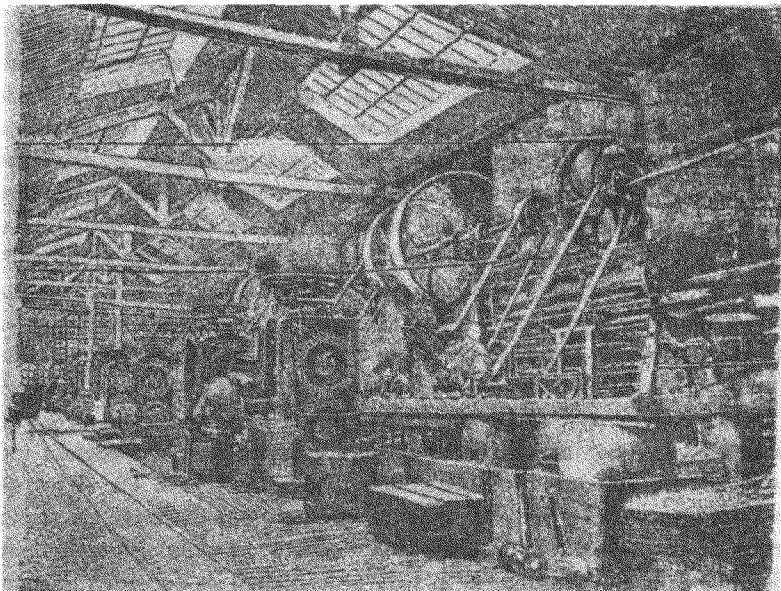
que quiere decir batalla, o sopla el alcohol que trae en la boca sobre una antorcha encendida, lo que quiere decir que hay incendio. Y este de la blusa, que anda poniendo y quitando, sale y entra entre los que hacen de príncipes de seda y generales de oro, de mil años atrás, cuando los parientes del príncipe Ly-Tieng-Vuong querían darle a beber una taza de té envenenado. Allá adentro, en lo que no se ve del teatro, hay como un mostrador, con cajas de pintarse y espejos en la pared, y un rosarió de barbas, de donde el que hace de loco toma la amarilla, y la colorada el que hace de fiero, y la negra el que hace de rey hermoso, y el que hace de viejo toma la barba blanca. Y se pinta la cara el que hace de gobernador, de colorado y de negro. Por encima de todo, en lo más alto de la pared, hay una estatua de Buda. Al salir del teatro, los anamitas van hablando mucho, como enojados, como si quisieran echar a correr, y parece que quieren convencer a sus amigos cobardes, y que los amenazan. De la pagoda salen callados, con la cabeza baja, con las manos en los bolsillos de la blusa azul. Y si un francés les pregunta algo en el camino, le dicen en su lengua: "No sé". Y si un anamita les habla de algo en secreto, le dicen: "¡Quién sabe!"

HISTORIA DE LA CUCHARA Y EL TENEDOR

¡Cuentan las cosas con tantas palabras raras, y uno no las puede entender!: como cuando le dicen ahora a uno en la Exposición de París: "Tome una *djirincka*—¡*djirincka!*—y vea en un momento todo lo de la Explanada": ¡pero primero le tienen que decir a uno lo que es *djirincka!* Y por eso no entiende uno las cosas: porque no entiende uno las palabras en que se las dicen. Y luego, que no se lo han de decir a uno todo de la primera vez, porque es tanto que no se lo puede entender todo, como cuando entra uno en una catedral, que de grande que es no ve uno más que los pilares y los arcos, y la luz allá arriba, que entra como jugando por los cristales; y luego, cuando uno ha estado muchas veces, ve claro en la oscuridad, y anda como por una casa conocida. Y no es que uno no quiere saber; porque la verdad es que da vergüenza ver algo y no entenderlo, y el hombre no ha de descansar hasta que no entienda todo lo que ve. La muerte es lo más difícil de entender; pero los viejos que han sido buenos dicen que ellos saben lo que es, y por eso están tranquilos, porque es como cuando va a salir el sol, y todo se pone en el mundo fresco y de unos colores hermosos. Y la vida no es difícil de entender tampoco. Cuando uno sabe para lo que sirve todo lo que da la tierra, y sabe lo que han hecho los hombres en el mundo, siente uno deseos de hacer más que ellos todavía: y eso es la vida. Porque los que se están con los brazos cruzados, sin pensar y sin trabajar, viviendo de lo que otros trabajan, éstos comen y beben como los demás hombres, pero en la verdad de la verdad, éstos no están vivos.

Los que están vivos de veras son los que nos hacen los cubiertos de comer, que parecen de plata, y no son de plata pura, sino de una mezcla de metales pobres, a la que le ponen encima con la electricidad uno como baño de plata. Esos sí que trabajan, y hay taller que hace al día cuatrocientas docenas de cubiertos, y tiene como más de mil trabajadores: y muchos son mujeres, que hacen mejor que el hombre todas las cosas

de finura y elegancia. Nosotros, los hombres, somos como el león del mundo, y como el caballo de pelear, que no está contento ni se pone hermoso sino cuando huele batalla, y oye ruido de sables y cañones. La mujer no es como nosotros, sino como una flor, y hay que tratarla así, con mucho cuidado y cariño, porque si la tratan mal, se muere pronto, lo mismo que las flores. Para lo delicado tienen mujeres en esas obras de platería, para limar las piezas finas, para bordarlas como encaje, con



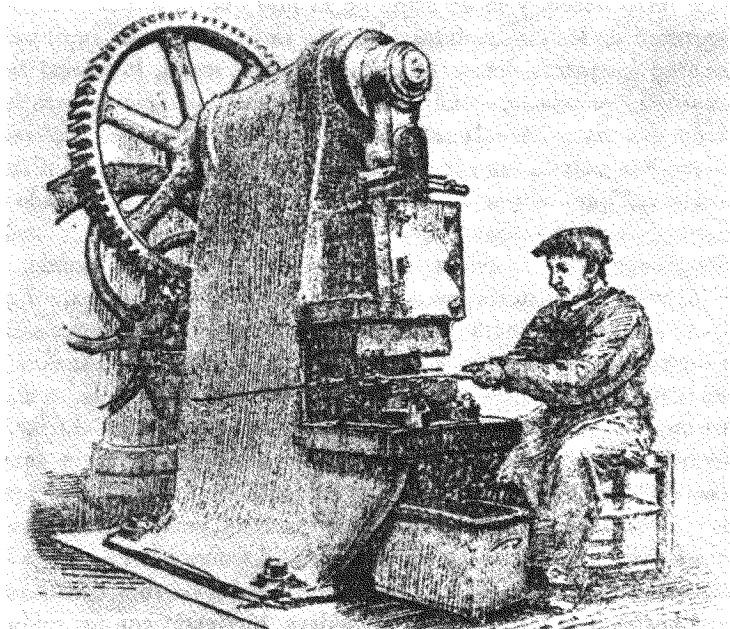
una sierra que va cortando la plata en dibujos, como esas máquinas de labrar relojes y cestos y estantes de madera blanda. Pero para lo fuerte tienen hombres; para hervir los metales, para hacer ladrillos de ellos, para ponerlos en la máquina delgados como hoja de papel. para las máquinas de recortar en la hoja muchas cucharas y tenedores a la vez, para platearlos en la artesa, donde está la plata hecha agua, de modo que no se la ve, pero en cuanto pasa por la artesa la electricidad, se echa toda sobre las cucharas y los tenedores, que están dentro colgados en hilera de un madero, como las púas de un peine.

Y ya vamos contando la Historia de la Cuchara y el Tenedor. Antes hacían de plata pura todo lo de la mesa, y las jarras y fruterías que se

hacen hoy en máquina: no más que para darle figura de jarra a un redondel de plata estaba el pobre hombre dándole con el martillo alrededor de una punta del yunque, hasta que empezaba a tener figura de jarrón, y luego lo hundía de un lado y lo iba anchando de otro, hasta que quedaba redondo de abajo y estrecho en la boca, y luego, a fuerza de mano, le iba bordando de adentro los dibujos y las flores. Ahora se hace con máquina todo eso, y de un vuelo de la rueda queda el redondel hecho un jarro hueco, y lo de mano no es más que lo último, cuando va al dibujo fino de los cinceladores. De esto se puede hablar aquí, porque donde hacen los jarros, hacen los cubiertos; y el metal, lo mismo tienen que hervirlo, y mezclarlo, y enfriarlo, y aplastarlo en láminas para hacer un jarrón que para hacer una cuchara de té. Es hermoso ver eso, y parece que está uno en las entrañas de la tierra, allá donde está el fuego como el mar, que rebosa a veces y quiere salir, que es cuando hay terremotos, y cuando echan humo y agua caliente y cenizas y lava los volcanes, como si se estuviera quemando por adentro el mundo. Eso parece el taller de platería cuando están derritiendo el metal. En un horno se cocinan las piedras, que dan humo y se van desmoronando, y parecen cera que se derrite, y como un agua turbia. En una caldera hierven juntos el níquel, el cobre y el zinc, y luego enfrían la mezcla de los tres metales, y la cortan en barras antes que se acabe de enfriar. No se sabe qué es; pero uno ve con respeto, y como con cariño, a aquellos hombres de delantal y cachucha que sacan con la pala larga de un horno a otro el metal hirviente; tienen cara de gente buena, aquellos hombres de cachucha: ya no es piedra el metal, como era cuando lo trajó el carretón, sino que lo que era piedra se ha hecho barro y ceniza con el calor del horno, y el metal está en la caldera, hirviendo con un ruido que parece susurro, como cuando se tiende la espuma por la playa, o sopla un aire de mañana en las hojas del bosque. Sin saber por qué, se calla uno, y se siente como más fuerte, en el taller de las calderas.

Y después, es como un paseo por una calle de máquinas. Todas se están moviendo a la vez. El vapor es el que las hace andar, pero no tiene cada máquina debajo la caldera del agua, que da el vapor: el vapor está allá, en lo hondo de la platería, y de allí mueve unas correas anchas, que hacen dar vueltas a las ruedas de andar, y en cuanto se mueve la rueda de andar en cada máquina, andan las demás ruedas. La primera máquina se parece a una prensa de enjugar la ropa, donde la ropa sale exprimida entre dos cilindros de goma: allí los cilindros no son de goma, sino de acero; y la barra de metal sale hecha una lámina,

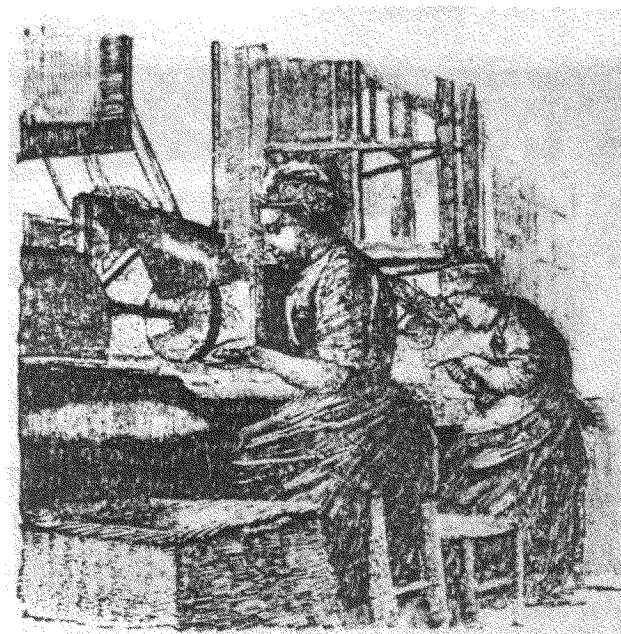
del grueso de un cartón: es un cartón de metal. Luego viene la agujereadora, que es una máquina con uno como mortero que baja y sube, como la encía de arriba cuando se come; y el mortero tiene muchas cuchillas en figura de martillo de cabeza larga y estrecha, o de una espumadera de mango fino y cabeza redonda, y cuando baja el mortero todas las cuchillas cortan la lámina a la vez, y dejan la lámina agujereada, y el metal de cada agujero cae a un cesto debajo: y ésa es la cuchara,



Recortando las cucharas

ése es el tenedor. Cada uno de esos pedazos de metal recortados y chatos de figura de martillo es un tenedor; cada uno de los de cabeza redonda, como una moneda muy grande, es una cuchara. ¿Que cómo se le sacan los dientes al tenedor? ¡Ah! esos recortes chatos, lo mismo que los de las cucharas, tienen que calentarse otra vez en el horno, porque si el metal no está caliente se pone tan duro que no se le puede trabajar, y para darle forma tiene que estar blando. Con unas tenazas van sacando los recortes del horno: los ponen en un molde de otra máquina que tiene un mortero de aplastar, y del golpe del mortero ya salen los recortes con figura, y se le ve al tenedor la punta larga y estrecha. Otra máquina

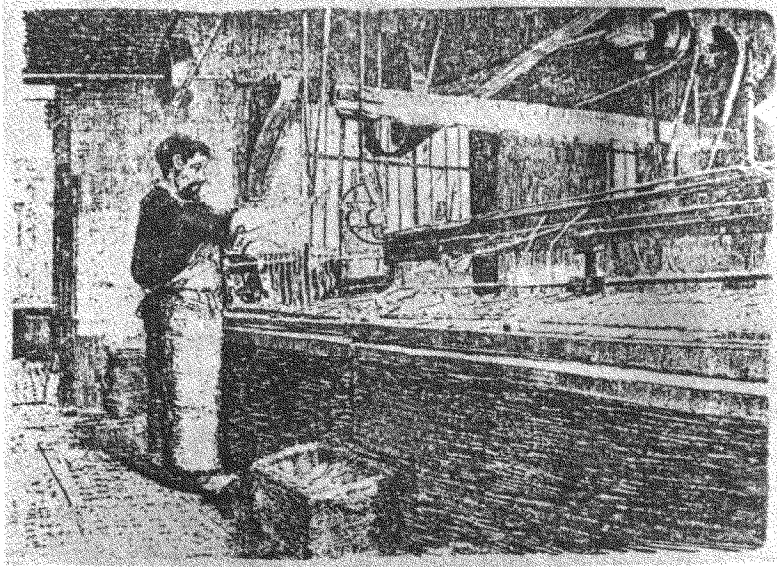
más fina lo recorta mejor. Otra le marca los dientes, pero no sueltos ya, como están en el tenedor acabado, sino sujetos todavía. Otra máquina le recorta las uniones, y ya está el tenedor con sus dientes. Luego va a los talleres del trabajo fino. En uno le ponen el filete al mango. En otro le dan la curva, porque de las máquinas de los dientes salió chato, como una hoja de papel. En otra le liman y le redondean las esquinas. En



Cepillando

otra lo cincelan si ha de ir adornado, o le ponen las iniciales, si lo quieren con letras. En otra lo pulen, que es cosa muy curiosa, parecida a la de las piedras de amolar, sólo que la máquina de pulir anda más de prisa, y la rueda es de alambres delgados como cabellos, como un cepillo que da vueltas, y muchas, como que da dos mil quinientas vueltas en un minuto. Y de allí sale el tenedor o la cuchara a la platería de veras, porque es donde les ponen el baño de la electricidad, y quedan como vestidos con traje de plata. Los cubiertos pobres, los que van a costar poco, no llevan más que un baño o dos: los buenos llevan tres, para que la plata les dure, aunque nunca dura tanto como la plata que se trabajaba antes con el martillo. Como las cucharas, pues: antes, para hacer una

cuchara, no había máquinas de aplastar el metal, ni de sacarlo en láminas delgadas como ahora, sino que a martillazo puro tenía que irlo aplastando el platero, hasta que estaba como él lo quería, y recortaba la cuchara a fuerza de mano, y a muñeca viva le daba al mango el dobléz, y para hacerle el hueco le daba golpes muy despacio, cada vez en un punto diferente, encima de un yunque que parecía de jugar, con la punta



Plateando

redonda, como un huevo, hasta que quedaba hueca por dentro la cuchara. Ahora la máquina hace eso. Ponen el recorte de figura de espumadera en uno como yunque, que por la cabeza, donde cae lo redondo, está vacío: de arriba baja con fuerza el mortero, que tiene por debajo un huevo de hierro, y mete lo redondo del recorte en lo hueco del yunque. Ya está la cuchara. Luego la liman, y la adornan, y la pulen como el tenedor, y la llevan al baño de plata: porque es un baño verdadero, en que la plata está en el agua, deshecha, con una mezcla que llaman cianuro de potasio—¡los nombres químicos son todos así!: y entra en el baño la electricidad, que es un poder que no se sabe lo que es, pero da luz, y calor, y movimiento, y fuerza, y cambia y descompone en un instante

los metales, y a unos los separa, y a los otros los junta, como en este baño de platear que, en cuanto la electricidad entra y lo revuelve, echa toda la plata del agua sobre las cucharas y los tenedores colgados dentro de él. Los sacan chorreando. Los limpian con sal de potasa. Los tienen al calor sobre láminas de hierro caliente. Los secan bien en tinas de aserrín. Los bruñen en la máquina de cepillar. Con la badana les sacan brillo. Y nos los mandan a la casa, blancos como la luz, en su caja de terciopelo o de seda.





LA MUÑECA NEGRA

De puntillas, de puntillas, para no despertar a Piedad, entran en el cuarto de dormir el padre y la madre. Vienen riéndose, como dos muchachones. Vienen de la mano, como dos muchachos. El padre viene detrás, como si fuera a tropezar con todo. La madre no tropieza; porque conoce el camino. ¡Trabaja mucho el padre, para comprar todo lo de la casa, y no puede ver a su hija cuando quiere! A veces, allá en el trabajo, se ríe solo, o se pone de repente como triste, o se le ve en la cara como una luz: y es que está pensando en su hija: se le cae la pluma de la mano cuando piensa así, pero enseguida empieza a escribir, y escribe tan de prisa, tan de prisa, que es como si la pluma fuera volando. Y le hace muchos rasgos a la letra, y las oes le salen grandes como un sol, y las ges largas como un sable, y las eses están debajo de la línea, como si se fueran a clavar en el papel, y las eses caen al-fin de la palabra, como una hoja de palma; ¡tiene que ver lo que escribe el padre cuando ha pensado mucho en la niña! El dice que siempre que le llega por la ventana el olor de las flores del jardín, piensa en ella. O a veces, cuando está trabajando cosas de números, o poniendo un libro sueco en español, la ve venir, venir despacio, como en una nube, y se le sienta al lado, le

quita la pluma, para que repose un poco, le da un beso en la frente, le tira de la barba rubia, le esconde el tintero: es sueño no más, no más que sueño, como esos que se tienen sin dormir, en que ve uno vestidos muy bonitos, o un caballo vivo de cola muy larga, o un cochecito con cuatro chivos blancos, o una sortija con la piedra azul: sueño es no más, pero dice el padre que es como si lo hubiera visto, y que después tiene más fuerza y escribe mejor. Y la niña se va, se va despacio por el aire, que parece de luz todo: se va como una nube.

Hoy el padre no trabajó mucho, porque tuvo que ir a una tienda: ¿a qué iría el padre a una tienda?: y dicen que por la puerta de atrás entró una caja grande: ¿qué vendrá en la caja?: ¡a saber lo que vendrá!: mañana hace ocho años que nació Piedad. La criada fue al jardín, y se pinchó el dedo por cierto, por querer coger, para un ramo que hizo, una flor muy hermosa. La madre a todo dice que sí, y se puso el vestido nuevo, y le abrió la jaula al canario. El cocinero está haciendo un pastel, y recortando en figura de flores los nabos y las zanahorias, y le devolvió a la lavandera el gorro, porque tenía una mancha que no se veía apenas, pero, “¡hoy, hoy, señora lavandera, el gorro ha de estar sin mancha!” Piedad no sabía, no sabía. Ella sí vio que la casa estaba como el primer día de sol, cuando se va ya la nieve, y les salen las hojas a los árboles. Todos sus juguetes se los dieron aquella noche, todos. Y el padre llegó muy temprano del trabajo, a tiempo de ver a su hija dormida. La madre lo abrazó cuando lo vio entrar: ¡y lo abrazó de veras! Mañana cumple Piedad ocho años.

El cuarto está a media luz, una luz como la de las estrellas, que viene de la lámpara de velar, con su bombillo de color de ópalo. Pero se ve, hundida en la almohada, la cabecita rubia. Por la ventana entra la brisa, y parece que juegan, las mariposas que no se ven, con el cabello dorado. Le da en el cabello la luz. Y la madre y el padre vienen andando, de puntillas. ¡Al suelo, el tocador de jugar! ¡Este padre ciego, que tropieza con todo! Pero la niña no se ha despertado. La luz le da en la mano ahora; parece una rosa la mano. A la cama no se puede llegar; porque están alrededor todos los juguetes, en mesas y sillas. En una silla está el baúl que le mandó en pascuas la abuela, lleno de almendras y de mazapanes: boca abajo está el baúl, como si lo hubieran sacudido, a ver si caía alguna almendra de un rincón, o si andaban escondidas por la cerradura algunas migajas de mazapán; ¡eso es, de seguro, que las

muñecas tenían hambre! En otra silla está la loza, mucha loza y muy fina, y en cada plato una fruta pintada: un plato tiene una cereza, y otro un higo, y otro una uva: da en el plato ahora la luz, en el plato del higo, y se ven como chispas de estrella: ¿cómo habrá venido esta estrella a los platos?: “¡Es azúcar!” dice el pícaro padre: “¡Eso es, de seguro!”: dice la madre, “eso es que estuvieron las muñecas golosas comiéndose el azúcar.” El costurero está en otra silla, y muy abierto, como de quien ha trabajado de verdad; el dedal está machucado ¡de tanto coser!: cortó la modista mucho, porque del calicó que le dio la madre no queda más que un redondel con el borde de picos, y el suelo está por allí lleno de recortes, que le salieron mal a la modista, y allí está la chambra empezada a coser, con la aguja clavada, junto a una gota de sangre. Pero la sala, y el gran juego, está en el velador, al lado de la cama. El rincón, allá contra la pared, es el cuarto de dormir de las muñequitas de loza, con su cama de la madre, de colcha de flores, y al lado una muñeca de traje rosado, en una silla roja: el tocador está entre la cama y la cuna, con su muñequita de trapo, tapada hasta la nariz, y el mosquitero encima: la mesa del tocador es una cajita de cartón castaño, y el espejo es de los buenos, de los que vende la señora pobre de la dulcería, a dos por un centavo. La sala está en lo de delante del velador, y tiene en medio una mesa, con el pie hecho de un carretel de hilo, y lo de arriba de una concha de nácar, con una jarra mexicana en medio, de las que traen los muñecos aguadores de México: y alrededor unos papelitos doblados, que son los libros. El piano es de madera, con las teclas pintadas; y no tiene banquetta de tornillo, que eso es poco lujo, sino una de espaldar, hecha de la caja de una sortija, con lo de abajo forrado de azul; y la tapa cosida por un lado, para la espalda, y forrada de rosa; y encima un encaje. Hay visitas, por supuesto, y son de pelo de veras, con ropones de seda lila de cuartos blancos, y zapatos dorados: y se sientan sin doblarse, con los pies en el asiento: y la señora mayor, la que trae gorra color de oro, y está en el sofá, tiene su levantapiés, porque del sofá se resbala; y el levantapiés es una cajita de paja japonesa, puesta boca abajo: en un sillón blanco están sentadas juntas, con los brazos muy tiesos, dos hermanas de loza. Hay un cuadro en la sala, que tiene detrás, para que no se caiga, un pomo de olor: y es una niña de sombrero colorado, que trae en los brazos un cordero. En el pilar de la cama, del lado del velador, está una medalla de bronce, de una fiesta que hubo, con las cintas francesas: en su gran moña de los tres colores está adornando la sala el medallón, con el retrato de un francés muy hermoso, que vino de Francia a pelear porque

los hombres fueran libres, y otro retrato del que inventó el pararrayos, con la cara de abuelo que tenía cuando pasó el mar para pedir a los reyes de Europa que lo ayudaran a hacer libre su tierra: ésa es la sala, y el gran juego de Piedad. Y en la almohada, durmiendo en su brazo, y con la boca desteñida de los besos, está su muñeca negra.

Los pájaros del jardín la despertaron por la mañanita. Parece que se saludan los pájaros, y la convidan a volar. Un pájaro llama, y otro pájaro responde. En la casa hay algo, porque los pájaros se ponen así cuando el cocinero anda por la cocina saliendo y entrando, con el delantal volándole por las piernas, y la olla de plata en las dos manos, oliendo a leche quemada y a vino dulce. En la casa hay algo: porque si no, ¿para qué está ahí, al pie de la cama, su vestidito nuevo, el vestidito color de perla, y la cinta lila que compraron ayer, y las medias de encaje? “Yo te digo, Leonor, que aquí pasa algo. Dímelo tú, Leonor, tú que estuviste ayer en el cuarto de mamá, cuando yo fui a paseo. ¡Mamá mala, que no te dejó ir conmigo, porque dice que te he puesto muy fea con tantos besos, y que no tienes pelo, porque te he peinado mucho! La verdad, Leonor: tú no tienes mucho pelo; pero yo te quiero así, sin pelo, Leonor: tus ojos son los que quiero yo, porque con los ojos me dices que me quieres: te quiero mucho, porque no te quieren: ¡a ver! ¡sentada aquí en mis rodillas, que te quiero peinar!: las niñas buenas se peinan en cuanto se levantan: ¡a ver, los zapatos, que ese lazo no está bien hecho!: y los dientes: déjame ver los dientes: las uñas: ¡Leonor, esas uñas no están limpias! Vamos, Leonor, dime la verdad: oye, oye a los pájaros que parece que tienen baile: dime, Leonor, ¿qué pasa en esta casa?” Y a Piedad se le cayó el peine de la mano, cuando le tenía ya una trenza hecha a Leonor; y la otra estaba toda alborotada. Lo que pasaba, allí lo veía ella. Por la puerta venía la procesión. La primera era la criada, con el delantal de rizos de los días de fiesta, y la cofia de servir la mesa en los días de visita: traía el chocolate, el chocolate con crema, lo mismo que el día de año nuevo, y los panes dulces en una cesta de plata: luego venía la madre, con un ramo de flores blancas y azules: ¡ni una flor colorada en el ramo, ni una flor amarilla!: y luego venía la lavandera, con el gorro blanco que el cocinero no se quiso poner, y un estandarte que el cocinero le hizo, con un diario y un bastón: y decía en el estandarte, debajo de una corona de pensamientos: “¡Hoy cumple Piedad ocho años!” Y la besaron, y la vistieron con el traje color de perla, y la llevaron,

con el estandarte detrás, a la sala de los libros de su padre, que tenía muy peinada su barba rubia, como si se la hubieran peinado muy despacio, y redondéandole las puntas, y poniendo cada hebra en su lugar. A cada momento se asomaba a la puerta, a ver si Piedad venía: escribía, y se ponía a silbar: abría un libro, y se quedaba mirando a un retrato, a un retrato que tenía siempre en su mesa, y era como Piedad, una Piedad de vestido largo. Y cuando oyó ruido de pasos, y un vocerrón que venía tocando música en un cucurucho de papel, ¿quién sabe lo que sacó de una caja grande?: y se fue a la puerta con una mano en la espalda: y con el otro brazo cargó a su hija. Luego dijo que sintió como que en el pecho se le abría una flor, y como que se le encendía en la cabeza un palacio, con colgaduras azules de flecos de oro, y mucha gente con alas: luego dijo todo eso, pero entonces, nada se le oyó decir. Hasta que



Piedad dio un salto en sus brazos, y se le quiso subir por el hombro, porque en un espejo había visto lo que llevaba en la otra mano el padre. “¡Es como el sol el pelo, mamá, lo mismo que el sol! ¡ya la vi, ya la vi, tiene el vestido rosado! ¡dile que me la dé, mamá: si es de peto verde, de peto de terciopelo! ¡como las mías son las medias, de encaje como las mías!” Y el padre se sentó con ella en el sillón, y le puso en los brazos la muñeca de seda y porcelana. Echó a correr Piedad, como si buscara a alguien. “¿Y

yo me quedo hoy en casa por mi niña”, le dijo su padre, “y mi niña me deja solo?” Ella escondió la cabecita en el pecho de su padre bueno. Y en mucho, mucho tiempo, no la levantó, aunque ¡de veras! le picaba la barba.

Hubo paseo por el jardín, y almuerzo con un vino de espuma debajo de la parra, y el padre estaba muy conversador, cogiéndole a cada momento la mano a su mamá, y la madre estaba como más alta, y hablaba poco, y era como música todo lo que hablaba. Piedad le llevó al cocinero

una dalia roja, y se la prendió en el pecho del delantal: y a la lavandera le hizo una corona de claveles: y a la criada le llenó los bolsillos de flores de naranjo, y le puso en el pelo una flor, con sus dos hojas verdes. Y luego, con mucho cuidado, hizo un ramo de nomeolvides. “¿Para quién es ese ramo, Piedad?” “No sé, no sé para quién es: ¡quién sabe si es para alguien!” Y lo puso a la orilla de la acequia, donde corría como un cristal el agua. Un secreto le dijo a su madre, y luego le dijo: “¡Déjame ir!” Pero le dijo “caprichosa” su madre: “¿y tu muñeca de seda, no te gusta? mírale la cara, que es muy linda: y no le has visto los ojos azules”. Piedad sí se los había visto; y la tuvo sentada en la mesa después de comer, mirándola sin reírse; y la estuvo enseñando a andar en el jardín. Los ojos era lo que le miraba ella: y le tocaba en el lado del corazón: “¡Pero, muñeca, háblame, háblame!” Y la muñeca de seda no le hablaba. “¿Conque no te ha gustado la muñeca que te compré, con sus medias de encaje y su cara de porcelana y su pelo fino?” “Sí, mi papá, sí me ha gustado mucho. Vamos, señora muñeca, vamos a pasear. Usted querrá coches, y lacayos, y querrá dulce de castañas, señora muñeca. Vamos, vamos a pasear.” Pero en cuanto estuvo Piedad donde no la veían, dejó a la muñeca en un tronco, de cara contra el árbol. Y se sentó sola, a pensar, sin levantar la cabeza, con la cara entre las dos manecitas. De pronto echó a correr, de miedo de que se hubiese llevado el agua el ramo de nomeolvides.

—“Pero, criada, llévame pronto!”—“¿Piedad, qué es eso de criada? ¡Tú nunca le dices criada así, como para ofenderla!”—“No, mamá, no: es que tengo mucho sueño: estoy muerta de sueño. Mira: me parece que es un monte la barba de papá: y el pastel de la mesa me da vueltas, vueltas alrededor, y se están riendo de mí las banderitas: y me parece que están bailando en el aire las flores de zanahoria: estoy muerta de sueño: ¡adiós, mi madre!: mañana me levanto muy tempranito: tú, papá, me despiertas antes de salir: yo te quiero ver siempre antes de que te vayas a trabajar: ¡oh, las zanahorias! ¡estoy muerta de sueño! ¡Ay, mamá, no me mates el ramo! ¡mira, ya me mataste mi flor!”—“¿Conque se enoja mi hija porque le doy un abrazo?”—“¡Pégame, mi mamá! ¡papá, pégame tú! es que tengo mucho sueño.” Y Piedad salió de la sala de los libros, con la criada que le llevaba la muñeca de seda. “¡Qué de prisa va la niña, que se va a caer! ¿Quién espera a la niña?”—“¡Quién sabe quien me espera!” Y no habló con la criada: no le dijo que le contase el cuento de la niña

jorobadita que se volvió una flor: un juguete no más le pidió, y lo puso a los pies de la cama y le acarició a la criada la mano, y se quedó dormida. Encendió la criada la lámpara de velar, con su bombillo de ópalo: salió de puntillas: cerró la puerta con mucho cuidado. Y en cuanto estuvo cerrada la puerta, relucieron dos ojitos en el borde de la sábana: se alzó de repente la cubierta rubia: de rodillas en la cama, le dio toda la luz a la lámpara de velar: y se echó sobre el juguete que puso a los pies,



sobre la muñeca negra. La besó, la abrazó, se la apretó contra el corazón: “Ven, pobrecita: ven, que esos malos te dejaron aquí sola: tú no estás fea, no, aunque no tengas más que una trenza: la fea es ésa, la que han traído hoy, la de los ojos que no hablan: dime, Leonor, dime, ¿tú pensaste en mí?: mira el ramo que te traje, un ramo de nomeolvides, de los más lindos del jardín: ¡así, en el pecho! ¡ésta es mi muñeca linda! ¿y no has llorado? ¡te dejaron tan sola! ¡no me mires así, porque voy a llorar yo! ¡no, tú no tienes frío! ¡aquí conmigo, en mi almohada, verás como te calientas! ¡y me quitaron, para que no me hiciera daño, el dulce que te traía! ¡así, así, bien arropadita! ¡a ver, mi beso, antes de dormirte! ¡ahora, la lámpara baja! ¡y a dormir, abrazadas las dos! ¡te quiero, porque no te quieren!”

CUENTOS DE ELEFANTES

De Africa cuentan ahora muchas cosas extrañas, porque anda por allí la gente europea descubriendo el país, y los pueblos de Europa quieren mandar en aquella tierra rica, donde con el calor del sol crecen plantas de esencia y alimento, y otras que dan fibras de hacer telas, y hay oro y diamantes, y elefantes que son una riqueza, porque en todo el mundo se vende muy caro el marfil de sus colmillos. Cuentan muchas cosas del valor con que se defienden los negros, y de las guerras en que andan, como todos los pueblos cuando empiezan a vivir, que pelean por ver quién es más fuerte, o por quitar a su vecino lo que quieren tener ellos. En estas guerras quedan de esclavos los prisioneros que tomó en la pelea el vencedor, que los vende a los moros infames que andan por allá buscando prisioneros que comprar, y luego los venden en las tierras moras. De Europa van a Africa hombres buenos, que no quieren que haya en el mundo estas ventas de hombres; y otros van por el ansia de saber, y viven años entre las tribus bravas, hasta que encuentran una yerba rara, o un pájaro que nunca se ha visto, o el lago de donde nace un río: y otros van de tropa, a sueldo del Khedive que manda en Egipto, a ver como echan de la tierra a un peleador famoso que llaman el Mahdí, y dice que él debe gobernar, porque él es moro libre y amigo de los pobres, no como el Khedive, que manda como criado del Sultán turco extranjero, y alquila peleadores cristianos para pelear contra el moro del país, y quitar la tierra a los negros sudaneses. En esas guerras dicen que murió un inglés muy valiente, aquel “Gordon el chino”, que no era chino, sino muy blanco y de ojos muy azules, pero tenía el apodo de chino, porque en China hizo muchas heroicidades, y aquietó a la gente revuelta con el cariño más que con el poder; que fue lo que hizo en el Sudán, donde vivía solo entre los negros del país, como su gobernador, y se les ponía delante a regañarlos como a hijos, sin más armas que sus ojos azules,

cuando lo atacaban con las lanzas y las azagayas, o se echaba a llorar de piedad por los negros cuando en la soledad de la noche los veía de lejos hacerse señas, para juntarse en el monte, a ver cómo atacarían a los hombres blancos. El Mahdí pudo más que él, y dicen que Gordon ha muerto, o lo tiene preso el Mahdí. Mucha gente anda por Africa. Hay un Chaillu que escribió un libro sobre el mono gorila que anda en dos pies, y pelea a palos con los viajeros que lo quisieren cazar. Livingstone viajó sin miedo por lo más salvaje de Africa, con su mujer. Stanley está allá ahora, viendo cómo comercia, y salva del Mahdí, al gobernador Emín Pachá. Muchos alemanes y franceses andan allá explorando, descubriendo tierras, tratando y cambiando con los negros, y viendo cómo les quitan el comercio a los moros. Con los colmillos del elefante es con lo que comercian más, porque el marfil es raro y fino, y se paga muy caro por él. Ese de Africa es colmillo vivo; pero por Siberia sacan de los hielos colmillos del mamut, que fue el elefante peludo, grande como una loma, que ha estado en la nieve, en pie, cincuenta mil años. Y un inglés, Logan, dice que no son cincuenta mil, sino que esas capas de hielo se fueron echando sobre la tierra como un millón de años hace, y que desde entonces, desde hace un millón de años, están enterrados en la nieve dura los elefantes peludos.

Allí se estuvieron en los hielos duros de Siberia, hasta que un día iba un pescador por la orilla del río Lena, donde de un lado es de arena la orilla, y de otro es de capas de hielo, echadas una encima de otra como las hojas de un pastel, y tan perfectas que parecen cosa de hombre esas leguas de capas. Y el pescador iba cantando un cantar, en su vestido de piel, asombrado de la mucha luz, como si estuviese de fiesta en el aire un sol joven. El aire chispeaba. Se oían estallidos, como en el bosque nuevo cuando se abre una flor. De las lomas corría, brillante y pura, un agua nunca vista. Era que se estaban deshaciendo los hielos. Y allí, delante del pobre Shumarkoff, salían del monte helado los colmillos, gruesos como troncos de árboles, de un animal velludo, enorme, negro. Como vivo estaba, y en el hielo transparente se le veía el cuerpo asombroso. Cinco años tardó el hielo en derretirse alrededor de él, hasta que todo se deshizo, y el elefante cayó rodando a la orilla, con ruido de trueno. Con otros pescadores vino Shumarkoff a llevarse los colmillos, de tres varas de largo. Y los perros hambrientos le comieron la carne, que estaba fresca todavía, y blanda como carne nueva: de noche, en la oscuridad, de cien perros a la vez se oía el roer de los dientes, el gruñido de gusto, el ruido de las lenguas. Veinte hombres a la vez no podían

levantar la piel crinuda, en la que era de a vara cada crin. Y nadie ha de decir que no es verdad, porque en el museo de San Petersburgo están todos los huesos, menos uno que se perdió; y un puñado de la lana amarillosa que tenía sobre el cuello. De entonces acá, los pescadores de Siberia han sacado de los hielos como dos mil colmillos de mamut.

A miles parece que andaban los mamuts, como en pueblos, cuando los hielos se despeñaron sobre la tierra salvaje, hace miles de años; y como en pueblos andan ahora, defendiéndose de los tigres y de los cazadores por los bosques de Asia y de Africa; pero ya no son velludos, como los de Siberia, sino que apenas tienen pelos por los rincones de su piel blanda y arrugada, que da miedo de veras, por la mucha fealdad, cuando lo cierto es que con el elefante sucede como con las gentes del mundo, que porque tienen hermosura de cara y de cuerpo las cree uno de alma hermosa, sin ver que eso es como los jarrones finos, que no tienen nada dentro, y una vez pueden tener olores preciosos, y otras peste, y otras polvo. Con el elefante no hay que jugar, porque en la hora en que se le enoja la dignidad, o le ofenden la mujer o el hijo, o el viejo, o el compañero, sacude la trompa como un azote, y de un latigazo echa por tierra al hombre más fuerte, o rompe un poste en astillas, o deja un árbol temblando. Tremendo es el elefante enfurecido, y por manso que sea en sus prisiones, siempre le llega, cuando calienta el sol mucho en abril, o cuando se cansa de su cadena, su hora de furor. Pero los que conocen bien al animal dicen que sabe de arrepentimiento y de ternura, como un cuento que trae un libro viejo que publicaron, allá al principiar este siglo, los sabios de Francia, donde está lo que hizo un elefante que mató a su cuidador, que allá llaman cornac, porque le había lastimado con el arpón la trompa; y cuando la mujer del cornac se le arrodilló desesperada delante con su hijito, y le rogó que los matase a ellos también, no los mató, sino que con la trompa le quitó el niño a la madre, y se lo puso sobre el cuello, que es donde los cornacs se sientan, y nunca permitió que lo montase más cornac que aquél.

La trompa es lo que más cuida de todo su cuerpo recio el elefante, porque con ella come y bebe, y acaricia y respira, y se quita de encima los animales que le estorban, y se baña. Cuando nada ¡y muy bien que nadan los elefantes! no se le ve el cuerpo, porque está en el agua todo, sino la punta de la trompa, con los dos agujeros en que acaban las dos canales que atraviesan la trompa a lo largo, y llegan por arriba a la misma nariz, que tiene como dos tapaderas, que abre y cierra según quiera recibir el aire, o cerrarle el camino a lo que en las canales pueda

estar. Nadie diga que no es verdad, porque hay quien se ha puesto a contarlos: como cuarenta mil músculos tiene la trompa del elefante, la "proboscis", como dice la gente de libros: toda es de músculos, entretejidos como una red: unos están a la larga, de la nariz a la punta, y son para mover la trompa adonde el elefante quiere, y encogerla, enroscarla, subirla, bajarla, tenderla: otros son a lo ancho, y van de las canales a la piel, como los rayos de una rueda van del eje a la llanta: éstos son para apretar las canales o ensancharlas. ¿Qué no hace el elefante con su trompa? La yerba más fina la arranca del suelo. De la mano de un niño recoge un cacahuete. Se llena la trompa de agua, y la echa sobre la parte de su cuerpo en que siente calor. Los elefantes enseñados se quitan y se ponen la carga con la trompa. Un hilo levantan del suelo, y como un hilo levantan a un hombre. No hay más modo de acobardar a un elefante enfurecido que herirle de veras en la trompa. Cuando pelea con el tigre, que casi siempre lo vence, lo echa arriba y abajo con los colmillos, y hace por atravesarlo; pero la trompa la lleva en el aire. Del olor del tigre no más, brama con espanto el elefante: las ratas le dan miedo: le tiene asco y horror al cochino. ¡A cuanto cochino ve, trompazo! Lo que le gusta es el vino bueno, y el arrak, que es el ron de la India, tanto que los cornacs le conocen el apetito, y cuando quieren que trabaje más de lo de costumbre, le enseñan una botella de arrak, que él destapa con la trompa luego, y bebe a sorbo tendido; sólo que el cornac tiene que andar con cuidado, y no hacerle esperar la botella mucho, porque le puede suceder lo que al pintor francés que, para pintar a un elefante mejor, le dijo a su criado que se lo entretuviese con la cabeza alta tirándole frutas a la trompa, pero el criado se divertía haciendo como que echaba al aire fruta sin tirarla de veras, hasta que el elefante se enojó, y se le fue encima a trompazos al pintor, que se levantó del suelo medio muerto, y todo lleno de pinturas. Es bueno el elefante de naturaleza, y se deja domar del hombre, que lo tiene de bestia de carga, y va sobre él, sentado en un camarín de colgaduras, a pelear en las guerras de Asia, o a cazar el tigre, como desde una torre segura. Los príncipes del Indostán van a sus viajes en elefantes cubiertos de terciopelos de mucho bordado y pedrería, y cuando viene de Inglaterra otro príncipe, lo pasean por las calles en el camarín de paño de oro que va meciéndose sobre el lomo de los elefantes dóciles, y el pueblo pone en los balcones sus tapices ricos, y llena las calles de hojas de rosa.

En Siam no es sólo cariño lo que le tienen al elefante, sino adoración, cuando es de piel clara, que allá creen divina, porque la religión siamesa

les enseña que Buda vive en todas partes, y en todos los seres, y unas veces en unos y otras en otros, y como no hay vivo de más cuerpo que el elefante, ni color que haga pensar más en la pureza que lo blanco, al elefante blanco adoran, como si en él hubiera más de Buda que en los demás seres vivos. Le tienen palacio, y sale a la calle entre hileras de sacerdotes, y le dan las yerbas más finas y el mejor arrak, y el palacio se lo tienen pintado como un bosque, para que no sufra tanto de su prisión, y cuando el rey lo va a ver es fiesta en el país, porque creen que el elefante es dios mismo, que va decir al rey el buen modo de gobernar. Y cuando el rey quiere regalar a un extranjero algo de mucho valor, manda hacer una caja de oro puro, sin liga de otro metal, con brillantes alrededor, y dentro pone, como una reliquia, recortes de pelo del elefante blanco. En Africa no los miran los pueblos del país como dioses, sino que les ponen trampas en el bosque, y se les echan encima en cuanto los ven caer, para alimentarse de la carne, que es fina y jugosa: o los cazan por engaño, porque tienen enseñadas a las hembras, que vuelven al corral por el amor de los hijos, y donde saben que andan una manada de elefantes libres les echan a las hembras a buscarlos, y la manada viene sin desconfianza detrás de las madres que vuelven adonde sus hijuelos: y allí los cazadores los enlazan, y los van domando con el cariño y la voz, hasta que los tienen ya quietos, y los matan para llevarse los colmillos.

Partidas enteras de gente europea están por Africa cazando elefantes; y ahora cuenta los libros de una gran cacería, donde eran muchos los cazadores. Cuentan que iban sentados a la mujeriega en sus sillas de montar, hablando de la guerra que hacen en el bosque las serpientes al león, y de una mosca venenosa que les chupa la piel a los bueyes hasta que se la seca y los mata, y de lo lejos que saben tirar la azagaya y la flecha los cazadores africanos; y en eso estaban, y en calcular cuándo llegarían a las tierras de Tippu Tib, que siempre tiene muchos colmillos que vender, cuando salieron de pronto a un claro de esos que hay en Africa en medio de los bosques, y vieron una manada de elefantes allá al fondo del claro, unos durmiendo de pie, contra los troncos de los árboles, otros paseando juntos y meciendo el cuerpo de un lado a otro, otros echados sobre la yerba, con las patas de atrás estiradas. Les cayeron encima todas las balas de los cazadores. Los echados se levantaron de un impulso. Se juntaron las parejas. Los dormidos vinieron trotando donde estaban los demás. Al pasar junto a la poza, se llenaban de un sorbo la trompa. Gruñían y tanteaban el aire con la trompa. Todos se

pusieron alrededor de su jefe. Y la caza fue larga; los negros les tiraban lanzas y azagayas y flechas: los europeos escondidos en los yerbales, les disparaban de cerca los fusiles: las hembras huían, despedazando los cañaverales como si fueran yerbas de hilo: los elefantes huían de espaldas, defendiéndose con los colmillos cuando les venía encima un cazador. El más bravo le vino a un cazador encima, a un cazador que era casi un niño, y estaba solo atrás, porque cada uno había ido siguiendo a su elefante. Muy colmilludo era el bravo, y venía feroz. El cazador se subió a un árbol, sin que lo viese el elefante, pero él lo olió enseguida y vino mugiendo, alzó la trompa como para sacar de la rama al hombre, con la trompa rodeó el tronco, y lo sacudió como si fuera un rosal: no lo pudo arrancar, y se echó de ancas contra el tronco. El cazador, que ya estaba al caerse, disparó su fusil, y lo hirió en la raíz de la trompa. Temblaba el aire, dicen, de los mugidos terribles, y deshacía el elefante el cañaveral con las pisadas, y sacudía los árboles jóvenes, hasta que de un impulso vino contra el del cazador, y lo echó abajo. ¡Abajo el cazador, sin tronco a que sujetarse! Cayó sobre las patas de atrás del elefante, y se le agarró, en el miedo de la muerte, de una pata de atrás. Sacudírselo no podía el animal rabioso, porque la coyuntura de la rodilla la tiene el elefante tan cerca del pie que apenas le sirve para doblarla. ¿Y cómo se salva de allí el cazador? Corre bramando el elefante. Se sacude la pata contra el tronco más fuerte, sin que el cazador se le ruede, porque se le corre adentro y no hace más que magullarle las manos. ¡Pero se caerá por fin, y de una colmillada va a morir el cazador! Saca su cuchillo, y se lo clava en la pata. La sangre corre a chorros, y el animal enfurecido, aplastando el matorral, va al río, al río de agua que cura. Y se llena la trompa muchas veces, y la vacía sobre la herida, la echa con fuerza que lo aturde, sobre el cazador. Ya va a entrar más a lo hondo el elefante. El cazador le dispara las cinco balas de su revólver en el vientre, y corre, por si se puede salvar, a un árbol cercano, mientras el elefante, con la trompa colgando, sale a la orilla, y se derrumba.

LOS DOS RUISEÑORES

Versión libre de un cuento de Andersen

En China vive la gente en millones, como si fuera una familia que no acabase de crecer, y no se gobiernan por sí, como hacen los pueblos de hombres, sino que tienen de gobernante a un emperador, y creen que es hijo del cielo, porque nunca lo ven sino como si fuera el sol, con mucha luz por junto a él, y de oro el palanquín en que lo llevan, y los vestidos de oro. Pero los chinos están contentos con su emperador, que es un chino como ellos. ¡Lo triste es que el emperador venga de afuera, dicen los chinos, y nos coma nuestra comida, y nos mande matar porque queremos pensar y comer, y nos trate como a sus perros y como a sus lacayos! Y muy galán que era aquel emperador del cuento, que se metía de noche la barba larga en una bolsa de seda azul, para que no lo conocieran, y se iba por las casas de los chinos pobres, repartiendo sacos de arroz y pescado seco, y hablando con los viejos y los niños, y leyendo, en aquellos libros que empiezan por la última página, lo que Confucio dijo de los perezosos, que eran peor que el veneno de las culebras, y lo que dijo de los que aprenden de memoria sin preguntar por qué, que no son leones con alas de paloma, como debe el hombre ser, sino lechones flacos, con la cola de tirabuzón y las orejas caídas, que van donde el porquero les dice que vayan, comiendo y gruñendo. Y abrió escuelas de pintura, y de bordados, y de tallar la madera; y mandó poner preso al que gastase mucho en sus vestidos, y daba fiesta donde se entraba sin pagar, a oír las historias de las batallas y los cuentos hermosos de los poetas; y a los viejecitos los saludaba siempre como si fuesen padres suyos; y cuando los tártaros bravos entraron en China y quisieron mandar en la tierra, salió montado a caballo de su palacio de porcelana blanco y azul, y hasta que no echó al último tártaro de su tierra, no se bajó de

la silla. Comía a caballo: bebía a caballo su vino de arroz: a caballo dormía. Y mandó por los pueblos unos pregoneros con trompetas muy largas, y detrás unos clérigos vestidos de blanco que iban diciendo así: “¡Cuando no hay libertad en la tierra, todo el mundo debe salir a buscarla a caballo!” Y por todo eso querían mucho los chinos a aquel emperador galán, aunque cuentan que eran muchas las golondrinas que dejaba sin nido, porque le gustaba mucho la sopa de nidos; y que una vez que otra se ponía a conversar con un frasco de vino de arroz: y lo encontraban tendido en la estera, con la barba revuelta en el suelo, y el vestido lleno de manchas. Esos días no salían las mujeres a la calle, y los hombres iban a su quehacer con la cabeza baja, como si les diera vergüenza ver el sol. Pero eso no sucedía muchas veces, sino cuando se ponía triste porque los hombres no se querían bien ni hablaban la verdad: lo de siempre era la alegría, y la música, y el baile, y los versos, y el hablar de valor y de las estrellas: y así pasaba la vida del emperador, en su palacio de porcelana blanco y azul.

Hermosísimo era el palacio, y la porcelana hecha de la pasta molida del mejor polvo kaolín, que da una porcelana que parece luz, y suena como la música, y hace pensar en la aurora, y en cuando empieza a caer la tarde. En los jardines había naranjos enanos, con más naranjas que hojas; y peceras con peces de amarillo y carmín, con cinto de oro; y unos rosales con rosas rojas y negras, que tenían cada una su campanilla de plata, y daban a la vez música y olor. Y allá al fondo había un bosque muy grande y hermoso, que daba al mar azul, y en un árbol de los del bosque vivía un ruiseñor, que les cantaba a los pobres pescadores canciones tan lindas, que se olvidaban de ir a pescar; y se les veía sonreír del gusto, o llorar de contento, y abrir los brazos, y tirar besos al aire, como si estuviesen locos. “¡Es mejor el vino de la canción que el vino de arroz!” decían los pescadores. Y las mujeres estaban contentas, porque cuando el ruiseñor cantaba, sus maridos y sus hijos no bebían tanto vino de arroz. Y se olvidaban del canto los pescadores cuando no lo oían; pero en cuanto lo volvían a oír, decían, abrazándose como hermanos: “¡Qué hermoso es el canto del ruiseñor!”

Venían de afuera muchos viajeros a ver el país: y luego escribían libros de muchas hojas, en que contaban la hermosura del palacio y el jardín, y lo de los naranjos, y lo de los peces, y lo de las rosas rojinegras; pero todos los libros decían que el ruiseñor era lo más maravilloso: y los poetas escribían versos al ruiseñor que vivía en un árbol del bosque, y

cantaba a los pobres pescadores los cantos que les alegraban el corazón: hasta que el emperador vio los libros, y del contento que tenía le dio con el dedo tres vueltas a la punta de la barba, porque era mucho lo que celebraban su palacio y su jardín; pero cuando llegó adonde hablaban del ruiseñor: “¿Qué ruiseñor es éste, dijo, que yo nunca he oído hablar de él? ¡Parece que en los libros se aprende algo! ¡Y esta gente de mi palacio de porcelana, que me dice todos los días que yo no tengo nada que aprender! ¡Venga ahora mismo el mandarín mayor!” Y vino, saludando hasta el suelo, el mandarín mayor, con su túnica de seda azul celeste, de florones de oro. “¡Puh! ¡puh!” contestaba el mandarín, hinchando la cabeza, a todos los que le hablaban. Pero al emperador no le decía ni “¡puh!” ni “¡pih!”; sino que se echaba a sus pies, con la frente en la estera, esperando, temblando, hasta que le decía “¡levántate!” el emperador.

—¡Levántate! ¿Qué pájaro es este de que habla este libro, que dicen que es lo más hermoso de todo mi país?

—Nunca he oído hablar de él, nunca—dijo el mandarín, arrodillándose en el aire, y con los brazos cruzados:—no ha sido presentado en palacio.

—¡Pues en palacio ha de estar esta noche! ¿Que el mundo entero sabe mejor que yo lo que tengo en mi casa?

—Nunca he oído hablar de él, nunca—dijo el mandarín: dio tres vueltas redondas, con los brazos abiertos, se echó a los pies del emperador, con la frente en la estera, y salió de espaldas, con los brazos cruzados, y arrodillándose en el aire.

Y el mandarín empezó a preguntar a todo el palacio por el pájaro. Y el emperador mandaba a cada media hora a buscar al mandarín.

—Si esta noche no está aquí el pájaro, mandarín, sobre las cabezas de los mandarines he de pasear esta noche.

—¡Tsing-pé! ¡Tsing-pé!—salió diciendo el mandarín mayor, que iba dando vueltas, con los brazos abiertos, escaleras abajo. Y los mandarines todos se echaron a buscar al pájaro, para que no pasease a la noche sobre sus cabezas el emperador. Hasta que fueron a la cocina del palacio, donde estaban guisando pescado en salsa dulce, e inflando bollos de maíz, y pintando letras coloradas en los pasteles de carne: y allí les dijo una cocinera, de color de aceituna y de ojos de almendra, que ella conocía el pájaro muy bien, porque de noche iba por el camino del bosque a llevar las sobras de la mesa a su madre que vivía junto al mar, y cuando se cansaba al volver, debajo del árbol del ruiseñor descansaba, y era

como si le conversasen las estrellas cuando cantaba el ruiseñor, y como si su madre le estuviera dando un beso.

—¡Oh, virgen china!—le dijo el mandarín:—¡digna y piadosa virgen!: en la cocina tendrás siempre empleo, y te concederé el privilegio de ver comer al emperador, si me llevas adonde el ruiseñor canta en el árbol, porque lo tengo que traer a palacio esta noche.

Y detrás de la cocinerita se pusieron a correr los mandarines, con las túnicas de seda cogidas por delante, y la cola del pelo bailándoles por la espalda: y se les iban cayendo los sombreros picudos. Bramó una vaca, y dijo un mandarincito joven:—“¡Oh, qué robusta voz! ¡qué pájaro magnífico!”—“Es una vaca que brama”,—dijo la cocinerita. Graznó una rana, y dijo el mandarincito:—“¡Oh, qué hermosa canción, que suena como las campanillas!”—“Es una rana que grazna”; dijo la cocinerita. Y entonces rompió a cantar de veras el ruiseñor.

—¡Ese, ése es!—dijo la cocinerita, y les enseñó un pajarito, que cantaba en una rama.

—¡Ese!—dijo el mandarín mayor:—nunca creí que fuera una persona tan diminuta y sencilla: ¡nunca lo creí! O será, mandarines amigos ¡sí, debe ser! que al verse por primera vez frente a nosotros los mandarines, ha cambiado de color.

—¡Lindo ruiseñor!—decía la cocinerita:—el emperador desea oírte cantar esta noche.

—Y yo quiero cantar—le contestó el ruiseñor, soltando al aire un ramillete de arpegios.

—¡Suena como las campanillas, como las campanillas de plata!—dijo el mandarincito.

—¡Lindo ruiseñor! a palacio tienes que venir, porque en palacio es donde está el emperador.

—A palacio iré, iré—cantó el ruiseñor, con un canto como un suspiro:—¡pero mi canto suena mejor en los árboles del bosque!

El emperador mandó poner el palacio de lujo: y resplandecían con la luz de los faroles de seda y de papel los suelos y las paredes; las rosas rojinegras estaban en los corredores y los atrios, y resonaban sin cesar, entre el bullicio del gentío, las campanillas: en el centro mismo de la sala, donde se le veía más, estaba un paral de oro, para que el ruiseñor cantase en él: y a la cocinerita le dieron permiso para que se quedase en la puerta. La corte estaba de etiqueta mayor, con siete túnicas y la cabeza acabada de rapar. Y el ruiseñor cantó tan dulcemente que le corrían en hilo las lágrimas al emperador: y los mandarines, de veras,

lloraban: y el emperador quiso que le pusieran al ruiseñor al cuello su chinela de oro: pero el ruiseñor metió el pico en la pluma del pecho, y dijo “gracias” en un trino tan rico y vigoroso, que el emperador no lo mandó matar porque no había querido colgarse la chinela. Y en su canto decía el ruiseñor: “No necesito la chinela de oro, ni el botón colorado, ni el birrete negro, porque ya tengo el premio más grande, que es hacer llorar a un emperador.”

Aquella noche, en cuanto llegaron a sus casas, todas las damas tomaron sorbos de agua, y se pusieron a hacer gárgaras y gorgoritos, y ya se creían muy finos ruiseñores. Y la gente de establo y cocina decía que estaba bien, lo que es mucho decir, porque ésa es gente que lo halla mal todo. Y el ruiseñor tenía su caja real, con permiso para volar dos veces al día, y una en la noche. Doce criados de túnica amarilla lo sujetaban cuando salía a volar, por doce hilos de seda. En la ciudad no se hablaba más que del canto, y en cuanto uno decía “rui...” el otro decía “...señor”. Y llamaban “ruiseñor” a los niños que nacían, pero ninguno cantó nunca una nota.

Un día recibió el emperador un paquete, que decía “El Ruiseñor” en la tapa, y creyó que era otro libro sobre el pájaro famoso; pero no era libro, sino un pájaro de metal que parecía vivo en su caja de oro, y por plumas tenía zafiros, diamantes y rubíes, y cantaba como el ruiseñor de verdad en cuanto le daban cuerda, moviendo la cola de oro y plata: llevaba al cuello una cinta con este letrero: “¡El ruiseñor del emperador de China es un aprendiz, junto al del emperador del Japón!”

“¡Hermoso pájaro es!” dijo toda la corte, y le pusieron el nombre de “gran pájaro internacional”: porque se usan estos nombres en China, pomposos y largos: pero cuando puso el emperador a cantar juntos al ruiseñor vivo y al artificial, no anduvo el canto bueno, porque el vivo cantaba como le nacía del corazón, sincero y libre, y el artificial cantaba a compás, y no salía del vals.

—¡A mi gusto! ¡esto es a mi gusto!—decía el maestro de música; y cantó solo el pájaro de las piedras, tan bien como el vivo. ¡Y luego, tan lleno de joyas que relumbraban, lo mismo que los brazaletes, y los joyeles, y los broches! Treinta y tres veces seguidas cantó la misma tonada sin cansarse, y el maestro de música y la corte entera lo hubieran oído con gusto una vez más, si no hubiese dicho el emperador que el vivo debía cantar algo. ¿El vivo? Lejos estaba, lejos de la corte y del maestro de música. Los vio entretenidos, y se les escapó por la ventana.

—¡Oh, pájaro desagradecido!—dijo el mandarín mayor, y dio tres vueltas redondas, y se cruzó de brazos.

—Pero mejor mil veces es este pájaro artificial—decía el maestro de música:—porque con el pájaro vivo, nunca se sabe cómo va a ser el canto, y con éste, se está seguro de lo que va a ser: con éste todo está en orden, y se le puede explicar al pueblo las reglas de la música.

Y el emperador dio permiso para que el domingo sacase el maestro al pájaro a cantar delante del pueblo, que parecía muy contento, y alzaba el dedo y decía que sí con la cabeza; pero un pobre pescador dijo “que él había oído al ruiseñor del bosque, y que éste no era como aquél, porque le faltaba algo de adentro, que él no sabía lo que era”. El emperador mandó desterrar al ruiseñor vivo, y al otro de la caja se lo pusieron a la cabecera, en un cojín de seda, con muchos presentes de joyas y de argentería, y lo llamaban por título de corte “cantor de alcoba y pájaro continental, que mueve la cola como el emperador se la manda mover”. Y el maestro de música se sintió tan feliz que escribió un libro de veinticinco tomos sobre el ruiseñor artificial, con muchos esdrújulos y palabras de extraña sabiduría; y la corte entera dijo que lo había leído y entendido, de miedo de que los tuviesen por gente fofa y de poca educación, y de que el emperador se pasease sobre sus cabezas.

Pasó un año, y emperador, corte y país conocían como cosa de sí mismos cada gorjeo y vuelta del “pájaro continental”; y como que lo podían entender, lo declaraban magnífico ruiseñor. Cantaban su vals los cortesanos todos. Y los chicuelos de la calle. Y el emperador lo cantaba también, y lo bailaba, cuando estaba solo con su vino de arroz. Era un vals el imperio, que andaba a compás, con mucho orden, al gusto del maestro de música. Hasta que una noche, cuando estaba el pájaro en lo mejor del canto, y el emperador lo oía, tendido en su cama de randas y colgaduras, saltó un resorte de la máquina del ruiseñor; como huesos que se caen sonaron las ruedas, y paró la música. Se echó de la cama el emperador, y mandó llamar a un médico. El médico no supo qué hacer: y vino el relojero. El relojero, mal que bien, puso las ruedas locas en su lugar, pero encargó que usasen del pájaro muy poco, porque estaban gastados los cilindros, y el ruiseñor aquel no podía en verdad cantar más de una vez al año. El maestro de música le echó encima un discurso al relojero, y le dijo traidor, y venal, y chino espurio, y espía de los tártaros, porque decía que el pájaro continental no podía cantar más que una vez. En la puerta iba ya el relojero, y todavía le estaba diciendo el maestro de música malas palabras: “¡traidor! ¡venal! ¡chino espurio!

¡espía de los tártaros!” Porque estos maestros de música de las cortes no quieren que la gente honrada diga la verdad desagradable a sus amos.

Cinco años después había mucha tristeza en la China, porque estaba al morir el pobre emperador, tanto que tenían nombrado ya al nuevo, aunque el pueblo agradecido no quería oír hablar de él, y se apretaba a preguntar por el enfermo a las puertas del mandarín, que los miraba de arriba abajo, y decía: “¡Puh!” “¡Puh!” repetía la pobre gente, y se iba a su casa llorando.

Pálido y frío estaba en su cama de randas y colgaduras el emperador, y los mandarines todos lo daban por muerto, y se pasaban el día dando las tres vueltas con los brazos abiertos, delante del que debía subir al trono. Comían muchas naranjas, y bebían té con limón. En los corredores habían puesto tapices, para que no sonara el paso. No se oía en el palacio sino un ruido de abejas.

Pero el emperador no estaba muerto todavía. Al lado de su cama estaba el pájaro roto. Por una ventana abierta entraba la luz de la luna sobre el pájaro roto, y el emperador mudo y livido. Sintió el emperador un peso extraño sobre su pecho, y abrió los ojos para ver. Vio a la Muerte, sentada sobre su pecho. Tenía en las sienes su corona imperial, y en una mano su espada de mando y en la otra mano su hermosa bandera. Y por entre las colgaduras vio asomar muchas cabezas raras, bellas unas y como con luz, otras feas y de color de fuego. Eran las buenas y las malas acciones del emperador, que le estaban mirando a la cara. “¿Te acuerdas?” le decían las malas acciones. “¿Te acuerdas?” le decían las buenas acciones. “¡Yo no me acuerdo de nada, de nada!” decía el emperador: “¡música, música! ¡traiganme la tambora mandarina, la que hace más ruido, para no oír lo que me dicen mis malas acciones!” Pero las acciones seguían diciendo: “¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?” “¡Música, música!” gritaba el emperador: “¡oh, hermano pájaro de oro, canta, te ruego que cantes! ¡yo te he dado regalos ricos de oro! ¡yo te he colgado al cuello mi chinela de oro! ¡te ruego que cantes!” Pero el pájaro no cantaba. No había uno que supiera darle cuerda. No daba una sola nota.

Y la Muerte seguía mirando al emperador con sus ojos huecos y fríos, y en el cuarto había una calma espantosa, cuando de pronto entró por la ventana el son de una dulce música. Afuera, en la rama de un árbol, estaba cantando el ruiseñor vivo. Le habían dicho que estaba muy enfermo el emperador, y venía a cantarle de fe y de esperanza. Y

según iba cantando eran menos negras las sombras, y corría la sangre más caliente en las venas del emperador, y revivían sus carnes moribundas. La Muerte misma escuchaba, y le dijo: “¡Sigue, rui señor, sigue!” Y por un canto, le dio la Muerte la corona de oro: y por otro, la espada de mando: y por otro canto más, le dio la hermosa bandera. Y cuando ya la Muerte no tenía ni la bandera, ni la espada, ni la corona del emperador, cantó el pájaro de la hermosura del camposanto, donde la rosa blanca crece, y da el laurel sus aromas a la brisa, y dan brillo y salud a la yerba las lágrimas de los dolientes.

Y tan hermoso vio la Muerte en el canto a su jardín, que lo quiso ir a ver, y se levantó del pecho del emperador, y desapareció como un vapor por la ventana.

—¡Gracias, gracias, pájaro celeste!—decía el emperador.—Yo te desterré de mi reino, y tú destierras a la muerte de mi corazón. ¿Cómo te puedo yo pagar?

—Tú me pagaste ya, emperador, cuando te hice llorar con mi canto: las lágrimas que arranca a las almas de los hombres son el único premio digno del pájaro cantor. Duerme, emperador, duerme: yo cantaré para ti.

Y con sus trinos y arpegios se fue durmiendo el enfermo en un sueño de salud. Cuando despertó, entraba el sol, como oro vivo, por la ventana. Ni uno solo de sus criados, ni un solo mandarín, había venido a verlo. Lo creían muerto todos. El rui señor no más estaba junto a su cama: el rui señor, cantando.

—¡Siempre estarás junto a mí! ¡En el palacio vivirás, y cantarás cuando quieras! ¡Yo romperé al pájaro artificial en mil pedazos!

—No lo rompas en mil pedazos, emperador: él te sirvió bien mientras pudo: yo no puedo vivir en el palacio, ni fabricar entre los cortesanos mi nido. Yo vendré al árbol que cae a tu ventana, y te cantaré en la noche, para que tengas sueños felices. Te cantaré de los malos y de los buenos, y de los que gozan y de los que sufren. Los pescadores me esperan, emperador, en sus casas pobres de la orilla del mar. El rui señor no puede ser infiel a los pescadores. Yo te vendré a cantar en la noche. Si me prometes una cosa.

—¡Todo te lo prometo!—dijo el emperador, que se había levantado de su cama, y tenía puesta la túnica imperial, y en la mano su gran espada de oro.

—¡No digas que tienes un pájaro amigo que te lo cuenta todo, porque le envenenarán el aire al pájaro!—Y salió volando el rui señor, y echando al aire un ramillete de arpegios.

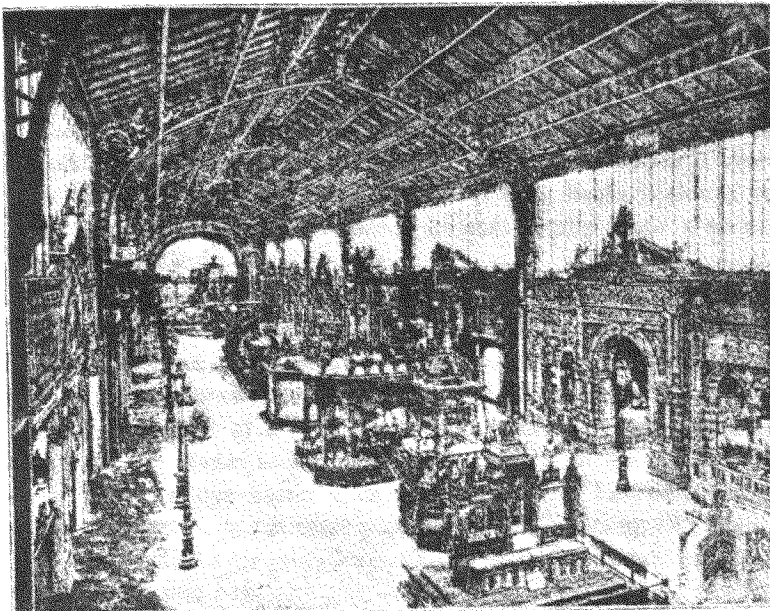
Los mandarines entraron de repente en el cuarto, detrás del mandarín mayor, a ver al emperador muerto. Y lo vieron de pie, con su túnica imperial; con la mano de la espada puesta al corazón. Y se oía, como una risa, el canto del rui señor.

—¡Tsing-pé! ¡Tsing-pé!—dijo el gran mandarín, y dio dieciocho vueltas seguidas con los brazos abiertos, y se echó por tierra, con la frente a los pies del emperador. Y a los mandarines, arrodillados en el aire, les temblaba en la nuca la cola.



LA GALERÍA DE LAS MÁQUINAS

Los niños han leído mucho el número pasado de LA EDAD DE ORO, y son graciosas las cartas que mandan, preguntando si es verdad todo lo que dice el artículo de la *Exposición de París*. Por supuesto que es verdad.



La Galería de las Máquinas

A los niños no se les ha de decir más que la verdad, y nadie debe decirles lo que no sepa que es como se lo está diciendo, porque luego los niños viven creyendo lo que les dijo el libro o el profesor, y trabajan y piensan

como si eso fuera verdad, de modo que si sucede que era falso lo que les decían, ya les sale la vida equivocada, y no pueden ser felices con ese modo de pensar, ni saben como son las cosas de veras, ni pueden volver a ser niños, y empezar a aprenderlo todo de nuevo.

¿Que si es verdad todo lo de la Exposición? Una señora buena le armó una trampa al hombre de LA EDAD DE ORO. Iban hablando del artículo, y ella le dijo: “Yo he estado en París.” “¡Ah, señora, qué vergüenza entonces! ¡qué habrá dicho del artículo!” “No: yo he estado en París, porque he leído su artículo.” Y otro señor bueno, que está en París, dice “que a él no lo engañan, que LA EDAD DE ORO estuvo en París sin que él la viera, porque él se pasaba la vida en la Exposición y todo lo que había en la Exposición que ver está en LA EDAD DE ORO.”

Pero el señor bueno dice que faltó un grabado, para que los niños vieran bien toda la riqueza de aquellos palacios; y es el grabado de la “Galería de las Máquinas”, que era el corredor adonde daban las puertas diferentes de las industrias del mundo, y allá al fondo tenía el edificio más hermoso, donde estaban en hilera, como elefantes arrodillados, las máquinas de todo lo que el hombre sabe hacer. Quien ha visto todo aquello, vuelve diciendo que se siente como más alto. Y como LA EDAD DE ORO quiere que los niños sean fuertes, y bravos, y de buena estatura. aquí está, para que les ayude a crecer el corazón, el grabado de La Galería de las Máquinas.

LA ULTIMA PÁGINA

Los padres se lo quieren dar todo a sus hijos, y si ven un caballo hermoso, con la cola que le reluce y el pelo como seda, no piensan en montarse ellos, como señorones, y salir trotando por la alameda, donde van de paseo por la tarde los coches y los jinetes, sino que piensan en sus hijos los padres, y se ponen a trabajar todavía más, para comprarle al hijito el caballo hermoso. Si pasa un niño en un velocípedo, con su vestido de terciopelo y su cachucha, y tan de prisa que todo el mundo se para a verlo, el padre no piensa en comprarse un velocípedo él, sino en que su hijito estará lindo de veras cuando vaya como el niño del terciopelo y la cachucha, en sus dos ruedas que dan como una luz cuando andan, y van casi tan de prisa como la luz, que es lo que anda más pronto en el mundo. La luz no se ve, y es verdad, como que si se acabase la luz, se rompería el mundo en pedazos, como se rompen allá por el cielo las estrellas que se enfrían. Así hay muchas cosas que son verdad aunque no se las vea. Hay gente loca, por supuesto, y es la que dice que no es verdad sino lo que se ve con los ojos. ¡Como si alguien viera el pensamiento, ni el cariño, ni lo que, allá dentro de su cabeza canosa, va hablándose el padre, para cuando haya trabajado mucho, y tenga con qué comprarle caballos como la seda o velocípedos como la luz a su hijo!

El hombre de LA EDAD DE ORO es así, lo mismo que los padres: un padrazo es el hombre de LA EDAD DE ORO: como una estatua que hay del río Nilo, donde hace de río un viejo muy barbón, y encima de él saltan, y juegan, y dan vueltas de cabeza los muchachos traviosos, lo que no quiere decir, por supuesto, que el río Nilo sea un viejo de verdad, ni que sus cien hijos jugaran así encima de él, sino que el río Nilo es como un padre para toda aquella gente de las tierras de Egipto, porque les humedece los sembrados cada vez que baja de los montes con mucha agua, y así las siembras les dan mucho fruto: por eso quieren al río

los egipcios como si fuera persona, y lo pintan tan viejo, porque desde hace miles de años ya hablaban del Nilo los libros de entonces, que estaban escritos en unas tiras largas que hacían de una yerba, y luego las enrollaban alrededor de una varilla, y las metían en su nicho, como los que tienen ahora los escritorios para guardar los papeles. Y los egipcios le rezaban al Nilo, como si fuera un dios, y le componían versos y cantos; y como que nada les parecía mejor que una joven hermosa, sacaban de su casa una vez al año a la egipcia más linda, y la echaban al agua, como regalo al río viejo, para que se contentase para el año, con aquella hija que le daban, y bajase del monte con más agua que nunca.

Así son los padres buenos, que creen que todos los niños son sus hijos, y andan como el río Nilo, cargados de hijos que no se ven, y son los niños del mundo, los niños que no tienen padre, los niños que no tienen quien les dé velocípedos, ni caballo, ni cariño, ni un beso. Y así es el hombre de LA EDAD DE ORO, que en cada número quisiera poner el mundo para los niños, a más de su corazón; pero en la imprenta dicen que el corazón cabe siempre, y el mundo no, ni el artículo de *La Luz Eléctrica*, que cuenta cómo se hace la luz, y qué cosa es la electricidad, y cómo se enciende y se apaga, y muchas cosas que parecen sueño, o cosa de lo más hondo y hermoso del cielo: porque la luz eléctrica es como la de las estrellas, y hace pensar en que las cosas tienen alma, como dijo en sus versos latinos un poeta, Lucrecio, que hubo en Roma, y en que ha de parar el mundo, cuando sean buenos todos los hombres, en una vida de mucha dicha y claridad, donde no haya odio ni ruido, ni noche ni día, sino un gusto de vivir, queriéndose todos como hermanos, y en el alma una fuerza serena, como la de la luz eléctrica. Con todo eso, no cupo el artículo, y hubo que escribir otro más corto, que es ese que habla de la caza del elefante, y el modo con que venció el niño cazador al elefante fuerte. Nadie diga que el cambio no fue bueno. Se ha de conocer las fuerzas del mundo para ponerlas a trabajar, y hacer que la electricidad que mata en un rayo, alumbre en la luz. Pero el hombre ha de aprender a defenderse y a inventar, viviendo al aire libre, y viendo la muerte de cerca, como el cazador del elefante. La vida de tocador no es para hombres. Hay que ir de vez en cuando a vivir en lo natural, y a conocer la selva.